

Somos

casualidades



MARTA LOBO

**Somos**

**casualidades**

**MARTA LOBO**

Título original: Somos casualidades.

Trilogía: Mi tarea pendiente, 2.

Primera edición: Vitoria-Gasteiz, 22 de mayo de 2017

Diseño de portada y contraportada: Shia W Design

**Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.**

Copyright © 2017 Marta Lobo

All rights reserved.

A Luis y Jaime.  
Siempre me cuidasteis  
y lo seguís haciendo desde arriba.  
Os quiero.

“No me conoces, me imaginas.  
Solo ves en mí lo que eres tú”.

Alejandro Jodorowsky

# ÍNDICE

COMO SI FUERA UN GRAN SECRETO  
COMO CAER EN UNA TRAMPA  
COMO EN UNA PELÍCULA  
CÓMO LLEGAMOS A ESA SITUACIÓN  
COMO DOROTHY BUSCANDO EL CAMINO DE VUELTA A CASA  
COMO EN UNA VERDADERA CITA  
CÓMO ENFRENTAR LA VERDAD  
COMO DOS GALLOS DE PELEA  
COMO UN PISO FRANCO  
COMO CUANDO NOS CONOCIMOS  
COMO DOS ADOLESCENTES  
COMO LA PLASTILINA  
COMO UN GRAN RESACÓN  
COMO GIACOMO CASANOVA  
COMO LAS JINETES DEL APOCALIPSIS  
COMO UN BOMBÓN EN UNA PASTELERÍA  
COMO SI UN GATO ME HUBIESE COMIDO LA LENGUA  
COMO SI LLEVARAS ESCALERA REAL DE COLOR  
COMO EN EL AJEDREZ  
COMO SI EL CIELO ME CASTIGASE  
AGRADECIMIENTOS  
SOBRE LA AUTORA



# 1.

## COMO SI FUERA UN GRAN SECRETO

**S**í, no fue nada más que una revista olvidada en un restaurante que tirarían al no encontrar a nadie en la mesa. Acabaría en la basura... y nosotros con ella.

Me alejé del restaurante y comencé a caminar sin un rumbo fijo. Necesitaba respirar profundamente y poner en orden todos mis sentimientos. Necesitaba estar en mi lugar de Nueva York, en el único sitio en el que podía respirar de verdad, olvidarme de todo y dejarme llevar. Silbé y levanté la mano para que un taxi parase a mi lado. Media hora después estaba en Terrace Drive, delante de la entrada de Central Park. Caminé dentro del parque y comencé a respirar. Era el único lugar en Nueva York en el que podía desaparecer por unas horas y que nadie me molestase. Pedí una limonada en un puesto cercano y caminé lentamente sin mirar a las personas que caminaban a mi alrededor, hasta que llegué. Me encaminé por la galería inferior que daba a la fuente y me quedé observando unos segundos. Paseé por aquella maravilla y miré al techo. Conocía a muchas personas de mi empresa, neoyorkinos de pura cepa, que no sabían nada de aquella maravilla. Mi lugar en Nueva York era The Arcade en Bethesda Fountain, en pleno Central Park.

Tras unos minutos en los que la gente fotografiaba aquella maravilla, y yo solamente observaba, caminé hasta las escaleras para sentarme y fijarme en las personas que estaban allí. Siempre me ayudaba observar a las personas e imaginar cómo eran sus vidas. Alejarme por unos minutos de la mía y respirar tomando cierta distancia de los problemas. Me imaginaba que sus vidas eran caóticas y a la vez ordenadas, pero todas ellas estaban llenas de magia.

Por primera vez en aquella mañana pensé en Alex y en la forma que tuvimos de despedirnos. Nuestro último beso fue acompañado de una gran bofetada. Y sí, me dolió a mí más que a él. Saqué el móvil del bolsillo y lo desbloquéé. Busqué el nombre de Alex entre mis contactos y pasé el dedo por encima del botón de llamada. Necesitaba saber qué le estaba pasando, conocer cuáles eran los motivos reales de su cambio de actitud. Por un segundo me dio igual aquella mujer, solamente quería saber que él estaba bien. Aunque nosotros no pudiésemos ser nada más que un par de adultos que habían echado unos cuantos polvos fantásticos, aquello no quitaba para que me preocupase por él.

Quise llamarle, pero también quise borrar todos sus números de teléfono. Quise enfrentarme a él, pero también quise desaparecer y no encontrármelo de nuevo.

Yo no era de las típicas personas que huyen de los problemas. Yo los agarraba, me enfrentaba a ellos, les gritaba si hacía falta, los solucionaba y seguía con mi vida. No era una cobarde y con Alex no iba a ser la primera vez que lo fuese. Pero esperaría varios días para enfrentarle, iba a ser mejor que hacerlo aquel día.

Dos horas después me levanté de las escaleras. Por delante de mí habían pasado más de cien personas que habían fotografiado, habían echado un vistazo fugaz y se habían marchado de allí sin saber que aquel rincón era el que más magia tenía de todo Nueva York.

Salí del parque en dirección a la Quinta Avenida y caminé media hora hasta llegar a Godiva Chocolatier que estaba situada en la misma avenida. Necesitaba una inyección, mejor dicho, una buena

sobredosis de chocolate y qué mejor que Godiva. Nada más entrar, el olor inconfundible de chocolate me inundó, me recordó en cierta parte al olor que desprendía siempre la casa de nuestra abuela en España. Cuando nos hacía aquel chocolate tan espeso los domingos para merendar. Sonreí recordando las tardes que pasábamos con ella en su casa de la montaña.

—Mariola, buenos días. —Una de las chicas que estaba allí vino a saludarme—. Qué alegría verte por la tienda. Hace mucho que no nos visitas.

—Sí, la última fiesta fue una locura y no me pude ni pasar.

—¿Algún encargo?

—No, para mí. Necesito sacarme algo de la cabeza y meterme unas cuantas de esas deliciosas creaciones.

—¿Un hombre?

Afirmé mientras observaba la tienda e iba cogiendo cosas. Unas galletas para Andrea, un chocolate para que Mike cocinase y unos bombones para Justin. De los míos se estaban encargando personalmente dentro. Creo que había dado demasiada información cuando afirmé a su pregunta.

—Toma, Mariola. —Me entregó dos cajas y pasé por el mostrador a pagar—. Espero que te gusten los bombones y en la otra caja te he metido las fresas con chocolate que tanto te privan.

—Gracias, Ciara.

Salí de la tienda con el olor a chocolate por todo mi cuerpo y no aguanté ni un segundo en meter la mano en la caja de las fresas con chocolate. Aquello era un pecado, uno de esos pecados deliciosos que hacían en Godiva. Valían cada centavo que costaban.

No me había alejado demasiado de la tienda, cuando al levantar la vista vi a Alex caminando en mi dirección. Iba con el móvil en la mano y bastante despistado. Varias personas se chocaron con él y ni siquiera levantó la cabeza. No nos habíamos cruzado en ocho años ni una sola vez y parecía que las casualidades nos iban a juntar más veces de las que me hubiese gustado.

*Mi móvil no dejó de sonar en toda la mañana. Mi hermano seguía bombardeándome con mensajes. No me podía creer que siguiese insistiendo tanto en el mismo tema.*

*Levanté la vista un segundo cuando alguien me golpeó en el brazo al pasar por mi lado y la vi. Mariola estaba enfrente de Godiva, con una fresa en la boca y mirándome como si acabase de ver un fantasma. Los dos nos quedamos quietos, sin movernos, mientras la gente pasaba entre nosotros dos. Mi corazón dio un vuelco nada más verla.*

*Terminó de comerse la fresa, se limpió las manos con una servilleta, cerró la caja que tenía en la otra mano metiéndola en la bolsa de Godiva y sonrió cerrando los ojos, como si lo que estaba comiendo fuese el mejor manjar del mundo. Se puso las gafas de sol y caminó en mi dirección. Se paró justo a mi lado y levantó una mano parando un taxi. No me miró ni siquiera de reojo. Se montó en el taxi y no me dedicó ni una sola mirada.*

*Volvíamos a ser los mismos que hacía dos meses. Éramos de nuevo dos desconocidos más en Nueva York y me mataba que todo fuera por mi culpa. Por mi maldito miedo a no saber amar o a no amar de la manera que Mariola se merecía.*

Llegué a casa para dejar todas las compras y busqué en el ordenador el teléfono de la empresa que solíamos contratar para los eventos para alquilar un coche para ir al aeropuerto. Escuché mi móvil sonando varias veces. Rebusqué en el bolso y contesté.

—¿Sí?

—¿No me ibas a llamar para llevarte al aeropuerto? —Ryan sonaba enfadado.

—No. Tú insististe, pero yo no dije que sí.

—Bueno, pero como soy así de insistente y cumplo todo lo que prometo, dime a qué hora paso por

tu casa o por donde estés, para ir al aeropuerto.

—Ya tengo el número de un coche de alquiler.

—Y yo estoy en el coche dispuesto a recogerte. ¿Dónde estás? Y no me des largas porque soy de Inteligencia y tengo tácticas que desconoces.

—No sé si definirte como persistente o como un jodido loco. —No dije nada más, sopesé unos segundos aceptar su insistencia y me empecé a reír—. Estoy en casa. Llegan en una hora y media.

—Pues dame diez minutos y llego. Estoy saliendo de la comisaria de Tribeca.

—Ryan, no tienes que hacerlo, de verdad. Ya me salvaste de un atraco.

—Pero quiero hacerlo, así que no se hable más. En diez minutos en tu portal. Hasta ahora, Mariola.

No me dio ninguna opción para seguir dándole largas. Durante unos segundos continué sentada en el sofá, sin saber muy bien qué demonios estaba haciendo. ¿Estaba siendo amable con Ryan por haberme ayudado o estaba a punto de cometer una estupidez nivel Santamaría antes de una boda? ¿Que qué era ese nivel de estupidez? Así lo bautizó mi abuela materna. Ella, a dos días de casarse con su tercer marido... La abuela realmente creía en el amor y se pasó toda su vida buscándolo. Pues eso, a dos días de casarse, se fugó con nuestro abuelo. Sí, sí, nuestro abuelo, el que fue su primer marido. Se separó de él cuando nuestra madre era pequeña porque él se fue a trabajar a unas minas en África, pero nunca dejó de amarle. Y después de esos matrimonios fallidos, él volvió a buscarla. Todo muy libro de Nicholas Sparks. Así era nuestra abuela, la mujer que siempre luchó por sus ideales y por el verdadero amor. Yo había heredado mucho de ella.

Sonreí al recordarla. Después de tantos años de su muerte, seguía echando de menos sus consejos tan especiales. Si me lo proponía, podía escuchar de su propia voz el consejo que me hubiese dado sobre Alex: «si tiene miedo, que aprenda a dejar de tenerlo, joder. Que todos lo tenemos alguna vez en esta vida, pero no te quedes con el que se caga a la primera de cambio». Y luego mi madre solía preguntarse porqué mi hermana y yo éramos tan malhabladas. Venía en los genes de la abuela.

Bajé para esperar a Ryan en el portal. Comprobé en tiempo real el vuelo de mi hermana. Llegaba en setenta minutos exactamente. Al levantar la vista vi a Ryan apoyado en su coche, en su pedazo de *Chevrolet Silverado* azul. Llevaba unas gafas de sol y también estaba pendiente de su móvil. Me paré unos segundos antes de bajar los últimos escalones y le observé. Llevaba unos pantalones negros, una camiseta azul y aquellos tatuajes volvían a asomarse por las mangas de aquel trozo de tela que se le ajustaba tanto a...

—Buenos días, Mariola. —Me pilló mirándole como una idiota.

—Hola, Ryan. Perdón, tus tatuajes me han despistado.

Agacho la cabeza y sonrió. Me pareció tan tierno y tan sexy en aquel momento, que por un instante el señor trajeado pasó a un segundo plano. Tal vez un hombre amable fuese lo que necesitase en aquel momento. Hacer amigos siempre se me había dado bien y Ryan podía ser mi nuevo mejor amigo.

—¿Nos vamos?

Ryan me abrió la puerta muy amablemente y volví a sonreír. Joder, Ryan me había sacado varias sonrisas en pocos minutos. Empezaba con muy buen pie.

Pusimos rumbo al JFK y antes de cruzar el puente de Williamsburg nos metimos en un atasco de muerte. Había retenciones de más de cinco kilómetros debido a un accidente múltiple según la radio. Estuvimos más de tres cuartos de hora parados y decidí llamar a mi hermana, para que no se preocupase cuando aterrizasen y no me viesan allí, pero aún lo tenía apagado. Eso significaba que no habían aterrizado aún.

Veinte minutos después recibí la llamada de mi hermana quejándose de que no la estaba esperando con un cartel con su nombre en la terminal.

—Que poca vergüenza, tata.

—Estoy en un atasco de cojones y aquí parece que nadie tiene ninguna intención de moverse, coño.

—Saqué la cabeza por la ventanilla—. ¿Podéis estar más tiempo parados?

—Métete dentro del coche, Mariola. —Ryan tiró de mi brazo y sacó una sirena, colocándola en el techo del coche—. Diles que en veinte minutos estamos allí.

Me quedé con los ojos como platos y comprobé cómo los coches que teníamos delante hicieron un embudo para que pudiésemos pasar.

—¿Y esto no lo podrías haber hecho antes, Ryan?

—No es legal que lo use como beneficio personal, pero como es para tu beneficio...no pasa nada.

Arqueó sus cejas, se bajó las gafas de sol y me guiñó un ojo.

—Agárrate, preciosa, que no soy de los que van despacio.

No sabía si hablaba del coche, de él o de las dos cosas. Sorteó los coches como un auténtico profesional y en menos de quince minutos estábamos aparcando frente a la puerta de salida. Mi hermana y mi cuñado estaban los dos como locos comprobando todo lo que les estaba entrando en el móvil.

—Eso es un highlander en toda regla, sí señor. —Lo dije muy alto y en castellano. Sabía que mi cuñado no tardaría en reaccionar.

—Eso es un cuerpo y no el de Scotland Yard.

Mark se acercó a mí y me cogió en volandas, girando conmigo en sus brazos. Me dejó en el suelo, me ladeó levemente y me besó como en la foto de Alfred Eisenstaedt<sup>[1]</sup>.

—¿Siempre tenéis que montar este numerito? Luego me acaban preguntando cosas muy extrañas de vosotros dos y esa manía de besaros en la boca.

—Dar que hablar siempre es muy divertido. —Mark y yo lo dijimos a la vez.

—Hay cosas que no deben cambiar nunca. —Mark me puso de pie y fui hasta donde mi hermana—. Estás preciosa. —La besé—. Lo de casarte te sienta muy bien.

—Eso parece. —Movié su mano en el aire enseñándome el anillo.

—Santo Dios, Mark, has dejado Escocia sin brillantes. —Agarré la mano de mi hermana observando aquel anillo—. Con esto, o te casas tú con él o lo hago yo.

—Aléjate de Mark, que nos conocemos. —Pude ver que mi hermana no dejaba de mirar a Ryan—. ¿Y él?

—Una larga historia que no querrás oír ahora mismo, María. —Aproveché a seguir hablando más bajito—. ¿Vamos al hotel?

—Sí, tenemos la reserva en el Four Seasons. —Me miró sonriendo—. Quiero ver al Capitán América con mis propios ojos.

—Joder, ¿no podías haber pillado en otro hotel, María? —Agarré su maleta y la llevé hasta el coche—. Ryan, ella es María, mi hermana. Él es Mark, mi cuñado buenorro. —Se saludaron y Mark me miró de reojo mientras metía sus maletas en la parte de atrás del coche—. Un amigo.

—Encantada. Pero, ¿podemos ir al hotel? Necesito pegarme una ducha y comer algo decente.

—Claro.

Cuando llegamos al hotel, recé por no encontrarnos con Alex. Nos acercamos a recepción para que hiciesen el check-in y Ryan esperó detrás de nosotros. Dejé a Mark y a María firmando mientras yo hablaba con Ryan.

—Muchas gracias, Ryan. Me has salvado el culo con estos dos.

—Encantado de salvarte el culo.

Estuvimos mirándonos en silencio unos cinco segundos y mi hermana se encargó de romper aquello que estaba sucediendo.

—Todo listo. Tenemos una suite que no habíamos pedido y un regalo de bienvenida. —Agitó un sobre en la mano—. Una sesión de masaje y spa.

—En fin. —Puse los ojos en blanco—. ¿Que os parece si os alojáis y vamos a cenar algo? Estaréis muy cansados y hoy toca cenar a la hora americana.

—Perfecto, nos vemos aquí mismo en media hora. Podéis tomar algo en el bar mientras nos damos uno rapidito.

—Nada de rapiditos ni de ducha ni de ascensor.

—Si, preciosa. —Mark me dio un beso y se fue riéndose con María.

Ellos dos se subieron a la habitación y nosotros nos fuimos a tomar algo al bar del hotel.

—¿Qué quieres tomar? —Ryan me apartó un taburete de la barra para que me sentase.

—Un vino estaría bien.

—Un vino y una cerveza por favor. —Ryan pidió a la camarera con una gran sonrisa.

Me di la vuelta para apoyar mi bolso en la barra, cuando vi a Alex entrando en el bar. Era imposible estar allí y no cruzarnos.

*Entré al bar, ya que mi ayudante me avisó de que la hermana de Mariola ya estaba en el hotel. Supuse que ella estaría por allí esperándoles para ir a cenar algo. Pero lo que no me esperaba era verla acompañada. Nuestros ojos se cruzaron y noté cómo Mariola se removía nerviosa en la silla.*

*Me acerqué a la barra y me quedé muy cerca de ellos.*

*—¿Podrías subir una botella de Taittinger con unas fresas con chocolate de Godiva a la suite Central Park? Con una nota que les desee una feliz estancia en la ciudad a María y a Mark.*

*Sabía que Mariola me iba a escuchar perfectamente y no sería capaz de quedarse callada.*

*—Mi hermana no tiene los mismos gustos que yo.*

*—Os parecéis más de lo que piensas. Tenéis las dos la misma mirada dulce y sincera.*

*—Aunque mi hermana por unas fresas con chocolate es capaz de venderme.*

*—Pues tal vez me he equivocado de hermana. —¿Por qué demonios solté aquello?*

*—Tal vez. Puede que con ella no te hubieses comportado como un imbécil. Pero nunca lo sabremos porque se va a casar con un hombre de verdad. —Se dio la vuelta y comenzó a hablar con aquel tío.*

*—Ya veo que tú olvidas fácilmente.*

*—Mira, Alex —se giró en el taburete y me miró directamente a los ojos—, no olvido tan fácilmente, pero si tú decidiste dejar todo correr... yo decido avanzar. Ninguna piedra en el camino me va a parar, Alex.*

*—Siempre me gustará la forma que tienes de ver la vida y de luchar. —Aproveché que su acompañante estaba pagando y despistado, para acercarme al oído de Mariola—. No dejes que nadie te cambie, ni siquiera yo.*

Se alejó de mí, pero su perfume se quedó a mi lado, se metió de nuevo dentro de mí. Su maldito olor me impregnó por dentro, un olor que tardaría mucho tiempo en sacar de mi cabeza. El jodido señor trajeado que tanto me había dado, decidió quitármelo todo de golpe, sin darme una explicación que me sirviese. Tan solo diciendo que no dejase que nadie me cambiase. Era un maldito imbécil sin remedio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ryan me sacó de mis pensamientos y se lo agradecí en silencio.

—Dispara. —Le di un largo trago a mi vino.

—Ese es Alex McArddle.

—Eso no es una pregunta, Ryan.

—Vale, creo que me he expresado mal. —Se pasó la mano por la boca y continuó mirando a la puerta.

—Es él. —Parecía que Alex era conocido por la policía o al menos por Ryan—. ¿Tengo que preocuparme si alguien de Inteligencia me pregunta por él? No quiero acabar en un oscuro y sucio agujero en una comisaría, respondiendo preguntas de las que no sé la respuesta.

—Le he reconocido por las revistas. —Me miró extrañado con una medio sonrisa en la boca—.

¿Cuántas series de policías has visto? No somos como los de NCIS LA.

—Soy bastante aficionada a las series y tengo una muy buena imaginación.

—Solo lo he preguntado por las revistas. Habéis salido mucho últimamente. —Jugueteó con su mano en la encimera de la barra.

—A mi pesar, se me ha reconocido por follarme a un director de hotel demasiado famoso, antes que por mi trabajo. —Solté el aire sabiendo que había hablado demasiado—. ¿Tú lees esas revistas? —Traté de desviar el tema.

—No, pero mi hermana las lee. Si le digo que he conocido a ese tío es capaz de sacarme los ojos y hacerme un interrogatorio al estilo del antiguo KGB.

—¿Tienes una hermana?

—Sí. Una hermana y un hermano. Los dos más pequeños que yo.

—Así que eres el mayor de tres hermanos. Eso dice mucho de ti... —su sonrisa se hizo más grande.

—¿Y qué se supone que dice sobre mí? —Se puso la mano en el mentón, frotándolo levemente, interesado por la respuesta que estaba a punto de darle.

—Pues que sois mucho más responsables, más inteligentes y siempre estáis pendientes de los demás. Tenéis una forma de sobreproteger a las personas de vuestro alrededor. Y si a eso le añadimos que eres policía, que decidiste elegir una profesión para salvar al mundo... pues te tenemos a ti.

—¿Todo eso por ser el hermano mayor? Parece que calas muy bien a las personas, Mariola. —Ladeó la cabeza y me miró fijamente a los ojos, como si quisiera ver dentro de mí.

—Pues no te creas. Suelo encontrarme a bastantes capullos a los que no puedo detectar. Tendré que llevar el radar al taller. —Sonreí negando con la cabeza y cambié de tema—. ¿Qué edad tiene tu hermana?

—Veinte años, llenos de adolescencia atrasada y rebeldía.

—Dios mío, menuda edad. Bueno —puse mi mano sobre la suya, que reposaba en su rodilla—, lo peor no ha pasado. Yo a esa edad era lo peor del mundo y más de diez años después, sigo volviéndome loca a mi misma. Siento decírtelo así, pero hay cosas que no cambian. —Chasquéé la lengua en un claro intento de coqueteo. ¿Pero qué coño me pasaba a mí?

—Pues si quieres te la presto unos días a ver si tú consigues volverla loca.

—No. —Levanté las manos en el aire—. Ya tengo bastante con una niña de seis años.

—¿Tienes una niña pequeña? —Me miró curioso.

—Tenerla la tengo, aunque no sea de mi sangre. Es mi sobrina. Una adorable niña que me vuelve loca, a la que adoro y por la que mataría. Así que supongo que sé lo que es ser la hermana mayor ahora mismo. —Se me llenaba la boca y sabía que se me iluminaban los ojos al hablar de Andrea.

—¿Sabes que se te ilumina toda la cara al hablar de ella?

—Es mi niña. He estado desde su nacimiento con ella, es más, la vi nacer. Estuve con Sonia en el hospital cuando dio a luz. Y es... —abrí mucho los ojos— es algo que no sabría describir. Es muy bonito, pero bastante asqueroso al verlo. Creo que en aquel momento decidí que no quería tener hijos. Con ser tía, me vale.

—¿No quieres tener hijos?

—Creo que no es una conversación para una... —Me quedé en silencio. ¿Estaba dando por hecho que aquello era una cita?

—Solamente soy una persona que te está haciendo un favor. Cuando tengamos una cita, Mariola, lo tendrás muy claro porque habrá una buena cena, un buen vino y un postre exquisito.

Miré durante varios segundos a Ryan. ¿Él también estaba coqueteando tan descaradamente o es que yo quería que lo hiciese para tratar de olvidarme de Alex? Cosa que no iba a ser nada fácil si seguía viéndole en cada esquina de la ciudad.

—Estás muy seguro de que te diría que sí a una cita, Ryan. No sería muy buena compañía ahora

mismo con todo lo que acabo de...

—No tiene que ser hoy ni siquiera mañana, Mariola. Las cosas no suceden en dos segundos, pero te aseguro que acabaremos cenando en un lugar bonito, con música y un buen postre.

Parecía que Ryan tenía mucha confianza en sí mismo, en su preciosa sonrisa, en su mirada sincera y en aquella caída de ojos tan terriblemente sexy que tenía. Pero por la manera que reaccionaba mi cuerpo, su confianza estaba bien fundada.

—De acuerdo, Ryan. Tal vez algún día. —No podía parecer desesperada porque me sacase a Alex de la cabeza.

Noté una mirada clavada en mí y Ryan miró por encima de mi hombro a alguien. Ahí estaba el policía que tenía que tener todo controlado.

—Buenas tardes, Mariola. ¿Cómo tú por aquí? —Se acercó para darme dos besos sin dejar de mirar a Ryan.

—Hola, Frank. Haciendo tiempo a que mi hermana y mi cuñado bajen de su habitación. Parece que no hay más hoteles en la ciudad y han tenido que alojarse justamente aquí. —Escuché un teléfono y Ryan se disculpó antes de contestar la llamada. Se alejó un poco de nosotros.

—¿Qué tal estás? —No dejaba de mirar a Ryan.

—Frank, estoy aquí. —Le agarré de la barbilla, obligándole a mirarme—. Estoy igual que la última vez que nos vimos.

—Te noto con cierta desazón.

—¿Desazón? —No pude evitar sonreír y negar con la cabeza—. Cómo te gusta usar palabras raras, Frank. Estoy bien, dentro de lo que cabe. Tu amigo no es mi persona favorita ahora mismo, la verdad.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros.

—Pues que parece que se ha cagado de miedo y no es capaz de lidiar con sus sentimientos. O no está preparado para tenerlos y tal vez nunca lo esté. —Notaba algo de esa desazón que había comentado Frank en mis palabras.

—Él me ha dado su versión. —Se apoyó con una mano en la barra.

—Mira, Frank, te tengo mucho aprecio, pero es mejor que no te metas en esto. No quiero darte uno de mis conocidos cortes que te deje temblando, pero en este momento sería capaz de hacerlo sin querer. —Le miré ladeando la cabeza.

—¿Quieres que cenemos juntos y hablamos? Esta noche. —Sonrió, pero parecía triste y preocupado—. Yo también necesito hablar de algunas cosas y me vendría genial alguien sin filtros como tú.

—Estoy esperando a mi hermana y a Mark para cenar. Pero esta semana comemos un día, te lo prometo. Cuadraré la agenda para hacernos un hueco. Pero prefiero cena, que parece que tú necesitas más unas copas que cenar.

—Perfecto, me paso por tu empresa. Que además tengo un proyecto y quiero que lo lleves tú. Quiero que hagáis la inauguración del local y quién mejor que tú y tu equipo de grandes profesionales.

—¿No debería ser yo quien te alabe y halague tu trabajo para conseguir el proyecto? —Los dos nos reímos y por un momento vi al Frank de la noche del cumpleaños de Andrea—. Avísame cuando vayas a pasarte y nos reunimos, que estamos a tope de proyectos. Pero por ser tú, te haré un hueco en mi super apretada agenda de gran profesional. —Le guiñé un ojo.

—Esta semana hablamos, preciosa. —Se agachó para darme un par de besos y se fue pendiente de su móvil.

Ryan seguía apartado hablando por su teléfono, cuando escuché un pitido que me indicaba que me había entrado un email en el móvil. No vi el remitente antes de desbloquear la pantalla, así que entré en el email para ver de quien era.

Te lo avisé, Mariola. Todo puede cambiar en un solo instante. ¿Crees que lo que te

está pasando es por cuestiones del destino? Baja de las nubes, preciosa. Don perfecto, don millonario sexy te oculta algo y no tienes la más mínima idea de lo que es, pero no seré yo quien se vaya de la lengua. Ahora tu cabeza comenzará a funcionar a mil por hora como siempre. Releerás este email mil veces para leer entre líneas, como solías hacer cuando estábamos juntos, pero esto no va a ser tan fácil, Mariola. Sé que te matará la curiosidad y acabarás haciendo algún informe como en tu empresa con todos los recortes que encuentres en internet. Pero piensa que los secretos de los ricos se pueden ocultar muy bien con dinero. Terminarás desquiciándote, pero es lo que te mereces.

Por cierto ¿qué tal tu hermana y tu cuñado? ¿Se quedarán mucho tiempo en la ciudad? Pobrecita, Mariola. Qué triste te ves tan sola en esa barra del Four Seasons tomando algo. Alex no está a tu lado, Frank se ha ido y ese nuevo amigo tuyo acabará haciendo lo mismo. Te vas a quedar sola.

Un beso enorme, mi princesa.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Fue como un latigazo de electricidad que me dejó paralizada unos segundos. Dejé de respirar, de ver lo que sucedía a mi alrededor y a escuchar las conversaciones que se iniciaban a mi lado. Me levanté de la barra lentamente, agarrándome fuertemente a ella para no caerme y comencé a observar a todas las personas que estaba allí. Tenía a un par de hombres de negocios cerrando algún tipo de trato, una familia que pedía algo, una pareja que no dejaba de observarme, pero supuse que era por la cara de loca que debía tener mirándoles. Pero no veía a Jonathan por ninguna parte, pero tenía que estar allí. Me estaba observando y no podía dar con él. Respiré profundamente varias veces, me tranquilicé y agarré con fuerza el móvil. No iba a dejar que aquel desgraciado me hiciese vivir con miedo, así que decidí enfrentarle.

¿Qué demonios quieres de mí, Jonathan? ¿Qué es lo que te he hecho tan jodidamente malo para que me estés haciendo esto? ¿Quieres decirme algo? Hazlo a la cara. Sé un hombre y da la cara y no te escondas detrás de columnas o de pantallas. Deja de amenazarme con mi familia o con falsas acusaciones. ¿Quieres venir a por mí? Aquí te espero.

No pienso vivir bajo tus amenazas.

Le di a enviar sin apenas revisar lo que había escrito. Sabía que iba a tener consecuencias aquel email, pero no le iba a dejar creer que tenía el poder en aquel momento, ni de coña.

—¿Todo bien? —Ryan se acercó a mí tras finalizar su llamada.

—Sí, todo muy bien. —Puse mi mano sobre su antebrazo y le sonreí.

A los minutos mi hermana y Mark bajaron de la habitación con una gran sonrisa en sus bocas. Parecía que habían comenzado a disfrutar de una luna de miel anticipada.

—¿Dónde nos llevas a cenar hoy, Mariola? —Mark me agarró de la cintura, plantándome un sonoro beso en la frente.

—Pues he pensado en el Gramercy Tavern. Un poco de buena comida el primer día y otro día nos iremos de puestos callejeros.

—Me parece estupendo, hermanita.

—Yo os dejo, chicos.

—¿No vienes a cenar con nosotros? —Mi hermana agarró a Ryan del brazo, como si le conociese de toda la vida y estuviese a punto de hacerle una confesión.

—Mi trabajo ha terminado en el momento que os hemos dejado en el hotel.

—¿Soy un trabajo? —Le miré muy seria y con los ojos tan abiertos que pensé que se me iban a secar las lentillas.

—No... a ver... no quería que sonase así.

—Entonces vente a cenar con nosotros. Invita mi hermana y creo que se cena de muerte en ese restaurante por lo que he oído. —María comenzó a andar casi tirando de Ryan.

—No quiero molestar. Tendréis que ponerlos al día de muchas cosas. —Ryan me miraba pidiéndome auxilio.

—Tenemos tiempo, Ryan. —Mi hermana le soltó cuando salimos del hotel y agarró a Mark de la mano y caminaron por delante de nosotros.

—Ven a cenar, Ryan. Así puedo agradecerte haber hecho el trabajo tan bien. —Me pasé la lengua por los labios—. Yo invito. —Afirmé con la cabeza para acabar de convencerle.

—No quería que sonase así, Mariola. Lo he hecho encantado, de verdad.

Se quedó unos segundos mirándome a los ojos y mantuve la mirada todo lo que pude, para terminar levantando una ceja y entrecerrando los ojos, haciéndole sonreír.

—Pero sigue sin ser una cita.

—Nada de citas entre nosotros, agente.

Caminamos por la Quinta avenida hasta llegar al restaurante. Mi hermana iba disfrutando del paseo y yo de una buena conversación con Ryan. Al llegar al Gramercy, nos sentamos los cuatro en la barra, no queríamos nada demasiado serio para aquella primera noche de los chicos en la ciudad.

*Después de ver a Mariola de nuevo con aquel tío, tuve que subir a encerrarme en mi despacho. No quería que nadie me viese tan jodido por ella. Jodido por ella por mi culpa, porque era el único responsable de estar hecho una auténtica mierda. Desoí unos nudillos que golpearon la puerta.*

—¿Pretendes pasar de todo el mundo o es algo conmigo?

—Frank. —No me di la vuelta para mirarle. En cuanto cruzásemos nuestras miradas, Frank sabría que estaba muy mal.

—¿Podemos hablar? Sin que me pegues un puñetazo.

—Lo siento, Frank. —Me di la vuelta rápidamente—. Estaba hecho una mierda y lo pagué contigo.

—No solo conmigo. Parece que te has comportado como un auténtico cretino con Mariola y ahora mismo estará cenando con ese tipo de tatuajes y pinta de sicario. ¿Le habrá contratado para que acabe contigo por ser tan imbécil?

—Yo...

—Porque mira que lo has hecho mal, tío. Pero mal del verbo cagarla por completo.

—Del verbo ser un cobarde sin huevos. —Me senté en la mesa y Frank se sentó en uno de los sillones.

—Mira, Alex, te conozco muy bien, más de lo que te gustaría realmente. Podría decir muchas cosas de ti, peor lo de no tener huevos no es una de ellas. —Frank se levantó para ponerse una copa.

—Pues con ella no tengo huevos, soy un cobarde muerto de miedo.

—¿A qué le temes, Alex? ¿A amar? ¿O a amar y no ser correspondido? —Me entregó una copa rebosante de alcohol para olvidar.

—Es ella, es Mariola. Me hace sentir, me hace vibrar y me da miedo no ser suficiente, no ser lo que ella espera o necesita. —Sí, lo dije en alto y me sentí bien al expresárselo lleno de rabia a Frank.

—Sí, eres un auténtico gilipollas sin remedio. Vamos a ver... —se frotó la barbilla unos segundos—. No conozco a Mariola tanto como para poner la mano en el fuego por conocer todos y cada uno de sus sentimientos, pero los dos la conocemos lo suficientemente bien como para saber que no necesita a nadie a su lado para que la salve o para que actúe como un príncipe con ella. —Negó con la cabeza

sonriéndome—. *Es la mujer más segura que conozco de esta ciudad. No necesita el beneplácito de nadie, hace lo que quiere, cuando quiere y como quiere. No espera a pedir permiso, pide perdón después si es necesario. ¿Crees que no serías suficiente para ella?*

—*Puede que sea todo eso lo que me abruma de ella. Que es tan independiente, que no necesite nada más, que no quiera nada más.*

—*Tienes miedo a quererla y a perder.* —Dejó la copa en la mesa y se acercó a la ventana—. *Pues estás mandándola directamente a los brazos de ese tío. No sé qué cojones te está pasando, Alex, pero la estás cagando con Mariola. Vas a perder a la única mujer que he visto que se ha preocupado realmente por ti, que ha visto más allá del playboy millonario y te ha querido.* —Frank se quedó callado.

—*¿Qué has dicho?*

—*Nada.* —Se removió nervioso.

—*¿Qué has dicho, Frank?*

—*Que la estás cagando con Mariola.*

—*¿Me quiere?*

—*Es una forma de hablar.*

—*No es una forma de hablar, Frank.*

—*Mira, Alex, Mariola me mataría si se entera de que lo he soltado por mi gran boca, como diría ella. Mariola es un libro abierto. Si no te quisiera, aunque solo fuese un poco, no hubiera aguantado cuando te vio besándote con aquella chica en el bar, y aun así, pensar solo en ti y sacarte de allí sin montar un escándalo. Solo porque tú no salieras perjudicado. Solo pensó en ti y no en el daño que le estabas haciendo.*

—*Ella solo me dijo que estaba enamorada de mí. Nada más.*

—*Deberías hablar con ella. Os debéis una conversación, porque si sigues así la perderás para siempre.* —Frank agarró la puerta para marcharse—. *Ese tío la miraba exactamente como tú la miraste en el cumpleaños de Andrea y no parece que la quiera apartar de su lado. La quiere bien cerca.*

—*No me estás ayudando con esas palabras, Frank.*

—*No pretendo ayudarte, Alex. Lo que pretendo es que abras los ojos antes de que sea demasiado tarde y te arrepientas por haber cometido errores que no tengan solución.*

María se comió hasta las ensaladas del resto de los platos. Parecía que el viaje la había dado hambre y sed, mucha sed. Se trincó casi ella sola una botella de vino. Y se suponía la borracha de la familia era yo.

—*Creo que es hora de ir dando un paseo hasta el hotel, cariño.* —Mark besó a mi hermana y puso una cara extraña—. *Y de lavarte los dientes, apestas a alcohol.*

—*Cariño, estamos de vacaciones. Hay que disfrutar, estamos en la ciudad más increíble del mundo, estamos con mi hermanita —me agarró del cuello, casi tirándome de la silla— y vamos a vivir mil aventuras que nunca olvidaremos. Por Nueva York.*

Pegó un grito demasiado alto e hizo que todo el restaurante nos mirase.

—*Tu hermana parece peligrosa. ¿Tendré que sacarla de la cárcel alguna noche?* —Ryan me susurró al oído, muy cerca de mí.

—*Pues podría ser, pero si eso pasa, déjala allí unas horas.* —Me reí imaginándome a mi hermana en una celda mugrienta.

—*Eres demasiado mala, Mariola.*

—*Soy la hermana pequeña. Mi misión en la vida es volverla loca.* —Le sonreí y vi cómo Ryan negaba con la cabeza agachándola.

—Vamos a acompañarles hasta el hotel y te llevo a casa.

—No es necesario. Puedo coger un taxi. Vivo cerca de aquí.

—No voy a dejar que vayas a casa sola. —Se bajó de la silla para acompañar a María y a Mark a la entrada mientras yo pagaba la cena.

Temblé al dejarles en el hall del hotel y pedí al cielo no encontrarme de nuevo con Alex. Lo mejor para nosotros sería que el destino, las casualidades o como quisiera llamarlas, dejaran de unirnos por las calles de la ciudad. No más encontronazos, no más fiestas y tal vez... podríamos seguir con nuestras vidas sin querer desgarrarnos la ropa cada vez que nos viésemos. Tal vez era hora de desgarrarle la ropa a otras personas...

—No sé en qué estás pensando, pero se te está poniendo cara de guarrilla de revista erótica. —María me besó antes de irse.

—Ten cuidado con ella. No destrocéis la suite, por favor.

—Caerá redonda en cuanto ponga su precioso culo en la cama. —Mark me besó—. ¿Tú vas a dormir sola o acompañada? —Miró a Ryan que nos estaba dando cierta privacidad.

—Con una preciosa niña. No voy a dormir con él, Mark.

—Mira, sé que no le conozco, pero tú tampoco. Mereces que un tío se preocupe por ti y él te salvó de un atraco, te ha acompañado al aeropuerto a buscarnos y ahora te va a llevar a casa. —Levantó la ceja sonriendo—. Me gusta.

—Buenas noches, Mark.

Bajé las escaleras sonriendo y me acerqué a Ryan que seguía con el móvil en la mano.

—Si tienes trabajo o cualquier cosa que hacer...

—Mi hermana. Está en una fiesta en Brooklyn y quiere que vaya a buscarla. —Se guardó el móvil en el vaquero—. Lleva toda la semana asegurándome que era la fiesta del siglo. —Puso su mano en mi espalda para guiarme hasta el coche.

—A esa edad todas las fiestas son las del siglo.

—Está en Output. —Miró su reloj.

—Ryan, ve a por ella y yo me voy en taxi.

—No te preocupes. ¿Te importa si pasamos a por ella, la dejo en casa y después te llevo a la tuya? Vivimos en Brooklyn.

—Sin problema. Si no me vas a dejar coger un taxi, iremos a por tu hermana.

Nos montamos en el coche y puso algo de música mientras conducía. Iba muy concentrado en la carretera y supuse que en echarle la bronca a su hermana. Comenzó a sonar “Still breathing” de Green Day, y mientras miraba por la ventanilla, escuché atentamente aquella letra.

**Porque aún estoy respirando por mis propios medios. Mi cabeza está por encima de la lluvia y las rosas. Estoy formando mi camino...**

Bajé la ventanilla, me apoyé en ella y cerré los ojos mientras el aire me agitaba el pelo. Respiré muy profundamente y sonreí.

—¿Estás bien?

—Sí. —Giré la cara—. Mejor que nunca. Gracias, Ryan.

—No he hecho nada.

—Gracias.

Volví a mirar a la carretera mientras cruzamos el puente de Brooklyn. Solamente necesitaba cambiar de aires, recordarme a mí misma que podía respirar y podía volver a ser la misma Mariola que era de antes de conocer a Alex. No quería olvidar lo que aún sentía por él, pero sabía que con el paso de los días podría dejar en un segundo plano aquellos sentimientos y tal vez conocer a alguien más. Si era capaz de sacarme a Alex y todo lo que me había hecho sentir de la cabeza.

—Ahí está.—Ya habíamos llegado y ni me había dado cuenta—. Ahora se estirará la falda para

subir al coche y pondrá sus ojos de niña buena.

—Eso lo hemos hecho todas, Ryan.

—Hola, hermanito. —Se acercó a nosotros y se me quedó mirando fijamente—. ¿Esta es la chica del atraco? No parece que necesite mucha ayuda.

—Astrid, ¿vas a montarte en el coche o te vas a quedar ahí haciendo que no te estás estirando la falda?

—Hola... —me miró queriendo saber mi nombre y me encontré su mano metida en el coche—. Coño, tú eres la que está saliendo con Alex McArddle.

—¡Astrid! Esa boca, joder.

—Tú me lo vas a decir, míster taco profesional del año. —Astrid se montó en la parte de atrás del coche y no dejaba de observarme—. Te he reconocido. No me habías dicho que habías salvado a una famosa.

—No soy famosa. Que haya compartido cama y un par de desayunos con el señor McArddle, y se me conozca más por eso que por mi trabajo, no me hace famosa.

—¿Te lo has tirado?

—¡Astrid! —Ryan reprochó la actitud de su hermana.

—¡Ryan! —Astrid gritó por tocarle las pelotas a su hermano.

—Mariola. —Yo dije mi nombre y los dos me miraron extrañados, con la misma cara de no entender nada—. Yo que sé, estáis diciendo nombres y el mío no lo decía nadie. Sí, Astrid, soy la que salía en las revistas. Sí, nos hemos acostado unas cuantas veces, sí es igual de guapo que en las revistas, pero mucho más capullo y arrogante de lo que ya parece. ¿Alguna pregunta más? —Vi su cara a través del retrovisor, abrió la boca y miró a su hermano.

—No, por ahora no.

—Te dejamos en casa y llevo a Mariola a la suya.

Notaba cómo Astrid me miraba durante todo el trayecto. Una vez que la dejamos en casa, justo antes de entrar en el portal, gritó.

—Has mejorado mucho en tus gustos, hermanito. Por lo menos esta no tiene pinta de presidiaria recién salida de Guantánamo.

Subió corriendo las escaleras antes de que Ryan pudiese decir nada más.

—Ya veo cómo te puede volver loco tu hermana.

—Perdón por todo lo que ha dicho. Tiene la maldita costumbre de decir lo primero que piensa. —Cerró los ojos y negó con la cabeza. Yo tuve que reprimir una carcajada, porque aquella loca con el pelo rubio y californianas rosas, me recordaba mucho a mí.

—Si ella te vuelve loco, yo haré lo mismo. Me veo muy reflejada en ella, en mi yo de veinte años. Me encanta que sea así, ya tendrá tiempo para ser comedida y callarse algunas cosas.

—¿Tú también vas a volverme loco? ¿Eso significa que quieres volver a verme? —Me miró fijamente y sentí que su mirada era sincera, pero que escondía muchas cosas que quería conocer.

—Llévame a casa, Ryan. Ha sido un día muy largo y empiezo a decir tonterías.

—No creo que nunca digas tonterías, Mariola. Si vas a volverme loco... —Ryan se incorporó a la carretera para ir al piso— puede que te deje hacerlo.

—Te crees demasiado encantador y con una sonrisa irresistible, ¿verdad?

—¿Irresistible? —Ryan me miró de reojo antes de entrar en el puente de Brooklyn en dirección a mi piso—. Me han dicho de todo, pero nunca han usado esa palabra conmigo.

—Tal vez porque no han visto más allá de esos tatuajes y tu pose de policía.

—La verdad es que no salgo mucho y no tengo oportunidad de conocer a muchas chicas. Y menos a chicas como tú.

—¿Chicas como yo?

—Chicas que siempre van sonriendo y llenas de vida. Que un atracador les intente robar y se nieguen a perder lo que llevan encima. —Me miró durante unos segundos—. No has dejado de sonreír desde que te he visto y creo que es una coraza que tienes. Esa sonrisa esconde mucho detrás y me lo acabarás contando con un perrito del Grey's Papaya, un paseo por Broadway y tal vez un helado.

—¿Plan para un domingo por la tarde?

—Mejor plan para un jueves por la noche. Esta semana tengo... tenemos algo complicado en el equipo. El briefing de mañana va a ser muy interesante.

Preferí no preguntar nada más. Sabía que la policía nunca contaba nada de lo que no quisiera que te enterases. Media hora después me estaba abriendo la puerta delante del portal.

—Muchas gracias por todo, Ryan. De verdad. —Puse mi mano en su mejilla y le besé la otra—. Has sido muy amable.

—No hay nada que agradecer, ha sido un auténtico placer, Mariola.

Me acompañó hasta la puerta y se me acercó muy decidido. Pensé que me iba a besar y... y no me aparté. No desvié la cara ni me opuse a lo que pensaba que estaba a punto de hacer. Pero Ryan a escasos centímetros de mis labios, se apartó para besarme en la mejilla.

—Buenas noches, Mariola. Nos vemos el jueves.

Me quedé unos segundos mirando cómo se iba hasta el coche. Me di la vuelta y rebusqué en mi bolso las llaves de casa. Como siempre, lo llevaba con un millón de cosas innecesarias en aquel momento. Saqué la agenda, mi iPad y varias libretas hasta que encontré las llaves. Una vez dentro del portal se me cayeron todas las cosas al suelo, pero antes de que la puerta se cerrase, una mano me tapó fuertemente la boca y me empujó contra el hueco que dejaba la escalera cerca de los buzones. No podía ver quién me estaba aprisionando contra la pared, pero aquel olor me resultaba demasiado familiar. Su cuerpo era mucho más fuerte que el mío y no me dejaba casi respirar.

—Estás tan guapa como siempre, nena.

Me removí tratando de deshacerme de su mano, pero me fue imposible.

—Ni se te ocurra gritar o esto acabará peor de lo que quieres. —Sin duda era Jonathan. Era imposible olvidarme de su voz.

Giró mi cuerpo, sin dejar de presionar mi boca con su mano.

—¿Me prometes que no vas a gritar? —Se pasó la lengua por los labios y me resultó más asqueroso que nunca—. Se una buena chica y no grites.

—¿Qué... —Tuve que controlar mi respiración entrecortada—. ¿Qué coño quieres de mí?

—¿Qué no quiero de ti? Quiero volver a sentir tus labios —pasó un dedo por mi boca y traté de mordérselo—. Me encanta que sigas siendo una fiera. Ya sabes lo que quiero. —Comenzó a pasar su mano por el escote de mi parte de arriba.

—Suéltame, por favor. —No quise levantar la voz.

—No. Querías saber qué era lo de hoy por mí, mañana por ti. Pues esto es a lo que me refería. Si tú me complaces, me olvidaré de todo y os dejaré en paz. —Metió su mano por debajo de mi falda e instintivamente cerré mis piernas.

—Eres un hijo de puta. —Le escupí en la cara.

—Conozco todos tus secretos, Mariola. Tendrás que darme algo muy jugoso a cambio. Mi silencio vale mucho, nena. Seguro que no quieres que el señor McArddle se entere de cómo fueron tus primeros años en esta ciudad.

—Me da igual. —Sonreí—. El señor McArddle, como tú le llamas, no es nada mío.

Jonathan desvió la mirada hacia la derecha, tapándome más la boca ya que escuchó algún ruido proveniente de las escalera. Parecía que alguien estaba bajando. La hija de una de las vecinas bajó con los cascos puestos y la música a tope. Bajaba con los ojos cerrados y se quedó en la primera escalera haciendo un solo de guitarra eléctrica. Se llevó la mano a la cabeza y volvió a subir las escaleras.

Jonathan me empujó un poco más en la oscuridad. No quise hacer ruido para que no le hiciese daño a aquella chica.

—¿Y qué harías por proteger a tu querida sobrina? Por que no le pase nada un día que sale de sus clases de tenis. Nunca se sabe lo que le puede pasar. Los niños salen corriendo... Hay accidentes todos los días. —Le pegué una patada en la entrepierna. Me soltó las manos e intenté pegarle, pero me agarró de la mano—. ¿Quieres jugar? Tienes todas las de perder, Mariola. Tu hermana y tu cuñado están en la ciudad. Suerte que a Sonia la has mandado lejos, porque sería de las que más fácil podría librarme. — Me agarró de la cara y trato de besarme en la boca. Su aliento era una mezcla de alcohol, tabaco y restos de comida—. Volveré a hacerte mía y me rogarás que te bese como solía hacerlo. Volverás a disfrutar entre mis brazos, tal y como nunca harás de nuevo con otro hombre.

—Tú no sabes hacer disfrutar, Jonathan. —Sabía que le pondría de los nervios hablando de su virilidad y hombría—. ¿Crees que me hacías disfrutar? —Solté una carcajada sabiendo que le dolería en su orgullo masculino—. No tienes ni idea de lo que hay hacer con una mujer.

Las venas de su cuello comenzaron a ser más notables, apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y apretó su mandíbula. Negó con la cabeza y se le dibujó una temible sonrisa en la cara. Sin verlo venir, su mano acabó en mi cara, propinándome una bofetada que me hizo caer al suelo. Desde abajo vi cómo salía corriendo del portal y respiré de nuevo. La puerta se quedó abierta debido a mis cosas que estaban desperdigas por el suelo. Cerré los ojos e introduje la cabeza entre las piernas. Necesitaba recomponer mi respiración para subir al piso y que los chicos no se enterasen de lo que acababa de ocurrir.

—¡Mariola!

Escuché mi nombre y unos pasos rápidos dirigiéndose a mí. Levanté la vista y tenía a Ryan delante de mí con cara de preocupación.

—Mariola, ¿estás bien?

—Sí. —Me limpié las lágrimas y traté de sonreír.

—Se te ha caído el móvil en el coche. He visto que alguien salía corriendo y te... —Se agachó a mi lado y en sus manos tenía todas mis cosas—. ¿Qué ha pasado?

—De verdad... —me costaba hablar—. No es nada.

—Vamos —tiró de mi mano—, ven aquí. —Me levantó y cogió en brazos. —No te preocupes, estás a salvo.

Me inspeccionó la cara y me tocó los labios. Debía tener algún tipo de corte en ellos, porque su tacto me escoció. Negó varias veces con la cabeza, se mordió los labios y llamó al ascensor.

—Puedes dejarme en el suelo, Ryan.

—No. Me vas a invitar a un café en tu casa y me vas a contar lo que ha pasado.

—No... —no me dejó terminar la frase.

—No trates de decirme que no es nada, Mariola.

—Vale.

Cuando entramos en casa, Mike ya estaba durmiendo con Andrea en su cuarto y Justin no estaba en casa. Lo agradecí mucho. No quería tener que seguir mintiéndoles, pero tampoco quería poner en peligro a nadie si le contaba a Ryan lo que estaba pasando.

Preparé dos cafés en la cafetera de Mike e invité a Ryan a acompañarme a la azotea.

—Bienvenido a mi pequeño gran paraíso en la ciudad. —Nos sentamos en unos cojines.

—Me gusta mucho tu paraíso.

Nos quedamos callados unos segundos. Supuse que Ryan esperaba que yo comenzase a hablar y yo estaba rezando para que a Ryan le atravesase momentáneamente un rayo y se olvidase de lo que había pasado.

—No puedo contarte mucho lo que está pasando, Ryan. Solamente es mi pasado que parece que ha vuelto para darme por culo. Primero ha tratado de joder la vida de Sonia, que ahora está internada en una

clínica y ahora viene a... —miré el café—. Creo que me he pasado de azúcar en el café y me ha soltado la lengua.

—Mariola, yo te puedo ayudar.

—No quiero que la policía se involucre. Ni siquiera los chicos saben lo de la nota que me dejó ni los emails que me manda y no se van a enterar de la visita en el portal de esta noche. No quiero que se preocupen. —Apoyé la cabeza en la pared—. Ya han sufrido por Sonia y no quiero que esto les afecte más.

—¿Y de ti quién se preocupa?

—Yo.

—Mariola, tienes que aprender a dejar que las personas te ayuden. No te voy a forzar a nada, pero me gustaría ayudarte.

—Ya has hecho mucho por mí, Ryan. —Le acaricié la cara.

—Sabes que soy policía y no dejaré que esto quedé así, ¿verdad? —Puso su mano sobre la mía.

—Déjalo estar, Ryan. Yo me encargo de todo, de verdad.

Pasó su otra mano por mi mejilla, llegando a mi barbilla y dejé que me diese un suave beso en los labios. El contacto apenas duró dos segundos, quizás tres, pero no me aparté.

—Lo siento, Mariola. Sé que acabas de salir de tu relación con... —hizo un divertido gesto con los ojos que me hizo sonreír—, pero...

—No te preocupes, Ryan. Está bien.

¿Realmente estaba bien? ¿Estaba bien que Ryan me hubiese besado? Aunque tan solo durase varios segundos, cerré los ojos. Y cuando yo cerraba los ojos...



## 2.

# COMO CAER EN UNA TRAMPA

Cinco días después de mi *encontronazo* con Jonathan estaba en mi despacho pensando en todo lo que me había pasado en los últimos meses. La noche del concierto de Bruno Mars parecía que había sido el desencadenante para Jonathan. Pero por más que pensaba en ello, no comprendía qué pasó. Al principio se acercó como si fuese un antiguo amigo, pero comenzó a comportarse raro después de ver a... después de ver a Alex. ¿Qué demonios tenía que ver Alex con Jonathan? Si me dijo que no se conocían de nada. ¿Tal vez me estaba mintiendo en aquello también?

Diez minutos después seguía mirando por la ventana y trataba de encajar todas aquellas piezas.

—Tienes que dejar de darle tanto al coco, Mariola, o vas a terminar volviéndote más loca de lo que ya estás.

Miré mi reflejo en la pantalla apagada de mi ordenador al darme la vuelta en mi despacho. Necesitaba desconectar de todo aquello y trabajar en la fiesta de aniversario de aquella empresa que me había entregado Linda.

Miré el reloj y eran casi las seis de la tarde. Mi hermana estaría a punto de llegar para irnos a tomar algo y planear su boda. Eso era lo que necesitaba, centrarme en centros de flores y en decoraciones para una boda en Escocia.

Recogí mi bolso, mi agenda, varias carpetas, el portátil y me fui cargada hasta el ascensor. Aquel día no quedaba nadie en la oficina. Había una fiesta diez pisos por encima de nosotros y seguramente todos estarían allí. Ni siquiera estaba Sasha en recepción. Recibí un par de mensajes de mi hermana que estaba en recepción y llegaba tarde. Los ascensores no parecían bajar hasta el piso cero, así que decidí bajar por las escaleras. ¿Qué eran unos veinte pisos con unos tacones de casi quince centímetros? Nada que no hubiese hecho en una fiesta de nochevieja de hacía un par de años.

Bajaba haciendo una lista de tareas pendientes para el día siguiente, cuando noté la vibración de mi móvil dentro de mis vaqueros.

—María, estoy llegando al hall, que el ascensor estaba lleno y estoy bajando por las escaleras. Me estoy ganando esos cocteles que vamos a tomar. —Contesté sin ni siquiera mirar quién llamaba.

—Ya te gustaría que fuese tu preciosa hermanita, mi amor. —Jonathan hizo que se me estremeciese todo el cuerpo y me quedase paralizada agarrada a la barandilla fuertemente—. Tu hermanita está preciosa hoy con ese vestido rojo. ¿Ya te has pensado nuestro trato?

—Jonathan, no voy a ceder a tus chantajes.

—Piénsatelo bien, Mariola. Ya sabes todo lo que tienes que perder. Incluso Alex podría perder más de lo que imaginas.

—Mira, Jonathan, ya te dije que Alex y yo no estamos juntos. Da igual lo que digan las revistas o lo que creas. No hay nada entre nosotros, así que no me puedes chantajear con él. —Traté de sonar lo más segura que pude.

—Te conozco bastante bien, Mariola. No dejas de querer a una persona de un día para otro ni deja de importarte. Sé que te gusta jugar a salvar a todo el mundo, pero tendrás que elegir: o sufres tú o lo hará

él.

—Jonathan, vete a la mierda.

—No, preciosa. No me voy a ir a ningún sitio hasta que vuelvas a estar conmigo. Ni ese poli de pacotilla va a poder ayudarte. ¿Crees que olvidarás a Alex con él? Otro más al que harás daño. Todo lo que tocas se convierte en mierda.

—Eso es lo que haces tú con la gente que te rodea.

—Tú misma lo has dicho. Ten cuidado con lo que pueda tocar o lo hago mierda. Tienes una semana para pensar tu respuesta, Mariola. Si no... alguien sufrirá las consecuencias. Date prisa, que tu hermana se está impacientando.

Colgó el teléfono y tardé varios minutos en poder volver a respirar con normalidad. Respiré varias veces para controlar las ganas que tenía de estampar contra la pared todo lo que tenía entre manos, pero lo primero en lo que pensé fue en mi hermana. Si realmente Jonathan estaba cerca de ella...

Bajé corriendo el resto de pisos hasta salir por la puerta de las escaleras del hall. Miré a mi alrededor y María estaba en la entrada hablando por teléfono y sonriendo. Me tranquilicé al ver que estaba bien, pero me juré que no iba a dejar que un tipo como Jonathan me hiciera temer por cualquier cosa.

Me acerqué a ella con el móvil en la mano y le mandé un mensaje a Ryan. Se suponía que íbamos a quedar aquella noche, pero pospuse aquella cena para el sábado. Justin se iba a llevar a Andrea a un estreno de cine y podría estar tranquilamente con Ryan hablando de todo lo que me estaba pasando. No conocía a Ryan tanto como para confiarle la verdad, pero era policía y supuse que él era el único que podría ayudarme.

Observé el resto del hall, pero no había ni rastro de Jonathan. Decidí dejar aparcado aquel tema mientras estaba con mi hermana.

—Hola, María.

—¿Cuánto has tardado en bajar?

—¿Dónde has dejado a Mark?

—En el gimnasio del hotel. En cuanto ha sabido que había uno, ha salido disparado.

—Pues nos vamos a tomar una copa o varias. Menudo día llevo, hermanita.

Cuarenta minutos después estábamos en la azotea del The Press Lounge, con dos Mai Tai en la mano.

—Ahora me vas a contar qué ha pasado con el queso de tetilla.

—¿Quién? —Cuando mi hermana se decidía a ponerle apodos a la gente... No se podía decir que lo hacía demasiado bien.

—Alex, el Capitán América. El que se ha encargado de darnos esa pedazo de suite y las fresas de *Godiva*.

—No sabría por dónde empezar, la verdad.

—Pues por el principio como siempre, Mariola. Que eres la lista de la familia.

Le conté lo que había pasado hasta donde yo sabía, pero le dije lo que yo pensaba. María no podía comprender qué es lo que había sucedido para que decidiese poner punto y final a lo nuestro.

—Algo ha tenido que pasar para que dé un cambio tan radical contigo. Por todo lo que se veía en las revistas, estabais genial.

—Tal vez fue ese fue el problema. Salir en las revistas lo hizo real y parece que él se asustó... o no quiso... no sé, María. —Le pegué un trago largo al Mai Tai—. Con lo bien que vivía yo sin conocerle. —Me quité los zapatos y puse los pies debajo del culo.

—¿Se lo has preguntado?

—¿El qué? —Busqué el móvil en mi bolso—. ¿Qué por qué decidió poner punto y final? Porque no sabe amar de otra manera. Dime si tú entiendes algo de esa frase, porque yo, por más vueltas que le doy,

no la comprendo.

—Pues yo tampoco. ¿Qué coño ha pasado en su vida para que no sepa amar de otra manera? —Se quedó unos segundos mirando el horizonte y me miró fijamente—. Eso significa que te ama... que te quiere, tata.

—Pues menuda forma de mierda de querer, María. Yo no quiero un amor que me haga ese tipo de daño, yo solo quiero a alguien que me vaya a buscar al trabajo, que podamos tomarnos unas cervezas en el parque y cenemos en un puesto callejero. No necesito nada más.

—Me suena a tu yo de hace diez años. La que deseaba caminar descalza por Central Park, la que soñaba con trabajar en una gran empresa, tener un precioso piso y... —Se mordió el labio dejando de hablar. Sabía que no quería decir nada más.

—Puedes seguir. La que soñaba con encontrar su alma gemela, pero tal vez la mía ya esté con su media naranja.

—O aún no la has conocido... o la acabas de conocer y estás tan cegada que no lo ves. Ryan parece buena gente. ¿Te has planteado... —levantó ambas cejas.

—Si te digo que no me parece atractivo, misterioso y con una sonrisa de escándalo... te estaría mintiendo. Y el otro día me besó y no me aparté. No fue un beso en condiciones, no del estilo que le hubiese dado. No de esos que te dejan con el hilo del tanga bailando, pero fue diferente y me gustó.

—Mariola, nos conocemos. ¿Has olvidado a Alex?

—Me gustaría decirte que sí, pero ya sabes que no. Sentí mucho en muy poco tiempo, pero creo que me costará olvidarme de él. Y sobre todo, porque esta ciudad se va a encargar de que nos crucemos en más de una ocasión. Ocho años sin saber nada el uno del otro y ahora... —Recordé las palabras de Jonathan y me quedé en silencio. No quería preocupar a mi hermana.

—No vas a olvidarte de él, pero tal vez Ryan te ayude. Ábrete a él y si puede ser de piernas... eso que te llevas, tata.

—Vamos a ver, ¿dónde está mi hermana y qué has hecho con ella?

—Es esta ciudad. Adoro Escocia, pero es que Nueva York tiene algo muy especial que me hace ser más tú. Más desinhibida y más malhablada.

—Lo mío venía de serie.

Pedimos un par de cocteles más y algo de picar. Durante un buen rato estuvimos mirando las azoteas que nos acompañaban, observamos a las personas que nos rodeaban sin decir nada. Tal y como hacíamos en aquellas terrazas de Salamanca cuando me venía a visitar.

—¿Qué tal está Sonia?

—Bien, parece que la terapia le está viniendo muy bien. Creo que en unos meses podría estar de nuevo en casa.

—¿Por qué no habéis denunciado a ese cabrón?

—Porque no tenemos pruebas de nada, María. Es Sonia contra Jonathan, un tipo rico y con muchas influencias en demasiados sitios. Si Sonia le hubiese denunciado en el momento... —Me tembló el cuerpo al recordar mi último encuentro con él—. Pero estamos aquí para preparar vuestra boda. Será mi regalo de bodas. Yo me encargaré de todo lo que necesites, María.

—¿De verdad harías eso?

—Claro que sí. ¿Crees que organizando una media de veinte bodas al año, iba a dejar pasar la oportunidad de organizar la de mi preciosa hermana?

—Pero nosotros...

—Es mi regalo. Así que empieza a soltar por esa boquita lo que quieres hacer.

—¿Aunque estés tan lejos...

—María, no te preocupes por nada. Hay Skype, puedo mandarte pruebas allí, los días que estéis aquí podemos mirar las tiendas con las que trabajamos y verás las cosas que te gusten. No es tan

complicado organizar una boda.

—Eso lo dices tú que eres la experta en cuestiones de amor.

—Claro. —Chasquéé la lengua y la miré fijamente—. Por eso estoy emborrachándome con mi hermana en vez de estar con un maromazo poniéndome los ojos en blanco y mirando al Empire State. —Comenzó a sonar mi teléfono—. Ryan.

—Hablando de que te pongan mirando a Cuenca...

—Hola, Ryan. —Le saqué la lengua a mi hermana—. ¿Cómo estás?

—Bien, en Chicago con un caso. Me temo que la cena de esta noche tengo que posponerla. Se nos está complicando un poco...

—No te preocupes, Ryan. Te he mandado un mensaje, que parece que no has podido leer. Cuando vuelvas cenamos juntos.

—Sí porque no me olvidó de lo que me prometiste. —Me toqueteé el pelo y mi hermana me miraba sabiendo lo que estaba haciendo inintencionadamente.

—¿Me contarás quién es Mariola Santamaría? ¿Qué misterios esconde esa preciosa sonrisa?

Cerré los ojos y sonreí. Creo que hasta solté una de esas risitas estúpidas que soltaba cuando escuchaba algo que me gustaba.

—Creo que el domingo estaré de vuelta, así que si quieres nos vemos en tu casa el domingo por la tarde.

—Perfecto. Te hago un hueco en mi apretada agenda, inspector Acherson. —Me removí en mi asiento con una sonrisa en la cara. Mi coqueteo fue más que claro, pero no lo hice aposta.

—De acuerdo. —Escuché su risa—. Nos vemos el domingo, preciosa.

—Hasta el domingo, Ryan.

—Hasta el domingo, Ryan. —Mi hermana hizo una imitación de mi voz—. Hermanita, siento decírtelo, pero has coqueteado con él y eso es por que te gusta. Tú no eres de las que se saca un clavo con otro clavo, aunque el nuevo clavo esté para romper paredes. —Levantó su copa en la mano cuando el camarero pasó por nuestro lado.

—No me juzgues.

—¿Yo? Jamás. —Levantó la mano en el aire como si estuviese jurando sobre una biblia delante de un juez—. Veo eso en tu mirada.

—Parece que con un Mai Tai te vale. —Cogí las dos copas que dejó el camarero.

—Dame eso. —Mi hermana saltó de su asiento y se lanzó al mío casi en plancha—. No le quites a una prometida su bebida. —Me abrazó—. Sé feliz y no pienses en los peros o en los porqués. Déjate llevar.

Chocó su copa contra la mía, la alzó en el aire y grito un «por la felicidad de mi hermanita», que se oyó en toda la azotea y que hizo unirse a nuestro brindis a varias de las personas que allí estaban.

*Estaba descargando un poco de estrés en el gimnasio. Sabía que un jueves a aquellas horas no habrían demasiados clientes, pero a la media hora entró el cuñado de Mariola y vino directo a mí.*

*—Hola.*

*—Hola.*

*—Ya sé que sabes quién soy, así que me voy a ahorrar lo de presentarnos. Has tratado de ganarte a mi prometida con esa fresas con chocolate y con la suite, pero al igual que Mariola, María no es tonta.*

*—Solamente estaba tratando de que vuestra estancia sea la mejor posible. —La verdad es que sí quería ganarme un poco a María.*

*—Voy a ir al grano, tío. No sé qué le has hecho a mi cuñada, pero no es ella al 100% y sé que es por tu culpa. Así que haz lo que tengas que hacer para solucionarlo. —Soltó lo que llevaba en la mano*

en uno de los bancos—. Es mi persona favorita en este mundo y no la quiero ver triste por un capullo como tú.

—Perdona, pero no creo que sea de tu incumbencia. —Si el podía ser políticamente incorrecto en sus formas, yo iba a comportarme igual que él.

—Es más que mi cuñada, es la hermana que no tuve, McArddle. —Respiró profundamente unos segundos—. La quiero mucho, muchísimo y si un tío como tú, que puede tener a quien quiera, ha decidido joderle la vida... te daré una paliza. Y no, por si te lo preguntas, no es una amenaza.

—No quiero problemas, tío. —Me levanté del banco de pesas.

—Pues te has metido en ellos tú solo haciendo daño a Mariola. Como me entere de que le has puesto un dedo encima o que le has hecho daño de algún tipo... —negó con la cabeza varias veces—, vendré aquí y te machacaré, al igual que machaco los haggis<sup>[2]</sup> cuando los hacemos en casa.

—Es mejor así, Mark. A mi lado sufrirá al igual que han sufrido el resto de las personas. No quiero que ella acabe igual.

—Mariola no es igual que el resto de mujeres que has conocido. No tiene miedo ni de qué dirán ni de lo que pasará. Es capaz de enfrentarse a todo por las personas que quiere, pero si tú no quieres a una persona así a tu lado... No vuelvas a acercarte a ella. No encontrarás a nadie como ella aunque busques un millón de años. De eso debes estar seguro.

—Lo sé. —Nos sentamos los dos en un banco y por un segundo me pareció que Mark relajó le gesto de su cara

—Pareces un buen tipo, pero no sé qué es lo que pasa. Si puedes, arréglalo o te arrepentirás toda la vida.

—La conoces muy bien. —No quise enfrentarme a su mirada.

—Mira, no sé por qué te lo voy a contar, pero voy a hacerlo. —Tomó una gran bocanada de aire, como si me fuese a contar su mayor secreto—. Hace seis años, cuando empecé a salir con María y ella se vino a vivir a Escocia, tuvimos varios problemas de convivencia... —Levantó los hombros a modo de perdón—. Fui un estúpido y la alejé de mí de la peor manera que pude hacer. Hice que creyese que la había engañado y sabía que de aquella manera, María se alejaría por completo de mí. —Se quedó mirando el reloj que llevaba en su muñeca—. Pensé que no quería un compromiso así de grande. Por Dios, ella se había mudado a mi país, había dejado atrás un empleo fijo que adoraba, para vivir conmigo...

—Te asustaste.

—Me acojoné. Pero ella se merecía un tío que no tuviese miedo a nada, que no temiese pasar el resto de su vida con una mujer tan fantástica como ella. Hice todo lo posible por alejarla de mí, la mentí, la engañé de mil maneras... pero mi corazón seguía siendo suyo.

—¿Estuviste con otras mujeres?

—No, la engañé para que así lo creyese. María vino a pasar una temporada con su hermana a Nueva York. Cuando Mariola se enteró de lo que estaba pasando, no lo dudo ni un momento. Cogió el primer avión a Escocia y se plantó en mi casa de Glasgow. Cuando golpeó más de veinte veces la puerta... pensé que venía la policía a detenerme por algún delito que no había cometido. Hizo un viaje con más de cuatro escalas y más de dieciocho horas de viaje para darme un puñetazo en cuanto abrí la puerta.

—¿Te pegó?

—Ni te imaginas la fuerza que tiene la condenada. Tuve el ojo morado más de una semana. —Soltó una carcajada—. Estuvimos hablando toda la noche, tratando de solucionar los problemas que tenía y al final lo comprendí. Ella me dijo algo que aún recuerdo. —Se quedó unos segundos en silencio, recordándolo—. Aunque el amor da miedo muchas veces, la recompensa final merece mucho la pena. Compartir tu vida con la persona que quieres es la recompensa a tanto miedo. —Suspiró

*fuertemente—. Es mayor el miedo a perder a alguien, que el de estar toda la vida con ella. Llegó a las diez de la noche y cogió un avión a las siete de la mañana de vuelta a Nueva York. Así que sigue su propio consejo. Si crees que el miedo a estar con ella es mejor que tener una relación... aléjate. No la llares, no la escribas y no la vuelvas a buscar más adelante. Porque ella no te va a esperar, aunque por dentro lo quiera hacer, nos encargaremos de que te olvide. Y parece que lo podría llegar a hacer con su amigo Ryan. —Mark parecía estar metiendo el dedo en la llaga para ver si reaccionaba.*

*—Te haré caso y me alejaré de ella.*

*—¿Aunque la quieras?*

*—¿Cómo sabes que la quiero?*

*—Ahora lo sé, me lo acabas de confirmar. Espero que estés seguro porque ella se merece ser feliz. Después de todo lo que ha pasado, de todo lo que le han hecho, se merece que la quieran, la cuiden y nunca dañen su corazón. —Se levantó del banco recogiendo sus cosas. Parecía que no había bajado a hacer ejercicio—. Quédate con una gran frase de Dostoievski: «es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama». Si no duele separarte de ella... es que nunca la has amado.*

*—Me recuerdas mucho a las cosas que dice Mariola.*

*—Ella me enseñó que amar es la mejor palabra del mundo. —Se alejó y antes de salir por la puerta se giró—. Por amor se perdona todo, hasta las gilipolleces más grandes que uno puede cometer. Adiós Alex.*

Los Mai Tai y un montón de revistas de novias se amontonaron en nuestra mesa, junto con una de mis libretas y los esbozos de lo que María quería. Tenía un caos en su cabeza. Por una parte quería un cuento de hadas, pero por otra quería algo simple por Mark. Sonó mi teléfono de nuevo y miré la pantalla antes de descolgar.

—Hola, Jus.

—Princesa, ¿dónde estáis? He pasado por la oficina y me ha dicho la jefa que ya habías salido.

—Estamos en el Press Lounge. Mi hermana está escalando puestos en el ranking de novias petardas y exigentes.

—Te tengo que dar unas cosas para la fiesta de inauguración y aprovechando que estoy con Frank. ¿Quedamos en el Galli? Le digo a Mike que lleve a Andrea allí y cenamos algo.

—Claro. Ahora mismo vamos para allí. Así aviso también a Mark que no sé dónde se ha metido. —Colgué y le mandé un mensaje a Mark—. Nos vamos al restaurante de Mike. Jus me tiene que dar unos documentos de la fiesta y viene con Frank.

Nos levantamos de los asientos y mi hermana me miraba tratando de ubicar a Frank, pero por su cara supe que no tenía ni idea de quién era.

—¿Frank?

—Frank es el socio de Jus en el nuevo local que van a abrir y también es amigo de Alex, y además, un amigo muy especial de Sonia.

—Madre mía. Al más puro estilo telenovela.

No pude negárselo y me reí. La verdad es que sí que nuestra vida se había convertido en una especie de telenovela con tintes dramáticos. Quedamos con Mark también en Galli. Le comentó a María que acababa de salir del gimnasio y se tenía que duchar. Así que nosotras nos fuimos en taxi y a los diez minutos de llegar apareció Mike con Andrea.

—Madre de mi vida. ¿Tú eres la misma niña de hace unos años que era así? —María hizo un gesto con las manos de muy pocos centímetros.

—Soy yo, ya he crecido un poco. —Se lanzó a los brazos de María. Se habían visto muy pocas veces, pero cada vez que hablaba con mi hermana por Skype, Andrea aparecía por el ordenador.

Nos sentamos en una mesa más apartada, esa que siempre teníamos para nosotros cuando no había servicios de comidas ni de cenas. Era la mesa en la que tratábamos de arreglar el mundo, en la que yo había trabajado tantas noches mientras Mike lo hacía en la cocina.

Justin y María comenzaron a ponerse al día con todo lo de la boda hasta que llegó Mark y todos nos quedamos observando la manera que tenía de tratar a mi hermana. Venía con un par de rosas blancas en la mano. Siempre era muy detallista con María, como él decía: solamente quiero que sea feliz y hacer de cada día una aventura. El día de su quinto aniversario fueron de viaje a la Isla de Man y mientras paseaban por una de sus playas bajo las estrellas, un montón de farolillos empezaron a elevarse hacia el cielo y le regaló la pulsera más bonita que jamás había visto, con unas palabras que si me las hubiesen dicho a mí, me hubiesen corr... se me hubiesen caído las bragas. «*María, una vida no es suficiente para vivirla a tu lado. Más allá de la muerte, nuestras almas siempre estarán unidas en una sola*». Mark era un escocés con un corazón de oro.

—Hola, cariño. —Besó a María ante la atenta mirada del resto—. He pasado por un puesto y la he visto y no he podido resistirme a traértela.

—Cariño, es preciosa. —Volvieron a besarse.

—Te quiero.

—Que asquito me dais, de verdad. Tú tan guapa y él tan buenorro... —Justin les miraba con cara de asco.

—Traes otra más. —María sonrió.

—Es para mi cuñada favorita, la que me hizo ver que el amor existe y está al alcance de los dedos. Que no hay que tener miedo a amar. A la que quiero con locura y que espero que antes de la boda, encuentre ese amor que haga que su preciosa sonrisa nos ilumine a todos. —Me dio la flor.

—Mark, que si tú ves que mi hermana no se quiere casar contigo... ya sabes —le hice un gesto de llámame con los dedos en la oreja—. Los hombres americanos deberían aprender de ti, ojazos. —Besé a Mark y Frank carraspeó.

—Algunos quedan, Mariola. Solo tienes que darles una oportunidad.

—A algunos se les han acabado... —me mordí el labio para no seguir hablando y sonreí—. Frank él es Mark, mi cuñado.

—Encantado.

Se dieron la mano y comenzaron a hablar como si se conociesen desde hacía años. Sobre música celta, el torneo de rugby de las Seis Naciones<sup>[3]</sup> y de coches. A los hombres les das un coche antiguo... y se acabó el mundo por unas horas.

Mientras tanto Justin y yo hablamos sobre la fiesta de inauguración. Parecía que ya habían hablado con Linda y me había asignado la cuenta, sin decírmelo a mí antes. Pero era de esperar, al fin y al cabo eran mis amigos.

—¿Tienes alguna idea? Yo tengo varias cosillas que se me han ocurrido, pero primero quiero saber qué es lo que queréis.

—Yo quiero que sea algo grande. Algo que la ciudad no haya visto antes. —Justin estaba completamente emocionado con el nuevo negocio. Llevaba muchos años queriendo hacerlo.

—Tú eres la experta. ¿En que habías pensado?

—Es solamente una idea que no he podido desarrollar y habrá que pulirla. ¿Qué os parece el carnaval de Venecia? Pero mucho más sexy. Imágenes de la ciudad, temática veneciana, los invitados con los trajes del carnaval, camareros, acróbatas en telas colgantes... —Les miré y estaban con un gesto muy raro en sus caras—. Sé que es algo diferente, pero no ha habido algo así por aquí.

—Me encanta. Es una idea genial, Mariola. —Frank sonrió y suspiré aliviada.

—Habría que mirar muchas cosas, cuadrar las fechas de la fiesta cuando esté terminada la reforma, invitados, decoración, comida, bebida... la cultura italiana—. Mi hermana se unió a la conversación.

—Mi hermanita estuvo viviendo allí un año entero, en su tercer curso de Erasmus. Podría traeros todo el sabor de Venecia a Nueva York.

—Eres una caja de sorpresas, Mariola. *L'Italia è bellissima*. —Frank lo dijo muy despacio, como si tuviese miedo a equivocarse.

—Es alucinante, Frank. Su cultura, su historia, su comida... Es de las pocas cosas que sé cocinar bien. La pasta, por mucho que diga Mike que soy una negada. Lo que pasa es que si no la hago... no me piden que cocine. —Le guiñé un ojo mientras Mike estaba despistado.

—A mí me gusta la idea, pero habría que definirla muy bien y que no quede sosa. —Justin iba a ser mi cliente más complicado, lo estaba viendo.

Justin estuvo dos horas exactamente sacándome de quicio. Y continuó al día siguiente hasta bien entrada la tarde en mi despacho, hasta que le mandé a tomar por saco.

—Jus, me voy a por Andrea al colegio. Olvídame por unos días, anda. Que eres peor que un jodido grano en el culo en pleno verano. —Recogí todo pasando de sus comentarios.

—¿No vas a apuntar lo que te estoy diciendo? —Me siguió hasta el ascensor.

—¿Quieres dar más ideas? Habla con Scott y que él me lo pase mañana. —Me metí en el ascensor y paró las puertas mientras se cerraban.

—Estás siendo una zorra. ¿Tratas así a todos tus clientes?

—A las petardas como tú, siempre. Como llegue tarde al colegio, te juro que abandono tu cuenta y será la primera vez que lo haga. —Le fulminé con la mirada.

—No sé cómo te aguanto, princesa.

—Porque me quieres y sabes que soy la mejor. —Se lo grité mientras las puertas se cerraron.

Me monté en el coche y debí de saltarme varios semáforos en ámbar, porque en diez minutos estaba aparcando cerca del colegio. Había tenido tan poco tiempo de pensar, que no me imaginé toparme con Alex allí. En cuatro años no le había visto ninguna vez buscando a Jason... Pero aquel día tenía que estar allí.

Al acercarme al colegio, las piernas parecía que me iban a fallar, pero respiré profundamente, meneé la cabeza varias veces para sacarme la imagen de Alex, que precisamente estaba apoyado en una pared vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa azul marina con las mangas subidas hasta los codos... Sí, me había dado tiempo a localizarle, escanearle y tratar de que no me viese mirándole. Pues eso, que traté de que nuestro encuentro fuese lo más cordial posible. No necesitaba dramas en mi vida, no me habían gustado nunca y no iba a empezar en aquel momento. Mi vida era sencilla, dentro de lo que cabía, y no necesitaba una tragedia griega en ella.

Me quedé más apartada del resto de madres, bueno, más bien del resto de cuidadoras que estaba en la salida para recoger a los niños. No necesitaba dar explicaciones sobre por qué Sonia no estaba allí. Escuché los zapatos de Alex resonando sobre la acera y aquel sonido cada vez estaba más cerca. Me ajusté las gafas de sol, volví a respirar, porque a veces con Alex tan cerca se me olvidaba, y saqué el cacao del bolso para aplicarme en los labios. Tenía un olor a frambuesa y lima que me calmaba. Sí, podía parecer una más de mis gilipolleces diarias, pero me calmaba... y punto.

Se situó a mi lado, también alejado del resto de mujeres que estaban por allí y por el rabillo del ojo vi cómo se pasaba los dedos por sus labios y sin poder remediarlo, aquel maravilloso escalofrío se apoderó de mí. Cerré los ojos tratando de controlarme y que no pareciese que me estaba dando un ataque de pánico o uno epiléptico.

No dijo ni una sola palabra en los diez minutos que estuvimos esperando a que Jason y Andrea saliesen de clase.

—Joder, parece que están cerrando ellos el colegio. —Lo gruñí entre dientes y escuché un carraspeo de una madre que se había puesto a mi lado.

—¿Podrías controlar tus tacos delante de mi hija pequeña? —Había tapado los oídos a la niña.

—Disculpa. Hasta hace un momento no había nadie aquí.

—Estás en la puerta de un colegio.

—Ya he pedido perdón. Joder. —Giré la cabeza y lo susurré en castellano hacia el lado donde estaba Alex.

—¿Esa boca te sigue metiendo en muchos problemas? —Ladeó su sonrisa al finalizar su pregunta.

—No en más de lo normal. Lo que pasa que en este colegio son un poco estirados y, cuando llega alguien diferente, y se les encoje el esfínter. —Hice un sonido con la boca, como si estuviese encogiéndolo algo y con los dedos hice un círculo que fui haciendo cada vez más pequeño.

—No sé por qué me extraña que no te meta en más problemas. Tienes la lengua demasiado rápida.

—La más rápida a este lado del país. —Le hice un gesto de pistolas disparando con mis manos, sonido incluido.

Vale, me había vuelto gilipollas en un momento. No sabía si estaba ligando con él, le estaba tratando de alejar o pretendía que se embarcase en el primer viaje a la luna para ricos. Pude ver mi cara de idiota reflejada en sus gafas. Entorné los ojos, me re Coloqué mis gafas y miré al frente. Si le quitaba de mi campo de visión, podría hacer que no estaba a mi lado con su preciosa sonrisa, con su cuerpo y sus ojos fijos en mí.

A los diez minutos, los diez minutos más tortuosos de mucho tiempo, Andrea vino corriendo con los brazos en el aire y agitando algo en su mano.

—Tía, tía, tía. —Saltó a mis brazos cuando me agaché para saludarla.

—¿Qué pasa, cariño? —Parecía que llevaba meses sin verme.

—Mira. —Me enseñó un dibujo—. Lo hemos hecho hoy en clase.

—¿Qué es? —Al mirar el dibujo pude ver una familia, pero no la entendía demasiado bien.

—Un dibujo de nuestra familia.

—¿Y quiénes son todos? —Andrea aprovechó a sentarse en una de mis rodillas que tenía flexionada.

—Esta es mami, esta eres tú —me iba señalando uno por uno los dibujos—, este es el tío Jus y este el tío Mike.

—¿Esto es una oveja? —Quise bromear con ella un poco.

—Es un perro, ¿No le ves sus orejitas y su pequeño morrito? —Frunció sus labios a modo de hocico—. Bueno, es algo que quiero, así que pensé en dibujarle.

—¿Y estos otros dos?

—El pequeño mi novio.

—¿Novio? ¿Cómo puede ser que yo no me haya enterado de eso, Andrea?

—Es Jason. Ya sabes que es mi novio, tía. —Se quitó el pelo de la cara con mucha gracia.

—Perdóneme usted, Lady Gaga. No me he enterado por las revistas de su noviazgo. —Escuché una semi carcajada de Alex—. Vale, entonces tenemos a mamá, a mí, a tus tíos, a tu novio, a tu perro imaginario y debemos tener a alguien más que no reconozco.

—¿No sabes quién es? —Andrea señaló casi enfadada porque no reconocía el dibujo.

—No.

—Es el papi de Jason, el señor McArddle.

—¿Y porque está en el dibujo familiar? —Lo susurré para que Alex no nos escuchase.

—Porque es mi dibujo y le he querido dibujar. —Me enseñó los dientes que estaba rechinando.

—Sí, sí, te ha poseído el genio de Lady Gaga en American Horror Story: Hotel<sup>[4]</sup>. —La niña me miró sin saber a qué me refería—. Es precioso, Andrea. En cuanto lleguemos a casa lo colgamos de la nevera.

—Sí, así los tíos lo verán cuando lleguen a casa. ¿Hoy vamos a grabar un vídeo para mamá? Que llevamos unos días sin hacerlo y tengo un montón de cosas que contarle. —Se puso de pie y me levanté.

—Sí, tengo que trabajar, pero lo haré desde casa. Así que luego grabamos un vídeo.

—Hola, Mariola.

—Hola, Jason. —Me tiró de la mano para que me agachase. Pensé que me iba a dar dos besos, pero se colgó de mi cuello y lo aupé.

—Te he echado de menos. —Comenzó a acariciarme la cara. Me mataba ver cómo se le entristecía la mirada y todo por culpa del imbécil de su padre. ¿Le había llamado ya imbécil a la cara? Me parecía no haberlo hecho y se lo merecía.

—Lo siento, cariño. Estoy hasta arriba de trabajo y me vuelven loca algunos clientes, pero ya sabes que cuando quieras puedes llamarme.

—Gracias, Mariola.

—Enano, ¿para mí no hay besos ni abrazos?

—Claro que sí. —Dejó a Jason en el suelo y saltó a los brazos de su padre.

—¿Qué tal las clases hoy?

—Bien. Mira lo que hemos hecho. —Le enseñó su dibujo también—. Nos han pedido que dibujásemos a nuestra familia.

—Madre mía, sí que somos en tu dibujo.

—Mira, este eres tú, con tu traje y la corbata. Este es el tío Frank.

Mientras Jason le enseñaba a su padre su dibujo, cogí en brazos a Andrea y curioseamos lo que había dibujado por detrás de su padre. La verdad es que a Alex le había clavado con su rictus.

—Hay que decir, Alex, que tu hijo te ha clavado en tus momentos más estirado. —No me pude mantener callada y Andrea se rio.

—¿Y ella? —Alex al señalar el dibujo, me miró de reojo.

—Es Mariola.

—Es un dibujo de tu familia y ...

—Ella es parte de mi familia. —Jason cortó a su padre—. Es mi dibujo y la he querido poner en la familia.

—De acuerdo, campeón, no quería decir nada malo sobre él. —Le dejó en el suelo.

Aquel momento empezó a volverse muy incómodo. Nosotros no encontrábamos el momento adecuado para decir adiós y marcharnos. Era como si pronunciar aquella palabra nos volviese a distanciar. En un momento dado, vi cómo los niños se miraban y sonreían. Aquellos dos tenían algo planeado para los cuatro.

—Tía, ¿podemos ir a tomar un helado?

—Sí, cariño.

—¿Puede venir Jason? —No supe qué responder—. Porfi.

—Tendréis que preguntarle a su padre.

—Señor McArddle, ¿os venís a tomar un helado con nosotras?

—Yo... eh... —me miró y levanté los hombros dejando en su mano la respuesta—. Claro que sí, Andrea. Si a tu tía no le importa que vaya yo.

—Prometo comportarme como una adulta por un rato. Un helado no dura mucho en un día como hoy.

—De acuerdo, vamos en mi coche y nos acercamos hasta Bryant Park. Esta mañana he visto allí el camión de Van Leeuwen.

—Te van a encantar, Andrea. Tiene unos helados aluciflipantes. —Miré a Jason sonriendo y tras atarles, me monté en el asiento del copiloto.

—Los mejores helados de Nueva York. —Alex me miró de reojo antes de arrancar el coche.

No dije nada más en todo el camino y contesté a un par de emails que me acababan de mandar de la oficina. Frank había enviado a mi cuenta de la empresa varios emails y Scott me los reenvió. También tenía que revisar las peticiones de presupuestos para dos bodas, tres Bar Mitzvah, una fiesta de los

quince y una jubilación.

Me bajé del coche al llegar a Bryant Park sin escuchar lo que los niños decían. Me quedé quieta en la acera revisando los presupuestos y Jason empezó a empujarme por el paso de cebra para llegar hasta el camión de los helados.

—¿De qué queréis los helados? —Alex alzó a los dos niños para que viesan la carta.

—Yo quiero de chocolate vegano. —Jason no se lo pensó demasiado.

—Yo quiero... quiero... quiero... —Andrea no se decidía y cuando levanté la vista casi la veo babeándole la manga a Alex.

—Andrea, cierra la boca mientras decides que te va a entrar una mosca volando.

—Es que todos tienen muy buena pinta.

—Yo el de caramelo salado. —De nuevo fijé la vista en el móvil.

—De mantequilla de cacahuete con chispitas de chocolate. —Se estaba relamiendo los labios, no me hacía falta mirar para comprobarlo.

—Y uno de café.

—Eso es arriesgarse, señor trajeado. De café. —Hice otro ruido con la boca. Tenía le gracioso subido aquella tarde.

—¿Podemos ir a jugar al parque mientras nos traen los helados?

—No os alejéis mucho. —Alex puso su mano en mi espalda para que nos sentásemos en unas mesas de piedra que había por allí y los niños se marcharon corriendo—. Y el helado de café de aquí es el mejor de la ciudad. No me gusta tomar riesgos innecesarios.

Vale, aquello lo dijo por el helado... ¿o por nosotros?

—Siento que estemos aquí engañados por los niños. —Se quitó las gafas de sol, apoyándolas en la mesa y jugueteó con las patillas.

—No te preocupes. —Mi mirada estaba fijada en sus manos. En aquellas manos grandes y fuertes—. La verdad es que pensé que lo iba a llevar peor.

—¿El qué?

—Verte, Alex. —Respiré profundamente y me quité mis gafas. Se merecía que le mirase a los ojos—. Mi idea era odiarte hasta hacerte desaparecer de la faz de la tierra, pero al segundo tuve claro que no iba a funcionar demasiado bien. —Negué sonriendo y le miré directamente a los ojos, esperando no perderme en ellos—. Hemos estado ocho años viviendo en la misma ciudad, trabajando a menos de diez minutos andando y no nos habíamos cruzado hasta aquella noche, en la fiesta de mi cliente. Y tengo claro que ahora la ciudad hará lo imposible por juntarnos y llenar nuestra vida de casualidades.

—¿Te molesta eso? —Acercó su mano a la mía, la puso encima, pero no me llegó a tocar, supongo que por miedo a una mala respuesta.

—No es que me moleste, pero sí va a ser algo complicado olvidarme de todo, Alex. No me puedo olvidar en dos días ni en dos semanas de lo que he sentido, por mucho que quiera tapanlo con trabajo, con fiestas o con alcohol, con mucho alcohol. —Respiré profundamente.

—No te cuesta decir lo que piensas.

—Ya te dije que yo no venía con taras ni he huido de una relación que me aprisionaba. No tengo traumas por nada del pasado. No me cuesta hablar ni de sentimientos ni de nada, Alex. —La camarera salió del camión con dos de nuestros helados y los dejó en la mesa.

—Los otros dos ahora mismo salen. —Sonrió amablemente y nos dejó con nuestros helados.

—Sé que no te cuesta y a mí... —ladeó la cabeza—, a mí contigo me cuesta menos, pero hay cosas que no sé cómo explicar.

—No hace falta que digas nada, Alex. No necesito que me regales los oídos. He dicho que va a ser difícil olvidar todo, no imposible. —Probé mi helado y cerré los ojos—. Joder, como no olvidaré este helado. ¿Cómo no sabía yo de su existencia?

—Bueno, al menos te he descubierto algo nuevo.

—Has hecho mucho más que esto, Alex. —Puse mi mano sobre la suya y la agarré fuertemente—. Mira, puede que no fuese nuestro momento, puede que tan solo fuésemos instantes... —Le sonreí de verdad—. Tal vez más adelante sea nuestro momento.

—¿Cómo puedes tener ese pensamiento después de todo?

—Pues porque pensar que el mundo se acaba por lo nuestro, no va conmigo. Las personas no son lo que hacen, si no lo que dicen... Mira, Alex, no sé qué es lo que te pasa, pero sé que no eres así. Si tienes miedo... —traté de buscar las palabras adecuadas para no ser una auténtica zorra—. Si tienes miedo y crees que alejarte es lo mejor, puede que de aquí a un tiempo te arrepientas y sea tarde. No es una amenaza, te lo aseguro, es algo que puede suceder. Nosotros nos conocimos y sucedió todo muy rápido. ¿Cómo asegurarnos de que no puede volvernos a pasar con otras personas?

*Lo que estaba diciendo Mariola era completamente comprensible, pero no pensaba que a mí me fuese a suceder. Yo no me iba a olvidar de ella ni en dos días ni en dos semanas, ni siquiera en dos años. Olvidarme de Mariola no entraba en mis planes.*

*La camarera nos sacó de nuestra conversación y los niños parecieron oler los helados porque vinieron corriendo. Los dos se sentaron a nuestro lado y no dijeron nada mientras atacaban sus copas, hasta que comenzó el interrogatorio.*

—¿De qué habláis?

—De nada, Andrea. —Mariola trató de zanjarlo, pero no lo consiguió.

—Cosas como... —se puso la mano en la barbilla sin soltar la cucharillas—. ¿Porque ya no estáis juntos? —Se nos atragantó el helado—. No nos habéis dicho la razón.

—No hay una razón, chicos. —Tomé las riendas de aquel interrogatorio que se podía poner muy feo con ellos.

—Pues volved a estar juntos. —Jason agarró de la mano a Mariola—. Papá te echa de menos, aunque sea demasiado cabezota y orgulloso como para decírtelo.

—¡Jason! —Recriminé que repitiera unas palabras que Frank me había dicho unas noches atrás.

—Yo sé que te gusta Mariola, te oí el otro día hablando con el tío Frank. Oí eso y muchas cosas más.

—Jason, es de mala educación escuchar detrás de las puertas.

—Yo no estaba detrás de ninguna puerta, papá. Estaba en mi cuarto leyendo y vosotros dos hablabais demasiado alto. —Agarró fuertemente la mano de Mariola.

—No debes escuchar conversaciones ajenas porque a veces te enteras de cosas que no quieres. —Mariola besó a Jason en la cabeza y este le miró de una forma muy tierna. No comprendía cómo aquellos dos tenían tal conexión.

—Lo siento. —Jason agachó la cabeza—. No os enfadéis ninguno de los dos, pero es que me da mucha pena que no estéis juntos.

—Jason, no nos vamos a enfadar contigo. Sé que te va a sonar a lo de siempre, pero cuando seas más mayor comprenderás que las cosas no salen siempre como nos gustaría. —Traté de tranquilizar a mi hijo, pero cuando le brillaban tanto los ojos... estábamos perdidos.

—Ya lo sé. —Vi una lágrima en sus ojos.

—Jason, cariño. —Mariola abrió sus brazos y Jason se refugió en ellos—. Sé que hacerse mayor da asco... mucho asco, pero es cuando empezarás a comprender ciertas cosas. ¿Qué es lo que te pasa?

—Pues que me da mucha pena, Mariola. No voy a volver a verte y me gustas mucho. Yo quería que... —Jason comenzó a moquear en el pecho de Mariola, pero ella no se movió—. Yo quería que fueras parte de nuestra familia, porque te quiero mucho.

—Que tu padre y yo no estemos juntos no significa que deje de ser tu amiga. —Jason no se

*despegaba de Mariola.*

*—Eso dices ahora, pero te acabarás alejando de mí y no volveré a verte. —Mariola me miró y pude ver cómo a ella también le brillaban los ojos. .*

*—Te prometo que no, cariño.—Agarró su cara con ambas manos—. Te aseguro que eso no va a pasar, Jason.*

*—Es que me gustas mucho, Mariola. —Se limpió las lágrimas con la mano.*

*—Te quiero mucho, Jason. —Le besó y supe que Jason estaba más tranquilo porque le escuché suspirar dos veces seguidas.*

*—Yo también te quiero, Mariola. Y si cuando me haga mayor, papi no se ha casado contigo, me pido ser tu novio para siempre.*

*—Seré vieja, pero siempre serás mi príncipe, pase el tiempo que pase.*

*Me quedé mirando unos segundos lo que tenía ante mí. Sin decir nada, Andrea se levantó lentamente y se abrió paso entre los brazos de Mariola, sentándose también sobre ella y fundiéndose en un abrazo con su tía y mi hijo. Ella no se movió, parecía estar incómoda con medio cuerpo fuera de la silla, con los dos niños encima, casi ahogándola, pero aguantó hasta que Jason le dio un beso y se sentó en su silla. Andrea se quedó mirando unos segundos más a su tía, le acarició la cara, la besó y sin mediar palabra, se sentó en su silla.*

Me levanté de la silla tratando de que no se me cayese ni una sola lágrima delante de los niños, pero ¡joder! Aquellos dos enanos eran capaces de ablandarle el corazón al más duro del mundo. Cogí unas servilletas del camión de los helados y me limpié un poco las lágrimas, esperando que ninguno de los tres se diesen cuenta de lo que estaba haciendo y aproveché para pagar los helados.

—Tía, te está sonando el teléfono. —Andrea me lo acercó y se fue a seguir comiendo.

—Llevo más horas pegada a este bicho infernal hoy, que trabajando. —Al mirar vi que era del Four Seasons. Unas semanas atrás había guardado el número.

—Hermanita, dime que no te has cargado la suite porque no creo que le caiga demasiado bien a Alex hoy.

Escuché una respiración al otro lado de la línea. Una respiración pausada, pero un poco agitada.

—Buenas tardes, nena. —La voz de Jonathan me puso en alerta.

—¿Qué coño quieres, Jonathan? —terminé de pagar y me alejé de todos.

—Te lo he advertido, Mariola. Tenías que haberte alejado de Alex y de ese renacuajo. —Respiró tan profundo que lo noté en mi oreja—. No me gusta que me mientan y tú nunca has sido buena escondiendo las cosas, Mariola.

—No te he mentado, Jonathan. Alex y yo no somos nada más que amigos. Estamos tomando algo con los niños, nada más. —Trataba de estar lo más tranquila por fuera, aunque por dentro era un jodido manojito de nervios.

—No me haces caso, nena, así que puede que si te llevas un susto... aprendas la lección. Como bien dicen en tu país...

Se quedo unos segundos en silencio, seguramente saboreando una copa de whisky en el hall del hotel o tratando de ponerme más nerviosa, pero no quise caer en su trampa.

—La letra con sangre entra. —Lo dijo en un perfecto castellano—. ¿Así es como quieres aprender las cosas, Mariola?

—Jonathan... —Respiré varias veces para no perder los papeles y ponerme a gritar como una maldita loca en el parque—. ¿Qué haces en el Four Seasons?

—Estas fotos deben de ser muy importantes para él, ¿verdad? Su hijo, sus abuelos, tú...

—Deja todo eso. —Supe al momento que estaba en el despacho de Alex—. Si quieres hacerme daño a mí, adelante, no te tengo miedo.

—Suenas muy valiente ahora mismo. —Se escuchó el ruido de unos hielos cayendo a lo que supuse que era un vaso—. ¿Habéis disfrutado de los helados?

En aquel preciso instante se me cortó la respiración, se me cerró la garganta y la cabeza comenzó a darme vueltas. Giré varias veces, mirando en diferentes direcciones sin comprender cómo sabía que estábamos tomando unos helados. Pero era imposible que estuviese allí vigilándonos y en mi pantalla apareciese el número del hotel.

—¿Qué es lo que quieres, Jonathan?

—Ya sabes lo que quiero, nena. Te quiero a ti y pronto terminarás cediendo. Volverás a gemir entre mis brazos como solías hacerlo. ¿Recuerdas cuando íbamos a aquellas fiestas y...

—Eres un hijo de puta. —No le permití continuar hablando.

—Lo sé, pero acabarás en los brazos de este hijo de puta. —Escuché cómo tragaba la bebida atravesando su garganta—. Acepta mi propuesta y no volverás a recibir más llamadas ni más cartas. No la aceptes y lo siguiente que recibas puede que sea una llamada más desagradable que esta. O una visita inesperada. Tic tac, Mariola, tic... tac.

El teléfono resbaló de mi mano, para acabar golpeándose con las piedras del camino en el que estaba. Me había alejado tanto de Alex y de los niños, que no podían ver cómo me temblaba el cuerpo.

A los minutos, regresé a la mesa y me excusé diciendo que teníamos que marcharnos, que me habían surgido dos reuniones al día siguiente y tenía que prepararlas.

Al llegar a casa, Justin estaba con Scott viendo una película y dejé a la niña con ellos, mientras yo subí a la azotea para tomar aire.

Me senté en una de las hamacas que teníamos y cerré los ojos. La voz de Jonathan resonaba en mi cabeza. Aceptar su propuesta no era ninguna solución, sería como caer de cabeza en una trampa para osos de la que difícilmente podría salir con vida. Necesitaba hablar con alguien, pero ese alguien no era nadie de la familia ni siquiera era el propio Alex, del que Jonathan me estaba instando a alejarme. La única persona con la que podía hablar era Ryan. Tal vez él podría echarme una mano con todo el caos que se estaba cerniendo sobre mi cabeza.

### 3.

## COMO EN UNA PELÍCULA

Sabía que Alex dudaba de la mierda de excusa que acababa de darle para esfumarnos tan rápido.

Me conocía mejor de lo que él imaginaba y de lo que a mí me gustaría.

—Tía, vamos a la tienda. ¿Quieres que te subamos algo? —Escuché la voz de Andrea desde las escaleras.

—Sí. —Bajé al piso—. Comprad café, voy a tener una noche demasiado larga y una semana terrible.

—Ok. Vamos a tardar un rato por si te apetece darte un baño, devolver una llamada a un policía muy guapo que ha llamado dos veces esta tarde... —Justin me guiñó un ojo.

—Tengo que ir a recoger unos cuadros para el piso a cinco manzanas de aquí. No tardaremos más de dos horas. —Scott me dio un beso—. Llámale.

Cogí el teléfono para llamar a Ryan. Necesitaba hablar con él y me apetecía verle. No sabía exactamente cuál de las dos cosas era la que más necesitaba. No tardó más de dos pitidos en contestar.

—Hola, Mariola. ¿Cómo estás?

—Bien... —No soné nada convincente—. Pensé que estabas en una operación en el extranjero.

—Hemos vuelto antes de tiempo. ¿Qué te parece ese perrito esta noche? Al no ser fin de semana, no es una cita.

—Necesito hablar con alguien y creo que tú eres el más indicado.

—Vale, me estás preocupando. Estoy en una reunión, pero creo que en media hora podría pasar por tu piso. Llevo tequila y cervezas, parece que las vamos a necesitar.

—Ya sabes dónde vivo. —Me fui a la habitación y comencé a desnudarme mientras hablaba con Ryan.

—A lo mucho una hora, Mariola.

—De acuerdo.

Dejé mi móvil encima de la cama y me metí en la ducha. Aproveché que tenía tiempo y me puse una mascarilla en el pelo, me exfolié el cuerpo, y tras salir de la ducha, me embadurné en crema relajante de té verde.

Escuché a los minutos la puerta. Miré el reloj de mi habitación y no había pasado más de media hora desde que los chicos se habían ido. Seguro que Andrea se había aburrido de andar y les había rogado volver a casa.

—Espero que no se os haya olvidado el café.

Salí del cuarto colocándome bien la toalla alrededor del cuerpo, cuando noté que me aprisionaban contra la pared y me tapaban la boca con la mano. Jonathan estaba pegado a mi cuerpo, y para salvarse de un nuevo arañazo, me agarró fuertemente con una mano mis dos muñecas, elevándolas por encima de mi cabeza.

—Sigues teniendo los mismos rituales en la ducha, Mariola. —Pegó su nariz a mi cuello, provocándome un escalofrío—. Sigues siendo la mujer más excitante que he conocido. ¿Prometes ser

buena y no gritar? —Comenzó a destaparme lentamente la boca.

—¿Qué quieres, Jonathan?

—Tenéis que ser más cuidadosos a la hora de cerrar la puerta o las ventanas. Nunca sabes quién puede entrar. —Había vuelto a fumar. De nuevo olía a aquellos cigarrillos de vainilla que solía fumar años atrás.

—Vete a la mierda.

—Hoy no has sido una niña demasiado buena y mereces un castigo por ello. —Su mano se introdujo por la toalla, me agarró de la cintura y me pegó a él.

—¿Qué tiene Alex para que no me pueda acercarse a él? ¿Tanto daña tu ego que un hombre como él se haya fijado en mí? ¿Tanto te duele que después de lo que tú me hiciste, yo haya sabido salir a flote y tener una buena vida? ¿Tan poco autoestima tienes, Jonathan? —Estaba intentando sacarle de quicio. Quería mostrarle que no le tenía miedo, que no me iba a atemorizar con sus amenazas.

—¿Crees que le tengo envidia? No es más que un niño rico que, tarde o temprano, se cansará de una chica como tú. —Su mano subió por mi espalda, haciendo caer la toalla al suelo.

—¿Una chica como yo? —Solté una carcajada que desconcertó a Jonathan. A él sí que le conocía muy bien. Sabía exactamente cómo hacerle perder los nervios—. Pues para ser una chica normal y poco interesante, a ti aún parece que te vuelvo loco. O más loco de lo que ya te conocía.

Jonathan esbozó una temible sonrisa que me heló la sangre. Hasta aquel momento pensaba que estaba jugando conmigo, que estaba celoso por que hubiese rehecho mi vida, que cuando me vio con Alex fue como una pelea para comprobar quien la tenía más grande. De repente, se esfumó la sonrisa y su gesto me terminó de aterrar. Su mano se posó en mi garganta y empezó a apretar. Apretó con tanta fuerza, tirando de mí hacia arriba, que me quedé unos segundos de puntillas en el suelo.

—No juegues conmigo, nena. No se te ocurra pensar que eres más inteligente que yo, porque no es así. Siempre iré un paso por delante de ti. Aléjate de Alex o sufriréis todas las consecuencias. —Me arrastró hasta mi habitación y me tiró encima de la cama—. Sería tan fácil hacerte mía ahora mismo... —se tumbó sobre mí, dejando caer todo el peso de su cuerpo— pero prefiero esperar y que vengas a mi apartamento un día, vestida solamente con una gabardina y te entregues a mí en cuerpo y alma, Mariola. Porque déjame decírtelo —recorrió con su lengua mi cuello hasta llegar a mi oreja—, terminarás haciéndolo para salvar a Sonia y a Andrea. A tus adorados amigos, a ese mocoso McArddle y al hombre del que te has enamorado.

Su respiración se metió por todos los poros de mi piel. Traté de quitármelo de encima, pero Jonathan era demasiado grande y tenía más músculos de los que recordaba.

A los segundos, escuchamos la puerta abriéndose y las voces de Justin, Scott, Andrea y... Ryan. Ryan estaba con ellos. Jonathan entró en pánico, se levantó de la cama, empezó a mirar su alrededor y la única vía de escape que encontró fue la ventana que daba a la escalera de incendios. Yo tiré de la colcha para tapar mi desnudez.

—Princesa, estamos en casa.

—Si gritas, ellos lo pagarán.

—Estoy... —traté de que mi voz sonase tranquila— en la habitación, Jus.

Yo intenté que mi tono de voz no denotase mi estado de alteración, pero escuché unos susurros y a los segundos, mientras Jonathan tiraba varias cosas de mi escritorio y salía por la ventana, Ryan y Justin entraban en la habitación.

—¡Mariola! —Justin se lanzó a abrazarme y Ryan me observó durante unos segundos.

—¿Estás bien?

—Sí. No. Yo... —me empezó a faltar el aire.

—¿Te ha hecho daño?

—No.—Cerré los ojos.

Sin decir ninguna palabra más, Ryan salió saltando por la ventana, persiguiendo a Jonathan por las escaleras al más puro estilo película de acción. Justin me abrazaba fuertemente tratando de calmarse a sí mismo. Escuchamos unos gritos de Ryan mientras perseguía a Jonathan.

—¡Alto, policía! No te muevas.

Lo siguiente no pudimos escucharlo, eran ruidos metálicos mezclados con el tráfico de nuestro barrio.

Me puse un vestido por encima y me asomé con Justin a la ventana. Ryan alcanzó a mitad de la calle a Jonathan, saltó sobre él y cayeron los dos al suelo. Solo podía ver los puñetazos que ambos se lanzaban. De repente, sin Ryan verlo venir, recibió una patada de Jonathan que le apartó de él. Este aprovechó para salir corriendo entre la gente. Ryan se llevó la mano al estómago y yo, sin pensármelo demasiado, salí corriendo por las escaleras. Bajé lo más rápido que pude hasta llegar a la calle y me encontré con Ryan empuñando su pistola.

—¿Estás bien? —Me agaché a su lado.

—Sí. —Se llevó la mano a la boca—. Solo es sangre. ¿Quién era ese hijo de puta?

—¿Sabes que te pueden expedientar por sacar tu arma poniendo en peligro a tantos civiles? —Puse mi mano sobre la suya, para que bajase la pistola.

—¿Cómo demonios sabes tú eso?

—Tengo amigos policías en España. Vamos a casa. Hay que curarte esas heridas.

—¿Qué es lo que quería de ti? ¿Te ha hecho daño?

—No, estoy bien.

Subimos a casa. Justin, tras cerciorarse que yo estaba bien, cogió a la niña y se fue al piso de Scott. Sabía que le iba a contar lo que estaba pasando a Ryan y era mejor que no hubiese nadie en casa.

—Estoy aquí la lado, si a este se le ocurre hacerte daño... —se pasó un dedo por el cuello a modo de amenaza.

—Prometo portarme bien. —Ryan sonrió y se le dibujo un gesto de dolor.

—Vamos a ver, Ryan, hay que curarte eso. —Escuché la puerta cerrándose.

—Me voy a lavar un poco la cara para eliminar la mayor parte de sangre. —Pude escuchar varios quejidos susurrados.

Fui a mi habitación a por una toalla limpia y a por el botiquín. Al entrar en la cocina vi a Ryan apoyado en el fregadero.

—Toma la toalla para secarte y siéntate en el taburete.

Se sentó y me puse delante de él. Abrió las piernas, dejándome paso para acercarme más. Cogí un algodón con un poco de *Betadine* y me acerqué a más a Ryan. Tenía una manera tan intensa de mirar que era capaz de traspasarme la piel.

Me temblaba la mano y no comprendía por qué. No sabía si era por haber tenido a Jonathan en casa o por estar tan cerca de Ryan. Respiré profundamente y puse el algodón en su ceja. Ryan cerró los ojos, aquello debía de doler un montón.

—Perdón, no quiero hacerte daño.

—Eso lo he prometido yo.

Me fijé en su mandíbula tan marcada, tan masculina, en todas sus facciones, su barba de dos días... Me acerqué tanto a él, que mis pezones le podían haber traspasado la camiseta.

Cuando le curé la herida del labio, cerró un poco las piernas y me aprisionó contra él.

—Esta no será tu táctica para que te dé una cita, ¿verdad? Llegar a mi casa, saltar por la ventana como un superhéroe y acabar con el malo de la película.

Abrió los ojos y frunció las cejas. Abrió la boca y la cerró un par de veces.

—¿No será la tuya? Sé que quieres pedirme una cita y no sabes cómo hacerlo.

Noté cómo se deslizaba por mi hombro el tirante del vestido, y antes de que se me viese nada, Ryan

tomó el tirante de una forma muy delicada y lo subió hasta el hombro, pasando lentamente por mi brazo sus dedos. Su tacto me estremeció. Fueron... qué, ¿dos o tres segundos?

—Mu... —respiré un par de veces— muchas gracias por todo, Ryan, de verdad. Me has salvado ya tres veces. Creo que te debo unas cuantas cenas.

—No me debes nada, Mariola. Es mi trabajo servir y proteger. —Me guiñó un ojo.

—No es tu trabajo salvarme a mí la vida.

Sin pensármelo, sin ni siquiera planteármelo un solo segundo, me acerqué a los labios de Ryan y... le besé. Me acerqué con mucho cuidado, esperando no hacerle daño y... joder. «¿En qué te estás metiendo, Mariola?».

—Perdón. —Me aparté rápidamente—. No... no estaba pensando.

Levanté los hombros y no supe qué más decir. ¿Me apetecía besarle? Sí. ¿Sabía dónde me estaba metiendo? No tenía ni puta idea.

En dos pasos se acercó a mí, pasó su brazo por mi cintura y con la otra mano libre me agarró de la barbilla. Pegó su cuerpo al mío, aprisionándome contra la barra de la cocina.

—No me pidas perdón por nada.

Me besó, me plantó un beso de esos que hacen historia. De esos que te hacen perder la noción del tiempo y del espacio. De esos que aumenta la temperatura del planeta varios grados. Un beso de los que te quitan el aire.

Sus manos recorrían mi espalda, acariciando la parte desnuda que dejaba el vestido y...

—¡Joder!

Ryan apoyó su frente en la mía y nuestras descontroladas respiraciones comenzaron a acompasarse.

—¡Joder!

No apartó ni un momento sus ojos de los míos. Tras varios segundos, en los que los dos nos mantuvimos en silencio, tal vez para callar lo que no estábamos dispuestos a decir. Me besó en la frente, en los labios y terminó con un beso en la punta de la nariz. Y aquello me hizo sonreír.

—Te van a quedar unas cicatrices muy sexys que volverán locas a las chicas.

—Voy a sonar un tanto desesperado ahora mismo, pero no quiero volver loco a las chicas. Quiero que una chica se vuelva loca por mí y la tengo delante. —Me apartó el pelo de la cara.

—¿Ese truco te suele funcionar, Ryan? ¿De verdad?

Nos miramos unos segundos fijamente y comenzamos a reírnos. Su sonrisa provocaba a la mía, mientras sus dedos trataban de atrapar los míos que se encontraban entre nuestros cuerpos. No sabía qué me provocaba Ryan y tampoco tenía ni idea lo que estaba haciendo, pero me hacía sonreír y, ¡coño!, había salido corriendo detrás de Jonathan.

—¿Qué te parece si salimos a cenar algo?

—Había traído cervezas. —Ryan me miró unos segundos.

—No tengo ni idea de cocinar y había pensado que podíamos ir a picar algo. —Comencé a moverme nerviosa por la cocina. Sabía que si nos quedábamos encerrados en el piso acabaríamos en la cama—. En la nevera no hay nada, y a no ser que quieras una ensalada de frutas, que eso sí que se me da bien...

—Dejamos las cervezas para otro día, para cuando te invité yo a casa a cenar. —Levantó la ceja derecha y se acercó a mí muy despacio—. ¿Sabes un secreto? Yo sí sé cocinar y lo hago muy bien.

—¿Todo lo haces muy bien?

De repente me encontré jugueteando con él, con mis brazos alrededor de su nuca, sin saber muy bien cómo había llegado a aquello.

—Tendrás que averiguarlo, Mariola. —Aprovechó para besarme otra vez y de nuevo fue capaz de dejarme temblando—. Tendrás que descubrirlo.

—Voy a... vestirme. No tardo. Es ponerme unas zapatillas.

—De acuerdo, pero sería mejor que te cambiases de ropa. Tienes restos de mi sangre.

Me miré y vi las manchas.

—Se quitarán, y si no, serán un recuerdo.

Salí de la cocina y antes de llegar a mi habitación ya me había quitado el vestido. No pretendía provocar a Ryan, pero era una manía que tenía. Salí a los minutos con unos vaqueros rotos, una camiseta de tirantes con la espalda descubierta por completo y unas zapatillas. Ni siquiera me maquillé y me dejé el pelo medio ondulado. No era una cita, solamente éramos dos amigos que íbamos a cenar e iba a confesarle a Ryan todo lo que me estaba pasando con Jonathan.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

—¿Sí? ¿Siempre estás tan seguro de ti mismo? ¿Nunca dudas de ti?

—¿Y tú de ti?

—La verdad es que no. Tengo un millón de defectos, pero los salvo todos con mi carisma, mi esfuerzo y una sonrisa preciosa. —Le sonreí enseñándole los dientes. No era mi mejor pose.

—Vamos, doña carisma.

Tras cruzar el puente de Williamsburg, aparcamos en una calle tranquila, desde la que se veía la isla que comenzaba a iluminarse. Me quedé unos segundos observando cómo los rascacielos comenzaban a emitir pequeños destellos.

—Nunca había visto la ciudad así.

—Yo la veo así todos los días. —Pasó su brazo por mis hombros—. Ver amanecer es una pasada. Me encanta Manhattan, pero prefiero vivir aquí, lejos de todo ese barullo de la ciudad. —Señaló una terraza de un edificio cercano—. ¿Ves esa terraza con las flores blancas?

Alcé la vista y observé una terraza en un cuarto piso en la que se veían una flores blancas que la recorrían, con unas sillas y una pequeña mesa.

—Desde ahí se ven unos amaneceres increíbles.

—¿Me estás invitando a ver uno?

—Nunca se sabe, preciosa.

Puso su mano en mi espalda y me pegó a sus labios. No me aparté y le devolví el beso. Un beso que fue subiendo de intensidad en plena calle, sin importarnos quién nos pudiese ver, alejados de todo el ruido de la gran ciudad y casi en un mundo paralelo.

—Vamos a cenar algo y a tomar unas cervezas que creo que tienes que contarme muchas cosas.

Me llevó a un local cercano llamado Baby's All Right. Me encantó nada más entrar. Era un bar atípico y sonaba música en directo de fondo. Nos acercamos a la barra y uno de los camareros saludó a Ryan efusivamente.

—Señor SEAL. —Salió de la barra para abrazarle—. Ya era hora de que te acercases a verme. No te veía desde hace dos meses.

—Ya sabes, el trabajo me tiene absorbido.

—Sentaos donde queráis y enseguida os servimos. ¿Para beber?

Yo ya tenía una carta en la mano y vi que tenían tacos, nachos y burritos.

—Dime que prepararéis micheladas<sup>[5]</sup>.

—No tenemos en carta, pero encantado te preparo una. —Le dio en la espalda a Ryan—. Esta chica sí que sabe.

Nos sentamos en una mesa alta uno en frente del otro. Durante unos minutos solamente escuché la música en directo. Parecía ser un grupo tributo al rock de los 70 u 80.

—*"She loves to dance, she loves to sing, she does everything..."*

Estaba sonando "Any way you want it" de Journey y no pude evitar cantarla.

—Aquí tenéis vuestras bebidas. Espero que no sea demasiado picante.

—No creo. Cuanto más picante —le pegué un trago a la michelada y la saboreé—, mucho mejor.

Impresionante, si la comida es la mitad de buena que esto, se va a convertir en uno de mis locales favoritos de Brooklyn.

—¿Qué vais a cenar?

—Tráenos lo que quieras. Tacos, nachos, esos burritos que haces que no están en la carta y mucho picante. Visto lo visto, con ella hay que superar la barrera de Scoville<sup>[6]</sup>.

—Os traeré con la cena una botella de tequila añejo. Una cena como la que vais a tomar, lo merece o lo necesita.

El camarero se fue canturreando Journey y Ryan mantuvo la mirada fija en el grupo.

—Jonathan es mi ex, el mismo que me atacó en el portal y el que me está enviando emails y notas desde hace unas semanas. El que ha acosado a Sonia y la ha chantajeado durante años.

Ryan se dio la vuelta con los ojos como platos y se bajó de la silla, la acercó a mi lado y se sentó observándome. Sentí como si fuese a comenzar mi interrogatorio.

—Vamos a empezar por el principio, Mariola. ¿Desde... ¿Có...

Ryan se levantó de la mesa, entró en la barra, le dijo algo al camarero que nos acababa de atender y volvió con la botella de tequila.

—Vale, creo que la necesitamos antes de la cena. Primero, dos chupitos, después seguimos. —Los sirvió y los bebimos de trago—. Vale. ¿Desde cuándo te está acosando?

—No es acoso. —No me sonaba ni a mí convincente—. Vale, a ver. Cuando llegué a Nueva York le conocí en el hotel que me alojaba. Comenzamos a salir, me la jugó y desapareció de mi vida. Aparecía y desaparecía con los años, hasta que hace unos seis o así, desapareció por completo. Parecía que la isla se lo había tragado por completo. —Serví otros dos chupitos—. Pero hace un mes o un poco más, Sonia me confesó que lleva años chantajeándola con unas fotos y un vídeo.

—¿Sonia?

—La madre de Andrea. Él se acostaba con ella mientras estábamos saliendo. Y no, no es culpa de Sonia, hasta cierto punto. Andrea es hija de un famoso jugador de baloncesto de la NBA, pero que no quiso saber nada de ella. Sonia estuvo en una fiesta, Jonathan aprovechó la situación... Sonia por miedo a perder a su hija...—serví de nuevo otros dos chupitos—. Ahora Sonia está en una clínica de desintoxicación y purificación mental o como se llame. Me encontré con Jonathan hace unos meses en una fiesta, yo estaba con Alex y él cuando nos vio... no sé que cojones se le pasó por la cabeza, pero comenzó todo esto. Me ha mandado cartas, emails, me ha llamado y ha estado dos veces en casa. Y eso es lo que ha pasado hasta que le has perseguido por la calle.

Ryan no dijo nada, se pasó la mano por la boca, por la barbilla, se mordió el labio, negó con la cabeza, se levantó de la silla y dio varias vueltas alrededor de la mesa. Yo cogí de nuevo la botella de tequila y estuve a punto de pegarle un trago directamente.

—¿Por qué no has denunciado?

—Es más complicado que todo eso, Ryan. Está Andrea. No quiero que haga daño a la niña. A mí no me puede hacer daño, sé cómo defenderme, pero la niña... Su madre no está, su padre... ni siquiera sabe de él. —Cerré los ojos unos segundos y se me puso un nudo en la garganta pensando en lo que podría pasar—. Sé que es cobarde no denunciarle, pero es la única manera que tengo de proteger por ahora a Andrea, hasta que sepa qué es lo que quiere.

—¿Crees que el atraco podría ser cosa de él?

—No lo sé, parece saber siempre dónde estoy.

—¿Llevas una rutina?

—Mi vida puede ser de todo menos rutinaria. Lo único que hago todos los días es coger un café antes de llegar a trabajar, pero no a la misma hora todos los días.

—¿Vas a decirme su apellido para que pueda investigarlo? —Ryan sirvió más tequila.

—Eres de Inteligencia, un ex SEAL y si te lo digo vas a ir a por él. Déjame un tiempo para ver lo

que puedo hacer, ver cómo puedo pararle.

—No me convence que lo hagas.

—Ya lo sé, pero quiero intentarlo. —Levanté los dos chupitos.

—Me voy a arrepentir de esto, pero... —ladeó la cabeza y cerró los ojos, como si le costase decir lo siguiente—. Vale, pero como vuelva a acercarse tanto a ti, me aseguraré de encontrarle, me digas su apellido o no.

—Gracias.

Brindamos y bebimos los chupitos. Ya había perdido la cuenta de los que me había metido entre pecho y espalda. Ryan emitió un sonido con su garganta de no aprobación, se acercó a mí y me besó.

—Tienes mucho peligro con esto. —Levantó la botella de tequila.

Cuando llegó la cena pudimos relajarnos un poco. Ryan al principio seguía tenso por lo que le había contado, pero tras cenar y hablar de cosas mucho más banales, la noche empezó a animarse.

—Voy a llamar a Justin para que no se preocupe.

Al coger el teléfono, comenzó a hacerme muchas preguntas, pero al decirle que estaba con Ryan cenando, se quedó mucho más tranquilo. Sabía que con él estaba segura y alejada de Jonathan. Le pedí que grabase el vídeo con Andrea, que yo en un par de horas volvería a casa, pero aquello no fue lo que realmente sucedió. Pasó otra michelada, varios tacos muy picantes y otra botella de tequila con el dueño del local. Tras salir de allí, entramos en un bar cercano, en el que perdí el poco pudor que me quedaba aquella noche.

Bailamos, continuamos bebiendo, traté de olvidar todo lo que había pasado los últimos meses.

—Eres demasiado peligrosa, Mariola. Me vas a meter en problemas.

Estábamos bailando en medio de la pista. Sus manos estaban acariciándome la espalda.

—No soy peligrosa. —Me acerqué a sus labios.

Sus labios recorrieron los míos, mientras sus manos paseaban libres por mi espalda. Su lengua se adentró en mi boca y, Dios mío, nos íbamos a abrasar aquella noche.

Nuestros besos nos acompañaron a la salida del local, por las calles que llevaban a su casa, en su ascensor y en cada rincón de su casa que visitamos antes de llegar a su habitación. Nos deshicimos ansiosos de nuestra ropa y nos quemamos, nos abrasamos en aquella habitación durante toda la noche.

El olor a café recién hecho me despertó. Al abrir los ojos y mirar por la ventana, vi que aún era de noche. Ryan no estaba a mi lado y no escuché más voces fuera de la habitación. Cogí una camiseta de U.S Navy Academy que estaba encima de una de las cómodas doblada y salí fuera. Ryan estaba preparando el desayuno.

—Buenos días. —Me senté en un taburete.

—Sí, eres muy peligrosa. Tengo la cabeza que me va a estallar por tu culpa. —Se acercó a mí, metiéndose entre la isla de la cocina y yo.

—Yo pensaba que un SEAL estaba hecho a prueba de todo.

—Ya. —Se mordió el labio, puso sus manos en mis piernas, las abrió, se metió entre ellas, me agarró del culo y me sentó en la isla—. Eres peor que un entrenamiento a cincuenta grados en desierto afgano.

Me pegó a él y comenzó a pasar su lengua por mi cuello. Mi cuerpo se estremeció por completo. No sabía qué producía Ryan en mí ni por qué mi cuerpo reaccionaba a cada una de sus caricias, pero lo hacía. Se deshizo de mi camiseta, dejándome solamente con unas bragas de Wonder Woman.

Astrid salió de la habitación con los ojos cerrados, abrió la nevera, cogió una botella de agua, y sin mediar palabra, se fue de nuevo a su habitación.

—¡Joder! —Me tapé con los brazos.

—Está zombi perdida. Ha llegado a casa hace una hora.

—Vale, pero prefiero que tu hermana no me encuentre en bragas encima de vuestra isla. —Puse la mano en el aire para que me pasase su camiseta.

—¿Desayunamos y vemos el amanecer antes de llevarte a casa?

—Me parece perfecto. —Me pasé la lengua por los labios.

—Pero deja de hacer eso. —Me besó y antes de separarse, tiró con sus dientes de mi labio inferior.

Me pasó la camiseta y me la coloqué mientras me bajaba de la isla. Ryan se puso detrás de mí y me acompañó hasta la terraza.

—Disfruta del amanecer más bonito de la ciudad. —Me tapó con una manta y me dio un beso en la nariz.

Escuché cómo silbaba la canción de Journey de la noche anterior mientras iba a por nuestro desayuno. Miré al horizonte y me quedé sin palabras. Nueva York me había robado el aliento muchas veces, pero no como aquella vez. Aún se veían algunas de las luces de los edificios de Manhattan. Subí los pies en el banco y apoyé la cabeza en el respaldo, tapándome con la manta. El cielo comenzó a verse cada vez más azul y por el este comenzaron a dibujarse unos tonos anaranjados que me mostraron la ciudad como nunca la había visto. A los minutos salió Ryan con una bandeja con la cafetera, fruta recién cortada, huevos revueltos y cereales, junto con pan recién tostado. Se sentó a mi lado y abrí la manta para que se metiese dentro conmigo.

—Es precioso.

—Sí. —Sabía que Ryan no había mirado al horizonte.

—Estoy hablando del amanecer.

—Bah, está sobrevalorado. Lo tengo demasiado visto y a ti nunca te había visto recién levantada.

—Eso también está sobrevalorado. —Giré la cabeza y me estaba mirando de una manera que... que me hizo sentir especial.

—¿Un café?

—Siempre.

Nos mantuvimos en silencio, cobijados bajo la manta media hora más, hasta que mi teléfono comenzó a sonar desde mi vaquero, que parecía desaparecido en combate en el salón.

—Voy yo, tú termina de desayunar.

Observé a Ryan mientras entraba en el amplio salón. Siguió el sonido y rebuscó en el pantalón y me lo trajo poniendo una mueca muy divertida.

—Creo que te has metido en problemas, preciosa.

Al entregármelo vi la cara de Mike en la pantalla. ¿Les mandé un mensaje avisándoles de que no iba a dormir? Antes de contestar la llamada, revisé que sí se lo había enviado. A los segundos sonó de nuevo el móvil y, a lo lejos, el de Ryan.

—Comienza el día. —Ryan me entregó el teléfono y me guiñó un ojo.

—Buenos días, Mike.

—¿Dónde se supone que te has metido? Ya estás moviendo el culo para que cuando la niña se despierte estés en casa.

—¿Has dormido mal? —Miré el reloj y eran las cinco y media.

—Sé que estás con Ryan, y de verdad que me alegro que trates de olvidar a Alex, pero Andrea ha tenido pesadillas esta noche y ha preguntado por ti.

—Vale. —Me levanté corriendo y doble la manta—. En media hora estoy en casa.

Puse las tazas en la bandeja y la llevé a la cocina. Aproveché para recoger todo mientras Ryan seguía hablando por teléfono.

—¿Qué haces?

—Tú has hecho el desayuno y yo friego. Así son las cosas. —Terminé de recoger y busqué mis vaqueros y mi camiseta, que estaban encima de uno de los sillones. Me vestí antes la atenta mirada de

Ryan.

—De acuerdo. —Colgó y me miró aún más fijamente—. ¿Estás bien?

—Sí, es... es la niña. Ha tenido pesadillas esta noche y le había prometido grabar un vídeo con ella. Y se habrá despertado esta noche, habrá ido a mi habitación... —me pasé las manos por la cara.

—Lo siento.

—No, no es culpa tuya. Aquí la que se le fue de las manos la noche fue a mí. —Al mirar a Ryan vi preocupación en sus ojos—. Y no, no me arrepiento, no me arrepiento para nada. —Enrosqué mis manos alrededor de su cuello—. De nada. No puedo arrepentirme de algo que me ha hecho sentir tan bien. Hablar contigo, contarte por lo que estoy pasando ha sido liberador.

—Aunque no me dejes ayudarte. —Rozó su nariz con la mía.

—Te prometo que serás al primero que acuda. Y además... —me mordí el labio y agaché la mirada—, creo que te has ganado esa cita. ¿Unas cervezas, cenar en el Gray's Papaya y un café en Boat Basin el sábado?

—Me encanta el plan.

Al llegar al despacho lo encontré un poco desordenado. Había una copa usada en la bandeja de la bebida, mi sillón estaba al lado de la ventana y la foto de Mariola no estaba allí. Miré por toda la mesa, debajo de ella por si se había caído, pero no estaba. Cogí el teléfono para llamar a recepción.

—Dígame, señor McArddle.

—¿Ha entrado alguien en mi despacho? —Abrí la caja fuerte, pero allí no parecía faltar nada.

—Que yo sepa no, señor. Puedo llamar al jefe de seguridad que acaba de llegar, pero esta noche no ha entrado nadie, señor.

—Que venga ahora mismo.

Colgué el teléfono y comencé a ponerme nervioso. No había nada de excesivo valor en mi despacho, más que nada eran objetos con valor sentimental, pero pensar que alguien había estado allí dentro y, encima, se había llevado una fotografía nuestra...

Arthur no tardó en llegar y me pidió que saliese durante un rato de mi despacho ya que quería hacer unas comprobaciones. Media hora después subió a la sala de vigilancia para comprobar las cámaras.

Llegamos antes de lo esperado al piso e invité a Ryan a tomar un café. Cuando subimos Mike ya estaba preparando el desayuno y yo fui a ver a Andrea. Seguía durmiendo en el cuarto de Mike.

—¿Cuántas veces se ha despertado?

—Un par de ellas. —Mike le sirvió un café a Ryan—. No ha sido preocupante, pero preguntaba por ti.

—Perdón, ayer se me fue de las manos. Voy a pegarme una ducha antes de que la niña se despierte y así ya estoy preparada para llevarla al cole e irme a trabajar.

Me duché y a los veinte minutos salí ya preparada a la cocina. Poco quedaba de la Mariola de la noche anterior, ya estaba vestida como la Mariola de Midtown.

—Mike, ¿has visto mi agenda?

—No. ¿No está en la entrada? Allí están las carpetas, el Mac nuevo y demás.

—Joder, ¿qué coño he hecho con ella?

—Así vestida no pareces de las que dice tacos. —Ryan me miró sorprendido con el café en las manos.

—Porque no la has visto bebiendo cervezas y tequila. —Mike me agarró de los hombros—. Se convierte en algo peligroso.

—Lo sé, anoche se convirtió en ello. Es muy peligrosa.

—No lo sabes bien. ¿No tenéis una foto de ella en comisaría o algo parecido?

—Os podéis ir a la mierda los dos, juntitos para que no os perdáis. —Les señalé y fui a buscar mi agenda—. ¿Dónde co...

—Buenos días, tía. —Vino corriendo y la cogí en brazos—. No estabas cuando me desperté y tenía miedo.

—Pero estaba el tío Mike y él es mucho más fuerte y valiente que yo.

—Eso no es verdad. Tú eres la más valiente.

—¿Qué has soñado? —Fui con ella a la cocina para que desayunase.

—El hombre malo estaba en tu cuarto y te quería hacer daño.

Andrea no dijo nada más mientras desayunaba y tampoco comentó nada cuando la ayudé a vestirse y a peinarse. Tan solo me habló cuando le estaba haciendo una trenza.

—No va a volver, ¿verdad?

—Nadie te va a hacer daño, Andrea. Te lo prometo.

—Pero te quería hacer daño a ti. —Se dio la vuelta y me acarició la cara.

—Nadie nos va a hacer daño.

—¿Y a mamá?

—A mamá nadie puede hacerle daño. Mamá está muy bien cuidada y está protegida, al igual que tú. ¿Preparada para ir al cole?

—¿Me llevas tú?

—Por supuesto. Y este fin de semana, sin falta, grabamos el vídeo.

—Mariola, Jus se ha llevado tu coche. Tenía que ir a Staten Island a no se qué con Scott.

—Es verdad, que hoy Scott no está en la oficina. Pues me espera un día cojonudo.

—Yo os llevo. No tengo el briefing hasta las nueve y media. —Ryan apuró el café.

—¿Quién eres? —Andrea le miró fijamente.

—Soy Ryan, un amigo de tu tía.

—No te conocía y conozco a todos sus amigos. ¿Eres un amigo de esos especiales? ¿De los que se dan besos? Como ya no sale con el señor McArddle, tal vez seas tú al que le dé besos ahora.

Ryan se quedó con los ojos fijos en la niña y casi con la mandíbula desencajada. Yo sabía que la niña lo estaba haciendo a posta. Es que esas palabras eran muy de Justin, que seguro que le escuchó la noche anterior.

—¿Es tu nuevo novio? —Me miró a mí con las manos en sus caderas y con la cara de pilla que ponía cuando nos quería sacar de quicio.

—Somos amigos, Andrea.

—Vale, que tu amigo nos acerque al colegio.

Tuve que reprimir la carcajada que estaba a punto de salir de mi boca. Ryan estaba desencajado por la actuación de Andrea. Mike estaba disfrutando de la escena. La niña salió de casa y llamó al ascensor. Yo recogí la silla de Andrea que Justin había dejado en casa antes de llevarse mi coche.

—Vamos, Ryan. Ya te dije que a mí me volvía loca.

—Joder, he sentido más miedo que en un interrogatorio de asuntos internos. —Le di la mano y fuimos al ascensor donde Andrea ya nos esperaba.

En el trayecto de bajada Andrea no quitó ojo de nuestra manos unidas y creo que no respiró hasta que colocó la silla y la niña sacó un libro de la mochila.

Cuando llegamos al colegio, acompañé a Andrea hasta la entrada.

—Esta tarde viene a buscarte el tío Justin, que hoy tiene libre y te lleva a tenis. —Le di la mochila.

—Vale. —Me dio un beso y miró hacia el coche, observando de nuevo a Ryan—. ¿Es tu nuevo novio?

—No, cariño. Somos amigos y nos estamos conociendo. —No parecía que se había quedado tranquila—. Por cierto, ¿tú has visto mi agenda?

—Ayer la vi en la mesa donde comimos los helados, pero no recuerdo si la cogiste.

—Genial. Te quiero.

—Y yo. —Salió corriendo agitando un brazo y saludando a sus compañeras de clase.

Me acerqué al coche con mi teléfono en la mano. Tenía que llamar a Alex para comprobar si él había recogido mi agenda. Le llamé un par de veces, pero su teléfono estaba comunicando continuamente. Me metí en el coche y Ryan estaba atendiendo una llamada.

—De acuerdo. Sí. Ahora mismo.

Esperé a que colgase el teléfono y le mandé un mensaje a Alex. Al menos esperaba una respuesta. Cuando Ryan colgó me miró esperando que le dijese la dirección de la oficina.

—Tengo que pasar por el Four Seasons. No sé si Alex tendrá mi agenda.

—Yo también tengo que ir. Me acaban de llamar por un robo en su despacho.

—Mierda. —Me escurrí por el asiento y apoyé la cabeza en el respaldo, llevándome las manos a la cara.

—Mariola... Ayer no me contaste todo, ¿verdad?

—Ayer me llamó Jonathan cuando estaba con los niños y Alex tomando un helado. Me dijo que estaba en su despacho, pero me pareció imposible. No quise creerle.

—Tendrás que decirle a él lo que me estás diciendo y tendrás que hacer una declaración y ahora sí, darme su nombre y apellidos. Es un sospechoso.

—De cojones.

No tardamos mucho en llegar al hotel. Aparcamos en un aparcamiento de una calle cercana y los dos fuimos sin hablar al hotel. Ryan supongo que metiéndose ya en su papel de inspector y yo, yo... yo no quería ni pensar en lo que estaba a punto de suceder.

## 4.

# CÓMO LLEGAMOS A ESA SITUACIÓN

Volver a pisar el hotel me ponía nerviosa y más en una situación así. Mis tacones resonaban por el hall. Ryan fue a recepción a preguntar por Alex y yo al levantar la vista le vi allí. Sus ojos me recorrieron entera, creo que no se creía que estaba allí delante de él. Me acerqué lentamente y él se giró para decirle algo a la persona con la que estaba hablando para que se alejase.

—Buenos días, Alex.

—Hola, Mariola. ¿Va todo bien? —Parecía nervioso, demasiado nervioso por verme allí.

—Creo que ayer me dejé la agenda cuando nos tomamos el helado...

—Sí, pero como saliste casi corriendo, dándome unas explicaciones bastante malas, se te olvidó encima de la mesa. La tengo en mi despacho. —Señaló para arriba—. Te iba a llamar, pero se me ha complicado la mañana. Yo...

Su mirada de perdió detrás de mí, comenzaron a tensarse todos los músculos de su cara y giró el cuello. Pude escuchar perfectamente el sonido de sus nudillos al crujirse las manos. Giré levemente la cabeza y vi que Ryan se acercaba a nosotros hablando con un hombre de traje y grande como una torre.

—Señor McArddle, es el inspector Acherson. Ha venido por lo de... —La torre me miró y se quedó callado.

—Yo solo quiero mi agenda y...

—¿Podemos ir al despacho y ver lo que ha sucedido? Y no, Mariola, no te vas a ir sin tu declaración. —Ryan me miró ladeando la cabeza, pasando a ser más policía y menos el chico de la noche anterior.

—¿Declaración? —Alex me miró negando con la cabeza.

—¿Podemos subir? No creo que sea algo de lo que quieras que medio hotel se entere, Alex, por favor. —Traté de acercarme a él, pero me paralicé. No sabía si era por su mirada perdida aún detrás de mí o por mi miedo a contarle todo lo que estaba pasando.

—Será mejor, señor McArddle. Suban a su despacho y yo bajo los vídeos con los códigos de tiempo.

No sabía de qué estaba hablando aquella mole, pero Alex nos condujo hasta el ascensor y subimos hasta su despacho sin mediar una sola palabra. Alex estaba a mi derecha y Ryan a mi izquierda, los dos con sus miradas puestas en las puertas del ascensor y yo en medio, con las manos apretadas a ambos lados de mi cuerpo, sin saber lo que iba a pasar.

Al abrirse las puertas del ascensor, Alex puso su mano sobre mi espalda y aquel simple gesto, lleno de intenciones por su parte y de ninguna por la mía, hizo que mi cuerpo se estremeciera y estuviese a punto de caerme de bruces contra el suelo. Ryan estuvo rápido y me agarró de la cintura, soltando lo que tenía en su mano.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, el tacón se me ha enganchado en el carril de la puerta. —Mentirosa, mentirosa.

—Señor, lo que hay que escuchar... —Alex lo dijo tan bajo, que pensaba que no lo iba a oír, pero

al mirarme y ver mis ojos semi entornados, supo que le había escuchado a la perfección.

—¿Seguro que estás bien? —Ryan aprovechó que Alex ya había entrado en su despacho.

—Sí.

—¿No será por lo que...

—Ryan, tranquilo. —Puse mi mano sobre su mejilla tan solo unos segundos—. No pasa nada, de verdad. Se me ha enganchado el tacón. Ya conocerás la torpeza Santamaría. —Le guiñé un ojo y entré en el despacho.

Al hacerlo, busqué la mirada de Alex, pero estaba de espaldas rebuscando algo encima de la mesa. Me entregó mi agenda y aprovechó que nuestras manos se rozaron, para mirarme a los ojos y comprobar algo.

—Tienes que tener más cuidado, preciosa. —Hizo un especial hincapié en la palabra preciosa.

—Gracias, precioso. —Yo hice también énfasis en mi última palabra y le arranqué mi agenda de las manos—. Yo tengo mucho trabajo. Si puedo pasarme luego por la comisaría a hacer la declaración o puedes pasarte por mi despacho...

—Es mejor que te quedes y le expliques al señor McArddle quién ha entrado en su despacho, mientras yo subo a revisar las imágenes a seguridad.

—Pero... —Alex y yo lo dijimos a la vez.

—Vuelvo enseguida.

Ryan se marchó y los dos nos quedamos mirando la puerta como si nos fuese a sacar de aquella extraña situación. Observé todo el despacho y me di cuenta de que faltaban algunas cosas, como una de nuestras fotos, pero no le iba a culpar. Seguramente las hubiese quitado en un arranque de ira. Caminé hasta la puerta negando con la cabeza.

—Bueno, Mariola, vamos a empezar a ser claros los dos, antes de que nos tiremos algo a la cabeza. ¿Qué está pasando?

—No sé ni por dónde empezar.

—¿Por el principio?

Alex se acercó a mí, lo sentí en cada poro de mi piel. Su cercanía seguía emitiendo calor cuando se acercaba a mí. Me di la vuelta y le tenía a menos de un metro, ofreciéndome su mano para que nos sentásemos en el sofá. Accedí y cuando nos acomodamos, Alex puso su mano sobre la mía, que descansaba en el sofá.

—Todo esto...

—¿Qué está pasando?

—Voy a ser clara, va a ser lo mejor. —Me levanté y, aunque tan solo eran las nueve y poco de la mañana, me serví una copa—. La persona que ha entrado en tu despacho es Jonathan. Ayer me llamó y me dijo que estaba aquí, pero pensé que era un farol, que era imposible. Pero veo que para él no hay nada imposible. Lleva un tiempo... —Ladeé la cabeza un par de veces tratando de buscar las palabras exactas que necesitaba—. Desde que me lo encontré en el concierto tratando de joderme de la peor forma que tiene... Ya sabes lo que hizo con Sonia, pues ahora... —me bebí la copa de trago—. Ahora a la que quiere joder es a mí, pero joder en el sentido más literal de la palabra.

—¿Cómo? —Se acercó a mí preocupado—. ¿Has vuelto a verle?

—Bueno... —ladeé la cabeza y abrí mucho los ojos, poniéndome otra copa—. Ha entrado en casa, me ha estado llamado y enviando emails.

—¿Por qué no me lo has contado? Pensé que éramos...

—Éramos, Alex, tú mismo lo has dicho. No te lo conté porque era mejor que os mantuvieseis lejos. No quería que también fuese a por vosotros. —Levanté los hombros y me fui a beber la copa, pero Alex me la quitó de las manos.

—Vas a terminar como una cuba si te bebes el segundo. —Lo dejó en la bandeja—. ¿Desde

cuándo... Pero... —Levantó la copa y se la bebió él.

—Lo siento, siento mucho no habértelo dicho, pero pensaba que podría manejarlo mejor. Que a vosotros no os haría nada. Fui una estúpida pensando que hacerle caso era la solución. —Apreté los labios y los ladeé—. ¿Qué se ha llevado?

—Tus fotos.

—¿Mis fotos? Pensé que las habías quitado. —Miré encima de su mesa, donde solía estar nuestra foto—. ¿Nada más?

—No y mira que aquí hay cosas para llevarse, pero parece que lo que le importa eres tú. —Colocó su mano sobre mi hombro. Pude ver el gesto de preocupación que se dibujó en su cara—. No lo entiendo. ¿Qué tiene contra ti?

—Pues no tengo ni puñetera idea, de verdad. Pero tiene algo contra los dos. Supongo que contra mí... que ha visto que he rehecho mi vida después de él de una manera que no se podía ni imaginar, y contra ti, pues que... Que eres un hombre de negocios de éxito y él se quedó estancado en... Él no ha conseguido todo lo que deseaba en su vida y quiere joder la de los demás. —Vi cómo desviaba la mirada unos segundos al comentar que podía tener Jonathan contra él, pero no le di mayor importancia—. Cada vez que nos vemos, ya sea por casualidad o porque los niños nos obligan a tomar un helado, él se entera y me da pánico que le haga algo a Jason o... o a ti. —Cerré los ojos unos segundos, echando la cabeza para atrás—. No sé cómo hemos llegado a esta situación.

—A mí no me hará nada. —Me agarró de la barbilla, obligándome a adelantar la cara y mirarle—. No sabía que te preocupabas por mí.

—A ver, aunque te hayas comportado como un idiota integral, me preocupo por las personas que... —No sabía cómo decir lo que pensaba sin dar pie a malos entendidos—. Me sigo preocupando.

—No me va a pasar nada. Voy a ampliar todo el equipo de seguridad del hotel y os pondré también a Jason y a ti. —No había ningún tipo de duda en su mirada.

—Ni de coña, a mí no me vas a poner nada.

—Claro, que ahora tienes al señor inspector a tu lado. —Me quitó las manos de la cara.

—¿En serio? ¿De verdad que me estás hablando con ese tonito? —Crucé los brazos delante de mi pecho.

—Mariola, no te hagas ahora la tonta, que no te pega. Habéis llegado juntos, te mira de una manera extraña, tiene gestos íntimos contigo... Mira cuando te has desestabilizado en el ascensor.

—Claro, perdóname. Que me haya salvado de estamparme contra el suelo y perder la mitad de los dientes... ya es que hemos follado. ¿Tú siempre ganabas al Cluedo<sup>[2]</sup>?

Cruzó sus brazos imitándome y entrecerró los ojos. Me estaba retando y mi macarra interna estaba a punto de saltar al ring. Ya me estaba poniendo los guantes y el protector bucal.

—Menuda boca tienes, Mariola.

—La de siempre, ¿acaso no la conocías antes? Porque no me digas que es que no te habías dado cuenta. Mira, te agradezco que pienses que puedes protegerme, pero no necesito a nadie que me siga a todas horas. Me encanta mi libertad y no la voy a perder por un imbécil. —Me refería a Jonathan, pero opté por no aclarárselo a Alex.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Ya está aquí la Mariola macarra que conocí. —Su boca dejó de ser carnosa para ser una línea recta en su cara.

—Pues parecía que aquella Mariola te gustaba. O eso parecía, porque contigo las apariencias parece que siempre engañan. —Estaba agarrando a mi zorra interior con cadenas de acero—. Mira, Alex —respiré profundamente—, siento mucho que haya pasado todo esto por mi culpa. Pero es que sigues siendo aquel capullo arrogante vestido de traje de diez mil dólares que vi en la revista impasible con su premio. —Me acerqué a la puerta para salir de allí antes de decir nada más.

—Tú sigues siendo una macarra inaguantable. —Me di la vuelta para darle una bofetada, pero me agarró de la mano.

—Gilipollas. —Me pegué a él.

—Macarra. —Se acercó mucho más a mí sin dejar casi espacio entre los dos. .

—Imbécil. —Me pegué totalmente a él.

—Malhablada.

No sé si fueron dos segundos o dos minutos, pero mantuvimos la mirada fija en el otro sin decir nada más. Esperamos a que nuestras respiraciones y nuestros pensamientos se tranquilizaran. Si es que éramos una maldita bomba de relojería. Alex me soltó la mano, pero yo me quedé unos segundos más pegada a él.

—Lo de la seguridad iba en serio. —Me agarró de la barbilla—. No quiero que te pase nada.

—No me vas a poner seguridad, Alex.

—Es para protegerte.

—Solo quiero que toda esta mierda termine y seguir con mi vida, como hace unos meses, que no tenía más complicaciones que las mil que suponía diariamente mi trabajo. —Negué con la cabeza, escondiendo la cara entre mis manos.

—¿Como antes de conocerme? —Un largo suspiro salió de su garganta que me hizo abrir los ojos.

—No me refería a eso. —Recogí la agenda y el bolso de la mesa que estaba justo en la entrada.

—¿Ahora te vas con él?

—Ahora me voy a trabajar. ¿Quieres preguntar algo directamente? Porque estoy dispuesta a contestar a las preguntas que parece que tienes. —Le miré desafiante, con ganas de contarle todo para que dejase de comportarse como un idiota.

—No necesito saber nada de tu vida, ha pasado a ser privada de nuevo. Te alegrarás de no estar en el ojo público.

Le conocía más de lo que él pensaba. Lo que estaba tratando de hacer era que le odiase, que le odiase tanto que le mandase a la mierda, pero no iba a ganar.

Escuchamos unos nudillos en la puerta y Ryan entró con el de seguridad.

—De acuerdo. —Ryan agitaba algo en su mano.

—Siento que esas fracciones de tiempo estén borradas, no lo comprendo.

—¿Cómo que borradas? —Alex se acercó a ellos.

—Sí, señor. Hay un lapso de tiempo de ayer a la tarde, entre las seis y las siete que ha sido borrado.

—¿Cómo? —Alex se dio la vuelta y me miró a mí, como si yo tuviese la culpa de aquello—. ¿A qué hora te llamó?

—Sobre las seis y algo.

—Yo me llevo una copia del disco duro y se lo pasaré a un contacto que tengo, para que mire a ver si puede sacar algo de información.

—Necesito ampliar el equipo.

Mientras Alex trataba de organizar su nuevo equipo de seguridad, yo resoplé y recogí mis cosas.

—Si no me necesitáis más, me voy a trabajar, que tengo el día muy ocupado.

—Sí, que yo tengo una cita ahora y no quiero hacerla esperar. —Alex me miró desafiante.

—Buenos días.

Salí del despacho como si me hubiesen llamado diciéndome que se estaba quemando mi piso. No me apetecía escuchar ese tono de Alex tan altivo. ¿Hacerla esperar? Pero lo peor no era aquello, lo peor era que me había afectado que lo dijese. Sabía que no me debía molestar, pero... joder, aquello picaba.

—¿Todo bien? —Ryan se puso delante de mí en el ascensor antes de llegar al hall.

—Sí, perdón. Estaba pensando en Jonathan y en su forma de actuar con todo.

—Te acompaño a tu despacho y te tomo allí la declaración, prefiero que no vayas a la comisaría.

¿Te parece?

—Claro.

No dije nada más en el trayecto hasta el coche. Solamente abrí la boca para decirle dónde estaba el garaje en mi trabajo, pero no dije nada más hasta que saludé a Sasha.

Entramos en mi despacho y solté todas las cosas sobre la mesa, me fui a la sala del café, preparé dos y, tras cerrar la puerta con los cafés en la mano, cerré la puerta y me senté en el pequeño sofá.

—¿Seguro que estás bien? No has dicho ni una palabra, Mariola. —Ryan se sentó a mi lado preocupado.

—Sí, no pasa nada.

—¿Seguro?

—Sí, de verdad. —Le agarré de la mano.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Alex y tú...? —Se frotó al nuca nervioso.

—Alex y yo, nada.

—¿No hay nada entre vosotros?

—No. —Lo dije de una forma demasiado tajante—. Si te digo que me voy a olvidar de lo que ha pasado entre nosotros en unos días... te mentaría y lo que no quiero es mentir. Pero te aseguro que la forma en la que se comportó al final... —cerré los ojos y me removí en el sofá—. No hay nada entre nosotros.

Se acercó lentamente a mí y me besó. Me perdí en sus labios. Tenía una forma de besarme que me desarmaba. Podía ser salvaje y atrevido, pero cuando era necesario, dulce y un poco tímido.

—Si me dejas conocerte y ayudarte, procuraré que te olvides de todo lo que te ha pasado. —Apretó los labios y sonrió—. Déjame que te cuide y te proteja.

## 5.

# COMO DOROTHY BUSCANDO EL CAMINO DE VUELTA A CASA

Ryan estaba en mi despacho con toda una declaración de intenciones y yo, pues yo estaba con la cabeza como un maldito cajón de los desastres. Ese que tenía guardado debajo de la cama y que me daba miedo abrir.

—¿Puedo mandarte un email con todos los datos que tengo de Jonathan? No quiero ser maleducada, pero tengo un día terrible y en menos de cinco minutos empezará a sonar ese teléfono. —Abrí mucho los ojos y resoplé—. Ahora mismo mi cabeza está en un millón de sitios y en ninguno a la vez.

—De acuerdo. Si te parece me paso por tu casa esta noche y hablamos de la seguridad que hay que poner. Y no se te ocurra decirme que no, porque no pienso hacerte caso. Voy a hacer lo que me dé la gana. —Su respuesta me hizo sonreír.

—De acuerdo, hombre duro. Joder, eres peor que yo.

—Así puedo ver la nota y los emails que te ha mandado. Si hoy tienes alguna noticia de él, avísame. Para ti mi teléfono está disponible las veinticuatro horas del día. —Nos levantamos del sofá—. Y yo estoy disponible para ti treinta horas al día.

—No sé por qué estás actuando de esta manera, pero muchas gracias. —Se dio la vuelta antes de abrir la puerta.

—Porque hay veces en esta vida que necesitas ayuda y encontramos a alguien que nos la puede brindar. Sé que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero para eso siempre hay tiempo. —Me besó—. Para ti, todo el tiempo que tenga.

Acompañé a Ryan hasta el ascensor, ante la atenta mirada de varios de mis compañeros. Supuse que le habían visto la pistola y la placa que llevaba colgada del vaquero.

—Nos vemos a la noche. —Me dio un beso en la mejilla—. Cuídate.

—Prometido.

Me quedé unos segundos quieta cuando las puertas del ascensor se cerraron. Suspiré profundamente y escuché otro suspiro detrás de mí. Al girarme me encontré con Sasha mirándome.

—¿Quién es, jefa?

—Ryan, un amigo.

—No quiero meterme donde no me llaman —me entregó varias notas de personas que ya me habían llamado—, pero Alex McArddle ha llamado a las ocho de la mañana y parecía preocupado.

—Ya he estado con él.

—Mmmm... —Sasha parecía querer preguntar algo más.

—¿Qué ocurre, Sasha?

—Espero no meterme en un lío por decir esto, pero es que se os veía tan bien a Alex y a ti. Esa forma que tenía de mirarte... —Levantó los hombros unos segundos—. Aunque Ryan te mira también de una forma muy intensa.

—Tú me dijiste que los hombres a veces necesitan un empujón. Alex al sentirlo, se cagó de miedo y prefirió alejarse. El mundo no se para por un hombre... ni por una mujer. —Le guiñé un ojo y fui a prepararme otro café.

—Jefa, me encantas. De mayor quiero ser como tú. —Entró conmigo a la sala y me giré con la jarra del café en la mano.

—Joder, que tampoco tengo ochenta años.

—Lo sé, es una forma de hablar. Tienes veintiséis o veintisiete.

—Qué mona eres. —Le miré riéndome—. Treinta y cuatro y a seguir sumando.

El resto del día lo pasé entre presupuestos, telas, manteles, copias de contratos, revisión de fichas de clientes y mil llamadas de otros departamentos. Los jefes no estaban, así que todo me lo desviaron a mí.

A las ocho de la tarde llegué a casa queriendo meterme en la cama y dormir hasta que el fin de semana pasase. Pero aquello no fue posible teniendo a una niña pequeña en casa con más ganas de hacer cosas que nadie.

Me pegué una ducha y al salir a la cocina me encontré con Mike haciendo la cena.

—¿No vas a darme ni un beso, Mariola?

—Claro que sí. —Le besé y noté que estaba algo preocupado—. ¿Qué tienes en la cabeza?

—No me quiero ni imaginar lo que hubiese pasado si no llega Justin a casa. Te juro que como me lo encuentre...—dejó todo lo que tenía entre manos—. Primero Sonia y ahora tú.

—Mike, tranquilo. No ha pasado nada.

—No puedo imaginar que algo malo te pueda pasar. —Me miró unos segundos y me abrazó fuertemente, como si me fuese a escapar de él—. No sé qué tiene contra ti. —Me apretó tan fuerte que me levantó del suelo varios centímetros.

—Yo sí lo sé. —Justin entró en la cocina—. Que te dejó escapar y se arrepiente, pero de una forma retorcida y asquerosa. —Sonó el timbre y Justin fue a abrir.

—Mike, ¿puedes bajarme que parezco un jamón secándose, por favor?

—No quiero soltarte. Solo unos segundos más, nena. —Mike me apretó mucho más fuerte—. Bueno, te voy a soltar por ahora, pero un día de estos tenemos que meternos en la cama y liberar tensiones. —Me besó dejándome en el suelo.

—Sí, que echo de menos despertarme a tu lado.

—¿Liberar tensiones en la cama?

Al girarnos, nos encontramos con Ryan mirándonos extrañado. Los dos tuvimos que contener la risa. La verdad es que al no conocer nuestra relación, eso de liberar tensiones en la cama podía sonar muy mal, y más al encontrarnos abrazados y besándonos.

—Tranquilo, chavalote. —Justin le dio un par de golpes en la espalda—. Nuestra forma de liberar tensiones es muy pura, demasiado diría yo. Nada de sexo duro.

—Porque vosotros nunca habéis querido. —Me acerqué a Ryan—. Hola.

Agarré su camiseta para sacarle de la cocina, le pegué contra la pared y busqué sus labios. Necesitaba volver a sentir lo mismo que la noche anterior. Fue un beso que me hizo olvidar por unos segundos la mierda que tenía alrededor, que era más que un intercambio de fluidos, uno que... que algún día conseguiría que me temblasen las piernas.

—¿Cómo has pasado el día?

—Muy tranquila... hasta ahora. —Rocé mis labios con los suyos—. ¿Has visto lo que te he mandado?

—Sí, se lo he pasado a mi compañero. Él revisará todo lo que encuentre de Jonathan. Yo no... —balanceó la cabeza mirándose.

—No puedes porque... —Le miré un par de segundos y sus ojos me dieron la respuesta—. ¿Conflicto de intereses?

—Eso es, prefiero que sea él quien investigue todo. —Respiró profundamente y sus fosas nasales se abrieron mucho más. Tenía algo más que le rondaba la cabeza.

—¿Qué pasa, Ryan?

—Mira, Mariola, no quiero ser tremendista ni asustarte, pero si mi compañero se pone con ello a fondo, te investigará a ti, a tus amigos, a tu familia y a todos los que estén a tu alrededor. Quiero que lo tengas en cuenta. —Me apartó el pelo de la cara.

—Entre mis conocidos no tengo mafiosos sicilianos, traficantes de armas ni proxenetas. —Quise quitarle hierro al asunto. Cerré unos instantes los ojos sabiendo que estaba poniendo a todos en manos de la policía—. Solo espero nadie salga herido por mi culpa. —Puse mi mano sobre su cara—. Nadie más. No quiero que por que Jonathan esté jodido de la cabeza, ataque a mi familia o... —No quise decir nada más.

—O a Alex.

—O a Jason. —Le corregí rápidamente aunque Ryan tuviese razón en su respuesta—. Tampoco quiero que haga daño a Alex o a su hermano. Por mucho que haya hecho o dicho... —No tenía demasiado claro si lo que iba a decir haría que Ryan saliese huyendo del piso—. Cada persona que pasa por mi vida tiene un impacto. A veces es bueno, a veces no tanto, pero todos se quedan dentro de mí y me sigo preocupando por ellos. Sobre todo si yo he... —agaché la mirada y tomé el aire que necesitaba—, sobre todo si he tenido unos sentimientos hacia esa persona.

—¿Sabes que eres buena persona?

—Se hace lo que se puede. Tú me estás salvando de mi fantasma.

—Ojalá pueda hacerlo.

Sin decirme nada más, sin usar más palabras, Ryan me abrazó y me sentí segura entre sus brazos. Sentí que nada malo podría sucederme si él estaba a mi lado, aunque el tema de los escalofríos que no conseguían provocarme los besos, me seguía preocupando.

—Mariola, Frank al teléfono—. Justin se acercó a nosotros.

—Hola, Frank.

—¿Te apetece ir mañana a un concierto de Jamie Cullum? Va a ser algo íntimo, no más de cien espectadores. Es a las seis en el Smalls Jazz Club de Greenwich y he pensado que te gustaría venir.

—¿Tú qué crees que te voy a decir?

—Mañana puedes pasarte por la oficina y te las doy, que tengo una reunión. Son dos invitaciones, para que vayas con quien quieras. Tu hermana ya tiene para ir con Mark.

—No estarás tratando de liar alguna, ¿verdad?

—No. Yo iré con Alex, para que lo sepas.

Me quedé unos segundos en silencio.

—Ryan, ¿qué te parece si mañana añadimos un concierto, una cena tardía y el café? No podrás decir que no a Jamie Cullum.

—Ni loco. —Hizo un gesto muy divertido con la cara.

—Mañana me paso por tu oficina. Hasta mañana.

—Adiós.

—¿Te importa que vayamos?

—No, mientras el resto de la cita te siga disfrutando solo para mí, me parece perfecto. —Me agarró por la cintura.

—¿Vais a cenar con nosotros, tortolitos, o vais a comeros poco a poco? —Justin pasó por nuestro lado.

—Lo de comerme no es una mala idea, pero necesito meterme algo decente en el cuerpo.

—Justin, ni se te ocurra.

Me apresuré a la respuesta irreverente que le iba a dar a Ryan sobre lo de meterse algo decente en el cuerpo.

—Me coartas siempre, no puedo decir lo que pienso.

—Deja que Ryan te conozca un poco más, anda, que si no le vas a asustar y nos quedamos sin ver su cuerpo por aquí. —Mike salió de la cocina riéndose y con la cena para subirla a la azotea.

—Dios mío, dime que eso que huelo no es comida criolla. —Ryan aspiró el aroma que dejaba lo que llevaba Mike en las manos.

—Tendrás que cenar con nosotros para descubrirlo.

—Vaya chantaje. —Miré a Ryan.

—Acepto la invitación si ninguna duda. Eso huele como la comida que hacía mi compañero de universidad.

—¿Andrea?

—Está en mi cuarto. ¿Crees que es bueno seguir diciendole que su madre está en un curso, Mariola?

—Creo que sería mejor contarle la verdad. Pero para ello tenemos que hablar primero con Sonia y no le permiten tener vistas ni recibir llamadas.

—Voy a por ella.

Cuando entré en el cuarto de Mike, me encontré a Andrea mirando en el iPad las fotos que tenía con su madre. Estaba recostada en la cama y al acercarme, vi cómo se limpiaba las lágrimas.

—¿Estas bien, mi amor?

—Echo de menos a mamá. Ya sé que queda menos para poder verla, pero la echo mucho de menos.

Andrea se dio la vuelta y me miró con aquellos enormes ojos azules, que eran iguales que los de su madre. Tenía su pelo, sus ojos y una forma de mirar tan intensa... que a veces acojonaba.

—Te aseguro que cuando menos te lo esperes, tu madre estará de vuelta con nosotras.

—¿Tú también la echas de menos?

—Muchísimo. ¿Sabes que fue mi primera amiga en esta ciudad? La que me ayudó a no volver a España.

—No serías mi tía ahora si no vivieses aquí.

—Por eso me alegro de que tu madre me ayudase en aquel momento.

—¿Por eso la estás ayudando tú ahora?

—¿Cómo ayudando? —Sabía que se había enterado.

—Os escuché cuando vinimos a casa. Pagaste el dinero que debía mamá, nos dejaste vivir contigo, aunque no haya sitio para todos en casa.

—Eso es porque os quiero hasta más allá.

—¿Hasta el infinito?

—Hasta mucho más allá. Siempre que necesites algo, estaré a tu lado. Si me necesitas, sílbame y acudiré. —Le abracé fuertemente—. Ahora nos vamos a ir a cenar que tu tío ha preparado algo que está buenísimo.

—Te quiero mucho, tía. —Me besó.

—Y yo a ti, princesa.

Me levanté con la niña en brazos y subimos a la terraza. Ya estaba todo preparado. Nos sentamos a cenar y una hora después tenía a Andrea dormida en mis brazos. Me tumbé con ella en una de las hamacas y escuchaba de fondo a los chicos, hasta me uní al sueño de la niña.

—Mariola...

No sentía ningún peso ya encima de mí y noté que algo que me cubría. Me removí en la hamaca.

—Mariola, vamos a la cama. —La voz de Ryan susurraba a mi lado.

—Me encantaría, pero creo que hoy te haría la estrellita de mar y poco más.

—Vamos, estrellita de mar.

Metió sus manos por mi espalda y mis piernas y me llevó hasta la cama.

—No te vayas. —Le agarré de la mano—. No te prometo sexo duro y salvaje esta noche, pero mañana te puedo preparar el desayuno.

Se tumbó a mi lado y me miró fijamente.

—Vale, mañana te invito al mejor desayuno de la ciudad. Los mejores bagels en Black Seed Bagels. Tienen uno de ricota, manzana y miel que te mueres de lo bueno que está. —Entrecerré los ojos y los saboreé.

—Será mejor que te quites la ropa para dormir.

No pretendía moverme para desvestirme, así que Ryan comenzó a desnudarme, pero estaba tan cansada que no reaccioné a ninguno de sus roces. Ni siquiera reaccioné cuando se desnudó delante de mí y se metió en la cama a mi lado.

—Sí, necesito unas vacaciones. Que se me desnude un hombre así delante de mí y mi cuerpo ni reaccione... —me apoyé en el pecho de Ryan.

—Eres divertida. —Comenzó a acariciarme la espalda—. ¿No tienes malos días?

—¿De esos en los que piensas que el mundo es un infierno y crees que no puede ir a peor? —Me mordí el labio y apoyé la barbilla en su pecho y sonreí—. ¿Para qué? Mira, mi abuela que tanto nos enseñó siempre decía: si un problema tiene solución, ¿para qué preocuparte? Si no la tiene, ¿para qué preocuparte? Los neoyorkinos os pasáis la vida preocupados por el trabajo, por el dinero y por tantas cosas... que no disfrutáis de la vida.

—Hay veces que es complicado disfrutar de la vida, sobre todo si tienes un trabajo como el mío. Ves el horror y lo vives de primera mano.

—¿Qué hace un ex SEAL en Inteligencia en Nueva York?

—Después de muchas misiones fuera de casa, necesitaba volver y recuperar el tiempo con mis hermanos. —Respiró profundamente y se quedó unos segundos en silencio—. Mi padre murió hace seis años en un incendio y mi madre... —Cerró los ojos—. Mi madre falleció hace medio año.

—Lo siento mucho, Ryan. No quería... —me senté en la cama para mirarle bien—. No pretendía ahondar tanto en tu vida.

Ryan se sentó como yo en la cama y apoyó la espalda en la pared. Durante unos segundos su mirada se perdió en mi habitación y tras un buen rato, comenzó a sonreír.

—Le hubieses encantado a mi madre. Siempre trataba de que llevase a una mujer a comer los domingos a casa.

—Seguro que llevaste a unas cuantas, Ryan. No me creo que hayas sido casto y puro.

—A casa nunca. Siempre esperé a que llegase esa chica especial, pero mi madre no llegó a conocerte.

—¿Así que soy especial? —Quise bromear con él para pasar aquel momento que parecía que se le estaba atragantando.

—Lo eres. —Me miró de reojo mientras me apoyé en su hombro.

—Tú me haces sentir especial. No sé por qué pasan muchas cosas, es como si el destino me hubiese empujado hacia ti. No hace ni unas semanas que te conozco y te has convertido en alguien casi imprescindible.

—¿Sabes que es muy difícil competir con tu pasado?

—No tienes que competir con nadie. —Me removí nerviosa, pero Ryan me pegó más a él—. Lo último que quiero es engañarte, Ryan. No puedo prometerte que me voy a olvidar de lo que ha sucedido en mi vida en los últimos meses. —Agarré su mano y me la llevé a la boca para besarla—. Pero eso no significa que pueda pasar página algún día. —Le miré y sonreí—. No sé si esto durará días, semanas, meses o años, pero vamos a disfrutar el tiempo que sea.

—Un día a tu lado es equivalente a un año. Así que, como tú dices, voy a ser menos neoyorkino y más estilo Santamaría. —Se tumbó sobre mí y comenzó a besarme el cuello—. Ya no me preocupa tener mañana sueño.

—Me parece... que tú aprendes... muy... rápido. —Me costaba mucho decir las palabras sin soltar jadeos entre medias.

—Contigo debo aprender rápido para seguirte el ritmo.

Preparar café al día siguiente fue más que necesario. Todos en el piso seguían durmiendo, así que mientras el olor a café inundaba la casa, fui a la habitación a coger mi portátil. Ryan seguía durmiendo en la cama y solamente tenía la sábana cubriéndole la cintura y muy poco más. Estaba boca arriba, con un brazo debajo de su cabeza y, por su sonrisa, supe que me estaba engañando.

—Duerme un poco más, es demasiado temprano. Yo voy a trabajar un rato.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las cinco. —Me senté a su lado y le besé.

—Mmm. —Aproveché para tumbarme con él en la cama—. Me prometiste el mejor desayuno de toda la ciudad. —Su nariz se pegó a la mía y sus labios me hacían cosquillas sobre los míos—. Pero he pensado que podríamos quedarnos en la cama el resto del día.

—Pero tengo que trabajar antes de ir a la oficina de Frank y quiero dejar a Andrea en casa de Michelle, que hoy celebran una fiesta y tenemos que preparar unas galletas. —Fruñí los labios y negué con la cabeza—. Que las compraré de camino a su casa.

—Un ratito más. —Ryan me besaba, tratando de que no saliese de aquella habitación—. Solo cinco minutos.

—¿Solo cinco minutos? Con eso yo ni me caliento.

—¿Segura?

Subió la mano por el interior de mis piernas, llegando lentamente hasta lo poco que cubría la camiseta y de mi boca surgió un grito medio excitado, medio sorprendido.

A los diez segundos exactos, Justin y Mike estaban entrado corriendo en la habitación.

—¿Qué...

—Dios mío, Mariola. Te ha salido un maromazo increíble entre las piernas. —Justin estaba revisando a Ryan—. Inspector, enhorabuena por ese cuerpo y por... todo.

—Justin. —Mike y yo lo gritamos a la vez.

Tiré de la sábana para tapar a Ryan que estaba completamente desnudo sobre mí. Él, con toda la naturalidad que yo no me hubiese imaginado, se levantó ante la atenta mirada de Justin, y por supuesto, la mía. Se metió en mi baño y antes de cerrar la puerta me guiñó un ojo.

—El café.

Salí esquivándoles a los dos de la habitación, pero me siguieron muy de cerca. No dijeron nada, se sentaron en los taburetes y pusieron sus tazas para que las rellenase.

—¿Estás segura de eso, Mariola? —Mike señaló mi cuarto.

—¿Segura de qué, Mike? En esta vida no hay nada seguro y mientras me sienta bien, me haga sentir y esté a gusto, no pienso arrepentirme de nada. —Rellené las tres tazas y me senté en la mesa entre los dos.

—¿Has olvidado todo lo que sentías por Alex?

—No.

—¿Y...

—No estoy engañando a Ryan. Le he dicho que no puedo olvidar lo que he sentido, pero necesito pasar página. ¿Saldrá bien? —Levanté los hombros y pegué un trago al café—. No lo sé.

—No quería cuestionarte. —Mike me besó la rodilla—. Lo que hagas me parece bien. Es peor

cuando te quedas mirando cómo pasa la vida sin hacer nada. —Mike negó con la cabeza, como si le pesase algo que no nos quería contar.

—Mientras seas feliz, los demás lo seremos. Como yo con Scott. —Justin sonrió, pero Mike se levantó y salió de la cocina en silencio.

Me levanté de la silla y fui a la nevera disimulando para ver dónde iba Mike. Se metió al baño y escuché la ducha. Tenía que tener una charla muy seria con él porque creía saber a qué se debía su forma de actuar últimamente, pero no había tenido ni un segundo para sentarme tranquilamente con él.

—¿Qué le pasa a Mike? Lleva unas semanas muy raro. —Justin estaba comiendo unas galletas.

—Estará estresado con el trabajo, supongo. Por cierto —cambié de tema—, ¿sabes si Scott hizo ayer las llamadas?

—No lo sé, pero tampoco le dejé demasiado tiempo libre. —Hizo un gesto muy obsceno con la boca.

—Dios, no estoy preparada para eso a estas horas.

—Yo creo que sí, porque te hemos pillado con un maromo de armas tomar encima, con su mano metida en tus...

—Voy a casa de Scott.

Cogí la agenda, el móvil, mi café y salí al pasillo. Me encontré a un repartidor pasando de largo, totalmente perdido.

—Hola. —Ladeé la cabeza.

—Hola, perdón. Estoy buscando a... —miró la PDA que llevaba— Mariola Santamaría.

—Tienes suerte.—Me señalé sonriendo.

—Tengo un paquete para usted, señorita. —Lo dijo tímidamente.

—La fantasía de muchas mujeres. —Mi payasa mañanera salió a pasear incomodando al repartidor.

—¿Puede firmar aquí? —Se acercó a mí rojo como un tomate y dejó el paquete en mis manos.

—Sí. —Firmé y le volví a sonreír—. Gracias.

—Adiós. —Se marchó por las escaleras corriendo como si hubiese intentado violarle.

Era una caja negra con un lazo de seda rojo. Demasiado bonito y perfecto para que hubiera dentro algo desagradable. Dejé en la mesa de la entrada la agenda, el café, el móvil y observé el paquete. Le di un par de vueltas, me lo acerqué al oído para ver cómo sonaba mientras lo agitaba, fruncí los labios, pero no se oía nada. Me apoyé en la puerta, de espaldas al pasillo y comencé a abrirlo. Cogí el lazo por un extremo y tiré de él. Tenía un sonido especial al estirarlo que me hizo sonreír, me recordaba a los regalos de Navidad de cuando era pequeña. Al abrir la tapa me encontré una nota dentro y algo debajo de una tela roja de seda que cubría todo. Cogí la nota para leerla.

No sé cómo pedir perdón por la noche que rompí tu ropa interior. Ayer me di cuenta de que el sujetador que llevabas se sentía muy solo sin sus compañeras inferiores. Me he tomado la libertad de comprarte algo que podría romper la próxima vez que nos veamos A SOLAS.

—¿Pero quién coño se cree que es?

Mi tono de voz se elevó tanto que Justin salió de la cocina asustado al oír aquello.

—Le voy a meter la cajita por el agujero del culo a empujones. Vaya gilipollas. —Busqué mi móvil para llamarle, pero Justin me paró.

—¿Quieres dejar de gritar? —Vio la caja y lo que contenía—. ¿Quién te regala solo unas bragas de *Victoria's Secret*?

—El gilipollas del año. Y la nota que lo acompaña... Se acaba de coronar como el mayor imbécil del planeta. ¿Se cree que con unas bragas y una notita voy a ir corriendo a lamerle las...

—Joder —Justin agitaba la dichosa nota en el aire—. No se ha cortado un pelo. Ahora, cuéntame cómo sabela ropa interior que llevabas ayer.

—Yo qué sé. Se me vería por el escote o se le fueron los ojos. Yo qué sé, Jus. —Cerré la caja y la dejé encima del sofá cerrada—. Este me va a oír.

—¿Has podido cerrar algo de la inauguración?

—Sí. Mientras me preparo, te dejo las carpetas y les echas una ojeada porque le voy a llevar a Frank una copia ahora a la mañana.

Dejé a Justin revisando todas las ideas y me fui a la habitación. Ryan estaba sentado en la cama hablando por teléfono. Me guiñó un ojo y me metí a la ducha.

No me podía olvidar de la nota de Alex, pero estaba tan mal de la cabeza, que la estaba escuchando como si me la estuviese leyendo él. Su maldita voz se metió dentro de mí.

Al salir, Ryan no estaba en la habitación y escuché su voz en la cocina con Justin.

—¿Cómo es posible que tenga todo esto si no ha tenido tiempo?

—Cada vez que he quedado con ella está con el móvil cerrando cosas que ni siquiera entiendo.

Me vestí mientras escuchaba su conversación y me hacía gracia ver cómo Justin se sorprendía a cada hoja que pasaba, cosa que aprovechaba para soltar pequeños comentarios ácidos, que pensé que asustarían a Ryan.

—Las noches le dan mucho de sí. ¿No, Ryan?

—Justin, sé bueno. —Lo grité desde la habitación mientras terminaba de ponerme los vaqueros.

—Pero si nunca he sido bueno, no voy a empezar ahora que empiezo a peinar canas.

—Jus —salí en sujetador colocándome una camiseta de tirantes—, nunca has sido bueno, pero con la edad te estás volviendo una zorra de las más pellejas que conozco.

—Yo también te quiero, princesa.

—Vale. —Nos miró a los dos y entornó divertido los ojos—. Tengo que irme a trabajar. Hay algo nuevo de un caso en el que llevamos meses trabajando y tengo que pasarme para hablar con una confidente.

—Sí, yo tengo que ir a hacer unos recados, llevar a la niña e ir a por nuestras entradas.

—Esta noche nos vemos. —Me agarró de la camiseta, su otra mano la metió detrás de mi pelo, agarrándome la nuca y me pegó a sus labios, pero no me besó—. Esta noche terminaremos lo que hemos dejado a medias hace un rato y no habrá nadie que nos moleste.

Saboreó mis labios con los suyos e hizo que mi cuerpo se excitase con sus palabras y con un solo beso.

—Prometido.

No dije nada mientras salía por la puerta y me quedé unos segundos tocándome los labios.

—Pero no tiembles. —La voz de Justin me sacó de mis pensamientos.

—¿Perdona?

—Que no te hace temblar como hacía él... como hace Alex. —Cerró las carpetas—. Te excita, te pone como una jodida moto, pero no hace que tiembles.

—¿Qué te parece? —Me puse un café en el termo para llevar y le señalé los papeles que le había dejado.

—Pues que eres una máquina, que tus días deben tener cincuenta horas. ¿O es que eres un zombi y no duermes?

—Ya sabes que duermo poco y si tengo cuentas importantes... —levanté los hombros dándole un trago al café.

—¿Has pensado lo de los disfraces?

—Sí. Hay una empresa de caracterización en Los Ángeles. He pensado hablar con ellos, que nos manden todos los disfraces y que los invitados, una vez confirmen su asistencia, elijan cuál quieren entre

la selección. Nadie llevará el mismo disfraz porque son únicos. —Busqué en el móvil la empresa—. Ya he trabajado con ellos y no supone ningún problema. A excepción de la cantidad de invitados. Sé que quieres que se entere toda la ciudad, pero haciendo una fiesta más exclusiva, le daréis el carácter que queréis. Que luego ya se maten por entrar cualquier otro día.

—Crear más expectación para después. —Justin afirmaba con la cabeza.

—Es una técnica de marketing más vieja que yo. Cuanto más se hace esperar algo, más deseo se produce en el cerebro de las personas. Es como el buen sexo.

—Como el buen sexo. —Justin se quedó en silencio unos segundos—. ¿Puedo usar eso en la invitación?

—Será mejor que no. Ya pensaremos en eso en unos días. —Miré el reloj—. Voy a despertar a la niña y... ¿puedes acercarla tú? Te dejo el coche y yo me voy en taxi.

—Sin problema.

Fui a despertar a Andrea, que seguía dormida como un tronco en la cama de Mike. Este ya se había vestido y se estaba peinando.

—Tú y yo vamos a tener una cita esta semana. Me paso por el restaurante una noche y hablamos.

—Estoy bien, Mariola.

—Y un huevo. Al resto puedes engañarles, pero a mí no, Mike. Así que me da igual lo que digas. —Le besé y salí corriendo.

Me monté en el primer taxi que pasó por la calle y durante todo el trayecto estuve mirando el maldito regalo. Preparé en mi cabeza todo lo que le quería decir a Alex. No podía comportarse como el rey del mundo, como yo fuese a caer en sus brazos por unas bragas bonitas. Eso tal vez le funcionaba con el resto de mujeres con las se había acostado o lo pretendía hacer, pero había topado conmigo, con Mariola Santamaría, y no tenía ni idea del demonio que acababa de despertar.

Cuando llegué al hotel, no esperé a que me dijese un buenos días. Entré en el ascensor y al abrirse las puertas en el piso del despacho de Alex, salí disparada a su puerta, sin dejar de mirar mi móvil. Adelanté la mano para abrir la puerta, sin intención alguna de avisar que estaba allí, pero me choqué con algo duro y muy grande. Al levantar la vista me encontré con un tío enorme, de unos dos metros, más otros dos metros de ancho.

—Joder. —Traté de pasar, pero tapaba toda la puerta.

—¿A dónde cree que va, señorita? —Puso una de sus manos sobre mi hombro.

—A ver al cap... Al señor McArddle. —Traté de empujarle para poder pasar, pero no se movió ni un milímetro.

—¿Y usted es? —Cruzó los brazos y comenzaron a salirle bultos en ambas columnas que tenía por extremidades superiores.

—¿Y tú? —Me puse delante de él con la mano en la cintura.

—Soy del equipo de seguridad del señor McArddle. Así que si no está en la lista, no puede pasar al despacho. —Sacó una carpeta de algún lado de su cuerpo.

—A mí como si es del equipo de seguridad del Papa. O me dejas pasar o... —traté de empujarle, pero no había forma humano de moverle.

—Señorita, va a hacerse daño. —Sonrió.

—Necesito entrar ahí. O le llamas tú o lo hago yo a gritos. Tú verás, armario empotrado.

—¿Qué me ha llamado? —Adelantó unos centímetros la cara, agachándola para tratar de asustarme.

—Armario empotrado. ¿Te lo tengo que deletrear o decir más despacio? —Estaba empezando a enfadarme.

—No necesito que me lo repita. No soy idiota, señorita. Apártese, por favor. —Volvió a mirar al frente, como si yo ya no estuviese allí.

—Estas manos pueden ser armar mortíferas y no quiero hacerte daño. —Levanté una ceja y le

desafié con mi mirada, pero tampoco parecía servir de nada.

—Es usted muy graciosa, pero no va a pasar. Y menos con una caja sospechosa en la mano. — Señaló el paquete que llevaba en las manos.

—¿Sospechosa? Claro que sí, señor, llevo una bomba en una caja tan pequeña y con un lazo de seda. —Agité la caja delante de su cara.

—Nunca se sabe. Tal vez debería ver qué es lo que hay dentro para cerciorarme que nadie salga herido. —Acercó su mano a la caja.

—Toca la caja y te crujo.

—¿Perdón?— Me miró levantando una ceja.

—Tenemos dos opciones. Primera. —Levanté un dedo delante de su cara—. Te apartas, me dejas pasar, le doy a Alex un recadito y me voy.

—Negativo.

—Segunda opción... —Me quedé pensando que no tenía más opciones si aquella mole no se movía.

—¿Cuál es la segunda?

—Te crujo y caes al suelo. Al fin y al cabo, todos los hombres os dobláis a la misma altura.

—Lo dudo, señorita.

Me alejé un poco y cogí mi móvil, marcando el número de Alex. No tenía ninguna otra opción.

—Te vas a cagar cuando tu jefe te despida por no dejarme pasar. —A los segundos descolgó—. ¿Puedes decirle al puertero que tienes delante de tu despacho que me deje pasar y que no soy ninguna psicópata?

—No tengo muy claro todo eso con tu tono de voz. Además, no estoy en el despacho. Estoy en seguridad. En cinco minutos estaré ahí.

—¿Perdona? Pero... eres... —Resoplé fuertemente y colgué el teléfono cruzándome de brazos—. Me ha dicho que sube en cinco minutos. Así que tendrás que aguantarme un poquito más.

Lo que en un principio iban a ser cinco minutos, se convirtió en más de media hora. Acabé sentada en el suelo mirando al de seguridad fijamente. Iba vestido con un pantalón negro y una camiseta negra, la cual dejaba a la vista un tatuaje que parecía ir desde el cuello hasta medio brazo, parecía de estilo maorí.

—¿A ti te gusta tu trabajo? —Lo dije sin dejar de mirar el tatuaje.

—Sí, señorita.

—Estar todo el día delante de una puerta parece muy interesante, claro que sí.

—No solamente me dedico a esto, señorita. Hoy estamos evaluando la seguridad del hotel, pero visto que usted ha llegado hasta aquí sin ningún problema —me miró sin mover un ápice su cabeza—, veo que es una mierda.

—Eso parece. Si una terrorista como yo ha sido capaz de subir hasta aquí... es una gran mierda. — Le enseñé los dientes a modo de sonrisa.

—Podría haberse sentado en la silla, estaría mucho más cómoda.

—O podías haberme dejado pasar al despacho y esperarle dentro cómodamente sentada. —Crucé las piernas en el otro sentido.

—Ya le he dicho que no está en la lista.

—Si habrá sido tan capullo de sacarme de todas las listas, como si fuera una criminal buscada. Tu jefe es imbécil. —Apoyé la cabeza en la pared.

—No lo sé, señorita. —Negó con la cabeza.

—Yo si lo sé. Doy fe.

—¿Qué es lo que lleva en esa caja? —Seguía muy interesado en su contenido.

—Una devolución para tu querido jefe.

—Antes de entrar necesitaré echarle un vistazo.

—Él reconocerá la caja, no te preocupes.

—Es por seguridad.

—Que no, hombre, que no. Que no vas a ver lo que hay aquí dentro. —Le grité apartando la caja de su vista.

Veinticinco minutos después el señorito aún no se había dignado a aparecer y a mí ya me empezaba a doler el culo, a parte de que mi paciencia estaba llegando a su límite. Aproveché el tiempo respondiendo emails y aceptando presupuestos con el móvil. A los minutos noté una mirada fija en mí. Al levantar la vista me encontré a Alex mirándome fijamente con una mano en el bolsillo de su pantalón y con la otra mano se estaba acariciando los labios con sus largos dedos. Un gesto que sabía a la perfección que me ponía muy nerviosa.

—Mariola.

—Ya era hora de que movieses tu culo hasta aquí, señor ocupado. —Me levanté recogiendo la caja del suelo—. Necesitamos hablar sobre el envío de paquetitos indecorosos.

—Dwayne, puedes dejarla pasar. No es peligrosa, aunque a veces lo pueda parecer.

Me miraron los dos y comprobé que en la cara de Alex se estaba dibujando una sonrisa llena de malicia y un poco de picardía. Creía que sus trucos baja bragas iban a volver a funcionar, pero no tenía ni idea del grado de enfado que llevaba conmigo.

—La caja, señorita. —Dwayne la señaló e hizo un gesto con la mano para que la abriese.

—¿Es necesario, Alex? Sabes perfectamente lo que hay aquí dentro. —Levanté la ceja, que estaba a punto de salir despedida de mi cara.

—No lo es, Dwayne. —Alex trató de poner una mano sobre mi espalda para que pasásemos a su despacho—. Al menos la caja. —Me di la vuelta para mandarle a la mierda, para decirle que era un gilipollas con galones, pero me empujó dentro de su despacho rápidamente, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Qué quieres, Mariola? Tengo algo importante en unos minutos. —Comenzó a ojear su móvil, como si mi presencia allí no le importase lo más mínimo.

—¿Quién coño te crees que eres para mandarme esto con la notita? —Tiré la caja abierta encima de la mesa—. Ni en tus mejores sueños.

—¿No te ha gustado el regalo? —Puso una de sus sonrisas made in Alex de las que me volvían gilipollas.

—Está más que fuera de lugar. —Me crucé de brazos delante de él y vi cómo sus ojos se posaban en el escote que la camiseta dejaba a la vista.

—¿Estás segura de no querer el regalo? —Se acercó peligrosamente a mí—. Porque estarías increíble con él, Mariola. —Se paró a escasos centímetros de mí y bajó la vista—. Increíblemente irresistible.

—Vete a la mierda. —Puse mis manos en su pecho.

—Sigues temblando cuando nos encontramos.

—¿Qué tipo de poder crees tener sobre mí? ¿De verdad piensas que voy a caer rendida a tus pies con una caída de ojos o porque te toques con las yemas de los dedos los labios? —Me pegué a él, me puse de puntillas y me quedé muy cerca de su boca—. No eres tan irresistible como piensas, hombrecito.

Sabía que catalogarle como hombrecito iba a golpear directamente en su ego. Frunció sus labios, puso su mano en mi espalda para que no me apartase de él, cosa que no iba a hacer, no iba a darle por ganador en aquella batalla.

—Eso no es exactamente lo que me decías hace unas semanas. —Se mordió el labio.

—¿Quién te crees que eres? ¿UN PUÑETERO DIOS DEL SEXO? —Lo dije más alto de lo que hubiese querido.

—No te has quejado antes.

—Pues perdona que te diga, pero —le entorné los ojos, me mordí el labio y me pegué aún más a él

— los hay mejores y más increíbles. Te lo aseguro.

—Eres una descarada.

—Y tú un arrogante.

Nos mantuvimos las miradas unos minutos en silencio. Yo trataba de que no se notase cómo mi cuerpo, mi estúpido e inquieto cuerpo, seguía respondiendo a su cercanía. Sí, por mucho que me pesase, mi cuerpo con él... seguía temblando.

—¿Algo más, Mariola?

No entendí a qué se refería. Su gesto había cambiado y parecía que sus ojos demostraban cierta preocupación.

—Mariola, nos conocemos. No has venido solamente a devolverme eso. —Señaló la caja—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo puedes pasar de ser un capullo a... —le señalé extrañada— esto? Contigo me pierdo, Alex. Estoy cansada de estar perdida como si fuera Dorothy buscando el camino de vuelta a casa. —Agaché la mirada y respiré profundamente.

—No sigas buscando el camino de vuelta, Mariola. Cuando luchas tanto por buscar algo y no lo encuentras o lo que encuentras no es bueno y te sientes perdida, es mejor dejarlo ir. —Me agarró de la barbilla—. Dejarlo libre.

—No quiero sentirme así, Alex. No contigo.

*No parecía que hubiese perdido la esperanza que depositó en mí, al menos no por completo. Pero parecía esconder mucho más detrás de sus palabras y me hubiese encantado saber qué era. Seguía mostrándose altiva conmigo, algo desconfiada y muy orgullosa, pero no era algo que podía reprocharle. Me había comportado como un auténtico gilipollas integral con ella y estaba pagándolo muy caro. Me dolía pensar que pudiese estar comenzando algún tipo de relación con Ryan, pero no era nadie para prohibírsele ni para echárselo en cara. Es más, yo la lancé a sus brazos con mis estúpidos miedos.*

*—Esto es una mierda, Alex. Me gustaría decirte tantas cosas, me encantaría poder preguntarte... —Respiró profundamente—. Pero no puedo. Así que hagamos un trato. —Me miró a los ojos y estuve a punto de lanzarme contra su boca—. Nada de lencería, nada de regalos. No puedo hacer que desaparezcas de mi vida, pero tampoco quiero que lo hagas. No me hagas odiarte, Alex, por favor. Porque no...*

Estaba siendo fuerte y sincera. Estaba a punto de decir algo de lo que, seguramente, me arrepentiría más tarde, pero unas voces fuera del despacho me interrumpieron. A los segundos se escucharon unos nudillos y se asomó una cabeza por la puerta. Era la misma mujer que estaba en casa de Alex hacía unas semanas. La misma mujer que parecía tener pase VIP a su despacho, la que sí estaba en la lista. Miré de reojo a la puerta y allí estaba tan perfecta como aquella noche. Con su pelo perfectamente peinado, su bolso de marca y su maquillaje impecable.

—Hola. —Alex le dedicó una bonita sonrisa—. ¿Puedes esperarme cinco minutos? Nosotros ya estamos terminando.

—Por supuesto, cariño. —Le devolvió la sonrisa, me miró a mí y salió cerrando la puerta.

—¿Ella está en la lista y yo no? ¿Soy una especie de terrorista? —Le dije señalando la puerta.

—¿Quieres estar en la lista? —Su tono burlón me mataba.

—No. —Miré al techo negando con la cabeza y contando mentalmente hasta diez.

—Esto es muy fácil, Mariola. Si quieres estar en esa lista... sólo tienes que pedírmelo y ya está. —Pegó su pecho a mi cuerpo.

—No me provoques, Alex, no me provoques.

—Pídemelo. —En aquel momento, en el que seguíamos demasiado juntos, se pegó a mi boca—.

Pídemelo, Mariola.

—No. —Negué con una gran sonrisa—. No soy yo la que te lo pida jamás, capullo.

—Demos la bienvenida a la malhablada. —Levantó una ceja.

—Me voy a marchar antes de que tu armario tenga que venir a sacarme de tu despacho por pegarte.

—Recogí el bolso del sofá y la caja de la mesa.

—La caja venías a devolvérmela.

—Alguien, que ni de coña vas a ser tú, disfrutará rompiendo tu regalo. Y te aseguro que yo gozaré como nunca.

—Serás...

—Sí, Alex —abrí la puerta—, yo también puedo ser una completa capulla. Adiós.

Dejé la puerta abierta, sabiendo que Alex me estaba mirando con mucha rabia en aquel momento, que la señora *Vuitton* me miraba sorprendida por mi vocabulario y que el armario empotrado estaba eliminándome de la lista para acceder al mismísimo infierno en aquel momento, pero me daba igual. Me había prometido que Alex no iba a ganar ninguna guerra con juego sucio. El día que volviese a comportarse como el hombre del que me había enamorado, volvería a tratarle como aquellos días que supuestamente éramos felices, mientras tanto... iba a ser igual de capulla que él.

## 6.

# COMO EN UNA VERDADERA CITA

—¿Es ella? —Vivian me miró con su ya conocida condescendencia.

—Sí. —Abrí la puerta y mandé pasar a Dwayne—. Necesito que busques a alguien que la siga, pero que ella no se dé cuenta. Que la tenga protegida las veinticuatro horas del día, pero que ella no se enteré. —Abrí mucho los ojos y negué con la cabeza. Si se enteraba me iba a matar—. Ya has visto qué genio tiene.

—Lo he podido comprobar, señor. Ha intentado empujarme asegurando que sus manos son armas mortíferas. Es muy graciosa. —Dwayne esbozó una pequeña sonrisa.

—Es única Dwayne. —Noté cómo se dibujaba una sonrisa mucho más grande poco a poco en mi cara.

—¿Entonces por qué no está incluida en la lista? —Dwayne parecía tener cierta curiosidad por ella.

—Porque es la única manera de que no esté sola en ninguna parte del hotel. No me fío de Jonathan.

—He puesto a uno de mis hombres a investigarle, pero no encontramos nada. Ni siquiera le encontramos a él.

—¿Por qué ese tal Jonathan te preocupa tanto, Alex? —Vivian no conocía toda la historia.

—No me fío de él. Está amenazando todo lo que le importa y poniéndolo en peligro.

—¿Es el ex de esa chica?

—Esa chica se llama Mariola. —No iba a permitir que le faltase al respeto—. Ha entrado en mi despacho y solamente se ha llevado sus fotos. Es un peligro para todos.

—Señor, me ha mandado James un mensaje. Mariola acaba de llegar al despacho de Frank.

—Sí, va a recoger las entradas para el concierto de esta noche. Necesito que estéis allí, pero...

—Que no se nos vea. Entendido, señor.

—¿Por qué haces todo esto por ella, cariño? —Vivian me acarició la cara y, a veces, me seguía quemando aquel acto.

—Porque ella me importa... porque la quiero, Vivian.

—¿Y ella lo sabe? —Su gesto se torció, parecía no hacerle gracia lo que yo mismo acababa de admitir.

—No, ni lo sabrá por ahora. —Me costaba admitir que mantenerla lejos de mí era lo mejor—. Está más segura lejos de mí. Aunque me parta el alma en dos, aunque me duela cada segundo que no paso a su lado. —Me pasé la mano por la cara para tragarme lo siguiente que iba a decir, tal vez de aquella manera no sería real—. Aunque haya otro tío en su vida ahora mismo.

—Si no se lo dices, pasa página y olvídate de ella. Como tú bien acabas de decir, ella está rehaciendo su vida. Haz tú lo mismo. —Se acercó a mí, pero mi cuerpo la rechazó de inmediato.

—Yo soy el culpable de que sea Ryan quien esté a su lado.

Di la espalda a Dwayne y a Vivian, observé la calle desde el gran ventanal de mi despacho. La

*ciudad estaba a medio gas aún. Un sábado no era normal ver demasiados turistas tan temprano. ¿A quién demonios quería engañar? Me daba igual los turistas, los que iban o volvían de trabajar. Solamente quería ver que Mariola volvía al hotel para estar conmigo. Ojalá tuviese el valor suficiente para afrontar como un hombre todo lo que estaba pasando, pero no era así.*

Cuando llegué al despacho de Frank, tras atravesar la discográfica por completo acompañada del de seguridad que no se despegaba de mi culo, me encontré a Justin y a él ojeando mis papeles.

—Buenos días.

—Hola, Mariola. Nos has pillado con tus carpetas y nos estamos volviendo locos con algunas cosas. —Frank se levantó para besarme.

—No creo que sea para tanto.

—No comprendo la mitad de estas cosas. —Justin agitaba un montón de papeles en la mano—. No sé qué leches es todo esto.

—Déjame ver. —Los cogí y miré por encima—. Son los contratos del local que debéis revisar con los abogados, papeles a presentar en organismos como Sanidad y cosas de esas. —Se los quité de las manos—. Déjamelos que te los miro y ya te marco las cosas que he visto que no me gustan.

—Si es que eres un sol, Mariola. —Frank sacó un sobre de uno de los cajones—. Los pases. Jus, tenemos la reunión con los decoradores y están a punto de llegar. Yo que quería ir a comer con Alex y se me está complicando el sábado. —Frank parecía muy agobiado.

—Alex ya tiene qué comerse hoy. —Carraspeé y les sonreí—. ¿Puedo ayudaros con algo más?

—No, solo es que se me están acumulando ciertas cosas. Ayer estuve... —Cerró la boca a cámara lenta y supe que había hecho algo de lo que no quería que nos enterásemos.

—Te has quedado a medias. —Comprobé el brillo que Frank tenía en los ojos y todo indicada a que el final de su frase era viendo a Sonia.

—No quiero meterme en ningún lío contigo, Mariola.

—Como me digas que has estado con Sonia... —Le miré, no contestó y supe que había dado en el clavo—. Solo dime que está bien, que está mejorando y que queda poco para que vuelva a casa.

—No pude hablar con ella, pero estuve con su médico y la psicóloga. Está haciendo un gran trabajo y se ha abierto mucho. —Sonrió—. La vi unos segundos en el jardín mientras meditaba y estaba en paz.

—¿Te dijeron cuando... —No quise terminar la frase por si la respuesta no era la que estaba esperando.

—Un mes. En un mes harán una evaluación y nos dejaran visitarla. Si todo va bien, en unas semanas más podría volver a casa.

Aquello, dentro de todo lo que nos estaba pasando, era un soplo de aire fresco. Tal vez en un par de meses Sonia podría volver a estar con nosotros, podría volver a trabajar en la academia, a vivir con su hija y a comenzar a llevar una vida normal. Me quedé pensando en un par de ideas que había tenido las últimas semanas.

—Ya le está dando vueltas en la cabeza a algo. Lleva unas semanas ojeando páginas de alquiler de pisos y eso significa dos cosas. —Escuchaba a Justin casi de fondo—. O pretende abandonarnos o quiere mirar algo para cuando Sonia vuelva.

—No voy a abandonaros, pero necesito la ayuda de mi hermana. Que por cierto, he quedado con ella —miré el reloj—. Me tengo que marchar. Vamos a ver vestidos de novia. Pero antes tengo que ir a la oficina.

—Es sábado.

—Sí, pero me he olvidado de unas cosas para trabajar mañana en casa.

—Tienes que descansar. Además hoy tienes una gran cita con Ry... —Justin se quedó a medias en la frase, pero Frank ya lo había pillado al vuelo.

—¿Vas con Ryan al concierto? —Frank dejó lo que estaba haciendo para acercarse a mí.

—Sí.

—Tan sincera como siempre.

—No voy a mentir ni a ocultarme. Me vais a ver a la tarde y no quiero que sea algo incómodo. Ryan no se merece pasar por nada raro por nuestra culpa.

—Me parece bien, Mariola. No me tienes que explicar nada. —Puso su mano en mi hombro.

—No es eso, pero no quiero que sea algo raro estando Alex.

—No te preocupes por él. Tal vez así se le quiten todas las... No te preocupes por él.

No quise preguntar más, no quería saber nada más, así que me despedí y me fui a la oficina. Era sábado y no había nadie. Estaba en el cuarto donde teníamos como un millón de carpetas con muestras, con direcciones y datos de empresas con las que trabajábamos a diario. Estaba subida en una de las estanterías, con una pierna a cada lado, cuando escuché unos ruidos que venían del otro lado del pasillo. Bajé sin hacer ruido y busqué algo con lo que defenderme y lo único que encontré fue una espada de mentira que utilizamos en una fiesta medieval unos años atrás. Pero eso quien estaba haciendo los ruidos no lo sabía. La empuñé con fuerza y salí muy lentamente. Comencé a recorrer los pasillos y me acerqué más y más al ruido. Provenía de mi despacho que estaba abierto. Me quedé unos segundos escondida en una esquina desde la que podía ver la sombra que pululaba por mi despacho.

—Joder, Mariola. Tú eres igual que esas rubias tetonas de las películas de terror. No durarías ni un minutos en *Scream*<sup>[8]</sup>. —Apreté fuertemente mi mano alrededor de la empuñadura.

Respiré varias veces, me llené de valentía y entré corriendo en mi despacho y gritando.

—¡NO TE MUEVAS, ESTOY ARMADA Y SOY PELIGROSA!

La persona que estaba allí ni se inmutó. Estaba de espaldas a mí, con los cascos puestos y colocando cosas en la estantería. Comenzó a cantar en voz alta.

—Scott, la madre que te parió. —Me acerqué a él y le arranqué los cascos—. ¿Tú eres idiota?

—Joder, mi corazón se acaba de parar.

—¿Qué coño haces aquí en sábado? No te pagamos suficiente para que estés hoy en la oficina.

—Mierda. Ayer no vine a trabajar y quería tener todo organizado para el lunes. Sé que te gusta tener todo en su sitio y después de estas semanas... —me miró sin querer decir nada más.

—Muchas gracias, Scott, pero no tendrías que estar aquí. ¿Cómo has entrado?

—Me ha abierto el de seguridad.

—No había nadie cuando he venido yo. He abierto con mis llaves.

—Pues cuando he venido yo, había un vigilante de seguridad haciendo la ronda por este piso.

Me quedé mirando el pasillo. No recordaba que tuviésemos a nadie de seguridad, pero también era verdad que hacía tiempo que no me pasaba un sábado por la oficina.

—Voy a recoger un par de cosas que estaba buscando y me voy que he quedado con mi hermana.

—Yo estoy acabando. Salgo contigo.

Diez minutos después salimos del edificio, me despedí de Scott y esperé a que pasase un taxi, ya que tenía que ir al otro lado de Central Park. Mientras esperaba, me entró un escalofrío. Tenía la sensación de que me estaban vigilando. Di varias veces la vuelta esperando a ver a Jonathan detrás de mí o en la acera de enfrente, pero no había nadie. Tenía a mucha gente que caminaba en diferentes direcciones a mi alrededor, pero nada fuera de lo normal a aquella hora. Me fije en un hombre, de no más de treinta años, observándome desde la acera de enfrente. Llevaba unas gafas de sol y parecía hablar por teléfono, pero no me quitaba ojo de encima. Aparté la vista unos segundos y al volver a mirar, aquel hombre comenzó a caminar. Estaba empezando a obsesionarme.

Cuando llegué al edificio, María estaba ansiosa por entrar a probarse vestidos de novia. Era el taller privado de Samuel Heek, uno de los diseñadores que había despuntado en los últimos meses en la semana internacional de moda para novias.

—¿Lista?

—Me muero de las ganas.

Subimos al loft y en cuanto entramos, a María le hicieron los ojos chiribitas. Samuel había apartado ya varios vestidos para que ella se probase. Les había mandado un email adelantándome a mi hermana con sus gustos y cómo quería que fuese su boda.

—Buenos días, Sam.

—Buenos días, mi amor. Cada día estás más guapa. —Me besó y abrazó.

—Vamos a encargarte a ti el vestido, así que la pelota a mi hermana.

—¿Sois todas tan preciosas en vuestra familia? —Besó a María.

—Tata, me encantan tus amigos. —María en cuanto le soltaban un par de piropos...

—Sam, ya sabes que siempre que puedo te mando a las novias buenas aquí. Mi hermana quiere una boda de cuento de hadas, de ninfas y de bosques encantados.

—Pues estaba diseñando algo que encaja en tu descripción. —Se acarició la barbilla—. Pero primero pruébate las muestras que te he dejado aquí, para saber qué corte y telas se adaptan mejor a tu cuerpo y estilo.

—Me muero de ganas de empezar. —María se fue dando saltos a la zona que estaba destinada como probador, que era una parte de la habitación con unas grandes cortinas hasta el suelo de color berenjena.

—Y para ti, Mariola, tengo un vestido impresionante. Seguro que dentro de poco tienes una fiesta en la que lo podrás lucir.

—La novia soy yo y os debéis centrar en mí y en mis deseos. —María salió medio desnuda al medio de la sala

—No podéis negar que sois hermanas. Tenéis el mismo genio.

Aunque María tenía una idea muy fija en su cabeza, le pedí que se probase aquellos vestidos para que Sam comprobase lo que necesitaba para diseñárselo.

Me senté en el sofá que estaba pegado a la ventana y el ayudante de Sam trajo una botella de *Taittinger* y dos copas.

—Justo lo que necesitaba meterme en el cuerpo.

—Hermanita, ¿no tienes que contarme nada?

—No. —Serví dos copas.

—¿Estás segura? —Sacó la cabeza y me escudriñó con la mirada.

—¿Sobre qué? —Descorché la botella.

—Has cambiado al Capitán América por el SEAL sexy. No es mal cambio, mientras te trate bien.

—¿Apruebas una de mis... —le di un trago al champán tratando de buscar una palabra para Ryan y para mí.

—Sea lo que sea, te hace sonreír. Ya no estás tan triste como cuando llegamos. Sé que ha pasado poco desde lo vuestro y que tal vez Ryan sea una válvula de escape, pero hay veces que es necesario tocar fondo y que alguien te rescate, para comprobar que hay personas que siempre estarán a tu lado. Aunque aparezcan cuando menos les esperas.

Volvió a meterse al probador y Sam entró con ella para ayudarla con toda aquella tela. Me quedé pensando en las palabras de mi hermana. Muchas veces sus consejos no eran demasiado buenos o no acertaba con el momento de darlos, pero en aquel momento exacto acertó con sus palabras.

Abrí el móvil y le mandé un mensaje de voz a Ryan.

—Espero que ese caso no nos estropeeé la cita de esta noche. Sí, no me he vuelto loca, he dicho cita.

Le di a enviar y sonreí esperando su respuesta. No tardó más de veinte segundos en enviarme otro audio de vuelta.

—Nunca me han gustado demasiado las citas, pero contigo haré una excepción. Deseando pasar a buscarte.

Le envíe un mensaje para quedar sobre las cinco en casa. Así podríamos ir paseando hasta el local.

Mi hermana estuvo probándose vestidos sin que le convenciese ninguno, hasta que Sam hizo magia y le enseñó uno que le encajaba a la perfección.

—¿Puedes traerme el velo y unos pendientes para que se vea como una novia? —Sam sacó la mano por la cortina.

—Por supuesto. —El ayudante no tardó ni dos segundos.

María salió radiante y... no encontré las palabras para definir a mi hermana. Su sonrisa eclipsaba el precioso vestido que llevaba y eso que solo era una prueba con telas a medio poner. Fue con los ojos cerrados de la mano de Sam hasta el centro de la sala, se subió en el pódium preparado para ella y Sam le pidió que no abriese los ojos hasta que no se lo dijese. Colocó la pequeña cola del vestido, junto con el velo y se apartó de ella. Me levanté situándome al lado de Sam. Me llevé la mano a la boca y noté cómo se me escapaba una lágrima. No me había pasado nunca antes con una novia, pero era mi hermana mayor.

—Ya puedes abrir los ojos, María. Espero que te guste tanto como a tu hermana.

Cuando abrió los ojos supimos que ya había elegido. Se le iluminó tanto la mirada que no pudo negar en ningún momento que estaba encantada con aquel vestido. Dio un par de vueltas para ver bien el escote de la espalda y la cola. Pero noté algo extraño en su mirada. Quise creer que era porque nadie más de nuestra familia estaba con nosotras en un momento tan especial, que el vestido no era mas que un esbozo de lo que llevaría el día de su boda, pero me preocupó.

—¿Estás bien, María?

—Sí, es solo una tontería. Hasta este momento no me he dado cuenta de que me caso. —Levantó un hombro y se mordió el labio.

—¿Ahora te das cuenta?

—Sí, ahora se está haciendo realidad y me da miedo. Me da miedo que...

No quiso decir nada más. Se pasó la mano por la cara, tratando de ocultar unas lágrimas que había derramado y me mostró su gran sonrisa, la que usaba como coraza cuando algo no iba bien.

—Ya tengo la idea, María. Sé lo que quieres, sé lo que necesitas y sé perfectamente qué hacerte.

—¿Seguro?

—María, tú deja todo en sus manos. Será una obra de arte.

Mi hermana se metió dentro del probador sin decir una sola palabra más. Me preocupaba y sabía cómo hacer que hablase.

—Tata, date prisa que tenemos reserva para comer sushi en diez minutos.

Nos despedimos de Sam, pero María no estaba bien. No tenía ni idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza en aquel momento, pero después de unos makis y un poco de sashimi, me lo iba a contar todo.

Llegamos a Sushi Damo y nos sentamos en la barra. Pedimos un par de cervezas, pero mi hermana no dijo ni una sola palabra.

—¿Me vas a hacer que pida ya sake? ¿Qué sucede, María?

—No lo sé. Me acabo de acojonar al verme con el vestido.

—No comprendo cómo te acabas de dar cuenta de que te vas a casar.

—A ver, no es que no quiera, pero... ¿Y si todo cambia? ¿Y si al casarnos todo se acaba?

—¿Y si no es así? Mira, hermanita, no puedes pensar eso. Tú estás enamorada de Mark y él te adora, besa el suelo por donde pisas. Todo saldrá bien.

María sonrió, pero no terminó de convencerme. No quise seguir preguntando o investigando, porque la conocía a la perfección. Si seguía insistiendo, acabaría mandándome a a la mierda y cerrándose en banda.

Tras la comida dejé a mi hermana en el hotel y el mismo taxi me dejó veinte minutos después en

casa. Mike me había dejado una nota, Andrea ya estaba en casa de su amiga, Justin estaba en casa de Scott y él se había ido a correr. Me quedaba menos de media hora para que Ryan se pasase a buscarme.

Me duché y preparé en tiempo record. Me decidí por un vestido de tirantes blanco corto, con unos botines negros bajos y una chupa de cuero. El pelo me lo sequé muy poco y me salieron los rizos locos.

Ryan llamó a las cinco menos cinco al timbre. Al bajar le encontré apoyado en la barandilla con el móvil en la mano.

—Hola, guapo. —Me acerqué lo suficientemente a él para meter mi mano por dentro de su camiseta y poder acariciar su espalda—. ¿Sabes que no me puedo resistir a los tíos con tatuajes?

—¿Sabes que yo no me puedo resistir a ti?

Sus besos eran la medicina que necesitaba en aquel momento. Me hacía sentir tan bien, que me olvidaba de lo que tenía en la cabeza.

—Estás impresionante, Mariola. —Subió el tirante rebelde de mi vestido—. Y desde aquí las vistas son aún más espectaculares. —Sí, me estaba mirando las tetas descaradamente y no se cortó cuando le miré.

—Eres un poco descarado.

—Contigo todo es poco. —Me agarró de la cintura.

Me hizo sonreír por las cosquillas que me hacían sus dedos en mi cintura. No dejé de sonreír hasta que llegamos al Smalls. Mark y mi hermana estaban en la entrada hablando con Frank. No parecía que hubiese llegado nadie más.

—Hola, chicos. —Todos se dieron la vuelta y mi hermana me sonrió.

—Podemos ir pasando. El resto llegará en un rato, les ha pillado atasco.

Entramos en el club y nos dirigimos a una zona que teníamos reservada. Mark aprovechó que mi hermana estaba hablando con Ryan para agarrarme de la mano.

—¿Va todo bien, Mariola?

—Sí.

—¿Seguro?

—Venga, Mark, sé directo como siempre. ¿Qué te preocupa? —Nos acercamos a la barra.

—Tú.

—¿Yo? Madre mía, llevo el culo al aire desde casa y no me he dado cuenta.

—No es eso, Mariola. ¿Te has olvidado de Alex?

—¿Pero que os ha dado a todos hoy?

—El otro día, cuando hablé con él... Sé que no tengo que meterme, que no soy nadie para decirte nada, pero no quiero que sufras. Te quiero demasiado para verte hecha una mierda. —Me agarró de la mano y se la llevó a la boca.

—Mark, estoy en una edad en la que no quiero arrepentirme de nada. Con Alex lo intenté, le... le sigo queriendo, está claro. No puedo ir en contra de mi corazón, pero le seguiré queriendo porque aunque se haya comportado como un gilipollas, sé que es buena persona y que está pasando por algo que no me ha querido contar. ¿Que en un futuro puede que volvamos a estar en la misma sintonía? Puede. ¿Que con Ryan todo sale bien? —Levanté los hombros y sonreí abiertamente—. No lo sé. No sabemos lo que va a suceder mañana, ni siquiera lo que sucederá en unos minutos. No quiero arrepentirme de no intentar ser feliz. Puede que funcione o no, pero la vida es corta y puede pasar cualquier cosa.

—¿Y Ryan?

—Los dos sabemos dónde nos estamos metiendo. Somos adultos. —Miré hacía la otra parte de la sala y sonreí—. No te preocupes por mí, Mark, estoy bien.

Nada más decir aquellas dos palabras, Alex entró en la sala y se dirigió hacía donde estaba Ryan y María. Menos mal que iba acompañado de Frank y así se evitaría un momento incómodo.

Pedí una ronda de cervezas a la camarera para todos. Me fui con las diez en las manos hasta nuestro

reservado.

—Brindemos. —Fui ofreciendo uno a uno las cervezas, hasta que llegué a Alex y me miró con un brillo que reconocía en sus ojos. Le sonreí—. Por una noche entre amigos.

—Salud.

Chocamos las cervezas y bebimos. Yo miré a Ryan que me guiñó un ojo, pero notaba cómo Alex no había apartado su mirada de mí ni un solo segundo. Y sí, Alex, muy a mi pesar, me seguía poniendo nerviosa.

Una hora después el local ya estaba lleno y las luces se apagaron para dar comienzo al concierto de Jamie Cullum y no podía hacerlo de una manera mejor. Las primeras notas de “The same things” empezaron a animar el local y yo me prometí dejarme llevar y hacer lo que me apeteciese aquella noche. No iba a ponerme ningún límite, bueno... me puse solamente uno. Me prometí a mí misma ser fiel a mis principios y a mis sentimientos en todo momento.

**En estos tiempos que se comparte todo... olvidas cómo intentarlo. Todo lo que dices suena como una mentira.**

*Mariola cantaba la canción como si le fuese la vida en ello. Llevaba un vestido blanco y los tirantes no hacían más que resbalar de sus hombros, dejando a la vista alguno de los tatuajes de su espalda. Esos tatuajes que había memorizado las noches que pasé con ella mientras Mariola dormía. Había hecho un pacto conmigo mismo de no molestarla con mis miradas ni decir nada fuera de lugar, pero era muy complicado no mirarla, era imposible no hacerlo.*

*El concierto estaba siendo perfecto, el ambiente que teníamos era genial y no había habido ninguna palabra fuera de lugar de Ryan ni de la hermana de Mariola, que no hacía más que mirarme. Creo que me estaba amenazando mentalmente con no acercarme a su hermana para no volver a hacerle daño.*

—¿Unos chupitos? —María había vuelto de la barra con una botella de vodka congelada.

—María, sabemos cómo puedes acabar. Eres capaz de ir a arrancarle el micrófono a Jamie.

—No me tientes, porque me parece monísimo.

*María nos sirvió la ronda y alzó su chupito para brindar.*

—Por los nuevos inicios, por las aventuras, por los amigos que conoces en la otra punta del mundo, por que seamos felices siempre y por todo lo bueno que está por llegar. —Miró a su hermana—. Por que todo lo malo que nos pueda pasar se quede en un recuerdo del pasado. Por que nada nunca jamás nos borre la sonrisa de nuestras caras.

—Por que pase lo que pase, la felicidad nos persiga el resto de nuestras vidas y nos atrape. —Mariola tenía un brillo en los ojos muy especial. Se le caía la baba con su hermana.

*Brindamos y noté la mirada de Mariola perdida en aquella sala. No miraba a nadie, pero nos miraba a todos. Como si quisiera que aquella noche se quedase en nuestras memorias para siempre. Como si quisiese que aunque la vida nos deparase malos momentos, recordásemos aquel brindis y sonriésemos.*

—Ahora vuelvo. —Ryan besó a Mariola y se alejó con el teléfono en la mano. Parecía algo urgente y yo aproveché la oportunidad.

—¿Estás bien, Mariola? —Me acerqué a ella cuando se sentó un poco alejada del resto.

—Sí, es que mi hermana me ha recordado una frase de mi abuela. —Trató de ocultar lo que verdaderamente estaba pensando con una de sus sonrisas, pero la conocía demasiado bien. Por su cabeza estaba pasando algo más.

—Sé que las cosas entre nosotros han terminado mal por mi culpa, pero no quiero perderte por completo, Mariola. Me gustaría seguir siendo tu amigo.

—¿Esto es por que he... por que Ryan y yo... —Dejó de hablar y parecía que estaba organizando

mentalmente lo que me quería decir para no hacerme daño.

—No es porque Ryan y tú hayáis empezado algo o lo que hayas decidido. —Me temblaban las manos al reconocer que entre ellos estaba sucediendo algo más—. No quiero perderte del todo. No quiero que desaparezcas de mi vida por completo. Además, Jason no me lo perdonaría en su vida.

—Así que es por Jason. —Ladeó la cabeza y le pegó un trago a la cerveza.

—No, no es eso. No es solo por él. —Noté cómo empezaba a dibujarse una de sus sonrisas traviesas en la cara—. ¿Por qué me sigo sintiendo como un niño perdido contigo?

—No sé si me estás llamando vieja o algo por el estilo. —Se quedó tan seria que pensé que se había enfadado—. Solo tengo cuatro años más que tú, pero eso te dio igual cuando decidiste arrancarme las bragas. En aquel momento no eras tan niño.

Comenzó a levantar la ceja derecha, se mordió los labios tratando de que no se le escapase una sonrisa y le dio un trago a la cerveza.

—Vale, me he ganado unas cuantas ironías más tuyas por mi forma de comportarme. Siento mucho todo lo que ha pasado, todo lo que... —Negué con la cabeza—. Siento mucho que lo nuestro no haya funcionado.

—No era nuestro momento. —Se levantó ofreciéndome su mano y la acepté—. Pero tal vez haya algún otro momento —me besó en la mejilla—, nunca se sabe lo que la vida te va a regalar.

Se alejó de mí cantando la canción que estaba sonando en aquel momento. Me quedé unos segundos observándola mientras cantaba al son que Jamie estaba marcando con su “Mixtape”.

—Uoooo... Uooo... Uooooooooo.

Y comenzó a saltar, moviendo el vestido y dejándome ver su piel, como si aquello fuese Coachella<sup>[9]</sup> y ella la única persona que estaba escuchando el concierto. Le daba igual lo que la gente pensase y eso precisamente era lo que tanto me gustaba de ella.

Ryan volvió una media hora después con cara de preocupación.

—¿Va todo bien?

—No. Muy a mi pesar voy a tener que posponer nuestra cita.

—No pasa nada, Ryan. Si no puede ser hoy, será mañana.

—Ese es el problema. ¿Podemos salir un momento fuera? —No dejaba de frotarse la barbilla.

—Claro.

Salimos fuera y nos sentamos en unas escaleras cercanas. No sabía a qué se había debido aquella llamada ni lo que le habían dicho, pero no era nada bueno. ¿Tal vez tenía noticias de Jonathan y eran tan malas que no me las quería contar?

—Ryan, me estás asustando.

—Tenemos que posponer la cita, pero no sé por cuántos meses.

—¿Cómo? —No comprendía nada.

—Sí. ¿Recuerdas la investigación con la que estaba? —Me agarró de la mano y afirmé con la cabeza—. Ahora es internacional. La DEA<sup>[10]</sup> nos ha pedido que colaboremos para atrapar a la banda al completo. Tengo que irme a Colombia mínimo seis meses.

—¿Cuándo te vas?

—A finales de la semana que viene. Ahora tengo que ir a comisaria. La DEA me espera allí para darme todas las instrucciones. El briefing<sup>[11]</sup> es en media hora.

—¿Un sábado?

—Sí, así es este trabajo. Nunca sabes cuando tendrás que salir corriendo y dejar a una preciosa chica sin su cita. —Me agarró de la barbilla—. Pero mañana te invito a cenar a casa. Me encargaré de que mis hermanos no estén y tengamos toda la casa para nosotros solos.

—De acuerdo.

—No me fío de que nos tengamos que ir el mismo lunes.

Sonreí tristemente al saber que lo que parecía que acababa de empezar, terminaba tan rápido. Seis meses no eran una vida, pero eran el tiempo suficiente para que las cosas cambiasen.

—Tengo que irme ya. Te acompaño dentro.

—No te preocupes, necesito un poco de aire.

—Mañana tendrás la mejor cita de tu vida, te lo prometo. Mientras, disfruta mucho de esta noche con tus amigos. —Señaló el interior del local con la cabeza y me besó.

—Mañana me tienes que compensar, Ryan, pero una compensación de las buenas.

—Eso está hecho.

Vi a Ryan alejándose por la calle buscando un taxi y me quedé sentada en las escaleras pensando en todo y en nada.

Media hora después volví a entrar y mi hermana me notó en la cara que algo pasaba. Al contárselo su cara también cambió.

—¿Seis meses?

—Mínimo.

—Qué putada, tata. —Sirvió dos chupitos—. Un putadón. —Bebimos de trago y mi hermana me miró muy seria—. ¿Vas a esperar a que vuelva?

—¿Cómo?

—Es como si se fuese a la guerra y no sois más que dos amigos que han follado. Un muy buen polvo por lo poco que sé, pero no sois nada más que eso. ¿Vas a poner en *pause* tu vida por Ryan?

Me quedé en silencio y dejé de disfrutar del concierto. Mi cabeza se quedó dando vueltas a la pregunta de mi hermana. Una pregunta muy jodida en aquel momento en que Alex me había pedido que fuésemos amigos porque no me quería perder del todo.

No disfruté del final del concierto que lo pasé en la barra del local. Necesitaba algo más fuerte que las cervezas. Mi vida, una vez más, se ponía patas arriba.

—Yo me voy, Mariola. —Frank se acercó a mí antes que el resto—. Los chicos no han podido llegar al concierto y voy a cenar con ellos.

—De acuerdo.

—¿Estás bien?

—Muy bien. —Afirmé mientras me bebía el nuevo chupito—. Ahora *me voy* a ir a *cenar algo*. —Se me comenzaban a unir demasiado las palabras.

—¿Y Ryan?

—Me voy sola. Ryan se... ha tenido que ir... a trabajar.

Frank me dio un beso y se marchó sonriendo. Mi hermana también se fue con Mark, ya que tenían una mesa reservada para cenar en un sitio misterioso que Mark no quiso decirnos. Nos quedamos Alex y yo solos sin saber qué decir.

—Yo... —Lo dijimos los dos a la vez.

—Perdón. Yo ya me voy. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No. Voy a cenar algo, necesito meterme algo en el cuerpo. La comida de hoy ha sido devorada casi íntegra por mi hermana y no he desayunado en condiciones. —Me tragué un eructo que estuvo a punto de salir—. Necesito comer algo antes de llegar a casa.

—De acuerdo.

—Voy a ir a comer unos tacos a Agave. ¿Quieres venir?

—Yo...

—Has dicho que querías que fuésemos amigos y los amigos van a comer unos tacos y comparten unos nachos con unas cervezas.

Alex no parecía estar muy convencido de mi invitación, así que tras pagar los chupitos y recoger lo

que me había dejado arriba, me fui a Agave. Estaba a dos minutos de la sala de jazz. Nada más llegar me senté en la barra. Pedí unos tacos y una cerveza para terminar la noche.

—¿Y nuestros nachos para compartir?

Al girarme vi a Alex a mi lado apartando una silla para sentarse.

—Somos amigos o quiero que lo seamos. Tendremos que normalizar nuestra relación para hacerlo posible. —Estaba mirando fijamente la carta.

—Claro.

Pedí unos nachos y Alex unas enchiladas para acompañar la cerveza que le sacaron. No dijimos nada en varios minutos hasta que Alex rompió nuestro silencio que ya estaba haciéndome perder la paciencia.

—Pensé que cenarías con Ryan.

—Le reclamaba la DEA por el viaje a Colombia. Parece que no acierto yo con... —me mordí los labios para no decir nada más.

—¿Se va a Colombia?

—Sí, una acción conjunta con la DEA o algo así. Tampoco me ha contado mucho más, pero mínimo seis meses.

—Lo siento. —Le dio un trago a la cerveza.

—No mientas, Alex. No lo sientes.

—¿Tan malo soy mintiendo?

—Demasiado.

Nos empezamos a reír los dos, no de que no sintiese que Ryan se fuese, si no de que por primera vez en aquellos días, estábamos juntos sin tirarnos de los pelos ni echarnos nada en cara.

Dos horas después, quedaban pocos clientes en el restaurante y nuestra parte de la barra parecía un campo de batalla entre chupitos de tequila y cervezas.

—Creo que es... que es hora de irme... irme a mi... a casa. —Se me trababan las palabras.

—Te acompaño a casa, Mariola. No quiero que te pase nada de camino.

—Puedo coger un tx... tas... uno de esos amarillos. —Dejé mi tarjeta para pagar aunque Alex trató de evitarlo—. Yo he bebido más y estaba aquí primero.

—Entonces yo pago la última copa antes de dejarte en casa.

—Nunca digo que no a una copa.

Alex se encargó de parar a un taxi y le pidió que nos llevase al M1-5. Al llegar el local estaba casi lleno y me recordó a la vez que fuimos a tomar una copa después de cenar en Galli. Alex puso su mano sobre mi espalda y se puso a mi lado, escudándome con su cuerpo. Su aroma, su maldito aroma se me metió de nuevo dentro y la sala comenzó a moverse a mi alrededor. Caminé firmemente hasta la barra sin caerme.

—¿Qué quieres?

—Lo que sea, pero que esté frío.

Respiré profundamente varios segundos mientras Alex pedía a uno de los camareros. Alex se dio la vuelta, agarró mi mano y la otra la metió por detrás de mi espalda y pego su boca a mi oído. Había demasiado ruido como para escucharnos sin estar muy cerca.

—¿Mojito?

—Perfecto.

No me soltó la mano mientras pedía ni cuando pagó, ni siquiera cuando dejó las bebidas a nuestro lado en la barra. Los dos bebimos sin hablar y empezaron a sonar las primeras notas de "Believe in me" de Lenny Kravitz. Necesitaba bailar, necesitaba soltar todo lo que tenía en mi interior y mi cuerpo empezó a moverse solo.

**¿Dónde está el amor que teníamos? ¿Dónde estuvo mal? Nena, soy tu hombre...No puedo continuar,**

**no sé qué hacer... Me siento como si hubiera terminado. Por favor, cree en mí...**

*Mariola caminó bailando hasta el centro de la pista, movía sus manos por sus caderas, levantando sin darse cuenta su vestido. Aquella canción parecía que hablaba de mí, de lo nuestro... de nosotros. La observé unos segundos y mientras se movía, mantenía los ojos cerrados, como si no quisiera que nadie la molestase, pero no me pude resistir. No me pude quedar quieto allí en la barra observándola de lejos.*

Tenía los ojos cerrados y noté cómo alguien se pegaba a mi espalda, bajaba una de sus manos a mi cadera y la otra la situaba en mi tripa. Sabía que era él, sabía a la perfección que era Alex. Mi cuerpo le reconoció, no hacía falta abrir los ojos para saberlo. Mi cuerpo, muy a mi pesar, seguía recordando sus caricias, sus manos y su olor. La nariz de Alex jugueteaba en mi cuello. Subió su mano por mi cintura hasta la nuca, para apartar el pelo, y pasar sus labios por él. En aquel momento, en aquel preciso momento, «*el gran escalofrío*» recorrió todo mi cuerpo. Mi respiración se había descontrolado por completo, hacía mucho calor en aquel local... ladeé la cabeza conscientemente, dejándole el cuello a Alex para que hiciese lo que quisiera. Lo hice con premeditación y con mucha alevosía. Apretó sus dedos en mi tripa, haciéndome tener que cerrar fuertemente las piernas ya que mi excitación estaba escalando grados como si fuese una carrera.

Nuestras caderas se movían al mismo son y Alex aprovechó para girar mi cuerpo, sin dejar de rozar el suyo, poniéndonos cara a cara. Sabía que tenía las pupilas completamente dilatadas. Solo me hizo falta mirar a Alex a los ojos para saber que los dos estábamos igual.

—Lo siento, Mariola, pero no puedo ser tu amigo.

Metió su mano por detrás de mi pelo, pegó su boca a la mía y la atacó con una ferocidad que no recordaba. Como si necesitase comprobar que aquel beso era de verdad, que no era una fantasía creada por el alcohol de aquella noche.

Se apartó de mí unos segundos, sin decir una sola palabra, mientras la canción seguía sonando ya demasiado lejos de nosotros.

—No quiero ser solo tu amigo.

Me perdí en su mirada, me perdí en sus palabras, me perdí por completo aquella noche. No me hubiese reconocido si no me hubiese dejado llevar, si no le hubiese seguido aferrada a su mano por las calles de mi barrio hasta el Soho Grand Hotel. No quería despedirme de él aquella noche, no quería que el tiempo pasase para ninguno de los dos e irme a casa, supondría una gran bofetada de realidad.

En el hotel nos entregaron la llave de uno de los llamados áticos, no nos hacía falta nada más, pero parece que Alex seguía siendo influyente en el sector hotelero. No me había soltado la mano desde nuestro baile, no lo hizo al entrar en el hotel, ni siquiera cuando entramos al ascensor. Al llegar a nuestra planta salimos lentamente y observé dónde estaba el baño. Necesitaba lavarme la cara, los dientes y mirarme bien en el espejo. Saber si la que estaba en aquella habitación era la verdadera Mariola o era la Mariola borracha a tequilas. Me lavé la cara varias veces, aprovechando los amenities para quitar el poco maquillaje que llevaba. Me lavé los dientes sin mirarme al espejo, me daba miedo mirar, que no hubiese un reflejo y que todo aquello fuera un sueño o algo peor.

Apoyé las manos en el mármol de la encimera, apreté fuertemente los dedos y subí la vista hasta encontrarme conmigo en aquel espejo. ¿Estaba segura de aquello? ¿Sabía dónde me estaba metiendo de nuevo?

Comencé a escuchar “By your side” de Sade desde la habitación. Aquella letra era como si saliese directamente de la boca de Alex...

¿Estaba segura? No tenía ni idea de hacia dónde nos llevaría aquella noche, pero no iba a permitirme no averiguarlo.

**¿Crees que me alejaré de tu lado, nena? ¿Crees que te abandonaré cuando estés sobre tus rodillas? Si solo pudieras ver dentro de mí...**

Al salir del baño me encontré a Alex en la terraza, observando las mejores vistas de la ciudad. El One World Trade Center se veía al fondo iluminado y quitaba la respiración. La ciudad de Nueva York completamente a nuestros pies y no sentí vértigo, no sentí miedo por caerme, parecía que Alex estaría para no dejar que mis rodillas tocasen el suelo.

—Me había olvidado de lo increíble que es esta ciudad. Tú me has enseñado a ver todo de otra manera, a disfrutar de las pequeñas cosas, pero fui tan estúpido que te deje escapar. —Se dio la vuelta para mirarme—. No dejes que te aparte de mí de nuevo. Sé que Ryan y tú sois más que amigos, pero dime que con él sientes lo mismo que conmigo —me agarró fuertemente de la cintura, como si pensase que iba a salir huyendo de aquella terraza sin mirar atrás—. Dime que con él te tiemblan las piernas de la misma manera.

Acercó lentamente sus labios a los míos, pero se quedó a escasos milímetros. Su barba me hacía cosquillas en la cara.

—Dime que te recorren los mismos escalofríos cuando te besa. —Rozó suavemente mis labios con los suyos, aprovechando para recorrerlos con pequeños mordiscos que me estaban haciendo perder la poca razón que me quedaba.

Me agarró de la cintura metiéndome dentro de la habitación y corriendo las cortinas con una mano.

Me dejó en medio de la habitación, atenuó las luces y me observó. Me recorría con su mirada y Sade comenzó a sonar en bucle, una y otra vez. Se deshizo de sus zapatos, quedándose descalzo delante de mí. Llevaba una camiseta blanca y unos pantalones de vestir. No necesitaba nada más para seguir pareciéndome el hombre más atractivo del planeta. Comenzó a bajarme los tirantes lentamente, como si supiese que al hacerlo, el juego de seducción desaparecería. El vestido me cayó sobre la cadera y a los segundos terminó en el suelo, dejando a la vista mi sujetador palabra de honor blanco. Sí, no era el más sexy, pero eso a él parecía darle igual. Me dio la vuelta, dejándome un reguero de besos por mi cuello y mi nuca, mientras su mano desabrochaba el sujetador, dejando que cayese al suelo con el vestido. Se separó por unos segundos, pero no tardó en volver a poner sus manos sobre mí, esta vez en la cintura para volver a girarme, poniéndonos cara a cara de nuevo.

**Cuando te pierdas, cuando estés sola y no puedas regresar, yo te encontraré. Cariño, te llevaré de vuelta a casa.**

Acarició con sus manos mi cintura, pasando por los laterales de mi cuerpo, subiendo por los brazos y llegando a la cara. Metió sus manos entre mi pelo y tiró levemente de él, obligándome a pegarme a él. Sus ojos recorrían toda mi cara, como si la estuviese memorizando por si aquella noche fuese la última. Puse mis manos sobre su pecho, temblando, sabiendo que aquello no era un sueño, que volvía a tenerle cerca... peligrosamente cerca.

*Memoricé el brillo de sus ojos, las pecas casi imperceptibles de sus mejillas, el rubor de las mismas, sus labios entreabiertos esperando por mí. Quise recordar todo por si aquella era la última noche, por si no tenía más ocasiones de disfrutar de ella. Recorrí con mi nariz la suya, acercándome lentamente a su boca, para disfrutarla lentamente, como si fuese un dulce manjar que no quería terminar de saborear.*

—¿Qué estamos haciendo, Alex?

—Lo que los dos deseamos, Mariola. —Cerré los ojos un instante—. No me digas que es solamente efecto del alcohol.

—Tú te sientes como un niño a mi lado y yo... —puso sus manos en mis mejillas, acto que me estremeció— me siento perdida cuando te comportas así, como si fuese lo único importante de tu mundo.

—Lo eres aunque no me haya dado cuenta hasta hace poco. Siento haber sido un idiota y haberme dejado comer por el miedo. Sé que no lo vamos a tener fácil, sé que tendré que trabajármelo mucho para recuperar tu confianza, pero quiero que lo intentemos. Tal vez no mañana ni dentro de una semana, pero podemos empezar a recuperar eso que tuvimos y que no se ha desvanecido.

Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviese haciendo una lista en su cabeza de mis pros y mis contras. La ladeó, cerró los ojos y me regaló su sonrisa más sincera y preciosa hasta aquel momento.

—No sé que sucederá mañana, pero esta noche solo seremos tú y yo.

Puso sus manos de nuevo en mi pecho y me empujó tirándome sobre la cama. Se quedó de pie unos segundos con un gesto divertido en su cara.

—Las vistas de la terraza son increíbles, pero... —se mordió el labio inferior y negó con la cabeza—. ¡Joder, nene!

No dijo nada más y se sentó a horcajadas sobre mí. Comenzó a besarme el pecho, subió por el cuello, pasó por mis mejillas... Se estaba haciendo de rogar el beso. Mi cuerpo reaccionaba a sus caricias. Mi piel la seguía reconociendo. No se había olvidado de ella, ni mi cuerpo... ni mi corazón.

Pasó lentamente sus labios por los míos, sin besarme realmente, solo los rozaba. Se separó y acarició su nariz con la mía. Se estaba haciendo de rogar el beso. Estaba aún saboreando el del M1-5, pero necesitaba más, quería más. En un momento de despiste de Mariola, giré todo mi cuerpo y la dejé debajo de mí. No esperé más a devorar su boca, a devorarla con necesidad. Mis manos recorrían todo su cuerpo, topándome con su ropa interior. Me separé de ella, la miré a los ojos mientras sostenía la goma de su culotte y se mordió los labios. Sin hablar, sabía en lo que estaba pensando. Tiré de ellas y de su garganta salió un gemido que me excitó. Su cuerpo se estremeció bajo el mío y no dejó de hacerlo durante toda la noche. Disfrutamos de besos llenos de intenciones, de caricias provocadoras y del mejor sexo que podía imaginar.

Su cuerpo y sus manos me llenaron de placer toda la noche. No quería que se despegase de mí, pero me quedé dormida sobre su pecho bien entrada la madrugada, completamente satisfecha y feliz.

Unas caricias me despertaron cuando el sol aún no había salido por completo. Estaba entrando por el hueco que dejaba una de las cortinas de la terraza. Sonreí cuando comencé a escuchar la versión de “Be my baby” de Leslie Mendelson, mientras los dedos de Alex recorrían mi espalda.

**La noche en que nos conocimos supe que te necesitaba tanto y que si tuviera la oportunidad, nunca te dejaría ir. Así que ¿no vas a decir que me quieres? Haré que estés tan orgullosa de mí...**

—Buenos días, princesa.

—¿Ya es de día?

—Aún no, aún no ha terminado nuestra noche. —Se tumbó sobre mí y echó la sábana sobre los dos—. Si no salimos de aquí debajo, no cambiamos de día.

—¿Una sábana puede parar el tiempo?

—Tú eres la que puedes parar el tiempo, cariño. Eres la única capaz de hacer que el tiempo se pare —me besó en la comisura de los labios—, cada vez que estoy contigo. Un minuto contigo equivale a muchas vidas.

—Ya me has llevado a la cama de nuevo, señor trajeado. No hace falta que me comas la oreja.

—¿Comerte la oreja? —Levantó la ceja y supe que no me comprendía.

—Sí, venderme la moto. —Negué con la cabeza y abrí mucho los ojos—. ¿En qué mundo encorsetado has vivido hasta ahora?

—Tú es que hablas raro y dices cosas que solo diría mi hijo.

—Dios mío. —Cogí su cara entre mis manos—. Treinta años casi y aún no sabes hablar. Necesitabas que apareciera en tu vida sin falta.

—No lo sabes bien. No tienes ni idea de la falta que me haces.

Se levantó, tiró de mis piernas, me agarró del culo y me llevó a la ducha sin dejar de besarme en ningún momento.

—Voy a pedir el desayuno antes de que termine de amanecer y sea un nuevo día.

Salió del baño y me metí debajo del agua. Sabía que una vez que pusiera un pie fuera de aquel hotel, la realidad me daría una bofetada de las buenas. Aquel mismo día había quedado con Ryan antes de que se fuese a Colombia mínimo seis meses.

—¿En qué piensas? —Alex entró en la ducha y me di la vuelta para mirarle.

—No te va a gustar la respuesta.

Alex echó la cabeza para atrás un segundo y suspiró fuertemente.

—En Ryan y en lo que sucederá en el momento que salgamos de aquí. —Me volvió a mirar con un gesto de tristeza.

—Te he dicho que no te iba a gustar, pero tampoco quiero mentirte.

—No es que no me guste, sé que tú y él habéis tenido más que una cena o unas copas. No me gusta, pero... ¿lo entiendo? —Volvió a mirarme levantando los hombros sin creérselo.

—Alex...

—No me tienes que dar ninguna explicación. Yo fui un capullo y te dejé ir, te evité por miedo, pero lo que no sabía es que iba a ser peor el remedio que la enfermedad. No quería perderte y te mandé directa a él.

Desayunamos en la terraza viendo el amanecer y recordé que no hacía muchos días había hecho lo mismo con Ryan. Me removí nerviosa en la silla en la que estaba acomodada al lado de Alex, mientras él tenía su mano sobre la mía y miraba al horizonte. Le observé y parecía estar tranquilo.

—¿Qué va a pasar ahora? —No, no estaba tan tranquilo como quería hacerme ver.

—No lo sé, Alex. Te diría que lo podemos retomar donde lo dejamos, que olvidemos estas semanas o meses, que las cosas pueden ser iguales, pero tengo que arreglar... Tenemos que arreglar ciertos asuntos.

—Jonathan.

—Sí, no sé que tiene en tu contra, pero cada vez que me acerco a ti... tengo una llamada, un email o una visita desagradable. —Me senté en el regazo de Alex—. No quiero que te pase nada, no quiero que tenga nada para ir contra ti.

—¿Y si yo sé lo que tiene en mi contra?

—¿Cómo? —Me extrañó que él lo supiera y no me hubiese dicho nada.

—Eres tú. Hasta ahora no habías tenido ninguna relación larga ni habías triunfado tanto. Él siente que sigues siendo parte de su vida y quiere que tus triunfos no lo sean.

—No puede ser eso. Está mal de la cabeza, tal vez sus malos negocios le hayan afectado más de lo que me imaginaba. Cuando...

Se quedó dibujada la o en mi boca y no continué hablando. No estaba preparada para contarle lo que sucedió entre Jonathan y yo la última vez que nos vimos años atrás.

Negué con la cabeza y me levanté de encima de Alex, pero él tiró de mi mano para abrazarme fuertemente.

—Sea lo que sea, encontraremos la solución. Juntos podemos con todo, princesa. Te lo prometo.

Metí la cabeza entre su cuello y cerré los ojos. Su olor mezclado con el jabón del hotel me relajaba. Sus dedos dibujaban círculos en mi espalda y tenía que reconocer que había echado mucho de menos aquella sensación que tenía a su lado.

Pero aquellos minutos de paz se vieron rotos por el insistente sonido de su móvil, al que a los segundos se unió el mío.

—¿Sí? Hola, Jason. Estoy desayunando con Mariola. No, no nos hemos vuelto a pelear, somos

amigos. —Alex sonreía y se pasaba la mano por la nuca.

—Hola, María.

—¿Cómo que hola? ¿Dónde cojones estás?

—Desayunando con las mejores vistas de Nueva York.

Me estiré en la silla, apoyando las piernas en una maceta grande y observando a Alex, que estaba en calzoncillos delante de mí de espaldas.

—No sé dónde estás desayunando, pero he ido a casa para llevarte unos cupcakes de Magnolia Bakery, de los Red Velvet que tanto me hablaste y no estás aquí.

—Ayer se... —comencé a susurrar—, ayer se lio la noche un poco, tata. Y estoy disfrutando de un café, unos croissants de mantequilla y de un hombre semi desnudo, al que voy a echar una última cata antes de salir de esta habitación.

—¿Por qué susurras? Y... —se quedó unos segundos callada—. ¡Te has follado de nuevo al Capitán América!

—Pero qué burra eres.

—¿Tú no te estabas con... con el poli?

—Tata...

Me alejé de Alex y fui hasta la otra punta de la terraza. Me pasé la mano por la cara tratando de encontrar una respuesta que a mi hermana le sirviese.

—Podría darte excusas del tipo de: me han emborrachado, me han drogado... pero no es así. Era consciente, muy consciente de todo, joder. Ha sido infinitamente mejor que la primera vez. Ha sido el mejor polvo de mi vida y quiero repetir, pero antes tengo que hablar con Ryan y sincerarme.

—Eres una loba, Mariola. Nueva York ha convertido a mi hermanita pequeña en toda una loba.

—Menos mal que no te he contado lo que...

Los labios de Alex comenzaron a recorrer mi nuca, mientras sus dedos se introducían por mi ropa interior.

—¿Qué no me has contado?

—Le Pain Quotidien. 100 Grand Street. Media hora.

Solté el teléfono encima de una de las macetas y me dejé llevar por las manos, los labios y el cuerpo de Alex. Ya me enfrentaría después a la realidad que nos esperaba fuera de aquella terraza.



## 7.

# CÓMO ENFRENTAR LA VERDAD

Bajamos en el ascensor sin soltarnos las manos, salimos del hotel sin soltarnos las manos... Ninguno de los dos quería que aquel momento acabase. Pero al poner los pies fuera del hotel, los dos supimos que la realidad volvía a escaparse entre nuestros dedos.

—¿Te veo mañana en el colegio?

—Supongo que sí.

Sin importarle quién nos viese o si había prensa por allí cerca, Alex me agarró de la nuca y de la cintura, ladeó mi cuerpo y me besó como si estuviésemos en una película de los años sesenta.

—Hagamos que lo nuestro funcione. Poco a poco, sin presiones, sin limitaciones, solamente tú y yo. Nadie más. Sin miedo.

—Me lo pones tan difícil, Alex. —Seguía tumbada en sus brazos—. Hubiese sido tan fácil olvidarte si fueras un completo capullo como quise imaginarte.

—Olvidarnos no es una opción.

No, no era una opción para ninguno de los dos.

Nos despedimos cuando un taxi paró a nuestro lado. Nos besamos y me fui corriendo hasta Le Pain, ya que llegaba tarde y mi móvil acababa de morir con el decimo noveno wasap de mi hermana. Al llegar me la encontré con una mimosa en la mano y otra me estaba esperando encima de la mesa.

Mi hermana me sometió al quinto grado antes de que se fuese con Mark al tour de contrastes de Nueva York. Yo aproveché para hacer algunas gestiones con la inmobiliaria y buscar piso, hasta que fui a cenar con Ryan.

Aparqué debajo de su casa y me intenté preparar mentalmente para enfrentarme a la decepción de sus ojos. Ryan no se merecía mentiras y le iba a contar lo que había pasado. Saqué la bolsa con el postre que llevaba y justo cuando iba a llamar al timbre, Astrid salió del portal.

—Mariola, mi hermano está esperándote. Lleva media tarde preparando la cena y ha conseguido echarnos a los dos de casa hasta mañana.

—Qué presión. —Estiré la cabeza mirando hacia arriba.

—Seguro que disfrutáis mucho de la noche, aunque en tu cabeza parece que hay algo más. ¿Mucho trabajo?

—Bueno, se podría decir que sí.

—Algún día me encantaría desayunar contigo o comer, para saber todo lo que haces, porque es lo que en un futuro querría hacer yo. Mi hermano piensa que soy una cabra loca y que no tengo metas en mi vida, pero no es así. —Dentro de su pinta de chica a la que no le importaba nada, se escondía alguien más.

—Me recuerdas mucho a mí. —Rebusqué en el bolso una tarjeta—. Llámame un día de estos y tomaremos un brunch en alguna azotea chula.

—No creo que me dejen entrar con estas pintas. —Se señaló.

—Te aseguro que te dejarán entrar. No todas vamos en super tacones y vestidos de marca todos los

días. No sabes el gustazo que es poder entrar con unos vaqueros rotos y una camiseta de *Missrock* de una calavera preciosa y la frase «mátame a besos», con una chupa de cuero encima. —Sonreí levantando la ceja.

—Te encanta ir contracorriente.

—Siempre. Es mucho más divertido hacer lo que los demás no quieren, no pueden o no se atreven. Esta vida no es tan larga como para estar cortada con el mismo patrón que todo el mundo. Hay que ser diferente sin ser copia de nadie. La vida es para los valientes.

—Cógeme el teléfono cuando te llame, por favor. Eres mucho más interesante que lo que ha salido en las revistas. Te pintaban bien, pero eres mucho mejor. —Se abrazó a mí—. Disfrutad de la noche.

Astrid se montó en un taxi y desapareció por la calle. Tomé aire y subí las escaleras hasta el piso de Ryan. Antes de llamar a la puerta solté todo el aire que tenía en los pulmones. Llamé con los nudillos y a los segundos Ryan salió secándose las manos.

—Hola, preciosa. —Se acercó para besarme y se paró unos segundos antes de hacerlo—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Sí. —Sonreí tratando de evitar comenzar la conversación tan pronto.

—Estás preciosa. —Me besó y cerré los ojos—. Vamos, la cena está casi lista.

El piso estaba preparado con velas y un olor increíble salía del horno. Ryan me acompañó hasta la cocina y me sirvió una copa de vino.

—Enseguida estará la cena. Espero que te guste.

—Ya me ha dicho tu hermana que llevas media tarde con ello. A mí con una pizza cuatro quesos me vale, Ryan. —Le acaricié la cara con tristeza. Sabía que iba a hacerle daño con lo que le iba a contar y me mataba.

—Esta noche tenemos otro menú. Vieiras a la plancha con salsa romescu con tallarines de judía verde y de segundo, corvina thai.

—Vale, creo que mi paladar acaba de entrar en un éxtasis que no conocía. Yo he traído algo de postre. —Metí la bolsa en la nevera—. Bueno, se lo he robado a Mike del restaurante. Coulant de chocolate negro relleno de grosellas. —Levanté los hombros y pegué un trago al vino.

Observé a Ryan mientras terminaba de preparar la cena. Aquella no era la primera vez que le preparaba algo así a una chica. No faltaba ningún detalle. El salón estaba iluminado con unas cuantas velas y en la mesa donde íbamos a cenar, había un pequeño jarrón con unas flores silvestres y de fondo sonaba algo de jazz.

Me llevé la mano a la cara y apuré el vino que quedaba en mi copa.

—Ryan, tenemos que hablar.

—Joder, eso sigue sonando igual de mal que hace cinco años. —Apartó la sartén del fuego y se dio la vuelta—. No, no suena nada bien y menos si tienes esa cara, preciosa.

Se sentó justo enfrente de mí en la gran mesa de madera que hacía de isla. Me agarró de las manos y en su cara se dibujó un gran gesto de preocupación.

—Ryan, ya sabes que no me callo las cosas y que no oculto nada. Sabes más de mi vida privada, de lo que saben personas que me conocen desde hace más tiempo.

—Sé que ha pasado algo y que tiene que ver contigo y conmigo. —Ladeó la cabeza y frunció los labios.

—La he cagado, Ryan. Ayer... ayer cuando te fuiste a comisaría me fui a cenar a Agave y Alex vino conmigo. No quiero hacerte daño.

—Mariola, tranquila. —Me agarró fuertemente de las manos—. No la has cagado.

—Sí, porque hemos pasado la noche en un hotel los dos.

Ryan no dijo nada. Se pasó la lengua por los labios, negó levemente con la cabeza y sonrió.

—Sabía a lo que me enfrentaba cuando nos acostamos, Mariola. Sabía que seguías enamorada de

él, por mucho que él la cagase. —Se levantó para ponerse a mi lado—. Mariola, no la has cagado, solo le has hecho caso a tu corazón.

—No quería hacerte daño ni quiero que pienses que he jugado contigo. Me gustas, Ryan. Me encanta como eres conmigo. —Resoplé tratando de poner en orden todas las palabras que se acumulaban en mi cabeza.

—Pero un me gusta no puede competir con un corazón enamorado.

—Lo siento mucho, Ryan. Perdóname. Hubiese sido tan fácil... —Agaché la cabeza y “Not while I’m around” de Jamie Cullum comenzó a sonar, haciendo que las lágrimas comenzasen a amontonarse en mis ojos.

**Nada te va a herir, no mientras yo esté aquí. Nadie te va a hacer daño, nadie va a atreverse... Otros pueden abandonarte, no te preocupes. Silba, yo estaré allí.**

—No, preciosa, no lo hagas. No me pidas perdón por hacer caso a tu corazón. Ojalá yo hubiese tenido ese valor en su día. Sé lo que es estar enamorado y no debes luchar en contra de ello. —Me agarró de las mejillas y vi una gran sonrisa en su cara—. ¿Qué me encantaría ser él? Por supuesto. Envidio que una mujer como tú sienta algo tan fuerte y no tenga miedo a reconocerlo. Eres valiente al contármelo. Hubiese sido mucho más fácil para ti no decirme nada, mantenerlo oculto y esperar a que no estuviese en la ciudad para volver con él. Pero has sido sincera y eso es lo que más aprecio.

—¿Por qué no me mandas a la mierda y me echas de tu casa? Sería mucho más fácil para mí, Ryan. —Una lágrima recorrió mi mejilla, pero Ryan la limpió justo cuando estaba sobre mis labios.

—Porque aunque no pueda estar contigo de la manera que quiero, no quiero perderte como amiga, aunque... —me agarró de las mejillas y se acercó a mis labios—. Aunque siga deseando besarte.

Se acercó más a mí y me besó. Pero no un beso de los que dan paso a un polvazo memorable. No. Era otra clase de beso. Uno de esos en los que no participan nada más que los labios. Un beso de despedida, de los que hablas con cariño porque siempre te recordarán un buen momento. Aunque con Ryan fuesen pocos, los recordaría todos con una gran sonrisa.

Al apartarse me besó en la nariz y sonrió.

—¿Cenamos?

—Por favor. —Le agarré de las mejillas y le volví a besar varias veces, sin querer realmente olvidar aquellos besos ni a él—. Sincerarme me da mucha hambre y todo esto huele muy bien. Ya que no me mandas a pastar, voy a terminar de poner la mesa.

Aquella cena fue mejor de lo que me había imaginado. En ningún momento pensé que Ryan iba a reaccionar de aquella manera. No se enfadó, no montó ningún numerito. Tan solo me apoyó y me dio varios consejos durante la cena para protegerme mientras él estuviese fuera de la ciudad. Le seguía preocupando Jonathan. Si volvía con Alex, él volvería a salir de su cueva.

—Mi compañero sigue investigándolo, pero no encuentran nada. Es muy listo, pero mi compañero seguirá trabajando en ello. —Dejó una tarjeta en la mesa—. Se llama Joe.

—Gracias, Ryan. Por preocuparte por mí, por ayudarme y comprenderme. No sabía cómo enfrentarme a la verdad, a mi verdad.

—En el fondo sabía que tarde o temprano volveríais a estar juntos. No se puede luchar en contra de dos corazones enamorados.

—Si nos hubiésemos conocido antes, Ryan. —Apoyé mi cabeza en su pecho y me abracé a su cintura—. Tal vez en otra vida.

—En otra vida os volveríais a encontrar los dos.

Estuvimos hablando hasta las tres de la mañana, momento en que decidí que ya era hora de irme a casa. Ryan me acompañó hasta el coche.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa y mañana nos vemos para presentarte a mi compañero. Quiero que os conozcáis antes de que me vaya.

—Sí, Ryan. Yo te aviso.

Me despedí de él con un beso. Ryan me devolvió una sonrisa de resignación porque lo nuestro había terminado casi antes de haber empezado.

Le mandé un mensaje cuando me metí en la cama y me quedé unos minutos pensando en Alex. Le envié un mensaje de voz dándole las buenas noches y diciéndole que al día siguiente hablaríamos. Dejé el teléfono en la mesilla pensando que estaría durmiendo y a los segundos el móvil se iluminó con la respuesta de Alex. Sonreí al leer la palabra princesa. Él seguía siendo el único, junto con Justin, que me lo llamaba y no me chirriaba.

## 8.

# COMO DOS GALLOS DE PELEA

No pude dormir demasiado aquella noche. No era por preocupación, era más bien por la ilusión. Cuando estaba ilusionada por un proyecto laboral o por algo más personal, mi sueño se veía afectado.

Me levanté antes de que el resto se despertase y me pegué una ducha, preparé café y dejé el desayuno en la pequeña isla de la cocina. Me vestí y cogí mi ordenador, un café largo y caliente recién hecho. Cuando me disponía a subir a la terraza para trabajar un poco, sonaron unos nudillos en la puerta. Dejé las cosas en la mesa del salón y me acerqué lentamente. Miré por la mirilla y al otro lado estaba Alex con Jason en brazos. Abrí la puerta muy sorprendida.

—Buenos días.

—Hola. Jason quería desayunar contigo, pero se acaba de quedar dormido en el coche. —Se excusó con su hijo.

—Jason. —Sonreí y negué con la cabeza—. Llévale a mi habitación y que siga durmiendo. Son las seis de la mañana.

Metimos a Jason en mi cama y le preparé un café a Alex ya que traía una caja con algo que olía de vicio.

Subimos en silencio a la azotea y dejamos las dos puertas abiertas para escuchar si sucedía algo abajo.

—Así que Jason quería venir a desayunar.

—Lo reconozco. —Alex estaba de pie a mi lado mientras colocaba las cosas encima de la mesa—. He usado a mi hijo. Yo quería verte y desayunar contigo.

—¿No te da vergüenza usar a un niño pequeño en tu beneficio? —Dejé mi portátil, el móvil y la agenda sobre la mesa.

—Ninguna. Quería verte y...

No dijo nada más, se giró y me agarró de las mejillas, besándome con una intensidad que no me esperaba. Su lengua se había hecho cargo de la situación y estaba guiando a la mía dentro de nuestras bocas. Sus manos se introdujeron dentro la espalda descubierta de mi vestido, jugueteo con las yemas de sus dedos, subiendo por la columna hasta el cuello.

Al separarnos, pegó su frente a la mía y se mordió los labios.

—Ahora ya podemos desayunar. —Se sentó, probó su café y comenzó a leer el periódico en su iPad.

Le miré durante unos segundos. Estaba tan tranquilo sentado en la silla, removiendo su café y ojeando las noticias y yo... Coño, yo estaba como una gata en celo a punto de restregar todo mi cuerpo sobre él. Negué con la cabeza unos segundos, puse una mano en su hombro y me senté a su lado. Abrí el portátil y comencé a revisar emails. Filtré varios a las carpetas de presupuestos pendientes, fiestas pendientes y revisé unos cuantos de remitentes que no reconocía.

Una hora después Mike y Justin subieron a desayunar con los niños.

—Nos hemos encontrado un niño en tu cama, Mariola. Había pensado que la crema había hecho

milagros, pero al ver el cambio de sexo... —Justin se había levantado de muy buen humor—. Y de paso nos hemos encontrado un padre muy sexy desayunando contigo.

—¿Soy un padre sexy? —Alex y su falsa modestia que me hacía sonreír.

—No me jodas, Alex. Lo eres y lo sabes.

—Esa boca. —Alex me miró sonriendo.

—Esto no ha cambiado. —Me la señalé-

—Y me encanta. —Me besó ante la atenta mirada de todos.

—Vale. Voy a subir el resto del desayuno.

Mike me miró extrañado durante todo el desayuno, mientras Jason y Andrea hablaban de una excursión que iban a hacer con el colegio al MoMA<sup>[12]</sup>.

—Mierda. —Bajé un poco la tapa del ordenador al ver una foto en una web sensacionalista.

—¿Qué pasa?

—Pues que ayer nos fotografiaron. —Le enseñé el ordenador a Alex.

—Me da igual, Mariola. No pienso esconderme por nada ni por nadie.

—¿Y si nos obligan?

—No te preocupes por nada, Mariola. Nadie nos va a obligar.

Alex llevó los niños al colegio y yo me quedé el resto del día esperando una llamada, un mensaje o una visita de Jonathan.

A media tarde Ryan me llamó para quedar con su compañero, pero yo aún no había terminado con la mitad de trabajo pendiente que tenía acumulado.

—Hola, Mariola.

—Lo siento, Ryan, pero no voy a poder quedar hoy, tengo que acabar un montón de trabajo y tengo que ir al cole a por Andrea. Tengo que llamar para que se quede en alguna extraescolar porque no llego. No me da tiempo.

—¿Quieres que vaya yo a buscarla?

—No hace falta, Ryan.

—Déjame ayudarte, Mariola.

—No te preocupes. Les llamo y se queda un poco en la sala de arte.

—Dime la dirección, la recojo y quedo después contigo. No hay ningún problema, de verdad.

Me quedé unos segundos mirando el cursor mientras parpadeaba en la pantalla de mi portátil pensando si era buena idea.

—Mariola...

—De acuerdo. Voy a llamarles ahora y les envío tus datos, porque si no no te dejarán salir con ella.

—La recojo y te esperamos en el parque tomando un helado.

—Muchas gracias, Ryan. No sé cómo lo haces, pero siempre apareces para salvarme el culo.

—Un culo que estoy encantado de salvar, Mariola.

—Hasta luego, Ryan. —Sonreí al dejar el teléfono y me zambullí de nuevo en los presupuestos.

*A las cinco de la tarde fui a buscar a Jason al colegio, deseando ver allí a Mariola, pero al aparcar vi que Ryan estaba apoyado en su camioneta azul mirando hacía el edificio.*

—¿Qué coño hace este imbécil aquí?

—¿Quién, señor?

—Ese de ahí es Ryan Acherson, es agente de Inteligencia y apareció de la nada cuando Jonathan empezó a mandar mensajes amenazadores.

—De acuerdo. —Mandó un mensaje a alguien del equipo—. Se ponen con él ahora mismo.

*Salimos los dos del coche y nos acercamos a él. Sabía que él ya se había percatado de que estábamos allí, era policía y no parecía de los ineptos.*

—Buenas tardes, Alex. —No se giró. Seguía con los brazos cruzados y las gafas de sol puestas.

—¿Qué haces aquí? —Le miré fijamente.

—Me ha pedido Mariola que venga a recoger a Andrea. Está hasta arriba y no le daba tiempo a venir. —No me miró y me sacaba de quicio aquello.

—Me podría haber pedido a mí que la recogiese.

—Teníamos una cita y por eso me lo ha pedido a mí. —Se giró para mirarme y se quitó las gafas—. Luego he quedado con ella.

—¿Una cita?

—Sí.

Ryan no movió ni un músculo de su cara y no sabía si lo estaba haciendo por molestarme o realmente tenía una cita con Mariola después.

—¿Cómo va la investigación? —Cambie de tema para no enzarzarnos en una pelea verbal delante del colegio.

—Dile a tu gorila si quiere mi número de placa para que le sea más fácil, porque la matrícula ya la tiene.

—Es del nuevo cuerpo de seguridad. Viendo que la policía no hace nada para detener a Jonathan, tengo que proteger todo lo que me importa.

—Claro, a un multimillonario no debe faltarle un buen gorila detrás. ¿Tienes mucho que proteger o mucho que esconder?

—Tengo que proteger a Mariola y a mi hijo.

—Para eso ya estoy yo.

—Para eso estabas tú.

—Sé que habéis vuelto o que lo vais a intentar o yo que sé. Pero como hagas daño a Mariola, daño de algún tipo... —negó con la cabeza—. Acabaré contigo.

—No te conozco de nada, has aparecido en su vida y... —conté hasta diez interiormente para no estallar—. Me da igual tu placa, tus galones o tú lo que sea. Me da igual que seas un antiguo SEAL, acabaré contigo como hayas aparecido en su vida para hacerla daño.

Estábamos uno frente al otro y no me asustaban ni sus técnicas de pelea ni su placa.

Menos mal que salieron los niños del colegio y Jason vino corriendo hacía mí. Andrea salía acompañada de una de las profesoras.

—¿Usted ha venido a por Andrea?

—Sí, soy Ryan Acherson. —Le enseñó la placa.

—Disculpe, agente. Mariola nos ha dicho que nos aseguremos muy bien antes de nada. Hemos aumentado la seguridad en el colegio siguiendo las instrucciones de Mariola y las del señor McArddle. —La profesora me saludó con un pequeño gesto de cabeza y una sonrisa—. Tengo que volver a una reunión. Mañana nos vemos, chicos. —Se marchó corriendo de nuevo al colegio.

—¿Por qué no ha venido la tía? —Andrea miraba extrañada a Ryan.

—Me ha pedido que te recoja y nos vayamos a Central Park a disfrutar de un buen helado. Luego vendrá ella.

—Cambio helado —Andrea se quedó mirando fijamente a Ryan— por batido de chocolate y menta con croissant de mantequilla.

—Claro. —Ryan estaba perdido con la niña y me hizo gracia—. Claro.

—¿Te vienes, Jason? —La niña miró a mi hijo y acto seguido a mí. Sabía que iba a utilizar la misma táctica de siempre y esperé para ver cómo lo hacía.

—No sé si papá querrá venir. —Me miraron los dos fijamente. Menuda mala influencia era Andrea para Jason—. ¿Podemos ir a tomar un batido con ellos?

Me miró haciendo la misma caída de ojos que le había visto hacer a Mariola aquella mañana en

*su azotea cuando se iba a comer el último bollito de arándanos y Justin casi se lo quitó.*

*—De acuerdo.*

*—Voy a mandarle un mensaje a Mariola para que no se preocupe y sepa que estamos todos juntos. —Ryan parecía querer prevenir a Mariola de que podríamos entrar en un conflicto si nos dejaba demasiado tiempo a solas.*

*Caminamos hasta Central Park. No perdimos de vista a los niños en ningún momento y los tres nos fijábamos en cada persona que se cruzaba en nuestro camino. Los tres estábamos alerta por si a Jonathan le daba por aparecer. Por la mañana vimos que nuestro beso ya había salido en la prensa y Jonathan no tardaría en aparecer.*

*Pedimos los batidos y los croissants en un puesto ambulante de la entrada del parque y nos sentamos en una de las mesas. Ninguno de los dos dijimos ni una sola palabra, no nos aguantábamos por lo que sabíamos que había pasado con Mariola.*

*—Sí, Scott, puedes dejarlo ya en diseño. Mañana lo recojo por la mañana que tengo que irme a por Andrea.*

*—Yo termino, no te preocupes.*

*—Gracias, Scott.*

*Recogí la agenda y varios documentos que quería dejarle a Sasha para que recogiese un mensajero antes de que ella se fuese. Sonó el teléfono y respondí mientras salía corriendo de mi despacho.*

*—Estoy saliendo de la oficina, Ryan. Dime que Andrea no se ha puesto en plan diva contigo. — Dejé los papeles con una nota en recepción y entré corriendo en el ascensor.*

*—¿Me echabas de menos, preciosa? —Jonathan respiraba profundamente al otro lado del teléfono.*

*—Nunca, Jonathan. —Apreté el botón del hall y recé por que el ascensor llegase lo antes posible a la salida.*

*—Sabías que hoy te iba a llamar, Mariola. ¿Crees que no iba a ver esa foto de vuestro beso?*

*—¿Qué cojones quieres? Estoy cansada de tus amenazas. No puedes hacer daño a la niña, no puedes.*

*—¿Sabes dónde está ahora mismo tu sobrina o el hijo de ese desgraciado?*

*—Con Ryan. —Empecé a temblar porque cuando Jonathan hacía aquel tipo de preguntas, siempre tenían una gran trampa. .*

*—¿Estás segura?*

*—Está con Ryan. —Quise simular tranquilidad, pero mi cuerpo temblaba contra la pared del ascensor.*

*—Asegúrate de que es así. Los niños salen corriendo y en un descuido... —me colgó sin decir nada más.*

*Se me cortó la respiración y solo pude recuperar el aliento cuando las puertas del ascensor se abrieron en el hall. Salí tambaleándome de aquel cubículo que se había hecho demasiado pequeño para mí y me apoyé en la pared contigua. Con las manos temblorosas busqué el móvil en mi bolso y llamé a Alex. Necesitaba saber que lo había dicho Jonathan no era verdad, que los niños estaban bien.*

*—¿Sí?*

*—¿Dónde estáis? —Mi voz estaba completamente entrecortada.*

*—Estamos en el parque.*

*—¿Los tienes a la vista?*

*—Sí. —No escuché nada durante unos segundos y su respiración se aceleró—. No les veo ahora mismo. ¿Qué pasa, Mariola?*

*—Mierda, joder. Es verdad. —Me quedé inmóvil agarrada a la pared.*

*—Mariola, ¿qué está pasando?*

—Jo... Jonathan. ¿Cómo... cómo es posible que con tanta seguridad que has contratado no les tengas a la vista? —Grité tan fuerte que los de seguridad se acercaron a mí.

—¿Está bien, señorita Santamaría?

—Sí —agité la cabeza unos segundos—. Perdón. Ya salgo del edificio.

—Estamos en la entrada de la 5ª con la 72.

—Por favor, contradíles.

Levanté la mano y se paró un taxi a mi lado. Le pedí que fuese lo más rápido posible a Central Park y que si llegaba en menos de diez minutos era capaz de triplicar la carrera.

—¿Dónde están los niños? Estaban aquí al lado hace dos minutos.

*Ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de lo que podía pasar. Estábamos demasiado pendientes el uno del otro.*

—Dwayne, te pago por nuestra seguridad y puedes explicarme... ¿cómo cojones un loco puede llevarse a dos niños a plena luz del día y no verlo?

—Señor, les voy a encontrar. Hace menos de dos minutos estaban jugando en esos árboles. No había nadie extraño cerca. Les tenía...

—No te atrevas a decir bien vigilados, porque es mentira, Dwayne. —Mis gritos alertaron a varias personas que estaban a nuestro lado.

—Voy a llamar a unos compañeros. Es imposible que hayan desaparecido delante de nosotros. Alguien ha tenido que ver algo. —Ryan se alejó de nosotros con su teléfono en la mano.

—Haz tu trabajo por una vez.

*Estaba tan enfadado con Dwayne y con Ryan, como conmigo mismo. Todo aquello era por mi culpa, por besar a Mariola y darle a Jonathan otra causa más para atacarnos. Por ser tan gilipollas de fijarme más en Ryan que en los niños. Por pensar en lo que hablaron Mariola y él o lo que hicieron el día anterior.*

Me bajé del coche en Terrace Drive y salí corriendo unos metros, paré en seco y me quité los zapatos. Busqué en la terraza que me había dicho Alex, pero no les vi allí. Mi corazón palpitaba a mil por hora, mis pulmones no eran capaces de llevar a cabo su función y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Cerré los ojos tratando de calmarme un poco y volvió a sonar mi teléfono.

—No podrás llamarme traidor. Siempre te aviso.

—¿Dónde están los niños? —Grité tan fuerte que me hice daño en la garganta—. Por favor, Jonathan.

—Me encanta escucharte rogarme. Vas a hacer lo mismo la noche que cerremos nuestro trato. —Escuché un gemido saliendo de su boca—. Rogarás que no pare de follarte.

—Eres un hijo de puta. ¿DÓNDE ESTÁN LOS NIÑOS?

Corrí al medio de la zona ajardinada de mi derecha, tratando de reconocer a los niños en cualquiera de los que veía. Me estaba volviendo loca pensando que no iba a volver a verles.

Cuando de repente, a lo lejos, vi la mochila de Andrea en medio del parque. Dejé caer el bolso, la agenda y todo lo que llevaba en las manos. Cuando llegué a la mochila, miré a mi alrededor, pero no había ningún rastro de los Jason o Andrea. Me arrodillé delante de la mochila, busqué dentro de ella y empecé a llorar. Me llevé las manos a la cara y comenzaron a pasarse mil ideas de lo que Jonathan podría hacerles.

—Nena.

Unas manos se apoyaron en mis hombros y unos brazos fuertes me abrazaron. Sabía que era Alex, era el único capaz de tranquilizarme en un momento así.

—¿Dónde están?

Me levantó del suelo y comencé a pegarle en el pecho.

—¿Cómo les has podido perder de vista, Alex? —Le pegué mucho más fuerte.

—Mariola, les vamos a encontrar, te lo prometo —trató de abrazarme, pero no le dejé.

—Solo tenías que vigilarles y no están. Mi niña no está. —Dejé de pegarle y le abracé fuertemente.

—Mariola, les encontraremos, así tenga que movilizar a toda la ciudad. Mírame, Mariola. —Me agarró de las mejillas—. Les encontraremos. Te lo prometo.

Cerré los ojos y me perdí en sus brazos. Él estaba tan preocupado como yo. Su hijo también estaba en manos de aquel psicópata.

Cuando las lágrimas me dejaron abrir los ojos, pude ver cómo Ryan nos miraba desde una posición cercana. Me solté de Alex y fui hasta donde él.

—¿Les has encontrado? —le agarré de los brazos.

—No hay rastro de ellos. Lo siento Mariola. Voy a irme a la comisaria ahora mismo para poner a más agentes buscándolos. Necesito que te tranquilices y te vayas a casa. —Trató de abrazarme y me deshice de él.

—¿CÓMO PRETENDES QUE ME VAYA A CASA EN ESTE MOMENTO? Cómo si tengo que patearme la ciudad entera para buscarles. —Empecé a llorar de nuevo—. No puede pasar esto. Por favor, Ryan... —Le abracé y Ryan me acarició la espalda, sabiendo que aquel gesto me tranquilizaba. Él también parecía conocerme bien.

—Nena, necesito que te vayas a casa, que esperes la llamada de Jonathan. Alex, necesito que estés con ella. Que estéis juntos y trates de que se tranquilice.

—No te preocupes, Ryan. Yo estaré con ella.

—Clonaré tu móvil más tarde y así intentaremos localizarle. —Ryan me besó en la frente—. Les vamos a encontrar. Prometí protegerte y cuidarte.

Ryan se marchó corriendo y me quedé unos segundos observando el parque, imaginándome que los niños venían corriendo de cualquier lugar diciendo que se habían despistado, pero no fue así.

Recogí la mochila de Andrea y Alex me llevó hasta su coche abrazándome en todo momento. Me abrió la puerta del coche, me senté y él mismo me ató el cinturón de seguridad. Tenía la mirada perdida en el horizonte. No quería hablar... no podía ni pensar. Ni siquiera estaba segura de si estaba respirando.

Oí que Alex me decía algo, pero ni le escuché ni contesté. Cuando aterricé de nuevo en la tierra, Alex me estaba soltando el cinturón de seguridad.

—Mariola, hemos llegado a casa. —Me agarró de la cara de nuevo y me obligó a mirarle a los ojos—. Lo solucionaremos. Solucionaremos todo.

No sabía si esa promesa sólo se refería a lo que estaba pasando en aquel momento o a toda nuestra relación. Tenía un millón de cosas pasándome por la cabeza y no me di ni cuenta de cómo llegué hasta el salón de Alex.

—Toma, princesa. —Me ofreció una copa de whisky—. Te vendrá bien ahora mismo, aunque sé que no te gusta demasiado el whisky.

—Gracias. —Me lo bebí de trago.

—Puede que no te disguste tanto como crees.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le miré con los ojos llorosos.

—Uno de los dos tiene que mantener la calma. Tú te has derrumbado y yo debo mantenerme frío. Tengo a un montón de personas buscando a los niños y a... Jonathan. —Se sentó a mi lado y respiró profundamente, apoyando su cabeza en el respaldo del sofá.

—Lo siento, Alex. Todo esto es por mi culpa. Si no me hubiera metido en tu vida, ahora Jason estaría aquí contigo a salvo. —Cerré los ojos—. Ojalá no me hubieras conocido. Tu vida sería mucho más fácil ahora. —Agaché la cabeza y negué—. Nunca le habría pasado nada a Sonia ni a Andrea ni a Jason ni a ti. Todo sería mejor si no hubiera aparecido en vuestras vidas.

—Mariola, te lo diré una y mil veces. —Me agarró de la barbilla—. Eres lo mejor que me podía pasar en la vida. Gracias a ti, he empezado a vivir de verdad. Si no te hubiera conocido, no hubiera vuelto a creer en el amor. Gracias a ti sé que puedo querer, sé que puedo volver a amar. —Me acarició las mejillas con los pulgares—. Eres increíble, así que no te atrevas a decir eso ni a pensarlo. —Se acercó lentamente a mi boca. Cerré los ojos y justo cuando estaba a escasos milímetros de mi boca, salió de su boca casi en un susurro—. Te quiero, Mariola.

Me aparté de él unos centímetros y le miré extrañada. ¿Me acababa de decir aquellas dos palabras a las que tanto miedo tenía?

## 9.

# COMO UN PISO FRANCO

*Sí, se lo había dicho. Lo había reconocido en alto y... y me sentía bien. No tenía miedo ya a decírselo, porque como ella siempre me había dicho, la vida era demasiado corta como para arrepentirnos de lo que no hacemos y de lo que sí.*

*—Yo, Alex... —Mariola negaba con la cabeza, incrédula por lo que acababa de escuchar. .*

*—Te quiero, Mariola. No necesito que tú digas lo mismo. Sé que me he comportado como un idiota, pero...*

*—Alex, no creo que sea el mejor momento para hablar de esto.*

*Sonó el timbre y salí corriendo con la esperanza de que fueran los niños, pero Ryan estaba en la puerta solo.*

*—¿Ya has hecho tu trabajo y has encontrado a los niños? —No quería que entrase en mi casa sin haber encontrado a los niños y haber detenido a Jonathan.*

*—No tenemos ninguna novedad, por ahora.*

*—¿Cómo puede ser que después de estas horas no haya ningún tipo de novedad? ¿Tan incompetentes sois la policía de Nueva York? —Estaba empezando a perder los nervios.*

*—Creo que es mejor que te tranquilices. ¿Me dejas pasar? Tengo que hacerle unas preguntas a Mariola. —Señaló el interior de la casa.*

*—Hola, Ryan. —Mariola se acercó a nosotros—. ¿Alguna novedad? —No había escuchado nuestra conversación.*

*—No, preciosa. —Vi cómo su mano se acercó a la mejilla de Mariola y acto seguido, la besó—. Tengo que hacerte unas cuantas preguntas sobre Jonathan. ¿Sabes si tiene algún otro piso en la ciudad?*

*—Su loft al que ya habréis ido, otro piso en Lower East Side, un local en Manhattan y... —negó con la cabeza—. Lo siento pero no recuerdo nada más ahora mismo. —Se sentó en el sofá abatida.*

*—Ryan o encuentras a los niños ya o pondré mis propios medios para encontrar a Jonathan y matarle. —Me acerqué a ellos. Había perdido ya toda mi paciencia con aquel imbécil.*

*—Mira, Alex. —Ryan se acercó a mí sin vacilar—. Como ya te he dicho, me dan igual tus millones. No te interpongas en una investigación policial o te detendré.*

*—¿Tú me vas a detener? —Me enfrenté a él—. Ni tú ni veinte como tú.*

*—Eso podría ser tomado como una amenaza. ¿Sabe que amenazar a un policía es delito? —Se acercó más a mí rozándome con sus brazos cruzados.*

*—YA ESTÁ BIEN. —Mariola se levantó gritando del sofá—. ¿Queréis dejar de mediros el rabo? Joder, sois gilipollas los dos. Los niños han desaparecido y nadie sabe dónde están. —Se situó entre los dos y nos apartó con sus manos en nuestros pechos—. No sois más que dos orangutanes dándoos golpes en el pecho y sacando vuestro rabo para ver quién mea más lejos y cuál de los dos la tiene más grande. —Respiró con cierta dificultad y agachó la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, sus ojos brillaban—. No os disteis cuenta que los niños no estaban a vuestro lado. Seguramente porque*

*estabais más pendientes de vosotros que de ellos, como dos auténticos imbéciles. —Me empujó con su mano aún en mi pecho—. Tú seguramente pensando en lo que hablé con Ryan ayer por la noche. Y tú —empujó a Ryan—, tú te estarías imaginando lo que no te conté de la noche que pasé con él.*

*Pegó un grito y se separó de nosotros maldiciendo en castellano y llamándonos de todo menos bonitos. No podía entender la mitad de sus palabras, pero sabía que estaba tan destrozada que sería capaz de hacer cualquier tontería por recuperar a los niños.*

*—¿En qué coño estáis pensando? Dejad de pelear, por favor. —Levantó los brazos en el aire—. Los niños están en manos de un hijo de puta y a vosotros... —dejó caer sus brazos a modo de desistimiento—. Joder.*

*Ryan y yo nos miramos unos segundos. Él seguía impasible observándome y mirando por encima de mi hombro a Mariola. Negué con la cabeza y fui a la cocina donde estaba Mariola. No merecía la pena seguir discutiendo con él.*

*—Lo siento, Mariola. —Me acerqué lentamente a ella, esperando que no me rechazase—. Lo siento, pero es que me saca de mis casillas.*

*—Me da igual, Alex. Me da igual lo que Ryan te haga sentir. —Se apoyó en la nevera y respiró profundamente—. Hasta que no ha llegado Ryan no has perdido los nervios.*

*—Me estoy muriendo por dentro, Mariola, pero pensaba que si yo estaba tranquilo, tú estarías mejor. —Le acaricié la cara y no se apartó.*

*—Necesito tomar el aire. Voy a bajar a la calle un momento.*

*—Sal a la terraza.*

*—Prefiero pasear por la calle. Voy a ir a esa tienda de aquí al lado.*

*—Mariola.*

*—Necesito alejarme de tanta testosterona, por favor. —Me acarició la cara.*

*Recogí el móvil y salí por la puerta. Me extrañó no ver a Dwayne en la puerta protegiendo aquello. Al salir del edificio caminé unos metros y me senté en un banco que estaba vacío. No había demasiados transeúntes y casi no pasaban coches por la carretera. Me quité los zapatos, me desabroché un poco la cremallera del vestido y respiré.*

*Media hora después de estar allí sentada comenzó a sonar mi móvil. Supuse que era Alex preguntándome a ver dónde coño me había metido, bueno, no. Sus palabras sería mucho más finas y educadas.*

*—¿Sí?*

*—Hola, pequeña.*

*—Jonathan, por favor, dime dónde están los niños.*

*—¿Recuerdas nuestro piso de Upper West Side?*

*—Sí, el piso en el que te follaste a tantas y tantas.*

*—Cómo echaba de menos esa lengua, pequeña. —Su respiración era demasiado fuerte—. Justo en el edificio de enfrente, en el loft que tanto te gustaba... 1021 Amsterdam Avenue. Pero tendrás que venir sola. Deshazte de tu último amante, de tu recién recuperado amante y ven sola.*

*—No tienes ni idea de la gente que está buscando a los niños. —Quería que supiese que no estaba sola en aquello.*

*—Me da igual, bomboncito. Ven sola. Tienes veinte minutos. —Colgó sin poder replicarle.*

*—Mierda.*

*Me quedé pensando unos segundos. No tenía muchas opciones para actuar, no tenía demasiado tiempo para reaccionar o encontrar un plan de escape. Justo vi cómo Dwayne aparcaba enfrente del portal y le ataqué. Antes de que saliese del *Suburban*, me monté en el asiento de atrás.*

*—Señorita. ¿Qué demonios hace aquí?*

—Mira, no tengo tiempo ni de explicaciones ni de mentirte. Necesito que me lleves a Amsterdam Avenue.

—No puedo hacer eso sin el permiso del señor...

—No tengo tiempo, Dwayne. ¿Quieres ayudar? Llévame allí y recuperaremos a los niños.

Dwayne me miró furioso. Se debatía entre ayudarme a mí y engañar a Alex o salir del coche y mirar cómo se lo robaba delante de sus narices y enfrentarse a Alex por haberme dejado marchar sola.

Emitió un rugido entre dientes, golpeó el volante y salió derrapando del aparcamiento. Me puse el cinturón y recé por llegar lo antes posible. No dejé de mirar el móvil ni un segundo. Recibí un par de mensajes de Alex preocupado. Decidí que era mejor no contestarle y así no darle margen para actuar.

Quince minutos después estábamos aparcados en un lateral desde el que Jonathan no podía tener visión. Dwayne trató de persuadirme varias veces, pero no le dejé. Si le veía a él era capaz de hacerle daño a los niños y eso no me lo iba a perdonar en la vida.

Me monté en el ascensor y apreté el último botón. Con cada pitido avisando me de que un nuevo piso pasaba, los latidos de mi corazón comenzaron a ser más fuertes. Notaba las pulsaciones por todo mi cuerpo y si dejaba de respirar, sería capaz de escuchar el bombeo de mi propio corazón. El último pitido dio paso a las puertas abriéndose. Jonathan estaba delante de mí y me observaba con una gran sonrisa en la cara.

—Buenas noches. —Se acercó a mí dando pasos decididos.

—¿Dónde están los niños?

No dijo nada y puso su mano en mi espalda para que pasase dentro. De reojo vi que Jonathan aún tenía marcas en la cara de la pelea con Ryan.

—Vamos, no tengas miedo. —Me empujó para meterme al salón.

Aquello no era como me lo había imaginado. Estaba decorado, todo pintado con colores muy cálidos y de fondo escuché la televisión. Era una película de dibujos animados. A los segundos se unieron las risas de los niños. Me asomé por la esquina y les vi sentados en el sofá con unas hamburguesas y unos refrescos. Estaban bien, los niños estaban perfectamente. Me agaché delante de ellos y les abracé.

—¿Qué pasa, tía? —Andrea me acariciaba la cabeza.

—No sabía dónde estabais. —Levanté la cabeza y resoplé.

—Él nos dijo que le habías pedido que nos recogiera, que teníais que ir todos a una reunión. — Jason señaló a Jonathan.

—Lo sé, pero os he echado de menos. —Les miré para comprobar que estaban bien.

—Tranquila, tía. Estamos bien. ¿Nos vamos ya a casa? —Me miraron los dos con cara de cansancio.

—Claro que sí. —Me levanté sonriendo y me acerqué a Jonathan. —He venido sola, cómo me has pedido. Ahora solo te pido que nos dejes marcharnos a casa.

—Ellos se pueden ir, pero tú no. —Me acarició el brazo y me aparté—. Tú no vas a salir de aquí tan fácilmente.

—Jonathan, por favor. Déjame que me lleve a los niños a casa. —Le miré desesperada—. Jason necesita tomarse una medicación y Andrea necesita descansar.

—Ellos sí, tú no. —Me agarró del brazo y me pegó a él. Notaba su aliento en mi cuello—. Tú y yo vamos a disfrutar de ésta noche.

—Por favor, Jonathan. —Puse mis manos temblorosas sobre su pecho, tratando de que no notase mi desesperación y le susurré al oído para no asustar a los niños—. Déjame bajar a pedir un taxi para que les lleve a casa, solamente te pido eso. Yo me quedé, pero ellos se van.

—No hagas ninguna tontería. Sabes que sé lo que haces en cada momento. Sé que no vas a poner en peligro a los niños. —Me agarró de la barbilla y me pegó a su boca—. Ellos me dan igual, solo te quiero

a ti. —Su aliento olía a alcohol.

—Pido un taxi y vuelvo contigo. Podremos hablar de todo lo que está pasando.

—No vamos a hablar. Eso te lo aseguro.

—Niños, coged vuestras cosas que nos vamos a casa. —Tuve que contener las lágrimas y sonreí.

—Sí, que estamos cansados.

Nos metimos en el ascensor y las piernas me temblaban cada vez más. Jason y Andrea iban hablando de la tarde que habían pasado, contándome cómo Jonathan se les había acercado en el parque y cómo se fueron con él. No entendía aún cómo Alex y Ryan se lo habían puesto tan fácil a Jonathan.

Al salir a la calle, caminamos hasta donde estaba Dwayne. Al vernos salió del coche negando con la cabeza.

—Mariola.

—Llévate a los niños, por favor.

—No voy a dejarte aquí sola. Tengo que llamar al señor McArddle y...

—No, Dwayne —No me lo pensé. Cogí su móvil y lo tiré al suelo—, por favor. Es la única manera de tratar de acabar con todo esto.

—No puedo. Las órdenes del señor McArddle han sido muy claras. Llevar a los tres a su casa. —Se cruzó de brazos.

—¿Órdenes? ¿Has hablado con él?

—Hace unos segundos. Cuando os he visto saliendo por la puerta.

—Dwayne, me importa una mierda las órdenes de tu jefe. Mis órdenes son las siguientes: llévate a los niños y no hagas más preguntas. —Le miré directamente a los ojos y puse mi mano sobre sus manos entrelazadas—. Por favor.

—Me va a matar.

—Eres más grande que él. —Le mostré una sonrisa segura, completamente enmascarada.

—Me matará. —Negó con la cabeza—. Tendrás que llamar a mi familia para decírselo. —Abrió las puertas del coche—. Vamos, chicos.

—Id con él a casa. Yo tengo que hablar con Jonathan unas cuántas cosas antes de ir con vosotros. —Me agaché y vinieron los dos a abrazarme.

—Ten cuidado, tía. —Andrea me lo susurró al oído antes de darme un beso.

—Siempre, cariño. Os quiero.

Me quedé mirando cómo se alejaban en el coche y me despedí con la mano de los niños. Sabía a la perfección que Alex iba a poner el grito en el cielo y que Ryan iba a mandar a los SWAT, al ejército e incluso a la seguridad del Presidente.

Mientras esperaba a que el ascensor llegase a la última planta, se me pasaron por la mente todos los momentos que pasé con Jonathan. Nunca fue un novio diez, fuimos mejores amigos que pareja, pero aquello no parecía que fuera a pasar de nuevo. No podíamos ser pareja ni amigos ni dos personas en un mismo lugar sin intentar matarnos. Él quería algo de mí y yo a él le odiaba por haber intentado hacer daño a los niños, por haber chantajeado durante tantos años a Sonia y por tratar de joderle la vida a Alex.

Cuando sonó el timbre avisando de que el ascensor había llegado al loft, observé cómo lentamente se abrían las puertas. Di dos pasos y no vi a Jonathan, así que caminé por allí. Estaba amueblado, pero no había ninguna foto ni flores ni cuadros. Era como un piso franco. No parecía que viviera allí.

Justo cuando iba a entrar en una de las habitaciones del fondo, Jonathan me agarró del cuello y me pegó contra la pared. Su aliento era una mezcla de tabaco y alcohol. Nunca me había dado cuenta desde que nos separamos que no aguantaba su presencia en la misma habitación.

—Estás tan buena como siempre. —Me acarició la cara con su mano—. Has mejorado mucho con los años y era algo muy complicado.

—Jonathan. —Aparté la cara—. Necesito que me digas por qué estás haciendo todo esto. —Estar

cerca de él me producía escalofríos.

—Todo esto lo hago por ti. Fue un error dejarte escapar. —Estaba tratando de engañarme. Era uno de sus trucos para tratar de hacerme flaquear—. No sé qué se me pasó por la cabeza cuando te engañé, pero ha sido el error más grande de mi vida.

—No te creo, Jonathan. Si quieres a alguien no le haces pasar por todo esto.

—Quiero volver a sentir tu piel bajo la mía. Quiero saborear de nuevo tus labios. Me muero por que tu cuerpo se excite bajo el mío. —Se pegó a mí moviendo la cadera y traté de separarme de él sin éxito.

—Hablemos, por favor. —Saqué toda la fuerza que tenía y le aparté de un empujón.

—No te lo crees ni tú, Mariola. —Me agarró del cuello de nuevo, cortándome la respiración y me pegó a la pared con fuerza, golpeándome la cabeza contra ella fuertemente—. Voy a hacerte disfrutar como nadie ha hecho en tu maldita vida. Voy a saborear cada parte de tu cuerpo —pasó sus labios por los míos y susurró—, te guste o no.

Su mano se deslizó desde mi cuello, pasando por el escote del vestido y lo arrancó sin mucha dificultad. Su mano apretó con muchísima fuerza mi garganta y no me dejaba respirar. La habitación empezó a darme vueltas y los ojos me pesaban cada vez más.

*Recibí un mensaje de Dwayne. No decía nada más que en cinco minutos estarían los tres en casa, pero no me salían las cuentas.*

*Cuando Dwayne abrió la puerta del piso y entraron los niños corriendo, casi se me paralizó el corazón. Los dos se acercaron a mí y me agaché para abrazarles.*

*—La tía se ha quedado con él. No ha venido con nosotros, Alex. —Andrea estaba muy agitada y muy nerviosa.*

*—¿Dónde?*

*—No ha querido venir con nosotros.*

*Miré a Dwayne negando con la cabeza y acompañé a los niños a la habitación de Jason. Tenían que descansar un poco los dos.*

*Cerré la puerta y salí enfurecido hasta el salón. Empujé a Dwayne contra la pared.*

*—¿DÓNDE COÑO ESTÁ MARIOLA? —Puse mi brazo sobre su cuello y apreté.*

*—Lo siento, señor McArddle. Ella no me ha dejado ninguna opción. —Negó con la cabeza mientras tragaba con dificultad.*

*—¿Dónde está? ¿Dónde está Mariola?—Apreté más.*

*—Está con Jonathan. Nos ha dicho que tenía que hablar con él.*

*—Menuda mierda de seguridad. —Ryan se acercó a nosotros.*

*—Joder, Dwayne. —Apreté el puño mientras seguía apretando—. Le has dejado allí sola con un psicópata, no sabes lo que le puede hacer. Dame la dirección y no muevas tu culo de esta casa. Aunque se caiga el mundo, protege a los niños con tu puñetera vida. —Pegué un puñetazo en la pared, que me destrozó los nudillos, pero en aquel momento no me dolía nada.*

*—1021 Amsterdam Avenue.*

*Ryan salió corriendo mientras llamaba por teléfono. Yo no pude ir detrás de él tan rápido, primero fui donde los niños. No se merecían que desapareciese sin decirles nada. Al entrar en su habitación estaban los dos metidos en la cama.*

*—Chicos, voy a buscar a Mariola. Se queda Dwayne fuera. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedírselo.*

*—Vale, papi. —Jason me dio un beso.*

*—Haz que la tía vuelva. No me gusta ese hombre, pero esta tarde tuve miedo de que nos hiciese daño y accedí a irnos con él. No quería que hiciese daño a nadie más. —Andrea comenzó a llorar.*

—No te preocupes, Andrea. Te prometo que cuando mañana te despiertes, tu tía estará aquí con nosotros.

*Les besé a los dos, les arrojé y salí corriendo de casa. Necesitaba llegar lo antes posible, aunque supuse que Ryan ya estaba movilizándolo a la policía.*

—Vas a disfrutar como nunca lo has hecho. Como ese millonario de mierda no ha podido hacer. Nunca podrá ser tan bueno en la cama como yo. Recuerda cómo te hacía disfrutar. —Bajó su mano por mi estómago hasta mi pierna derecha. Las cerré de golpe.

—Jonathan, por favor. —A cada centímetro que Jonathan se acercaba a mí, yo me alejaba más de aquel piso.

—Mírame a la cara. —Cerré los ojos—. Ábrelos, Mariola. —Me agarró fuertemente de la barbilla haciéndome daño—. Quiero que recuerdes toda la vida mi imagen devorándote. Que nunca más ningún hombre pueda estar en tu cabeza. **ÁBRELOS**. —Los abrí, dejándole ver mis lágrimas—. Así me gusta, que esos ojos marrones tan llenos de vida, se apaguen esta noche aquí y conmigo. Pero antes vamos a tomarnos una copa.

Tiró de mi brazo y me llevó hasta lo que se suponía que era el salón. Puso dos copas y me ofreció una de ellas, la puso delante de mí y la tiré al suelo de un golpe. Volvió el Jonathan amenazante y peligroso. Me agarró con dureza de la mandíbula, echando mi cuello para atrás y cortándome momentáneamente la respiración. Sus ojos me dijeron exactamente cuáles eran sus intenciones.

Lanzó su vaso contra la pared y observé cómo se rompía en mil pedazos, como mi cuerpo en aquel preciso instante. Fue hasta la barra donde tenía la botella de alcohol, le dio un trago y de nuevo se acercó a mí con su mirada amenazante. Yo estaba aterrorizada en el sofá, con las piernas subidas en él. Necesitaba salir de allí o iba a acabar conmigo de una forma física y emocional. Cuando le tuve delante, saqué todas mis fuerzas y le pegué una patada en el estómago cuando se agachó sobre mí, clavándole el tacón con la mayor fuerza que pude. Cayó a plomo sobre mí y rodó cayendo al suelo. Pasé por encima de él y salí corriendo hasta el ascensor. Parecía estar a cien metros bajo el suelo. Por más que apretaba el botón, no llegaba.

No fueron más de quince o veinte segundos los que habían pasado, pero estaba tan pendiente del ascensor, tan nerviosa por salir de aquel loft, que no me di cuenta de lo que pasaba detrás de mí.

De repente, Jonathan me agarró de uno de los tobillos tirando tan fuertemente de mí, que me desestabilizó y acabé golpeándome la cabeza contra el suelo, quedando tendida un poco adormecida.

—Nena, no deberías haber hecho eso. Esto podría haber sido bonito y tierno... —salió un gruñido de su garganta—, pero ahora va a ser duro, muy duro para ti.

Dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre mí y no podía moverme.

—No... yo... —casi no podía moverme por el golpe de la cabeza. Solamente podía mover los brazos que acabó por aprisionar por encima de mi cabeza.

—No, muñeca. No tendrías que haber hecho nunca eso. No deberías haber estado con ese gilipollas nunca en tu vida. —Rozaba su cadera contra mi cuerpo—. No tendrías que haberte metido en su camino.

—Por favor...

Mi cabeza empezó a dar vueltas y cerré los ojos. No quería que la cara de Jonathan se grabase en mi mente. Su aliento, sus manos y su cuerpo recorría el mío. Los gruñidos de Jonathan llenaban aquel loft en el que desee no estar, en el que desee que todo acabase lo antes posible.

Estaba tan aturdida que me pareció oír el ascensor llegando a aquel piso. No sabía si era verdad o tan solo fruto de mi desesperación. Giré como pude la cabeza y por el hueco que quedaba entre mis codos y el suelo, observé unos pies que se acercaban corriendo a nosotros. Cerré los ojos y al abrirlos no vi a nadie. No era más que una mala pasada de mi cerebro. Traté de moverme, pero el peso de Jonathan no me lo permitía. No podía gritar, no podía moverme... solo podía rezar y esperar que algún

dios se apiadase de mí.

Noté cómo el peso de Jonathan desaparecía sobre mí. Escuché unos gritos, pero estaba muy lejos de allí. Me di la vuelta como pude en el suelo y traté de levantarme, pero no tenía fuerzas. Oí unos voces de fondo y lo que pensé que eran puñetazos. Me arrastré hasta el ascensor que aún mantenía las puertas abiertas.

Me arrodillé para poder llegar hasta mi salida. Tenía que hacer un último esfuerzo. Me metí dentro y estiré el brazo pulsando el botón del cero. Me acurruqué en una esquina del ascensor y recé por que las puertas se cerrasen. Pero antes de que aquello, alguien entró en el ascensor.

—No, por favor. —Me tapé la cabeza con las manos y empecé a llorar desconsoladamente, repitiendo no, una y otra vez.

—Mariola, estás a salvo.

Aquella voz no era de Jonathan, definitivamente, no era él. Levanté la cabeza temerosa de que mi cabeza me estuviese pasando una mala pasada y vi a Ryan lleno de sangre en la cara, con los nudillos desgarrados... Sujetó mi cara con firmeza, observó mis brazos, las marcas de forcejeo que Jonathan había dejado en ellos, se dio cuenta de la sangre que corría por mi nuca.

—Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no salgas del ascensor hasta que llegues al hall. —Su voz sonaba entrecortada.

—¿Tú que vas a hacer?

—Me voy a ocupar de todo, preciosa. No te va a volver a hacer daño. —Escuché una voz por el pinganillo que salía de su oreja—. Sí, baja en el ascensor. Recogedla y que le hagan una revisión completa. Sí. Después que suba el equipo. De acuerdo. —Se quitó el pinganillo—. Prométeme que no pararás hasta estar a salvo abajo.

—Ven conmigo. Que suban los demás. —Le agarré de las manos—. Por favor, Ryan, ven conmigo. —Me dio un beso en los labios.

—No te preocupes por mí, Mariola. Nos vemos abajo.

Escuchamos cómo Jonathan maldecía desde el salón.

—Veté ya. —Pulsó desde fuera el botón del hall—. Nos vemos abajo.

Sacó el arma de la funda de la pernera que llevaba y se acercó hasta el salón. Se cerraron las puertas antes de que pudiese ver lo que estaba pasando.

El ascensor fue anunciando cada piso y me quedé acurrucada en una esquina sin moverme. Noté cómo se abrían las puertas y un silencio se hizo a mi alrededor. Comencé a temblar pensando que había vuelto al último piso. Clavé los talones en el suelo y apreté mi cuerpo contra aquella esquina.

—MARIOLA.

Oí un grito que rompió aquel silencio tan atronador. Levanté la cabeza y apareció Alex entre un montón de policías mirándome desesperado, apartándolos a manotazos y saltándose el cordón policial.

—Alex. —Tomé varias veces aire sin llenar mis pulmones y comencé a llorar totalmente abatida.

—Mariola, ¿qué ha pasado arriba? —Se agachó delante de mí aterrado.

—Sácame de aquí, por favor. Sácame de aquí. —Fue lo único que salió de mi garganta.

Sin dudarle un momento, Alex me cogió por la cintura y las piernas, y me sacó de allí desoyendo las órdenes de los policías. Me aferré a su cuello con las pocas fuerzas que me quedaban. No quería soltarme por nada del mundo.

—Necesitas un médico urgentemente.

—Disculpe, señor. —Un agente de policía nos cortó el paso—. No pueden marcharse. El inspector Acherson nos ha dado órdenes de que ella no salga de aquí si no es con él.

—Me da igual las órdenes de su inspector. Me voy a llevar a mi chica a un hospital. —Lo dijo mientras me abrazaba más fuerte, como si aquel policía fuera a arrebatarme de sus brazos.

—Señor, hay una ambulancia fuera con un equipo médico. Allí le pueden reconocer. —El agente

señaló en dirección a la ambulancia.

—Alex, no quiero irme de aquí sin ver a Jonathan esposado y en un coche de policía... por favor.

—Le miré fijamente a los ojos—. Por favor.

—Mariola... —respiró profundamente y abrió mucho los ojos—. De acuerdo. —Me llevó hasta la ambulancia—. Mariola, ya estás a salvo.

Alex estaba observando cómo me curaban y no se quiso apartar ni un segundo de mi lado.

—Voy a hablar con los policías, princesa. Estoy aquí al lado, no te voy a dejar sola. —Me besó en la frente.

—Ok. —Suspiré varias veces y por fin pude respirar. Mis pulmones pudieron hacer su trabajo.

Se me acercaron varios policías para hacerme un montón de preguntas a las que ni quería ni podía responder.

—¿Podéis dejarla tranquila? Vais a provocarle un ataque de ansiedad y empezará a mandaros a la mierda y con razón. —Delante de mí había un chico rubio mirándome fijamente—. Que os vayáis ya, joder.

—Gracias. —Le miré extrañada ya que él me miraba como si me conociese.

—Soy Joe Lachland, el compañero de Ryan. ¿Cómo estás?

—Genial. Tengo un ex novio psicópata, una conmoción del golpe, unas marcas que mañana se convertirán en moratones. —Levanté mi pulgar y sonreí falsamente—. Estoy de cojones.

—Ya veo lo que me decía Ryan. —Me entregó un café que llevaba en la mano—. Seguro que te sienta bien.

—¿Dónde está Ryan?

—Han subido los refuerzos. Ryan es... es un SEAL, puede con esto y con mucho más. —Puso su mano sobre mi hombro, ya que debió ver mi cara de preocupación—. No te preocupes por él. Ha salido de cosas mucho peores. Estos seis meses que se va fuera va a estar seguro.

—Supongo—. Le pegué un trago al café y Joe me puso una manta por encima.

—Necesito hacerte varias preguntas, ya que el otro día no nos pudimos conocer, quiero saber en qué cojones pensabas viniendo aquí sola.

Le expliqué mis motivos al ir al piso de Jonathan sola. Me miraba con cara de «eres idiota».

—Sé lo que estás pensando, Joe, pero si no venía sola podía hacer daño a los niños. Pensé que si le hacía caso... —me pasé la mano por la cara—. Mira, los niños están a salvo en casa y estamos bien.

—Joder, eres más cabezota de lo que me dijo Ryan. He conocido a personas que han puesto su vida en peligro por...

—Mira, como se te ocurra decir que he puesto mi vida en peligro por una tontería... Me levanto y te doy.

Joe levantó las dos manos en señal de paz y empezó a reírse.

—Ok. No quiero molestarte ahora, necesitas descansar. —Me entregó una de sus tarjetas—. Llámame un día de estos y me respondes unas preguntas. Te pongo al día con la investigación —señaló el último piso—, pero esto ya ha terminado. Puedes estar tranquila.

Joe se alejó de mí con una gran sonrisa. Me quedé sola unos minutos y observé todo a mi alrededor. Las luces rojas y azules comenzaron a ralentizarse sobre la pared en que se reflejaban. Las voces sonaban cada vez más lejanas.

Fijé mi mirada en Alex que estaba hablando con unos policías entre los que se encontraba Joe. Sus puños estaban apretados a ambos lados de su cuerpo y negaba con la cabeza constantemente. Levantó los brazos, los dejó caer, señaló el edificio y me señaló a mí. Volvió a negar con la cabeza y se pasó la mano por la nuca. Parecía que, fuese lo que fuese de lo que estaban hablando, había desistido.

Caminó hasta la ambulancia preocupado.

—¿Cómo estás? —Se agachó Alex a mi altura.

—Mejor. —Sonreí tímidamente y afirmé con la cabeza.

—¿Te ha... ¿Jonathan te... —Cerró unos instantes los ojos—. No se cómo preguntártelo.

—Ryan llegó a tiempo. —Puse mi mano en sus mejillas.

—Tienes el vestido hecho trizas.

—Estoy bien, Alex. Solamente necesito tomarme otra de estas pastillas que me han dado y dormir.

—Eché mi cabeza hacia delante, apoyándola en su hombro.

—¿Qué te parece si te llevo a casa? —Me besó la cabeza mientras me acariciaba el pelo. Tuvo cuidado con mi herida.

—Quiero ver cómo Jonathan sale de ese edificio esposado.

—¿Estás segura de que quieres verle?

—Sí, lo necesito... por favor.

—Solamente quiero que estés bien.

—Gracias, Alex.

Mi cabeza descansaba en su hombro, pegué la nariz a su cuello y su olor me tranquilizó. Sabía que estaba a mi lado, que estaba allí para ayudarme, pero me preocupaba Ryan. No había noticias de él y no las hubo en la media hora siguiente. El tranquilizante que me habían inyectado estaba haciendo su labor y mis ojos comenzaron a pesar tanto que era incapaz de mantenerlo abiertos.

—Mariola, nos vamos a casa. Vas a caer en dos minutos y prefiero que duermas en una cama. —Me agarró para llevarme hasta el coche—. Vámonos a casa.

No tenía ni idea de cómo llegamos a casa de Alex, solo sabía que aquel olor me era familiar y me terminó de tranquilizar, pero el sonido de un teléfono me puso alerta. Abrí los ojos y vi a Dwayne mirándome desde una esquina. Alex me dejó en el sofá y rechazó aquella llamada. Fue a la cocina y empezó a preparar unos té.

—Lo siento, señor.

—Tendrías que haberte quedado con ella, pero... La próxima vez que te diga que no te separes de ella... NO LO HAGAS. —Sirvió los té en unas tazas mientras yo les observaba.

—Sí, señor. —Se apartó de su camino.

Alex se acercó al sofá con la cara aún desencajada. Sabía que haberme ido sin avisarle había sido una mala jugada, pero si el hubiese conocido mi plan, no me hubiese dejado ir sola. Y tal vez los niños no estarían durmiendo en la habitación en aquel momento.

—Te sentará bien. —Me entregó una de las tazas.

—Gracias. —Le pegué un sorbito y debí de ronronear o algo.

—Echaba de menos ese sonido que haces cuando te gusta algo. —Se sentó a mi lado sin saber muy bien qué hacer conmigo—. ¿Qué necesitas ahora mismo?

—Una ducha y dormir. Cerrar los ojos y olvidarme de todo lo que ha pasado.

—Lo que necesites. Ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias, Alex.

Me acompañó hasta su habitación para que me pudiera dar una ducha. Me dejó ropa suya para poder poderme después y se marchó. Según salió de baño abrí el grifo de la ducha, me desnudé y me miré en el espejo. Tenía marcas en los brazos, un arañazo en el pecho del momento en que me rasgó el vestido. Me acaricié cada herida y al tocar la del pecho, me vino la imagen de Jonathan encima de mí, echándome su aliento y diciéndome que no iba a tener a ningún hombre más en mi cabeza nunca. Me metí debajo del agua, tratando de que se llevase aquellas malditas imágenes, no quería que se quedasen grabadas en mi cabeza.

Me deslicé por la pared mojada, para acabar sentada en el suelo, mientras el agua me caía encima.

No sé cuánto tiempo estuve sentada, si grité o qué pasó, pero Alex apareció en el cuarto de baño

asustado al cabo de un rato.

No lo dudo ni un momento, se metió con la ropa que tenía puesta debajo de la ducha y se arrodilló para abrazarme. No dijo nada, sabía perfectamente lo que necesitaba era uno de sus abrazos, que me abrazase como lo había hecho en el Soho Grand Hotel.

Varios minutos después me agarró de las mejillas y me besó la frente.

—¿Estás bien?

—Siento haberte asustado.

—He entrado en la habitación y he escuchado tus sollozos. He llamado varias veces a la puerta, pero no has debido escucharme. ¿Estás bien?

—Sí, necesito quitarme los restos de sangre. —Me froté con las manos los brazos tratando de hacer desaparecer aquellas marcas de mi piel.

Alex se levantó lentamente y me dio la mano para que hiciese lo mismo. Me besó en la frente y salió de la ducha empapando todo el suelo. Se desnudó y se metió de nuevo conmigo, cerrando la puerta tras de él.

Su cuerpo se acercó al mío, puse mis manos sobre su pecho, que aún parecía no haberse recuperado del susto de aquella noche, ya que seguía moviéndose intranquilo. Sus ojos estaban fijos en los míos, pero en un momento noté cómo se le desviaban a la herida que tenía de las uñas de Jonathan en el pecho

—¿Te duele?

—Se pasará. No hay dolor cuando olvidas las cosas.

Observó minuciosamente cada marca mientras respiraba profundamente negando con la cabeza. Pasó sus dedos por cada herida, como si con aquel gesto las curase. Me besó el moratón de la cara y me abracé a él.

Diez minutos después apagó el agua y cogió un par de toallas de una de las baldas.

—No me dejes sola esta noche, por favor. No me dejes sola, Alex.

# 10.

## COMO CUANDO NOS CONOCIMOS

*Dejé a Mariola unos minutos más a solas en el baño. En uno de los armarios tenía algunas de sus cosas que se dejó unos meses atrás, un día que se cambió de ropa en casa para ir a una cena.*

*Estaba a salvo, al menos por el momento. La puerta del baño estaba entreabierta y pude ver cómo se secaba un poco el pelo, cómo trataba de evitar mirarse en el espejo para no ver las marcas que el hijo de puta de Jonathan había dejado en su cuerpo. Pero me preocupaban más las marcas interiores. Por mucho que tratase de simular que todo estaba bien, que lo podía controlar todo...*

*—Deja de tener esa mirada, Alex. Sé que puede sonar raro que diga que estoy bien, pero Ryan habrá detenido ya a Jonathan y estará de camino a algún calabozo oscuro y mugriento. —Se quedó delante de mi vestidor desnuda, buscando una camiseta, sin ruborizarse—. Solo necesito dormir. ¿Vas a quedarte conmigo?*

*Se dio la vuelta mientras se colocaba una de mis camisetas y no miré su cuerpo desnudo, la miré a los ojos. Me estaba pidiendo que me quedase con ella. Después de todo lo que había pasado aquella noche, quería que me quedase a su lado y para mí, por el momento, era suficiente aquella noche.*

*—No me voy a mover de tu lado hasta que me lo pidas. Voy a ver a los niños y a darle un par de instrucciones a Dwayne. No tardo en volver.*

*Salí de la habitación y al entrar en la de los niños, comprobé que los dos estaban durmiendo en la misma cama. Jason abrió un ojo y se llevó la boca pidiéndome silencio.*

*—Andrea tenía miedo y le dije que se metiera en mi cama.*

*—Bien hecho, cariño. Descansad.*

*Les besé a los dos y salí de su habitación para hablar con Dwayne. Estaba hablando por Skype con el personal de su equipo.*

*—No quiero molestarte, Dwayne, pero espero que esta noche podamos descansar. Mañana hablaremos de cosas que tienen que cambiar.*

*—De acuerdo, señor.*

*No quise enfrascarme en otra pelea con Dwayne, así que volví a la habitación. Mariola estaba metida en la cama y decidí tumbarme en el sofá que tenía en la habitación. Ella no quería estar sola, pero no quería incomodarla dando por hecho de que quería que durmiese a su lado.*

*—Buenas noches, princesa.*

*Me tumbé en el sofá y la observé durante unos minutos. Su respiración parecía tranquila, se había acurrucado aferrada a la almohada y no parecía que nada estuviese perturbando su sueño.*

*Escuché cómo Alex entraba en la habitación, pero me quedé dormitando unos minutos. Al abrir los ojos Alex no estaba a mi lado. Me giré y le vi durmiendo en el sofá o tratando de hacerlo. Su mirada estaba perdida en el techo. Estaba tumbado con los brazos detrás de la cabeza. Escuché un gran suspiro que se escapó de su boca y apagó la luz, pero dejó una luz tenue para tranquilizarme o para tranquilizarse él. Volví a tumbarme boca arriba y comencé a mirar el techo.*

Una hora después seguía perdida en aquel techo blanco con molduras. La cama se me hacía grande, demasiado fría. Me levanté sin hacer mucho ruido y me acerqué al sofá. Me quedé paralizada, como si toda la vergüenza del mundo hubiera caído sobre mí en aquel momento. Me mordí el labio e hice el amago de volverme para ir a la cama.

—¿Qué necesitas, princesa? —Abrió los ojos.

—Me siento sola en la cama. ¿Puedo acostarme aquí contigo un rato? —señalé el sofá.

—Claro que sí.

Levantó la manta y pasé por encima suyo para tumbarme a su izquierda. Estábamos a menos de diez centímetros y su olor se metió dentro de mí. Levantó su brazo para que pudiese acomodarme sobre su pecho, y al hacerlo, me abrazó fuertemente. Empezó a acariciarme la espalda, con movimientos suaves de arriba abajo. Sabía qué hacer para que me relajase. Me besó en la cabeza y nuestras respiraciones se acompañaron, hasta que me quedé profundamente dormida.

Comencé a tener un sueño que me evocaba paz y tranquilidad. Estaba en una habitación sentada en un sofá blanco mirando por una ventana por la que se veían un océano. El mar se agitaba delante de mí, las olas traían y se llevaban arena de la orilla.

Puse la vista en el horizonte, respiré tan hondo como mis pulmones me dejaron y disfruté de aquella paz, pero de repente el cielo empezó a ponerse muy oscuro, como si estuviese a punto de desatarse la tormenta perfecta. Un fuerte viento empezó a soplar arrastrando todo lo que pillaba a su paso, llevándose las ramas de unas palmeras, haciéndolas chocar contra la ventana que estaba a mi lado, rompiendo el cristal en mil pedazos y cayendo todos sobre mí.

Salté del sofá y corrí hasta una de las habitaciones para protegerme, pero aquella habitación comenzó a volverse más oscura. Todo se tiñó de un color azul muy oscuro, pero en el que podía distinguir las sombras de las ramas mientras eran movidas por el viento. Había otras sombras que se movían delante de mí y parecían reírse mientras me señalaban. Mi corazón latía tan rápido que era lo único que se oía en aquella habitación.

Una de las sombras empezó a acercarse a mí y me acorraló contra la esquina de la habitación. No podía respirar. Era como si hubieran sacado todo el oxígeno de la habitación. La sombra se detuvo frente a mí. Levanté la vista para ver qué o quién era lo que me estaba provocando aquello. Era Jonathan. Su sonrisa estaba formada por una hilera de dientes extremadamente afilados y cada vez se hacía más grande. Tiró de mí sin ningún esfuerzo, arrastrándome por el suelo hasta otra de las habitaciones. Me soltó en medio de lo que antes era el salón. Ya no había ventanas, no entraba nada de sol, no había nada más que la luz que salía de una pequeña lámpara vieja que había en una esquina. Comencé a moverme desesperada en el suelo, pero tenía demasiado peso encima como para poder moverme.

Sentía lo mismo que aquella tarde había experimentado en el piso de Jonathan, una completa y absoluta desesperación.

—Mariola.

—No, no, no. ¡PARA, POR FAVOR! —Comencé a gritar y a mover los brazos tratando de detenerle, pero no podía con él.

—¡Mariola, despierta por favor! Es una pesadilla.

En uno de esos movimientos de brazos que trataba de hacer para zafarme de Jonathan, lancé un puñetazo al aire.

—JODER.

El grito de Alex me despertó. Al sentarme en el sofá y abrir los ojos, vi a Alex en el suelo con la mano en la boca.

—Mierda. —Salté del sofá para arrodillarme entre sus piernas—. Lo siento yo...

Le quité la mano de la boca y vi que estaba sangrando.

—Joder.

Alcancé una camiseta que había a nuestro lado y se la puse en la boca. Me levanté y rebusqué en el armario del baño algo para parar la pequeña hemorragia que le había provocado.

—Siéntate en el sofá que te voy a curar eso un poco.

—No te voy a llevar la contraria. —Se sentó y me situé de rodillas entre sus piernas—. Ya le avisaste a Dwayne de tus dotes en artes marciales, pero menudo derecho tiene, señorita Santamaría.

Sonríó un poco y yo negué con la cabeza. Puse mi mano izquierda en su cara y con la derecha le limpié la sangre. Alex tenía los ojos cerrados y aproveché para observar su cara. La cicatriz de su ceja, su barba supuestamente descuidada perfectamente cuidada. Debí de quedarme unos segundos quieta sin hacer nada porque abrió los ojos y me pilló observándole detenidamente. Respiré profundamente y le dediqué una pequeña sonrisa.

—Lo siento. No quería pegarte... —negué con la cabeza.

—Estás a salvo. —Tiró suavemente de mi brazo y me abrazó—. A mi lado siempre estarás a salvo.

—Gracias, Alex. —Terminé de limpiarle la herida cuidadosamente—. Bueno, yo creo que ya está.

—Me está matando ver esa herida en tu pecho, Mariola. —Sus ojos se habían perdido en el escote de la camiseta—. ¿Cómo has sido capaz de ir allí sola? —Su tono de voz relajado, había pasado a ser algo enfadado.

—Yo solo quería acabar con todo lo que está pasando. Pensé que si hablaba con él... —me aparté de él y tiré de la camiseta para abajo, como una niña pequeña cuando se disculpa.

—No lo pensaste bien, Mariola. Mira cómo has acabado. —Me señaló desde la distancia que había puesto entre los dos.

—No hace falta que me echés a los perros, Alex. Sé que soy idiota al pensar que podía con él y que yo sola podría solucionarlo.

—No puedes solucionar todos los problemas sola, Mariola. Aunque estés acostumbrada a hacerlo. —Se levantó del sofá—. No puedes arreglar los problemas del mundo. Tienes que empezar a confiar en las personas que te rodean.

—Es fácil decirlo. —Levanté las cejas y sonreí—. Pero cuando estás acostumbrada a sobrevivir y a tratar de que todos los que estén a tu alrededor sean felices... Mis primeros años en esta ciudad fueron un machaque diario. Si hubiera sido otra persona, te aseguro que hubiese tirado la toalla.

—Tú no la tiras ni en el gimnasio.

—Es lo que hay. No sé ser de otra manera, Alex. Puede que mi boca me pierda la mayoría de las veces, la gran mayoría. Puede que no piense con detenimiento algunos de mis actos, pero siempre actúo con el corazón. —Meneé la cabeza unos segundos hacia los lados—. Eso me hace pegarme unas ostias de espanto con muchas personas, pero no sería yo si no lo hiciese así.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Siempre me había incomodado quedarme delante de otra persona sin saber qué decir, pero con Alex era diferente. Con mirarnos a los ojos, solo con ese gesto, podíamos hablar sin decir nada durante mucho tiempo.

—Solo espero que toda esta mierda se acabe y vuelva la normalidad a nuestras vidas.

—¿No normalidad? —Alex no me entendía.

—Alex, nuestras vidas son de todo menos normales. No tenemos unos trabajos de nueve a cinco. No tenemos unas familias en la ciudad típicas. Somos lo más atípico que conozcas, reconócelo. En tu círculo de amigos pocos hay como nosotros.

—Sois diferentes, eres especial y eso me encanta.

—La palabra especial siempre me ha gustado. —Me acerqué a él—. Nos merecemos que todo esto termine.

—Recuperar nuestras vidas. No estar todo el día pendientes de el psicópata de tu ex... —Se pasó la mano por la boca como si quisiera no haber dicho aquello.

—Siempre me fijo en quién no me conviene.

—¿Eso también va por mí?

—Nosotros... —Levanté los hombros y en aquel momento sí busqué las palabras adecuadas—. Tal vez tan solo somos instantes o meras casualidades. El destino es caprichoso.

—El destino no sería tan mamón de ponerte en mi camino en aquella fiesta. —Me acarició el brazo y volvió el dichoso escalofrío por la espalda—. Nunca se sabe lo que el destino nos tiene preparado

—Esa boca, Alex. —Le mantuve unos segundos la mirada sonriendo y escuché el sonido de mis tripas rugiendo—. Tengo hambre.

—¿Comemos algo? —Sonrió.

—Sí, por favor. Tengo más hambre que los patos de Manolo.

—Tú y tu extraña manera de hablar. —Soltó una pequeña carcajada y me empujó con su cuerpo para salir de la habitación—. Vamos a ver qué podemos preparar a esta horas de la madrugada.

Fuimos a la cocina tratando de no hacer demasiado ruido. Alex abrió la nevera y los dos nos quedamos mirando aquella gran nevera de doble puerta con los brazos cruzados.

—¿Qué te apetece? —Alex me miró por el rabillo del ojo.

—Si fuera una típica conquista tuya diría que medio pomelo. —Lo dije con voz de pito y abriendo los ojos—. Pero siendo yo... unas tortitas con chocolate caliente y fresas por encima.

—¿Típica conquista? —Puso uno de sus brazos detrás de mí agarrando la puerta de la nevera—. ¿Ha estado cotilleado sobre mí en *Google*, señorita? —Se pasó la mano divertido por la boca.

—Solamente leí un reportaje tuyo en una revista del corazón. —Me puse de puntillas para coger las fresas y me di la vuelta mirándole.

—¿Leíste el reportaje? —Puso su otro brazo en la otra puerta cerrándome el paso.

—Sí. Te vendían muy bien la verdad —me metí una fresa en la boca—, pero que muy bien. —Pasé por debajo de su brazo izquierdo y fui hasta la isla—. Eras como el caballo ganador en una carrera. Bonito pelaje, dentadura perfecta y una... —sonreí pensando lo que no le iba a decir.

—Eres mala. —Lo dijo en castellano mientras cogía algunas cosas y cerraba la nevera.

Era las cuatro de la mañana y estábamos preparando tortitas. La verdad es que no eran horas, pero estaba muy a gusto, con la mente distraída y sobre todo, en muy buena compañía. No hablábamos, solamente le pasaba los ingredientes y nos mirábamos.

—Ya te puedes sentar, acabo en un minuto. —Le señalé un taburete.

—Sí, señor. —Hizo un gesto militar.

Dos minutos después dejé el chocolate caliente en una jarra, las fresas cortadas y lavadas en un bol, y una torre de tortitas recién hechas.

—Listo el desayuno. —Le guiñé un ojo.

—¿Desayuno? No sé si a estas horas se le puede llamar así.

—¿No las vas a probar? —Me senté a su lado—. Soy toda una experta haciendo tortitas, a Jason le rechiflaron. —Me metí un cacho de tortita en la boca.

—Ya sabes que soy muy exigente. —Arqueó las cejas y se metió un trozo en la boca.

—¿Y bien? —Me giré en la silla para ver bien su cara.

—Cómo te lo digo... —se pasó la lengua por los labios— para no ofenderte. —Se giró y se acercó a mí—. Es lo segundo más sabroso y apetecible que hay en esta habitación ahora mismo. —Se mordió el labio.

Me besó en la mejilla, muy muy cerca de la boca, pensé que tanteando el terreno. Sonreí agachando la cabeza, como si aquella frase me hubiese dado vergüenza. Estaba agilipollada perdida al lado de Alex. A los segundos, se levantó y puso un poco de música. Muy suavcita para no despertar a los niños y cuando escuché las primeras notas de la canción empecé a sonreír mientras comía.

**Sus ojos hacen parecer que las estrellas no brillan. Su pelo cae perfecto sin que ella lo pretenda. Ella es tan hermosa y se lo digo todos los días.**

Bruno Mars y “Just the way you are” siempre conseguía sacarme una sonrisa, hasta en los malos momentos.

Me di la vuelta y vi la mano de Alex tendida hacia mí invitándome a bailar. Le miré y negué con la cabeza sonriendo, pero no se conformó con mi negativa. Tiró de mi mano para bajarme del taburete, pero le enseñé mis dedos llenos de chocolate como si fuera una disculpa para no bailar. Tiró más de mí, obligándome a pegar un salto para bajar del taburete.

Me pegó a él haciéndome sentir todo su cuerpo. Yo seguía solo con la camiseta que no cubría demasiado y él solamente con unos pantalones cortos que dejaban mucho a la vista. Le miré a los ojos y vi el mismo brillo de los primeros días que nos conocimos. La misma mirada traviesa de la fiesta de cumpleaños de Andrea, la de aquel callejón donde nos besamos por primera vez. Me estremecí entre sus brazos e hizo que mi cuerpo vibrase al rozarlo con el suyo. De repente se llevó mi mano a su boca, sin dejar de mirarme a los ojos. Cogió mi dedo índice, que estaba pringado de chocolate, y lo chupó. Pasó su maravillosa lengua por mi dedo, quitando todo rastro de chocolate. Hizo lo mismo con cada dedo, matándome a cada lametazo, con cada mirada. Cuando llegó al meñique creo que ya estaba flotando en el cielo totalmente noqueada. Estaba excitada ante semejante festín que se había dado con mis dedos.

—¿No más excusas para bailar?

—Hombre, tal vez me fallen las piernas por lo que acabas de hacer.

Alex sonrió y empezamos a bailar. Siempre me había parecido muy de película romántica (y algo ñoña, todo había que decirlo) hacer cosas así, pero con el señor trajeado nada salía como yo esperaba. Teníamos momentos de película románticas y otros de thriller tipo Instinto básico, pero Sharon Stone había cambiado por un protagonista con más tatuajes.

Nos olvidamos de la hora que era, de lo que estábamos desayunando y pasamos a estar solamente nosotros dos bailando en medio de su salón. La siguiente canción no pudo ser más perfecta.

**Después de todo, he decidido vivir mi vida otra vez. Después de todo, estoy encantado de estar de vuelta donde comenzamos. Creo que te puedes enamorar de mí otra vez.**

“After all” de Michael Buble nos estaba recordando por lo que habíamos pasado y Alex comenzó a cantármela al oído.

—“*I was lost, alright, lost in the sleepless empty nights, dreaming of you, and in those dreams you were still mine...*”.

Su profunda voz me llevó lejos de aquella habitación. Me transportó a la habitación del Soho Grand Hotel, a nuestro rincón, a aquel momento en que hicimos lo que deseábamos y nos dejamos llevar sin pensar en lo que sucedería al salir de nuestro rincón secreto.

Me pegó más a su cuerpo, con su mano apoyada en mi espalda y mi cabeza reposando en su pecho. Podía escuchar cómo latía con fuerza su corazón. Ronroneé conscientemente, me encantaba aquella sensación de paz y tranquilidad. Aunque fuera de aquella habitación el mundo estuviese a punto de ser devorado por un asteroide en llamas, a nosotros nos daba igual.

Tal y como decía la canción, después de todo, los dos seguíamos allí. Después de todo lo que había pasado, cada uno podía haber tomado su camino y desaparecer de la vida del otro. Pero nos estábamos empeñando en no separarnos. Nadie podía ser capaz de hacernos daño cuando estábamos así, aunque esos instantes durasen poco.

Cuando finalizó la canción, nos quedamos unos segundos más abrazados. No me quería soltar y yo no quería que me soltase nunca. Quería decirle que le quería, que estaba loca por él y que sí, que quería luchar a su lado contra los dragones y las brujas que se pusiesen en nuestro camino. Que me daban igual su pasado, al fin y al cabo... todos tenemos uno. Yo quería ser su presente y, sobre todo, su futuro.

Me aparté unos centímetros de él, le acaricié la cara y sonreí. Le acaricié la cicatriz que me volvía loca, los labios que me hacían perder el sentido cada vez que estaban cerca de mí. Metí los dedos por su pelo y sin querer remediarlo me acerqué a su boca, besándole con una necesidad que no sabía que tenía.

Saboreé cada centímetro de sus maravillosos labios, pero se apartó de mí.

—Quiero que vayamos despacio, Mariola. Tenemos que hablar.

—¿Después de nuestra noche en el hotel? Una mierda despacio, Alex. Yo lo quiero y lo quiero ahora.

Se quedó unos segundos en silencio, con la respiración un poco acelerada. Se apartó, respiró profundamente, paso su mano por la nuca, negó con la cabeza y acto seguido dio una zancada para agarrarme de la nuca y besarme. Mejor dicho, devorarme. Su lengua exploró dentro de mi boca como si no hubiera mañana. Sus manos recorrieron mi cuello, mis brazos y mi espalda hasta llegar a mi culo. Me apretó contra él y pude notar su excitación. Su boca paseó por mi cuello, lamiéndolo y llegando hasta el lóbulo y tirar de él.

Me agarró del culo y me subió hasta su cintura, pegándome a la encimera, para después sentarme en ella. Se dedicó durante unos segundos a observarme. A mirar cómo mi pecho subía y bajaba con la respiración descontrolada. Me humedecí los labios y me pregunté por qué estaba parando, cuál era el motivo para que no terminase lo que habíamos empezado.

Se movió nervioso unos segundos por la sala, como si se hubiese arrepentido o como si tuviese algo que le atormentase.

Me cogió en brazos, me dejó en el suelo y volvimos a bailar.

—Los niños nos están mirando. —Susurró en mi oído.

—¿Ves cómo son ellos, Jason?

—Están locos. Es muy pronto para bailar. —Los dos nos miraban divertidos.

—Están ena... enamorados. Me lo dijo el tío Mike el otro día. —Andrea frunció los labios y afirmó con la cabeza.

—¿Pero tú les estás oyendo? —Alex seguía susurrándome.

—Ya lo sabía. ¿Por qué no salen juntos y dejan de hacer el bobo? —Jason levantó los brazos negando con la cabeza.

—No lo sé.

—Pues yo quiero que sean novios otra vez. Mariola es súper guay. Yo quiero que sea de nuestra familia... y quiero que salgan juntos y se casen.

Yo solté una carcajada que ahogué en el cuello de Alex y él agachó la cabeza para que los niños no descubriesen que les estábamos escuchando.

—¿Me quieres quitar a mi tía? —Andrea le miró sonriendo.

—No, solo quiero que papá sea feliz. Que sonría como cuando Mariola estaba por aquí. Hacía tiempo que no le veía así. —Nos señaló—. Siempre suele estar triste y ya no juega conmigo.

—Mi tía también tiene días que parece que está algo triste, aunque su amigo Ryan le ayuda mucho y me gusta, pero me gusta muchisisisísimo más tu padre.

—¿Tu amigo Ryan te ayuda mucho? —Alex me miró sonriendo.

—No me tires de la lengua, Alex, no intentes picarme.

—Mi papi es el mejor. Aunque se enfade, es el mejor.

—Yo no sé quién es mi padre, pero con mami, la tía y los tíos me vale.

—Todo son súper guays en tu familia. Yo no conozco a mucha parte de la familia de papá.

—Mi familia es la tuya también.

No quise que los niños siguiesen hablando de aquellas cosas.

—¿Pero qué demonios hacéis despiertos a estas horas? —Me acerqué a ellos corriendo y pegaron un grito asustados.

—Nos habéis despertado con la música, las risitas esas raras y el olor a tortitas. —Andrea se lanzó a mi cuello—. ¿Estás bien, tía?

—Mejor que nunca, cariño, mejor que nunca.

—¿Podemos desayunar?

—Por supuesto. Voy a hacer unos zumos para vosotros y unos vasos de leche. ¿Os apetece?

Alex comenzó a preparar el desayuno y yo senté a los niños en los taburetes. Apagué la música y me acerqué a Alex para echarle una mano, pero se alejó unos centímetros de mí.

—¿Todo bien?

—Tengo que contarte algo, pero puede esperar. No te preocupes.

Alex no dijo nada más y preparó el desayuno. En el momento en que se separó de mí cuando estaba sentada en la encimera y soltó lo de «tenemos que hablar»... La frase que no traía consigo nada bueno, pero nada de nada. La frase con la que se mascaba la tragedia.

# 11.

## COMO DOS ADOLESCENTES

*Mientras los niños desayunaban, Mariola fue a ducharse y a prepararse. Quería ser ella la que llevase a Andrea al colegio aquel día.*

*—Señor, tenemos que hablar.*

*Cuando Dwayne me lo contó... no me lo podía creer. No era posible.*

*—Sí, señor.*

*—Voy a hablar con Mariola. Seguid investigando y ya sabes lo que hay que hacer con ella.*

*Dejé a Dwayne con Andrea y a Jason en la cocina, y fui a la habitación con un par de cafés. Sabía que Mariola iba a necesitar bastantes aquel día. Salió del baño con la ropa ya puesta, ropa que se dejó semanas atrás en casa.*

*—¿Estamos bien? —Mariola me abrazó al verme.*

*—Tenemos que hablar.*

*—Joder con la maldita frase. ¿Tú sabes que cuando alguien dice esa frase se mueren dos unicornios y tres centauros, a cuatro hadas les cortan las alas... —se quedó callada y me miró preocupada—. Ya sé que no es el chiste más gracioso del mundo, pero... ¿Qué pasa, Alex?*

*—A Dwayne le han informado de lo que sucedió anoche en el edificio donde... Jonathan... —me costaba mucho recordarlo.*

*—Me estás asustando, Alex.*

*—Ryan. —Cerré los ojos y me pasé la mano por la frente—. Necesito que estés tranquila.*

*—¿Qué pasa? —Se situó delante de mí, mordiéndose el labio y con los ojos llenos de preocupación.*

*—Sé porqué no vimos salir a Jonathan ni a Ryan. Cuando tú bajaste en el ascensor ellos empezaron a pelear. Al intentar subir el resto de la policía, el ascensor estaba bloqueado y no había ningún otro acceso a aquel loft. —Le agarré de las manos, que le estaban temblando—. Después de un tiempo sin tener ningún tipo de contacto con Ryan, consiguieron desbloquear el ascensor y llegar hasta el último piso. —No sabía cómo seguir y negué con la cabeza.*

*—Alex, ¿qué le ha pasado a Ryan?*

*—Cuando la policía llegó encontraron sangre y casquillos por el salón, cristales rotos y señales de forcejeo. Cuando localizaron a Ryan estaba cubierto de sangre y respiraba con mucha dificultad. Estaba semi inconsciente y se lo llevaron al hospital, pero perdió mucha sangre y... —Le agarré de la cara porque se había quedado sin color—. Le han tenido que operar pero...*

Todo lo demás que Alex me dijo lo oí como un ruido de fondo. Si yo no hubiera ido a aquel piso, si no hubiera conocido a Ryan, si no hubiera conocido a Alex, nadie habría salido herido. Me fui al baño y me lavé los dientes. Por el espejo vi a Alex observándome.

*—¿Dónde está? —le miré a través del espejo.*

*—En el Monte Sinaí. Está en buenas manos. —Se acercó para abrazarme, pero me aparté.*

—Necesito... —me puse a buscar por la habitación mi bolso. —¿Dónde demonios...

Me paré en medio de la habitación y empecé a llorar. No quería creer que Ryan estuviera así por mi culpa. No sabía si estaba grave, si era algo leve o si... o si estaba muerto. Mi mirada se fijó en un punto de la habitación cuando mi cabeza recordó el sonido atronador de aquel disparo de Ryan a Jonathan. Retumbó tan fuerte que tuve que agarrarme la cabeza.

—Mariola. —Me agarró de la cara.

—¿Está muerto?

—No, Mariola, no está muerto. Pero no sé cuál es su estado.

—Sé que lo último que te apetece es verme preocupada por alguien que no te gusta, pero voy a irme ahora mismo al hospital.

—Ayer te dije que pasase lo que pasase, iba a estar contigo. Así que no te vas a librar de mí tan fácilmente, Mariola. —Me acarició la cara y me besó dulcemente en los labios.

—¿Por qué es todo tan difícil? —Apoyé mi frente en su hombro.

—La vida es mucho más complicada de lo que siempre nos contaron. Los planes y las ideas que tenemos de cómo debería ser nuestra vida, a veces se confunden, cambian o se hacen esperar. Pero todo llega en esta vida. Por muy difícil que parezca, por muy feas que se pongan las cosas, esta vida tiene su recompensa. Y mi recompensa eres tú, Mariola.

—¿Y la de Ryan es llevarse un tiro por mi culpa? —Mi cabeza no procesó las últimas palabras de Alex.

Terminé de vestirme y salimos hacia el hospital. Durante todo el camino Alex no dijo ni una sola palabra. Supuse que estaba preocupado por mi reacción al ver a Ryan.

A medida que nos acercábamos al hospital... se me empezaron a pasar mil imágenes por la cabeza. No sabía lo que me iba a encontrar allí. Aparcamos en el garaje y subimos hasta la recepción en el ascensor.

—Alex... —pulsé el botón de stop—. Te quiero. Te quería antes de que nos separásemos y te sigo queriendo. He intentado obviar mis sentimientos para seguir adelante. No sé quién es esa mujer que estaba en tu casa y en el restaurante... —se me revolvió el cuerpo al pensar en ella.

—Mariola...

—No, déjame terminar porque puede que en cuanto subamos ahí arriba reciba alguna noticia que me deje destrozada. Quédate con lo que te estoy diciendo aquí. Porque si sale la Mariola cabrona, puede hacer mucho daño. —Respiré profundamente—. Te quiero, Alex. No te lo estoy diciendo por lo que sucedió ayer ni por miedo. Me lo callé cuando te acojonaste porque no quería sufrir más.

—Mariola. —Se mordió el labio inferior y me abrazó fuertemente—. Yo también te quiero. No te prometo que esto va a ser fácil, pero prometo caminar a tu lado. Si nos tambaleamos, trataremos de no caernos. Si nos caemos, nos levantaremos las veces que haga falta.

Estuvimos en silencio y abrazados unos minutos. Volvimos a estar en nuestro mundo, en nuestro pequeño mundo en el que nada ni nadie podía hacernos daño.

—¿Estás preparada?

—¿Para que me dejes de abrazar? No.

—Tenemos que subir. —Apretó de nuevo el botón.

En recepción encontramos varias personas delante de nosotros y yo estaba jugueteando con el anillo de mi mano derecha. Noté que alguien me estaba mirando fijamente y al levantar la vista, había un chico de mi edad delante de mí. Di dos pasos para atrás y Alex se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Mariola?

—No lo sé.

El chico se paró delante nuestro y, justo detrás de él, aparecieron varios policías que no dejaban de mirarnos.

—¿Mariola Santamaría?

—¿Quién lo pregunta? —Alex me puso con su brazo detrás de él y les miró con recelo.

—Soy Jackson. Uno de los compañeros de Ryan y Joe. —Sorteó con la mirada a Alex para mirarme.

—Lo siento. Pero no me fio mucho de las personas ahora mismo. ¿Podrías enseñarme...—no terminé la frase y me enseñó la placa—. Gracias.

—¿Podemos hablar? No necesitas pasar por admisión. Ryan solamente pregunta por ti desde que ha recobrado la consciencia. No le hemos podido decir nada de cómo te encuentras porque no seguiste las instrucciones de mis compañeros y os marchasteis antes de que pudiésemos hablar contigo.

—Hablé con Joe.

—Pero no volvió a verte.

—Necesitaba descansar. —Levanté los hombros tratando de disculparme.

—Bueno, ya estás aquí. Si no te subo a su habitación hará que mi culo acabe en algún agujero oscuro.

—¿Me puedes decir cómo está? Nadie me ha dicho nada.

—Creo que será mejor que hables con uno de los médicos. Yo no sabría explicarte demasiado bien su estado. —Llamó al ascensor.

—Me da igual que no me digas en términos médicos cómo tiene los aminoácidos o el magnesio, pero sabes cuál es su estado.

—Ryan es duro, el tipo más duro que he conocido en esta vida. Ha salido de cosas mucho peores.

Alex se montó con nosotros en el ascensor y al llegar al piso de la habitación de Ryan, comprobamos que la planta estaba llena de policías.

—Son compañeros de la comisaría y de otros cuerpos. Están todos preocupados. La habitación de Ryan es la del fondo.

Alex me dio un beso en la mano y se sentó en un banco que había delante del puesto de enfermeras.

Fui caminando hasta el final del pasillo sin saber muy bien lo que me iba a encontrar. Cuando entré en la habitación y le vi allí en la camilla con los ojos cerrados... Me temí lo peor.

—Joder, Ryan. ¿Qué coño pasó en el loft? Yo no quería que todo esto pasase.

—Yo no debí subir sin refuerzos, pero temí por tu vida y no esperé a nadie. —Ryan abrió los ojos y me miró.

—Dios mío, Ryan. —Me tiré sobre él.

—Auuuuuuuuuu. —Pegó un aullido que iba a alertar a toda la planta.

—Perdón. —Me separé de él aterrada.

—Es broma, estoy bien. —Sonrió y me agarró de las manos.

—Gilipollas. —Tragué saliva—. ¿Cómo te encuentras?

—Como una resaca a lo bestia. —Sonrió.

—¿Cómo puedes seguir teniendo ese humor? —Le miré con tristeza.

—Ahora mismo es lo mejor que tengo. A parte de una cicatriz en el hombro y a una chica preciosa a mi lado preocupándose por mí. —Me agarró de la mano más fuerte—. Has tardado mucho en venir.

—No me has podido echar de menos. —Jugueteé con mis dedos en la palma de su mano.

—Cuando recibí el disparo, y caí al suelo, lo único en lo que lo que pensaba eras tú. En el trayecto en la ambulancia eras lo único que tenía en la cabeza. Solo quería verte y comprobar que estabas bien. Te he visto en mis sueños o en lo que me hayan provocado las drogas. Tus preciosos ojos marrones mirándome como lo hacen ahora. —Me regaló una de sus sonrisas tan impresionantes—. Esa sonrisa que me vuelve tan loco, nena. —Alargó su mano para acariciarme la cara—. Al no verte por aquí pensé en lo peor... —Negó varias veces—. Cuando Jonathan desapareció de la habitación...

Se me paralizó el corazón unos segundos, solté la mano de Ryan y, menos mal que la silla estaba

detrás de mí, porque me caí de culo sobre ella.

—¿Cómo que cuando desapareció? Quieres decir cuando le detuvieron, ¿verdad? —Me faltaba el aire en aquella habitación.

—¿No te lo han contado? —Cerró los ojos, se pasó la mano por la cara y negó con la cabeza—. Soy un maldito bocazas. Pensé que Jackson ya te lo habría contado. Supuse que ya te habría puesto al día.

—Nadie me ha dicho nada.

—Quiero que estés a salvo, Mariola. Aunque, en el fondo, siempre he sabido que entre nosotros... —Sonrió tristemente.

—Lo siento, Ryan. Yo...

—No te preocupes. —Se sentó en la cama—. Tú no tienes la culpa de que yo tuviese un flechazo. Estábamos en momentos diferentes, pero si ese estirado te trata mal... Tengo contactos.

Ryan me hizo sonreír. Me pidió con su mano que me sentase a su lado en la cama y, al hacerlo, me abrazó.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para atrapar a ese hijo de puta.

—Ryan, tú te vas a Colombia. Prefiero que te centres en que no te maten allí.

—Joe y Jackson serán mis ojos. Y si hace falta, cojo un vuelo para atraparle.

Estuvimos hablando una media hora. Me dijo que en un par de días saldría del hospital y me daría unas pautas para que estuviese más segura. Que hiciésemos algunos cambios en casa y en mis hábitos diarios, aunque no los tuviese. Antes de marcharse iba a pedir que investigasen a todas las personas que me rodeaban a diario.

—Scott, Sasha, Alex... Todos pasarán por ese examen minucioso.

Escuchamos unos nudillos en la puerta y, al abrirse, entró una enfermera con una bandeja.

—Vengo a hacerte las curas, Ryan. Es hora de dejarle descansar. —Notaba la mirada de la enfermera recayendo sobre mí.

—De acuerdo. No me vuelvas a dar un susto así, por favor. —Le besé en la mejilla.

—Prometo no hacerlo, pero tú cuídate.

—No te preocupes. Ahora descansa y recupérate, que te necesitamos. —Le sonreí.

—Prometido, preciosa. —Me guiñó un ojo.

Al salir de la habitación quise mostrarme muy tranquila y que no se me notase el nerviosismo, pero al ver a Alex allí sentado, sin un signo en su cara de preocupación... Vale, comprendía que Ryan ni era ni sería jamás su mejor amigo, pero...

—Tú. —Le señalé y le cambió la cara—. ¿Por qué demonios no me habéis contado lo que ha sucedido antes? —Le empujé hasta pegarle en la pared—. Podía haber muerto y yo cargaría con la culpa el resto de mi vida. —Le estaba gritando en castellano mientras todos los policías nos miraban.

—Princesa.

—Ni princesa ni pichorras.... ¿Sabes qué es lo peor de todo? —Me pasé la lengua por los labios—. No sé cómo, pero pffffff —hice un gesto con los dedos en el aire— ha desaparecido.

Estaba hablándole a Alex como si él tuviera la culpa de todo lo que estaba pasando.

—Mariola, por favor. Ryan está bien, he hablado con los médicos y está bien. La bala le ha atravesado el hombro sin rozarle nada importante. —Quería sonar tranquilo, pero no lo terminaba de conseguir.

—Está bien, pero podría no haber sido así. Joder, Alex. —Pegué un grito y me marché por el pasillo ante la atenta mirada de los compañeros de Ryan—. Ahora mismo no me caes demasiado bien, Alex. —Se lo dije antes de meterme en el ascensor, pero no se terminaron de cerrar las puertas cuando la mano de Alex las paró.

Según se abrieron las puertas en la planta donde habíamos aparcado, le arranqué las llaves de las manos a Alex y me subí al coche.

—¿Qué haces, Mariola? —Me miró sorprendido.

—Conducir... y por tu bien cierra un rato el pico porque no respondo de lo que te pueda decir. —Arranqué el coche y salí del parking a toda velocidad. Pude ver cómo Alex se agarraba a cualquier parte del coche—. No te preocupes. No voy a destrozar tu juguete.

No sé cómo lo hice, pero en menos de veinte minutos aparqué el coche encima de la acera de mi apartamento. Quitó las llaves del contacto, salí del coche y comencé a andar por la acera. Alex se bajó sin saber muy bien si hablarme, besarme, quitarme las llaves del coche o echar a correr. Me miraba como si estuviera loca y en una de las miradas que le eché pude ver una pequeña sonrisa en su cara.

Le volví a mirar enfadada y le tiré las llaves del coche, con tan mala suerte que se las estampé en la cara. Me llevé la mano a la boca y empecé a reírme. Él se llevó la mano a la herida e hizo un gesto como si le hubieran dado un knock out<sup>[13]</sup>, apoyándose cómicamente en el coche.

—Lo siento. —Me acerqué a él mordiéndome el labio—. No quería hacerte daño... al menos no así.

—Hay muchas formas en las que puedes hacerme daño y esta no es la peor de ellas. —Dejó de sonreír y pasó a estar muy serio, con algo de tristeza en su mirada—. He visto cómo miras a Ryan cuando estás con él. Cómo juegas con sus manos, cómo le besas... Quiero hacerte una pregunta y quiero que seas sincera. —Se pegó a mí y yo asentí con la cabeza, mientras jugaba con el bajo de su camiseta—. ¿Qué sientes por él?

—Le tengo mucho cariño. —Pasé mis manos por su cintura y me puse de puntillas para acercarme más a su boca—. Pero no es lo mismo que siento por ti. —Ladeé la cabeza—. A ti te quiero. No he estado tan segura de algo antes en mi vida.

—¿Sí? —Me dio la vuelta y me pegó al coche.

—Muy segura, Alex. Puede que tenga dudas de muchas otras cosas, como de cuando fue la última vez que me hice la manicura, de si he llamado para reservar la sala para la fiesta de dentro de tres meses, de mi talla de vaqueros dependiendo del mes, pero de que te quiero... estoy completa y absolutamente segura. —Le besé.

Me olvidé de la herida de Ryan, de que Jonathan había escapado.

—Te quiero, Alex, aunque te diga que hay momentos en los que no me caes demasiado bien. Yo...

—MARIOLAAAAAA.

No pude terminar de hablar con Alex porque escuché un berrido que sugería ser mi nombre. Al girarme vi a mi hermana corriendo hacia nosotros con las mejillas sonrojadas, el rímel corrido y un pelo un tanto difícil de explicar. O se había enterado de lo que había pasado la noche anterior o mi cuñado le había pegado un buen polvazo. Pero cuando llegó hasta nosotros, apartó a Alex de un empujón y me abrazó llorando y moqueando... lo del polvazo lo descarté.

—Tata, ¿qué ocurre? —Me abrazó tan fuerte que la herida del pecho empezó a dolerme y el dolor se dibujó en mi cara.

—No, no...

—Tranquila.

—No puedo casarme. Yo... he engañado...

—¿Perdona? —Aparté a mi hermana un poco de mí.

—Sí, yo... —Empezó a llorar y a balbucear cosas ininteligibles—. Yo... no... —negaba continuamente con la cabeza— ayer... entonces...—levantaba los brazos en el aire y los dejaba caer—, pis dai hsihv...

El resto de palabras que dijo no las comprendimos ninguno de los dos. Alex me miró negando con la cabeza y yo no sabía qué hacer con ella.

—María, ¿crees que podrías dejar de parecer una maldita loca por un momento? No sé de qué me estás hablando.

—No, estoy perdida.

No hacía nada más que llorar y gritar. Así que después de tratar de tranquilizarla, pero no conseguirlo, entre Alex y yo la convencimos de que entrase en el coche para ir a tomar algo a una cafetería. Necesitábamos café y muchas cosas dulces, para que mi hermana nos contase lo que había pasado.

Alex condujo hasta el hotel y al salir del garaje, nos dirigimos a All about food, un restaurante de la 58. María no me había soltado la mano en todo el trayecto, como no había dejado de sonarse los mocos de una manera cada vez más escandalosa.

Entramos en el bar y enseguida nos sirvieron unos cafés. María continuaba llorando y soltando palabras sueltas en castellano. Alex me miraba y... el pobre. Si no sabía qué hacer conmigo, para saber qué hacer con una de las Santamaría echa un manajo de mocos y nervios.

—Vamos a ver, María. ¿Qué has hecho? —Le levanté la cabeza.

—Ayer salí con Justin a tomar algo. Conocimos a unos chicos que eran muy agradables y, bueno, uno de ellos era muy simpático y fue muy amable conmigo... —me apartó la mirada.

—La madre que te parió, María, que conozco esa mirada. —Resoplé—. ¿Qué demonios has hecho?

El móvil de Alex comenzó a sonar, pero rechazó la llamada. A los segundos volvió a sonar y le dije a Alex con la cabeza que contestase.

—¿Sí? Hola. Si, en el All about. ¿Qué te pasa? Ok. Aquí estamos. —Colgó extrañado.

—¿Todo bien? —Le miré y puse mi mano sobre la suya.

—Mi hermano necesita hablar conmigo. Espero que no siga con lo mismo.

María comenzó a contarnos cómo había engañado a mi cuñado. Es que no me lo podía creer, si ellos eran la pareja más consolidada que conocía. Se querían, se amaban, se adoraban y se respetaban. No lo podía entender. Ni a ella ni a sus explicaciones de mierda que me estaba dando.

—Tienes que hablar con Mark.

—No puedo. No puedo destrozarle el corazón de esta manera.

—Eso tenías que haberlo pensado antes de follarte a un jodido desconocido, sabiendo que eso iba a reventar tu boda.

María me miró y comencé a notar cómo se quedaba blanca por segundos.

—A ver, María, ¿creías que no iba a pasar nada? ¿Qué te iba a apoyar en esto?

Ella negaba con la cabeza y su cara se ponía cada vez más y más blanca.

—¿Qué hace él aquí? —Señaló a la puerta.

Me giré para ver qué o a quién había visto y comprendí que los problemas no habían hecho nada más que empezar.

—María, dime que no es él. —Levantó los hombros y afirmó con la cabeza—. Es el hermano de Alex. —Me levanté del asiento y negué con la cabeza—. ¡JODER!

No pude evitarlo, tenía que soltar toda aquella rabia y qué mejor que hacerlo con Brian. Me acerqué a él y empecé a pegarle pequeños empujones hasta que le pegué a la pared.

—¿No hay más chicas en esta puñetera ciudad que te tienes que tirar a mi hermana? Joder, que está prometida. —Le puse la mano en el pecho para que no se pudiese mover.

—¿Ella es... es tu... hermana? Yo no lo sabía.

—Claro. Sacaste todas tus armas, tu rabo a pasear y pensaste que sería una chica más. Eres como todos los demás. —No le dejé hablar—. En Nueva York hay millones de mujeres, ¿por qué ella? —Señalé a María.

—Yo no... —Brian miró detrás de mí.

—Mariola, vamos a sentarnos a hablar. Estas muy alterada. —Alex me agarró de la cintura y me apartó de su hermano—. Hermanito, no sabes la bestia que acabas de despertar. ¿No has notado lo que se parecen?

Alex me llevó casi en volandas hasta la mesa y yo no dejaba de mirar a Brian. Me llevé dos dedos a mis ojos y luego se los lancé a él.

—Vale, eso supongo que es que me estás vigilando.

—Cállate, Brian. Será mejor para ti. —Alex le advirtió a su hermano.

Nos sentamos los cuatro en la mesa y nadie quería decir nada. Teníamos a Brian y a María delante, pero ninguno de los dos eran capaces de mirarnos. Yo abrí la boca un par de veces, pero no encontraba las palabras con las que empezar. Eran como dos adolescentes. ¿En qué coño estaban pensando aquellos dos?

## 12.

### COMO LA PLASTILINA

El tintineo de nuestras cucharillas removiendo el café era lo único que rompía nuestro silencio. Los cuatro nos encontrábamos haciendo exactamente lo mismo, aunque nuestros hermanos lo que mejor hacían era evitar nuestras miradas.

Yo no quería decir nada porque la iba a montar, Alex tampoco decía nada, Brian estaba más callado que una monja de clausura y mi hermana no hacía más que llorar.

—Aguanté de aquella manera diez minutos más hasta que reventé.

—María, ¿quieres dejar ya las lágrimas? —Le hablé en castellano, prefería que Brian no se enterase de todo lo que le quería decir—. No creo que ayer cuando te la estaba clavando hasta el corvejón, llorases así. —María me miró enfadada.

—¿Cómo me puedes hablar así, Mariola? Estoy echa polvo y me hablas como si fuese una cualquiera. —Lo dijo haciendo un gesto muy Santamaría.

—Lo de la tragedia griega conmigo no funciona, María, que nos conocemos. Y te hablo así porque no eres una cualquiera, eres mi hermana y eso me da derecho a decirte las cosas claritas. Que para edulcorarlas ya tenemos a mamá. —Le miré agitando la cucharilla en el aire.

—No serás capaz. —Se echó para atrás en la silla.

—O dejas de llorar o te la pego en la nariz. Que sé que te da mucha vergüenza que la gente te mire a ti en un sitio público. —Traté de no sonreír y ella estaba tratando de hacer lo mismo.

—No me estoy enterando de nada. ¿Por qué hablan todo en español? —Brian le preguntó a Alex.

—Tú mejor que no te enteres. Porque lo tienes jodido con Mariola. ¿Cómo se te ocurre tirarte a su hermana? Está prometida con un escocés enorme.

—No hables así, eso no es lo que pasó. —Brian se ofendió por las palabras de Alex.

—Ya claro... ahora me vas a decir que es amor, picha brava. —Le contesté a Brian mientras seguía mirando a María con la cucharilla en alto.

—¿Pero... —Brian se quedó con la boca abierta.

—No sabes la que te espera hermanito. —Alex estaba encantado con que mi enfado no fuese con él.

—¿Cómo se lo digo a Mark? —María me miró temblando.

—Con la verdad. La verdad siempre por delante, cariño. Él se merece saberlo. —Agarré sus manos que estaban entrelazadas encima de la mesa—. Pero necesito que me expliques algo que no logro comprender. Si estáis enamorados, sois felices y os queréis... ¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. Puede que ya son muchos años... Me dejé llevar por la rutina cuando se instaló en nuestras vidas y al verte a ti aquí, en la ciudad más maravillosa del mundo, disfrutando de la vida sin preocupaciones, sin problemas... Me dio envidia la libertad con la que vives. —Respiró profundamente.

—Te equivocas en más de la mitad de las cosas, María. Esta ciudad es maravillosa ahora, cuando vine fue un pequeño infierno. Tengo preocupaciones... —omití el detalle de Jonathan y lo que sucedió la noche anterior—. Mi vida no es como la de Carrie Bradshaw, se parece más al desastre de Bridget Jones a veces.

—Eres feliz aquí.

—Mucho, pero eso no significa que no tenga preocupaciones, problemas y un trabajo en el que pueden ser las tres de la mañana cuando recibo un mensaje de un cliente que quiere, yo qué sé, a Campanilla sobrevolando la fiesta. La vida es tan rutinaria como tú quieras hacerla. Romper con la rutina no es follarte al primer desconocido que aparezca, si en casa te está esperando un hombre maravilloso.

—Joder, la he cagado, pero bien. —María se llevó las manos a la cara.

—Se va a enterar si no se lo cuentas.

—¿Se lo puedes contar tú?

—Ni hablar. —Me enfadé porque no quería apechugar con las consecuencias de sus actos—. Esto lo has hecho tú, te toca dar a ti las explicaciones pertinentes. Adoro a Mark y no se merecía esto.

—No quiero hacerle daño.

—Eso lo tenías que haber pensado ayer antes de meterte a este yogurín entre pecho y espalda.

María, Brian y Alex me miraron fijamente.

—Vamos a ver, ¿de qué te extrañas, María?

—De nada. Eres experta en decir lo que sientes y lo que piensas... y envidia esa parte de ti. Nunca tienes miedo.

—Lo tengo, pero no me quedo con ninguna duda. Lo que quiero, lo que siento y lo que me apetece... lo digo y espero a ver la reacción de quien me escucha.

Volvió a reinar el silencio entre nosotros. María seguía con su cabeza enterrada entre sus manos y cuando se abrió la puerta de la cafetería, fui yo la que me quedé blanca.

—María, alegre esa cara de culo que tienes porque acaba de entrar Mark. No quiero que te vea así.

—Me levanté para darle tiempo a mi hermana para ir al baño y arreglarse la cara—. Mi bombonazo escocés. —Le abracé y traté de que no fuese un abrazo más largo de lo normal.

—Así da gusto. —Me besó—. ¿María?

—Ha ido al baño. Tanto café le hace mear como una embarazada. —Le sonreí y cuando no me vio puse los ojos en blanco. Cuando estaba nerviosa no encontraba excusas demasiado buenas—. Ven a desayunar con nosotros. —Le di la mano y nos acercamos a la mesa.

—Hola, Mark.—Alex le dio la mano, pero también se le notaba nervioso—. ¿Qué tal la mañana en el gimnasio?

—Genial.

—Él es Brian, el hermano de Alex. —Se levantó para saludar a Mark con una sonrisa, pero me iba a encargar de quitársela—. Brian, este es mi cuñado Mark. —Se le cambió la cara.

—En... encantado, Mark. —Le estreché la mano.

—Igualmente, Brian. —Cogió una silla y se sentó a mi lado.

Ninguno de los cuatro hablamos mientras María se restauraba la cara. A Brian le costaba hasta tragar el café y yo estaba disfrutando con aquello. Quería que se sintiera culpable teniendo a mi cuñado allí al lado.

Cuando María salió del baño, a Mark se le iluminó la cara, al igual que la primera vez que la vio en La Rioja. Estaba enamorado de ella y mi hermana había metido la pata hasta el fondo.

—Hola, cariño. —Se levantó y le dio un beso—. Te he echado de menos esta noche. ¿Te lo has pasado bien? —Mark sonreía mientras le acariciaba la cara.

—Una noche más. —María no pudo aguantarle la mirada—. ¿Te importa que nos vayamos al hotel? Necesito una ducha. —Sonrió con muy pocas ganas.

—De acuerdo, preciosa. Necesito que descanses porque esta noche te he preparado un vuelo por la ciudad. Quiero que veas lo preciosa que es. Aunque lo más precioso de la ciudad estará a mi lado. —María le abrazó y comenzó a llorar.

—¿Estás bien, nena? —Mark me miró asustado.

—Resaca. Le habrá dado llorona como aquella vez que nos tajamos a patxarán. —Noté la mirada de todos sobre mí—. Sí, ¿que pasa? Nosotras también nos emborrachamos y podemos beber mucho más que vosotros.

—Vamos, nena. Necesitas descansar. —Agarró a María por la cintura y tras despedirse se marcharon.

—Menudo marronazo tiene mi hermana. —Levanté la mano para pedir más café—. Y como mi cuñado averigüe que has sido tú con quien le ha engañado...—Negué con la cabeza—. Te saldrá un moratón del tamaño del estado de Pensilvania en tu bonita cara. Es un highlander con mucha fuerza. —Le sonreí mientras afirmaba con la cabeza. Quería que se le encogiesen las pelotas y se le subieran hasta la garganta.

—Deja de asustarle, que bastante tiene. —Me señaló a Brian con la cabeza.

—Sé que él no tiene la culpa, si hubiera sido otro tío que no conociera no le podría dar caña, pero es él quien se ha tirado a mi hermana. Así que me tendrá que aguantar un poco más. Hasta que me canse de meterme con él y recordarle que como haya roto la relación de mi hermana, le mataré. Le descuartizaré, le meteré en una bolsa negra y le tiraré al Hudson. O mejor al zoo, a la jaula de los caimanes. —Volví a levantar la mano ya que no me había hecho caso la camarera.

—Disculpadme un segundo, tengo que salir que aquí no hay mucha cobertura. —Alex agitó el teléfono y salió a la calle.

—Genial, mi hermano me deja aquí con una aprendiz de mafiosa.

—No te equivoques. —Negué con la cabeza—. No soy ninguna aprendiz. Soy de los Corleone. Capisci, Brian? —Fruncí los labios.

—Ya sé por qué mi hermano bebe los vientos por ti. —Esperó a que la camarera nos rellenase las tazas—Siento mucho lo que ha pasado con María, yo no sabía que estaba prometida y mucho menos que era tu hermana. Esta mañana se ha levantado y ha desaparecido. —Cerró los ojos unos segundos—. Lo siento mucho, Mariola, de verdad. Yo nunca jamás me interpondría entre una pareja. A mí me ha pasado y sé lo que duele. Es un dolor que no se pasa con un perdón y cuatro te quiero.

Estaba escuchando atentamente todo lo que me decía, tratando de interpretar sus palabras y saber si me estaba vendiendo la moto o estaba siendo sincero.

—Sé lo que se sufre. Se lo que duele y sé que no se olvida. He visto cómo mira tu cuñado a María. Eso es amor y devoción. Ojalá encontrase yo a una mujer que me mirase así o como mi hermano habla de ti o te mira. Eso es amor y lo de las películas románticas solo puro teatro.

Brian agachó la cabeza y aproveché para tragar saliva y decir un «joder» en bajo. Me estaba enterneciendo el destroza parejas.

—Vamos a ver, Brian. Mi hermana es la que tiene la culpa. Es la que tiene pareja, pero... ¿no te fijaste en el anillo de su mano? ¿En ese pedazo de pedrusco que lleva?

—No sé qué se me pasó por la cabeza. En cuanto la vi... desapareció el resto del mundo. Parecía que tenía una luz que la enfocaba solamente a ella. No podía ver a nadie más. Su sonrisa me volvió loco. Lo siento mucho, Mariola. —Vi cómo se le enrojecían los ojos.

—Joder, eso no. —Me senté a su lado—. No se te ocurra hacerme esto, que no hay cosa que peor lleve que ver a un hombre llorar. Y viéndote así no puedo odiarte y menos diciéndome lo que me acabas de decir de mi hermana. —Pensé en la primera vez que Alex sonrió—. Sé lo que has sentido. Yo quiero mucho a mi cuñado, le adoro, pero es mi hermana quien tiene la última palabra.

—¿Tú crees en el amor a primera vista? ¿En que te puedes enamorar de una persona nada más verla, sin conocerla, sin saber nada de ella?

Alex estaba en la acera que daba a nuestra mesa, se giró, me guiñó un ojo y me mostró su gran sonrisa.

—Sí, Brian, sí creo en el amor a primera vista. Desde que le conocí, más que nunca. —Negué con

la cabeza señalando a Alex—. Siento haber sido tan dura contigo y siento no poder odiarte como me gustaría. La culpa de todo la tiene mi hermana. —Eché la cabeza para atrás y negué con la cabeza.

—Eres increíble. —Se separó de mí y me besó la mejilla.

—Hermanito, aparta de Mariola que ya has catado a una de las hermanas. —Alex le dio una colleja a Brian y se sentó sonriendo.

—Y luego soy yo la macarra. —Me indigné cómicamente—. Si en el fondo soy más buena que el pan recién hecho con mantequilla y mermelada.

— Muchas gracias a los dos. Creo que es hora de que vuelva a casa y duerma un poco. Ahora mismo necesito desconectar y olvidarme de todo. —Se levantó de la mesa y me abrazó. —Gracias, Mariola.

—Descansa, Brian. —Le di dos besos.

—Hermanito, muchas gracias por el café, porque la charla me la ha dado Mariola. —Le abrazó y le dijo muy bajito, pero le escuché—. No la dejes escapar. Si lo haces te arrepentirás. Da igual toda la mierda que tenemos detrás. Solo piensa en ella y en vuestra felicidad.

—Lo haré, Brian. Al menos lo intentaré.

—No lo intentes. Habla con ella, lo entenderá. Todos tenemos un pasado. —Se soltó de él y le dio en el hombro—. No te arrepientas más delante de no haberlo hecho.

Brian se marchó y nos quedamos los dos sentados en la cafetería tratando de disfrutar un poco del desayuno. Yo no hacía más que negar con la cabeza y tomar café. El móvil de Alex comenzó a sonar de nuevo.

—¿Sí? Hola Dwayne. Sí. Ok. Ahora mismo estoy con ella. Tenéis que seguir con ello. Me da igual cuántas puertas tengáis que tocar o tirar. ¿En la prensa? ¿Dónde? Joder, Dwayne, te dije que te encargases. Me da igual. No pararán hasta saber toda la verdad y van a ir a por ella.

Cuando decía «ella» me miraba de reojo. Estaba hablando de mí sin duda alguna. ¿Prensa? ¿Qué demonios estaba pasando? Recordé que vi a algún periodista en los alrededores cuando bajamos del loft de Jonathan, pero esperaba que no trascendiese más allá de una alerta policial.

—Desde éste mismo momento. Me fío de ti y de tu criterio, Dwayne. No me hace falta. De acuerdo. Que venga al hotel. Eso es. Hoy mismo. Gracias, Dwayne. —Colgó y me miró como si fuera a decirme quién mató a Kennedy.

—¿Por qué hablabais de mí?

—Como ya te dije, vas a tener seguridad solo para ti.

—No, ni hablar. No quiero tener a otro idiota siguiéndome todo el día. Te dije que no lo necesitaba y no lo voy a aceptar.

—¿Por qué eres tan cabezota? Jonathan casi te mata, casi mata a Ryan y ha escapado. ¿Crees que no lo va a intentar a la próxima oportunidad que tenga? —Su tono de voz pasó a ser agresivo.

—Que me da igual, Alex. Nunca he necesitado la seguridad de un millonario a mi disposición. Póntela a ti, pónsela a Jason, pero a mí déjame en paz. —Me levanté enfadada de la mesa y dejé cincuenta dólares para pagar los desayunos—. No quiero nada de eso.

Salí hecha una furia de la cafetería. Comprendía que estuviese preocupado, pero no iba a dejar que un tío al que no conocía me siguiese las veinticuatro horas del día.

—Mariola, por favor. —Corrió unos metros por la calle y me agarró del brazo—. No quiero que nadie te haga daño. No quiero que nadie intente hacer daño a mi...

—No soy tuya, Alex. —No le dejé terminar—. No soy otra de tus múltiples propiedades. No soy una casa ni un coche y menos un objeto que puede pasar de unas manos a otras. No sé cómo han sido tus otras relaciones, pero conmigo no va a funcionar. —Traté de soltarme y me pegó aún más a él. Notaba sus brazos en tensión y sus manos me impedían irme.

—No me has entendido, Mariola. Sé que no eres una de mis propiedades. No quiero que nadie te

haga daño, no puedo imaginarme qué pasaría si a ti te sucediera algo. Te necesito. —Me besó la frente—. Eres la única persona que me ha conocido a mí, solo me has visto a mí. A un hombre al que le daba miedo volverse a enamorar y tú, pequeña cabecita loca, lo has conseguido. Me enamoraste sin planearlo. Esa forma de tratarme, tu forma de mirarme y esa manera de tocarme sin miedo. Sin miedo a nada. —Me acarició la cara.

—¿Sin miedo? ¿Crees que no me dio miedo conocerte? Esa seguridad que desprendías, esa forma de hablarme. Si hasta la tercera vez que te vi en la cafetería traté de esconderme para que no me vieras. Tenía mucho miedo a enamorarme de ti y que no fuera correspondida o que fuera más de la misma mierda que he tenido en mi pasado. —Cerré los ojos y me separé de él.

—No, por favor, no te separes de mí. —Me abrazó y apoyé mi cabeza en su pecho. Escuchando cómo su corazón me hablaba—. No quiero que te separes de mí por nada del mundo. Lo conseguiremos.

—Eso seguro. —Me separé de él y le besé—. Pero lo de la seguridad te sigo diciendo que no. Ya tengo a un loco persiguiéndome, no quiero a otro. —Me separé de él.

Caminamos hasta su hotel. Me invitó a subir a su despacho y accedí. No tenía una reunión hasta las dos de la tarde.

—No es un loco y no es negociable. —Alex entró en su despacho y cerró la puerta cuando yo lo hice.

—Pues no me gusta. —Me crucé de brazos enfadada—. No soy una niña pequeña a la que tienes que vigilar a cada paso que da. No he venido aquí para seguir discutiendo eso. —Llamaron a la puerta.

—Tarde Mariola, ya está aquí. Adelante. —Alex me desafió con su mirada.

—Me voy a marchar antes de que acabemos discutiendo. —Fui a darle un beso, pero me agarró y me tumbó hacía un lado.

—Dedícame una de tus sonrisas. —Le enseñé los dientes—. Una sonrisa de las tuyas, de las que me enamoran. —Entrecerré los ojos y terminé sonriendo—. Me encantas, señorita Santamaría. —Me besó—. Está noche deja a la niña con Justin que nosotros nos vamos a cenar. Y no acepto un no como respuesta. Ponte un bonito vestido y te paso a recoger a las ocho. —Me volvió a besar para que no rechistase—. Ya te he dicho que no acepto un no como respuesta. No rompas el corazón a este tonto enamorado.

—De acuerdo, tonto. Pásame a recoger por el hospital, iré a ver a Ryan antes de la cena.

Sí, su nombre en boca de Mariola me chirriaba cada vez más, pero no quería que se enfadase conmigo, así que la besé y esperé a que entrase en el ascensor. Pero sabía que se iba muy enfadada.

—Señor McArddle.

—El huracán que acaba de salir es la persona que tienes que proteger con tu vida. Así que no pierdas tiempo y síguela. Me da igual lo que ella te diga, no la dejes ni a sol ni a sombra.

—De acuerdo, señor.

No le dejé ni presentarse. Ni siquiera me fijé en cómo era o qué aspecto tenía. Lo único que quería es que Mariola estuviese protegida.

Cuando llegué a la oficina, Sasha estaba hablando por el teléfono y me entregó un montón de notas.

La mañana fue un caos y la reunión de las dos, pasó a ser a las tres y después a las cinco. Frank estaba en otra reunión que se le había complicado. Cuando llegó él, Justin no estaba. Le esperamos media hora más y Frank quiso darme algo de conversación.

—Mariola, no le tengas en cuenta todo lo que te ha dicho. Está muy preocupado por ti y por tu seguridad. Jonathan casi te... —Cerró la boca un instante—. Es normal que esté así. Nunca ha querido tanto a nadie como te quiere a ti y no te quiere perder.

—Pues algunas cosas que hace, me sacan de quicio.

—Ten paciencia con él. Le han hecho mucho daño y cuando conoce a una persona como tú... no

sabe muy bien qué hacer. —Me puso la mano en el hombro.

—Una persona como yo. —Me recosté en la silla—. De acuerdo, Frank.

Tuvimos que dejar la reunión a medias porque Frank tuvo que salir corriendo por un problema en el local. Así que tras recoger todo, me marché a casa. Necesitaba pegarme una ducha y relajarme con una copa de vino antes de que Alex pasase a recogerme para cenar.

Al llegar al piso cerré bien la puerta y me aseguré de que no había nadie en el pasillo tras mirar por la mirilla. Recorrí todas las habitaciones, comprobando que las ventanas estaban cerradas con la seguridad que Ryan había montado.

Puse un poco de música y me serví una copa de vino blanco. Necesitaba desconectar por unos minutos de todo lo que estaba sucediendo. En la minicadena sonó “Monday morning” de Melanie Fiona.

**Cariño, todavía te necesito, pero si te quedas, te dejaré... Y si alguna vez te veo, mi corazón sangrará, pero me voy de todas formas.**

Fui al baño del pasillo y preparé la bañera con agua caliente y unas sales. Buena música, un buen vino y un bañito para... ¿relajarme? Aquel era mi plan, pero mi teléfono comenzó a sonar en el momento en que metí la punta de los dedos de mi pie en el agua espumosa.

Se acabó la paz, era mi hermana.

—Mariola. La he cagado. —Estaba llorando otra vez.

—Tranquilízate. Todo en esta vida tiene arreglo.

—No, Mariola, esta vez no. Le he tirado el anillo a la cara y le he dicho que no me quiero casar con él. Le he contado todo y Mark no me ha dicho nada. No ha dicho ni una palabra y eso me ha sacado de quicio. Le he empezado a gritar y...

—Tranquilízate, María. ¿Dónde estás?

—En el hotel. Se ha marchado de aquí y no sé dónde está. —Sonó el timbre.

—Dios, en esta casa no se puede estar tranquila nunca. Espera, María. —Vi a un repartidor y abrí con mucho cuidado.

—¿Mariola Santamaría? —Lo leyó en el papel.

—Sí. —Le observé detenidamente a ver qué hacía—. María, espera un segundo. —Dejé el teléfono en la mesa de la entrada.

—Un envío a su nombre. —Me entregó un ramo de rosas azules—. Me han comunicado que hasta que no lo reciba no me mueva de aquí. Y la propina que me han dado es como para no moverse de aquí en semanas. —Abrió mucho los ojos.

—De acuerdo. —Le cogí las flores.

—Muchas gracias, señorita. —Se marchó al ascensor y observé el pasillo comprobando que no habría nadie.

—Mariola... Mariola... MARIOLAAAAAAAAAAAA. —Oí la voz berreante de María en el teléfono que había dejado en la mesa.

—María, tranquilízate. Sube al spa a que te hagan un tratamiento y relájate. Espera a que él vuelva.

—Quiero a Mark más que a nada en este mundo, pero no sé qué me pasó con Brian. No me había pasado nunca.

—María, tienes que descansar, dormir un poco y verás las cosas con más claridad. Yo ahora mismo no me puedo pasar por ahí. Tengo que ir al hospital, pero te prometo que cuando salga te llamo.

—Voy a atacar el minibar. Esa será la mejor solución. —Me lo dijo con una gran carcajada cargada de temores.

—Haz lo que necesites para descansar, pero no te bebas eso. Pide una buena botella de vino que te vendrá mejor.

—¿Tú me vas a perdonar algún día?

—María, puedes matar a alguien y yo siempre te perdonaré. Eres mi hermana y mataría por ti. —

Agité la nota que traían las flores en la mano—. Te quiero.

—Te quiero, tata.

Al colgar el teléfono saqué la nota del sobre. Indudablemente eran de Alex, la rubrica del hotel me lo avisaba en el sobre.

Perdona a este tonto. Lo único que quiere es que la mujer más preciosa, encantadora y sexy de este mundo, cene con él esta noche. Que pueda disfrutar de ella como la primera vez que no tuvimos a solas.

TE QUIERO, PRINCESA.

No me podía creer cómo Alex conseguía con dos palabras bonitas y un gesto romántico, que mi corazón de hierro se ablandase como la plastilina.

Cogí el teléfono y marqué sin pensar su número.

—Tonto al aparato.

—Más que tonto diría yo. Háztelo mirar.

—Ya me lo han mirado y tengo el diagnostico.

—¿Y? —Lo pregunté sonriendo.

—Total e irremediabilmente enamorado. Así que me han dicho que solo hay un tratamiento. Mariola cinco veces al día y si empeoro, subir la dosis hasta que mejore. —Al decirlo parecía que su garganta ronroneaba.

—Eres muy tonto.

—Me encantaría ver esa sonrisa que me estás regalando ahora mismo. Te recojo a las ocho en el hospital.

—De acuerdo.

Colgué y cuando miré el reloj vi que eran las seis de la tarde. Tenía el tiempo justo para prepararme, pasar por el hospital y a las ocho cenar con Alex.

Me preparé corriendo y busqué las cuatro cosas básicas para meterlas en el bolso pequeño. Cuando decía cuatro y pequeño, quería decir veinte y mediano. Me puse las gafas de sol y bajé en el ascensor. Al levantar la vista para ir a salir a la calle, vi un coche aparcado en frente de casa. Cuando el conductor me vio abrir la puerta del portal, salió del coche y eché mano del bolso para... no sé, ¿tratar de matarle a golpes con un clutch en caso de que me atacase?

—Señorita Santamaría, soy Rud. El señor McArddle me ha mandado para acercarle al hospital.

—¿Eres el de seguridad que me ha puesto? —Me bajé un poco las gafas y le repasé de arriba a abajo—. ¿Tú eres guardaespaldas?

—¿Algún problema? —Entreabrió su boca.

—Me sorprende. —Volví a mirarle.

—Mira si quieres te subes al coche, si no, llamaré a tu novio y le diré que la niña caprichosa no se ha querido montar. —Señaló el coche.

—Quién te crees que eres... ¿Frank Farmer<sup>[14]</sup>? —Me crucé de brazos y por su cara supe que no sabía de quién hablaba.

—Parece que tú eres Paris Hilton, pero en morena.

—Vete a la mierda. —Se lo dije en castellano y me fui calle arriba para parar un taxi.

—O te subes al coche o lo haré yo. Por las buenas o por las malas. —Lo dijo en un perfecto castellano.

—¿Así que hablas castellano? Pues entonces me habrás entendido bien. Pero por si acaso te lo repito. VETE A LA MIERDA.

—París Hilton. —Me di la vuelta y me vi cómo me ofrecía su teléfono—. Quieren hablar contigo.

—Pues que se vaya a la mierda también. —Continué andando y tras cerrar el coche se acercó a mí corriendo—. Es tu novio y tiene algo que decirte.

—¿Qué? —Le quité el teléfono.

—¿Por qué no quieres subir al coche?

—Porque este tío es un imbécil prepotente. Vaya ojo tienes para la seguridad, chato. —Tenía a Rud cara a cara.

—Mariola, súbete al coche con él. Si no le diré que te meta a la fuerza.

Empecé a respirar tratando de tranquilizarme y mirando fijamente a Rud. Desistí para no discutir con Alex.

—Lo hago por ti, pero como tenga a éste tío pegada al culo todo el día, acabaré saliendo en las portadas de los periódicos por asesinato. —Escuché la risa de Alex—. A mí no me hace gracia. —Le devolví el teléfono y me fui andando hasta el coche.

—Sí, señor. Eso está hecho. No me despegaré de su culo. Hasta luego. —Se acercó al coche.

—¿Me abres o tengo que esperar alguna frase tuya ocurrente? —Le miré queriendo matarle.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, señorita Santamaría. Muy, pero que muy bien. —Abrió el coche y me monté pegando un portazo.

—Sí, Farmer, vas a ser mi nuevo mejor amigo. Ya te he incluido en mis felicitaciones navideñas de por vida. — Sonreí sarcásticamente.

—¿A dónde vamos? —Me miró con una gran sonrisa por el retrovisor.

—Sabes muy bien a dónde me tienes que llevar, Farmer. —Cogí el teléfono muy enfadada y le mandé un mensaje a Alex.

No tienes ni idea de la persona a la que has contratado. Es impertinente e inaguantable. No me juzgues si un día aparece con un ojo morado.

Pulsé enviar y su respuesta fue casi instantánea.

Me da igual que sea un impertinente y las veces que termine con un ojo morado. Mientras te proteja, a mí me sirve.

Aparqué en el garaje del Sinaí y subimos hasta la planta de Ryan. Saludé a un par de policías y tuve que enseñar mi identificación para que me dejaran pasar. Cuando llegué a la habitación le dije a Rud que esperase fuera, tuvo que aceptar a regañadientes y se sentó en una silla a ojear una revista.

Entré en la habitación y había un chico hablando con Ryan. Los dos se quedaron en silencio y me miraron.

—Hola. Si molesto paso mañana a verte.

—Hola. —Sonrió—. Estás preciosa. Asumo que para venir a verme no te has vestido así.

—Tengo una cena en un rato.

—Robert, ella es Mariola.

—¿Así que tú eres la famosa Mariola? —Se acercó y me extendió la mano.

—Es posible. —Afirmé con la cabeza.

—Eres aún más guapa de lo que mi hermano me ha dicho.

—Robert. —Ryan le regañó—. ¿Puedes mantener el pico cerrado durante los próximos minutos?

Nunca sabes cuándo debes hablar o cuando callar.

—No te preocupes, Ryan. ¿Qué tal estás? —Le agarré de la mano.

—Ahora que estás aquí mucho mejor. —le miré. —Parece que mi cuerpo acepta bien la medicación. Ahora solamente esperar a que cure bien y en un par de días a Colombia.

—¿No has cambiado de opinión sobre eso?

—No te preocupes. Si ese cabrón no acabó conmigo, nada puede hacerlo. Ni mis hermanos son capaces de matarme de los sustos que me suelen dar. —Miró a Robert sonriendo.

Me estuvieron contando un poco las peripecias por Nueva York de los hermanos Acherson. Ryan era el mayor y se comportaba como tal. Era divertido saber más cosas de Ryan, y con cada detalle que me contaba, más me daba cuenta de que Ryan era un hombre impresionante. No solo por fuera, por dentro era aún mejor.

Cuando miré el móvil ya eran las ocho menos cuarto. Miré por la cristalera y me encontré a Rud dormido, con la revista que supuestamente estaba leyendo en las piernas.

Me despedí de los hermanos, pidiéndole a Ryan que me avisase el día que se fuese de la ciudad, quería despedirme de él en condiciones.

—Te lo prometo. No me voy a ir sin despedirme de ti.

—Más te vale. —Le besé ante la atenta mirada de su hermano—. Recupérate.

Al salir, me quedé delante de Rud con los brazos cruzados, esperando a que se despertase, pero no lo hizo. Es más, comenzó a emitir unos pequeños ruidos, similares a ronquidos. Agarré la revista, la enrollé y le di en la cabeza con ella.

—Au. —Se removió en la silla y escuché algunas risas de los policías que estaban allí.

—Menuda seguridad de mis cojones.

—Estaba atento. Solamente me miraba los párpados por dentro. —Se levantó de la silla—. No te preocupes, Paris.

—Lo tengo claro contigo. —Miré mi móvil y tenía un mensaje de Alex—. Se ha alargado la reunión. Me tienes que llevar a The Press Lounge. ¿Sabes dónde está?

—Por supuesto, señorita. —No tenía ni idea. Pude ver cómo lo buscaba en el móvil y sonreí.

En menos de veinte minutos estábamos aparcando en el hotel. Subimos hasta la planta donde se encontraba la terraza y nada más abrirse el ascensor me quedé descolocada. No había nadie más por allí.

—Buenas noches, señorita Santamaría, si es tan amable de acompañarme, le llevaré a su mesa. —Un hombre me acompañó hasta la terraza.

—Claro.

—Ésta es su mesa. El señor McArddle nos ha dicho que le saquemos una botella de vino mientras llega. —Me acomodó en la mesa y se fue.

—Joder. Pues sí que se ha tomado en serio la cena.

Rud parecía estar fuera de su hábitat natural. Estaba observando todo y toqueteándolo. Negué con la cabeza mientras un camarero me dejó una botella de vino blanco en una cubitera, me sirvió una copa y se alejó educadamente.

Me quedé mirando al horizonte y las luces de la ciudad tintineaban. El sitio era espectacular, pero me faltaba la compañía. Eran casi las nueve de la noche y no tenía noticias de Alex. Le llamé por teléfono, pero lo tenía apagado. Al llamar al hotel me dijeron que ya había salido hacía una hora.

Me tomé otra copa de vino esperándole y cuando me di cuenta, me había acabado la botella y habían pasado casi dos horas. Por la cabeza me pasó Jonathan, seguía suelto y Alex no daba señales de vida. Empecé a asustarme. Le pedí a Rud que llamase a Dwayne. Tenía que estar con él y sabría exactamente dónde estaba. Pude oír un poco de la conversación y sabía que Dwayne le dijo a Rud dónde estaban.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Mariola. —No me miró a los ojos.

—Me estas mintiendo. No me has llamado, París. ¿Qué demonios está pasando?

—Mira, no me voy a meter donde no me llaman, Mariola.

—O me dices dónde está o empiezo a atizarte hasta sacártelo. —Me levanté y le agarré del brazo.

—Mariola, no lo sé.

—Perfecto. Estás despedido.

Me fui al ascensor y bajé a por el coche. En un descuido de Rud, le había quitado las llaves.

—Has bebido más de la cuenta y no vas a conducir. —Rud apareció tratando de quitarme las llaves y le di un golpe en el estómago—. Joder.

—Te lo he avisado. Llévame donde está o te vuelvo a dar.

No me hizo caso y cuando le iba a dar otro golpe, me agarró del brazo, me quitó las llaves del coche y me acorraló contra el coche.

—Mariola, es mejor que te lleve a casa. Mañana ya hablaras con él y que te explique por qué demonios no ha aparecido.

—¿Por qué no quiere que vaya a dónde está? ¿Qué me está ocultando? —Resoplé varias veces y agaché la cabeza negando.

—Está en el bar de su hotel. No sé nada más. Te lo prometo.

—Acércame allí, por favor. El motivo de que tú me estés protegiendo es lo que me preocupa. —Me miró durante unos minutos mientras yo le rogaba que me llevase al hotel.

—De acuerdo, pero no quiero tener problemas con mi jefe. —Se montó en el coche.

—No los tendrás.

Aparqué el coche en el hotel y dudé durante unos segundos en entrar o no. Me quedé inmóvil en el coche durante unos segundos, respiré varias veces y comprobé que Rud me miraba sin saber qué decir por el retrovisor.

—Venga, Mariola. Con un par.

Me bajé del coche, me ajusté el vestido y entré decidida en el hotel. No sabía qué me iba a encontrar, pero sabía que no estaba con Jonathan. Lo que no comprendía es por qué no me había avisado.

Mis tacones anunciaron mi entrada en el hall. Sonreí al recepcionista y me encaminé al bar. Antes de entrar, busqué a Dwayne y le encontré en una esquina del bar leyendo un periódico. Parecía estar relajado, así que yo hice lo mismo. Abrí la puerta lentamente, sin hacer demasiado ruido y traté de localizar a Alex. Estaba en una de las mesas del fondo con las manos en la cara y hablando con alguien. Desde mi posición no podía ver bien con quién lo hacía. Pero cuando se movió... cuando ella se movió...

—Me cago en lo más grande.

La señora Vuitton le estaba acariciando la mano y la cara. No me podía creer que me hubiera dejado plantada por esa bruja con zapatos de tacón. Respiré seis, siete u ocho veces antes de acercarme a ellos. La señora Vuitton le avisó de mi llegada a Alex y este al girarse, tenía restos de lágrimas en sus ojos.

—Mariola, contrólate y no la líes. —Me lo dije en bajito para tranquilizarme—. Buenas noches. —Me crucé de brazos ladeando la cabeza.

—No deberías estar aquí. —Alex se levantó y me agarró del brazo apartándome de la mesa.

—El que no debería de estar aquí eres tú. Hace dos horas habíamos quedado para tener una bonita cena romántica. Pero aquí estás, con la señorita zapatos de tacón, vestido ajustado y... —Negué con la cabeza—. Al menos, podrías haberme llamado para cancelar la cena con alguna excusa de las tuyas. No sabes las veces que me he repetido a mi misma que no eras como los demás, que no eras otro gilipollas arrogante lleno de mierda, pero, como ya te dije, tengo el radar con los hombres jodido.

—Mariola, yo...

—Ni tú ni ostias. Me da igual toda la palabrería que me quieras soltar, todas tus palabras bonitas de esta mañana te las puedes meter por donde te quepan, porque esta idiota no te va a volver a creer. Ya te lo he dicho alguna vez, no hagas que me arrepienta de haberme enamorado de ti ni de quererte. Quédate con la señorita —la miré bien y me autocorregí—, la señora peinado de la Quinta. Porque cada vez que ella

aparece en escena —la señalé descaradamente—, lo nuestro se hunde.

—A ella no la metas.

—La meteré donde me dé la gana. —Hice hincapié en todas las palabras—. Aunque aquí el que se la meterá serás tú. —Saque la sonrisa más sarcástica de mi repertorio.

—Esa boca, Mariola. No me gusta... —no le deje terminar.

—Te gustaba mucho esta boca y lo que hacía con ella, pero... Cambiar de opinión es completamente lícito. Te habría dado las gracias si me hubieses avisado antes de tus cambios de humor y gustos tan bipolares. Que si esto es una relación completamente abierta, Ryan es una gran opción para compartirme.

—Mariola.

—Que te den, Alex. Que te den.

No le dije nada más. Sabía que aquellas últimas palabras saliendo de mi boca iban a dolerle mucho, pero donde las dan las toman. Y a macarra y un poco zorra, poca gente me podía ganar.

Pasé por la barra y antes de marcharme del bar, entré dentro de la barra, pasé mis dedos por las botellas de alcohol y elegí dos de *Macallan* 1824 Reserva.

—A cuenta del señor director.

El camarero no dijo nada, Alex no daba crédito, Dwayne estaba alucinando y Rud escondía una sonrisa debajo de la cara seria que trataba de mantener.

—Buen gusto, Paris.

Miré a Rud, pero no dije nada más. Fui al ascensor y subí a la suite de mi hermana. Llamé tres veces, pero mi hermana no abría. Comencé a dar golpes con la palma de la mano en la puerta.

—María, por tu padre, abre la puerta o empiezo con estas botellas yo sola.

Escuché unos muelles moviéndose, un par de gritos y a los segundos la cabeza de mi hermana apareció por la puerta.

—Ya veo que me has hecho caso.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitamos emborracharnos. —Levanté las botellas en el aire, empujé a mi hermana dentro de la habitación, me quité los zapatos lanzándolos al aire y cerré la puerta con un pie.

—¿Tú no deberías estar en una cita romántica en... —Mi hermana dejó de hablar cuando me giré y la miré levantando la ceja.

—Traigo dos botellas para ahogar nuestras penas, María. —Mi teléfono comenzó a sonar—. Como sea Alex estampo el teléfono contra la pared. —Vi la cara sonriente de Justin en la pantalla—. Contigo quería hablar yo muy seriamente.

—¿Me he metido en problemas?

—No lo sabes tú bien. ¿Dónde estás? —Me tiré en el sofá con María y puse el manos libres.

—En un bar cerca de Madison.

—Pues te quiero ver en el hotel, Suite Central Park, la de la terraza. Necesitamos una reunión urgente de mentes maravillosas.

—Miedo me das, Mariola. ¿Es... estáis borrachas? —Miré a mi hermana y asintió.

—María sí y yo estaré más borracha en unos minutos.

—Voy volando. Necesitáis ayuda urgente las dos por lo que parece. Diez minutos.

En menos de diez minutos Justin estaba con la lengua fuera llamado en la habitación.

—¿Qué se está quemando?

—Pues el culo de la Vuitton a manos de Alex y la cabeza de mi hermana.

—Va a ser una noche muy larga.

—Y de las que dan resaca.



# 13.

## COMO UN GRAN RESACÓN

Tratamos de dejar las reservas escocesas vacías, bueno, al menos lo intentamos con las del hotel.

—Esto va a ser peor que una orgía. Mañana nos va a doler todo.

Rebusqué todos los cojines que había en la suite, los tiré al suelo y nos tiramos encima.

—Aquí no habrá sexo. Alguna ya tuvo ayer suficiente meneo de caderas. —Miré a mi hermana mientras apuraba lo que quedaba en el vaso.

—Serás... —me dio con un cojín a la cara.

—Ahora me dirás que solo hubo tocamientos por encima de la camisa. Hubo sexo y del bueno. Que Brian tiene pinta de ser todo un semental. —Eché más bebida en los vasos y me di cuenta de que nos habíamos acabado la primera botella.

—Sois unas alcohólicas. —Justin se lanzó casi en plancha a nuestro pequeño oasis de cojines.

—¡¡¡Reconocidas!!! —Gritamos a la vez chocando los vasos.

—Estáis locas.

—Ahora empieza la ronda de preguntas y no me miréis mal porque esto va a ser peor que un interrogatorio en Guantánamo. —Justin y María se miraron con pánico.

—Venga, adelante. —Justin se sentó sobre uno de los cojines.

—¿Tú en qué estabas pensando cuando dejaste que mi hermana empezase a tontear con Brian?

—Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Estaba a lo mío. —Se bebió de trago la copa.

—¿A quién estabas metiendo fichas?

—¿Yo? —Se llevó las manos al pecho indignado.

—Sí, Jus, que nos conocemos. —Al observarle sabía que no estaba diciendo toda la verdad—. ¿Qué has hecho?

—¿Cómo demonios lo sabes todo siempre?

—Es una herencia que tiene que le dejó la abuela o la bisabuela bruja. Siempre sabe todo y sabe cómo sonsacárselo a la gente. —María se estaba peleando con la segunda botella de *Macallan*.

—No siempre, a Alex... —Me mordí los labios—. Maldito gilipollas. —Le quité la botella a mi hermana y le di un trago.

—Garganta profunda, para un poco que vamos a acabar en urgencias. —Justin me quitó la botella derramando parte de ella en los cojines.

—Mañana cuando vengan a hacer la habitación van a flipar. —María no pudo contener la risa.

—Sí, porque van a encontrar a tres borrachos medio muertos en el suelo.

—María, ¿qué es lo que te paso ayer con Brian? —me puse seria.

—No lo sé, tata. Nunca en la vida habría pensado que esto me podría pasar. Quiero muchísimo a Mark, pero... la sensación que tuve ayer al hablar con él, al besarle, al acariciarle... hacía mucho tiempo que no lo sentía. No sé cómo llamarlo. —Empezó a llorar.

—Yo sí. —Justin se levantó a buscar en el mini bar algo que comer—. Eso sólo pueden ser dos cosas. O bien un buen calentón, que mirando al hermanito no lo dudaría, o un flechazo en toda regla. Lo

mismo que le pasó a tu hermana con Alex.

—Lo mío creo que fue un calentamiento mezclado con atontamiento momentáneo. Que ha terminado con una patada en el culo, con este fabuloso *Calvin Klein* —me agarré el tirante del vestido— y con un guardaespaldas capullo.

—¿Guardaespaldas? —Me miraron los dos sorprendidos.

—Espera, que tenemos aquí a Whitney Houston y no nos hemos enterado. Ha venido desde el mundo de los muertos a vernos. —Justin tarareó la canción de “El Guardaespaldas”.

—No me tratéis de cambiar de tema. Que tanto tú —señalé a mi hermana—, como tú —señalé a Justin— me habéis decepcionado. No quiero darte un sermón ni nada por el estilo, pero debes aclarar tus ideas. Y no deberías haberle tirado el anillo a Mark a la cara. ¿Cómo se te ocurrió hacerle eso? —Mi hermana estaba comiéndose una chocolatina entera..

—Me salió ese gen Santamaría cabrón. No sé por qué lo hice. Supongo que porque él no decía nada. Solo me miraba y asentía con la cabeza. Fue su silencio lo que más me dolió.

—¿Qué hubieras hecho tú en su situación? —Me levanté.

—No lo sé. Supongo que me habría quedado en shock, sin saber qué decir. Pero habría reaccionado... Tengo que hablar con él. —Se fue a levantar, y menos mal que estaban los cojines, porque según subió volvió a bajar mareada.

—No creo que estés en condiciones de hablar con nadie ahora mismo. Además, que no tienes ni idea de dónde está. Necesitamos más bebida. Justin.

—Dime. —Salió del baño con una mascarilla rosa.

—¿Qué demonios te has puesto? —Le miramos las dos.

—No sabéis lo que el alcohol le hace a mi cara y a mi juventud. Lo he encontrado entre los amenities del hotel. Es de *Bvlgari*.

—Llama a recepción y que nos suban más bebida, pero hazte pasar por el gran director del hotel. — Le di el teléfono.

—¿Perdona? ¿Que quieres que haga qué? —Gritó.

—Solamente tienes que decir que le suban bebida a la suite.

—Y algo de comer. —María estaba tumbada mirando al techo y lanzando al aire nueces de Macadamia, cogiéndolas con los dientes al caer.

—Bebida y algo de comer, que son unos huéspedes muy importantes.

—¿Creéis que necesitamos más alcohol?

—Por supuesto. Tengo que acabar de sonsacar a María la verdad de todo.

—Y yo a ti qué demonios ha pasado con Alex. —Mi hermana me miró.

—De acuerdo. —Cogió el teléfono y se aclaró la voz, parecía que iba a cantar *La traviata*—. A ver si cuela. Buenas noches, soy Alex. Necesito que subáis a la suite central Park, la de la terraza, dos botellas del mejor champán que tengamos y un par de botellas de buen Macallan y comida. Eso es. Son unos huéspedes muy especiales y si piden cualquier cosa, sea la hora que sea... Eso es... Perfecto. Muchísimas gracias. —Colgó y se quedó mirando el teléfono—. Parece que ha colado.

—Muy bien, cariño mío. —Tiré de su brazo y cayó a los cojines—. Aunque siga enfadada contigo por permitir que mi hermana se beneficiase a ese tiarrón, te sigo queriendo muchísimo. —Le besé—. Una pena que seas gay.

—Mi cuerpo está muy cotizado últimamente. No sabes la cantidad de números que conseguí ayer en ese local. —Abrió mucho los ojos.

—¿Y Scott?

—Tenemos una relación muy abierta. Somos amigos con derecho a roce, nada más. Ya sabes quién es mi amor, pero es imposible.

—No sé por qué no lo habláis de una vez. Sois amigos desde hace años y nunca habéis tenido nada.

Puede que a él le pase lo mismo.

—¿Pero tú le has visto? Es guapísimo, centrado con su trabajo y en su vida. No pegamos ni con cola.

—Los polos opuestos se atraen, Jus. —María agachó la cabeza—. No te estanques en una relación monótona. Un día puede llegar alguien que ponga tu mundo patas arriba con dos segundos de tu tiempo y será entonces cuando te das cuenta de que estabas viviendo una vida que no te hacía feliz. Aunque lo pareciese. Esa persona que con dos palabras te hace sentir especial. Yo pensaba que Mark me ofrecía todo eso, pero me he dado cuenta de que no era así. —Se levantó y salió a la terraza. Justin y yo la seguimos de cerca—. De que nuestra relación ya se basaba en la amistad y el respeto. Siempre le querré por todo lo que me ha apoyado y querido, pero me he dado cuenta de que necesito vivir. Han sido muchos años. Si en un futuro me arrepiento de la decisión que he tomado, asumiré las consecuencias, pero al menos no me arrepentiré de preguntarme qué hubiera pasado si no lo hubiera hecho. —Se quedó unos segundos callada—. He seguido tu ejemplo, Mariola. He saltado al vacío sin esperar a que ninguna mano me agarrase y me he encontrado con la de Brian.

—Y por esto Jus, es por lo que necesitamos más alcohol. —Señalé a mi hermana—. Nos suelta la lengua a todos. —Llamaron a la puerta.

Justin fue a abrir mientras nosotras nos sentamos en la terraza. Mi hermana se acurrucó a mi lado y yo, por primera vez, no sabía qué decirle. No encontraba la respuesta adecuada a lo que acababa de confesar. Ella quería a Mark, pero ya no estaba enamorada de él.

—¿Pensaste que una boda lo solucionaría?

—Creí que sí le amaba, pero solo le quiero y...

—Y tomaste el camino de hacerle daño para que se alejase de ti.

—Sí.

—Buenas noches, señor. Cortesía del director del hotel. —Escuchamos al botones y el tintineo de los platos y botellas del carrito—. Cualquiera cosa que necesiten no duden en llamarnos a la hora que sea. Estamos a su completa disposición.

—Muchas gracias. —Justin le dio una propina.

—Buenas noches, señor. —Cerró la puerta.

—Preciosas, tenemos aquí un banquete. —Sacó el carrito con cuidado a la terraza—. Suenan un móvil y no es el mío.

—El mío tampoco. —María abrió las tapas de la comida.

—Es el mío entonces. ¿Dónde demonios está mi bolso? —Busqué por la habitación y me guie por el sonido. Estaba debajo de los cojines—. Te tengo. ¿Sí?

—¿Mariola? ¿Te pillo en mal momento?

—Claro que no, Mark. ¿Qué pasa? —miré a mi hermana y cerré los ojos.

—Necesito hablar con alguien y solo te tengo a ti en esta ciudad. ¿Podemos quedar? —Me fui al baño y cerré la puerta.

—Claro que sí, Mark. ¿Dónde estás?

—En el Garden Restaurant.

—¿En el hotel? —Me quedé en silencio un par de segundos—. Dame cinco minutos y bajo. Que también estoy en el hotel.

—¿Estás con María?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Te espero aquí.

Me apoyé en la encimera del lavabo y me miré en el espejo, dudando de si era el mejor momento para hablar con Mark. Me acerqué a la terraza.

—Mark está abajo, voy a hablar con él. —Me coloqué bien el vestido.

—¿Vas a bajar? —María protestó con la boca llena de comida.

—Sí. Él también necesita hablar con alguien y no conoce a nadie en la ciudad. Se merece que le escuche y que alguien le aconseje.

—Supongo. —María respiró profundamente.

—No te preocupes, que lo que me has dicho queda aquí. No se merece escuchar eso de mi boca. ¿Mis zapatos?

—Los tiraste al entrar. —Los busqué por la habitación, pero no hubo suerte.

—Me llevo el móvil. Si hay alguna emergencia, me mandáis un mensaje. Os quiero. —Cogí un par de lonchas de bacon tostado y salí de la habitación.

Me estiré de nuevo el vestido, tratando de recuperar algo de dignidad, pero al verme el pelo en el reflejo de las puertas del ascensor... dignidad ya poca me quedaba. Cuando pulsé el botón, noté que había alguien detrás. Afiné la vista tratando de ver quién era a través de las puertas. Allí estaba Farmer.

—¿Tú no te cansas de asustarme?

—¿Perdona? El alcohol que llevas en vena no te deja asustarte. Aunque no me extraña con las botellas de whisky que has robado del bar y las provisiones que os acaban de traer.

—¿Me estás vigilando?

—Es mi trabajo, Paris. —Entró conmigo en el ascensor para acompañarme los treinta y dos pisos de bajada—. ¿Y tus zapatos?

—Han muerto en combate. —Hice la señal de la cruz en mi cuerpo.

—Tu enfadado novio te está buscando y no está de buen humor después de la escenita a lo telenovela mexicana que has protagonizado.

—Mira, bonito de cara, no sabes ni la mitad de nuestra historia. Así que cierra esa boca de una vez.

—Me empecé a pellizcar las mejillas. Noté cómo me miraba sonriendo—. No me mires así, esto mejora el tono de la cara y realmente lo necesito.

—Yo no digo nada. —Se cruzó de brazos echando la cabeza para atrás—. Eres el peor objeto que he tenido que proteger.

—¿Objeto? ¿Has tenido la cara de llamarme... objeto? —Abrí la boca indignadísima—. Tú eres muy tonto.

—Aunque te suene mal, eres lo que debo proteger. Después de lo que ha pasado, de la que has liado, me han ordenado seguir protegiéndote. Tu novio, exnovio o lo que sea, me ha exigido que no me separe de tu culo... pase lo que pase. Y voy a cumplir sus órdenes.

Salí del ascensor sin dar crédito a lo que aquel imbécil me estaba diciendo.

—Y protejo un culo increíble, sí señor. —No se cortó a la hora de decirlo, parecía que quería que le escuchase.

—Serás gilipollas.

Entré en el bar y al fondo de la barra vi a Mark. Su cara le delataba, se estaba muriendo por dentro. Como buen escocés, estaba matando las penas con una botella de whisky al lado. Nosotras habíamos cogido esa costumbre tan escocesa y la habíamos hecho nuestra.

—Esto va a ser muy jodido. —Me acerqué a Mark ante la mirada estupefacta de los que nos rodeaban. Todos se habían dado cuenta de que iba descalza y con pelos de loca—. Buenas noches, Mark.

—Hola, preciosa. —Se levantó del taburete y me abrazó hasta levantarme del suelo.

—¿Qué tal estás? —Al soltarme me agarró de la cara para besarme.

—Echo una verdadera mierda.—Me besó en la frente y nos sentamos—. No entiendo nada de lo que ha pasado. —Tenía el anillo de compromiso de María en uno de sus dedos y lo estaba girando—. ¿Has hablado con ella?

—No quiero mentirte, Mark. —Puse mi mano sobre la suya—. Lo que más le molestó fue que no le dijeras nada.

—¿Qué le podía decir? No me podía creer lo que me estaba contando. Quería creer que era una maldita broma, pero cuando me lanzó el anillo y suspendió la boda... supe que todo se había acabado. Le he dado lo mejor de mí, la he protegido y la he amado como a nadie. Pero se ve que no ha sido suficiente. —Pegó otro sorbo a su copa.

—La vida da muchas vueltas y cuando crees que todo va bien, siempre hay algo que te la pone patas arriba. No estoy justificando a mi hermana, ni mucho menos. Lo que ha hecho está fatal. No te lo mereces. Pero hay veces que no nos damos cuenta de las cosas, hasta que la vida nos da un bofetón para espabilarnos.

—¿Sabes quién ha sido? —Me pilló negado a medias con la cabeza—. Supongo que habrá sido un... Si es que no puedo ni decirlo en alto.

—Me duele mucho verte así. —Le quitó el vaso y le pegué un trago.

—No me queda nada más que hacer en esta ciudad. Mañana me vuelvo a casa para estar con los míos y anunciar el fin del compromiso. —Apoyó la cabeza en la barra—. La vida es una mierda.

—No lo es. A veces la vida te putea y te pone la zancadilla, pero hay que vivirla sin miedo a caer. Me encantaría decirte que luchases por ella y que volverá a tu lado, pero no tengo ni idea de lo que va a hacer mi hermana, de verdad. —Tamborileé con las uñas en la barra—. Dale tiempo y espacio. Si vuelve a tu lado y quieres perdonarla... estará en tu mano. Pero no te arrepientas en el futuro de nada de lo que hayas hecho o dejado de hacer.

—¿Tú te arrepientes de algo?

—No me arrepiento de dar nuevas oportunidades, aunque en el fondo sepa que no va a salir bien.

—¿Qué te ha pasado? —Levantó la cabeza y acercó mi silla a él para poder abrazarme.

—Lo de siempre. Que los príncipes azules no es que destiñan, te dejan manchurriones que no se van ni con lejía. —Me apoyé en su pecho.

—¿Alex?

—Sí, el capullo trajeado señor dueño del mundo. No sé cómo me las ingenio, pero siempre me equivoco. Los más asquerosos o los más capullos y problemáticos. ¿Por qué no me podré enamorar de alguien como tú?

—Porque no estaba escrito. —Me besó en la cabeza.

—Vaya dos. —Me quedé unos minutos acurrucada sobre su pecho y al final me separé de él.

—Por cierto, ¿quién es ese tío que no nos quita ojo de encima?

—¿Tiene cara de imbécil?

—Tiene los ojos puestos en ti y una sonrisa en la boca muy guasona.

—Sí, mi guardaespaldas. Protección de Alex.

—Preciosa, si alguien te pone seguridad... te quiere y quiere protegerte.

—Si alguien te quiere, confía en ti y te cuenta toda la mierda que tiene en su vida. No te oculta las cosas y te deja plantada. No te manda notitas de amor por la tarde y esa misma noche te abandona por una tiparraca. Para él parece que solo soy un activo más.

—¿Quieres que le dé una paliza? —Me miró con su preciosa sonrisa.

—Yo me ocuparé de eso.

Nos quedamos los dos unos minutos jugueteando con nuestras manos y sin hablar. Por los altavoces comenzó a sonar "One call away" de Charlie Puth.

**Estoy solo a una llamada de distancia, estaré allí para salvar el día. Superman no tiene nada que hacer conmigo.**

Sonreí y al levantar la vista pude ver a Mark sonriendo, mirándome a través del gran espejo de la barra.

—Estoy a una llamada de ti, Mark.

—Y yo de ti. —Apretó fuertemente mi mano—. Voy a hacer la maleta y al aeropuerto. Tengo el

vuelo en cuatro horas y necesito despejarme un poco antes.

—No he visto tu ropa en la suite.

—He pedido otra habitación. —Nos levantamos de la barra y caminamos hasta el ascensor.

—Siento mucho lo que está pasando, Mark. Sabes que te quiero muchísimo y que me tienes para lo que necesites, pero en esto no me puedo meter. Ella es mi hermana y tú... tú siempre serás mi cuñado, siempre. —Le abracé tratando de no derramar ninguna lágrima—. No te olvides de mí.

—Imposible. Solo quiero decirte algo que me dijiste a mí hace muchos años. Que aunque el amor da miedo muchas veces, muchas muchas veces, la recompensa final merece mucho la pena. Compartir tu vida con la persona que quieres es la recompensa a tanto miedo. A mí me hiciste reaccionar. —Puso su mano sobre mi corazón—. Escúchale. En estos momentos es el que te puede ayudar. —Le besé y me despedí con la mano cuando se cerraron las puertas del ascensor en el hall.

Me quedé allí quieta sin saber muy bien qué hacer. Me dolía mucho ver a Mark de aquella manera, pero tras lo que me había confesado mi hermana... no podía decirle a Mark que luchase por ella, le iba a rechazar.

Volví al bar y me pedí una copa. No quería enfrentarme al interrogatorio de mi hermana sobre él. Prefería que siguiesen bebiendo hasta perder el sentido. De nuevo tuve la sensación de unos ojos clavados en mi nuca.

—Rud, en serio, deja de hacer esto porque te voy a acabar pegando un guantazo.

—¿Me pegarías? —No era la voz de Rud.

—Puede. —Al girarme Alex me estaba mirando fijamente—. Sí, ahora mismo te pegaría para ver si reaccionas de una maldita vez. —Volví a darme la vuelta y agarré el vaso.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—Ahora viene con dignidad. —Negué varias veces y puse los ojos en blanco—. Ahórratelo, Alex. ¿A qué coño sigues teniendo miedo?

—No te comprendo.

—Ese parece ser nuestro problema, que hablamos idiomas diferentes y nos movemos en diferentes mundos. Espero que te vaya bien con ella. Estoy agotada de luchar por algo que no tendrá un «y fueron felices». No puedo más Alex. Todo esto me ha sobrepasado. ¿Sabes qué es lo primero que pensé cuando no llegaste a nuestra cita? —Negué con la cabeza—. Lo primero que pensé fue que te había pasado algo. No podía ser que no me avisases de que ibas a llegar tarde después de todo lo que habíamos hablado. —Sonreí amargamente mientras agitaba el vaso—. Pero cuando llegué aquí, comprobé que no soy la primera en tu lista y nunca lo seré. Siempre está ella por delante. No sé quién es y la verdad... ya me da igual.

—Mariola, escúchame. —Me dio la vuelta en la silla.

—Tus explicaciones llegan tarde, Alex. No sé qué es lo que escondes, no tengo ni idea de qué es lo que te pasa para que tengas miedo a amar y a que te amen. Así que te deseo lo mejor. Espero que seas muy feliz y que algún día encuentres a la persona que te borró esos malditos miedos o estarás jodido el resto de tu vida.

—Hace un rato me me has mandado a la mierda y ahora me deseas suerte con una sonrisa. No sé si eres una psicópata o... No lo entiendo.

—Yo no quiero arrepentirme de nada en esta vida. Yo lo he intentado, he tratado de hacerte ver las cosas de otra forma, de que supieses lo que es que te quieran sin miedos y sin mentiras. Siempre habrá algo o alguien que se interponga. No puedo luchar sola, Alex. Si tú no luchas... esto se va a la mierda. —Me costaba mirarle a los ojos.

—Por favor, Mariola. Déjame que te explique.

—Tenemos que aceptar que no hay un nosotros mientras tú... —No quería decir nada más.

—Te quiero, Mariola.

—Y yo, Alex, pero no parece ser suficiente.

Para nosotros quererse no era suficiente. Para Alex tal vez yo no fuese bastante o es que aquella mujer rubia era quien le ataba tanto a su pasado y no le permitía avanzar. No quería vivir el resto de mi vida pensando en que si ella aparecía... lo nuestro se iba a ir a la mierda una y otra vez.

Su cara parecía querer decirme muchas cosas, su corazón supongo que también, pero de su boca no salió nada. Comprendí la desesperación que sintió mi hermana cuando Mark se quedó callado.

Me puse de puntillas y me acerqué lentamente a él, lo último que necesitaba era un rechazo por su parte. Quería sentir sus labios por última vez. Quería mantener el recuerdo de que lo nuestro no había sido algo fugaz y sin sentido. Me acerqué más a él y le di un beso en los labios. Un último beso de despedida cargado de dolor. Un beso que ponía punto y aparte a nuestra ya más que fallida relación.

Él se sorprendió dejándose caer en una de las sillas, sin decir una palabra. Me miraba y negaba con la cabeza, con un gesto de tristeza en su cara. Le acaricié sin decir una sola palabra, regalándole una sonrisa. Me estaba costando hacer aquello, separarme de él y fingir que no sentía ningún tipo de dolor, pero era lo mejor para los dos.

Ojalá pudiera odiarle y maldecirle, pero le quería más de lo que me hubiera gustado admitir. Me alejé de él y me encontré con la atenta mirada de Rud en la puerta. Su cara también había cambiado.

Llegué al ascensor y presioné el botón para que el ascensor me sacase de allí antes de que rompiese a llorar delante de ellos dos. Se abrieron las puertas y entré, pero justo antes de que se cerrasen, cuando mis lágrimas estaban a punto de desbordar mis ojos, un brazo interrumpió el cierre. Al levantar la vista me encontré con Alex. Volví a mirar el suelo, abriendo mucho los ojos para retener las lágrimas. Tiró de mi mano y me pegó a él. Podía escuchar su corazón, latiendo a cien por hora, su respiración entrecortada, su cuerpo tenso al rozar el mío. Me agarró de la cara y me obligó a mirarle a los ojos.

—Perdóname, Mariola. Perdóname por todo.

Me besó en la frente y las lágrimas empezaron a caer sin control. No pude aguantar más sin desmoronarme por completo.

—Prefiero perderte y que seas feliz, a que seas infeliz a mi lado. Lo siento mucho, cariño.

Me besó y se alejó de mí como si estar en contacto con mi piel le abrasase. Observé cómo se alejaba de mí y mi corazón se partió en mil millones de pedazos. Le observé hasta el último centímetro que pude antes de que las puertas se cerrasen. Durante el trayecto de las treinta y dos plantas no pude dejar de llorar. Las puertas se abrieron y Rud estaba frente a mí. Le negué con la cabeza avisándole de que no estaba dispuesta a aguantar sus tonterías, pero no dijo ni una sola palabra. Solamente se acercó y me abrazó.

—Tranquila, Paris. Todo en este mundo tiene solución.

—Ya tenías llamarme Paris. —Me separé de él y le di en el estómago.

—París después de una resaca en Las Vegas.

Miré para atrás y continuó sonriéndome. Antes de llamar a la puerta volví a mirar. Estaba hablando por teléfono y a los segundos se marchó. Ya no me correspondía tenerle de seguridad.

Llamé a la puerta y una muy borracha María abrió la puerta, y le cambió la cara cuando me vio.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —Tiró de mi brazo metiéndome en la habitación.

—He hablado con Mark. Ahora mismo estará yéndose al aeropuerto. Vuelve a Escocia. Necesito una ducha. —Me fui quitando la ropa hasta llegar al baño.

Me di una ducha rápida que me ayudó a despejarme por completo. Al salir me encontré a Justin y a mi hermana durmiendo en los cojines del suelo. Le robé algo de ropa a mi hermana, les tapé con unas mantas y me fui. Necesitaba desconectar, quería olvidarme de lo que acababa de pasar y tenía que ser en algún lugar seguro, en un sitio que... Sabía exactamente dónde tenía que ir.

*Decirle adiós en el ascensor fue más duro que obligar a Mariola a que se alejase de mí. Ella me*

quería y yo seguía siendo un maldito cobarde. Ni siquiera fui capaz de contarle la razón por la que Jonathan me quería hacer pagar por mis pecados del pasado.

Me senté en el sillón del despacho y encima de la mesa tenía la revista en la que salíamos los dos a la salida del Soho Grand Hotel. Estábamos en portada sonriendo, justo en el momento en que la besé en la puerta del hotel antes de separarnos, cuando ella estaba ladeada y con una preciosa sonrisa en su cara. El pie de foto era muy jugoso para que continuasen siguiendo la persecución: «la tan esperada reconciliación del multimillonario y la organizadora de eventos española. Pocos eran los medios que conocían su reciente relación y nosotros tenemos la exclusiva».

—Menuda mierda. —Lancé la revista a la basura y sonaron unos nudillos en la puerta—. Adelante.

—Hola, cariño. —Vivian entró decidida.

—¿Qué haces aquí?

—Se me ha olvidado decirte dónde hemos quedado mañana.

—Mándame un mensaje mañana con el lugar y la hora.

—¿Ya has hablado con la señorita malhablada? —Su siempre temido tono burlón apareció.

—No tengo ganas de aguantar cosas así esta noche. —Me pasé la mano por la cara—. Sí, he hablado con ella.

—¿Ha seguido con su boquita tan dulce? —Negó con la cabeza.

—Vivian, vete. No me apetece hablar ahora mismo. —Señalé la puerta enfadado.

—De acuerdo, cariño. No quiero molestarte. Mi intención no es meterte en ningún problema. —Se acercó para darme un beso y me aparté—. De acuerdo. Mañana nos vemos, cariño. —Salió del despacho y me quedé con la mirada fija en la puerta cerrada unos minutos.

—Ahora sí que la has cagado del todo, Alex. —Puse música y la primera canción que sonó...—. Venga, ya. ¡No me jodas!

**Un truco de magia y un giro del destino, sobre una cama de clavos... Contigo o sin ti, contigo o sin ti. A través de la tormenta, alcanzamos la orilla. Tú lo das todo, pero yo quiero más... No puedo vivir, ni contigo ni sin ti.**

“With or without you” de U2 sonaba más dura que nunca. Era una de mis canciones favoritas, pero nunca había tenido tanto sentido como aquella noche. Quise ponerme una copa, pero lo evité en el último momento. Tenía que hacer frente a mis decisiones, a mis estúpidas decisiones, sobrio. Sin que el alcohol me hiciese hacer o decir cosas de las que pudiese arrepentirme más adelante.

Miré por la ventana y la ciudad parecía demasiado tranquila, comparándola con mi noche. Abrí la ventana, necesitaba un poco de aire. Ya estábamos en julio y el calor se notaba hasta por la noche. Por el reflejo de la ventana vi la portada de la revista en la basura. Me agaché y la recogí. Durante unos segundos sentí aquel beso, sentí los labios de Mariola sobre los míos, su sonrisa explotando sobre mi boca...

De nuevo unos nudillos en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

—Adelante. —Esperaba que no fuese otra visita inesperada. La jefa de recepción apareció con su eterna sonrisa—. Hola, Rachel.

—Buenas noches, señor. Yo acabo ya este turno y quería comentarle que la Suite está servida. Todo lo que ha pedido se lo hemos subido.

—¿Perdón? —Apagué la música sin comprender lo que me estaba diciendo.

—Sí. Antes llamó para pedir que les subiésemos comida y Macallan. Huéspedes especiales.

—¿Suite Central Park?

—Eso es, señor. ¿No es lo que quería?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias, Rachel.

—De nada, señor. Buenas noches.

*Rachel salió de la habitación y sonreí como un imbécil al saber que aquello era la marca de Mariola. Tenía que solucionar mis problemas para poder hablar con ella y poner encima de la mesa toda mi mierda y esperar que ella... rezar por que ella lo comprendiese.*

Al llegar a la suite del Soho Grand Hotel una tranquilidad me invadió. No quería ir a casa, pero tampoco me quería quedar en el hotel. Necesitaba estar en un lugar en el que encontrar paz. Aunque fuese una contradicción ya que aquel lugar que me recordaba a Alex, pero me recordaba a un buen momento, a un muy buen momento y al salir a la terraza... supe que aquel era mi lugar secreto en Nueva York. Después de ocho años había encontrado aquel pequeño oasis en la ciudad. Nadie sabía que estaba en aquella terraza, nadie me juzgaba, nadie me quería hacer daño, nadie podía hacerme daño tumbada en aquel banco pidiendo estúpidos deseos a las estrellas que iluminaban el cielo.

—¿Sería una estupidez pedir un deseo? —Sonreí tapándome los ojos con el brazo—. Como si alguna me fuese a contestar. De hecho si alguna me dijese algo... pensaría que estoy peor de la cabeza de lo que ya estoy.

Durante varios minutos fijé mi vista en una de las estrellas que parpadeaba encima de mí, a miles de millones de kilómetros de distancia, pero aquella tintineaba en el cielo solo para mí. Me levanté del banco para poner algo de música en el ordenador que había en el salón. Nada más entrar en Spotify...

—Cómo no, no podría ser de otra manera. Otra casualidad.

La primera canción que comenzó a sonar era “A thousand years” en la versión de Boyce Avenue.

**El corazón late rápido, colores y promesas, ¿cómo ser valiente? ¿Cómo puedo querer cuando temo caer?**

Con las primeras notas de guitarra mi corazón se paralizó. Ni siquiera podía moverme. Aquellas palabras comenzaron a resonar en mi cabeza, repitiéndolas con la canción, sabiendo que el temor no formaba parte solamente de Alex, yo también tenía miedo.

**Pero viéndote solo, todas mis dudas de alguna manera desaparecen... Querido, no tengas miedo de que te haya querido durante mil años. Te querré por otros mil más.**

¿Se podía querer a alguien que cada vez que te acercabas, te alejaba de él? ¿Mi corazón era tan estúpido que aunque mi cabeza le pidiese no sentir más por él... seguía queriéndole?

—Durante mil años.

Mi corazón latió demasiado rápido la primera vez que le vi, al igual que hizo la segunda y las siguientes veces. Mi corazón era el único que puso alas a lo nuestro y el que seguía empeñándose en no creer que lo bueno se podía acabar con tanta facilidad. Y no solamente era mi corazón el que no lo quería creer, mi cabeza parecía estar de acuerdo con él. Al haberse disipado el alcohol de mi cuerpo, comencé a pensar con más claridad. Alex me debía una explicación, pero una de las buenas.

—¿Por qué te empeñas, Mariola, en seguir creyendo que todo el mundo tiene que tener un final de los buenos? Tal vez el destino no te tenga eso guardado para ti.

—No seas tan dura contigo misma.

Escuché la voz de alguien más en la habitación, agarré el mando a distancia de la televisión y lo lancé contra la cabeza de quien me acababa de hablar.

—JODER, Paris. Cómo te pasas conmigo. —El mando le dio de pleno en la frente.

—¿Qué coño haces aquí dentro, Farmer?

—Tengo órdenes, bueno, sigo teniendo órdenes de no alejarme de ti más de cinco metros. Pero la señorita, quiero la suite bla bla bla... Que esto es enorme y te aseguro que no quiero tener que enfrentarme a tu... lo que seáis vosotros dos. —Me miró mientras se frotaba la frente esperando a que le aclarase algo.

—Lo que seamos. Siento haberte dado con el mando, pero no sabía que estabas aquí dentro. Ya tengo a una especie de psicópata detrás de lo que sea que busque... —Me acerqué a él con una botella de

agua que saqué de la nevera—. Toma, esto ayudará a que no te salga un chichón ahí.

—¿No tienes casa o es que vives aquí?

—Tengo casa, pero aquí... No pienso caer en tu trampa. No vamos a ser amigos y, espero más temprano que tarde, que tu jefe prescindiera de tus servicios.

—¿Siempre eres tan desagradable o es que yo te caigo mal?

—Yo soy una nube de azúcar, pero es que no has llegado en buen momento. Y no, no me caes demasiado bien, Farmer.

—Eso tendrá que cambiar. Creo que vamos a pasar muuuucho tiempo juntos.

—Ojalá te equivoques en eso. Como te has equivocado a la hora de entrar en la habitación. ¿Sabes que puedo hacer que te echen?

—No lo creo. A la recepcionista le he colado que soy tu hermano y que había ido a aparcar. Ha sido muy amable. —Estaba cogiendo una bolsa de comida

—Sírvelte sin problemas, Rud. No vaya a ser que te quedes con hambre. —No me había dado cuenta hasta que me escuché. Estábamos hablando en castellano los dos—. ¿Cómo hablas tan bien castellano?

—Mi madre es de Estepona. He estado muchos años viviendo allí.

—Tú como en tu casa, no te cortes. —Negué con la cabeza mientras Rud devoraba las bolsas que encontraba.

—Gracias, preciosa. —Me guiñó un ojo.

—¿Así te ganas a tus conquistas? Porque tienes pinta de ser todo un camelador. —Me senté en una silla tras coger una botella de agua.

—Yo lanzo una mirada —chasqueó la lengua— y caen rendidas a mis pies. —Me lanzó su mirada y empecé a reírme—. ¿No funciona?

—Yo es que soy muy especial. Pero seguro que a las niñas de veinte les encanta ese toque macarra chic que llevas.

—Caen como fichas de dominó. —Se puso la bolsa en la boca y la agitó para que cayesen las patatas dentro. Me vio la cara que tenía—. ¿Qué? —Tenía patatas pegadas en la cara.

—Espero que no te vean comer, porque si no caerán, pero de espaldas del asquete. Anda límpiate. —Le tiré una servilleta.

—Gracias, Paris. —Me guiñó un ojo y le sonreí.

—De nada, Farmer.

—¿Por qué estás aquí? Si te hubieses ido a tu casa, yo ya estaría durmiendo. Aunque este hotel está muy bien para pasar la noche.

—Este había decidido que fuese mi rincón secreto en la ciudad, pero tú, que eres como un grano en el culo...

No dije nada más y me tumbé en la cama. Unos segundos después escuché que Rud estaba arrastrando algo y acercándolo a la habitación.

—Viendo lo que hay fuera en la terraza, es normal que este sea tu sitio. —Se tiró en un sofá.

—¿Quién te ha invitado a quedarte aquí? —Me quité los vaqueros y las zapatillas.

—Eh, eh, nena. No te creas lo que no es. No me voy a acostar contigo que esto no es “Una proposición indecente”.

—¿Tú eres imbécil? —Me puse de rodillas en la cama y la camiseta de tirantes me tapaba justo el culo—. Sería lo más decente a lo que hincarías esta noche el diente, pero ni en tus más sucios sueños. —Me tumbé de nuevo encima del edredón.

Nos quedamos en silencio varios minutos, mientras las versiones de Boyce Avenue seguían sonando, pero ninguno de los dos nos levantamos para apagarlo. Rud sabía que necesitaba ese tiempo en silencio para pensar y para recuperar un poco la cordura que había perdido aquella noche.

—“*Highway run into the midnight sun... You're on my mind. Restless hearts. Sleep alone tonight,*

*sending all my love...*”. Siempre me ha gustado mucho “Faithfully” de Journey...

Suspiró y aproveché para girarme en la cama y mirarle. Estaba con las manos debajo de su cabeza y las piernas cruzadas colgando por el respaldo de aquel sofá que le quedaba demasiado pequeño.

Me fijé más en él, algo que no había hecho las anteriores veces que me había perseguido por Nueva York. Tenía el pelo castaño y unos ojos marrones muy expresivos. Su sonrisa era contagiosa, aunque yo hubiese tratado de no caer en ella.

—¿Puedo preguntarte algo, Paris? —Giró la cabeza y me pilló observándole.

—¿Si digo que no vas a desistir?

—No. —Vio cómo le daba paso a preguntar—. ¿Cuál es tu equipaje?

—Yo no tengo equipaje.

—Eso no es verdad. Todos tenemos equipaje, aunque no lo queramos reconocer. Te cuento el mío si tú me cuentas el tuyo. Vine a Estados Unidos después de haber estado en la Base Naval de Rota, por amor... Me enamoré y lo dejé todo para venir a Nueva Jersey, para descubrir que ella estaba casada. —Sonreía mientras me lo contaba—. No me enteré hasta dos años después, cuando ya vivíamos juntos y apareció un ex marine reventándome la nariz en un bar. —Se la señaló—. Por eso tengo este aguilucho en la cara.

—Así que tu equipaje es un desengaño amoroso y una rotura de nariz. —Volví a tumbarme en la cama mirando al techo.

—Paris, no me hagas trampas. No me obligues a subirme a esa cama king size y empezar a hacerte cosquillas como si no hubiese mañana. —Se movió en el sofá.

—Ya te he dicho que no soy como las demás chicas, Farmer.

Rud no se movió, pero a los diez segundos había saltado encima de la cama y estaba sobre mí, aprisionándome las manos, buscando el punto exacto donde empezar a hacerme cosquillas.

—Todas tenéis un punto con el que os volvéis locas. —Alzó cómicamente las dos cejas y sacó la lengua.

—No me vas a tocar ese punto ni en tus sueños.

—Solo hablas de mis sueños. ¿Te has paseado mucho por ellos? —Ladeó la cabeza con esa sonrisa tan contagiosa.

—Me pasearé por tus pesadillas a lo Harley Quinn<sup>[15]</sup>. —Traté de moverme, pero era imposible—. ¿Sabes que los hombres también os dobláis todos por el mismo lugar?

Rud rápidamente levantó los brazos en el aire y puso una mirada a la que supe que ninguna mujer sería capaz de resistirse. Era una mezcla de niño bueno y su toque macarra.

—Suiza, me declaro Suiza en este momento.

—Suiza. —Negué con la cabeza.

—Eres muy difícil, Mariola, pero muy interesante. No sé si es el bagaje que llevas a tus espaldas el que te ha convertido en lo que eres. —Se quitó de encima de mí, tumbándose a mi lado en la cama—. Pero eres muy interesante, Mariola Santamaría.

—Gracias, Rud. —Me quedé unos segundos en silencio, sin echarle de la cama. Aquello era lo suficientemente grande como para no rozarnos. Y no podía explicar qué me hacía sentir Rud, pero no era como los demás. Sonreí unos instantes.

—No te enamores de mí, Mariola. Estoy muy lejos de tu alcance.

Saqué todas las fuerzas posibles y empujé a Rud en la cama, tirándole al suelo junto a un par de cojines. Me asomé por la esquina.

—No te preocupes, ni aunque fueses el último hombre de este planeta.

—El universo es...

—Planeta, universo, galaxia o lo más grande que quieras mencionar. —Le lancé una de las almohadas a la cara—. Bastante que te dejo dormir aquí dentro y no te saco al pasillo.

—No serías capaz, detrás de esa cara preciosa, pero de macarra malhablada, se esconde una mujer buena.

—Oh, Rud, cuando te lo propones no eres tan gilipollas. —Me metí dentro de la cama.

—Y que está tan buena vestida como medio desnuda.

—Retiro lo dicho.

Me quedé dormida en menos de diez minutos.

Al día siguiente el olor a café y el sonido de una cucharilla dando vueltas en una taza, lograron despertarme. Rud estaba en la terraza con un banquete montado en la mesa. Al salir me ofreció el café y un periódico sin decirme nada más. Lo agradecí mucho. Es más, no dijo ni una sola palabra más en las dos siguientes horas en las que fui a casa para ducharme y cambiarme de ropa e ir al nuevo local de Frank y Jus para ver cómo iban las obras y la decoración.

—¿Quieres otro café? —Estábamos en la puerta del local y abrí la puerta.

—Estaría bien, pero ya voy yo. ¿Qué quieres?

—Un frapucchino sin nata y con leche desnatada.

—Así tienes ese culo. —Rud lo dijo entre dientes y recibió un puñetazo en el hombro—. Es un piropo a tu culo... no a ti. Así que deja que tu culo sonría y disfrute de unas palabras bonitas.

—A ver si te pierdes un rato, Farmer.

—Pero si ya no puedes vivir sin mí, Paris. Tres días y me necesitas. —Se acercó a mí, pegándose a la puerta—. Me necesitas.

Entorné los ojos y me escapé por debajo de su brazo. Al entrar en el local vi que las obras habían terminado, casi, y tenía a un par de decoradores colocando ya detalles para la fiesta de inauguración.

Paseé entre un montón de cajas y observé lo que había en el interior: decoración y piezas para alguna lámpara. Al levantar la vista vi una imagen del puente Rialto sobre lo que era el escenario.

—¿Mariola Santamaría?

Al darme la vuelta una chica con una gorra y mascando chicle agitaba una carpeta en el aire.

—Soy yo.

—Vale, menos mal que te he encontrado porque algún imbécil me había mandado mal la dirección. Traigo las telas recién salidas del horno.

—Te ayudo. —Sacamos las telas y me ayudó a dejarlas en la parte de arriba, que es donde iban colgadas.

—¿Te puedo dejar mi currículum? Estoy un poco harta de cruzarme la ciudad dejando paquetes y haciendo recados para cobrar una mierda a la semana.

—Puedes mandármelo por email y se lo hago llegar a los dueños en cuanto lo reciba. —Vi cómo sacaba su móvil para enviármelo—. [mariolasantamaria@cia.com](mailto:mariolasantamaria@cia.com)

—Enviado. Soy muy currela y me dejo el culo todo el día.

—De acuerdo. Se lo paso ahora mismo.

—Gracias.

Bajó saltando las escaleras de tres en tres y se chocó con Rud en la entrada. Este se quedó observándola unos segundos, hasta que se dio cuenta de que le estaba mirando.

—¿Quién era?

—Una chica muy interesante. Puede que si su currículum es tan bueno como parece, empiece a trabajar aquí.

—¿Puedo verlo? —Me ofreció mi café.

—Ni de coña. ¿Conoces algo de la ley de protección de datos? —Le arranqué el café de la mano.

Rud no dijo nada más y bajó las escaleras para sentarse en una esquina. Se puso a leer una revista de... ¿cotilleos? Negué con la cabeza y sabía que cada dos por tres Rud estaba mirando lo que hacíamos.

Empezamos a montar las telas que iban a colgar de algunas partes de la escalera y de la pared. Desde la parte de arriba de la escalera cayó una gran alfombra roja que pedí que fijasen con unas barras a los laterales para que nadie se matase subiendo o bajando. En las paredes comenzaron a colgar fotos de Venecia alrededor de una más grande de Giacomo Casanova<sup>[16]</sup> y no, no era Heath Ledger en la película Casanova. Fue un famoso aventurero, escritor, diplomático, bibliotecario, agente secreto italiano y libertino. Por esto último es por lo que mejor y más se le conoció. Me hizo sonreír recordar todo lo que me contó de él una compañera en Italia, Adriana, mi compañera de piso que era estudiante de arte. Ella fue bastante Casanova en su época.

Alrededor de la fotografía grande estábamos colocando otras más pequeñas en blanco y negro sobre el carnaval de Venecia, mundialmente conocido.

Escuché unos gritos en la parte de abajo y al asomarme el que supuse que era el jefe de obra, estaba dando órdenes demasiado altas.

—¿Hay algún problema? —Al bajar las escaleras todos se giraron para mirarme—. No creo que para que te hagan caso debas elevar tanto el tono de voz.

—¿Y tú quién eres?

—Pues la que te está pagando por que acabes esta obra a tiempo y la que puede decidir que tú salgas de aquí ahora mismo. —Le sonreír antes de pegarle un sorbo por la pajita al café.

—Lo siento mucho. A veces los trabajadores necesitan algun que otro grito para que hagan lo que tienen que hacer.

—No, eso no es verdad. Mientras estés trabajando para mí espero no escuchar ni un solo grito o pongo tu culo en la calle. ¿Entendido? —Lo dije en bajo y con una sonrisa. Aquello sabía que funcionaba mucho mejor.

—Sí, señorita, lo siento mucho.

Mientras ellos terminaban de colocar la lámpara central, yo vi que faltaban por colocar más fotos sobre la barra, así que acerqué una escalera y me subí para hacerlo yo. Justo cuando encontré la estabilidad para no caerme de culo, empezó a sonar mi móvil.

—¿Sí?

—Por Dios, cómo me duele la cabeza.

—Hola, Jus. ¿Cómo va tu resaca?

—Horrible, terrible, horrorosa, atroz, abominable...

—Estoy ya en el local. ¿Vas a mover tu culo hasta aquí?

—He llamado a Frank y me ha dicho que se acercaba él ahora. Esperaré a que se me pase este terrible dolor de cabeza o me echaré al sol a dejarme morir, no lo tengo muy claro.

—Qué griego eres, de verdad, Jus. ¿Cómo está la borrachuca de mi hermana?

—Roncando como un jabalí. Te aseguro que no vuelve a probar el alcohol en una temporada. —Escuché su risa de foca asfixiada—. Joder, hasta reírme me hace daño.

—Lo siento, Jus, pero no me das pena. Me da igual si vienes arrasándote por media ciudad o te pones unas gafas tipo Grace Kelly, pero mueve tu fantástico culo hasta aquí. Necesito que me digas cómo quieres ciertas cosas y están empezando a llegar los repartidores de las bebidas.

—No me chilles.

—Jus, no estoy chillando. —Continué hablándole en bajito—. Mueve el culo. —Le colgué y me metí el teléfono en el bolsillo del pantalón—. Vamos a ver... Si muevo esta más y esta aquí...—me estiré para ver cómo quedaría y la escalera empezó a tambalearse.

—Cuidado, Paris, esta escalera es menos de fiar que un exnovio. —Le lancé una mirada que me devolvió con la lengua fuera—. No me mires así, que me voy a terminar enamorando. Tengo que protegerte.

—Claro, seré atacada por la escalera asesina.

Me moví demasiado rápido, los tacos de las patas de la escalera no estaban bien ajustados, la pestaña de seguridad estaba partida y empecé a perder el equilibrio cayendo en brazos de Rud.

—Si ya te he dicho yo que cuando lanzo mi mirada, las chicas caéis como una fichita de dominó a mis brazos.

Le miré unos segundos y comencé a reírme contagiada de su sonrisa.

Justo en aquel momento se abrió la puerta del local y Rud se dio la vuelta conmigo aún en brazos. Frank entró en el local y venía acompañado de Alex.

—¿Quién cojones es ese que tiene a Mariola en los brazos?

—Parece que la boca malhablada de Mariola se te ha pegado, Alex.

—No me jodas, Frank.

—Parece que las hermanas Santamaría os están jodiendo pero bien a los hermanos McArddle, pero Mariola no de la forma que te gustaría.

—Oh, cállate Frank. —Le pegué un empujón.

*Me quedé observando a Mariola en brazos de aquel tío y la sonrisa cómplice que tenían. No tenía ni idea de quién era y no me gustaba nada aquello. No me gustaba cuando se me escapaban las cosas entre los dedos y Mariola se me estaba escurriendo.*

—Rud, ya me puedes bajar.

—¿Estás segura de que el suelo no te va a atacar? Que hay baldosas muy asesinas. —Lo dijo con una enorme sonrisa.

—Bájame anda.

Me iba a dejar en el suelo cuando oímos un grito y en el momento que Rud dio un paso atrás, un cubo lleno de agua se escurrió por el suelo, con el consiguiente patinazo de mi guardaespaldas tan precavido y terminamos los dos en el suelo. Más concretamente yo encima de Rud riéndome como una autentica tarada.

—¿Baldosas asesinas?

No me podía ni levantar del ataque de risa que me dio y Rud tampoco se podía mover. Éramos el espectáculo perfecto para todos los que estaban por allí. Al notar todas las miradas sobre nosotros, miré a Rud y con un simple gesto de cejas, le comprendí. Al levantar la vista me encontré con la mano de Frank ayudándome.

—¿Estás bien? —Me preguntaron él y Alex a la vez.

—Sí. —Le di la mano a Rud—. Venga, que no te pagan por estar tirado en el suelo.

—Pues anoche estuve tirado en tu habitación y me pagaron por ello. —Alex le miró con odio.

—¿Perdona tú eres... —A Alex se le marcaba la vena del cuello, una vena que estaba a puntito de explotar.

—¿Cómo que quién es, Alex? —Le miré atónita.

—Pues no lo sé, Mariola, por eso lo pregunto. Aunque parece que tú le conoces bastante bien. —Se cruzó de brazos como un niño pequeño con un berrinche.

—¿Me estás hablando en serio? ¿No sabes quién es? —Señalé a Rud.

—No, te lo repito.

—Señor McArddle. Soy Rud.

—Me parece genial. —Le miró completamente descolocado—. ¿Cómo demonios sabes mi nombre?

—¿Pero tú a quién coño contratas? ¿No sabes ni quién está en tu equipo de seguridad?

—Sí, señor. Soy Rud, el guardaespaldas que contrató para proteger a Mariola. El otro día fui a su despacho, pero ni tan siquiera me miró. Estaba pendiente de algo más importante.

—Perfecto. —Alex cogió su móvil y se alejó de nosotros.

—Voy a lavarme las manos.

Rud se quedó por allí secándose con unos trapos que le dieron y vi cómo Frank se acercaba hasta donde estaba Alex hablando por teléfono.

—Sí, Dwayne. ¿No podías haber buscado alguien menos joven y con más experiencia? ¿Sí? Pues no lo parece. No hay nadie más que... Ya. De acuerdo. Adiós, Dwayne. —Colgué el teléfono enfadado.

—Tú también podías haber buscado uno de seguridad con menos encanto y más feo. ¿Le has visto?

—Sí, Frank, ya le he visto. No hace falta que me lo digas.

—Le has ordenado a Dwayne que le ponga alguien más feo y viejo. —Negué con la cabeza unos segundos para afirmar después—. Es verla y te cambia la cara, tío.

—Es que no pensé que estuviese aquí hoy.

—Ella organiza la fiesta y es la semana que viene. ¿Cómo no iba a estar aquí? —Frank me cogió por el hombro.

—Todo esto va a ser muy complicado. —Me pasé la mano por la cara y el pelo. Vi cómo Mariola salía del baño sonriendo y secándose las manos—. Muchísimo más de lo que pensaba.

Ella salió del baño y me miró con aquellos maravillosos ojos marrones, grandes y brillantes. A todos les regalaba una sonrisa, tal y como había hecho desde el primer día que la conocí con aquel pelo morado y sus lentillas azules. Solo había perdido su sonrisa una vez y había sido por mi culpa.

Fue hasta la barra y terminó de colocar aquellas fotografías, mientras Rud le agarraba de las piernas. Observé cómo se reían, cómo bromeaban y aquello... Aquella mierda me estaba matando.

Nunca había sido celoso, pero no eran celos enfermizos de querer marcarla como mía, eran celos porque su sonrisa ya no era para mí. ¿El motivo? Mi gilipollez crónica y estupidez suprema.

# 14.

## COMO GIACOMO CASANOVA

*Seguía clavado en aquella esquina sin poder moverme. Solo podía observar a la maravillosa mujer que tenía delante. No comprendía cómo podía haberla cagado de nuevo. Yo y mis mierdas, mis mierdas y yo.*

*—Gilipollas integral. —Sonreí al escuchar mi propia voz insultándome como podía haber hecho Mariola.*

*Ella seguía colocando y dando órdenes a los decoradores, mientras Rud estaba leyendo una revista en una esquina. Cómo no se me ocurrió que podía ser alguien joven y que le hiciese reír. Comprobé que estaba echa polvo. Lo que no comprendía es como no estaba tirada en una esquina de resaca con lo que se había llevado del bar y lo que habían pedido en la suite. Lo que sí tenía era hambre. Poco a poco había aprendido a reconocer sus gestos. Estaba buscando algo en las cajas que los repartidores acaban de apilar en una esquina de la barra. Estaba casi seguro de que las tortitas del día anterior eran lo único que había comido en todas aquellas horas. Vi cómo le decía algo a Rud y éste le contestaba que no, pero ella insistió de nuevo.*

*—Mi culo puede ir solo a la cafetería de enfrente. No te preocupes por él y así te pierdo de vista un rato.*

*Pasó por delante de mí y le dedicó una preciosa sonrisa a Frank, tratando de no mirarme a mí. Salió del local refunfuñando y Rud, como buen empleado que era, fue a salir tras de ella, pero le paré justo cuando pasó por delante de nosotros.*

*—Voy yo. —Puse mi mano en su pecho.*

*—No creo que le guste mucho. —Levantó los hombros y negó con la cabeza.*

*—No te he pedido tu opinión. Trabajas para mí, ergo...*

*—Madre mía. Cuando los pijos empezáis a decir palabras sacadas del diccionario que no usáis nunca, es mejor dejaros solos. —Se alejó de mí y se sentó de nuevo en un taburete.*

*—Voy a despedirle.*

*—¿No lo hueles, Alex? —Frank olisqueó como un sabueso.*

*—¿El qué?*

*—¿De verdad que no lo hueles? —Me puso la mano en el hombro. —Huele a celos. Ese tal Rud va a acabar con tu paciencia.*

*—Frank, no estoy para aguantar tus idioteces.*

*—Pues son celos, puros y duros. No hay más. C e l o s. —Lo deletreó lentamente mirándome.*

*—Vete a la mierda un rato, Frank. Voy a por algo de comer. —Me di la vuelta para irme.*

*—Tú vas a seguirla, a seguirla, porque tienes celos... —lo canturreó mientras subía las escaleras.*

*Crucé a la acera de enfrente con la cancioncita de Frank metida en la cabeza. Nada más entrar vi a Mariola en la cola esperando. Tenía a tres personas por delante y un tío detrás que estaba mirando descaradamente su culo. Sus manos estaban cerca, muy cerca de aquella parte de la anatomía*

*de Mariola y como esta le pillase, se llevaría un bofetón.*

*Me sentí travieso y quería ser yo quien tuviese sus manos cerca de Mariola, así que en un despiste del tío, le pegué un pequeño y discreto empujón y sus manos acabaron en el culo de Mariola.*

*—A tocarle el culo a un cerdo para elegir el jamón.*

*Le pegó una bofetada que resonó por toda la cafetería. El tío en cuestión se llevó la mano a la boca y de la vergüenza que le dio, salió de la cafetería sin mirar atrás.*

*—En cuanto pueden te echan mano del culo. —Hablabla sola mientras miraba el móvil. Parecía que no se había dado cuenta de que estaba detrás de ella.*

*—Pocos quedan. —Supe que sabía que estaba allí por el escalofrío que trató de reprimir.*

*—Tú no te pongas medallitas.*

*—Sé que me odias ahora mismo. —Se giró para mirarme con sus ojos chispeantes.*

*—No te odio, Alex, Ojalá pudiera hacerlo.*

*—Siguiente.*

*—Quiero un cappuccino doble con leche desnatada, un macchiato doble de todo, uno con leche de soja, uno solo largo, un bollo de arándanos, otro de plátano y chocolate, un bagel de pavo con queso y otro de pavo, rúcula y queso de cabra.*

*—¿Para un regimiento? —Le dije sorprendido.*

*—Rud, Frank, tú y yo. —Pagó los desayunos mientras nos preparaban los cafés. Se apartó y la seguí con una sonrisa.*

*—¿Cómo sabías... —nos sentamos en unos taburetes a esperar.*

*—Supuse que os apetecería un café y comer algo. —Fijó su mirada en el suelo.*

*—Mariola, aún tenemos que hablar.*

*—Alex, no necesito saberlo, de verdad. Me he acostumbrado a que la gente guarde secretos, pensé que al menos contigo eso no pasaría. Pero supongo que es algo demasiado duro como para compartirlo con una extraña.*

*—No eres una extraña, Mariola. No vuelvas a decir eso, por favor. —Acerqué mis manos a las tuyas con miedo a que me rechazase, pero no lo hizo.*

*—Entonces algo muy terrible debes ocultar y me da pánico saberlo. Porque si es tan horrible como me estoy imaginando, y que sepas que mi imaginación es mi mejor don... —Trató de sonreír, pero no lo conseguía—. Si es tan malo como se me ha pasado por la cabeza, sí que podría llegar a odiarte y no quiero hacerlo. Me quiero quedar con lo bueno que hemos vivido, con los momentos en los que sonreímos. Quiero recordarte como el hombre que hace que mis piernas tiemblen solo con su olor. Eso creo que nadie más va a conseguir, Alex. —Estaba siendo tan sincera como siempre y no apartó la vista de mis ojos.*

*—Te mereces a alguien que te haga plenamente feliz, que te quiera por encima de todas las cosas y yo con mi carga... por ahora no puedo. Pero te aseguro que un día seré yo el que te haga feliz. Cueste lo que cueste. —Le acaricié la cara.*

*—No prometas cosas que no puedes cumplir, Alex. Las promesas nunca se deben romper.*

*—No te lo estoy prometiendo, Mariola... Te lo estoy asegurando. Yo seré el que haga que tus piernas tiemblen y tu corazón lata con fuerza siempre. Recuérдалo siempre, hasta los días en los que no te caiga demasiado bien. —Acaricié su cara con mi mano y por un solo segundo, ella cerró los ojos y suspiró, rozándose con mi palma.*

*¿Cómo podía ser posible que de gilipollas pasase a ser lo que tenía delante? ¿Me estaba asegurando que él sería quien me hiciese feliz algún día? No tenía ni idea de por qué mi corazón no podía odiarle, por qué mi cabeza no me permitía odiarle y por qué mi cuerpo seguía respondiendo de la misma manera cuando le tenía tan cerca. Las piernas me temblaban, las palabras se atascaban y los escalofríos*

recorrían mi cuerpo. ¿Pero qué demonios estaba haciendo?

Segundos después me encontré suspirando con los ojos cerrados y con la mejilla apoyada en la mano de Alex. Creo que hasta le había chupado la mano para no olvidar su sabor. Tenía que ordenarles a mi cabeza, corazón y cuerpo que dejaran de reaccionar así ante él.

—Mariola, su pedido. —Una de las camareras me liberó de aquel momento tan extraño.

—Muchas gracias. —Recogí todo y salí de la cafetería con Alex detrás de mí.

—¿Te ayudó? —Me dijo ofreciéndome una mano.

—Yo puedo. —Le miré ladeando la cabeza.

—De acuerdo. —Levantó las manos en son de paz.

—Menudo día y menuda semana tengo por delante. —Estaba tratando de iniciar una conversación de ascensor de camino al local.

—¿Y Justin?

—De resaca. Creo que ayer nos pasamos un ... —me fui quedando en silencio y le miré de reojo.

—¿Con las botellas de whisky o el fabuloso catering del hotel? —Lo dijo con una sonrisa ladeada.

—No sé a qué te refieres. —Negué con la cabeza tratando de no reírme—. Me acojo a la quinta enmienda.

—Ya. —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Era un gesto que hacía yo cuando no me creía algo que me estaban contando.

—Joder. —Empecé a removerme ya que me estaba sonando el móvil.

—Trae que te vas a tirar todo. —Cogió los cafés y la bolsa.

—Mi hermana... En dos días me vuelve loca. ¿No quieres hablar tú con ella? —Le enseñé el móvil—. Si es muy simpática de resaca. —Cerré los ojos y contesté—. Bienvenida al mundo de los vivos, roncadora profesional.

—Buos das. —Al bostezar casi no se le entendía.

—¿Cuerpo de orgía? —Alex me miró asustado.

—Algo parecido, pero sin el placer. ¿Por qué me dejaste beber tanto?

—Eso pregúntaselo al pelirrojo, que cuando volví a la habitación ya estabais peor que cómo os dejé. Me duché y al salir estabais muertos en el suelo. Os tapé y me fui. —Al entrar al local me acerqué a la barra.

—No sé qué necesito ahora mismo.

—Si quieres te mando al semental para allí. —Vi a Brian sentado con Frank mirando unos papeles—. Tengo a tu ligue de una noche aquí. ¿Quieres probar de nuevo a ver si te gusta o lo devuelves?

—No seas mala conmigo. —Lo dijo lloriqueando.

—¿Qué vas a hacer? —Recogí los cafés de las manos de Alex y los repartí.

—¿En general o con mi vida?

—Con todo.

—Pues no lo sé. Porque no puedo volver a Escocia. Allí no tengo nada que hacer. Ni trabajo ni familia ni perro que me ladre.

—¿Quieres quedarte conmigo una temporada? Ya nos apañaremos. —Se lo propuse sin realmente pensarlo bien.

—¿Puedo?

—¿Puedo echarme para atrás si no han pasado diez segundos?

—Esto no es como la comida en el suelo de una hamburguesería.

—¿Cómo decirte que no si eres mi hermana favorita? —Sonreí sabiendo que el fin del mundo, al menos el del mío, estaba a punto de llegar.

—Soy tu única hermana.

—Eso no es nada seguro. Tal vez papá...

—CÁLLATE. —Pegó un grito entre carcajadas—. No me hagas pensar en papá de esa manera.

—Llama a Mike, recoge tus cosas e id al piso. Yo estoy demasiado liada hoy... y esta semana... y este mes.

—¿Podríamos comer juntas?

—Pásate por aquí si quieres sobre las dos o así. A ver si me puedo escapar.

—De acuerdo. Eres la mejor. Te súper quiero. —Me mando un montón de besos excesivamente sonoros.

—Adiós, María. —Me quedé mirando el teléfono preocupada por mi hermana—. A ver cómo lleva todo cuando se despeje.

—Seguro que le has escupido a mi café. —Le pegué un manotazo en el brazo a Rud.

—Te advertí que si me asustabas de nuevo, te iba a pegar.

—Pegas como una niña, Paris.

—¿Quieres que te pegue otra vez? He sido dulce como una niña, pero si me tocas las pelotas, sacaré la niña del exorcista que llevo dentro. —Le miré levantando las cejas.

—Proposiciones indecentes después de las doce, Paris. —Me guiñó un ojo y le dio un trago al café, dejándose todo un bigote de espuma. Vio cómo se me dibujaba una sonrisa—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Tú. —Le quité con un dedo el bigote—. Eres un caso, Rud.

—Te gusto, te gusto... —empezó a canturrearlo—. Te gusto, porque soy se... se... sexy.

Comenzó a hacer un baile tan extraño como divertido. Se pasaba la mano por la cara, por el pecho, moviendo torpemente las caderas, obligándome a agarrarme a la barra del ataque de risa que me dio.

—¿Lo estáis viendo? —Señalé a Rud y Mariola.

—Sí.

—Entre los dos me van a matar.

—De celos. —Mi hermano no apartó la mirada de los dos mientras sonreía—. Te lo advertí, Alex. Que tu mierda no jodiese lo vuestro y... —me dio una palmada fuerte en la espalda—. La has jodido, pero bien.

De repente se abrieron las puertas del local y dos pequeños terremotos entraron corriendo para saltarme encima.

—Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. —Andrea me dejó sorda, ciega y hasta coja de una patada que me pegó en la espinilla.

—Hola, preciosos. ¿Qué tal estáis? —Les di un montón de besos.

—Nos ha traído Dwayny. —Jason me miraba fijamente.

—¿Dwayny? —Me sorprendió aquel nombre tan ñoño.

—El súper cachas. —Andrea empezó a hacer las mismas posturitas que hacía su tío cuando entrenaba con las pesas.

—¿Estás bien? —Jason tiró de mi mano y le cogí en brazos.

—Claro que sí, mi amor. ¿Tú estás bien?

—Estaba preocupado por ti.

*Mi hijo ni siquiera se paró al verme en la puerta. Salió corriendo hasta Mariola para saltar en sus brazos.*

—Jason está fascinado.

—Lo sé, Frank. —Miré a Mariola y sabía que ella estaba notando mi mirada.

—Hasta a mí me encanta y he hablado con ella poco más de media hora.

—A ti te encanta su hermana.

—Sin duda. —Frank y yo le miramos sorprendidos.

—No has dudado.

—No, no he dudado, pero las cosas no están en mi mano. María está prometida. No puedo hacer nada. —Agachó la cabeza.

—Claro que puedes. Si crees que puede ser LA CHICA, la mujer que te puede hacer feliz el resto de tu vida, que puede hacer que un día de mierda a su lado sea el mejor día de tu vida, que te haga vibrar como nadie lo ha hecho antes... Está en tu mano, Brian. —Noté la mirada de mi hermano y Frank sobre mí—. ¿Qué?

—¿Me estás dando un consejo así de profundo y tú la acabas de cagar tanto?

—Sí, hermanito. Yo soy de dar consejos, pero no de aplicármelos. Pero le he prometido que voy a ser yo quien le haga feliz siempre, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. —A mirar a Mariola y ver cómo jugueteaba con la mano de Jason entre la suya, no pude reprimir una sonrisa.

—¿Cueste lo que cueste?

—Sí. —Yo también lo afirmé sin ningún tipo de duda.

Dwayne entró casi sin respiración. Los niños se miraron y se refugiaron uno en mis brazos y la otra entre mis piernas.

—Pequeñas bestias. Si os digo que me esperéis sin correr... —Los miró simulando algo de enfado—. Hola, señorita Santamaría.

—Hola, Dwayny. —Sonreí.

—Chicos, era nuestro secreto. —Arrancó a Jason de mis brazos y empezó a hacerle cosquillas.

—Ya, pero a Mariola se lo contamos todo. Porque ella es guay. —Jason se bajó de los enormes brazos de Dwayne.

—¿Qué os parece si nosotros nos vamos a un sitio donde no estorbemos mucho y le dejamos a ella trabajar?

Los dos afirmaron con la cabeza y se encaramaron uno a cada pierna de Dwayne. Aunque cuando Jason vio a su padre, corrió a su lado.

—Papi. —Alex le cogió y le dio vueltas.

—Ya pensé que no me ibas a saludar. ¿Qué tal estás?

Mi hijo me miró fijamente y sonrió. Supe al instante que estaba tramando algo.

—Bien. Ahora vamos a dejar a Mariola trabajar, pero luego le vamos a invitar a comer.

—¿Vosotros?

—Sí, pero pagas tú. Yo soy un niño y no tengo tanto dinero. —Levantó las manos.

—Claro que sí. Mi sobrino es el más listo del mundo. Invita a dos chicas guapas a comer y le saca la pasta a su padre.

—Ven. —Jason le hizo una señal para que se acercase a él. Quería susurrarle, pero aún no modulaba demasiado bien su tono de voz—. Es que quiero que ellos dos coman juntos.

—Ok. Secreto de tío y sobrino. —Brian se pasó los dedos por la boca simulando cerrar una cremallera. Jason se fue corriendo—. Hermanito, este niño nos da mil vueltas a todos.

Después de tres horas de duro trabajo apareció Justin con María. Yo estaba en la parte de arriba terminando de colocar una tela que colgaba hasta el suelo del piso inferior, cuando vi las caras de mi hermana y Brian cuando se vieron. Mierda, allí había más que una simple noche de pasión.

No dudaron ni un momento y les dio igual toda la gente que estábamos allí. Comenzaron a caminar el uno hacia el otro, sin pensar en nada, sin pensar en que nosotros les estábamos mirando. Cuando estuvieron en medio del local, uno en frente del otro, se cogieron de las manos, levantándolas en el aire y

entrelazando sus dedos.

**Te conocí en la oscuridad y tú me encendiste, me hiciste sentir como si yo fuera suficiente. Bailamos toda la noche, bebimos demasiado...**

El DJ estaba haciendo pruebas de sonido e hizo que sonase “Say you won’t let go” de James Arthur en el local justo en aquel momento.

Todo a su alrededor comenzó a pasar a cámara lenta. Brian miraba a mi hermana con tanta ternura, con tanto cariño... que se me escapó un suspiro de mi boca. Busqué a Alex y él también estaba negando con la cabeza. Me pilló mirándole y los dos levantamos las manos sin saber que iba a pasar con nuestros hermanos.

—Cierra la boca, chata, que te va a entrar algo más grande que una mosca y que no vuela. —Justin subió a la parte de arriba.

—No sabes la envidia que me está dando mi hermana ahora mismo. Brian es... —No podía describirle.

—Sexy, atractivo, potente... —Le tapé la boca y se deshizo de mi mano—. Totalmente follable, como su hermanito.

—¿A ti no te dieron lo tuyo antes de ayer o qué? —Me giré negando con la cabeza.

—Nunca es suficiente.

—Ninfómana.

—Y a mucha honra. —Me abrazó y supe que algo había sucedido—. He pasado por un quiosco y me ha parecido verte en alguna revista.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Sí, en el quiosco de aquí al lado.

Bajé saltando las escaleras de cinco en cinco y salí corriendo del local sin dejar que Rud reaccionase ante mi huida. Cuando llegué, sofocada e híper ventilando al quiosco, busqué entre todas las revistas que estaba colgadas de aquellas pinzas. Encontré tres revistas con una foto mía en la ambulancia y de Alex a mi lado. Las arranqué de las pinzas, le dejé el dinero al vendedor y volví al local. Rud estaba en la puerta con cara de poco amigos.

—No vuelvas a salir corriendo.

—Sí, ya... —No le hice ni caso y entré leyendo las revistas.

No comprendía nada de lo que leía. Estaba muy confusa. Según aquellas revistas, Alex y yo habíamos tenido un accidente de coche del que habíamos salido ilesos. No entendía nada.

Eché un vistazo y me encontré a Alex hablando con Brian y María. Me encaminé hacia él y algo se olió porque su cara cambió.

—Esa cara de mi hermana la conozco. Es como cuando le estropeé su vestido favorito. —Se llevó las manos al cuello y sonrió—. Te viene una buena, Capitán América.

—Eso parece.

No le dejé hablar. Llegué, le agarré de la camiseta y le arrastré a una esquina.

—¿Me he perdido algo? —Le dejé las revistas en el pecho.

—Al menos lo han respetado. —Empezó a ojearlas.

—¿Cómo que lo han respetado?

—No te quería preocupar con toda esta mierda. He hecho todo lo posible para que no saliera nada de lo que pasó ayer. Tú no eres de este mundo. —Agitó las revistas y las tiró a un cubo que había por allí.

—Tampoco es tu mundo. —Levanté los hombros.

—Ahora sí. —Apretó los labios y al fruncir el ceño, le salieron arrugas en la cara.

—¿Qué has hecho?

—Lo que el dinero no compra... una buena entrevista lo hace... Les he ofrecido una exclusiva.

Llevaron muchos años detrás de mí y así podré controlar lo que publican.

—No lo entiendo. —Me miró a los ojos y lo comprendí—. ¿Lo has hecho por mí?

—Como te he dicho, no es tu mundo, no es tu guerra. Son capaces de sacar los más sucios secretos que puedas tener y no quiero que te hagan eso a ti. Quiero que estés a salvo de esos carroñeros. —Me acarició la cara.

—¿Y la mejor manera es ponerte en bandeja de plata para que te devoren? Todo lo que a mí no me has contado, ellos lo pueden sacar a la luz. —Me apartó la mirada y entonces lo supe—. ¿Ya lo saben?

—Que me devoren a mí, que me crucifiquen públicamente, pero que a ti te dejen tranquila.

Se iba a dejar devorar por protegerme. Le abracé tan fuerte que noté su corazón, su aliento y su cuerpo temblando. Alex me dejó abrazarle con fuerza y no me quería separar de él. Mágico. No podría describir con ninguna otra palabra ese momento.

Me separé de él sin dejar de mirarle a los ojos, aquellos ojos que tanto me transmitían, que tanto me decían. Respiré varias veces antes de separarme de él. No quería desmoronarme allí delante de todos aquellos desconocidos, así que tragué mis sentimientos y le sonreí. Le acaricié la cara, pero no dije nada.

Me alejé de él sin dejar de pensar en lo que estaba haciendo por mí. Me di la vuelta y me importó poco quien me estuviese escuchando.

—No dejes que nos destrocen, Alex. Ten mucho cuidado.

*Esa frase se quedó grabada en mi cerebro: «no dejes que nos destrocen». ¿Lo había dicho por nosotros por separado o por que no nos destrozasen como posible pareja? No dudé en ningún momento al conceder aquella entrevista, estaba haciéndolo todo Mariola. No quería que nadie le hiciese daño y menos esos buitres que la podrían despellejar en dos segundos. Por muy dura que pareciese, no quería que tuviese que lidiar con mentiras, falsos secretos y que destrozasen su tranquila vida en la ciudad. Sabía muy bien de lo que hablaba, porque otras muchas veces nos lo habían hecho a nosotros, a mi familia. Pero estaba dispuesto a todo por ella.*

*Dejé a un lado mis pensamientos y continué ayudando por allí. Brian y María se dedicaron a comerse con los ojos toda la mañana, Rud y Dwayne estuvieron revisando la seguridad del local y jugando con los niños. Y yo ayudé en todo lo que pude, pero mi cabeza estaba en Mariola. Cualquier paso que daba, cualquier movimiento que hacía, yo lo vigilaba.*

*Sobre las dos de la tarde, todos empezamos a sentir hambre, pero Mariola no paraba ni un segundo.*

—Vamos a comer, chicos. —Los niños recogieron sus cosas rápidamente.

—Sí, que ya tenemos hambre.

—Spiderwoman, baja que nos vamos a comer. —Justin le gritó a Mariola que estaba en una escalera colgando algo.

—Ahora mismo voy. Déjame que coloque esto y termino.

—Que me muero de hambre, tata. —María se frotaba la tripa.

—Id vosotros que no tardo. Id a Galli que Mike ya tiene la mesa preparada. —Se puso de puntillas en la escalera.

—Ni hablar. Que tengo más hambre que Jesucristo en la cruz. —Rud lo dijo en un perfecto castellano.

*Se subió a la escalera, la cogió por las piernas, se la echó al hombro y salió del local. Ninguno dijo ni una sola palabra, me miraron y acto seguido empezaron a reírse... de mí, de la cara de gilipollas amargado que ponía cuando Rud estaba cerca de Mariola. Les miré uno por uno, bajaron la mirada y empezaron a salir del local. Al menos mi mirada fulminante seguía funcionando.*

*Mi hermano y María se dedicaron a tontear durante toda la comida. En la vida le había visto así con una mujer. ¿Qué nos daban las hermanas Santamaría a los hermanos McArddle?*

Mariola comenzó a removerse en su asiento, poniendo los ojos en blanco y rebuscando en el bolsillo de su pantalón. Escuché aquel sonido terrible que salía de su teléfono. No había parado de sonar ni un solo momento en toda la mañana y eso que yo estaba acostumbrado a estar colgado del teléfono todo el día, pero lo de Mariola sobrepasaba cualquiera de mis días. Tenía todo absolutamente controlado sobre todos los proyectos que llevaba. Al sacar el teléfono se llevó la mano a los labios y tenía cara de estar pensando si se le había pasado algo por alto.

—Perdón, chicos, tengo que contestar. —Salió a la calle.

—No le dejan ni comer tranquila. Tendrían que subirle el sueldo. —María engullía otro trozo de carne a la barbacoa sin pudor.

—Como comas así todo... —Justin bromeó.

—Yo a todo le pongo mucha pasión, cariño. —Abrió la boca y se metió otro trozo de carne de forma muy lasciva.

—¿Qué pasaba antes, Alex? —Frank, que estaba a mi lado sentado, me preguntó en voz baja.

—Las revistas han sacado imágenes de Mariola en la ambulancia. He intentado por todos los medios pararlo, pero ha sido imposible. Les he concedido una entrevista en persona a la editorial.

—Te van a devorar. —Frank no lo comprendía.

—Ya lo sé, pero mientras a ella la dejen tranquila, me da igual. —Levanté los hombros negando con la cabeza.

—¿Crees que tienen algo más?

—Lo tengo claro. Ellos siempre tienen algo o si no se lo inventan. —Me pasé las manos por la cara preocupado—. Creo que esta mierda nos va a salpicar a todos. Nadie va a quedar fuera si no lo hago bien. Mi hermano, Vivian y... —no quise continuar nombrando a más personas.

—Vivian puede defenderse sola.

Frank y ella tenían una relación cordial, pero no le gustaban muchas cosas que había hecho en el pasado.

—Sí, aún quedan cosas por rematar, pero todo está bastante encaminado, aunque no estoy tranquila.

—Tranquila deberías estar. Lo tienes todo... —No le permití terminar.

—¿Cómo no me voy a poner nerviosa, Linda? Es lo primero que hago totalmente sola de estas dimensiones. Además son amigos y ya sé que confiáis en mí, no hace falta que me lo digas, pero es difícil.

—Entonces... quería comentarte que este viernes será a fiesta. La semana que viene es imposible...

Pegué tal grito en medio de la calle, que la mitad de los transeúntes se giraron pensando que Godzilla estaba arrasando de nuevo la ciudad.

—¿Viernes?

—Frank me ha pedido adelantarla y...

Mientras Linda me contaba el por qué, yo golpeé la cristalera que daba a nuestra mesa y Justin se giró poniendo cara de besugo. Señalé a Frank y este le avisó. Les hice a los dos un gesto muy, muy, pero que muy feo, que comprendieron al segundo. María, que también me estaba mirando, les señaló y empezó a reírse con la cara llena de salsa.

—Y no podremos estar en la fiesta ya que tenemos una reunión muy importante en Los Ángeles.

—Genial. No estáis, se adelanta la fiesta... Cojonudo.

—Y te quedas a cargo de la empresa.

—No me jodas, Linda. Pídeselo a otra persona.

—No, mi niña, no. —Escuché a Michael por detrás.

—Por favor. —Paseé por la acera revolviéndome el pelo y resoplando—. Si volvéis del viaje y he muerto, mi fantasma os rondará para daros por culo.

—Me encanta cuando me hablas así de mal.

—Es una amenaza.

—Lo sé, Mariola, pero como sé que lo harás muy bien, no te vas a morir.

Fui hasta el quiosco en el que había comprado las revistas y le pedí un paquete de tabaco. Era un momento perfecto para fumarme uno y tratar de despejar la mente.

Cuando entré de nuevo en el restaurante Frank intentó apaciguarme.

—Quería preguntarle primero a Linda si era posible, antes de agobiarte a ti.

—Es mi cuenta, sois mi cuenta. —Sabía que tenía los ojos inyectados en sangre como una loca.

—Lo sé y lo siento. Tenía que habértelo consultado.

—Te avisé que se iba a enfadar. Con Mariola siempre es mejor ir de frente, aunque vayas a joderla.

—¿Sabéis lo que os digo? Que me marcho a trabajar, porque si queréis una gran inauguración para este viernes —señalé a los dos—, aquello no se hace solo.

Salí del restaurante con un paquete de grisinni<sup>[17]</sup> de parmesano y orégano que hacía Mike caseros en la mano. Aquello iba a ser mi comida.

—*Madre mía, la tenéis muy estresada. Necesita follar un poco para liberar ese estrés retenido que tiene.* —*María seguía comiendo.*

—*Tienes el mismo problema que tu hermana.* —*Frank negaba con la cabeza mientras se reía.*

—*¿Que problema?*

—*No podéis guardaros nada dentro y soltáis todo como os viene a la cabeza.* —*Negué con la cabeza mientras María me miraba desafiante.*

—*El problema es de aquellos que no dicen lo que de verdad piensan o sienten. Como dice mi hermana: es mejor actuar y pedir perdón, a no actuar y arrepentirse.* —*Levantó una ceja y frunció los labios, al igual que hacía Mariola y continuó comiendo.*

—*¿Tú dónde demonios metes lo que comes?* —*Justin le preguntó boquiabierto comprobando todo lo que había en su plato.*

—*Tengo un cuerpo muy, pero que muy agradecido.* *Genética Santamaría.* —*Chasqueó la lengua y sonrió.*

—*Brian, acabó de entender lo que te ha pasado con ella. Hasta con manchas de barbacoa en la cara, es increíblemente adorable.* —*Frank le confesó a él.*

Fue la tarde más larga de toda mi vida, pero creo que la más que fructífera. No pude terminar todos los detalles, pero casi todas las cosas importantes estaban ya en el local o las tenía que recoger al día siguiente. Eran más de las ocho de la tarde y ya no quedaba ningún obrero allí.

Estaba comprobando que los marcos de las fotografías estuviesen rectos y me fijé más en ellas. Algunas me las había mandado Adriana desde Lastres. Ella, como buena amante del arte, tenía ese don para la fotografía. Las imágenes más representativas de Venecia eran de ella, otras eran las que saqué yo con aquella cámara que le pedimos a uno de los chicos con los que estaba saliendo Adriana. Fue un viaje muy divertido y lleno de experiencias inolvidables.

—Son impresionantes. Esta es la parte que más me gusta de todo el local. Estás haciendo un trabajo magnífico Mariola. —Alex me sorprendió por detrás.

—Gracias. —No le quité ojo a las fotos.

—Captan la esencia de Venecia. —Se acercó a una de ellas y la señaló—. ¿De dónde las has sacado?

—Son mías y de una amiga. De uno de los viajes que hicimos hace muchos años. —Sonreí recordando aquella aventura—. Cuando todo era menos complicado.

—¿Por qué no vas a casa y descansas? Llevas aquí metida todo el día.

—¿Brian y María?

—Se han ido con los niños al cine hace un buen rato.

—Creo que es hora de irme. ¿Dónde está mi querido y adorado guardaespaldas? —Lo dije con mucha ironía.

—Le he mandado a casa. Solo quedo yo. —Levantó los brazos como si quisiera abarcar todo.

—Alex, no creo que sea...

—No vas a ir a casa sola. —Negó con la cabeza—. Pienso asegurarme de que cenas algo, ya que solo has comido el bagel y unos grisinni que han terminado devorando los niños. Mis tortitas es lo último decente que te has llevado a la boca.

Entrecerré los ojos porque aquella frase me daba pie, mucho pie, a contestar algo muy guarro, peor opté por esconder la sonrisa y negar con la cabeza.

—He picado algo más.

—Mentirosa. —Ladeó su cabeza y me empujó para bajar la escaleras—. Vamos a comprar algo y voy a asegurar de que cenas.

Salimos del local y me extrañó que Dwayne no nos estuviese siguiendo. Alex debió de notar que le buscaba con mi mirada mientras caminábamos hasta el piso.

—No te pasará nada estando conmigo.

Me dejó en casa asegurándose de que todo estaba bien y bajó a por algo a una tienda cercana. Aproveché que se había llevado mis llaves para desnudarme, poner música y meterme en la ducha. Mmmm, el agua estaba perfecta y estaba relajándome cuando oí las llaves y al segundo la voz de Alex diciéndome que era él.

Debí de estar un buen rato en la ducha porque me empezó a venir un olor de la cocina absolutamente maravilloso. Salí de la ducha y me coloqué un vestido veraniego encima.

Salí al salón revisando unos mensajes que había recibido y cuando llegué salí a la cocina me lo encontré cocinando. Cerré los ojos y abrí uno muy despacio, temiendo que fuera mi imaginación, pero no. Alex estaba preparándose la cena y no precisamente sacando de cajas de cartón algo de comida.

—Esto debe ser efecto del alcohol de ayer. —Me senté en un taburete.

—¿El qué? —Me miró mientras se limpiaba las manos en un trapo.

—Pues que me estés cocinando. Eres de los pocos que me ha cocinado. —Obvié el dato de que Ryan también lo había hecho.

—Una pena no ser el primero —sonrió y me besó en la frente—, pero seré el último.

Trató de decirlo para él, pero le escuché y me hizo sonreír.

—¿Perdón?

—Nada, preciosa. Enseguida estará la cena.

La música que había puesto para ducharme seguía sonando. Era el disco en directo de la cantante italiana Emma y justo estaba sonando “Arriverà”.

**Y llegará, el sabor del beso más dulce y un abrazo que te calentará. Llegará, una frase y una luna de ésas que luego te sorprenderá. Llegará mi piel para curar tus antojos... la magia de las estrellas.**

Sonreí y subí para preparar la mesa para dos. Al bajar de nuevo a la cocina, busqué unos platos y de reojo le veía desenvolverse a la perfección en la cocina. Estaba preparando un plato de pasta, creo que *linguine all'a amatriciana*. Me apoyé en el marco de la puerta observándole. Se había arremangado la camisa blanca. ¿Había algún hombre en el planeta al que le quedase mejor una simple camisa blanca? Me pilló mirándole descaradamente mientras me pasaba los dedos por los labios.

—No es la primera vez que se lo preparas a una chica.

—La primera no, pero sí a la última que se lo haga.

—Seremos amigos, pero no trates de camelarme, porque con un plato de pasta soy demasiado fácil.

—Tú no eres fácil, Mariola. Eres de todo menos fácil.

Me dio una botella de vino que acababa de sacar de la nevera y me empujó fuera de la cocina. Terminé de preparar todo y por resonaron en mi cabeza sus pablaras en la cafetería de aquella mañana: «no te lo estoy prometiendo. Te lo estoy asegurando». Es como si no quisiera que las olvidase tan fácilmente.

*Subí a la azotea con la cazuela de pasta y el queso. Mariola estaba con una copa de vino mirando la ciudad. Tenía una mano sobre su brazo derecho mientras ladeaba la cabeza. Se frotó la nuca y el vestido se movió con una ligera brisa, dejando ver sus impresionantes piernas... y casi algo más que no eran sus piernas. Al escuchar la cazuela sobre la mesa, se dio la vuelta. Estaba cansada, agotada diría yo.*

—La cena está lista. Espero que te guste.

—Huele de muerte. —Se sentó en la mesa y serví los platos.

*No dijo nada mientras echaba queso parmesano por encima, como tampoco dijo una sola palabra mientras comía la pasta.*

—Ni Mike la hace así, ni siquiera yo consigo que quede así. ¿Dónde has aprendido?

—Estuve en Italia hace muchos años estudiando durante un verano. Me alojaba con la típica familia italiana y la mamma me enseñó a hacer esta receta.

—Pues te has salido. Del planeta, de la órbita y del universo. —Puso su mano en alto para que se la chocase.

—Gracias. —Le choqué la mano sonriendo.

—Italia. Que ganas tengo de volver. Esas playas de la costa amalfitana, sus olores, su gente... — Apoyó la cabeza en una mano y suspiró como una quinceañera enamorada.

—Yo también tengo ganas de volver.

*Media hora después, junto con la botella de vino al completo, terminamos de cenar.*

—Bueno, tú has hecho la cena, yo me encargo del café.

*Se levantó y al ir a recoger mi plato me rozó el brazo. Su olor y su roce me hicieron estremecer. Quería quitarle los platos y besarla... Pero no quise hacer ningún movimiento brusco que echase a perder la fantástica cena que estábamos teniendo.*

—Si quieres lo tomamos en el sofá, parece que empieza a refrescar aquí arriba.

*Recogimos la mesa y tras meter los platos en el lavavajillas y recoger la cocina, me senté en el sofá y noté nervios en el estómago. No sé qué provocaba en mí la señorita Santamaría, pero me mataba por dentro cada vez que estábamos a solas.*

—El café. —Dejó la bandeja en la mesa del salón.

*Se sentó en el sofá a mi lado y sirvió el café. Su mano volvió a rozar la mía y otra vez las mariposas del estómago volvieron a revolotear como idiotas. ¿Pero de qué estaba hablando? Nunca había tenido ni mariposas ni murciélagos en el estómago. Pero desde la primera vez que vi a Mariola en la fiesta de disfraces, las mariposas o lo que fuese aquello, no habían desaparecido.*

—¿Te apetece ver una película o tienes prisa?

—En ningún sitio estaría mejor que aquí.

*Empezó a buscar en la televisión pasando por todos los canales.*

—Peli de terror... me niego. Bastante terror tengo ya en mi vida. —Iba haciendo comentarios divertidos de todas las películas que iban saltando—. Comedia romántica, perfecta. “La boda de mi novia”.

*No me gustó demasiado aquel título. Se me debió dibujar cara de angustia porque por mi cabeza me pasó una imagen a cámara lenta de Mariola vestida de novia, yendo hacía el altar, donde le esperaba Ryan con su traje.*

—Sé que es ñoña, pero me encanta. —Le miré y vi que tenía cara de susto—. Si quieres pongo una de acción.

—No, me parece perfecta.

Sonrió y se puso cómodo en el sofá tras beberse el café. Se quitó los zapatos y colocó los pies sobre la mesa tras poner uno de los cojines. Yo subí las piernas en el sofá y apoyé la cabeza en el respaldo cerca de Alex. Mientras nos iban contando su historia, yo me iba acercando sin darme cuenta a Alex, hasta terminar con mi cabeza apoyada en su hombro y su brazo sobre mí.

Al terminar la película me pilló limpiándome alguna lagrimilla furtiva.

—Siempre lloro con estas películas.

—Es mejor llorar por eso que por la realidad. —Me vio bostezar—. Hora de descansar, Mariola.

—Eso parece. Me mata la espalda. Voy a tomarme un antiinflamatorio.

—Vete a la habitación que te doy un masaje. —Me agarró por detrás y me llevó hasta la habitación.

—En el baño tengo aceite para masajes, al lado de las cremas. —Fue al baño y me empecé a desnudar.

—¿Es ésta? —Salió y al verme quitándome la ropa, se le cayó el bote al suelo—. Perdón—. Se tapó los ojos.

—Ya me has visto desnuda antes, Alex. ¿Ahora vas a tener vergüenza? —Traté de sacarle los colores.

—Yo... ya... pero... —Se puso muy nervioso y trató de recoger el bote sin mirar.

—No creo que no haya nada nuevo.—Me tumbé boca abajo en la cama, pero no pude evitar reírme—. Estoy tumbada en bragas en la cama. ¿Demasiado incómodo?

—Te encanta hacerme esto, ¿verdad?

—De vez en cuando sale mi demonio interior y hace de las suyas.

Noté que se había sentado por el peso que se venció a un lado de la cama.

Oí el clic del bote de aceite abriéndose y supuse que se echó aceite en las manos y se las frotó. Noté sus manos nerviosas acariciando mi espalda, subiendo y bajándolas con firmeza, dándome un masaje. Lo que se suponía que era o debía de ser relajante, mi cerebro lo intensificó y estaban siendo los preliminares para algo más.

Conocía a la perfección mi cuerpo, pero parecía no querer sobrepasar ciertos límites.

—¿Dónde te duele?

—En la parte de debajo de la espalda y el... culo.

—Si te sientes incómoda dímelo y paro.

—No te preocupes.

—Te ha salido un moratón de un color un poco indefinible. —Aproveché que llevaba unas bragas brasileñas y el moratón debía estar fuera de lo que la tela cubría. Pasó su mano por encima y se me puso la piel de gallina.

—Mañana estará peor.

—Espero quitarte el dolor y ayudarte a que te relajés y duermas bien.

Sus manos recorrieron mis piernas, la espalda, los brazos durante más de media hora, hasta terminar dándome un masaje en la cabeza que me dejó k.o.

*Se relajó tanto que se quedó dormida. La arropé y me quedé unos minutos observándola. Me senté en un pequeño sillón que estaba en su habitación, esperando a que Mike o Justin llegasen a casa, ya que María estaba durmiendo en mi casa con Andrea.*

*Contesté a un par de emails y encontré uno de la editorial, que me recordaba que teníamos que cerrar una fecha para la entrevista. Respiré profundamente, conteniendo las ganas de lanzar el teléfono contra la pared y Mariola se removió en la cama, como si mis pensamientos le atormentasen*

en sueños.

*Me quedé en silencio unos segundos hasta que su respiración se relajó.*

*Los famosos cheques que nos destrozaron años atrás, amenazaban con volver a hacerlo, pero esta vez destrozando a muchas más personas. Mi padre se encargó de que nuestra familia se separase y nos dejásemos de hablar con mi madre. Mi hermano había retomado el contacto con ellos dos, con los dos. No lo podía comprender. Es que no entraba en mi cabeza cómo había podido volver a hablar con mi padre, el hombre que le echó de su casa, que le dejó en la calle y que juró desheredarle por no apoyarle en sus negocios. Comprendía por qué quiso volver a hablar con mi madre, ella había estado sometida toda la vida a mi padre, a la sombra del gran magnate de los negocios. Llevaba años sin verla, desde que decidió poner miles de kilómetros de por medio, pero mi padre... No lo lograba comprender.*

*Por la extraña relación que nuestro padre mantuvo con nosotros de pequeños, que nos trató como objetos a los que exhibía cuando íbamos a aquellas fiestas, por todo aquello me desvivía por Jason. No quería decepcionarle de ninguna manera, aunque muchas veces la cagaba con él.*

*Cuando Mike llegó a las doce y media, me fui a casa.*

El masaje de Alex me llevó al cielo y me desperté al día siguiente como nueva. Le iba a obligar a hacérmelo todas las noches. Una buena cena, una botella de vino, película y masaje. Sí, seguro que eso lo podrían llegar a recetar los médicos como remedio contra todos los males. Cinco piezas de Alex al día para sentirte sana y feliz. Aunque le añadiría un poco de sexo del bueno para ya ponerle un lazo a la felicidad. Sonreí recordando que él me contestó lo mismo sobre mí, que necesitaba cinco dosis más al día.

Pasé volando por la cocina a las seis menos cuarto y no había nadie despierto aún. Me preparé un café para llevar y bajé corriendo a buscar un taxi. Llegué a la oficina y todo estaba en silencio. Adoraba llegar a trabajar temprano, cuando los gritos de mis compañeros no me alteraban y cuando me dejaban poner música y trabajar tranquila. En cuanto encendí mi ordenador y fui a por unas muestras de telas recordé que estaba a cargo de la oficina. En menos de una hora tendría a un montón de gente en la puerta pidiendo cosas, dejándome un montón de papeles a los que tendría que dar el visto bueno. Así es como sucedió. Todos, absolutamente todos necesitaban lo que me iban dejando en la mesa para el día siguiente. Necesitaban darle visto a los presupuestos, revisar contratos de locales, entrevistas a nuevos trabajadores externos, nuevos diseños... Tantas cosas que estuve a punto de arrancarme las orejas para dejar de escucharles a todos.

—Se acabó. —Salí al pasillo—. Quién necesite que revise algo para mañana tiene dos minutos antes de que desaparezca de la oficina. Y si es muy urgente por email.

Recogí las carpetas que habían tapado toda mi mesa y Scott, que estaba en la puerta de mi despacho recogiendo lo que le entregaban en el último momento, me puso en la montaña otras diez carpetas.

—Scott... si mañana no me ves, es que me he fugado. Me voy al local. Tengo una reunión allí a las dos. Necesito que te quedes aquí y organices la fiesta de cumpleaños de la hija de los MCoy. Queda pendiente cerrar con ellos el catering y la prueba de las tartas, que es esta tarde aquí en la sala grande. —Me fui al ascensor—. Vendrán sobre las tres y media con las muestras. Si llegan antes que los MCoy, mételas en la nevera del office.

—Tranquila, que si hay fuego yo te llamo.

—Si hay fuego —apreté el botón del ascensor—, lo apagas.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor me encontré con Rud y dos cafés enormes de Starbucks.

—Ya te echaba de menos. Buenos días.

—París. —Me ofreció uno de los cafés y me quitó las carpetas de las manos

—¿A dónde tenemos que ir hoy?

—Al local. —Me monté en el asiento del copiloto cuando llegamos al coche—. Tengo el día de cojones. Repasar todas esas carpetas para mañana sin falta, ir a por el disfraz, hacer las entrevistas... —Apoyé la cabeza en el respaldo.

—Pan comido para ti, nena. —Me guiñó un ojo.

Había recibido un par de llamadas desde España, pero no tuve ni un segundo para cogerlas. Supuse que sería mi madre. Tenía que buscar un hueco para llamarla y contarle todo lo que estaba pasando. Seguro que ya se había enterado por la borrachera de mi hermana que había roto su compromiso. Me llamaba para pedirme a mí explicaciones y echarme la bronca por no haber sabido cuidar de mi hermana mayor en Nueva York, la ciudad del pecado según ella.

A las dos de la tarde mandé a Rud a por algo de comer al restaurante de Mike mientras yo me quedaba en el local, pero aproveché su ausencia para ir corriendo a recoger mi disfraz. Cuando Rud volviese y se diera cuenta de que me había fugado de nuevo, le iba a dar un ataque. El lugar donde los estábamos guardando estaba muy cerca de allí, así que no me lo pensé dos veces.

Al llegar comprobé que quedaban muy pocos disfraces, lo que significaba que la fiesta iba a estar hasta arriba. Mi disfraz estaba reservado desde que hice el pedido. Era maravilloso, recién sacado del mejor carnaval veneciano. Al ver el corpiño que llevaba me di cuenta de que iba a necesitar ayuda para meter a mis dos amigas allí dentro. Aproveché para recoger la lista de invitados con cada traje que habían elegido. Así sería más fácil saber quién era cada uno de ellos.

Bajé con mi disfraz en una bolsa gigante que tenía que levantar por encima de mi cabeza para no arrastrarlo. No estaba a más de cinco manzanas del local, pero era complicado andar con aquella bolsa entre la cantidad de gente que había a aquella hora en el Soho. Traté de parar un taxi, pero no pasó ninguno vacío. La calle estaba abarrotada de gente, personas que estaban de compras, hablando o esperando a cruzar la acera.

De repente noté como si toda la ciudad me estuviese observando, pero al girarme no había nadie haciéndolo. Unos escalofríos horribles comenzaron a sacudir mi cuerpo. Los de aquel tipo solo había una persona capaz de provocármelos... Jonathan estaba cerca, demasiado cerca. Respiré varias veces tratando de controlar la ansiedad que estaba empezando a comerme por dentro. Entre tantísima gente no podía verle, pero sabía perfectamente que estaba allí, escondido entre todos aquellos desconocidos, observándome, siguiendo cada paso que daba, siempre sabiendo dónde estaba.

La gente pasaba muy cerca de mí, demasiado cerca. Tenía ganas de gritar, ganas de salir corriendo de allí, pero estaba paralizada, el miedo me dejó inmóvil. Alguien me rozó la espalda con la mano, una persona a la que no pude ver. El rastro que me dejó en la piel quemaba, me abrasaba. Al reaccionar y mirarle, solo pude ver a una persona caminando de espaldas con una gorra negra. Antes de perderse entre la multitud, se giró y vi su perversa sonrisa. Jonathan estuvo a escasos centímetros de mí y no pude darme cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

Me costaba respirar, me pesaba la cabeza y mi mirada se perdió en las personas entre las que se coló Jonathan para desaparecer. Solté la bolsa del disfraz, mi móvil y el bolso. No podía moverme y la cabeza empezó a darme vueltas y de nuevo noté una mano en mi brazo. Me giré aterrada, sin respirar.

—Ni se te ocurra hacer esto de nuevo, Mariola. Que no se te pase por la cabeza que vamos a jugar al guardaespaldas de la niña rica que desaparece cuando se le pone en los cojones.

—Lo siento, siento haberme ido sin avisarte. —Me abraza fuertemente a él—. No lo volveré a hacer más. Lo siento. —Apreté mi cuerpo contra el suyo.

—No vuelvas a hacerlo, por favor. —Me agarró de la cara para que le mirase y el gesto de enfado de su cara pasó a ser de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué parece tener el derecho a hacerme sentir miedo? No quiero vivir así. —Sonó un mensaje en mi móvil. Me agaché para recogerlo del suelo—. ¿Cuándo terminará esto?

—¿Qué ocurre? —Leyó en alto el mensaje al mostrárselo—. «Él tampoco podrá protegerte para siempre. En algún momento estarás sola y nos volveremos a ver cara a cara, volveré a sentir tu cuerpo temblando bajo el mío. Siempre serás mía, Mariola. Pase el tiempo que pase o te tires a los tíos que te tires. No habrá nunca nadie más que yo». —Negó varias veces incrédulo con la cabeza y lo releyó por segunda vez en silencio—. ¿Qué cojones es esto?

—Este es mi equipaje, esto es por lo que te ha contratado. Siempre está un paso por delante de mí. —La angustia que sentía explotó en lágrimas.

—Mariola. —Me abrazó mucho más fuerte—. Nadie se va a acercar a ti a menos que tú se lo permitas. Ni este tipo ni nadie que te vaya a hacer daño. Para eso mismo estoy yo aquí. —Me besó en la cabeza—. Te lo prometo. Te prometo que mientras yo esté a tu lado, nadie se atreverá a hacerte daño, pero tienes que prometerme que no volverás a fugarte nunca más. Prométemelo.

Afirmé con la cabeza porque no me salían las palabras. Al mirarle a los ojos vi que decía la verdad, que estaba para protegerme de todo lo malo que Jonathan tratase de hacerme.

Recogió la bolsa de mi disfraz y mi bolso.

—Te llevo a casa.

—No puedo, Rud. Tengo que volver al local. Tengo un montón de cosas que hacer esta tarde.

—Mariola... —Controló lo que iba a salir de su boca—. Necesitas despejarte de todo lo que acaba de pasarte.

—No. Necesito ir al local, es justo la terapia necesaria para olvidarme de esta mierda.

No dijo nada más y fuimos hasta el local en un taxi que Rud se encargó de parar.

El resto de aquel día transcurrió como el resto de la semana. Mucho trabajo, pocas horas de sueño, muchas cosas acumuladas en mi cabeza, pocas salidas sociales, pocos amigos y casi ninguna hermana. Rud estuvo especialmente alerta toda la semana. A cada persona que entraba en el local cuando estábamos allí, le hacía un examen exhaustivo y casi les pedía la talla de ropa interior. Su actitud conmigo había cambiado. No sabía por qué había sido, pero estaba muchísimo más atento y sus pullitas habían disminuido bastante. La verdad es que las echaba de mucho de menos. Se había convertido en una versión muy sosa del Rud que me gustaba.

Por fin era viernes, el gran día de la inauguración del local. Aquella mañana solamente estábamos pendientes de colocar el cartel y que trajesen todo el merchandising con el nombre del local. Justin y Frank lo tuvieron en máximo secreto durante la semana. Se llamaba Silk, así rezaba el gran cartel que colocaron sobre la puerta de la entrada unas horas antes de la inauguración. Justin me había contado el significado que tenía, pero la verdad es que no le hice mucho caso. No hice mucho caso a nadie aquella semana. Creo que hasta un día mandé a freír espárragos a mi hermana y a Brian. Me estaban volviendo loca con sus continuas sesiones de besos y lo que no eran besos en el sofá de casa.

Me gané la ducha de aquella tarde y la posterior siesta que me iba a meter entre pecho y espalda antes de la fiesta.

Después del baño me lancé a la cama y caí como un tronco en menos de dos minutos. La alarma de las cinco de la tarde me despertó, pero me costó un triunfo levantarme. Me fui a la cocina a buscar alguna bebida energética de Mike en la nevera y me encontré a un Justin más atacado que una novia el día de su boda.

—Buenas tardes, guapo. —Le besé.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque mi cuerpo funciona por inercia, estoy más muerta que viva. —Abrí una lata que contenía un líquido con un sabor indescriptible con burbujas.

—¿Has comido algo decente esta semana? —Me miró de arriba abajo.

—Café, café, café, bebida energética y creo que alguna barrita de estas que come Mike. No he tenido tiempo de más.

—Necesitas llevarte algo decente a la boca, nena.

—Sí, a ser posible de metro noventa y moreno.

—¿Ryan o Alex? —Lo preguntó muy divertido. Sabía que cuando estaba tan cansada respondía aún más rápido lo que pensaba.

—No voy a picar, Jus. Ahora me visto y me voy que tengo que recoger todo para llevar allí y prepararme. A las seis estará por allí el maquillador y el peluquero para prepararnos.

—Estoy atacado. —Le dio por mirar el reloj de la cocina—. Y estamos jodidos porque llegamos tarde.

Saltamos los dos de las sillas para recoger todo. Parecíamos recién sacados de una comedia en blanco y negro. Corríamos por casa cogiendo las cosas, nos chocábamos y nos tirábamos las cosas para llevárnoslas.

Media hora después estábamos entrando en el local como dos locas entrando en Marks & Spencer el primer día de rebajas. El equipo de trabajo ya estaba listo y solo faltábamos nosotros por prepararnos.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. —Tiré todo lo que tenía encima de las manos sobre un sillón y me senté en unas sillas que estaban preparadas para maquillarnos.

—Si llegáis un poco más tarde, acabas en bragas delante de los invitados. —Wen ya me estaba cepillando el pelo para esconderlo debajo de una peluca—. Aunque no será la primera vez que vas en bragas a una fiesta. Aún recuerdo a la fuiste de Wonder Woman.

—Coño, ella va en bragas.

—Te di la opción de ponerte unas mallas metalizadas azules. —Wen tiró de mi pelo para atrás para que le mirase.

—Pero era verano y creo que llamaba más la atención aquel corsé con el que mis tetas saludaban solas, que las bragas con las que se me veía medio culo.

—Lo que te gusta a ti un espectáculo.

—Mi cuerpo no está para ocultarlo. Estos jamones pisan fuerte.

—Eres única.

—Menos mal que no hay más como yo o el mundo acabaría loco y extinguiéndose.

—¿Dejáis de rajar, marujas? —Justin se sentó a mi lado—. Tenemos un poco de prisa.

Todo el equipo se puso manos a la obra para prepararnos lo antes posible.

El maquillaje blanco que me estaban poniendo como base, se me metía en la boca constantemente y Wen seguía con los tirones de pelo. Se pensaba que era una de esas muñecas a las que les crecía el pelo cuando se lo estirabas. Cada vez que me quejaba Wen me daba un brochazo en la cara, metiéndome los pelos en la boca y diciéndome que o me callaba o me metería algo más grande y duro en la boca.

A falta de diez minutos para que se abriesen las puertas ya estábamos maquillados y con las pelucas.

—Espero que con el disfraz no parezca la niña del exorcista en el siglo XVII. —Me acerqué al espejo—. Al menos Wen me han tapado las ojeras.

Justin se encargó de atarme el corsé y cuando nos pusimos de nuevo frente al espejo, y vimos el resultado final, no pudimos decir nada.

—Mariola, estás impresionante. —Justin me miró de arriba abajo.

—Tú sí que estás guapo, Jus. —Le abracé—. La fiesta va a dar mucho que hablar y verás cómo mañana todo el mundo querrá hacer cola para entrar aquí. —Me removí incómoda dentro del traje—. No sé yo si no reventaré el traje esta noche.

Empezaron a llegar los invitados y todo transcurría tal y como lo habíamos planeado. Los invitados hablaban y bailaban, comían todo lo que había preparado Mike y estaban encantados. La fiesta iba sobre ruedas y yo empecé a relajarme.

—Muchísimas gracias por todo, Mariola. No tenía ninguna duda de que ibas a organizar una buena

fiesta, pero no una tan increíble como esta.

Busqué a Alex en la fiesta, sabía que iba a estar allí, no podía faltar... pero no le encontré. Subí a la parte de arriba para poder tener una mejor visión y, entre otras muchas cosas, poder descansar un poco y tomarme una copa tranquilamente.

No me despegué en toda la noche del móvil por si había algún problema y sobre las once de la noche comenzó a sonar.

—¿Sí?

—No has venido a verme, preciosa. —La voz de Ryan siempre me tranquilizaba.

—Lo siento, Ryan. Fustígame la próxima vez que nos veamos... —Me quedé unos segundos pensando. Se suponía que Ryan tenía que estar ya en Colombia.

—No me des ideas, Mariola. Con ese corsé...

—Ryan —miré en la parte de abajo, pero no pude reconocerle entre los invitados—. ¿Quién te ha invitado?

—Tu hermana María con ayuda de tu ayudante por lo que parece. Pensé que sabrías que venía hoy. Si hay algún problema...

—No, me alegro de ver caras conocidas hoy, bueno —me reí unos segundos—, ya me entiendes. ¿Tú no se supone que deberías estar en Colombia?

—Se ha pospuesto hasta la semana que viene. Así que pensé que verte hoy era una muy buena forma de despedirnos. Si no le importa al gran hombre de negocios.

Me quedé pensando unos segundos. No se merecía ni una verdad a medias ni una mentira. Yo no era de las personas que encubrían sus actos, pero Ryan no se merecía ninguna de las dos cosas.

—Si me dejas invitarte a una copa, me podré despedir de ti en condiciones.

—Tendrás que encontrarme, Mariola.

Colgó el teléfono y continué observando la fiesta. No reconocí a Ryan entre aquellos invitados. Justin me hacía señales desde la barra para que bajase y en cinco minutos me uní a su fiesta particular de chupitos.

—El tema de las pelucas moradas te va a terminar enganchando. —Wen me ofreció un chupito rojo—. Me acabarás haciendo caso y dejando que te tiña el pelo de ese color.

—Mira, Wen, si algunos clientes ya me tienen miedo... Si me ven con el pelo morado, se cagan.

Mientras Justin y Wen charlaban, yo comencé a notar una mirada clavada en mí. Disimuladamente observé a mi alrededor mientras pedía tres copas, pero no encontré a nadie que me estuviese mirando. Negué con la cabeza pensando en que el cansancio me estaba jugando una mala pasada, pero a los segundos de nuevo noté aquella intensa mirada que me estaba abrasando, pero no me hacía sentir incómoda.

—¿Estás bien? —Justin me notó rara.

—Sí... estoy bien.

El DJ puso la canción de Adele que siempre me recordaba a la despedida de mi hermana en España hacía ocho años, "Make you feel my love".

**Cuando la lluvia esté soplando en tu cara y el mundo entero esté pendiente de ti, te ofreceré un cálido abrazo, para hacerte sentir mi amor.**

Cerré unos instantes los ojos y al abrirlos, delante de mí, tenía a un hombre invitándome a bailar, con un gesto del siglo XVII: una reverencia y una mano tendida en el aire delante de mí. Entrecerré los ojos tratando de reconocer algo en él, pero de aquella manera era imposible. Le di la mano y me llevó hasta donde otros invitados estaban bailando. Las luces se habían atenuado y el ambiente era mucho más íntimo.

**Sé que no has tomado una decisión aún, pero yo nunca podría hacerte daño. Lo supe desde el momento en que nos encontramos. No tengo dudas sobre el lugar al que perteneces.**

Su mano se situó en mi espalda, en la parte baja y me pegó a su cuerpo. Al principio pensé que podía ser Ryan o incluso Alex, pero llevaba una máscara dorada que no me dejaba verle bien. Pero el disfraz sí que lo reconocí, era el de Giacomo Casanova, disfraz que no estaba en la lista de los que nos prestaron para la fiesta. Repasé mentalmente a todos los invitados y ninguno llevaba aquel disfraz.

No sabía quién era aquel hombre, pero tal vez era lo que necesitaba, olvidarme de todo y dejarme llevar. Pude ver a María y Justin sonriéndome mientras bailaban cerca de nosotros, tratando de averiguar quién era el hombre con el que estaba bailando.

Cerré los ojos por un instante, me dejé guiar por sus manos y me sentí... ¿atraída por un desconocido? Sí, yo había cometido muchas locuras sin pensar demasiado en mis actos. Solo había que ver a mi ex novio psicópata.

Ni si quiera me di cuenta de que la canción había terminado y a nuestro alrededor los invitados se movían a otro son. Yo seguía con la letra de Adele en la cabeza: *«te podría abrazar durante un millón de años, para hacerte sentir mi amor»*.

Puso su mano sobre mi espalda, justo en la parte que el corsé dejaba al descubierto y cogió dos copas de champán a un camarero, ofreciéndome una de ellas. Acepté con la cabeza sin decir nada más y continué escrutándole. Aquella máscara no me dejaba ver bien sus ojos y su boca también estaba oculta tras ella. Él no decía nada y yo sentía que no tenía nada que decir.

A los segundos vi a Justin haciéndome señas desde la parte de arriba angustiado.

—Tengo que subir un momento a la parte de arriba. —Me disculpé y de su boca no salió ni una palabra—. Si me disculpas. —Le sonreí y él afirmó con la cabeza—. No sé si no va a salir alguna palabra de tu boca esta noche, pero si es así, espero que sea para pedirme otro baile. —Volvió a afirmar con la cabeza y supuse que en su cara se estaba dibujando una sonrisa o al menos es lo que quise imaginar.

Subí sorteando a varios invitados y Justin estaba apoyado en la barandilla, a mitad de la escalera, con dos copas de champán en la mano.

—¿Cómo está Giacomo Casanova! ¿Quién es?

—No lo sé. No sé ni cómo es su voz, pero hay algo en él que me atrae. —Al mirar abajo, nuestras miradas se encontraron. Estaba en la barra apoyado mirándome.

—No te quita ojo, nena. Aprovéchalo. Necesitas sacarte tanto a Alex como a Ryan de la cabeza.

—Tiene que ser Ryan. Acabo de hablar por teléfono con él.

—Ryan no estaba invitado.

—Gracias a María y a Scott, sí. Tiene que ser él.

—No es él, no me da esa sensación. Disfruta de un polvo con un completo desconocido. Un polvo de una noche que te deje un gran sabor de boca mañana por la mañana. —Levantó ambas cejas.

—Justin, deja de tratar de meterte en mi cabeza, que verás cómo acabo la noche cometiendo una locura.

—Una locura que te hará volver del mundo de los no vivos, nena. Llevas una semana como un muerto viviente. Olvídate de Ryan y de Alex. Déjate llevar y comete alguna locura. ¿Quién sabe si ese hombre enfundado en ese traje puede hacerte ver con claridad todo después de dos buenos pollazos? —Le miré extrañada por su comentario y no solo por lo de los pollazos—. No me mires así, sabes que adoro a Alex y que Ryan me cae muy bien, pero...

—Pero... ¿qué? —Le miré esperando una de sus respuestas más sarcásticas.

—No me gusta verte así. Sé que te duele haberle tenido que decir a Ryan que le engañaste con Alex, porque aunque entre vosotros no existiese una relación... te hubiese gustado que pudiese haber sido. Pero tu corazón, muy a tu pesar, sigue latiendo por Alex y sé que le has buscado esta noche en la fiesta. —Respiró pensando bien lo que estaba a punto de decirme—. Alex es caso aparte. Te mereces a alguien que no te oculte nada, que te mime y te adore. Si él no ha sabido hacerlo, lo siento mucho, pero tienes que

continuar con tu vida. Ya tendrá tiempo para lamentarse por ello y te aseguro que se lamentará lo más grande.

No me dijo nada más, me besó y se fue a hablar con unos invitados que esperaban junto a Frank cerca de la barra. Subí el resto de las escaleras pensando en todo lo que me había dicho. ¿Aquella era la mejor solución? ¿Pasar página y tirarme al primero que se me pusiera a tiro o continuar esperando a que mi flamante príncipe azul bajase de su torre de marfil?

Apuré el champán que quedaba en la copa que Justin me había entregado y observé la tranquilidad que se respiraba en aquella parte de arriba. Todos los invitados estaban disfrutando abajo de la gran fiesta que habíamos preparado y yo... yo me estaba alejando de aquella locura, y tal vez, de aquel hombre misterioso.

Cuando salí del baño, una mano me rozó el brazo.

El hombre misterioso estaba allí esperándome y sus ojos me decía que él si sabía lo que quería. Me pegó a él, noté sus fuertes brazos recorrieron parte de mi espalda desnuda, sus ojos me estaban devorando y me sentí excitada. Sin pensármelo dos veces le agarré de la mano y le metí en el reservado que estaba just detrás de una gran tela negra. Aproveché para cerrar el pestillo mientras me pegaba a la pared y buscó el interruptor sin dejar de mirarme. Echó un último vistazo, negó con la cabeza y apagó la luz. La habitación se tiñó de un color anaranjado muy tenue debido a la luz de emergencia que colgaba encima de la puerta.

Se acercó a mí lentamente y me acarició el cuello, subiendo sus dedos hacia mi cara. Joder, mi cuerpo respondía con pequeños escalofríos. Se deshizo de mi peluca morada y me deshizo el moño que llevaba con sumo cuidado. Metió las manos en mi pelo y lo despeinó lentamente, rozando con sus dedos mi cabeza, haciéndome sentir un gran placer. Mi cabeza, uno de mis puntos débiles.

Él se deshizo de su máscara, pero no le podía ver bien la cara en la oscuridad de aquella sala que se me antojaba cada vez más pequeña. Se acercó más a mí y me cogió con las dos manos la cara y me pegó a su boca, pero sin llegar a besarme, se estaba tomando su tiempo. No sé si valorando mi reacción o esperando el momento adecuado para seguir devorándome.

Notaba su respiración entrecortada y caliente tan cerca de mi boca, que estaba empezando a nublar cada uno de mis sentidos. Sus labios rozaron unos segundos los míos e introdujo la lengua en mi boca, poco a poco, como si no tuviese prisa. El beso comenzó siendo dulce, suave, pero en pocos segundos pasó a devorar mis labios en un beso feroz.

En un segundo me separó de él, en aquella oscuridad me miró y me dio la vuelta, pegando mi espalda a su pecho. Me apartó el pelo y comenzó a besarme el cuello mientras sus manos deshacían el nudo de mi corsé. Lo hizo tan lentamente que no lo notaba, hasta que me di cuenta de que había caído sobre mis pies. Me agarró del pelo, metiendo su mano por dentro de él y tiró fuertemente hacia atrás, pero con cierta delicadeza, dejando mi boca a su completa disposición. Sabía muy bien lo que hacía. Sabía demasiado bien qué debía hacer para excitarme.

Traté de darme la vuelta, pero me aprisionó sus caderas contra una mesa. Un absoluto desconocido me estaba haciendo sentir una excitación que no podía describir. Con mis manos traté de buscar su cuerpo, pero cogió cada mis muñecas y me las puso encima de la mesa.

—No.

Por primera vez oí su voz grave, con un monosílabo, negándome a tocarle. No le reconocí.

Pegué las palmas de mis manos a la mesa y él comenzó un ritual de besos, que empezaba en la nuca y continuaba por la espalda hasta llegar a la parte de arriba de la falda. Soltó lentamente la cremallera y con ello bajó todo lo que llevaba encima. Estaba desnuda, en el reservado del local a la total disposición de aquel desconocido y aquello... me excitaba aún más. Lo único que me dejó encima fueron las sandalias de tacón alto que llevaba.

Por unos segundos se apartó de mí, pero seguía notando su mirada en la oscuridad y su respiración

totalmente desbocada como la mía. Al sentir de nuevo su cuerpo me di cuenta de que ya estaba desnudo. Se había deshecho del disfraz. Su cuerpo era fuerte, caliente y rebosaba deseo, su sexo erecto me lo confirmó. Puso sus manos sobre las mías y sin dejar de besarme el cuello, fue subiendo por mis brazos, pasando por los hombros, bajando por la espalda y se paró en mi culo. Lo apretó con su mano firme, pero sin hacerme daño, para de repente darme una pequeña palmada que resonó en el reservado.

Se me fue la cabeza, mi cuerpo reaccionaba a cada una de sus caricias y de nuevo otra palmada en el culo, aquella vez más fuerte. De mi garganta se escapó un gemido.

—Mariola.

Susurraba mi nombre, pero su voz había cambiado.

—Mariola.

Sus manos se pusieron en mis hombros y empezó a agitarme fuertemente.

—No pares...

Aquella voz sonó mucho más cerca de mí, pero en forma de grito.

—¿Qué coño estás soñando, cacho guarra? —Justin era el que me estaba gritando—. No sé si quiero saber la respuesta, pero tus gemidos han hecho maullar a la mitad de los gatos del barrio. —Se sentó en la cama.

—Demasiado bueno para ser verdad, me cagó en lo más grande del... —me tapé los ojos suspirando profundamente.

—Tienes una cara de bien follada que no lo sabes bien.

—No precisamente. Me que quedado a medias. Si al menos hubiese echado el polvo en sueños...— Salté de la cama y me di cuenta de que estaba con la toalla mojada de cuando salí de la ducha.

—Oye, tal vez esta noche...—Me guiñó un ojo sacándome la lengua al estilo Miley Cyrus—. O tal vez sea yo quien termine gimiendo así.

—Vamos que nos tenemos que marchar que si no llegaremos tarde. A las seis está por allí el maquillador y el peluquero para prepararnos.

—Estoy atacado. —Le dio por mirar el reloj de la mesilla—. Y estamos jodidos porque llegamos tarde.

Justin empezó a correr por toda la casa recogiendo las cosas y yo me quedé paralizada. Era la misma manera en la que había empezado mi sueño.

¿Había sido una premonición?

¿Eso es lo que iba a suceder aquella noche?

# 15.

## COMO LAS JINETES DEL APOCALIPSIS

Todo comenzó tal y como lo había soñado, de la misma extraña manera. El camino hasta el local transcurrió a cámara lenta, al llegar subí las escaleras observando todo, esperando despertar del sueño de nuevo en cualquier momento, pero no fue así. Al sentarme en la silla delante de Wen me pellizqué debajo del brazo.

—Joder.

—¿Ahora te va el sado, nena? —Wen me miraba extrañado.

—No, bueno, no por ahora. Nunca se sabe. Tampoco quería complicarme la vida, pero lo he hecho taaaaaantas veces...

—Tenemos poco tiempo para prepararos así que... MANOS A LA OBRA.

Justin me miraba extrañado y me hizo un gesto de «*después hablamos*», a lo que le contesté con unos labios fruncidos y un movimiento de cabeza que le hizo saber que no lo haríamos aquella noche.

Cuando Wen terminó de maquillarnos y colocarnos las pelucas, Justin me ayudó con el disfraz. Al tirar de la lazada inferior del corsé, lo hizo con más fuerza de lo normal.

—¿Qué es lo que has soñado para que tengas esa sonrisa? —Me agarró de la barbilla para que le mirase directamente a los ojos.

—Si te lo cuento...

—No, no me hagas el truco de no te lo creerás. No vas a salir de aquí sin contármelo. —Me agarró del brazo.

Su risa resonó cuando le expliqué lo que había soñado y que aquello había comenzado de la misma manera. Pero le encantó lo del señor Giacomo Casanova y algunos de los detalles que le di.

—Me lo pido. Si lo que has soñado se va a hacer realidad, me pido que me dé lo mío y lo tuyo.

—Todo para ti. —Levanté ambas manos para ajustarme la peluca.

—Joder, nena. Si esta noche se te pone a tiro un hombre así... y un desconocido te aborda... a por él. O te olvidas de Alex o vuelves con él a pesar de toda su mierda.

—Justin, ya me has pegado esa charla en el sueño y la recuerdo perfectamente. Sé que está en mi mano todo, tanto olvidarme de Alex como olvidar lo que ha pasado. No sé qué es más difícil, si olvidarme de lo que me ha hecho él o del daño que yo le he hecho a Ryan. —Me miré en el espejo y me retoqué los labios.

—Vamos a hacer de esta fiesta la más memorable de todo el año.

Frank ya estaba recibiendo a los primeros invitados y en la puerta vi a Rud en una esquina, observando todo con detenimiento. No, no parecía haberme deshecho de él. Dejé a Justin con Frank y me perdí entre los invitados que ya habían llegado. Al fin y al cabo mi trabajo allí casi había finalizado.

Hablé con unos cuantos invitados que ya conocía, pero más que de sus conversaciones, estaba pendiente de que todo estuviese bien. La comida, los camareros con las bebidas... ¡Qué coño! Estaba buscando al misterioso Casanova de mi sueño. Justin también estaba pendiente por si le veía aparecer en la fiesta. Me buscaba y con su mirada me preguntaba, a lo cual yo le negaba sonriendo.

Frank y Justin estuvieron toda la noche ocupados con todos los invitados, María y Brian que también estaban por allí, estaban disfrutando de la fiesta como dos tortolitos que se acababan de conocer. Vale, se acababan de conocer y estaban apollardados perdidos. Y yo...yo estaba escondiéndome para no tener que hablar con nadie más. Los pies me estaban matando y el corsé me estaba dejando sin respiración. Justin se había pasado apretándolo. Tenía los pezones apunto de salir para respirar de allí dentro.

Tres horas después de que la fiesta comenzase, subí a la parte de arriba, al reservado que estaba cerrado. Me apoyé en la barandilla y eché un vistazo. Todos bailaban y se lo pasaban bien, mientras yo estaba más amargada que comiéndome un limón verde. ¿Qué estaba pasando en mi cabeza para no poder disfrutar de una gran fiesta como aquella? Con lo que me gustaba a mí una fiesta... más que una copa de buen vino.

Eché un vistazo a mi móvil y vi varias llamadas perdidas desde España. No reconocía el número, supuse que de nuevo sería mi madre ya que María no parecía tener nada más en la cabeza que Brian en aquel momento. Le di a rellamada sin pensármelo dos veces.

—«*Me llaman la desaparecida...*» —La voz de Aitana sonó al otro lado del teléfono cantando a su estilo. Era una de mis mejores amigas en España.

—Hola, Aitana. —Me senté en un sofá y suspiré. Siempre que hablaba con alguna de mis amigas de España la nostalgia se hacía dueña de mí.

—Hace que no hablamos una eternidad.

—Lo sé. Estoy hasta arriba de trabajo, Aitana.

—Si yo te contase.

Aitana era diseñadora de moda flamenca y estaba empezando a diseñar trajes de novia. Era una de las diseñadoras más cotizadas en Andalucía y poco a poco se estaba abriendo camino en Europa. Sus trajes de flamenca habían arrasado en la última Simof<sup>[18]</sup>. Se quedó en silencio más tiempo de la cuenta y supe que algo le rondaba por la cabeza. No sabía si era algo que había pasado allí o algo que le preocupaba sobre mí.

—¿Todo bien, Aitana?

—Te pregunto lo mismo. ¿Todo bien? —Su tono de voz era muy dulce.

—Aitana que nos conocemos, ¿por qué me lo preguntas?

—Llevamos un tiempo viéndote en las revistas con ese cañonazo. Y en la última... pues no me cuadran algunas cosas. ¿Qué demonios está pasando? —Noté su preocupación.

—Todo está bien. —No quise seguir hablando para no preocuparla y suspiré.

—Mariola, conozco tus suspiros y ese ha sido de estoy agobiada. No me digas que es por el trabajo, porque lo adoras al igual que yo adoro lo que hago. ¿Qué es lo que realmente pasa?

—Sí que en parte es por el trabajo, pero también ese cañonazo al que has aludido tiene algo que ver. Y mi ex y otro chico que ha aparecido hace poco... Estoy un poco agobiada.

—Ya sabes que mi paraíso particular está a tu disposición en cualquier momento. Silba...

—Y vendrás a rescatarme. —Era algo que nosotras siempre nos decíamos.

—Me gusta oír que no olvidas nuestras cosas.

—Sé que he estado demasiado desaparecida, pero espero poder terminar varios proyectos y escaparme unos días. Necesito desconectar de mi trabajo, de Nueva York y de mi vida aquí.

Mi cabeza se transportó años atrás.

En Salamanca nos conocían como las jinetes del apocalipsis, no dejábamos nada vivo cuando pasábamos por algún sitio. Nos conocimos de la manera más extraña. Primer año de universidad, fiesta de los ochenta y las seis fuimos disfrazadas de Eva Nasarre. En cuanto nos vimos empezamos a hacernos fotos y a reírnos de las diferentes Eva Nasarre que habíamos elegido.

Echaba mucho de menos aquella época en la que no había problemas ni quebraderos de cabeza.

—Ya sabes que es decirlo y nos juntamos aquí todas.

—Lo intentaré. —Miré a la pista desde el sofá y vi a Justin haciéndome señas—. Aitana, tengo que dejarte que creo que se está quemando algo.

—Cuéntame de qué es la fiesta, que me encantan los reportajes fotográficos que nos mandas.

Supe inmediatamente que Aitana estaba sentada con una mano apoyada en la barbilla esperando todas las explicaciones de la fiesta detalladas, con una copa de vino en la otra mano.

—¿Qué llevas puesto? Dime que es de un gran diseñador.

—Es bonito, pero para llevar algo de una gran diseñadora, tendría que ser tuyo. —Sonreí.

—Pelota.

—Y te encanta. —Nos reímos y le mandé una foto del disfraz desde un ángulo en el que el corsé era el gran protagonista.

—Nena, con ese escote si el gran dios McArddle no cae ante ti... es que es gilipollas.

—Cariño, tengo que dejarte. —Volví a ver a Justin nervioso—. Justin me reclama como si el demonio hubiera entrado en la fiesta. Te llamo por Skype un día de éstos y hablamos.

—Ok, cariño.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Cuídate y cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé. Adiós, Aitana. —Al colgar me quedé mirando el teléfono.

Sabíamos todos nuestros secretos y aun así éramos las mejores amigas. Hacía mucho tiempo que no las veía y las echaba muchísimo de menos. Hablar con Aitana me dio más ganas de terminar varios proyectos y cogerme una semana de vacaciones.

Bajé a buscar a Justin y le encontré hablando con Scott. Creo que era él por el disfraz que llevaba.

—¿Dónde está la bomba? —Cogí otra copa de champán.

—He visto a Casanova. Acaba de pasar por aquí.

—Justin, no me vaciles que no tengo la noche.

—Pues espero que tengas la noche porque viene directo hacia aquí.

Me dio la vuelta y le vi caminando decidido entre los invitados sin dejar de mirarme. De lejos parecía igual que en mi sueño. Sus ojos, bajo aquella máscara dorada, me estaban devorando, pero al acercarse y comenzar a hablar...

—Hola. —Su voz no sonaba como en mi sueño—. Este disfraz te resalta tanto los ojos. —Sabía que no iba a ser como en mi sueño, ni parecido, pero tenía la esperanza de que aquella situación se diese la vuelta—. Y te hace unas tetas para comértelas ahora mismo. Así que no voy a dar rodeos... tú, yo, mi cama, ahora.

—A tomar por culo el sueño.

—Nena, te haré disfrutar más de lo que te han hecho gemir jamás. Lo que tengo entre las piernas te está esperando. —Pasó su mano por mi cuello y me aparté.

—Guárdate lo que tengas entre las piernas para alguien a quien le interese.

—¿Dónde va ese culo? —El Casanova de saldo trató de agarrarme del brazo, pero le miré enfadada.

—Este culo va donde le dé la gana. —Noté su mano aferrada a mi brazo e hice un fuerte gesto para soltarme de él.

—No se te ocurra tocarme jamás.

—Nos vamos a dar una vuelta a la calle. —Rud apareció a mi lado y agarró del disfraz a Casanova—. Deberías estar agradecido de que tan solo te haya regalado una sonrisa.

—Rud, tranquilo. —Quise tranquilizarle y le acompañé hasta la puerta.

—Que no te vuelva a ver aquí dentro esta noche o no seré tan amable. —Le sacó a la calle y cruzó sus brazos.

Subí de nuevo a la parte de arriba y me quedé en medio de la escalera observando el cuadro del verdadero Casanova. Mi sueño fue solamente eso, un sueño. La fiesta continuó mientras yo me perdí en aquellas fotos de Venecia. Mi mente volvió a transportarse años atrás.

Una sensación extraña me sacó de aquel verano de mochilera que pasé por la Toscana. Noté unos ojos clavados en mi espalda. Me di la vuelta y vi de nuevo a Casanova detrás de mí.

—Mira, aprendiz de Casanova, no tengo el chichi para farolillos, así que búscate otro disfraz con tetas para comerte y déjame en paz. Ya te han echado de aquí una vez, por tu bien...—lo dije en castellano señalando la puerta de salida, pero no se inmutó—. No me hagas ser más desagradable contigo.

No se movió ni un milímetro. Estaba plantado delante de mí con sus ojos clavados en los míos. Me estaban entrando unos calores... y no de excitación precisamente.

Empezó a acercarse a mí lentamente y yo retrocedí hasta notar la pared en mi espalda. Me costaba respirar, me costaba tragar y en aquel momento lo primero que se me pasó por la cabeza fue Jonathan. Quería gritar, pero era incapaz de hacer ningún movimiento o de emitir ningún sonido.

Comenzó a acariciarme el cuello, con una suavidad que me tranquilizó. Era imposible que aquel desconocido fuese Jonathan. Pegó su cuerpo al mío y mi respiración empezó a acelerarse. Bajó su mirada hasta mi pecho y observó cómo subía y bajaba. Pasó sus dedos por el escote y me estremecí. Me agarró del cuello, sin apretar demasiado y buscó mi boca con la suya. Me besó desesperadamente, con ferocidad, al igual que en el sueño. Me tenía agarrada con sus brazos y anclada a la pared con sus caderas. No quería dejarme escapar.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta llegar a mi culo, agarrándolo fuertemente. Gemí, gemí en su boca como lo hice en mi sueño. Me estaba matando lentamente con aquel beso, pero, al igual que en el sueño... de repente paró.

Me acarició la boca con las yemas de sus dedos y me miró a los ojos. Bajó un par de escaleras y se giró unos segundos para observarme por última vez, para desaparecer segundos después.

Tardé en reaccionar, pero cuando lo hice, bajé las escaleras buscándole y me encontré con Justin.

—Problema resuelto. Lo siento por tu sueño, pero Casanova no entrará en la fiesta de nuevo.

—Hay otro. —Aún respiraba con dificultad—. Hay otro Casanova. —Le aparté mirando por todo el local.

—¿Otro? —Me miró extrañado.

—Sí. Me... me ha... besado. Y ese sí que era el de mi sueño. —Grité y creo que hasta lancé un pequeño gemido de frustración.

—¿No sabes quién es? ¿No le has reconocido?

—No. —Negué con la cabeza.

—Qué putada, nena. —Me abrazó tratando de calmarme.

—Jus, ¿te importa si me voy a casa? Necesito descansar.

—Te hemos explotado para la fiesta. Necesitas descansar y no hacer nada el fin de semana. —Me acarició la cabeza.

—Imposible. Lo que necesito son vacaciones.

—¿Vacaciones?.

—He hablado con Aitana. —Me aparté de él.

—¿Por qué no te vas allí con ellas unos días? Habla con los jefes y cuando puedas, escápate. Allí estarás tranquila y podrás poner todo en su sitio. Entre tu hermana y su ruptura de compromiso, Ryan, Alex, el trabajo...

—Nos vemos en casa. Voy a por decírselo a Rud. Disfruta mucho de la fiesta.

Rud me acompañó hasta casa con varias burlas hacia mi disfraz y hacia los encantos que dejaba al descubierto.

Revisó el piso al llegar y me pidió que cerrase la puerta con doble llave. Me desmaquillé, casi arrancándome la mitad de la cara, me deshice del disfraz y me tumbé a descansar. Puse algo de música para relajarme y descansé como hacía noches que no había hecho.

Unas semanas después de la fiesta, tanto Justin como Frank, seguían encantados con el resultado. El negocio había salido en varias paginas web y revistas especializadas. Todos los días estaba lleno y ya tenían reservas para más de medio año de fiestas privadas, muchas de las cuales las organizaba CIA.

Ya estábamos en pleno verano y el trabajo se había multiplicado con las fiestas que habíamos aceptado. Nueva York en verano se llenaba de turistas, pero la ciudad siempre seguía teniendo lugares escondidos en los que perderse entre la multitud. Y yo tenía mi lugar en el Soho Grand Hotel. Cuando necesitaba descansar, trabajar hasta altas horas sin que nadie me molestase o simplemente necesitaba alejarme de todo, siempre terminaba tumbada en aquella terraza.

Aquella mañana estaba desayunando en la terraza del hotel observando el tatuaje que me había hecho unas semanas antes, la palabra BREATHE en el antebrazo, en el estudio Bang Bang de Broome Street. Tenía que mirarlo de vez en cuando para evitar ahogarme.

Acababa de recibir el café recién hecho, con varios periódicos y revistas internacionales.

Desde los días previos a la fiesta del Silk no sabía nada de Alex. Sabía que había estado dos semanas en Europa y otra semana más perdido en algún otro sitio recóndito del mundo, en una isla paradisiaca por lo que aparecía en una de las revistas.

Me tomé el café, me vestí y me fui a la oficina corriendo. Los jefes estaban reclutando gente nueva para la oficina que íbamos a abrir en Los Ángeles. Habían decidido abrir una delegación en la costa Este. Estaba en el despacho revisando un par de currículums cuando llamaron a mi puerta.

—Mariola. —Sasha apareció con otra rosa.

Desde el día siguiente de la fiesta del Silk había una rosa de diferente color cada día de la semana en la oficina, de lunes a viernes no había fallado la entrega ni un solo día. Blanca, roja, amarilla, morada y rosa. Sin nota, sin saber de quién eran.

—Parece que tienes un admirador. —Sasha me miró con una sonrisa enorme.

—¿Otra vez sin nota? —Linda entró en el despacho y Sasha desapareció.

—Sí.

La saqué de su envoltorio y la coloqué en el jarrón que cada día tomaba una dimensión más grande.

—¿Cómo va lo de la nueva oficina? —Traté de cambiar de tema.

—Muy bien, pero necesito que viajes allí para supervisar algunas cosas. —Linda se sentó en la mesa justo a mi lado—. Hemos estado hablándolo y hemos pensado que tú podrías dirigir la delegación de la costa Este.

—¿Cómo? —Estuve a punto de tirar el florero de la mesa, pero lo agarré antes de hacerlo.

—Lo hemos pensado mucho y si te parece bien cambiar de ciudad, empezar allí una nueva vida... Queremos que seas tú quien lleve aquella delegación. Puede ser lo que necesitas ahora mismo. —Traía unas revistas en la mano—. Parece que él lo está haciendo y no te mereces todo esto. —Me las enseñó.

—Ya las he visto. —Me acerqué a la cristalera para ver Madison Avenue.

—No nos tienes que responder ya, pero por una vez en tu vida... piensa en ti. —Me acarició la cabeza—. Esta vez no pienses en los demás. Puede que allí te estén esperando mil oportunidades y mil amores nuevos.

—Muchas gracias, Linda.

—Tu cabeza sabrá lo que quieres hacer, pero sé que tu corazón no estará de acuerdo. Respetaremos cualquier decisión que tomes.

Linda me dejó sola en el despacho pensando en lo que me acababa de ofrecer, pero Scott apareció para romper aquella tranquilidad.

—Mariola, tengo una llamada de Brian.

—Pásamelo, por favor. —Descolgué el teléfono y esperé unos segundos hasta que escuché alboroto al otro lado de la línea—. Hola, Brian.

—Mariola, necesito que me ayudes a organizar la fiesta de cumpleaños de Alex. Es en una semana y necesito tu ayuda. —Su tono parecía una mezcla de desesperación y coqueteo, seguro que mi hermana estaba al lado metiéndole mano.

—Brian yo... no creo que sea la más adecuada. Puedo hacer que alguno de mis compañeros la organice.

—Lo eres. Mi madre ha estado hablando de tu fiesta del Silk desde hace un mes. Le encantó. —Se quedó unos segundos en silencio—. Me ha dicho que o la organizas tú o... la organizas tú.

—Yo... —Balanceé unos segundos la cabeza y puse los ojos en blanco—. ¿Por qué no sé decir no?

—¿Eso es un sí?

—Sí. —Me tapé la cara con una de las revistas que había dejado Linda en mi mesa.

—Te paso con mi madre que quiere hablar contigo.

—No, espera Bri...

—Buenos días, señorita Santamaría. —Su voz era muy dulce.

—Buenos días, señora McArddle.

—La señora McArddle era mi suegra. Llámame Susan.

—Cla... —me aclaré la garganta—. Perdón. Claro, Susan.

—El cumpleaños de mi hijo es en una semana y quiero que organices la fiesta.

—¿Tienes algo pensado? —Cogí mi agenda para apuntar todo mientras por dentro me estaba llamando gilipollas.

—Lo dejo todo en tu mano. Es su treinta cumpleaños y tiene que ser especial.

—¿Podemos quedar en persona para organizar la lista de invitados?

—Cariño, no estoy en la ciudad. Estamos en Los Ángeles por unos problemas familiares que teníamos que solventar con urgencia y no estaré disponible en unas semanas. Volveré para la fiesta. —Escuché un golpe y ella susurró algo que no comprendí—. La fiesta la haremos en los Hamptons, en nuestra casa de la playa. Brian vuelve la semana que viene y con él podrás organizar todo. Haz lo que necesites, pide todo lo que quieras. No pongas límites.

—De acuerdo. ¿La lista de invitados?

—Te le entregará Brian. Alex y tú sois amigos. Sabrás muy bien qué hacer.

—Me pongo con ello ahora mismo. —Tocaron de nuevo en la puerta—. Tengo que colgar, Susan.

—De acuerdo.

Escuché el pitido y me quedé mirando el teléfono sabiendo que aquello no era una buena idea. Scott entró con cara de preocupación.

—Has aceptado la fiesta ¿verdad? —Se sentó en una silla.

—Sí.

—De acuerdo. —Parecía enfadado.

—¿Qué pasa, Scott?

—Pues que después de todo lo que ha pasado, no sé cómo le dices que sí. Desde hace un mes no sabes nada de él y has estado mucho mejor. Él está con rubias cañones colgadas del brazo y... Tú sabrás lo que debes hacer. —Me entregó una carpeta—. En dos días vuelas a Los Ángeles.

—Pregúntale a Linda a ver si puedo reunirme con ella en media hora para comentarle un par de cosas. —No hice demasiado caso al comentario de Scott. Llevaba raro unas semanas, pero lo achaqué a todo el trabajo que teníamos.

Scott se marchó sin decirme nada más y al levantar la carpeta de los vuelos, vi las revistas de nuevo. Ojeé las portadas y una de ellas me dejó sin habla. En la portada se podía leer en mayúsculas:

# «LA TAN ANSIADA ENTREVISTA AL HOMBRE DEL AÑO MÁS DESEADO: ALEX MCARDLE AL DESNUDO».

Recibí un mensaje de mi hermana preocupada por las revistas que ya había visto. Me decía que había visto a Alex solo en el hotel. Me daba en la nariz que estaba haciendo de espía y vigilaba todos los pasos de Alex. O bien por ella o sonsacándole información a Brian. Le contesté con un simple OK y fui al despacho de Linda, que dio el visto bueno a la fiesta con algunos reparos, que no dijo, pero me dejó ver por los gestos de su cara.

Fueron dos días de locura. Tenía entre manos la fiesta de Alex, tenía pendiente un montón de informes para preparar, el viaje a Los Ángeles, organizar la vuelta de Sonia a casa, aguantar a mi hermana con Brian en casa cada día, cada tarde o cada noche. Justin y sus continuas peleas con Scott, Mike enfadado día sí y día también, Andrea volviéndome loca y la academia dándome más quebraderos de cabeza que otra cosa. Aquel viaje me iba a venir de maravilla para alejarme por unos días de los problemas que dejaba en la ciudad.

Llegó el tan ansiado día en que cogía el vuelo para Los Ángeles. Despedirme de Andrea en casa me costó bastante, para ella me iba a la otra punta del mundo y no iba a poder hablar conmigo en años, aunque le había prometido que volvía en unos días.

—Eso dijo mi madre —levantó los hombros con cara de enfado— y no ha sido así.

—Prometo que te compensaré a la vuelta.

—No me vale. —Se agarró a la mano de Mike para ir a clase.

—No se lo tengas en cuenta, Mariola. Estamos todos agobiados con este calor. —Me besó antes de irse—. Piensa mucho lo que te han ofrecido, pero hazlo con el corazón.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto estuve pensando en la oportunidad que los jefes me habían ofrecido. Aquello significaría dejar atrás a mi familia, a mi niña preciosa y empezar de cero en una ciudad nueva donde no conocía a nadie, pero donde tampoco me perseguiría nadie.

Dos horas después estaba bostezando en la sala VIP del aeropuerto, ya que me había levantado a las cinco de la mañana para tratar de hacer algo con la fiesta de Alex. Tenía las gafas de sol puestas y los cascos conectados escuchando “Chained to the rhythm” de Katy Perry.

Estaba en la cristalera viendo algunos aviones que despegaban mientras mi cuerpo se movía al son de aquella canción. No era la mejor de las bailarinas, pero no tenía vergüenza y estaba sola en aquella gran sala.

A los segundos vi cómo las puertas se abrían reflejándose en la cristalera, pero no me apetecía entablar una conversación con un extraño. Pero el aroma que me llegó me decía que no era un extraño más, no señor.

—Buenos días, Mariola.

—Genial. —Suspiré y me quité los cascos junto con las gafas al darme la vuelta—. El mundo es un puñe... un pañuelo. —Me acerqué a él.

—Eso parece. ¿Vacaciones?

—Ojalá. Si fuesen vacaciones... —Suspiré unos segundos—. Si fueran esas vacaciones que tanto necesito, me iría a mi particular paraíso.

—¿Dónde está ese preciado lugar? —Me miraba curioso.

—Eso es secreto. Si te lo cuento ya no sería mi particular paraíso al que huir.

—¿Huirías?

—Sí. —Me apoyé la barra que teníamos al lado.

—¿Y qué te lleva a Los Ángeles? —Preguntó tratando de saber más de lo que yo estaba dispuesta a contarle.

—Trabajo. —No quise decir nada más y no le estaba mintiendo, solo ocultando una parte muy importante del viaje—. Te hacía en la semana de la moda de alguna capital europea bien rodeado.

—No te creas todo lo que publican las revistas.

—¿No vas a Los Ángeles a dar la exclusiva?

—Vale, esa parte de la revista sí que te la puedes creer.

Ninguno de los dos quiso decir nada más. Me sentía incómoda ocultándole mis verdaderos motivos para ir a Los Ángeles y él parecía no querer contar nada más de la entrevista que le iba a tener en boca de medio mundo durante muchos meses.

—¿Un café?

—Siempre.

Preparó un par de cafés y me lo acercó. Su sonrisa estaba más apagada de lo normal y también su mirada. Alrededor de sus ojos habían salido de repente unas arrugas de preocupación que le hacían tener la mirada demasiado triste, pero seguía siendo impresionante como aquellos ojos azules eran capaces de paralizarme.

—Por mucho que esto sea la sala VIP —removió el café—, el café no tiene muy buena pinta.

—Después de la mañana, de la semana y del mes que llevo, hasta me bebo el alquitrán que prepara Scott en la oficina.

—¿Mucho lío?

—El trabajo se ha multiplicado por diez. Añádele a eso la vuelta de Sonia, la búsqueda de un piso para ella y Andrea, que casi ya lo tengo... Y no te olvides de nuestros queridos hermanos. Ayer me salieron con que se quieren ir a vivir juntos. —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Lo próximo será una boda relámpago vestidos de Elvis y Marilyn en Las Vegas. —Vi una gran sonrisa en la cara de Alex—. No te rías, que ese es el siguiente paso.

—Están locos... locos el uno por el otro. No se puede hacer nada en contra de eso. —Le dio un sorbo a su café.

—Espero que todo salga bien entre ellos, porque no quiero ni que mi hermana sufra ni que tu hermano lo pase mal. —Suspiré profundamente pensando en cómo habíamos terminado nosotros.

—Los flechazos es lo que tienen, que un día que no esperas... las casualidades hacen que delante de ti se plante una chica que haga tambalear tu mundo. Da igual la manera de la que empieza una relación, pero un flechazo siempre tiene un buen final.

Tuvo que notar una mirada escéptica recayendo sobre él. Notó cómo se me había ido levantando la ceja derecha y el gesto de mi cara había cambiado por completo.

—Espero que su flechazo acabe mejor que lo nuestro.

—Espero que lo nuestro acabe mejor aún que lo de nuestros hermanos. No será una boda en Las Vegas, será algo mucho más grande. —Nada más decirlo sonó su teléfono y se apartó de mí.

Allí tenía otra gran declaración de intenciones del señor McArddle. No sabía cómo lo hacía, pero siempre sabía decir algo que me hacía volver a creer que lo nuestro tenía arreglo. ¿De verdad, Mariola? ¿De verdad pensabas que lo nuestro tendría un arreglo mejor de lo que ya había tenido?

Al subir en el avión nuestros asientos estaban uno al lado del otro, con un asiento libre en medio separándonos. Al menos no iba a su lado y no tendría que aguantar casi la respiración para que su aroma no me dejase más tonta de lo que ya estaba.

Cuando el avión se estabilizó en el aire, saqué mi agenda y continué con la preparación de su fiesta. De vez en cuando me miraba por encima del periódico que estaba leyendo desde su asiento y yo tapaba la agenda con mi cuerpo. Su cara era de pura curiosidad y yo sonreía al saber que iba a ser toda una sorpresa para él. Se recostó en su asiento y se quedó mirándome fijamente. Lo sabía porque su mirada me seguía quemando, era el único capaz de conseguirlo.

—¿Algo para beber?

—¿Puede ser una mimosa<sup>[19]</sup>?

—Por supuesto.

—Lo mismo que ella.

El vuelo transcurrió sin mayores contratiempos. Si no le llamamos contratiempo a que Alex estuviese todo el vuelo observándome a cada segundo, recorriendo todo mi cuerpo con sus ojos y creo que hasta escaneándome el código de barras de la etiqueta de las bragas que estrenaba aquel día.

Al llegar al aeropuerto de Los Ángeles, Alex amablemente me ayudó a cargar con la maleta que llevaba hasta la salida. Parecía que le costaba un poco llevarla en la mano cargada.

—Tiene ruedas.

—¿Seguro que no huyes?

—Ya te he dicho que aún no, pero no sé si me tendré que quedar más días o qué me voy a poner. Ya sabes, las mujeres y nuestros por si acaso. —Bajé la mirada sin casi darme cuenta.

—¿Estás bien?

—Todo acaba pasando y olvidándose, ¿no? —Le miré a los ojos.

—Hay cosas que nunca se olvidan.

Por un instante me sentí pequeña a su lado, pero no por que me intimidase su presencia, era más bien que me hacía sentir como si él supiese algo que yo desconocía. Como si el tuviese la carta de mi destino en sus manos y no me la quisiera mostrar.

Cuando llegamos a la salida nos encontramos a Rud con un cartel con FARMER BUSCA A PARIS escrito en letras rosas y con brillantina.

—¿Ni aquí me lo quito de encima? —Traté de sonar seria, pero en mi boca se dibujó una pequeña sonrisa al verle con aquel cartel, que sin duda había tenido que hacer él.

—Es su trabajo. —Nos acercamos los dos.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Encima de que me tiré ayer dos horas haciendo el cartelito con brillantina, ¿me recibes así? — Me mostró las manos y estaban llenas de brillantina de colores—. Ves.

—Vamos antes de que me arrepienta. —Alex le dejó la maleta al lado de Rud.

—¿Crees que te la voy a llevar? —Me miró con los brazos en alto.

—Por supuesto que sí, Farmer. —No se movió ni un centímetro—. Anda, llévamela, porfi, que pesa un montón. —Le lloriqueé ante la atenta mirada de Alex.

—¿Por qué siempre acabo haciendo lo que quieres? —Tiró de la maleta.

—Siempre consigue lo que quiere. —Alex me miró antes de alejarse hasta un coche negro que estaba aparcado delante de nosotros.

—No siempre. —Aquellas dos palabras se escaparon de mi boca sin mi permiso.

Llegamos al hotel y cuando levanté la cabeza para ver el edificio resoplé, Linda tenía la culpa de que nos alojásemos en el Four Seasons de Beverly Hills. Supuse que Alex también se estaría alojando en un hotel de su cadena, no iba a ser de otra manera.

—Buenos días, señorita Santamaría. Ahora mismo subirán sus equipajes. —El chico de recepción parecía saber quienes éramos sin decírselo—. Su habitación es la Suite Presidencial Oeste, en el piso dieciséis.

—Va a ser que es mejor ser tu guardaespaldas que el de Paris.

—Todo esto no es cosa mía, te lo aseguro.

Un botones recogió nuestro equipaje y nos acompañó hasta la Suite. Le di una buena propina al botones mientras Rud revisaba aquello.

—No busques nada, que nadie sabe que estoy en este hotel. Solo lo sabe Linda.

—Nunca está de más.

—Además, lleva mucho tiempo sin dar señales de vida. Tal vez se haya cansado.

—Que tú y Alex estéis en la misma ciudad y en el mismo hotel... me da que pensar que él ya lo

sabe.

—Yo voy al despacho —señalé una zona habilitada con una mesa y un ordenador— que tengo que seguir con la preparación de una fiesta.

—Luego podíamos salir a cenar y a tomar algo fuera del hotel. —Se sentó en un sofá.

—Rud yo...

—Mariola —no me dejó terminar—, llevas un mes de un seco que no te lo imaginas. Y Justin me ha dado instrucciones para que te saque y te despejes. Así que a las ocho nos vemos aquí. —Se fue a su habitación.

—Mato a Justin. —Cogí el teléfono para echarle la bronca, pero justo llamaron a la puerta. Al abrirla me encontré un ramo de rosas rojas—. Hola.

—Señorita Santamaría, para usted —entró en la habitación y las dejó en la mesa del centro—. Disfrute de su estancia.

—Gracias. —Cerré la puerta y miré el ramo. Esta vez venía con una nota—. Disfruta mucho de la estancia en Los Ángeles. Puede que sea tu próximo hogar. —Suspiré al ver la firma de Linda.

Me marché a la habitación y me tumbé en la cama con el portátil, tratando de cuadrar un poco las ideas que tenía en la cabeza, pero en poco tiempo me quedé dormida.

Me desperté antes de las siete y estuve un buen rato mirando por el ventanal de mi habitación. Tenía Hollywood Hills y el Downtown a mis pies. Aquella ciudad que estaba completamente iluminada era la que podría ofrecerme un cambio de vida. Estaba ensimismada en mis pensamientos cuando Rud aporreó con fuerza la puerta, diciéndome que me empezase a preparar que necesitaba un par de horas para la chapa y pintura. Le respondí tirándole una sandalia a la puerta.

Después de un buen rato debajo de la ducha empecé a prepararme. No me había llevado mucha ropa para salir a cenar ni para ir a tomar copas en una ciudad en el que el culto a la moda y al cuerpo era lo más importante. Revisé la maleta para sacar todas las cosas y... aquella ropa no era la que yo había metido. Justin estuvo trasteando en la habitación y fue el último en tocar mi maleta. Suspiré y empecé a sacar todo lo que mi adorado amigo había metido. Decidí hacer otro apunte mental para matar a Jus a la vuelta. Comencé a prepararme y cinco minutos antes de las ocho ya estaba lista. Justin había elegido un vestido amarillo a media pierna con la espalda descubierta por los laterales a la que recorría una cremallera hasta el cuello. Tenía un escote delantero y trasero muy generoso a la par que extraño.

—En fin. —Negué con la cabeza mientras me miraba en el espejo y decidí dejarlo por imposible.

Salí de mi habitación con la cremallera a medio atar y me encontré a Rud vestido de punta en blanco. Iba con un traje negro y una camisa blanca desabrochada los dos primeros botones. Estaba ajustándose los puños de la camisa. Le debí de mirar sorprendida, porque se giró sobre sí mismo para que le viese bien.

—¿Visto bueno a este gañan? —Levantó una mano y afirmé sonriendo.

—¿Me ayudas con la cremallera? —Me aparté un poco el pelo.

—Claro que sí.

Se acercó por detrás y me subió la cremallera lentamente y me rozó la espalda con sus manos, y al hacerlo... no sentí nada. Aquella era una gran sensación. Por mucho que me emborrachase, no me acabaría acostando con Rud en un ataque de locura y enajenación transitoria.

—Estás impresionante, Mariola. —Aprovechó que estaba de espaldas para besarme en la cabeza.

—Podemos irnos a cenar.

Cogimos el ascensor para bajar y justo cuando se abrieron las puertas del ascensor, Rud me ofreció su brazo para que me agarrase. Pasamos por la recepción riéndonos de una de sus múltiples ocurrencias.

*Al salir de mi Suite me encontré con Mariola y Rud que salían de la suya. No me podía creer que estuviera en el mismo hotel que ellos y que pasase riéndose, preciosa y agarrada del brazo de su*

guardaespaldas, por delante de mí.

El último mes lo había pasado en Europa entre reuniones con inversores y acudiendo a muchas fiestas. Un plan para alejar a los medios de Mariola y, lo más importante, hacer que Jonathan se alejase de ella al no vernos juntos.

Estaba tramando un plan que esperaba que diese sus frutos. No iba a dejar tan fácilmente que ella se olvidase de mí. Aunque cuando saliese la entrevista, después de que todo saliera a la luz, podía ser algo muy complicado.

Enseguida llegó la persona a la que estaba esperando y nos montamos en el coche para ir directos a Nobu, un restaurante al que siempre iba cuando estaba en la ciudad. Cuando llegamos al restaurante había un montón de fotógrafos que no pudimos evitar. Nos hicimos las fotos de rigor, me hicieron un par de preguntas y entramos dentro. Justo cuando abrí la puerta para pasar los dos, se formó un gran revuelo detrás de nosotros. Supuse que sería alguna de las hermanas Kardashian o algún cantante, pero al girarme vi a Mariola con Rud pasando por delante los fotógrafos. Le hicieron un montón de preguntas que ella evitó con una gran sonrisa. Antes de que se dieran cuenta de que también estábamos allí, me apresuré a entrar dentro y llegar a la barra.

Mi acompañante se marchó al baño y observé que Rud hacía lo mismo. Estábamos los dos a cada lado de la barra y le hice un gesto al camarero para que le sirviese una copa a Mariola. Le sorprendió cuando el camarero le entregó la copa y le hizo un gesto de que la invitación venía del final de la barra. Me buscó intrigada y al ver que era yo, levantó la copa y sonrió.

Se levantó del taburete y se acercó lentamente, con su manera de andar tan sensual, haciendo girar a más de un hombre la cabeza para verla.

—¿Me estás siguiendo? Por que tengo un guardaespaldas, que estará ligando con alguna camarera guapa, que puede partirte las piernas. —Dejó su copa a mi lado y sonrió de nuevo.

—No. Dios me libre de que Rud me parta nada. He de reconocer que la vida está llena de casualidades y me encantan las que nos unen. —La miré de arriba abajo y no pude contener mis palabras—. ¿Cómo puede ser que cada vez que te veo estés más guapa?

—No seas un adulator vende humos, Alex. O tu pareja se enfadará... o parejas. —Lo dijo de una forma tan rotunda, que hizo que me temblasen las piernas.

—La prensa es dura y muchas veces mienten.

Los dos nos quedamos en silencio. Ella jugueteaba con sus uñas sobre el respaldo de mi taburete sin mirarme a los ojos. Cambió de peso en sus caderas varias veces y le cedí mi taburete para que se sentase.

—¿Qué te ha traído a esta ciudad realmente a parte del trabajo?

—Los jefes van a abrir una delegación aquí y bueno... —se sentó en el taburete y pude ver cómo cruzaba las piernas. Aquel vestido amarillo dejó poco a mi imaginación cuando se sentó—. Quieren que supervise un par de cosas y si me gusta la ciudad... podría ser mi nuevo trabajo.

—¿Vas a huir de Nueva York? —Se me atragantó la copa y mi corazón estuvo a punto de salir por mi boca.

—No es huir. Es una gran oportunidad para poner tierra de por medio a muchas cosas. Puede que sea lo mejor para todos. Aunque tenga que dejar muchas, muchísimas cosas atrás. —Me miró y en sus ojos se dibujó la tristeza que sentía por pensar en abandonar Nueva York.

—¿Te compensaría alejarte de... de tu familia y dejar todo atrás?

—No sé si me compensaría o no, pero... Hace ocho años me embarqué en la mayor aventura de mi vida trasladándome a Nueva York, quedándome sin trabajo y subsistiendo a base de trabajos de mierda para llegar hasta donde estoy ahora mismo. Puedo elegir quedarme allí o probar suerte aquí.

—Nuestra mesa está lista. —Rud se acercó a nosotros y agarró a Mariola de la cintura.

—Nos vemos, Alex.

*Se marchó con Rud, pero a medio camino giró su cabeza y suspiró para después sonreírme. ¿Qué quería decir aquel gesto?*

Nobu era un restaurante que Mike me había recomendado y en el que Rud se había asegurado de que tuviésemos una mesa lista para los dos.

—Por aquí, señorita Santamaría. —Un camarero nos acompañó hasta nuestra mesa.

—Muchas gracias. —Nos sentamos y Rud comenzó a ojear la carta.

—Joder qué precios, señor.

—Esta cuenta es mía, Rud. Vamos a divertirnos esta noche. ¿No es lo que te han pedido? —Le miré esperando una de sus respuestas sarcásticas que no llegó.

—Me das miedo, Paris.

—Soy demasiado buena como para darte miedo, Rud. —Continué leyendo la carta—. Pero no me des chupitos de tequila, porque seré peor que Jezabel.

—Trataré de no darte de comer ni beber tras las doce, como a los Gremlins.

Rud me miró sonriendo y me fijé más en él. Era guapo, muy guapo. Tenía una cara aniñada que uniéndola a su lengua rápida y macarra... hacía un cóctel explosivo.

—Ya te lo avisé, Mariola, deja de mirarme así o terminarás completamente enamorada de mí y me veré en la obligación de partirte el corazón. Aunque... —se pasó la mano por la barbilla, apoyó un codo en la mesa y me invitó a acercarme a él con uno de sus dedos—. Aunque una noche loca entre nosotros... mmmm.

Aquel gemido se oyó en las mesas cercanas y me hizo sonreír.

—Rud, jamás podría liarme contigo, aunque seguro que el polvo sería muy, pero que muy bueno. Eres igual que yo, pero con un rabo entre las piernas.

—Si tuviera yo esas dos amigas, me estaría tocando todo el día. —Se puso las manos en el pecho y volvió a gemir poniendo cara de placer. Estaban a puntito de echarnos del restaurante.

—Deja de tocarte o nos echarán de aquí y tengo muchísima hambre.

—Pues sé de uno que hoy no va a cenar como no haya un alma caritativa. —Rud señaló la entrada.

Alex y su acompañante estaban esperando una mesa que no había disponible. Rud al ver que se estaba formando un pequeño barullo en la entrada, miró nuestra mesa y levantó la mano para llamar al camarero.

—La pelirroja y ese trajeado pueden sentarse con nosotros para cenar.

—¿Qué coño haces? —Le pegué una patada por debajo de la mesa.

—Solamente sigo instrucciones. —Observamos cómo el camarero hablaba con Alex y ellos aceptaban.

—Recuérdame en unas horas que te mate.

Sonreí falsamente mientras se acercaban.

*—Alex, tengo muchísima hambre, así que alegra esa cara porque nos vamos a sentar con ellos.*

*—Abby, no tenemos que cenar aquí. Podemos ir a cualquier otro restaurante. —Nos paramos antes de llegar a la mesa.*

*—Alex, sé un hombre y afronta tu pasado. Si ella ya no está en tu vida, admítelo o...*

*—Vale. Para que te conozco.*

Se acercaron a la mesa y Rud se levantó para recibir a nuestros acompañantes a la cena.

—Sentimos las molestias. —Alex sonrió.

—Yo la verdad es que no lo siento. —La pelirroja se comió a Rud con los ojos—. Tengo muchísima hambre y si el señor estoy muy ocupado para descolgar el teléfono, hubiera llamado para

reservar una mesa, no estaríamos en la vuestra.

Yo tenía la cabeza metida en la carta. Solamente quería pedir mi cena y devorar aquello que se me antojaba tan delicioso.

—Esta noche va a ser muy larga. —Alex se sentó a mi lado sin dejar de mirar a Rud.

—Demasiado larga. —Lo dije en castellano y bajito.

La cena no fue tan desastre como me había imaginado. Rud y Abby hicieron muy buenas migas, demasiado buenas, cosa que a Alex no le hacía mucha gracia. Hicieron tan buenas migas, que nos obligaron a ir juntos toda la noche.

Tras arrastrarnos a unos cuantos bares que Abby parecía conocer, terminamos en un local de ambiente latino.

*Rud y Abby no pararon en ningún momento y nos arrastraron por media ciudad. Si hubiera sido de otra manera les hubiera dejado a la primera de cambio, pero estaba Mariola, y en su estado no me fiaba de nadie, ni siquiera de mí mismo. El último local en el que entramos, no sabría muy bien si definirlo como antro de perversión o como un antro de auténtica lujuria. La música sonaba y en la pista se veían a parejas bailando como si quisieran unirse para siempre.*

—Una ronda de chupitos de tequila para todos. —Abby golpeó la barra dejando un billete de cincuenta dólares y arrastró a Rud hasta la pista de baile.

—Dios mío. —Observé cómo Mariola se apoyaba en la barra, pero sus caderas se movían al son de la música—. Me encanta esta música. —Lo tuvo que decir medio gritando por el volumen que tenía la música.

—Ya lo veo.

*Se alejó de la barra dejando el bolso sobre ella y se dejó llevar por la música. No podía apartar mis ojos de ella. Daba vueltas sobre sí misma levantando los brazos y moviendo las caderas.*

*Varios tipos se le acercaron, pero sin que ella se diese cuenta, les alejé con una mirada. Supongo que pensaron que una mujer así no podía estar sola. Pero al peor moscón de todos no pude evitarle. Rud tiró de Mariola y se la llevó a bailar al medio de la pista. No les quité el ojo de encima. Observaba cómo Rud la agarraba de la cintura, le daba una vuelta, la tumbaba hacia un lateral y aquello provocaba una gran sonrisa a Mariola.*

—Cambia esa cara, cariño. —Abby me sacó de mis pensamientos.

—No empieces.

—Vamos a bailar un rato. —Trataba de hacer que me moviese de la barra—. No se va a caer si te alejas.

—Abby, para. —Traté de frenarla, pero era imposible.

*Acabamos en medio de la pista bailando cerca de Mariola y Rud. Ellos seguían a los suyos, riéndose a cada vuelta que daban y había que reconocer que hacían muy buena pareja de baile. La conexión que había entre ellos era explosiva. No sabía si debía preocuparme por lo que pudiera pasar entre ellos y tendría que matar a Rud sin dejar muchas huellas. No era tan mal plan.*

*Disfruté del baile con Abby lo que pude, pero cuando sonó otra canción y ella se fue a bailar con Rud... llegó mi momento. Mariola caminaba hacia la barra y antes de que ningún otro hombre se le acercase, tiré de su mano pegándola a mi cuerpo.*

**Sí, sabes que ya llevo rato mirándote. Tengo que bailar contigo hoy. Vi que tu mirada ya estaba llamándome. Muéstrame el camino que yo voy...**

*Su cuerpo reaccionó a mi tacto, noté cómo se le erizaba la piel bajo mis manos. Mi cuerpo también reaccionaba al sentir su respiración cerca de mi cuello, al notar su pecho respirando pegado al mío.*

**Esto hay que tomarlo sin ningún apuro. Despacito, quiero respirar tu cuello despacito. Deja que te**

## **diga cosas al oído, para que te acuerdes si no estás conmigo.**

Estaba sorprendida con la actuación de Alex, nunca había bailado algo así con él. Ni siquiera pensaba que sería capaz de mover tan bien ese metro noventa y pico con “Despacito” de Luis Fonsi. Me sorprendí a mí misma bailando ese tipo de música sin haber ingerido una cantidad mayor de alcohol.

Con Alex era capaz de perder la poca cordura que me quedaba. Sabía que no podía estar con él mientras siguiese ocultándome sus verdaderos motivos para actuar de aquella manera.

Nuestros cuerpos no se despegaron ni un solo segundo el resto de la noche. Sus ojos no se apartaron de los míos. Miraba como si quisiera saber todo lo que mi cabeza guardaba en aquel momento, todo lo que mi mirada le escondía... Como si quisiera saber si el dolor que me había provocado ya se había esfumado o seguía en algún rincón dentro de mí.

—No voy a volver a caer en tus redes, Alex.

—No te entiendo. —Por su cara no parecía hacerlo.

—Por mucho que me mires como aquella primera vez... por mucho que tus manos recorran mi espalda... No voy a acostarme contigo de nuevo. Hay errores que es mejor no volver a cometer. —Apoyé mi cabeza entre su pecho y su cuello.

—¿Te arrepientes de lo que pasó en el Soho?

Sabía que se refería a aquella noche que no había sido capaz de olvidar. Por mucho que mi boca soltase que no iba a volver a caer en sus redes... sabía que mi corazón estaba en contra de todas mis palabras. Maldito corazón estúpido.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho en mi vida. —Me quedé unos segundos en silencio pensando—. De todo se aprende.

—¿Qué has aprendido de lo nuestro?

—Pues que eres un maldito imán.

—¿Perdona? —Se separó un poco de mí y nos quedamos quietos en medio de la pista.

—Sí, Alex. Eres un maldito imán al que mi cuerpo, pero sobre todo mi corazón, se siente atraído. Es estúpido, al igual que puedo ser yo en algunos momentos. Yo no quería enamorarme de un tío como tú.

—¿Un tío como yo?

—Sí, un tío de los que aparecen en las revistas, pero que al conocer... —Levanté los hombros esperando que Alex comprendiese lo que le estaba diciendo.

—Sí. —Tomó una gran bocanada de aire.

Hablando de lo que decían y enseñaban las revistas, justo detrás de Alex apareció una preciosa rubia, a la que reconocí de la estancia de Alex en Europa de las últimas semanas.

—¿Me lo prestas un rato?

—Claro que sí. —Sonreí amablemente y aparté mi mano que aún reposaba en el pecho de Alex.

—Mariola.

—No te preocupes.

Les sonreí, tratando de ser lo más amable en aquel momento y fui hasta la barra. Mi primera intención fue pedirme un par de chupitos para hacer más llevadero lo que quedaba de noche, pero fui mucho más cabal y recogí mi bolso mientras buscaba a Rud con la mirada. Le encontré muy ocupado con una morena con curvas de infarto, así que decidí que lo mejor era desaparecer de allí.

Estaba a dos manzanas del hotel, así que comencé a arrastrar con mucho estilo mis pies hasta mi suite. Estaba enfadada, pero no sabía si con Alex o conmigo misma por tener la boca tan grande y el cerebro tan pequeño en algunas ocasiones.

Entré en el hotel lo más erguida que pude y llegué hasta los ascensores, rezando por qué llegasen lo antes posible.

—Mariola. —Alex entró corriendo cuando yo me estaba montando ya en el ascensor.

—Alex, no tengo el cuerpo para aguantar más. ¿Por qué no te has quedado con la rubia que te follaste en Europa?

—Se te descontrola la boca, Mariola.

—No se descontrola, porque puedo llamarte muchas más cosas que se me están pasando por la cabeza.

—Aquí está de nuevo la Mariola macarra y sin filtros.

Por el rabillo del ojo vi cómo levantaba las manos señalándome, como si me estuviese presentando en público.

—Imbécil.

No quise decirlo, pero se escapó de mi boca macarra. Antes de llegar al piso dieciséis me quité los zapatos. Ya no podía más, mis dedos pedían libertad a gritos. Las puertas se abrieron y salí enfadada del ascensor.

—Seré imbécil, si es que mudarme va a ser lo mejor. —Lo que yo pensaba que era un susurro... parecían ser gritos.

—Serías un cobarde si huyeses cuando se te plantea un problema.

Entonces sí que no me lo pensé, cogí uno de mis zapatos y se lo lancé a la puerta de su suite. Sí, ya sabía o más bien imaginaba, que estaría en la otra suite del hotel cuando se bajó en mi planta. Alex esquivó con gran maestría y al más puro estilo Matrix el zapato y cayó dentro de su habitación.

Entré en mi Suite y pegué cuatro gritos que supuse que se escucharían en toda la planta. Estaba tan enfadada conmigo misma, que lo pagaba con quien tenía al lado. Estaba tan enfadada con él, que lo pagaba conmigo misma. Respiré un par de veces para poder tranquilizarme y trate de bajarme yo sola la cremallera del vestido, pero con las copas de más que llevaba encima... no era una tarea demasiado fácil. Estiré el brazo para bajarla y comencé a dar unos pequeños pasos tambaleantes, chocándome con el sofá y cayendo por encima de él al suelo. Me quedé unos segundos sentada y me fijé en el zapato que había tirado junto con el bolso al entrar.

Salí de mi habitación para recuperar al hermano de mis *Jimmy Choo* de aquella noche, ya que los necesitaba para la reunión del día siguiente. Eran mis zapatos de la suerte. Aporreé la puerta de Alex y me recibió semi desnudo, con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Vienes a tirarme algo más o a seguir llamándome imbécil?

—Necesito mi zapato. —Le miré sin desviar mi mirada de sus ojos.

—¿Seguro que no quieres soltar alguno de los insultos que tienes retenidos?

—Sí, mira, eres idiota. —Le hice a un lado y entré a por mi zapato.

—Mariola.

—No empieces con ese tono de voz, Alex, que nos conocemos. Sé lo que pretendes, ya conozco todas tus tácticas... y no voy a volver a caer. Por mucho que me apetezca ahora mismo arrancarte esa toalla y montarte encima del piano. —Vi cómo se dibujaba en su rostro una sonrisa—. Cambia de cara, porque eso no va a ocurrir.

—No vas a acostarte conmigo de nuevo, ya me lo has dicho.

Me senté en uno de los sillones tras recoger mi zapato. Necesitaba saber algo, conocer de primera mano lo que Alex me iba a contar aquella mañana en su piso, cuando nos interrumpieron los niños. Tal vez era la excusa que necesitaba para que la reunión del día siguiente fuese un completo fracaso o un éxito rotundo.

—Alex, necesito saber una cosa.

—Lo que sea. —Fue a su cuarto y salió con el pantalón del pijama puesto.

—Yo...

—¿Qué ocurre, Mariola? Primero te enfadas, después me llamas imbécil y ahora parece que te interesa saber algo de vital importancia para ti.

—Alex, la reunión de mañana, como ya te he dicho, puede cambiar mi futuro. Tengo un millón de razones para cruzarme el país y poner tierra de por medio... pero solo necesito una razón para no aceptar lo que sea que me puedan ofrecer mañana.

Alex se acercó a la barra en la que estaban las bebidas y dejó en la mesa dos botellas de agua y una de whisky con un par de vasos. Llevé mi mano a la botella de agua y, tras bebérmela casi entera, serví dos copas de whisky.

—Necesito saber qué es lo que me ibas a contar cuando los niños nos interrumpieron. Dijiste que era importante, pero... —pegué un trago—. No hemos tenido esa conversación.

—¿Por qué ahora?

—¿Y por qué no?

—Te lo tendría que haber contado hace tiempo y puede que nada hubiese sucedido. Tal vez si te lo hubiese dicho...

—No creo que hubiesen cambiado las cosas entre nosotros, Alex.

—Tal vez no hubiesen sucedido así las cosas.

Alex se quedó unos minutos en silencio mirando el fondo de la copa que le había servido. No decía nada y comencé a desesperarme. No sabía qué era aquello que tenía que contarme o confesarme dado el estado nervioso de sus manos. Me levanté sin decir nada, me acerqué a la terraza y me refresqué con el aire que corría a aquella hora. El mando de lo que supuse que era la minicadena estaba encima de una de las mesas y pulse el play. Las notas de “How would you feel” de Ed Sheeran comenzaron a sonar de fondo. Cerré los ojos y me acerqué a la barandilla, aferrándome fuertemente a ella, escuchando aquella letra... tan dura, tan real y tan de nuestro pasado.

**Tenemos preguntas que no deberíamos hacer, pero... ¿cómo te sentirías si te dijese que te quiero? Es solo algo que quería hacer. Me tomaré mi tiempo, gastaré mi vida enamorándome más profundamente de ti. Así que dime que tú también me quieres.**

—No sé por dónde empezar. —La voz de Alex sonó nerviosa detrás de mí.

—Por el principio. —Me di la vuelta sin saber a qué me estaba a punto de enfrentar—. Siempre por el principio.

—Sucedió hace muchos años, pero para mí...

Sus ojos se perdieron en las baldosas que formaban dibujos en el suelo de aquella terraza. Abría la boca, pero la cerraba a los segundos. Le estaba costando mucho encontrar las palabras adecuadas.

—Hace muchos años, cuando éramos jóvenes y muy estúpidos, salimos de una fiesta en Queens y mi hermano... —Movía nervioso sus manos lentamente en el aire—. En aquella época le gustaba retar a mis padres en todo y estaba metido en carreras ilegales de coches. Aquella noche la madre de Jason y unas amigas suyas estaban con nosotros y les pareció una idea genial acercarnos a la carrera que se celebraba aquella noche. Al llegar allí, Lisa quiso coger uno de los coches de un amigo de Brian. Y nosotros fuimos con el nuestro.

Parecía que le costaba respirar al empezar a contar aquello. Quise acercarme, pero me daba miedo que se apartase o que dejase de hablar. Necesitaba saber aquel secreto oscuro y peligroso que parecía esconder.

—No quise dejar a mi hermano solo, pensé que le haría entrar en razón y que no corriese demasiado, pero el nivel de alcohol y demás sustancias en mi cuerpo aquella noche, no me dejaron ver las cosas con demasiada claridad. Comenzaron a acelerar, a divertirse según ellos, pero... —sus ojos comenzaron a brillar y pude ver cómo las lágrimas se acumulaban en ellos—. La calle por la que entramos se estrechaba y no lo controlaron. Otro coche apareció de la nada, tratamos de esquivarlos... pero...ella no pudo esquivar el otro coche. De rebote, nos embistieron a nosotros, que acabamos dando un par de vueltas y terminamos boca abajo en la carretera, donde no había nadie para ayudarnos...

Se me había encogido el corazón y había dejado de respirar en el momento en que relató cómo otro

coche les embistió.

—Alex... —me acerqué a él, poniendo mi mano sobre la suya, pero negó con la cabeza.

—Necesito terminar de contártelo. —Respiró profundamente—. El fuerte olor a gasolina me hizo recobrar un poco el sentido. Mi hermano estaba tendido en el suelo, fuera del coche, sangrando y yo casi no podía moverme. No sé aún muy bien cómo lo conseguí, pero salí del coche y ayudé a mi hermano. Perdía mucha sangre, estaba inconsciente... Marqué como pude el número de emergencias pidiendo ayuda, pero perdía demasiada sangre y si dejaba de taponar la herida... hubiese muerto en mis brazos.

—¿Y el otro coche? ¿Y Lisa?

Alex levantó los hombros y negó con la cabeza, como si con aquel gesto yo tuviese que comprender y saber lo que había pasado con la madre de Jason y sus amigas.

—Creo... —se pasó la mano por la boca y abrió mucho los ojos—. Si hubiese quitado la mano de la herida de mi hermano... No podía hacerle eso.

—No podías... no pudiste ayudar a todos, Alex. —Me acerqué más a él con las piernas temblorosas.

—Tal vez sea algo relacionado con aquel accidente lo que Jonathan tiene contra mí.

*Me quedé unos segundos con la boca abierta, esperando a que las palabras continuasen saliendo de mi garganta sin miedo... pero se terminaron. Se agotaron como parecía que se agotaba el aire a nuestro alrededor. Pensé que contándole a Mariola todo podría de nuevo confiar en mí, pero no decía nada. Dio un par de pasos de espaldas y se apoyó en la barandilla. Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire, llenando por completo sus pulmones y reteniéndolo dentro.*

—No eres tú.

*No abrió los ojos, aquellas tres palabras salieron de su boca y... joder, aquello sonaba peor que nunca antes. Aquellas tres palabras tan temidas por cualquier persona.*

—No es por ti, Alex. Nada de lo que está pasando con ese hijo de puta es por ti. Todo es por mí, parece que en aquella fiesta se le activó en el cerebro el gen psicópata y quiere joderme, pero va a tener que hacer mucho más para tratar de arruinar mi vida y la de las personas que estáis a mi alrededor.

—¿Por él quieres huir de Nueva York y establecerte en esta ciudad?

—Si yo me marchó... puede que se acabe todo.

—Tienes mil razones para marcharte...

*Me quedé observándola y mis manos comenzaron a temblar. Las metí en los bolsillos del pantalón para que Mariola no se diese cuenta de lo nervioso que estaba.*

—Soy yo.

—¿Perdón? —Me miró como si no supiese a lo que me estaba refiriendo.

—Soy yo. Has dicho que tienes un millón de razones para cruzarte el país y solo una para rechazar lo que puedan ofrecerte. Soy yo.

—¿Tú eres la razón por la que debo quedarme en Nueva York?

—Te quiero, Mariola. Aunque la haya cagado de la forma más cagable posible...

*Mariola entrecerró sus ojos y me miró fijamente negando con la cabeza.*

—No me puedo creer que haya salido eso de tu boca, don vocabulario perfecto.

—Parece que una preciosa chica que conocí hace unos meses me ha cambiado más de lo que me imaginaba.

—No me voy a acostar contigo, Alex.

—No quiero que esa sea tu razón. Quiero que tu razón sea mi corazón y no mi cuerpo.

Me obligó a sonreír con su último comentario. Parecía estar muy seguro de que él era mi razón y no

se equivocaba. Él podía ser el único por el que podría llegar a rechazar cualquier tipo de oferta. No es que mi familia y mis amigos no fuesen una razón de peso, de mucho peso, pero si me alejaba de la ciudad y de Alex... Jonathan dejaría a todos tranquilos. Y si me alejaba de Alex... si alejaba mi corazón de él... me alejaba de la persona de la que seguía enamorada.

—Te he vuelto a hacer sonreír. —Se mordió el labio inferior—. Con eso ya me puedo ir tranquilo a la cama, Mariola. —Levantó una ceja.

—¿Por qué no eres así más a menudo?

—Así ¿cómo?

—Eres Alex y no el hombre que tiene que tener todo controlado. Eres más tú que lo que se puede ver en internet. Eres el tú que me gusta... del que me enamoré. No la versión estirada que me has mostrado últimamente.

—Del que te enamoraste... en pasado. —Respiró profundamente y se sentó en un banco que había en la terraza.

Me quedé unos segundos bloqueada sin saber muy bien si hablar o si quedarme callada para siempre. Le observé y, por un instante, por un pequeño instante, pensé en la opción de mandar todo a la mierda, de agacharme a su lado y besarle, dejar de lado todo y...

—Alex, no quiere decir que no siga enamorada de ti, pero no quiero que tengas miedo y que volvamos a probar suerte, que un día el miedo te asfixie y desaparezcas para siempre de mi vida. —Me agaché a su lado—. No quiero despertarme un día y comprobar que has desaparecido para siempre de mi vida. —Tuve que parar un segundo y respirar profundamente—. No creo que pudiese recuperarme de algo así, Alex. Estoy enamorada de ti, te quiero más de lo que me imaginé que llegaría a hacer aquella noche que nos besamos en aquel callejón con la luz tintineando sobre nuestras cabezas.

—Mariola...

—Déjame terminar, Alex, por favor. —Le agarré de las manos y me las llevé a la boca—. Prefiero ganarte como amigo que perderte como amor. Sé que no soy fácil de llevar, que puede asustar la forma en que tengo de ver la vida y de afrontar los problemas. A parte de que tengo un psicópata detrás de mi culo por las calles de Nueva York.

Alex negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Mariola, no eres complicada. Eres diferente y serlo, es algo muy bueno. No te pareces a ninguna mujer que haya conocido antes. Apuesta por nosotros Mariola, deja que yo sea tu razón.

Me levanté, alejándome de él. No quería darle la primera respuesta que tenía en mente, no quería repetirme de nuevo. No pretendía sonar desesperada con el miedo a que todo aquello se desvaneciese de un plumazo. No tenía la más mínima intención de hacer un lo que pasa en Los Ángeles se queda en los Ángeles. No podía dejarme llevar.

—Apuesta por nosotros Mariola, deja que yo sea tu razón para no poner cuatro mil kilómetros entre tú y yo.

Estaba de espaldas a él, mirando los edificios iluminados que se veían desde su terraza. No quería darme la vuelta... Sabía que iba a caer rendida en sus brazos si se acercaba unos metros más a mí. Alex era mi maldita kryptonita, era quien me hacía sentir, pero también quien me provocaba algo que ningún hombre había conseguido. Era el único que me había hecho pensar en lo que podía suceder en un futuro. Yo había sido siempre más de vivir el momento sin pensar en el futuro, pero con él... Con Alex todo había sido diferente.

—Alex, creo que es mejor que me vaya a mi habitación. —Le esquivé y ni siquiera fui capaz de mirarle a los ojos.

—Mariola —me agarró dulcemente del brazo—. No te vayas, por favor.

—Alex, me estás pidiendo que apueste por nosotros y tú no has sido capaz de afrontar tus miedos y luchar por lo que empezábamos a tener. Tú mismo no has apostado por nosotros. ¿Por qué debería

hacerlo yo? No seas tan egoísta al pedirme que haga algo que tú no has tenido huevos a hacer. —Mi tono de voz era amable, pero no mis palabras.

—He sido un cobarde, un gilipollas y he estado... ¿cómo sueles llamarme últimamente? Apollardado. Mañana saldrá todo en la entrevista y no quedará nada con lo que Jonathan pueda chantajearnos.

—Alex, no puedo vivir esperando a que algo se cruce en nuestras vidas que te aterre y vuelvas a hacer lo mismo. No quiero depender de que tengas miedo. La vida no es fácil ni sencilla. Un día puede ser maravillosa y al día siguiente puede mostrarte una de sus caras más terribles. —Me di la vuelta para enfrentarme a su mirada—. Hay cosas que no puedes planear. Siempre puede pasar algo que haga que tu vida se desmorone, que se vaya a la mierda sin remedio... —sentí un nudo en la garganta que me iba a impedir seguir soltando todo lo que había retenido dentro de mí—. La vida puede llegar a ahogarte y... —No pude decir nada más. Mis propias palabras me estaban ahogando.

—Si la vida nos ahoga... respiraremos profundo y saldremos a flote. Déjame ser tu razón, Mariola. A pesar del dolor, a pesar de todo lo malo que la vida nos tenga guardado... Si me dejas ser tu razón, podremos con todo, Mariola. Somos más fuertes de lo que pensamos. Bueno —esbozó una sonrisa nerviosa—, tú eres fuerte y yo lo soy a tu lado.

Alex no había sido tan sincero desde hacía meses y yo... yo no sabía qué demonios responder. Es como si se hubiese metido en mi cabeza y me estuviese diciendo exactamente lo que quería escuchar. Aquello me dio miedo, entré en pánico absoluto. Me di la vuelta y atravesé el salón para irme a mi habitación. Mi cabeza me pedía a gritos que saliese de aquella habitación porque iba a ser incapaz de cumplir la promesa de no acostarme con él, pero mi corazón... ¡joder! Mi corazón debía hablar otro idioma porque me exigía que me diese la vuelta y me asegurase de que estaba siendo sincero.

Puse la mano en la manecilla de la puerta para salir de allí sin mirar atrás, pero no pude abrirla. Sabía que tenía a Alex a escasos metros, observándome, pidiéndome a gritos en silencio que no me marchase de allí y que le escogiese. Cerré los ojos y comenzó a sonar “Just a kiss” de Lady Antebellum. **Tumbada aquí contigo, tan cerca a mí, es difícil luchar contra estos sentimientos. Cuando no se puede respirar. Atrapada en este momento, atrapada en tu sonrisa...**

—Mariola...

Salió de sus labios de una forma tan dulce, tan tierna, que me estremeció escuchar mi propio nombre en sus labios. Al girarme, tenía su mano tendida en el aire pidiendo que me acercase a él, que agarrase su mano y no la soltase nunca jamás.

Extendí la mía lentamente, con miedo a aferrarme a la suya y que la soltase. Al poner mi mano sobre la suya, la agarró fuertemente, tirando de mí y llevándose nuestras manos entrelazadas al pecho. Nuestros cuerpos estaba pegados y comenzó a bailar al son de la canción. Se me escapó una risa nerviosa y adolescente. De esas sonrisas que se me escapaban cuando algo se me iba de las manos.

—No te soltaré jamás, Mariola. Pase lo que pase, estaré a tu lado. Como amigos por ahora, pero no dejaré de luchar por ti. Me da igual el tiempo, los problemas o las personas que se interpongan en mi camino. Apareciste un día para dar luz y color a mi vida.

Apoyé mi cabeza en su pecho escuchando su declaración.

—No pienso dejar que esa luz se apague. Te quiero, Mariola.

Era imposible saber lo que iba a suceder al día siguiente ni las consecuencias que le iba a acarrear aquella entrevista que había pactado con la editorial, pero en aquel momento, en aquel preciso instante en que la música seguía sonando y nosotros bailábamos en la oscuridad de aquella habitación, sentí que todo podía comenzar de cero y que, tal vez, Alex podía ser mi razón.

**Solo un beso en tus labios a la luz de la luna... Tú quizás podrías ser el que he estado esperando mi vida entera. Así que... vamos a hacer esto bien, con un beso de buenas noches.**



## 16.

# COMO UN BOMBÓN EN UNA PASTELERÍA

Me desperté con los primeros rayos de luz que entraron en la habitación. Me había quedado dormida sobre el pecho de Alex, con su brazo por encima de mi cuerpo a modo de protección. Me deslicé por debajo de su brazo y me senté en la cama observándole. Dormía tranquilo, como si no hubiera ya nada que le atormentase.

La música seguía sonando en el ordenador, debimos olvidarnos de apagarlo.

**...Intento hacer que lo peor parezca mejor... Tengo un millón de razones para marcharme, pero solo necesito una buena para quedarme...**

Allí estaban las “Million reasons” de Lady Gaga cantando lo que la noche anterior le había dicho a Alex. No quería moverme, no quería casi ni respirar para no despertarle y romper aquel momento.

Bajé de la cama sin hacer mucho ruido y busqué por la habitación mis dos zapatos. Uno se encontraba en la mesa del salón y el otro estaba debajo de la cama.

Antes de salir de la habitación me quedé mirando unos segundos a Alex, que no se había movido ni un milímetro en la cama. No pude salir de allí sin acercarme a él, me apoyé en la mesilla que estaba al lado de la cama y, sin hacer ruido, me aproximé a su mejilla, depositando un beso suave.

—Eres una buena razón, Alex, de eso no hay ninguna duda. —Lo susurré esperando que no lo escuchase... o tal vez si quería que lo hiciese.

Cerré la puerta sin hacer demasiado ruido y caminé por el pasillo con los tacones en la mano. Al entrar en mi habitación no había rastro de Rud, pero sí de la noche que debió pasar. Había ropa desperdigada por el suelo, un par de botellas de champán y unas bragas de un color flúor horribles colgaban del pomo de la puerta de Rud. Supuse que aquello era algún tipo de código de neandertales para avisarme de que podía encontrarme con alguien en pelotas por la suite.

Me metí en el baño para darme una ducha relajante antes de irme a la reunión a las doce del mediodía. Una hora un tanto extraña para alguien que comenzaba con reuniones a las siete de la mañana la mayoría de los días.

Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, pensé en lo que podía pasar en las siguientes horas. Tal vez recibía una gran oferta irrechazable y la idea de alejarme de Nueva York, de mi familia y de Alex... me haría rechazarla. Cerré los ojos fantaseando con la idea de que nuestra vida volviese a ser normal. Solté aire por la nariz y negué con la cabeza. Mi vida nunca había sido normal y eso no iba a cambiar de la noche a la mañana. No quería tener una vida normal, quería que fuese extraordinaria. Que todos los días algo pudiera sorprenderme y que nunca dejase de soñar. Eso era lo que quería en mi vida.

—¡Mariola!

Menos mal que el vaho que había provocado el agua caliente había empañado la mampara de la ducha.

—Joder, Rud, ¿qué coño haces? Llama a la puerta.

—¿Llamar a la puerta me dices? He aporreado tu puerta hará una media hora y no me has contestado. He entrado en pánico absoluto pensando que te podía haber pasado algo y me he encontrado

tu móvil en el salón. No he tenido más remedio que ir a la habitación del jefe, para saber dónde demonios te habías metido. —Su tono de voz era muy serio, al igual que el gesto de su cara.

—¿Y qué te ha dicho el gran jefe? —Me aclaré el jabón y saqué una mano buscando la toalla.

—Pues gracias a ti, Paris, me he ganado una buena bronca al haberte perdido de vista ayer a la noche en la discoteca.

—Es que estabas tan ocupado con la chica de la discoteca... —Rud me dio una toalla y al salir le vi enfadado—. Quita esa cara que has triunfado.

—Que más hubiese querido. Pero no le gusté. —Se sentó en la encimera del lavabo—. Estaba más interesada en ver cómo movías el culo bailando. Porque estabas desatada. —Empezó a mover el pecho como si estuviera en el sambódromo.

—Si no ligaste con la pelirroja —le empujé tratando de que me dejase verme en el espejo—, ¿de quién son las bragas flúor que cuelgan de tu pomo?

—De una bailarina cubana... ¡Qué noche me ha dado, Paris!

—Rud, me encanta que me des conversación, pero me tengo que preparar para la reunión y quiero desayunar algo antes en Clementine. —Sonreí.

—¿Te has acostado con él?

—¿Perdona?

—He ido a la suite del jefe y tenía cara de estar muy satisfecho. Tú no estabas en tu cuarto y sonríes de una manera muy extraña. Dos más dos son cuatro, Mariola. Aquí la que quiere poner tierra de por medio con el jefe y lo que pone de por medio es una cama. Por medio, por encima, por debajo...

Abrí la boca ofendida, negué con la cabeza y le tiré lo primero que tenía a mano. Un bote de gel que impactó contra su cara, provocándole una pequeña herida que comenzó a sangrar en segundos.

—Lo siento, lo siento... —cogí la toalla de manos y me acerqué a él—. No quería... —me empecé a reír mientras presionaba la herida de su boca—. Cualquier persona te llevaría donde tu jefe y te echarían.

—Pero tú no eres cualquiera. —Me quitó la toalla de la mano y se miró al espejo—. Eres Mariola Santamaría. Eres diferente a los demás y eso es lo mejor de ti. —Notó mi mirada extrañada a través del espejo—. No me mires con esa cara. Puede parecer que no deje de bromear siempre, que me encante molestarte hasta el punto de que me llames imbécil, pero en este tiempo te he conocido bastante. No dejes que él se aproveche de una noche de locura.

—Gracias, Rud, pero es más complicado que todo eso. Mucho más de lo que imaginas.

—No, nena, no lo es. La vida solo es tan complicada como cada uno quiera hacerla.

—Lo fácil que era la mía hace un año.

—Uffff, pues yo no volvería a mi vida de hace un año. Estaba con una seguridad horrible. Estaba trabajando para uno de esos multimillonarios de noventa años que se casan con una jovencita de veinte, que lo único que hace es entrar y salir de clínicas de estética, cada vez con las tetas más grandes y el cerebro más pequeño. —Mojó la toalla y se miró al espejo quintándose la sangre que le quedaba—. Menos mal que Dwayne se acordó de mí sacándome de aquel infierno.

—Para meterte en otro conmigo. —Levanté las cejas mientras me maquillaba.

—Tú eres el mejor infierno en el que he estado. —Se bajó de la encimera, me dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta—. Te dejo prepararte que esa toalla parece que se va a caer en cualquier momento.

*Me estaba preparando para la entrevista mientras sonreía por las palabras de Mariola. Sí, las había escuchado, y que hubiese salido de su boca que era una buena razón... me hacía creer que aún quedaba una oportunidad entre nosotros, pero no tenía que adelantar acontecimientos. Aún quedaba la mierda de entrevista, de la cuál podrían sacar cosas de contexto y poner palabras en mi boca que*

no iba a decir. De eso ya me preocuparía más adelante. Tenía que aprender a ver las cosas más al modo de Mariola, preocuparme por lo que tengo delante y no adelantar acontecimientos que están fuera de mi alcance.

Al salir de mi suite escuché unas risas y a Mariola cantando. Estaba preciosa con aquel vestido negro que dejaba al descubierto parte de su espalda, donde se podían ver varios de sus tatuajes. Me quedé observando uno en su brazo, no sabía cómo no me había fijado antes. Aquel era nuevo y me quedé fijamente mirándolo tanto tiempo, que escuché la voz de Mariola a mi lado.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, jefe.

Levanté la mirada y Rud estaba al lado de Mariola con una sonrisa que me sacaba de mis casillas en su cara. Tenía que deshacerme de él y ponerle un guardaespaldas de unos mil quinientos años. Me fijé que Rud tenía una herida en el labio. ¿Tan noche loca había tenido para acabar marcado? Puse mi mano en la puerta para que no se cerrase y traté de no sonar como un energúmeno.

—Algunos tenemos que llegar a una reunión.

—Perdón. —Mariola me miró negando con la cabeza y haciéndome burla con la boca—. Perdón, Mr. Ocupado.

Mariola sacó su móvil porque empezó a pitar. Al abrir los mensajes sonrió mientras la voz de Andrea salía a gritos del teléfono.

—Tía, te quiero mucho y te echo mucho de menos. Tráeme un poco de arena de la playa y unas conchas bonitas, que vamos a hacerle a mamá una playa en la azotea.

—La madre que me parió. —La sonrisa que se dibujó en su cara no tenía precio.

—Así que no te olvides de traer cosas chulas de la playa de... de... de allí. Te quiero.

Muaaaaaaaaaaaaaa.

Mariola se quedó en silencio unos segundos mirando la pantalla. Aquella niña era otra de las razones por las que Mariola no se iría de Nueva York hasta que solucionase todos los problemas de Sonia y estuviese segura de que Jonathan estuviese entre rejas. Solo pensar en él me ponía de los nervios.

—Señor ocupado, es de muy mala educación escuchar conversaciones ajenas.

—Tú lo has puesto con el altavoz. No es mi culpa que la voz de tu sobrina resuene por todo el ascensor.

Se abrieron las puertas en el hall y Mariola se estiró el vestido saliendo del ascensor con una gran sonrisa.

—Buenos días, Dwayny.

—Buenos días, señorita Santamaría. —Hasta Dwayne había sucumbido a ella. No se enfadaba por que Mariola usase aquel apelativo con el que le habían bautizado los niños.

—Rud, tenemos que ir a desayunar que me muero de hambre y luego a US Bank Tower de...

—En el distrito financiero. Sé dónde tengo que llevarte.

—Adiós, Alex.

Se giró para despedirse, levantó una mano en el aire y se quedó quieta unos segundos. Parecía que sus pies se habían pegado al suelo. No apartó ni un instante sus ojos de los míos y comenzaron a temblarme las manos ante su intensa mirada. Le entregó a Rud todo lo que tenía en las manos y volvió a mirarme, de esa forma tan única que tenía de hacerlo. Abrió la boca, tomó una gran bocanada de aire, me observó detenidamente y se acercó a mí. Comencé a temblar más. Me agarró de las manos y me susurró cerca de mi mejilla.

—Sí, eres una de mis razones, así que ten mucho cuidado en la entrevista. —Me besó en la mejilla, dejando sus labios contra ella varios segundos de más—. Por favor, ten mucho cuidado.

Se separó de mí con una gran sonrisa, me acarició la mejilla y se alejó de mí sin dejar de

mirarme. Observé cómo salía del hotel y cómo Rud me miraba negando con la cabeza. ¿Podría despedirle por juzgarme? Le dijo algo a Mariola y ella le respondió con un golpe fuerte en el pecho, que él recibió con un gesto exagerado que hizo sonreír a Mariola.

—Señor, nos tenemos que marchar.

—Sí, Dwayne, la entrevista. —Caminamos hasta el coche que estaba aparcado en la entrada—. ¿Has podido averiguar si Ryan y Jonathan tienen algún tipo de conexión?

—No hay nada, señor.

—¿Y sabéis algo sobre el paradero de Jonathan??

—El día de la inauguración, Mariola se lo encontró en la calle... Mandó a Rud a por comida y ella se escapó a recoger el disfraz. Rud la encontró en medio de una de las avenidas muerta de miedo.

—Joder, Dwayne. —Me quedé mirándole enfadado—. Pon a todo el equipo a buscarle, removed cielo, tierra e infierno para sacarle del sucio escondrijo en el que está metido. No puede ser que sepa todos los pasos de Mariola, que se adelante siempre a ella. Hay alguien que le está ayudando. Alguien tiene que tener contacto con ese hijo de puta. —Agarré a Dwayne del brazo.

—Hemos investigado a todos y no hemos encontrado ninguna conexión con él.

—Seguid haciendo lo que se suponga que estéis haciendo. Cueste lo que cueste, le voy a sacar de su vida.

Me monté en el coche y en el trayecto hasta el hotel en el que íbamos a realizar la entrevista, estuve pensando en las palabras de Mariola: «eres una de mis razones».

Mientras desayunábamos, Rud leía el periódico y yo anotaba varias reuniones en la agenda y preparaba un par de presupuestos que tenía pendientes de las flores y la mantelería para una fiesta de quince años. Recibí diez emails de Scott preguntándome cuándo volvía a la oficina porque iba a morir en el intento de ser yo por unos días. Solo le respondí un email con emoticonos de una sevillana, la cara con las gafas, un café y un croissant, acompañados de varios labios. Sabía que no lo iba a entender, pero me divertía al imaginarme su cara de absoluta incompreensión.

—Paris, quita esa cara de me estoy divirtiendo y acábate el té.

—Sabes que necesito un café por las mañanas y no esto que me dices que es más sano para mí.

—Hay un Starbucks a cuatro minutos de donde tienes la reunión. No me llores tanto, princesita. Prometo que subirás a la reunión con un café largo en la mano. —Se encargó de pagar la cuenta.

—Vaya, parece que el jefe te paga muy bien para invitarme a desayunar.

—Nena, te invitaré a desayunar siempre que pueda. Porque lo de cena y polvo... —me miró con los ojos muy abiertos y justo cuando yo abrí la boca para contestarle, siguió hablando—. Vale, cuando los dragones con uñas de porcelana pueblen la tierra.

Afirmé mientras recogía todo y salimos de Clementine riéndonos. Sí, Rud era como yo pero con rabo, no había duda de ello.

Cuarenta minutos después tenía en la mano un café bien cargado y la sonrisa de Rud mientras veía a la preciosa recepcionista que estaba en el piso sesenta y cinco dándonos la bienvenida. Rud no se separó de mí ni un segundo. La recepcionista me hizo pasar a una gran sala con unos ventanales que daban a la ciudad, mientras Rud se quedaba sentado fuera con una revista. Tan solo esperaba que aquella vez no se mirase los párpados por dentro mientras estaba reunida.

Eran más de las doce de la mañana y no había rastro del hombre con el que me iba a reunir. Me fijé en la mesa y conté ocho sillas. Se suponía que era una reunión informal para conocer al socio y ver si podíamos ponernos de acuerdo en las ideas generales de los jefes, pero aquello parecía preparado para una reunión mucho más importante de lo que yo me había imaginado.

Me levanté nerviosa y me acerqué al gran ventanal para observar desde las alturas. No me parecía la ciudad más espectacular del mundo, echaba de menos los grandes edificios de Nueva York, pero tal

vez me tenía que empezar a acostumbrar a Los Ángeles porque podría ser mi nueva casa.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos, que no me di cuenta de que alguien había entrado a la sala, hasta que oí una voz muy dulce, con un acento muy marcado. Me di la vuelta y tenía delante a un hombre enfundado en un traje azul, perfectamente abotonado, a pesar del calor que hacía aquel día.

—Claro que sí. Perfecto. Sí, te tengo que dejar que ya llego bastante tarde a la reunión. Seguro que me matarán en cuanto llegue por hacer que espere tanto tiempo. —Me miró sonriendo—. Luego concretamos la cena. Hasta luego. —Colgó el teléfono y se acercó a mí con paso firme—. Siento mucho haberte hecho esperar, pero ya sabes cómo son estas llamadas de última hora. Soy Will Rodríguez.

—Encantada, Will. —Le tendí la mano, pero tiró de ella para darme dos besos—. De acuerdo.

—Siendo española me extraña que te hayas americanizado tanto. —Habló en castellano con un precioso acento cubano.

—Se supone que vas a ser el socio de los jefes, así que me intento comportar. Cuando me conozcas ya verás que de americanizarme... poco.

—¿Seguro? —Miró el café que tenía en la mano.

—No te metas con el café. Ni lo intentes.

—De acuerdo. —Levantó las manos en son de paz y me sonrió.

Aquella sonrisa le acompañó durante las dos horas que estuvimos en aquella sala. Will me enseñó varios de sus trabajos y era muy bueno. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Will era una de esas personas que te hacen sentir bien desde el segundo uno. Sin conocerle demasiado, ya me caía bien y la forma que tenía de hablar me gustó mucho.

En aquellas dos horas hablamos de mis trabajos, le enseñé la presentación que me había enviado Linda y me mostró cuáles eran sus trabajos y los puntos fuertes de su empresa. Sabía la razón de Linda para decidirse por él.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos para celebrar que la empresa abre delegación en esta costa?

—¿Así de fácil te haces socio de mis jefes? —Le miré extrañada.

—¿Socio? —Soltó una gran carcajada—. No, Mariola. Yo no quiero ser socio de la empresa ni abrir aquí una delegación de CIA. Yo te quiero a ti. Quiero a Mariola Santamaría aquí. Llevo varios años siguiendo la empresa y todos tus trabajos tienen algo que pocas veces se ve en este sector. Pones frescura y un punto de locura en todos tus eventos.

—Me estoy perdiendo un poco, Will. Si no vas a ser el socio que me dijo Linda...—Me removí nerviosa en la silla—. ¿Quién coño eres?

—Soy el dueño de esta empresa. Linda y Michael se van a jubilar y...

Creo que se dio cuenta de la cara de sorpresa que estaba poniendo, porque sus palabras empezaron a alargarse, sabiendo que yo no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

—Ellos me venderían la empresa y en Nueva York se quedaría CIA, pero a ti te quiero en mi equipo aquí en los Ángeles. Tú eres su más valiosa trabajadora y te quiero aquí.

Sus palabras entraban por mis oídos, pasaban a mi cerebro a toda velocidad, pero este no era capaz de filtrar lo que estaba escuchando. No lograba comprender por qué Linda no me había explicado nada.

—Yo... no... —Me costaba hasta respirar—. Linda no me dijo nada de todo esto. Ella tan solo... —Me llevé la mano a la boca y traté de recordar mi última conversación con ella por si me había perdido algo.

—Linda sabía que si te lo explicaba todo no ibas a querer sacar ni un pie de Nueva York. Así que ella te mandó aquí engañada, vendiéndote que yo quería abrir una delegación en esta costa y bla bla bla... —Meneó la cabeza y se mordió el labio inferior—. Tengo que decir que estoy encantado por ello. Todo lo que me dijo era verdad. —Me miró y me regaló otra increíble sonrisa—. Me avisó de que en cuanto hablase contigo dos minutos y conociese a la verdadera Mariola... te querría secuestrar sin

dejarte salir de la ciudad. Si a mí en dos minutos me has convencido, ¡qué no podrás hacer con los clientes!

No podía articular palabra. A mí, a Mariola Santamaría la que jamás se quedaba en silencio... me habían dejado sin argumentos.

—Voy a intentar venderme, vender mi empresa y lo que estoy dispuesto a ofrecerte. —Se levantó, se quitó la americana dejándola sobre la silla y poniéndose delante de mí—. Sé de lo que eres capaz, de todo lo que consigues con tu tesón y tu esfuerzo. Eso es lo que quiero en mi empresa. Las personas que han pasado por aquí... han sido peor que un grano en el culo.

Me sorprendí de la forma que tenía al hablarme. No es que me molestase, pero me resultaba divertido verle sacar todo su armamento para convencerme.

—Elegirás los trabajos.

—Eso ya lo hago en Nueva York. —No iba a dejar que pensase que estaba ganando aquella partida.

—Serías mi mano derecha.

—Mmmmm... —me crucé de brazos delante de él aún sentada en la silla—. No me ofreces nada nuevo.

—De acuerdo. —Escribió algo en un papel que estaba encima de la mesa y me lo dio. Era una cifra: \$12,000.

—No está mal como aumento anual. —Le di la vuelta a la hoja devolviéndosela.

—Eso sería tu sueldo mensual.

Menos mal que estaba sentada y con los pies en el suelo... Si hubiese estado de pie, Will hubiese visto mis bragas al caerme al suelo.

Mi mirada se quedó fija en uno de los botones de su camisa y mi boca se quedó en plan pista de aeropuerto para alguna mosca despistada que hubiese en aquella sala.

—Vale, será mejor que dejemos el resto de la conversación para esta noche en la cena. Linda puso muchas pegas para que vinieras hasta aquí, pero yo pude convencerla. —Se situó delante de mí—. Todo lo que te ofrezco es bueno. Cenamos y continuamos hablando.

—Will... yo... —me levanté sin saber qué decir.

—Es una cena de negocios. —Sonrió de nuevo.

—No sé si podré decir que sí a tu oferta en algún momento.

—Déjame venderme un poco. Cenamos en Mastro's en Beverly Hills. Prometo no emborracharte —levantó una ceja—, demasiado.

—¿Así cierras los tratos?

—¿Lo cerraré esta noche?

—Seguramente no.

—No me digas que no porque me partirás el corazón. —Se llevó la mano al pecho y sonreí.

—Eso es demasiado telenovelerero. —Me reí y le vi esperando—. De acuerdo. Estoy en el Four Seasons.

—A las seis y media te paso a recoger.

*Estábamos en la terraza del hotel Sofitel de Beverly Hills. La editorial pensó que estaría más cómodo en aquella terraza con un millón de preguntas incómodas. Estaban haciendo comentarios a mis respuestas sin mucho sentido, me preguntaban cosas que realmente no interesaban sobre mi vida, sobre mis exnovias, sobre mis padres, mi hermano y un montón de cosas más totalmente irrelevantes. Todo estaba siendo grabado y fotografiado.*

*Una vez que las dichas preguntas terminaron, posé en diferentes localizaciones de la terraza y me relajé un poco al estar más alejado de ellos. Y cuando bajé la guardia, cuando pensé que todo aquel infierno de más de tres horas estaba terminando, salieron con la artillería pesada.*

—¿Mariola Santamaría conoce todo tu pasado? ¿O es por eso por lo que ahora mismo está teniendo una reunión para mudarse a Los Ángeles? —La periodista notó cómo la fulminé con mi mirada.

—Ella se queda al margen de todo esto... ese fue el trato. O la dejáis al margen o esto no continúa.

—Que tendrá ella que no han tenido las demás para tener al súper millonario bajo su embrujo. —Lo que ella pensó que decía en bajo, salió un tono más alto de lo normal.

—Juro por Dios que como salga su nombre o una sola foto de ella —me acerqué a ella fuera de mí—. Os jodo la vida, a vosotros y a la mierda de revista para la que trabajáis.

—Sí, Alex, pero esta mierda de revista te puede joder la vida, así que deja ese mal humor que somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango.

Tuve que callarme ya que aquella mujer que consiguió sacarme de mis casillas, tenían razón. Cuando terminaron de sacar las fotos que quedaban, hice una señal a Dwayne y nos marchamos de allí. No quería permanecer cerca de aquellas hienas ni un segundo más. Olían el miedo, la sangre y la mierda. Por eso nunca había dado una entrevista a medios como aquellos.

Salí del hotel y lo único que se había mantenido en mi cabeza eran las palabras de Mariola. Por ella estaba haciendo todo aquello y esperaba que las cosas pudiesen solucionarse entre nosotros. Poco a poco, tardase lo que tardase, seguiría siendo una buena razón para ella.

En el trayecto al hotel Dwayne no hizo ningún comentario, así que supuse que no se sabía nada nuevo de Jonathan y no había novedades de Rud tampoco.

Al entrar en la suite, el olor de Mariola que la noche anterior había impregnado la habitación, se había esfumado y me moría de miedo porque, al igual que su aroma había desaparecido, ella podía hacerlo de mi vida. Quería coger el teléfono y llamarla, quedar con ella en la piscina y tomarnos una cerveza mientras me contaba cómo había ido la entrevista, pero no quise molestarla.

Dejé a Dwayne en la oficina con las investigaciones y bajé con el periódico a la piscina. Lo que yo pensaba que iba a ser una tarde tranquila, se convirtió en una tarde ruidosa, con un montón de tíos en la piscina. Un equipo de fútbol americano que estaba haciendo las delicias de las camareras.

Me puse los cascos y decidí perderme en la canción “Heaven” de Bryan Adams, mientras cerraba los ojos olvidándome de las últimas horas.

**Nena tú eres todo lo que quiero, cuando estás aquí tumbada entre mis brazos... Amor es lo único que necesito y lo encontré ahí en tu corazón.**

Disfruté de la música hasta que empecé a escuchar gritos que se elevaban por encima de aquella canción. Me quité los cascos y escuché a un par de hombres hablando más alto de lo normal.

—Un ángel ha bajado del cielo para pasar la tarde con nosotros.

—Eso es un cuerpo y no lo de nuestras animadoras.

Cuando me giré para ver cuál era el motivo de tanta exaltación, vi cómo Mariola salía de unos de los pequeños reservados que había en la piscina. Llevaba un pequeño bikini que realzaba cada parte de su maravilloso cuerpo. Esas caderas tan bien contorneadas, esos muslos... Mi cabeza se vaciaba cada vez que la veía semi desnuda. No dejaba de ser un hombre al que una mujer le despertaba sus instintos más primarios.

Se tiró de cabeza a la piscina e instintivamente me levanté temiendo que la parte de arriba de su pequeño biquini saliera flotando. Mi cara debía de estar desencajada, porque cuando llegó Dwayne miró al mismo lugar que yo estaba haciendo.

—Santo Dios.

—Es Mariola, así que chitón, Dwayne. —Se le cambió la cara.

—Yo... —no dejaba de mirar a la piscina—. Venía a decirte que Mariola, desde hace un mes, está recibiendo rosas en su despacho. —Le miré fijamente—. Y no, no sabemos de dónde proceden.

—¿Sabéis algo? —Volví a mirar a Mariola y estaba siendo rodeada por cuatro jugadores enormes y llenos de tatuajes—. Me vuelve jodidamente loco, Dwayne. Y eso... me preocupa. Me preocupa mucho.

—No es para preocuparse. Te vuelve loco de la peor y la mejor manera. Pero es la única capaz de calmarte. Ella es la única que hace posible lo imposible para ti.

Mariola se subió en una colchoneta que estaba en medio de la piscina y amablemente evitó el contacto con los jugadores.

—Paris. —Oí a Rud llamándome y traté de hacerme la sorda—. Paris, sé que me estás oyendo. —Le hice un gesto con la mano para que me dejase en paz—. No me hagas tirarme a la piscina.

—Pasa de mí un poco, Rud. Tómate cinco minutos libres y olvídate de mí.

Dejé de oír sus gritos y pensé que se habría puesto a ligar con una de las camareras o alguna de las animadoras del equipo que estaban pululando por la piscina. A los segundos noté cómo la colchoneta se hundía en el agua y cómo esta entraba por mi boca y nariz. Salí a flote como pude tosiendo y escupiendo agua.

—La madre que te parió, Rud. Un día te mato y tiró tu cuerpo a los cerdos. —Me subí en su espalda, tratando de ahogarle.

—No juegues, Paris, que puedo contigo y estos hombretones en un solo movimiento... —levantó una ceja— pueden disfrutar de tus encantos.

—No serías capaz, Rud. —Puse mis manos sobre la parte superior del biquini.

—A tu ex le daría un ataque al corazón si se te ve algún centímetro más de piel.

—¿Alex está aquí? —Al darme la vuelta me encontré con sus ojos clavados en mí.

Quería salir de la piscina y preguntarle cómo había ido la entrevista, pero tenía miedo de que hubiese prensa en el hotel y que aquello llegase a Jonathan y volviese a actuar. Así que decidí mantenerme al margen hasta que subiésemos a nuestra planta del hotel.

Dejé a Rud subido en la colchoneta que segundos antes tenía debajo de mi cuerpo y salí del agua para tumbarme un rato al sol. Fui a la barra, pedí un gran daiquiri y me metí en el reservado para cambiarme de biquini. Me quité la parte de arriba para poder escurrirlo un poco. Estaba de espaldas a las cortinas y noté cómo entraba más sol.

—Rud, en serio, déjame un rato tranquila, por favor. —Me tapé el pecho con un brazo y giré la cabeza.

—No. —Miré fijamente a Alex que estaba delante de mí.

—Ya veo.

—¿Buscas esto? —Cogió la parte de arriba de mi biquini y la levantó a una altura a la que yo no llegaba.

—Al final voy a pensar que tienes unas tendencias sexuales un tanto extrañas. Hace un tiempo te quedaste con mis bragas, ahora me quieres robar la parte de arriba de un biquini... —le miré medio sonriendo—. Yo me lo haría mirar.

—Eres un bicho. —Me lo daba y lo retiraba cada vez que yo levantaba el brazo.

—Ya lo sabes—. Traté de cogerle la mano en un salto.

—Vas a tener q saltar un poco más arriba o acercarte más a mí. —Estaba jugando conmigo.

—Vamos a ver, seductor de película antigua en blanco y negro. —Sabía que no iba a bajar el brazo entonces traté mi propio plan—. Por mucho que el destino se entrometa para que nos veamos... —bajé el brazo y me destapé—. Entre nosotros hay una atracción sexual enorme, no te lo voy a negar. —Me acerqué a él, quería que notase mi pecho desnudo sobre el suyo—. Somos adultos y debemos comportarnos como tal. Yo no me excito al ver tu cuerpo medio desnudo y...

No dije nada más y le empujé fuera de mi reservado, haciendo que su metro noventa cayese a a

piscina que estaba a escasos metros. Me di la vuelta dignamente, sonreí a Dwayne y Rud que estaban ojipláticos mirándonos y volví a entrar cerrando las cortinas. No pude contener la carcajada que se salió de mi garganta sin control. Fuera oí a Alex blasfemar algo ininteligible en castellano, cosa que me provocó aún unas carcajadas mucho más sonoras.

Me puse la parte de arriba del bikini y salí a hablar con Rud. Aquella noche cenaba con Will y no quería que Rud volviese a hacerme de niñera para no tener que explicar a Will la razón de por qué llevaba a un tío pegado a mi culo a todas partes. Rud se negó a aquello varias veces, a lo cuál Dwayne se unió alegando que aunque estuviese a miles de kilómetros de casa, nadie sabía el paradero de Jonathan.

—¿Sabes una cosa Rud? —Le miré sonriendo—. No me caes nada bien ahora mismo. Nadie me va a hacer nada en este hotel, es imposible que Jonathan sepa dónde estoy ahora mismo, así que déjame en paz.

Me encaminé de nuevo al reservado a recoger mi bebida para tumbarme y relajarme un rato al sol.

—¿Te parece bonito? —Me di la vuelta de un salto y vi a Alex empapado de pie allí dentro.

—Te lo has ganado por idiota.

—¿Sabes lo que te has ganado tú? —Sus ojos echaban chispas.

—¿Un premio a la paciencia?

—Con tu salida de tono, tu contoneo por la piscina con ese minúsculo bikini, por la osadía de salir sin la parte de arriba dejando a la mitad de los hombres con la boca abierta, te mereces un castigo.

—Bueno sí —solté una falsa carcajada—. Ahora me vas a salir con que eres un amo castigador. —Levanté una ceja—. Pues no te esperes a una sumisa de rodillas ante ti diciendo: sí mi amo. —Me mordí el labio y Alex sonrió.

—Ni mucho menos. Pero... —tiró de mi brazo y me pegó a él.

Notaba sus músculos mojados tensándose alrededor de mi cuerpo. Me seguía provocando aquellos maravillosos escalofríos que me recorrían toda la columna.

—No es justo para los que están ahí fuera ver algo que no pueden tocar. —Mientras su boca me adoraba, sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo—. Eres como un bombón en una pastelería. Perfecto por fuera, dulce y una pura tentación por dentro, pero que desde el escaparate no se puede tocar. —Bajó su mano hasta mi culo y lo apretó tratando de provocarme—. Que no se puede oler. —Pasó su nariz por mi cuello poniéndome los pelos de punta—. Y, sobre todo, que no se puede saborear. —Pasó sus labios por los míos, sin llegar a besarme.

Mis piernas comenzaban a flaquear, pero sus brazos me tenían bien atrapada, para no poder escapar, para no poder huir. Mi cabeza daba vuelta y mi yo más temerario estaba ya con las bragas del bikini en la mano.

Subió sus manos por mi espalda alcanzando mi cara, acariciándola y mirándome a los ojos. En esos momentos era cuando mi mente se olvidaba de todo y solo veía al hombre del que me había enamorado. No me pude resistir y enterré mi lengua en su boca, jugando con su lengua, apretando sus fuertes brazos con los míos y pegándome completamente a él.

Nuestras miradas se unieron durante varios minutos, sin decir nada, sin movernos, sin ni siquiera casi respirar. Había tanto que decir y tan poco ya que callar... Yo le había confesado que él era mi razón, pero no sabía si yo podía ser la suya. La única razón por la que Alex dejaría de lado sus miedos.

Mi móvil comenzó a sonar, pero traté de olvidarme de él. Pero continuó sonando aquella canción de una manera tan insistente, que me obligó a separarme sin desearlo de Alex para responder a quien demonios fuese el que osaba a molestarnos.

*Observé cómo buscaba su móvil, y al ver quién estaba llamando, se separó de mí como si no quisiera que viera quién estaba al otro lado. Al ver que se trataba de ocultar quise saber quién la llamaba y por la cabeza se me pasó que podía ser Ryan. Cerré los ojos y respiré profundamente*

*mientras seguía sintiendo el cuerpo de Mariola pegado al mío.*

*Me pegué a ella, recorriendo su cuello con mis dedos para apartarle el pelo y me empujó con su culo, mientras mis ojos seguían buscando la pantalla de su móvil.*

*—Sí... ¿Te importa si te llamo dentro de un rato?—Me seguía empujando y, como yo no me alejaba, se las ingenio para agarrarme del brazo, doblármelo hasta la espalda, obligándome a ponerme de rodillas delante de ella—. Tengo algo entre manos...*

*Traté de moverme, pero aquella loca me tenía arrodillado a sus pies, de la forma más literal posible. Intenté moverme, pero ella negó con la cabeza y me apretó más.*

*—Espera un segundito... un segundito. —Me miró, se pegó el teléfono al pecho—. Como sigas molestando sales de nuevo a la piscina, pero esta vez sin bañador.*

*—No te atreverás. —Me zafé de su mano y le di la vuelta pegándola a mi cuerpo.*

*—Sí, yo te llamo en un rato. Claro que sí. Estoy deseándolo. De acuerdo. —Colgó el teléfono—. Mira, señor arrogante, no vuelvas a mirar por encima de mi hombro para cotillear con quién hablo.*

*—Es la curiosidad. Estábamos tan cerca y... Joder, Mariola. Estás semi desnuda delante de mí y te alejas para coger una llamada. Tenía que ser muy importante.*

*—Una fiesta de cumpleaños importante. —Levantó una ceja y sonrió—. Muy importante.*

*Se acabó la bebida, quitó la fresa que tenía en el vaso, me la acercó sonriendo, pero al ir a morderla... se la llevó a la boca. Se lamió los labios, se colocó el vestido, las gafas de sol, recogió sus pertenencias y salió de allí con una sonrisa victoriosa en su cara. Ella sabía tan bien como yo que si su teléfono no hubiese sonado... Señor, me volvía loco.*

Salí de allí con la cabeza bien alta, sintiéndome estupenda por haber sabido controlar la situación, porque, ¡joder!, estar con Alex medio desnudo... Era muy complicado dejar de pensar y pasar a arrancarle la poca ropa que le quedaba. Pasé por delante de Dwayne y Rud, pero no les miré. No quería verles en un par de horas. Necesitaba ducharme, prepararme tranquilamente, escuchar música, disfrutar de una copa de vino en aquella fabulosa terraza y... y dejar de pensar por unas horas.

Tras relajarme un par de horas, empecé a prepararme. Justin se había encargado de sacar de mi maleta lo que yo había metido y puso dentro solamente vestidos, ni siquiera metió un triste vaquero dentro.

—A la vuelta le mato.

A las seis y media recibí una llamada de recepción avisándome de que Will estaba esperándome. Salí de mi habitación sin mirar a Rud, que ya estaba preparado esperándome. No le dije nada, salí de la suite sin hacer ningún amago de hablar con él.

Fui hasta el ascensor sin esperarle y menos mal que aceleró el paso, porque no hice ni el amago de parar las puertas mientras se cerraban.

—Paris, ¿que te he hecho?

—Podías haberte quedado hoy en el hotel, solamente esta noche. —Resoplé.

—Pequeña, no te voy a dejar sola ni de coña. No quiero volver a sentirme como el día que te encontré atemorizada en medio de Manhattan. No quiero volver a ver esa cara en ti. —Me agarró la cara—. No quiero que nada ni nadie te atemorice.

—Voy a tener que explicarle por qué tengo a un tío pegado a mi culo. —No me podía enfadar mucho más con él después de lo que me acababa de decir, que me había costado procesar—. Siento haberte mandado a la mierda.

—¿A la mierda? No me había enterado. —Sonríe abiertamente—. Además... ¿Te crees qué no he investigado a ese tal Will?

—¿Cómo? —Le miré extrañada.

—Linda me lo contó hace un par de semanas. Estaba demasiado interesado en ti y eso a ella

también le asustó, así que hice lo que tenía que hacer. Siento entrometerme, pero es mi trabajo.

—Supongo... —negué con la cabeza, frunciendo los labios, pegando el superior con la parte de debajo de la nariz—. Supongo que gracias. —Levanté una ceja.

—Linda tiene buen ojo. No te preocupes por él. No hay pasados oscuros ni mierda detrás. —Su tono paso a ser irónico y supe exactamente a qué se refería.

Al salir del ascensor vi a Will que nos esperaba. Parecía nervioso por aquella cena. Se frotaba las manos y acto seguido se colocaba bien los puños de la camisa. Parecía que ya sabía que Rud vendría con nosotros porque no se sorprendió al acercarnos y le estrechó la mano antes de saludarme a mí.

—Buenas tardes, Mariola. —Me dio un par de besos.

—Will. —Le sonreí y vi cómo Rud caminaba por delante nuestro—. Siento lo de Rud. Yo no... No sé que decir. Entendería que si ya sabes de que va todo esto, no quisieras...

—Mariola, me da igual tu pasado o quién hubiera en él. Yo solo te quiero aquí en mi empresa. El resto me da igual. —Me ofreció su brazo para salir del hotel—. Pero nada de pasado hoy. Déjame que te convenza de mudarte aquí.

—De acuerdo.

Me agarré a su brazo y nos marchamos del hotel. Venía con su propio chofer al cual Rud supongo que ya había estudiado en profundidad. Nos sentamos en la parte de atrás del coche que nos llevaron directamente a Mastro's.

Nada más llegar vi una oleada de fotógrafos en la entrada, fotografiando a todas las personas que entraban. Sí, era uno de los locales de moda de la ciudad y siempre había famosos allí.

Traté de pasar desapercibida y que no nos fotografiasen, resguardándome entre mi pelo suelto y el cuerpo de Will.

—Tenemos mesa para dentro de media hora. ¿Te apetece una copa antes? —Nos acercamos a la barra.

—Sí, por favor. Un vino blanco.

*Aproveché la estancia en Los Ángeles para reunirme con compañeros de la costa Este. No es que me apeteciese pasar toda la noche con ellos y con sus vivencias hollywoodienses, pero sabían que me estaba alojando en el hotel y no pude decir que no. Mientras ellos hablaban de quién se estaba acostando con quién o de qué famosa había estado alojada en sus hoteles, yo no dejaba de pensar en Mariola.*

*Menos mal que mi móvil comenzó a sonar y aproveché para alejarme de aquellos capullos.*

*—Llamada importante. Ahora vuelvo. —Me alejé de ellos—. Hola, Frank. ¿Qué tal? —Salí del reservado en el que estábamos.*

*—Muy ner... nervioso. —Su voz estaba entrecortada.*

*—¿Qué ha pasado? —Lo primero que se me vino a la mente fue que algo había sucedido en Nueva York.*

*—Esta semana vuelve Sonia y después de este tiempo... quiero saber cómo va a reaccionar cuando me vea. ¿Es normal que esté cagado de miedo?*

*—Es normal. A ti lo que te pasa es que te da miedo que a su vuelta... no quiera estar contigo o haya cambiado de idea. —Estaba tratando de que me dijese lo que realmente sentía.*

*—Alex... ¿Qué te pasaría a ti si Mariola desapareciese de tu vida durante meses?*

*—Pues que me volvería loco. Una cosa es que no estemos juntos, pero viviendo en la misma ciudad, trabajando tan cerca... Las casualidades existen y podemos hacerlas posible.*

*—Quiero saber si lo que me he imaginado puede ser posible.*

*—¿Imaginado? —Empecé a reírme. No creí en la vida oír a Frank diciendo aquello—. Frank, ¿en qué te has convertido?*

—En lo mismo que tú. En un idiota enamorado. Dime si no es verdad. —Suspiré profundamente.

—¿Qué te puedo decir, Frank? Que la loca, terrorista verbal, mal hablada, sexy, encantadora y preciosa señorita Santamaría... me tiene completamente enamorado. Cada día que pasa, más.

—Joder, tú estás peor que yo.

Estuve hablando con Frank un rato, desahogándonos los dos, a falta de una conversación con una buena cena... lo hicimos por teléfono. Caminé por el bar y me fijé en las parejas que estaban allí, pero mis ojos se desviaron a una de ellas. Él estaba arrodillado en medio del bar, entregándole a su chica una pequeña caja roja. Cuando ella la abrió, comenzó a llorar y sonreí. Aún había romanticismo en el mundo.

—Dime que me harás tan feliz como estos últimos seis meses. Han sido los mejores meses de mi vida y ya no sabría vivir sin ti.

Aquella pareja se besó ante la atenta mirada de todos los que nos congregamos a su alrededor. Sí, aún había romanticismo en el mundo y eso, a mí particularmente, me hacía creer que todo podía ser posible con Mariola.

Me fijé en las reacciones de todos y mis ojos se quedaron sobre Mariola y el hombre que la acompañaba. Negué con la cabeza, aparté la vista y volví a mirar, esperando que me hubiese equivocado, pero no fue así. Ella estaba sentada al lado de un hombre que no conocía y Rud estaba situado a varios metros de ellos. Ninguno de los dos se dio cuenta de que estaba allí observándoles.

—¿Cómo conociste a los jefes? —Le di un trago a mi copa de vino—. Si no es mucha indiscreción.

—Mi deber es conocer a la competencia a la perfección. Me llegaron informaciones sobre la idea de Linda y Michael de jubilarse. Les hice una oferta por la empresa. —Dio un trago a su copa y me miró.

—Pues lo siento mucho, pero yo no... te conocía. Me he centrado en hacer que nuestra empresa fuese auténtica, no una burda copia de otra.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—Sí.

—Me gustas, me gustas mucho, Mariola Santamaría. —El camarero le hizo una señal a Will—. Ya podemos pasar.

Me fui a bajar del taburete ayudada por la mano que me había extendido Will, cuando el camarero al retirar nuestras copas, derramó el vino encima de mí.

—Señorita, lo siento, lo siento... —salió de la barra trayendo con él un trapo—. Dios mío, de esta me echan. Qué patoso soy.

—No pasa nada —le miré retirando el trapo de sus manos y le sonreí—. Solamente es vino.

—Perdóneme.

—No te preocupes, de verdad.

Recogí mi bolso de la barra y fui al baño para secarme un poco. El vestido había absorbido la mayor parte de la copa. Me sequé las piernas con unas toallitas y en la pared vi un secador de manos.

—Supongo que esto ayudará. —Me levanté el vestido y lo acerqué para secarlo.

Estaba con medio cuerpo al aire, la pierna pegada a la pared y levantada a la altura de la cintura tratando de secar el vestido. Sí, tenía el culo al aire y si entraba cualquiera al baño podrían echarme de allí.

Cinco minutos más tarde el vestido parecía seco y estaba preparada para salir como si no hubiese pasado nada.

—Joder qué numerito se podía haber montado.

—Malhablada y exhibicionista. Hoy eres un no parar.

Tenía a Alex pegado a mi espalda observando la escena. No había oído ni que había entrado ni que se había colocado detrás de mí.

—Top-less en la piscina, ahora en el baño de un buen restaurante con el culo al aire. —Negó con la cabeza mientras me sonreía—. Eres toda una exhibicionista.

—Y tú un mirón. —Observé que había echado el pestillo de la puerta—. Esto, señor trajeado, es un secuestro.

—No, princesa. —Se acercó lentamente más a mi cara.

—¿Ya he vuelto a ser princesa y no una mal hablada? —Levanté una ceja.

—Secuestrarte sería... —se pegó mucho más a mí, agarrándome de la cintura— sacarte en volandas de este restaurante, dejar a ese cachitas colgado aquí y encerrarte de por vida en mi habitación. —Al decir las palabras sacarte en volandas me agarró por la cintura, me levantó un poco del suelo y me acercó hasta el lavabo apoyando mi culo contra él.

—Vamos a ver, Alex, que esto no es una película porno. Ni me vas a sacar de aquí en volandas ni ese cachitas se va a quedar aquí colgado. Es una reunión de trabajo. Así que no juguemos al gato y al ratón. —Tragué saliva buscando la mejor manera de salir de aquel baño—. O podemos terminar quemándonos los dos —aparté mis manos de su pecho y me bajé el vestido— y no podemos permitirnos eso, Alex. Si realmente queremos que lo nuestro —tracé en el aire un círculo entre nosotros dos— pueda llegar a funcionar algún día, vamos a dejarnos de tonterías y pensemos fríamente. ¿Queremos un buen polvo o queremos que sea...

—¿Para siempre?

Puse los ojos en blanco e hice un gesto con la boca sin saber muy bien cuál era la mejor respuesta a su para siempre.

—Quiero un para siempre contigo, hasta que la vida se nos escape entre los dedos.

No dijo nada más, me besó en la comisura de los labios y desapareció del baño de la misma manera que había entrado, en silencio y sin llamar la atención. Y yo... yo me quedé sin poder moverme debido a su frase: «hasta que la vida se nos escape entre los dedos».

—Joder, Alex.

Tardé varios minutos en recomponerme. Tuve que respirar profundo varias veces, tragarme muchas de las palabras que se amontonaban en mi cerebro y salir de aquel baño antes de que mis propios pensamientos me ahogasen.

Volví a nuestra mesa con una gran sonrisa, de esas capaces de ocultar todo lo que acababa de pasar.

—¿Todo bien? —Will se levantó del taburete—. Has tardado tanto que pensaba que habías huido.

—El vestido que ha tardado más de lo que esperaba en secarse.

Un camarero nos acompañó hasta el reservado que estaba justo al lado de donde Alex estaba cenando.

La cena con Will fue de maravilla. Me contó todo lo que su empresa había organizado en la ciudad, las fiestas, los diferentes acontecimientos importantes que él mismo había preparado, me enseñó varias fotos y vídeos. Todo parecía perfecto, pero no era la manera como yo trabajaba en Nueva York. Las dos costas tenían una forma muy diferente de ver la vida y de encargarse de eventos.

Observé cómo la mesa de Alex se levantaba para marcharse y él, al pasar por delante de nosotros, me guiñó un ojo sin que Will se diese cuenta.

Cuando nos quisimos dar cuenta eran más de las cuatro de la madrugada y seguíamos sentados en aquella mesa, viendo números y vídeos en el iPad. Al girarme vi que no quedaba nadie más en el restaurante y que los camareros estaban en la terraza descansando después de la fiesta que había habido allí, de la que no nos habíamos enterado.

—Madre mía. Si no te he matado de aburrimiento, no te mata nada.

—Nunca me aburro con estos temas.

—Para compensar te voy a invitar a una copa en un buen lugar de la ciudad.

Quería decir que no, pero no lo hice. Terminé tomando tres copas en una terraza de uno de los

edificios más altos de la ciudad, en unos sofás muy cómodos y en un ambiente tranquilo y con una música en directo espectacular.

Me deshice de mis zapatos y subí las piernas en el sofá, observando todo mientras Will volvía del baño. Cerré los ojos, respiré profundamente y las palabras de Alex volvieron a mi cabeza. ¿No me iba a deshacer de él ni a las seis de la madrugada?

—Joder, las seis. —Solté el móvil encima del sofá y me pasé una mano por la cara.

—¿Te he convencido de que te vengas aquí conmigo? —Will dejó dos botellines de agua encima de la mesa.

—Me temo que no. No soy tan fácil. —Cogí uno de los botellines.

—Es una ciudad bonita, tiene muchas cosas que ver y de las que disfrutar. Conciertos, exposiciones...

—Todo eso también lo tengo en Nueva York. Y siento decirte —le llamé con mi dedo índice porque no quería decir aquello demasiado alto— que mi ciudad es mil veces más bonita que la tuya.

—Si no es muy tarde para ti, quiero enseñarte algo que no tienes ni tendrás nunca en Nueva York. —Levantó una ceja y yo le respondí entrecerrando los ojos—. Confía en mí. Debo ser de fiar si tu guardaespaldas te ha dejado conmigo y se ha marchado al hotel hace dos horas.

—Eso es porque tenía una cita con la cubana.

Will me agarró de la mano y me acarició el reverso de la mano con su pulgar.

—Solo necesito que me des una hora más de tu tiempo y si lo que te voy a enseñar no te convence de que esta puede ser tu ciudad...

Se levantó y me ofreció su mano, que observé un par de minutos mientras evaluaba su mirada y el gesto de su cara. Algo me decía que me podía fiar de él y había aprendido a dejarme llevar. Acepté sin pensarlo demasiado y bajamos hasta su coche. Salimos de aquella zona de rascacielos y observé cómo dejaba atrás la ciudad y salía por la carretera en la que aquella hora no había casi circulación. Varios kilómetros después giró a la derecha en un camino y nos adentramos en una carretera secundaria. El coche paró unos kilómetros más adelante. Miré por la ventanilla y solo veía una pequeña montaña con unas escaleras. Will se bajó del coche y se acercó a mi puerta sonriendo.

—Vamos, que llegamos tarde.

Subimos por las escaleras casi corriendo y entonces vi lo que aquella ciudad me podía ofrecer: un precioso amanecer en la playa. Will se quedó quieto en una zona de piedras de aquel montículo, pero yo no me lo pensé dos veces. Me quité los zapatos y hundí mis pies en la arena. Aquella sensación que tanto me gustaba y hacía demasiados años que no sentía. Bajé corriendo y metí los pies en el agua mientras el sol comenzaba a iluminar el cielo.

—Todo esto no te lo puede dar Nueva York. Por tu forma de correr hasta la orilla... esto te gusta tanto como a mí.

No le pude contestar con palabras así que lo hice con una sonrisa. Sí, aquello era perfecto, sencillamente perfecto, pero me faltaba algo. Podría disfrutar de aquel amanecer, pero me faltaba alguien.

*Después de tomar un par de copas, decidí marcharme al hotel y me puse con un par de informes que tenía que terminar. Aproveché para responder a varios emails que tenía en la bandeja de entrada sin responder, pero estaba atento a cualquier ruido que se produjese fuera de mi suite.*

*A las cuatro de la mañana dejé de trabajar y Mariola no había dado señales de vida. No estaba preocupado, porque Rud estaba con ellos, pero se me pasó por la cabeza la estúpida idea de que Mariola se sintiese atraída por aquel tío y... ¿Y si...? No. Me negué a mí mismo y me eché la bronca por pensar de aquella manera.*

*Me metí en la cama y me quedé dormido pensando en ella, algo a lo que me estaba acostumbrando ya que habían sido así muchas de las noches de las últimas semanas.*

Después de ver aquel maravilloso amanecer, Will me dejó en la puerta del hotel. No me agobió pidiéndome una respuesta, solamente me pidió que me lo pensase y que tuviera en cuenta la oportunidad que supondría para mí. Me despedí de él y en el trayecto hasta nuestra planta supe que lo que me faltaba en aquel amanecer era Alex. Cuando las puertas del ascensor se abrieron me encontré con Dwayne recién levantado. Parecía que se iba al gimnasio. Madre del amor hermoso que pedazo de brazos tenía el tío. Seguro que podía romper una nuez si se la ponía en el brazo y lo cerraba.

—Buenos días, Dwayne.

—Buenos días. ¿En qué te puedo ayudar? —Se puso en medio del pasillo.

—He... he quedado para desayunar con Alex ahora. —Necesitaba que me dejase entrar en la suite.

—¿A estas horas? —Miró su reloj y volvió a mirarme negando con la cabeza—. ¿Qué estás tramando?

—Cómo te lo explico yo para que no me hagas la de la última vez. —Noté cómo sonreía—. Sé que en este momento te puedo parecer la peor persona para que entre en esa habitación, pero necesito hablar con tu jefe ahora mismo. Necesito aclarar un par de cosas con él. Así que si fueras tan amable de dejarme pasar, te lo agradecería en el alma, Dwayny. —Le hice mi famosa caidita de ojos.

—Realmente no sé qué estás tramando, pero el jefe ha estado media noche esperando a que alguien entrase en la habitación y sé que era a ti a quien estaba esperando.

Se quedó pensando unos minutos si dejarme pasar o no, pero al final me dio la llave de la habitación.

—Si el jefe se enfada le diré que me diste una paliza con tus armas mortíferas. —Aquel comentario me obligó a soltar una gran carcajada y él se rio ampliamente.

—De acuerdo. Yo le digo que te he reducido con una mano. —Le guiñé el ojo—. Muchísimas gracias, Dwayne. Después de todo... eres un amor. —Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

Dejé los zapatos y el bolso encima de la mesa nada más entrar y me dirigí de puntillas hasta la habitación de Alex. Abrí las puertas correderas y comprobé que estaba plácidamente dormido. Le observé durante un par de minutos y me quité el vestido para acurrucarme a su lado dentro de la cama.

Me apoyé sobre mi mano y le observé durmiendo. Su cara estaba relajada, su pelo perfecto y sus labios tan apetecibles como siempre. Le observé durante unos minutos y se movió hacia mi lado. Comencé a recorrer su cara con las yemas de mis dedos.

—Buenos días, Alex. —Lo susurré dulcemente.

—Buenos días. —Abrió los ojos y al verme meneó la cabeza como si fuera un espejismo—. ¿Eres real?

—No, solamente soy un producto de tu imaginación. Si pestañeas... me esfumo.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Se quedó unos segundos en silencio y sonrió.

—¿Qué haces en mi cama a estas horas? ¿Qué planetas se han alineado para que tenga tanta suerte?

—Pensaba invitarte a desayunar. —Me mordí el labio.

—Vale. —Observó la habitación buscando una bandeja de desayuno—. ¿Y qué vamos a desayunar si se puede saber? Porque no veo café o bollos.

—No. —Sonreí.

—Miedo me das cuando sonrías así. —Levantó una ceja.

—El desayuno soy yo.

Eché la sábana hacia atrás y dejé mi cuerpo desnudo al descubierto. Sus ojos se abrieron totalmente y en su boca se dibujó una o perfecta. Sabía que le había sorprendido y no pude evitar empezar a reírme, rompiendo cualquier escena sexy que se hubiese planeado en mi cabeza.

—Sería el mejor desayuno del mundo, pero no voy a caer en tu trampa, Mariola. Me dejaste claro que no te acostarías conmigo y no quiero hacerlo así.

—Genial. Me pongo cuál geisha cubierta de sushi en bandeja para ti, pero decides no probar mis makis.

—Mariola, me acabo de despertar y te tengo en la cama semidesnuda hablando de... ¿makis?

—Sí. —Apoyé mi cabeza en su pecho y entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Qué tal tu cita? —Sabía que estaba sonriendo.

—Era una cena de negocios, ya lo sabes. —Le miré a los ojos y sabía que me quería preguntar un millón de cosas, pero no lo hizo—. Esto es como cuando decidí salir de España. Es una decisión que puede cambiarme la vida.

—¿Eres buena tomando decisiones?

—Hay días que pienso que soy la peor persona tomando decisiones, pero ahora mismo... —Me apoyé en el codo y le miré directamente a los ojos—. Si no hubiera salido de mi ciudad, no hubiera conocido a mi familia americana. Si no hubiese decidido coger el petate y lanzarme a por el sueño americano, no te habría conocido a ti. Así que hay días que tomo las peores decisiones del mundo y hay momento en los que soy la mejor tomando las difíciles.

—Doy gracias por que decidieras venirte aquí. Igual que doy gracias a que mis abuelos se mudaran de Escocia a Nueva York. Si no lo hubiesen hecho, no hubiese tenido la suerte de conocerte. Me hubiera gustado que los conocieras. Eran increíbles.

—Tú tendrás mucho de ellos.

—Aún recuerdo cuando mi abuelo me llevaba a un pequeño lago del norte del estado a pescar en verano. Íbamos los cuatro. —Se acomodó en la cama y yo apoyé mi barbilla en su pecho para poder verle bien—. Mi abuelo, Brian y yo íbamos a pescar, mientras la abuela nos esperaba en casa con una increíble tarta de manzana con helado de nata. Su tarta era única. —Le estaba mirando y vi cómo se le iluminaba la cara hablando de aquel sitio—. En pleno invierno nos hacía chocolate para cuando volvíamos. Parece que lo estoy oliendo. —Cerró los ojos y las aletas de su nariz se hicieron más grandes—. Pero todo cambió de repente y dejamos de ir. No sé qué es lo que realmente pasó entre mis abuelos y mi... mi padre, pero todo cambió con ellos. En aquel momento empezaron los secretos en mi familia.

—¿Nunca preguntaste qué sucedió?

—La verdad es que no. Supuse que eran cosas que pasaban en todas las familias. Al principio trabajé para mi padre, pero no me gustaba en lo que me estaba convirtiendo y lo dejé. Después de aquello no me ofreció ninguna ayuda ni ninguno de sus contactos. Tuve problemas para trabajar después y...

—¿Qué tuviste problemas para trabajar? —Me sentí ofendida—. No te creo, Alex. No sabes lo que es estar en una ciudad desconocida y pasarlo realmente mal. —Me levanté de la cama.

—Mariola. —Se levantó detrás de mí—. Yo... ¿Estás bien?

—No quería sonar así, pero es que me ha hecho gracia lo que has dicho.

—¿Gracia? No ha sonado a eso. Ha sonado más a: tú, niño rico, es imposible que tuvieras puertas cerradas. —Se sentó a mi lado.

—Sí, pero no lo quería hacer. —Negué con la cabeza—. Es que me sorprende que gente como tú, con tu estatus social, con las amistades que habrán rodeado siempre a tu familia... no, Alex. Una persona como tú no tiene que recorrer la ciudad día y noche para encontrar un trabajo mal pagado, porque si no te echan de la mierda de hostel de muerte en el que estás alojado, porque el trabajo con el que venías a un país desconocido te cerró las puertas dejándote en la calle sin un duro, sin conocer a nadie en una ciudad que te come sin piedad. En un país que vende el sueño americano y que a veces se convierte en pesadilla. No te imagino a ti teniendo que hacer eso.

No quería seguir hablando, pero parecía que me habían dado cuerda.

—No sabes lo que es tener el dinero justo para comer una vez al día y no querer dar tu brazo a torcer ante tu familia. Hacer la llamada semanal de rigor a tu madre diciéndole que tu trabajo es el mejor que podías haber encontrado, que todo va sobre ruedas, tratando de que no note que estás llorando.

Colgar y seguir toda la noche llorando en una esquina de aquel hostel. Por que a alguien de la empresa no le había gustado tu culo y lo echó a patadas de allí, dejándote pocas opciones para conseguir dinero. — Me separé de él.

—Nunca me habías contado todo esto. —Se sentó más ladeado para verme bien.

—Lo sé. Es mi pasado y algo que no me gusta recordar. Hay que vivir el presente y tener la cabeza y el corazón puesto en el futuro.

—Tú lo has dicho, todo eso es el pasado. Y esto —me agarró fuertemente de las manos—, esto, Mariola, es el presente. No me gusta saber que lo pasaste tan mal, pero sé que todo lo que tuviste que superar te hizo ser más fuerte y ser la persona tan excepcional que tengo a mi lado ahora mismo.

—Gracias por ser cómo eres conmigo, aun teniendo que aguantar mis desplantes, mi cabezonería y mi lengua tan afilada... Aun con todo eso... sigues aquí. —Cuando me quise dar cuenta tenía los labios pegados a los de Alex.

—Te quiero, Mariola y por mucho que pasemos, no voy a salir corriendo.

Me abrazó fuertemente y me sentí la mujer más protegida del mundo en esas cuatro paredes.

—Te quiero, Alex.

## 17.

# COMO SI UN GATO ME HUBIESE COMIDO LA LENGUA

Contarle a Alex todo aquello, bueno, más bien escupirle todo aquello... me hizo respirar más tranquila. Con Alex siempre había pasado de puntillas por mi historia de cuando llegué a Nueva York. No sabía cómo me había ganado la vida antes de empezar a trabajar en CIA.

Me desperté tranquila y con el olor a bollería y café recién hecho. Me estiré en la cama y no noté a Alex en ella. Me senté y le vi sacando a la terraza desde el salón lo que acababa de dejar alguien en un carrito. Miré a mi alrededor y vi la camisa blanca que Alex llevaba la noche anterior sobre un sillón. Me la puse y sentí que su aroma se metía en cada poro de mi piel.

Me acerqué por detrás de él y le abracé.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, nena. —Se dio la vuelta y me dio un gran abrazo.

—Qué bien huele todo. —Miré por detrás de él la gran mesa de desayuno que había preparado.

—He pensado que necesitarías café. Solo has dormido dos horas. —Sonrió.

—Pues son las dos mejores horas de sueño de hace tiempo. —Seguía abrazada a él, no quería despegarme.

—¿Desayunamos?

—Un minuto más. —Cerré los ojos mientras me acariciaba la espalda.

—Todos los que necesites, preciosa. Todos los que necesites.

Pasaron más de cinco minutos en los que no dijimos nada, tan solo nos abrazamos. Al rato, Alex se separó de mí, me besó en la frente, me abrazó por detrás y me obligó a salir a la terraza, mientras no dejaba de besarme en la mejilla.

Desayunamos y hablamos de muchas cosas y de ninguna en particular. Yo no le pregunté por la entrevista y él no me hizo ninguna pregunta sobre mi reunión con Will.

—Tu sitio favorito de Nueva York. —Serví dos cafés más.

—Me lo pones difícil. Hace mucho que no veo más allá de las paredes de mi despacho.

—Pues mueve el culo y no te pierdas todo lo que la mejor ciudad del mundo tiene.

—¿El tuyo? —Se llevó la taza a la boca.

—Un rincón muy especial en Central Park. La fuente del Ángel de las aguas, el puente gótico, pero sobre todo, la Arcada de Bethesda Terrace. Sentarme allí y observar los azulejos y las pinturas. La gente pasa demasiado rápido por allí o ni pasa, dejándose muchas cosas que ver. Pero lo prefiero, que siga siendo mi lugar en la ciudad.

—¿Solo tuyo?

—No he ido con nadie allí nunca. Sigo manteniéndolo como mi lugar secreto en la ciudad y hace poco he añadido otro.

—¿Dos lugares secretos? No sea acaparadora, señorita.

—Es un lugar que me trae buenos recuerdos y que...

No dije nada más y le pegué un gran sobro al café. El Soho Grand Hotel se había convertido en mi lugar privado de la ciudad, el lugar en el que nadie me podía encontrar y donde nadie me podía hacer daño. Pero no estaba preparada para compartirlo con él.

—¿Qué tienes que hacer el viernes? —Alex se levantó situándose a mi lado.

—Tengo un evento esa noche. Una fiesta que he tenido que organizar de última hora.

—De acuerdo. —Su mirada se volvió triste.

—¿Por qué? —Me tapé la boca con la mano.

—Mi madre ha organizado una pequeña fiesta en casa, algo muy familiar por mi... cumpleaños. —

Me miró esperando mi reacción.

—¿Tu cumpleaños? Dios mío —abrí mucho los ojos haciéndome la sorprendida—, dime que no se me ha olvidado. Era el... —empecé a contar con mis manos tratando de desesperarle— el quince de julio. —Me miró completamente sorprendido y se sentó a mi lado.

—Nunca te he dicho cuándo es mi cumpleaños.

—¿Crees que eres el único que tiene algunos contactos? —Negué con la cabeza sonriendo mientras fruncía los labios.

—Veo que no.

—Pero tengo una fiesta muy importante. Trataré de acercarme cuando termine.

—No te preocupes.

—Prometo intentarlo. —Me mataba la cara que estaba poniendo de decepción, pero sabía que la fiesta le animaría y que le sorprendería que fuese yo la que la organizase.

—Prepárate que nos vamos de excursión. ¿O tienes algo que hacer hoy?

—No, tengo todo el día para disfrutar.

—Pues mueve tu precioso culo.

—¿Necesito llevar algo en especial? — Me levanté mirándole fijamente.

—No. Yo me encargo de todo.

Media hora después nos estábamos montando en un coche y Alex metió una dirección en el GPS que no me dejó mirar. Pero lo que más me sorprendió fue que ni Dwayne ni Rud nos iban a acompañar.

—¿Solos?

—Hoy es para ti y para mí. Estamos a cuatro mil kilómetros de casa, nadie nos va a molestar y vamos a disfrutar de un día especial. —Me agarró la mano y se la llevó a los labios—. Solo para nosotros.

Le observé mientras salíamos del hotel y lo hice durante los veinte minutos después hasta que cogió una carretera que iba paralela a la costa. Dios mío, qué vistas teníamos del mar. Hacía calor y llevaba las ventanillas bajadas sintiendo el viento que entraba en el coche. Alex puso la radio y “Let’s hurt tonight” de One Republic comenzó a sonar.

**Así que voy a apagar las luces y a cerrar las puerta. Nosotros no vamos a dejar este cuarto hasta que rompamos las diferencias. No te alejes, no cierres los ojos.**

Apoyé la cabeza en el marco de la ventanilla que continuaba abierta y no pude evitar pensar en aquel trozo de canción que explicaba cómo me sentía con Alex cerca.

**Dicen que el amor es doloroso, así que nena, esta noche vamos a experimentar ese dolor.**

*Pude ver a Mariola con la mirada perdida en la carretera y casi podía escuchar sus pensamientos. Sabía que aquella canción le estaba recordando a nosotros. Puse la mano en el botón que paraba la música, pero Mariola puso la suya encima de la mía y negó con la cabeza.*

—Déjala.

—De acuerdo. —No quise decir nada más.

Una hora después estaba aparcando en una explanada al lado de Matador Beach. Mariola se extrañó al ver dónde estábamos, pero cuando nos acercamos y vio la playa...

—Dios mío. —Se llevó la mano a la boca—. Es preciosa.

—Vamos. —Saqué del coche una cesta que había pedido que nos preparasen en el hotel.

Llegamos a una escalera de madera que daba a la playa y Mariola se descalzó para no tropezarse. La verdad es que estaba un poco complicado para bajar. Así que me paré delante de Mariola y le dije que se subiese a mi espalda. No se lo pensó dos veces, sujetó la cesta y yo la sujeté fuertemente a ella.

Al poner los pies en la arena, Mariola empezó a dar pequeños saltos. Dejó la cesta cerca de unas rocas y miró al horizonte, cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire, como si hacer aquello la relajase.

—Podías haberme avisado para traer un biquini.

Observó alrededor y no vio a nadie cerca. Estábamos solos y supuse que era por ser un día entre semana y a la hora de comer. Se sentó en la arena antes de que me diese tiempo a sacar nada de la cesta.

—He pedido al hotel que nos preparasen algo para comer y pasar la tarde. Voy a subir a por la otra cesta.

Subí corriendo aquellas pequeñas escaleras de madera y bajé la nevera en la que el hotel había metido bebidas. Cuando me acerqué, vi a Mariola en la orilla con los pies hundidos en la arena dentro del agua, con los brazos abiertos, los ojos cerrados y la cabeza echada para atrás.

Saqué un gran mandala en colores vivos y lo puse sobre la arena. Me quité las zapatillas y apagué el móvil para que nadie nos molestase. Me acerqué a Mariola en silencio, no quería molestarla porque parecía que estaba pensando y ya no estaba conmigo en aquella playa.

—¿Cómo sabías que necesitaba esto? ¿Cómo sabías que necesitaba...

—¿Respirar? —Aproveché para acariciar el tatuaje de su brazo.

—Exacto.

—Puede que no me creas, pero te conozco más de lo que te imaginas, Mariola.

—Vale, si me conoces tan bien... —se dio la vuelta para mirarme, aún metida en el agua—. ¿En qué estoy pensando ahora mismo?

—En que por muy valiente y fuerte que seas... tienes miedo. Miedo a dar un paso que te aleje de todo lo que has conseguido en Nueva York. Que te aleje de tus amigos, de Sonia, de tu niña... de tu familia. —Observé cómo el gesto de su cara cambiaba—. Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido, pero ahora mismo tienes miedo y es completamente lícito, Mariola. Todos en algún momento de nuestras vidas tenemos miedo a perder lo que tenemos, a salir de nuestra zona de confort... —Me costaba tener que decirle todo lo que mi boca quería callar, pero había aprendido a no tener miedo con ella—. Yo estoy aterrado por si decides venir a trabajar aquí, pero lo aceptaría porque no se le pueden cortar las alas a la creatividad.

—Alex...

—Déjame que termine, por favor. Si no lo hago ahora... puede que no sea capaz. —Vi cómo Mariola aceptaba—. No puedo prometerte que todo vaya a ser pan comido, me encantaría hacerlo, pero es imposible.

—Alex, no necesito una declaración de intenciones.

—Lo sé, sé perfectamente que no lo necesitas. Pero yo sí. No te puedo prometer que todos los días vayan a ser maravillosos, como tampoco puedo asegurarte que estaré a tu altura en cada ocasión. Tú eres una mujer sin miedos y yo... —levanté los hombros sin saber cómo explicarme—. Yo soy el miedo en persona desde que te conocí. Me dio pánico darme cuenta de lo que estaba sintiendo y saber que enamorarme de ti era como dar un salto de fe. Desde que la madre de Jason desapareció de

mi vida, comprendí que el amor no era para mí. Yo no quería volver a sentir, enjaulé mi corazón para no volver a sentir aquel dolor tan inmenso. Y llegaste tú, con tu peluca, tus lentillas, con tu forma de plantarte delante de mí sin importarte quién era. No te importó ponerme en mi sitio aquella noche y varias noches más. —Veía a Mariola negando con la cabeza y sonriendo—. Has sido la única con la que he fantaseado con un futuro juntos.

—Yo pensaba que los hombres no hacíais eso.

—Yo no soy como los demás.

—Lo sé y eso... —puso los ojos en blanco y levantó los hombros.

—No quiero que por mi culpa digas adiós a la gran oportunidad de tu vida, pero tampoco quiero alejarme de ti. Te prometo que dejaré mis miedos atrás cuando luche contigo y si hace falta, seré quien mate a los dragones que se pongan en nuestro camino.

—Joder, Alex.

No dijo nada más y se alejó de mí caminando por la orilla. Movía los brazos en el aire y pude escucharle decir algunas palabras en castellano. Entonces sí que sentí el miedo aterrador de haberla cagado, pero cagado hasta el fondo, metiendo la pierna y rebosándome por la cabeza la mierda.

Volvió caminando muy decidida a mí, mientras las pequeñas olas le mojaban las piernas.

—Joder, Alex. —Se situó delante de mí negando con la cabeza—. Sí, me conoces más de lo que me gustaría, pero mi miedo no es comenzar de cero en una ciudad nueva, eso podría hacerlo si no dejase tanto atrás. Mira, no sé muy bien lo que puede pasar entre nosotros, ni siquiera qué sucederá mañana cuando vuelva a Nueva York, pero no quiero quedarme con la sensación de no haber luchado hasta el final por lo nuestro. —Abría mucho los ojos y se le iluminaba la cara—. No quiero decir que mañana volvamos a tener lo que teníamos hace unos meses... Quiero corresponderte sin miedo, pero no puedo hacerlo sabiendo que Jonathan está en la calle. No quiero que te haga daño y sé de lo que es capaz. Tampoco quiero decir que no quiera estar a tu lado hasta que ese hijo de puta no esté en la cárcel, pero... Joder, esto es más complicado de lo que pensaba. No puedo estar cerca de ti, pero tampoco quiero estar lejos.

—Solo estamos nosotros. Ahora mismo solo estamos tú y yo. Deja de pensar en mañana, cariño.

Puse mis manos en sus mejillas, acariciándola con mis pulgares. Mariola ladeó la cabeza y cerró los ojos ante mi tacto. Respiró profundamente y sonrió.

—Aunque solo sea por unos segundos hagamos que nunca hemos sufrido y que nunca nos han roto el corazón. —Se humedeció los labios—. Finjamos que podemos ser felices.

—No, Mariola. No quiero fingir ser feliz contigo. —Me acerqué a sus labios lentamente—. Quiero ser realmente feliz contigo y sé que lo vamos a conseguir.

Con el agua cubriéndonos ya hasta las rodillas y el sol en lo más alto de aquella playa, nos besamos sin importarnos si el mundo se estaba cayendo a nuestro alrededor o si alguien nos podía estar viendo.

Y como si en mi cabeza comenzase a sonar la canción perfecta para el final de una película romántica, Alex me cogió entre sus brazos, llevándome hasta el lugar en el que había extendido el mandala, dejándome sobre él. Apoyó sus antebrazos en la arena y continuó mirándome con aquellos ojos azules que me seguían haciendo vibrar. Se acercó muy lentamente a mi boca, rozando mi nariz con la punta de la suya, jugando a no besarme mientras yo me moría por que lo hiciese de nuevo.

Estaba cerca, mucho más cerca de mi boca, a escasos milímetros y sentí un escalofrío en los pies, que subió por las piernas y...

—Alex, el agua.

Nos levantamos corriendo porque la marea había subido y nos había pillado desprevenidos. Alex recogió las cosas que había encima del mandala y yo retiré la cesta y la nevera riéndome.

—A la mierda.

Alex tiró todo lo que tenía en las manos lejos del agua y se acercó a mí para besarme. Sus manos me agarraron de la cintura y sus labios aprisionaron los míos. Solté lo que tenía en las manos y me aferré a su cuello. No quería soltarle, no quería dejar de besarle, no quería que aquel viaje que me había llevado a un posible cambio de vida terminase. Porque volver a Nueva York podía significar volver a estar separada de Alex y no quería hacerlo.

Nos quitamos la ropa y la dejamos secando en unas rocas mientras nos sentamos en la arena para tomar lo que el hotel nos había preparado. Volvimos a hablar de todo y de nada, sin darnos cuenta de que el sol comenzaba a caer.

—Es hora de volver al hotel. Si sube más la marea puede ser peligroso.

—Ha sido un día genial, Alex. Muchísimas gracias por hacerlo posible. —Pegué mis labios en su mejilla y comprobé que al igual que yo, cuando algo le gustaba mucho, cerraba los ojos para disfrutar del momento.

—¿Podemos cenar esta noche?

—Hasta mañana a mediodía, soy toda tuya.

—Pues vámonos ya, que ni todo el tiempo a tu lado es suficiente.

Cuando llegué a la suite, Dwayne y Rud estaban en la mesa con un montón de papeles encima. Me metí al baño de mi habitación para prepararme, pero cotilleé un poco sobre lo que estaban hablando. Pude escuchar como hablaban de Jonathan y de Ryan. Decidí no decir nada hasta que no estuviese preparada y me fuese de la suite.

Media hora después estaba enfundada en unos vaqueros de contrabando que había encontrado en la maleta. Al salir al salón los dos se quedaron callados mirándome.

—Sé que lo que os diga no va a hacer que dejéis de hacer vuestro trabajo, pero no tenéis razón con Ryan. No tenéis ni idea. —Me puse delante de ellos observándoles detenidamente.

—Pero dejó que Jonathan escapase. —Rud lo dijo ofendido.

—Jonathan le pegó un tiro, joder. —No quise decir nada más—. Supongo que vendréis a cenar esta noche con nosotros, así que... nos vemos abajo. —Hice un amago de cerrar la puerta, pero me quedé unos segundos escuchando.

—Está enfadada, Dwayne. —Rud me conocía muy bien.

—Me da igual que se enfade, es nuestro trabajo protegerla, protegerles a los dos. Así que seguiremos ese cabo suelto que ha aparecido. Puede que tirando de él sepamos más cosas y podamos encontrar a ese cabrón.

Estaba tan enfadada con aquellos dos, que me metí en el ascensor y ni siquiera pensé en pasar por la suite de Alex para buscarle. Salí del hotel para respirar un poco y me di cuenta de que me había dejado el móvil arriba. Debaté unos segundos si subir a por él, pero no pretendía volver a ver a aquellos dos imbéciles en un buen rato. El ruido de una moto acelerando me sacó de mis pensamientos.

—Señorita.

Al darme la vuelta vi a Alex a mi lado encima de una moto. Estaba sentado ahorrajadas sobre ella, con unos vaqueros, una chupa de cuero y las gafas de sol.

—Perdone, señor motero atractivísimo, pero es que he quedado para cenar con un hombre al que no le va a gustar nada que hable con alguien como usted. —Me situé delante de él negando con la cabeza. No me creía que estuviese allí con una moto y tan fuera de su zona de confort.

—Seguro que entiende que te vayas con un tipo como yo.

Sonrió mientras se quitaba las gafas. No me lo podía creer. Su sonrisa me seguía volviendo loca de atar porque tenía la capacidad de hacer que se borrara todo a nuestro alrededor y que solo nos quedásemos nosotros. Qué fácil hubiera sido montarme en la moto y fugarnos a un lugar en el que nada ni nadie pudiese volver a molestarnos.

—¿Te gusta? —Alex puso delante de mí un casco.

—Me encanta y más si tú estás encima. —Recogí el casco y la chaqueta de cuero que también me entregó—. Algún día te contaré alguna de mis fantasías.

—¿Fantasías?

No dije nada más y me até la cazadora, tras colocarme el casco. Me subí en la moto y me pegué a él. Levanté la visera y se lo dije.

—Tú, yo y una moto.

Alex se giró para mirarme, pero no pudo ver la gran sonrisa que tenía en aquel momento. Negó con la cabeza y susurró algo antes de ponerse el casco. No pude entenderle, pero sabía que era una respuesta a mi fantasía.

Condujo por Los Ángeles hasta llegar a Santa Mónica. Aparcó la moto en una pequeña calle y observé todo mientras me quitaba el casco.

—Me encanta las motos, pero el tema del pelo...

Agité la cabeza boca abajo varias veces y me peiné con los dedos.

—Da igual lo que te hagas, estás preciosa.

Me besó en la frente, me quitó el casco y me dio la mano. Nos dirigimos hacia el restaurante que estaba cruzando la calle, Umami Burger. Era un local con una pequeña y tranquila terraza.

—¿Te gusta? —Me preguntó sonriendo porque estaba observando todo.

—Me encanta que no sea un restaurante de moda. Me chifla que estés vestido con unos vaqueros, una camiseta blanca y una chupa de cuero. Que esto sea como una cita normal.

—¿Una cita?

—Sí, como una primera cita de verdad. Sin presiones por tratar de impresionar. —Puse mi mano sobre la suya que descansaba sobre la mesa.

—Buenas noches, ¿puedo tomarles nota?

—Sí. —Eché un vistazo rápido a la carta—. Quiero una Crispy Diablo.

—Yo una Royale y... ¿Quieres patatas?

—Siempre.

—¿Para beber?

—Una Newcastle Brown Ale. —Ya había echado el ojo a aquella cerveza nada más ver las bebidas.

—Que sean dos.

—Perfecto. —La camarera volvió a dejarnos solos.

—¿No te gustó nuestra primera cita en el River?

—Claro que sí, pero esto me gusta más. Es más improvisado y mucho más divertido.

—¿Más divertido?

—En Nueva York ni de coña habrías venido a buscarme en moto ni me habrías traído a cenar una hamburguesa con una cerveza.

—Pues después de la cena nos vamos a acercar al muelle de Santa Mónica. Un granizado y un tal vez nos montemos en la noria. —Levantó las cejas y sonrió.

—Va a ganar por goleada esta cena a cualquier otra de nuestras citas.

—¿Incluida la de la boda de los McNee?

—Aquello no fue una cita, era trabajo.

—Si hubiese tenido que ganarte en las citas... creo que no habiésemos llegado hasta aquí. No hemos tenido demasiadas citas.

—Bueno, es algo que siempre se puede arreglar.

La camarera nos dejó la cena y disfrutamos de la noche. Aquel viaje me estaba mostrando a un nuevo Alex. Parecía que aquella entrevista, que soltar todo delante de aquellos periodistas, hizo que Alex

fuese más él que nunca, más auténtico, más lleno de vida.

Tras la cena y el paseo por el muelle de Santa Mónica, bajamos a la playa que estaba al lado. Paseamos unos metros y nos sentamos a observar la noria de Pacific Park y a escuchar el alboroto de todos los que paseaban por allí.

Apoyé las manos en la arena y observé el cielo. La verdad es que era impresionante. Aquella zona no tenía tanta polución y se podían ver todas y cada una de las estrellas, algo que en Nueva York era un poco imposible.

—¿Estás bien, Mariola? —Alex se giró para mirarme.

—Sí. Will me mostró algo el otro día para que me quedase aquí con él, pero me di cuenta de que tú no estarías aquí, así que no voy a coger el trabajo.

—Pero parece una gran oportunidad para ti, no quiero ser el culpable de... —Negó con la cabeza.

—No serás el culpable de nada. Sé lo que quiero hacer y dónde quiero estar.—Me senté a horcajadas sobre él—. Sé con quién quiero estar... y es contigo, Alex. Da igual lo que esté por llegar, si es bueno o malo, pero quiero estar contigo. ¿Qué nos equivocamos? El tiempo nos lo dirá.

—Mariola. —Me abrazó fuertemente y me tiró a la arena, situándose sobre mí—. Tenía miedo... Miedo a que eligieras Los Ángeles en vez de a mí.

—No sería posible. —No dejé de mirarle a los ojos.

—Nena... —Se apartó, arrodillándose en la arena—. Ya he hecho la entrevista y sé que cuando salga... Cuando salga va a abrir viejas heridas y se va a levantar mucha mierda. No quiero que...

—Alex —me arrodillé a su lado—, cuando salga, afrontaremos todo lo que ello conlleve. Solucionaremos los problemas cuando lleguen, no ahora. —Le acaricié a cara.

—Va a salir mucha mierda y me gustaría... —le callé con un beso.

—No quiero que esto —abarqué nuestros cuerpos con las manos en el aire—, lo que está sucediendo aquí y ahora, esta cita tan increíble, se joda con tu mierda o con la mía. Todos tenemos un pasado y todo se puede solucionar, ¿verdad?

—Eso espero.

—Pues vivamos este momento como si no hubiese mierda suficiente para estropearlo. Porque me gusta lo que tenemos aquí ahora mismo. Me gusta el Alex que tengo delante.

No quise posponer más aquel momento. Sí, podría haberme puesto digna y haberle dejado un dulce y suave beso en la mejilla, haberle agarrado de la mano y haber paseado por la orilla como dos quinceañeros, pero no. Lo que quería era comérmelo a besos.

Me abalancé sobre él, sin miramientos y le tiré en la arena, situándome sobre él y atacando aquella boca que tanto me trastornaba, aquella boca con la que llevaba semanas soñando. Escuché un gruñido de satisfacción que salió de la garganta de Alex.

—No soy la única que emite soniditos cuando algo le gusta.

—Te aseguro que no es que me guste... me encanta. —Rodó conmigo sobre la arena, para de nuevo, ponerse sobre mí—. Aunque preferiría que no hubiese tanta tela entre nosotros —pegó su pelvis a la mía—, pero tendré que conformarme...—atrapó mi labio inferior con sus dientes y tiró de él— por ahora.

No dijo nada más y continuamos besándonos unos minutos más. Bueno, quien dice minutos, dice casi una hora.

Cuando regresamos al hotel me acompañó hasta la puerta de mi habitación y se despidió de mí con un dulce beso en la mejilla.

—¿Dónde te crees que vas, motero? —Le agarré de la camiseta.

—A mi habitación. —Noté en su cara que estaba cansado.

—¿Te apetece dormir conmigo esta noche? —Me metí una mano en el bolsillo y agaché la mirada—. Prometo portarme como una persona civilizada. Si dices que no, pues me meteré de madrugada en tu cama.

—¿Cómo decir que no a una propuesta tan decente?

Entramos en la habitación y... no me había dado cuenta, pero ni Dwayne ni Rud habían estado con nosotros en toda la noche. Eché un pequeño vistazo, pero no había rastro de él por allí, cosa que me hizo sonreír.

*No sabía qué me pasaba en aquel momento, pero me estaba empezando a poner nervioso, como si fuese la primera vez que estaba a solas con ella o como si nos acabásemos de conocer. Me reconocí en las palabras de Frank, era un imbécil enamorado, más enamorado de lo que había estado de ninguna mujer.*

*—Voy a darme una ducha que tengo arena hasta en el ombligo. —Mariola se quitó los botines y puso algo de música.*

**Me encanta la forma en que sonríes cuando miro tus ojos. Me encanta la forma en que te ríes cuando trato de ser gracioso...**

*Sonó una canción que me trasportaba muchos años atrás, “Everything you do” de Marc Anthony me hizo recordar el último año antes de la universidad, una fiesta en los Hamptons con mi hermano en la que me enamoré por última vez.*

*—¿Estás bien, Alex? Parece que ya no estás aquí.*

*—Sí, esta canción me ha hecho viajar al pasado.*

*—¿A un buen momento o a uno malo?*

*—A la última vez que me enamoré, allá por el 99. —Comprobé que Mariola sabía que me refería a la madre de Jason—. Pero siempre este momento será mejor. Porque esta vez sí me he enamorado de alguien que me comprende, aunque a veces me vuelva loco.*

*—¿Yø? —Abrió la boca y se señaló divertida—. Ya será para menos.*

*No dijo nada más y se fue a la ducha. Escuché cómo cantaba aquella canción y las siguientes. No me moví de la mitad del salón mientras ella terminaba de ducharse. Cuando salió y me vio allí en medio sin moverme, empezó a reírse, mientras yo me fijaba en su cuerpo. En el cuerpo que aquella pequeña toalla dejaba al descubierto.*

*—Puedes ducharte si quieres, Alex. Te espero en la cama.*

*Ante aquella invitación, no tardé más de diez minutos en salir de la ducha y tumbarme a su lado.*

*—¿Será muy difícil volver a empezar en Nueva York?*

*—¿A nosotros te refieres? —Mariola me miró de reojo mientras los dos observábamos el techo de la suite.*

*—Sí. —Estaba nervioso por nuestra vuelta.*

*—Será tan fácil como queramos y tan difícil como nos lo quiera poner el destino.*

*—¿Crees en el destino? —Me giré para poder observar bien sus gestos.*

*—Realmente no sé muy bien si existe algo llamado destino. —Se apoyó con el codo en la almohada—. Sé que las cosas tienen una razón cuando suceden, pero creo más en que las casualidades acaban haciendo un poco de las tuyas. No somos más que casualidades. —Comenzó a acariciarme el pecho—. Tú y yo hemos vivido en la misma ciudad ocho años, pero no sabíamos nada el uno del otro ahora. Tal vez ese destino del que hablas sabía que no estábamos preparados o no era nuestro momento. Fue una casualidad aquella noche coincidir en aquel local. Fue otra casualidad que aquel día llevase yo a Andrea al colegio.*

*—Somos casualidades.*

*No dijo ni una sola palabra más, me besó en la mejilla y se recostó sobre mi pecho. Tenerla entre mis brazos era lo mejor de aquel viaje, la mejor casualidad que el destino, en el que ella no creía, me había ofrecido.*

A la mañana siguiente mi teléfono, el que había olvidado durante unas doce horas, comenzó a vibrar como loco en la mesa del salón, pero me tapé con las sábanas, me acerqué a Alex que seguía durmiendo e hice que no lo había oído. A los dos segundos unos nudillos llamaron a mi puerta y entró Rud con el teléfono en la mano.

—Mariola, ¿no oyes tu móvil?

Saqué la cabeza de la cama, rogando por que Alex continuase durmiendo.

—¿Pero qué... —Rud estaba con la boca abierta mirando el cuarto. Se tapó los ojos con la mano y tiró el teléfono a la cama.

—Podías haber esperado a que contestase.

—Y yo que iba a saber que estabas durmiendo con el jefe.

Rud levantó los brazos en el aire y Alex se sentó en la cama con una cara de enfado... que pensé que iba a sacar a Rud del cuarto a patadas.

—Sal de la habitación ahora mismo. No pienso tolerar este comportamiento, Rud. No me gusta la confianza que te tomas con... —carraspeó y negó con la cabeza—. Si no quieres que tu culo salga de una patada de este hotel, sal de aquí de inmediato. —Alex señaló la puerta enfadado.

—Sí, señor. —Pude ver cómo Rud me miraba abriendo mucho los ojos y quise matarle yo misma.

—Es un caso. —Sonreí tratando de quitarle hierro al asunto y sabiendo que Alex odiaba cada día más a Rud.

—No sé por qué te hace tanta gracia ese tío. ¿Y si llegas a estar desnuda?

—Tampoco iba a ver nada que... —Paré en cuanto Alex me miró demasiado asombrado—. A ver, me refiero a que no iba a ver nada que no hubiese visto en las películas porno que ve. —No lo estaba arreglando—. Tú decidiste que me persiguiese por la ciudad y por medio mundo, así que si yo he aprendido a lidiar con él... a ti te toca apechugar. —Levanté los hombros como diciendole que no le quedaba otra.

Rebusqué el teléfono que comenzó a sonar de nuevo entre las sábanas y al levantarlas, y ver a Alex como su madre le trajo al mundo... quise lanzar el teléfono por la ventaba y comerle a bocaditos.

—Mariola, el teléfono. —Alex me miró con una medio sonrisa.

—Es que me distraes. ¿Tú sabes lo bueno que estás cuando te despiertas? —Le saqué la lengua y cogí la llamada—. ¿Sí?

—Buenos días, Mariola. ¿Te he despertado?

—No, no te preocupes, Will.

—No quiero molestarte antes de que cojas tu vuelo, pero me gustaría saber si tienes ya una respuesta.

—Will... —Me levanté de la cama y me puse lo primero que pille en el suelo para salir a la terraza—. No puedo contestarte aún. Necesito un poco más de tiempo. —Miré por la ventana y vi a Alex levantándose guiñándome un ojo—. Prometo darte una respuesta en unos días.

—Esperaré tu llamada.

—De acuerdo y muchas gracias.

—Lo que necesites. Buen viaje.

Colgué el teléfono y observé detenidamente a Alex. Se metió al baño y a los segundos salió con una enorme sonrisa en la cara. Y yo quería aquella sonrisa, la quería a todas horas, para desayunar, para tomar una copa al salir de trabajar y para acostarme cada noche.

—¿Le has dado ya la respuesta?

—No, le he dicho que tengo que pensármelo un poco más.

—Pensaba que...

—Le he dicho eso porque primero quiero hablar con los jefes para saber qué va a pasar con la oficina de Nueva York. —Le empujé sentándolo en una silla y me puse sobre sus piernas—. Quiero saber

de primera mano qué pasa si no acepto este puesto. Lo que te dije ayer es verdad. Aunque me quede sin una playa con miles de estrellas, quiero estar en Nueva York porque allí estás tú.

—No quisiera ser el culpable de...

—Si hay culpables, soy yo. No te preocupes, Alex, no te echaré la culpa de nada.

Me besó en la frente, en la punta de la nariz, en cada mejilla, para por fin dejar un suave beso sobre mis labios, mientras me acariciaba la espalda.

—¿A qué hora vuelas?

—A las dos.

—Anulo la reunión que tengo hoy y nos vamos al aeropuerto.

Alex buscó en sus vaqueros el móvil e hizo la llamada. No quería escuchar la conversación, pero no se movió de allí mientras empecé a hacer la maleta y me tragué todo lo que dijo. Cuando empezó a ponerse en plan jefe... me chiribitearon los ojos. No es que una de mis fantasías fuese la del jefe que se impone sobre mí, pero sí que él se pusiese sobre... Joder, en definitiva estaba más necesitada de lo que me imaginaba. Entre las vistas de su cuerpo de primera hora, su tono de voz profundo y los músculos de sus brazos que se tensaban mientras hablaba por teléfono, estaba perdida.

*—De acuerdo. Tengo que volver a Nueva York, mandadme los números por email. No creo que haya mucha diferencia entre la cena del otro día y esta reunión. Me da igual John, sí, lo que te dé la gana, de verdad. Hasta luego. —Colgué el teléfono y puse los ojos en blanco.*

*—¿Estás bien? —Se acercó a mí con su sonrisa perfecta y me abrazó.*

*—Sí. Es que algunos de estos tíos son gilipollas con trajes de marca y... —me quedé en silencio porque vi cómo el gesto de Mariola iba cambiando—. Ni se te ocurra decir lo que estás pensando.*

*—Eso de gilipollas con traje me suena bastante.*

*—Eres una bruja. —Le di un sonoro azote en el culo.*

*—Sí, pero con un culo que te vuelve loco. —Se levantó la camiseta enseñándome unas preciosas bragas negras de encaje y entró de nuevo en la habitación para terminar la maleta.*

*—Por verte sonreír así todos los días, como si me encierran en el psiquiátrico.*

*Dejé a Mariola terminando la maleta y preparándose para ir al aeropuerto y fui a la habitación para avisar a Dwayne de que adelantábamos el viaje.*

*—Cambio de planes, nuestro vuelo sale a las dos.*

*—¿Volamos con Mariola? ¿Ha habido algún problema?*

*—No, ninguno. —Entré en mi habitación para guardar mis cosas—. Por cierto, Dwayne, gracias por dejar que entrase Mariola ayer por la mañana.*

*—No, jefe, no tuve demasiadas opciones. O la dejaba entrar o seguirías con la cara de limón pasado que has tenido últimamente. Y viendo tu cara ahora mismo, sé que hice lo correcto.*

*—Sí, lo hiciste.*

*Una hora después recogí a Mariola de su suite y nos montamos en el coche para ir al aeropuerto. Íbamos con la hora un poco justa, pero llegamos bastante bien a la terminal en la que cogíamos el vuelo. Decidimos hacer una parada técnica para que Mariola se hiciese con un tanque enorme de café y fuimos a la puerta de embarque.*

*—Esto es lo que pasa cuando te dejas una tarde entera el móvil cargando en la habitación del hotel. —Me enseñó su pantalla y vi que la bandeja de entrada de mensajes, emails y varias aplicaciones más, estaban a punto de colapsar su móvil.*

*Comenzó a revisar los emails y se levantó de un brinco del asiento, casi derramando el café.*

*—No puede ser... Joder, lo mato, lo mato en cuanto ponga un pie en casa. Vale... tres días y estará listo.*

*Me entretuve unos segundos mientras veía cómo trataba de organizar su agenda, anotando mil*

citando, sacando del bolso pequeños papeles que pegaba a la agenda. Era divertido ver cómo trataba de que todo fuese sobre ruedas, aunque los insultos que le profirió a alguien, hizo que varias personas que esperaban el vuelo se dieran la vuelta.

Nos montamos en el avión y, mientras Mariola seguía trabajando como una loca, yo me estaba quedando dormido tras media hora de vuelo.

—Aprovecha para dormir que tenemos unas cuantas horas. —No apartó la vista de su portátil.

—¿Tú no tienes sueño? —Bostecé acomodándome en el asiento.

—Duermo poco, me he acostumbrado a dormir menos con la niña en casa. —Negó con la cabeza—. Y si tengo tantas cosas que preparar, pues mis horas de sueño bajan y mis niveles de hiperactividad suben. La fiesta del viernes me tiene loca. Quiero que sea perfecta. —La miré y tenía un extraño brillo en sus ojos.

—¿No me vas a contar nada sobre ella?

—Si empiezo a contarte que si los manteles son de seda con ribetes en los bordes, que el catering no ha sido al completo aprobado por la madre del cumpleaños, que la agencia con la que siempre llevamos el tema de los camareros no puede participar en esta fiesta... haría que te durmieses en dos segundos. Parece que quieren hasta unicornios colgando de las puñeteras lámparas del jardín. —Mariola y su lengua.

—Vuelves a ser una neoyorkina neurótica. —Le di un beso.

—Lo sé y seguro que iré a peor según nos vayamos acercando. Así que huye ahora que estás a tiempo. —Me guiñó un ojo.

—Aunque vayas a peor, quiero ser yo quien vea tus locuras, quien bese tus labios y quien disfrute de ti.

Se soltó el cinturón, levanto el reposabrazos que nos separaba y me besó como solo ella sabía hacer, como solo ella podía hacer.

—¿Quieres ser partícipe de una de mis locuras? Pues —se acercó a mi oreja y lo susurró—, te espero en el baño en un minuto.

Me besó, se levantó y se fue al baño sin ningún tipo de duda. Miré entre los asientos y vi su preciosa sonrisa al entrar dentro. Conté hasta diez y me levanté, pero justo se levantó un señor mayor y le permití pasar delante. Lo que no me imaginé es que fuese a ir directo al baño donde estaba Mariola. Segundos después se escuchó un grito de Mariola y, acto seguido, una gran carcajada. Parecía que no había echado el pestillo. El pobre hombre se llevó las manos a los ojos nervioso y Mariola salió atusándose el pelo sonriendo. Le pidió disculpas al hombre al que casi mató de un ataque al corazón por su grito y le dio dos besos en las mejillas. El pobre hombre terminó sonriéndole.

—La madre que me parió. —Se lanzó al asiento riéndose.

—¿Cómo demonios te ha pillado? —Entrecerré los ojos para mirarla y mi imaginación comenzó a correr.

—Solo tenía el vestido un poco subido más arriba de los muslos... —Se mordió los labios y supe que ocultaba algo.

—¿Y qué más?

—Estaba sentada en el lavabo con las piernas abiertas y el vestido estaba más arriba de los muslos. —Estalló en otra carcajada y me uní a ella.

—Tus locuras un día nos van a llevar a prisión. —La besé.

—Yo que te tenía una sorpresa. —Hizo pucheros.

—¿Sorpresa? —Pregunté curioso.

—Ven aquí. —Me atrajo a ella con un dedo—. Mira. —Me enseñó su maravilloso escote y se tapó antes de que pudiese ver nada—. Si hubieras sido más rápido sabrías lo que es. Más suerte la próxima vez, precioso. —Me guiñó un ojo de forma exagerada.

—Una pista más. —Me pegué a ella, pero puso su mano en mi frente y me separó.

—Otra vez será. Ahora tengo que sacar una fiesta adelante, así que tú a dormir y yo a trabajar.

Que además tengo poca batería y el cargador va en la maleta.

—Toma mi iPad, yo no lo necesito.

Traté de centrarme en la fiesta, pero los ojos de Alex parecían rayos x tratando de ver por debajo de mi ropa. Menos mal que al final se quedó dormido y pude trabajar tranquilamente en su fiesta.

Mandé un email a su madre tratando de que me resolviese unas cuantas dudas que tenía y aproveché para preguntarle por los sitios especiales para Alex.

Cogí su iPad y al encenderlo apareció de fondo de pantalla una foto de los dos, una de la noche de la fiesta de la discográfica. Le miré para cerciorarme de que estaba dormido y me puse a investigar en las fotos que tenía. La gran mayoría eran nuestras. Sonreí tontamente al recordar todos aquellos momentos y se me erizó la piel del cuello al recordar la noche de la discográfica.

Demasiadas horas después y cinco cafés que la amable azafata me rellenó, aterrizamos en Nueva York y comenzaba la locura de verdad.

Alex me dejó en casa con Rud, que parecía que le iba a tener que hacer un hueco en el sofá de por vida.

—Voy a por Jason, que tengo muchas ganas de verle. Esta semana nos vemos, prométemelo.

—Por supuesto. —Me encantaba cuando Alex era tan tierno.

Me besó y su sabor me acompañó en los labios hasta casa. Nada más abrir la puerta, Sonia apareció corriendo para abrazarme. Tardé varios minutos en reaccionar.

—Cariño, qué bien te veo. —La volví a abrazar.

—Me encuentro genial, mucho mejor de lo que me imaginaba que estaría. No pensé que lo superaría sola, pero todas esas cartas y vídeos que me enviaste me ayudaban cada noche. —Sonrió y reconocí a la Sonia que me dio la bienvenida en el Bowery cuando llegué a la ciudad.

—Era la única manera que teníamos de medio comunicarnos contigo. Quería que supieses que fuera de allí, siempre te estaríamos esperando.

—Aunque no me has contado todo. —Se puso tan seria que temí que se hubiera enterado del ataque de Jonathan a los niños.

—Sí.

—No, no me has contado por todo lo que has pasado con Alex. Sé que lo has hecho por mi bien, pero tú también necesitas ayuda de vez en cuando y contar lo que se te pasa por la cabeza y por el corazón. —Puso su mano en mi pecho.

—No te preocupes, es el pasado. Todo está bien ahora. De verdad. —Me di cuenta de que Frank estaba de pie al lado del sofá—. No te había visto, lo siento. —Me levanté para saludarle—. Entre el jet-lag, que he dormido muy poco estos días y que vengo muerta de hambre...

—No te preocupes. Ya me ha dicho Alex que todo ha ido muy bien. —Frank se sentó al lado de Sonia y le agarró de la mano fuertemente.

—Me gusta tanto veros así. —Sonreí sabiendo que Frank seguiría cuidando de ella.

—En rehabilitación me dijeron una gran frase: «lucha por lo que realmente es importante en tu vida, ya que será lo que te esté esperando fuera. Lo que no te sirve en esta vida mándalo lejos, lo más lejos que puedas para que no vuelva. Porque lo que realmente importa, lo que te hace sentir bien y te protegerá siempre, es lo que te hará ser feliz el resto de tu vida». —Noté un brillo en sus ojos—. Y vosotros sois lo más importante de mi vida. Mi preciosa hija, tú, los chicos y... bueno —agarró la mano de Frank más fuerte—. Quiero hacer todo lo que antes me daba miedo. Ya tengo el valor suficiente para afrontar lo que venga. Lo bueno y lo malo. Y sé qué hacer y cómo acabar con lo que nos venga a hacer daño.

Había vuelto Sonia, esa chica con sueños, con ganas de luchar y, sobre todo, con ganas de comerse

el mundo.

—Bueno, chicos, yo os voy a dejar solos que tengo mucho trabajo que hacer. El viernes no hagáis ningún plan. —Me levanté recogiendo el bolso y la maleta.

—¿Qué pasa el viernes?

—La madre de Alex celebra su cumpleaños en la casa de los Hamptons.

—Y tú lo sabes... —Frank me miró de una manera muy rara.

—Su madre me llamó para que la empresa le organice la fiesta. Así que si os invita Alex a la pequeña fiesta que cree que su madre le está organizado, decidle que tenéis otros planes, que nos os apetece o lo que se os ocurra. Quiero que sea una gran sorpresa.

—Te brillan los ojos, Mariola. —Frank me señaló sonriendo.

—No.

—Lo habéis arreglado, vosotros lo habéis arreglado. —Canturreó mientras lo dijo.

—Sí, sí, lo que tú digas. Buenas noches. Rud, ya te puedes ir a casa o si te vas a quedar a dormir... No, no hay hueco. Hasta mañana.

No le dejé ninguna opción a contestarme porque me encerré en mi cuarto y estuve trabajando hasta tarde. Estaba organizando una escapada a la cabaña de sus abuelos, si es que todavía seguía existiendo y no se había hecho con ella una cadena hotelera. Quería que mi regalo fuese más sentimental que material. Supuse que volver a la cabaña donde pasaba los fines de semana con sus abuelos, le gustaría.

Cuando me quise dar cuenta estaba sonando la alarma del despertador y una nueva semana comenzaba. Me debí quedar dormida encima de mi escritorio. Me duché, vestí, salí como una loca a por un café, besé a todo el mundo que estaba en la cocina, que parecía el metro en hora punta... ¿Tanta gente cabía en casa durmiendo? Allí estaban Mike, Justin, Frank, Scott, Andrea, Sonia y... cuando fui a dar el último beso, frené en seco.

—¿Yo no tengo beso? —Alex me miró sonriendo.

—¿Qué haces aquí? —No pude decir nada más porque me agarró de la cintura, ladeándome y me dio un beso de película.

—¿Quién es este tío que se parece a mi amigo pero que no es él? —Escuchamos a Frank a nuestro lado.

—Uno no puede tener un buen día y besar a la chica más preciosa del planeta sin que le critiquen. —Le guiñó un ojo a Frank.

—No quiero sonar borde, pero me tengo que ir volando. —Me acerqué a su oído—. Me encantaría secuestrarte, pero me tengo que ir.

—Te llevo a trabajar.

—Me da miedo cuando Mariola sonrío un lunes tan temprano. —Justin lo dijo más alto para que le pudiese oír.

—Recuérdame que tenga una charla contigo, querido. —Antes de salir por la puerta le lancé una mirada asesina, acompañada de un levantamiento de labio enseñándole los dientes. Algo muy aterrador para un lunes.

Llegamos a la oficina y Alex se empeñó en acompañarme hasta mi despacho. Echó un vistazo comprobando que todo estaba bien. Descolgué el teléfono con la primera llamada del día. Se sentó y me observó mientras hablaba con Linda.

*No me podía creer el carácter que se gastaba Mariola cuando hablaba sobre su trabajo. Sabía que se tomaba muy en serio todo, pero es que estaba dándole órdenes a su propia jefa. Estaba pidiendo una reunión urgente con el equipo para la fiesta de aquel viernes. Era mucho más importante de lo que me había hecho ver.*

*Colgó a Linda y a los segundos sonó de nuevo su teléfono. Supuse que lo mejor era dejar que*

*trabajase y yo hiciese lo propio, pero aquella blusa y la falda lápiz que llevaba... me estaban provocando. Se pegaban de una manera tan bonita a sus curvas, potenciándolas y haciéndome morir por dentro por quitarle la ropa y devorarla por completo. Me acerqué a ella aprovechando que se había sentado en la esquina de la mesa, le quité el teléfono asegurándome de tapar bien el micrófono del mismo y atacé sus labios. Primero subí mi mano desde el ultimo botón abierto de su camisa hasta el cuello, pasando mis dedos por sus labios para después jugar con ellos durante unos segundos. Me separé rápidamente de ella, la observé y le devolví su teléfono. No dijo nada. Por una vez parecía que no tenía nada que decirme. Le guiñé un ojo y me marché de su despacho.*

Aún sentía el sabor de Alex en mis labios y, siendo clara, sentía el calor que había dejado en todo mi cuerpo. Menudo mamonazo.

—Mariola... Mariolaaaaaaaaa. —Brian pegó un grito al teléfono.

—Perdón. —Meneé la cabeza para sacarme a Alex de la cabeza—. ¿De qué estábamos hablando?

—Me estabas preguntando sobre la cabaña de los abuelos. Está en Greenwood Lake, a poco más de una hora de la ciudad.

—Genial. —Lo anoté en la agenda para no olvidarlo—. ¿Sabes cómo está?

—La verdad es que no. Si quieres puedo ir a echar un vistazo...

—No te preocupes. —Revisé la agenda semanal en el ordenador—. Mándame las señas y yo me paso por allí esta semana.

—¿Cómo va la fiesta?

—¿Has podido confirmar los invitados? Yo no conozco a todos sus amigos y... Tú pásame la lista para que haga la invitación y la envíe de forma urgente esta tarde. Espero que todos los que queráis que estén allí... puedan con tan poco tiempo.

—Seguro que sí. ¿Sabes que mi hermano va a alucinar un poco?

—El viaje a Los Ángeles ha sido bastante esclarecedor para los dos. —Vi a Linda llamarme desde la puerta—. Tengo que dejarte, Brian. Dale un beso a mi hermana y dile que si va a vivir contigo, que se lleve todos sus trastos de mi habitación, pero que no sueñe con llevarse mis vestidos.

Le hice un gesto a Linda para que me esperase y cuando salí al pasillo con la agenda, unas carpetas y mi móvil, Linda explotó.

—Me acaba de llamar Will. ¿Sigues pensándote la oferta?

—Linda, ¿por qué no me contasteis lo de vuestra jubilación? —Entramos en el despacho donde estaba Michael.

—No sabemos cuándo lo haremos, pero Will se puso en contacto con nosotros, interesándose en una de nuestras mejores trabajadoras. —Vi cómo Linda me miraba y Michael negaba con la cabeza.

—No me gustó su idea de robarte, Mariola, así que le comentamos que podríamos jubilarnos y mantener esta delegación en Nueva York y que él se hiciese cargo de la nueva delegación allí. —Michael se levantó cuando me vio negando con la cabeza.

—No quiero marcharme de aquí. —Abrí los ojos y resoplé—. Aunque si me voy a quedar sin un puesto aquí...

—Jamás te quedarás sin tu puesto, Mariola. Si quieres quedarte en Nueva York, este es tu puesto y siempre lo será. —Linda me agarró de la mano—. Siempre podemos posponer nuestra jubilación, pero tendrías que hablar con Will.

—Te quiere en su empresa, te quiere a su lado y no parece un hombre al que una negativa le pare. —Michael negaba con la cabeza—. Si yo no te tuviese en mi empresa... tampoco pararía hasta conseguirte.

—¿Cómo llevas la fiesta de Alex?

—Bien, poco tiempo para prepararla, no he podido quedar con su madre en persona, no tengo la

lista de invitados, tengo que mandar a más tardar hoy las invitaciones y... —levanté las manos en el aire—. Ya me conoces, con las manecillas del reloj pegándome en el culo.

—Por eso eres tan jodidamente buena. —Linda sonrió y Michael negó con la cabeza.

—Tendremos que hablar sobre nuestra jubilación en algún momento y sobre la reestructuración de la empresa en caso... —Michael balanceó la cabeza unos segundo—. En caso de que Will sea el comprador.

Continuamos con la reunión una hora más, en la que los dos trataron de quitarme trabajo de encima para poder finalizar la fiesta de Alex. Llamaron a Scott y cuando llegó noté que estaba demasiado raro, su comportamiento no era normal.

—De acuerdo. —Scott salió del despacho y yo fui detrás de él.

—Scott. —Le seguí y no paré—. Scott, ¿qué pasa?

—Nada, que mientras tú vuelas a la otra punta del país para ir a la playa con un tío rubio o cenas en Umami con un tío que no te merece, yo me he quedado aquí partiéndome el culo. —Menaba la mano en el aire mientras lo soltaba todo—. Por que parece que aquí los ascensos y las palmadas en la espalda son para ti siempre.

—Voy a repetir la pregunta por si no me has escuchado bien. —Le empujé dentro de mi despacho y cerré la puerta—. ¿Qué cojones te pasa, Scott?

—Nada. —Intentó salir, pero le paré.

—No, no te vas a ir de aquí sin contármelo. —Me interpuse entre él y la puerta.

—Pues que tu vida es perfecta. Tienes un trabajo perfecto, una familia perfecta, unos amigos que te adoran y una oferta de trabajo en la otra punta del país. Y yo me seguiré pudriendo aquí, sin familia, sin amigos y sin nadie que me...

No comprendía por qué Scott estaba actuando de aquella manera, pero tampoco tenía tiempo de andar jugando a la buena samaritana si él no hacía más que mandarme a la mierda.

—Scott, sabes que valoro mucho tu trabajo, porque lo haces genial. Siempre te nombro cuando hacemos algo, ya que no solo es mi trabajo, pero no comprendo lo que está pasando. Nos tienes a todos y...

—Déjalo, Mariola. Apártate, por favor.

Dejé que Scott saliese de mi despacho y me quedé mirando cómo se iba al office a ponerse un café. Yo, como una gran cabezona, le seguí hasta allí. Él estaba de espaldas peleándose con la cafetera. Aún no le había pillado el tranquilo.

—Yo me encargo de los cafés.

No dijo nada, se apartó y escuché cómo su respiración se iba relajando.

—Me costó un montón de tiempo saber por qué el café en esta oficina siempre sabía a rayos. Nos tocaba a los becarios hacerlo. Al principio probé cambiando el café... —Le miraba de reojo, pero no cambiaba su gesto ni decía una sola palabra—. Estuve a punto de traer de Colombia a Juan Valdez. Hasta que supe que la cafetera era una mierda. Me planté en el despacho de Linda y le dije que si quería que todos rindiésemos mucho más, que nos pusiese una cafetera italiana de las espaciales.

—Tú sin café eres perfecta para el reparto de *The walking dead*.

—Gracias. —Me giré mientras se hacían los cafés—. Muchas gracias por ese cumplido. Tú recién levantado tampoco es que seas el mejor. Sin una ducha, un café y un polvo... no eras un príncipe de Disney. —Levanté los hombros y busqué su mirada.

—Ni tú una princesa. Que menudas pulgas tienes al levantarte, Mariola. —Al menos ya me hablaba.

—¿Vas a contarme el motivo de tu *capullez* o tengo que imaginarme que has cambiado tanto que ya no te conozco?

—Se han complicado algo las cosas y creo que lo he pagado contigo.

—¿Puedo ayudarte con alguna de tus complicaciones? —Le entregué el café recién hecho.

—No te preocupes y perdóname, pero... —Abrió la boca, pero la cerró sin decir nada más.

—Ya sabes que en el momento que haya un ascenso posible en la empresa, me dejaré el culo para proponerte a ti. Eres un trabajador muy bueno, Scott, de eso no quiero que tengas dudas. Solo hace falta tiempo para que las cosas se pongan en tu camino y decidas qué rumbo quieres tomar.

—Hay veces que uno toma decisiones que... que le pesan el resto de su vida.

—Tú puedes elegir cambiar eso. No hay nada en esta vida a lo que no se le pueda dar la vuelta. —  
Choqué mi taza contra la suya—. Tú decides tu destino.

Le di un beso en la mejilla y me fui al despacho para hacer las invitaciones. No me di cuenta de la hora que era hasta que a las cinco de la tarde me llamaron de la inmobiliaria en la que había estado buscando piso para Sonia y Andrea.

—Mariola, lo tengo. 78 de Mercer Street, en el Soho, cerca de tu piso y está perfecto para redecorar un poco y entrar a vivir.

—Mándame el plano y las fotos al email, que tengo cinco minutos para mirarlo y nos vemos allí en... ¿una hora?

—Por supuesto.

—Gracias, Adam.

Mientras observaba las fotos del piso, le envié un mensaje a Laura, la decoradora con la que siempre trabajábamos. Le pedí que se reuniese conmigo en el piso también a las siete. Cuando lo vi, supe que era perfecto para Sonia y Andrea. Estaba muy cerca de nuestro piso, en un gran barrio y el alquiler era bastante asequible. Al menos podía dejar pagado seis meses para que las dos estuviesen tranquilas.

—Es precioso. —El piso era absolutamente perfecto.

—He recibido tus ideas en el email. Tienes buena vista solo habiendo echado un ojo a las fotos. Mañana te mando el proyecto.

—Siento que sea todo tan rápido, pero quiero que esté listo lo antes posible.

—El piso está en muy buenas condiciones. —Adam quería su trozo del pastel en forma de comisión.

—Cocina, suelo, baño y pintar... cuatro días si trabajamos de sol a sol. —Laura sabía trabajar bajo presión.

—Yo me encargo del salón y las habitaciones. Ya tengo en la cabeza los muebles y...

—Mariola, mándame lo que quieras y yo me encargo. Bastante tienes tú con tu trabajo. Yo me encargo de todo esto. —Laura me agarró de la mano—. Sé que tu cabecita va a mil por hora, por eso sé perfectamente que mañana a las seis de la mañana tendré un email con las imágenes, los papeles, las cortinas y demás. Que aunque te diga que no, lo vas a hacer igual.

—No es que quiera echarlas del piso, pero necesitan empezar de cero ahora que Sonia ha vuelto y qué mejor manera que hacerlo en un piso nuevo.

Firmé el contrato de Adam y le hice allí mismo el ingreso de la fianza de dos meses, más el alquiler de cuatro meses más y bajé a Galli a tomar una copa con Laura para explicarle un poco mis ideas.

—Sé cuál es tu estilo y sé lo que quieres. ¿Me haces el favor de dejarme a mí? Hacemos un trato, yo me encargo de toda la casa y te dejo las dos habitaciones para ti. Tú te encargas de decirme lo que quieres y lo haré.

—Con lo que me vas a costar, Laura, ya me puedes hacer caso.

—Te haré una rebaja si me consigues el número de teléfono de aquel chico que fue a la boda de los McNee, amigo de Alex McArddle.

—Necesitaré más datos para saber quién es.

—Al que terminaste echando del hotel.

—Steve. —Levanté una ceja mientras negaba con la cabeza—. Yo te lo consigo, pero allá tú con él.

Laura se marchó y yo me quedé un rato trabajando en la barra. Cuando me di cuenta, Mike me dejó

un sándwich al lado. Al levantar la vista vi que el restaurante estaba ya cerrado y no quedaba nadie más.

—Necesitas cenar algo. —Mike me acercó más el plato y me besó.

—Sí, en cuanto termine de diseñar la invitación. Solo tengo que cuadrar esta parte y... listo. —Lo guardé y cerré el portátil—. Menudo inicio de semana.

—¿La que estaba contigo era Laura?

—Sí. Ya he encontrado el piso para Sonia y Andrea, ella va a hacer todo en tiempo record.

—¿Cuánto tiempo llevas buscando?

—Desde que se fue a rehabilitación. Para ella será bueno tener un hogar propio en el que criar a Andrea.

—¿Y si...

—Sé que estás nervioso, Mike, pero está aquí al lado. En el 78 de esta misma calle. —Comprobé que tenía unas ojeras terribles—. ¿A ti qué te pasa? —Me abracé a su cuerpo.

—Me preocupa Justin. Bueno, me preocupa la relación que tiene tan tóxica con Scott.

—¿Cuándo vas a reconocer que sientes algo más por Justin? —Partí el sándwich por la mitad y le ofrecí.

—Me preocupo por él como lo hago por ti.

—Vale. Cuando estés listo para reconocer lo que sientes, estaré a tu lado pase lo que pase.

—No puedo romper lo que tenemos los tres por mi... —Mike se levantó para cerrar la puerta cuando salió el último trabajador—. No puedo, nena.

—De acuerdo.

No dije nada más porque sabía que Mike necesitaba su tiempo para hacer las cosas, pero yo sabía que él sentía algo por Justin y que Justin... que él también sentía más allá de la amistad que les unía. Siempre lo había sabido, pero nunca había sido su momento.

Cuando llegamos a casa Sonia estaba en mi cama durmiendo con Andrea y yo me quedé trabajando el sofá hasta quedarme dormida, cosa que hice aquella noche y la siguiente.

El jueves de aquella semana conduje hasta la cabaña del lago con Rud de copiloto. Tuve que aguantar durante casi hora y media sus continuas quejas sobre mi forma de conducir, la música que escuchaba y la forma en que tenía de golpear el volante cuando me gustaba una canción.

—Gira aquí a la derecha. —Rud estaba encargado del mapa de su móvil.

Diez minutos dando vueltas por casas que no eran la de los abuelos de Alex, supe que nos habíamos perdido.

—No me puedo creer que te hayas perdido, Rud.

—Tú eres la que conduce.

—Y tú el responsable del mapa. Seguro que estabas en algún grupo de Facebook de tetas o de coches.

Paré en un lateral de aquel camino perdido de la mano de Dios y le arranqué el teléfono de las manos. Recaliculé la ruta y me quedé con el camino que marcaba el GPS. Quince minutos después estábamos frente a la cabaña. Al bajar del coche, Rud ojeó los alrededores y yo me quedé observando aquello completamente fascinada. A la derecha de la cabaña había un pequeño embarcadero que daba al lago. Aquello era muchísimo más bonito de lo que yo me había imaginado.

Al otro lado del lago escuché unas risas de niño y me imaginé a Alex de pequeño correteando por allí, montando en bici y lanzándose de cabeza al agua. Feliz, despreocupado y sonriendo.

Crucé de nuevo el embarcadero y subí las cinco escaleras que llevaban a la puerta principal de la cabaña y me quedé observando el pequeño mirador. Estaba sucio, pero parecía estar en buen estado. Intenté abrir la puerta, imaginando que estaría cerrada, pero se abrió ante mi sorpresa. Y sorpresa la que me llevé cuando vi que por dentro todo estaba lleno de polvo, olía a cerrado y había algunos bichos corriendo por lo que supuse que era el salón. En otra época seguramente habría sido algo precioso,

muchos años atrás. Abrí las ventanas para poder airear aquello y levanté un par de mantas llenas de polvo de los sofás. Cuando levanté la tercera, me saltó encima algo que rechinaba sus dientes mientras se enredaba en mi pelo.

—SOCORROOOO. —Salí corriendo por la puerta—. RUD... Quítamela, quítamela...

—¿Qué pasa? —Se acercó corriendo asustado.

—Quítame la ratacardillamapache. —Agité la cabeza.

—Vamos a ver, Paris, no te pongas histérica que no tienes nada. Lo que os gusta gritar a las rubias. Le miré enfadada entre la maraña de pelo que me había formado a mí misma.

—¿Tú has venido a ayudarme o a desquiciarme? —Le pegué un puñetazo en el brazo.

—¿Perdona? Me has secuestrado vilmente y me has obligado a venir aquí escuchando música de boy bands de los 90. Que ya tienes una edad, Mariola. Deja atrás las carpetas forradas con Nick Carter. —Mientras me vacilaba, movía los hombros simulando una coreografía.

—Joder, no veo el día que tu jefe se harte de ti y te mandé a tomar por...

—Esa boca, princesita, que te la voy a tener que lavar con jabón.

Le mandé a la mierda mental y verbalmente. Entré de nuevo en la cabaña y sopesé la idea de quemar todo lo que había dentro.

—Esto con una buena limpieza y un poco de ropa nueva tendrá mejor pinta. —Rud estaba a mi lado observándolo todo—. Me ha parecido ver una tienda en el pueblo más cercano estilo IKEA, pero más rústica. Podemos ir y pedir lo que necesites. Llama a un equipo de limpieza y desinfección y lo dejarás perfecto.

—Pues mueve el culo que hay que hacer muchísimas cosas.

En la tienda que Rud había visto encontramos la gran mayoría de las cosas que necesitábamos y el resto me encargaría de mandarlo desde Nueva York.

—¿No son de por aquí verdad? —Me preguntó un amable señor de unos setenta años que llevaba un buen rato observándonos.

—No, de Nueva York. —Contesté con educación mientras escogía varias sábanas.

—¿Y qué hacen tan lejos de la gran manzana?

—Hemos venido a la cabaña del final de lago.

—¿La cabaña de los McArddle? —La señora a la que le había pedido unas muestras de cortinas se acercó a mí con los ojos chispeantes.

—Sí.

—¿Vas a comprar la cabaña? —El brillo de sus ojos se apagó por unos segundos.

—No, quiero darle una sorpresa a Alex por su cumpleaños y necesito...

—Dios mío. —A la señora se le cayeron las muestras de las manos y le ayudé a sentarse en una silla que estaba por allí—. El pequeño Alex. Pensé que nunca volvería a verle.

—Si puedo hacer que la cabaña vuelva a parecer un hogar, en pocos días estará de nuevo por aquí.

—Yo me encargó de ello.

La señora se levantó de nuevo emocionada y me prometió que estaría todo listo para cuando lo necesitase. Ella en persona se iba a encargar de poner todo en orden y hacer que aquella cabaña recuperase el aspecto de años atrás.

—Tú no te preocupes por nada. Nosotros nos encargamos de dejarlo igual que cuando Alex venía de pequeño.

—Vale. —No sabía la razón por la que querían hacer aquello, pero me transmitieron tranquilidad—. Estos son mis números. Cualquier cosa que necesiten o que tengan dudas, llámenme a la hora que sea.

Me aseguró que al día siguiente por la tarde tendría la casa lista. Ella conocía a varias personas en el pueblo que le ayudarían, así que el viernes iría a revisar la cabaña. Sabía que en cuanto le diese el regalo querría ir allí para disfrutar.

Rud decidió conducir de vuelta a la ciudad y elegir una cadena de deportes en la radio. Me dejó en la oficina mientras aparcaba. Al llegar a mi despacho, y como era habitual desde la fiesta del Silk, encima de la mesa de mi despacho había una rosa. No se lo había comentado a nadie, pero aun no sabiendo de quién eran, sabía que no podía ser nada malo. Nadie que te odie te envía una rosa todos los días.

—¿Llevas evitándome dos días? —Dejé la rosa en la mesa y al girarme vi a Alex.

—Lo siento, pero esta fiesta va a acabar conmigo.

—¿Tan importante es como para que hayas tenido que salir de la ciudad? —Comprobó que le estaba mirando extrañada—. Dwayne me ha dicho que Rud y tú habéis salido muy pronto esta mañana.

—Sí.

—Ahora mismo te voy a llevar a comer porque ese cuerpo no ha visto algo caliente desde hace horas. —Notó la sonrisa que se me instaló en la cara—. Y no, no me refiero a eso, Mariola.

—Tengo muchísimo trabajo.

—No. —Recogió mi bolso de la silla—. Vamos a comer algo y después vuelves a trabajar. Ya que no vas a pasar la noche de mi cumpleaños conmigo, podrías dedicarme una hora hoy. —Agachó la mirada.

—¿Me estás chantajeando? —Abrí la boca.

—No, preciosa. Chantaje sería decirte: tú, yo, una buena botella de vino y una gran bañera con espuma. —Su voz profunda, junto a aquellas palabras, hizo que me recorriese un escalofrío por todo el cuerpo.

—Juegas con fuego.

—Tú hiciste lo mismo con tu fantasía. —Tiró de mi brazo y me pegó a él—. ¿Algún día me la contarás?

—Algo mejor... Te la explicaré paso a paso —le lamí los labios—, sobre una moto.

—Me quemas, nena. Me quemas.

Ojalá aquella comida hubiese durado más tiempo, ojalá aquellos periodistas no estuviesen tan encima de Alex y ojalá no hubiese tenido que ocultarle lo de la fiesta, porque me costaba mucho hacerlo.

Al día siguiente me fui con Rud a la cabaña muy temprano. Cuando llegamos nos encontramos en la entrada un camión que estaba metiendo un montón de cosas. Había más de quince personas trabajando a las siete de la mañana.

—Buenos días. —Saludé a los trabajadores.

—Buenos días.

Cuando entré en la cabaña... No pude decir nada, me quedé sin palabras al comprobar que ya no era la cabaña mugrosa del día anterior.

—Joder, menudo cambio.

—Buenos días, señorita. —La señora de la tienda se acercó a mí—. Nos hemos tomado la libertad de acabar muchas cosas entre ayer a la tarde y hoy muy temprano. Supusimos que lo necesitaba lo antes posible.

—Por favor, no me trate de usted que me salen canas con solo oírlo. Soy Mariola. —Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—De acuerdo, Mariola. Yo soy Sarah y él es Robert, mi marido.

—Encantada. —Les di un par de besos a cada uno, mientras de reojo veía la cabaña—. Me habéis dejado sin palabras. Es como mirar en los recuerdos de Alex, es como pasear por ellos.

—Hemos intentado que sea lo más parecido a cuando él correteaba por aquí.

Sarah me miraba queriendo saber más, queriendo saber quién era y por qué hacía aquello.

—Hija, no aguanto más sin preguntarte.

—Dime, Sarah.

—Debes de ser alguien importante si estás haciendo todo esto para el pequeño Alex. —Me agarró de la mano.

—Soy una amiga.

—Algo más que una amiga diría yo. —Robert lo dijo mientras colgaba algunos cuadros.

—Una buena amiga, pero eso no importará si no acabo todo esto a tiempo. —Negué con la cabeza—. Mañana es su fiesta de cumpleaños y sé que en cuanto tenga su regalo —negué con la cabeza sonriendo—, va a perder el culo queriendo venir a comprobar que todo es como lo recuerda. El embarcadero, la chimenea, la cocina...

Rud estaba sentado en uno de los sofás leyendo una revista mientras el resto trabajábamos en la casa. No se movió ni un centímetro cuando traté de mover el sofá en el que estaba sentado, así que lo empujé, pero me tropecé con la alfombra y me caí de bruces al suelo.

—Joder. —Me llevé la mano a la cara.

—Mariola, estás sangrando. —Rud saltó muy asustado del sofá.

—Claro... ahora si te levantas. —Me levanté del suelo y me fui a la cocina.

—De acuerdo. Ya llegó el hombre. ¿Qué es lo que quieres que haga? —Me agarró del brazo y me solté de él enfadada. Cogí un pañuelo y eché la cabeza para atrás.

—Si al final Alex va a tener razón y te tomas demasiadas confianzas conmigo. —Estaba enfadada por su comportamiento. Entendía que no se llevase bien con su jefe, pero coño, podía haberme ayudado un poco.

—Lo siento. —Se puso delante de mí—. Déjame ver tu labio. —Vio cómo me empezaban a caer lágrimas—. No llores, Mariola. Solamente quería ver hasta dónde llegaba tu cabezonería, no quería hacerte sentir tan mal. —Su cara era un poema.

—¿Te crees que lloro por ti? —Le aparté de mí—No eres tan importante, Rud.

—Lo siento, pequeña. —Tiró de mí mano para abrazarme—. Sabía que esto era importante, pero no supuse que tanto. Ojalá algún día una chica haga todo esto por mí. —Se apartó de mí poniéndome ojitos.

—Si les tratas como a mí... lo único que te llevarás es una patada en el culo. —Le hice una mueca muy chunga a la que respondió sonriendo.

—Eres una pequeña dictadora cuando te pones en plan...—Hizo varios gestos con sus manos en el aire como si estuviese ordenando un pelotón.

—Rud, no sé cómo demonios te lo montas, pero soy incapaz de enfadarme contigo. Eres como el hermano toca huevos que nunca tuve.

—Eso es porque te gusto. Como tú me gustas a mí. —Se acercó y me abrazó—. Esto va a quedar genial y va a ser el mejor regalo que le hayan podido hacer al jefe. Os merecéis tener un poco de tranquilidad y disfrutar. —Me acunó entre sus brazos mientras yo seguía negando con la cabeza—. Y si tengo que mover los cimientos de esta casa para que te quedes contenta con el trabajo, no dudes que lo haré. —Me besó en la frente—. Y si a él no le gusta, a mí me gusta pescar y pasearme desnudo por el bosque.

Dicho aquello, se alejó y comenzó a mover cosas. Mi mente pervertida se lo imaginó corriendo en pelotas por aquel salón y saltando al agua desde el embarcadero.

Sarah y Robert se marcharon a la hora de comer y nosotros nos quedamos dando los últimos retoques. No nos dimos ni cuenta de que el tiempo había pasado tan rápido y a las cinco volvieron los dos con unas cañas y aparejos de pesca.

—¿No habéis parado? —Rud y yo miramos a Sarah negando con la cabeza—. Me lo imaginaba y os he traído comida. —Sarah observó los cambios que habíamos hecho—. Preciosa, lo has conseguido, es la misma cabaña que fue años atrás.

Nos sentamos a comer los sándwiches que nos había preparado, mientras su marido nos preparaba un café que olía de maravilla, que acompañamos con la tarta de manzana casera que habían traído.

—Dios mío, es la mejor tarta de manzana que he probado en mi vida.

—Es la receta de la abuela de Alex. Ella me enseñó y creí oportuno traerte la receta para que se la hicieras a él. —Sonrió.

—Será mejor que ni lo intente. —Rud me miró antes de meterse otro pedazo de tarta entre pecho y espalda.

—No sabré preparar una comida de Navidad, pero sí se hacer postres. —Le saqué la lengua—. ¿De qué les conocíais?

—Éramos amigos de los abuelos de Alex desde hacía muchísimos años. Les conocimos cuando llegaron al país. —Robert se puso detrás de su mujer.

—Cada vez que venían aquí eran felices. Alex correteaba por el bosque y se subía a los árboles tratando de coger alguna ardilla o recogía algún pájaro herido y lo traía a casa para curarle. Era un niño increíble. Era feliz cada vez que venía con sus abuelos aquí. —Sarah sonreía mientras sus ojos parecían estar viéndoles.

—Aún recuerdo el día que se cayó del árbol porque aquel pájaro no podía volar y apareció en la casa con él en una mano y la cara llena de sangre. Se hizo una herida en la cara que le dejó una pequeña cicatriz. —Robert se señaló justo debajo del ojo derecho.

—No me lo imagino de esa manera.

—Sí, por lo que hemos visto en las revistas... ha cambiado mucho nuestro pequeño Alex. Pero sigue siendo así, aunque no lo recuerde. Sigue siendo un pequeño salvador del mundo. —Sarah tenía un brillo muy especial en los ojos cada vez que hablaba de Alex.

—Recuerdo que cuando íbamos a pescar era el niño más feliz del mundo, era el primero en salir corriendo por el embarcadero y subirse en la barca. Siempre con su sonrisa ladeada. Hasta que... —Robert se quedó en silencio y su mujer agachó la cabeza.

—¿Hasta qué? —Pregunté curiosa.

—No sabemos qué pasó aquella Navidad. Ellos dos eran pequeños. Estaba Susan, los abuelos y los dos hermanos aquí. Apareció el padre y bueno, hubo gritos y... Todos se marcharon de aquí y ninguno de ellos volvió jamás. —Sarah se llevó la mano al corazón, como si recordar aquello le estuviese haciendo el mismo daño—. Aquella fue la última vez que les vimos por aquí. Nos enteramos de su muerte hace unos años y nos dio mucha pena.

—Ya sabes cómo era el padre de los chicos, Sarah. Nunca le gustó esto. Para él solo era posible la gran ciudad, el lujo y su dinero. Solo espero que los chicos no hayan seguido sus pasos. —Los dos me miraron esperando que les diese la respuesta que esperaban.

—No conozco a su padre, pero los dos son increíbles. Así que no se parecen a él en nada. —Quise tranquilizarles y devolverles, en cierto modo, todos los recuerdos que habían dejado atrás—. Brian ha estado por medio mundo ayudando a muchas personas necesitadas y Alex, aunque aparentemente se le vea un tipo trajeado, serio y con dinero —cerré los ojos y sonreí—, tiene un corazón enorme.

—Yo creo que eres más que una amiga especial, Mariola. —Los dos me sonrieron—. Has trabajado mucho para que esto quedé así y se te ve una persona muy buena. Ojalá que... —Robert se resintió del codazo que su mujer le dio en el estómago.

—¿Ojalá qué? —Les miré a los dos.

—Que no se vuelva a repetir la historia.

No me dijeron nada más sobre aquella historia que no querían que se repitiese. Pasadas las once de la noche, Rud me dejó en casa y al salir del ascensor me encontré en las escaleras de nuestro piso a Alex con una bolsa en las manos.

—Buenas noches, Mariola. —Parecía estar muy cansado—. Pensaba darte una sorpresa, pero te he llamado varias veces...

—Estaba en un sitio sin cobertura y me he quedado sin batería. —Me agaché, pero se levantó

bruscamente.

—Preparando la fiesta, ¿verdad?

—Sí. —Me pasé la mano por la cara. Estaba agotada—. Está acabando conmigo.

—Claro. No tienes tiempo para nosotros.

—No sé qué bicho te ha picado, pero ya te avisé que iba a ser una semana terrible. —Abrí la boca y, por primera vez desde que le conocía, pensé lo que iba a decir—. Esta fiesta...—quería decirle que iba a sentirse como un imbécil al comprobar que era su fiesta, pero no podía—. Lo siento, Alex, es mi trabajo. Al igual que el tuyo es complicado y si hay un problema en el hotel, sea lo hora que sea, tienes que atenderlo.

—Pero siempre he tenido tiempo para ti.

No quería seguir escuchando tales tonterías y tampoco quería explotar con él, así que abrí la puerta y le invité a entrar.

—¿Pasas y cenamos o vas a seguir diciendo estupideces?

—Muy bien. —Me entregó la bolsa que tenía en la mano enfadado—. Disfruta del tartar y los garganelli. Buenas noches.

Observé cómo su culo se metía en el ascensor y se marchaba sin mirarme. Me quedé mirando la bolsa de Babbo y entré en casa tan cansada, que les dejé la cena a Sonia y Frank que estaban viendo una película en el salón.

—Disfrutad de la cena que ha traído el capullo de tu amigo. Yo me voy a darme una ducha y a dormir.

—¿Capullo? —Sonia abrió las bolsas y dio un gritito de sorpresa—. Pero si es una de tus cenas favoritas.

—Pues he estado a punto de metérsela por el culo. —Lancé mi bolso a la habitación—. Se ha puesto en plan *unga unga* —me pegué unos golpes en el pecho—, *tú ser mía, no coger teléfono. Yo enfadado cual mono de culo pelado*. —Fui a la cocina y saqué una botella de agua a la nevera.

—Está estresado con todo lo de la entrevista, triste porque no podemos ir ninguno a su fiesta de cumpleaños... —Fran pasó su brazo por mi hombro y me olisqueó—. ¿A qué demonios hueles?

—Pues a llevo todo el día arreglando la cabaña de los cojones.

—Descansa que mañana tienes que ir a revisar la fiesta. Yo me encargo de que el imbécil temporal de mi amigo no te moleste.

—Buenas noches.

Me di una ducha, me tumbé en la cama y me quedé dormida antes de subir el segundo pie encima.

Al día siguiente por la mañana revisé todo el trabajo que el equipo había hecho en la casa en los Hamptons. Brian se había encargado de ayudarles y, claro, mi hermana no se había despegado de su culo.

—Mi hermano no se huele nada. Casi no quiere ni venir esta noche.

—Bueno, ya puede mover el culo y presentarse o soy capaz de traerle de las orejas. —Estaba revisando la zona donde iba a estar el catering.

—Hemos desayunado con él y no sé qué le hiciste ayer a la noche o no le hiciste...—levantó las cejas—. Estaba muy ácido.

—Ya le echaré un poco de sal y tequila.

Di un repaso rápido al resto del jardín y fui directa a la zona donde habíamos puesto fotos de cuando Alex era pequeño, algunas de su época de macarra juvenil, otras del instituto y la universidad. Susan me había enviado unas fotos preciosas de Alex.

Comenzó a llegar más gente con las camas balinesas, el equipo que se iba a encargar de los fuegos artificiales de parte de Brian, el DJ estaba montando los equipos y probándolos... Cuatro horas después todo estaba listo a falta de la comida y la bebida de la que se encargaría Mike a la noche.

Miré el teléfono en el camino de vuelta a casa y no tenía ni una llamada ni un mensaje de Alex. Esperaba que comprendiese las excusas de mierda que le había estado dando aquella semana.

Estaba poniéndome cada vez más nerviosa según pasaban los minutos y se acercaba la noche. Estaba tratando de hacerme la raya del ojo, pero estaba tan estresada que en vez de un ojo de gato, me estaba haciendo un ojo de panda.

—Nena, estás demasiado nerviosa. —Justin me desmaquilló el ojo y me quitó de las manos el pincel.

—Es el cumpleaños de Alex. ¿Y si no le gusta nada? ¿Y si lo odia? ¿Y si me acaba odiando a mí? —Sí, estaba atacada.

—Que pava eres. —Hizo como que me daba dos tortazos en el aire—. ¿Cómo te va a odiar? Has hecho todo esto para él, no has dormido por él. Tienes callos en las manos de mover muebles de la cabaña. —Me dio una crema para que me las hidratase—. Tienes unas ojeras que espero tapártelas con el maquillaje. No tenías ni ropa preparada. Menos mal que cuando ha venido el de UPS estaba yo en casa para recoger un paquete enorme a tu nombre. —Me señaló el salón con la cabeza.

—¿UPS?

—Sí. —Fue a recoger el paquete y lo dejó encima de mi cama.

—¿Qué es esto? —Busqué el remitente, pero no lo encontré

—No lo sé, pero venía con esta nota. —La agitó en el aire.

Una fiesta tan especial se merece un vestido espectacular. Es el momento para que brilles por ti misma. Disfrútalo y haz que sea una noche inolvidable. Te quiero.

## Aitana

Abrí la caja y dentro había un precioso vestido. No me podía creer que Aitana me hubiese mandado aquel vestido del que me había hablado.

—Deja de mirarlo como una idiota y siéntate para que te arregle ese ojo que te has destrozado.

Una hora después estábamos esperando en el portal esperando a que llegase Rud para recogernos a Justin y a mí. Al bajar mi hermana y Brian estaban esperando a Mike. Los dos me miraron fijamente sin mover un ápice sus ojos.

—¿Tanto se nota que no llevo sujetador? —Me puse las manos en el pecho.

—Si a mi hermano hoy no se le quita esa tontería que tiene... —Brian negó con la cabeza y afirmó a la vez—. Cualquiera de sus amigos estará más que encantado de disfrutar de la noche contigo, Mariola.

Llegamos a los Hamptons y durante todo el viaje había estado comprobando que todo estaba listo. Pasé aquella hora hablando por teléfono con el encargado del equipo que estaba en la fiesta. Al llegar y ver todo preparado y perfecto... respiré. Allí estaban todos sus amigos y no faltaba ningún detalle.

Decidí que era un buen momento para llamarle.

—Feliz cumpleaños, señor trajeado. —No le di margen a decir nada al contestar.

—Pensé que se te había olvidado con tanto trabajo. —Su tono era muy serio.

—Imposible. Te he tenido en la cabeza todo el día y toda la semana, pensando cómo recompensarte el no haber estado contigo. Se me han ocurrido un par de cosas que seguro que te gustan y te cambian ese tono de voz y esa cara seria que debes tener ahora mismo. —Oí cómo suspiraba y escuché a Brian avisándonos de que el coche acababa de aparcar en la entrada—. Tengo que dejarte que la fiesta empieza ya.

—De acuerdo. Adiós, Mariola.

Apagamos las luces y me puse al fondo del todo. Observé en silencio cómo entraba en la casa. Su madre le llevaba de la mano, vamos, supuse que era Susan porque desde la distancia no les veía bien. En el momento en que pusieron un pie en el jardín se oyó un *sorpresa* a unísono y los invitados comenzaron a aplaudir. Se encendieron las pequeñas lámparas colgantes que adornaban todo el jardín y Alex se quedó

paralizado observando todo.

Me mantuve alejada de él, en un tercer plano donde no me viese. Dejé que todo el mundo le felicitase, le diese dos besos y estrechase su mano.

Los camareros comenzaron a sacar la bebida y la comida. Muchos invitados seguían acaparando al hombre de la noche y yo lo único que quería era que estuviese tranquilo para poder besarle y felicitarle.

—¿Cómo demonios habéis hecho todo esto sin que me haya enterado? —Le pregunté mi hermano mientras me alejaba de la gente.

—Mucha ayuda, hermanito, mucha ayuda.

—Supongo que la fiesta de cumpleaños que estaba organizando Mariola era importante, tal y como esta lo es, y me comporté como un imbécil. —Noté cómo mi hermano sonreía.

—¿Crees en la magia? —Le miré sin saber muy bien a qué se refería.

El DJ Empezó con una canción de Ed Sheeran, “Perfect”. Entonces la gente comenzó a apartarse a mi paso mientras caminaba por el jardín.

**Encontré un amor para mí... Encontré una chica hermosa y dulce. Nunca pensé que tú eras ese alguien esperándome... Esta vez no renunciaré a ti, pero, cariño, solo bésame lentamente.**

Al fondo del jardín, observando la playa, estaba Mariola de espaldas a mí. Mi corazón fue quien la reconoció porque comenzó a latir más y más fuerte mientras me acercaba a ella. Nadie en la vida me había provocado aquello en el corazón. Era capaz de acelerarlo y paralizarlo en un mismo segundo. Cuando se giró y nuestros ojos se encontraron entre todas aquellas miradas que nos rodeaban... Como decía la canción, estaba perfecta aquella noche. Su sonrisa iluminó aquella parte del jardín y me enamoré más de ella.

Al acercarme noté cómo se ponía nerviosa, cómo se estiraba el vestido y se colocaba el pelo detrás de la oreja. Me encantaba saber que era yo el que la ponía así. Recogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasó por su lado.

—Felicidades, señor trajeado. —Me ofreció una de las copas.

—Mariola. —Negué con la cabeza mientras cogía la copa—. Así que el cumpleaños de un ricachón que quería unicornios en su fiesta. —La cogí de la cintura asegurándome de que no iba a salir corriendo.

—Creo que me dejé algunos datos y exageré otros. También te dije que era un cumpleaños muy importante para mí. —Sonrió mientras levantaba los hombros y apoyaba su mano en mi pecho.

—Siento... —No me dejó hablar y puso sus dedos en mi boca.

—Nada de lo siento. Quería que fuese especial y que siempre recuerdes el primer cumpleaños que celebramos juntos.

—Te aseguro que no voy a olvidar estos meses ni ningún día que he pasado contigo. No voy a olvidar todos nuestros momentos, nena. —Subí mis manos por sus caderas—. Ni ninguno de los que están por llegar.

Notaba cómo su cuerpo se estremecía mientras mis manos seguían subiendo por su cuerpo. Sentía perfectamente cómo su respiración se aceleraba mientras mis manos rozaban la piel desnuda que dejaba su vestido. Cerró los ojos y abrió la boca, como si le costase respirar a mi lado.

—Alex.

Escuchamos mi nombre detrás de nosotros, alguno de los invitados se nos acercaba para... para jodernos un momento especial.

—Abre los ojos y respira. —Besé levemente sus labios, quedándome con ganas de más, siempre de mucho más de ella.

—Si fuera tan fácil. Me siento tan idiota a tu lado, Alex, que se me olvida hasta respirar. —Se recompuso en dos segundos y esperó pacientemente mientras uno de los amigos de mi madre me

*felicitaba efusivamente.*

*—Alex, muchísimas felicidades. Hacía mucho que no coincidíamos en una de estas fiestas que organiza tu madre. Cómo echo de menos esas fiestas en las que toda la familia pasaba horas y horas corriendo por la playa.*

*Estuvo diez minutos hablando, mientras mi mano jugueteaba con la espalda de Mariola y ella aguantaba estoicamente, afirmando con la cabeza, sonriendo a las batallitas que aquel hombre nos contaba. Me podía haber apostado el cuello a que en la cabeza de Mariola estaba sonando una canción y que, mentalmente, estaba bailando y cantando.*

*—Voy a saludar a tu hermano.*

*—De acuerdo.*

*Los dos nos despedimos cordialmente de él y cuando desapareció entre la gente, Mariola me miró poniendo los ojos en blanco.*

*—Esas fiestas de las que ha hablado, y hablado, y hablado... tenían que ser un coñazo. — Mantuvo un divertido gesto en su cara durante unos segundos.*

*—Creo que es lo que me vuelve a tocar en nada con otro de los amigos.*

*—Me fugo antes de que lo que se pasa por mi cabeza acabe saliendo de mi boca.*

*Me dio un beso demasiado corto y antes de que saliese corriendo, me pegué a ella por la espalda.*

*—Esta noche, cuando todos se vayan y tengamos la casa para nosotros... te olvidarás de respirar y hasta de pensar. Dame dos minutos y sigo contigo.*

*Le di un pequeño azote mientras se alejaba mirándome fijamente, tan ensimismada, que se tragó a uno de los camareros que pululaban recogiendo cosas.*

*Durante más de media hora estuve saludando a todos los invitados. Menos mal que mi madre pensó en hacerla de pocas personas, pero estábamos más de cien personas. Cuando pude acercarme de nuevo a Mariola, estaba con Mike y Justin hablando.*

*—Pase lo de haberme tenido engañado toda la semana, pero... ¿no revisar la lista de invitados? Que ha venido hasta el señor Morigan, que me ha puesto al día sobre la muerte de su perrita Candy.*

*—De eso no me culpes. Díselo a tu hermano. — Señaló a mi hermano que estaba hablando con María muy sonriente.*

*—¿Qué era eso de que habías encontrado algo para que se me pasase el enfado y recompensarme? — La besé y abracé fuertemente.*

*—Tendrás que esperar al turno de los regalos. — Me atrajo a ella pegando su cadera contra mí y me susurró al oído—. Y el otro regalo tendrás que buscarlo dentro de este vestido, pero no tardes tanto como en el avión.*

*Su sonrisa era toda una tentación. Me besó y me limpió los labios con las yemas de sus dedos, quitando todo rastro de su labial rojo.*

*—Felicidades, Alex. — María me dio dos besos mientras mi hermano la miraba.*

*—Gracias, preciosa. Aunque no debería dirigiros la palabra por haberme tenido engañado toda la semana.*

*—Entonces a mamá tampoco deberías hablarle. Fue idea de ella encargarse la fiesta a Mariola.*

*Miré a Brian extrañado y acto seguido Mariola me sonrió tímidamente.*

*—¿Has hablado con mi madre y... — No comprendía que Mariola no me hubiese dicho nada sobre mi madre.*

*—Susan me lo pidió a través de Brian, pero no nos hemos podido ver en persona. Todo lo hemos hecho por teléfono.*

*—¿Susan? — La miré muy sorprendido. Yo nunca llamaba así a mi madre.*

Alex puso una cara muy rara cuando supo que su madre fue la que organizó su fiesta, parecía que habíamos nombrado a un asesino en serie. A los segundos, negó con la cabeza, dejó la vista perdida un instante y sonrió, como si hubiese desechado la idea que se le había pasado por la cabeza. ¿Qué tenía en su mente en aquel momento?

Mientras Brian y Alex hablaban sobre la difunta perra del señor Morrigan, yo observé la fiesta, quería que todo fuese perfecto. La mesa con la comida la reponían cada vez que algo se terminaba, la barra de cocteles estaba siendo un éxito y...

—No me lo puedo creer.

A lo lejos, charlando y riéndose efusivamente con un amplio grupo de invitados, me encontré con una cara y un culo que no me esperaba ver aquella noche.

—Si me disculpáis un segundito, tengo que sacar la basura. —Me alejé de ellos comenzando a enfadarme más a cada paso que daba—. ¿Qué cojones hace aquí la señora Vuitton?

—Alex, ¿por qué va directamente... ¿Tú le has...

*No le contesté a mi hermano y aceleré el paso para poder coger a Mariola, pero ya había llegado a su destino. Al llegar solo escuché una parte de la conversación.*

—No sé qué demonios haces aquí, pero no creo que este sea tu lugar. No estás en la lista de invitados. Así que saca tu culo híper operado de aquí antes de que los de seguridad lo hagan. Así que... —le señaló la puerta sin levantar la voz y con una sonrisa en la boca— a la calle.

—¿Perdona? —Su tono de voz era bajito al igual que el de Mariola. Ninguna de las dos estaban dispuestas a montar un espectáculo.

—No quiero ser desagradable, pero cada vez que tú has aparecido en escena todo se ha ido a la mierda, así que por favor, señora Vuitton... —Volvió a señalar la puerta mientras trataba de mantener la compostura—. Váyase de la fiesta.

—Mariola, cariño, tranquila. Yo te puedo explicar. Ella...

—Ella es una tocapelotas que siempre que aparece nos jode algo. —Me lo dijo en castellano.

—Te estás equivocando, Mariola. Yo pensé que...

—Tú siempre piensas, pero con la polla mucha de las veces.

—Mariola Santamaría, calla esa boca que tienes porque te estás equivocando de cabo a rabo.

—Sí, si de rabos va la cosa.

—Alex, cariño, no sé cómo tienes estas amistades.

*Mariola dio un paso y la frené con el brazo.*

—Mariola, tranquilízate, porque vas a decir algo de lo que te vas a arrepentir y no es el momento. —La agarré con un brazo por la cintura.

—Diré lo que me dé la gana, porque para eso soy libre. ¿Qué demonios hace ella aquí Alex? —No le dije nada y noté cómo se iba enfadando más y más por segundos.

—Alex, cariño.

—Vamos a ver, mamá, ella es Mariola. Es la persona que contrataste para que organizase la fiesta.

¿Mamá? ¿Mamá? ¿Qué demonios estaba diciendo Alex? ¿Cómo iba a ser la señora Vuitton la encantadora mujer con la que la última semana había hablado tanto por teléfono y tan amable había sido conmigo? Aquello era imposible, porque si fuese verdad... Les miré a los dos durante unos segundos, durante más segundos y... Joder, Alex tenía los mismos ojos que su madre.

—Hijo, yo lo he preparado con la señorita Santamaría.

Me llevé una mano a la cara, ocultándome detrás de ella y queriendo que se abriese la tierra y me tragase ya hasta el inframundo, en el que seguro tenían mi nombre en la lista VIP. No me podía creer lo

que mi enorme y mal hablada boca había sido capaz de escupir.

—Presente. —Levanté la mano en alto.

Entre mis dedos vi la cara de la madre de Alex observándome de arriba abajo y yo... yo no sabía qué decir. Fue una de las pocas veces en mi vida que las palabras no fluyeron de mi boca. Era como si un gato me hubiera comido la lengua.

—Lo siento mucho, Susan. Soy un zorrón cuando me sale la vena macarra. —Me mordí el labio.

—No, cariño, la culpa no es tuya. La culpa es del imbécil de mi hijo. —Agarró a Alex del brazo—. Por no contarte desde un principio quién era yo y por no presentarnos. —Se quedó un momento en silencio—. ¿Pensabas que éramos amantes o algo?

—Mamá, por favor.

—Claro que sí. —Me miró y vio que no hacía ni un movimiento—. Por eso tú hacías esos comentarios cada vez que me veías. ¿Te parece bonito, Alex? ¿Acaso te avergüenzas de tu madre? Lo entendería de tu... —Se mordió la lengua para no hablar de más.

—No es eso, mamá.

—¿Ahora me llamas así? A esta pobre chica la has vuelto loca llamándome Vivian. —Acarició la cara de Alex.

—Siento mucho toda la equivocación, mis comentarios salidos de tono y mis críticas a tu culo.

—¿Cómo demonios pasáis de odiaros a hablar tan tranquilamente? —Alex no nos comprendía.

—No nos odiábamos. —Susan me miró y yo agaché la mirada.

—Qué demonios, yo sí. Si ya sabes que soy mal hablada también debes saber que soy muy, pero que muy sincera. —Levanté los hombros—. Odiaba a la mujer que pensaba que estaba fo... A la mujer que estaba con Alex.

—Me gusta tu sinceridad. Mi hijo debería aprender de ti y ser más sincero.

Vi cómo Alex agachaba la cabeza y, de repente, una pequeña vocecilla gritando mi nombre nos sacó de aquella conversación.

—Mariola, Mariola. —Jason vino corriendo.

—Hola, cariño. —Saltó a mis brazos y se pegó a mi pecho.

—Que bien que estés aquí. —Me dio varios besos en la mejilla.

*Mi hijo sentía verdadera devoción por Mariola. Aquella semana me había preguntado un millón de veces cuando la vería. Yo le respondía que pronto y su repuesta siempre era: «pero pronto... ¿cuándo?». Noté cómo se dibujaba una sonrisa tonta en mi boca. Era increíble ver cómo Mariola siempre le había tratado. Hasta mi madre se dio cuenta de aquello.*

*—Ven, Mariola. —Tiró de su mano cuando le dejó en el suelo.*

*—¿A dónde vamos, cariño?*

*—Hay una estu... estu... —me miró para que le ayudase.*

*—Estatua. —Le dije sonriendo.*

*—Una de esas súper chula de hielo donde la comida. Ven, vamos a verla.*

*—De acuerdo. —Jason se llevó a Mariola corriendo.*

*—Alex, cariño, no sé por qué demonios no le contaste a Mariola quién era. Toda esta confusión se podría haber ahorrado.*

*—Lo sé, mamá, pero en aquel momento si se lo decía, iba a tener que explicar más cosas, como lo de tu marido y no estaba preparado para... —no era capaz ni de decirlo.*

*—Pero es Mariola, la mujer de la que estás enamorado. Solo hace falta ver esa cara de bobo que se te ha puesto cuando mi nieto se le ha subido encima y se la ha comido a besos. Tu hijo es un chico muy listo.*

*Me quedé solo por primera vez en toda la noche y observé un poco mejor todo lo que Mariola*

había organizado.

*Brian y María estaban en la barra libre situada cerca de la piscina, Frank y Sonia estaban con Mike y Justin más apartados charlando. Mariola estaba con Andrea y Jason en medio de la pista de baile disfrutando de la música.*

*—Hombre de la noche, deja de comerte a Mariola con los ojos. —La voz de mi hermano me sacó de mis pensamientos.*

*—Estaba observando cómo se comporta con los niños.*

*—Mi sobrino sabe a quién acercarse. Rezuma genes McArddle por todos sus costados. —Le miré de reojo sabiendo que aquello no era verdad—. Ya sabes a lo que me refiero, hermanito. Siempre te lo he dicho, es mi sobrino. Siempre haremos frente a todo lo que venga.*

Dejé a los niños bailando en la pista cuando vi a mi hermana caminando hacia nosotros sonriendo.

—Hermanita, eres una artista. ¿Cómo has podido montar todo esto en tan poco tiempo?

—Años de experiencia y muchos contactos.

Susan nos estaba observando mientras hablaba con una pareja. Se despidió de ellos y comenzó a acercarse a nosotras.

—Joder, viene la madre de los McArddle de frente y la he cagado un poquito bastante muy mucho con ella.

—Creo que viene directa a nosotras.

—Pues no llevo las suficientes copas de champán encima.

Caminamos unos metros buscando una forma de huir de allí, hasta que llegamos a la cama balinesa que más alejada estaba de la fiesta.

—Aquí estaremos tranquilas un buen rato e hidratadas. —Levantó la mano y tenía una botella de champán.

—¿Cuándo... —levanté la mano sin querer saber cómo la había cogido.

—¿Vas a contarme algo sobre tu viaje a Los Ángeles?

Le conté todo, absolutamente todo lo que había pasado allí. Su cara hizo los típicos gestos Santamaría cuando le hablé de Will y, sobre todo, cuando le conté mi decisión.

—Nunca habías rechazado un trabajo por un tío, aunque Alex no es un tío cualquiera.

—Es Alex. —Lo dijimos a la vez.

—Lo sé, hermanita. No podía imaginar lo que me contabas que te había pasado con él hasta que conocí a Brian. Hay veces en la vida que tenemos que tomar decisiones que nos pueden cambiar la vida.

—Abrió la botella de champán—. No te puedes arrepentir de lo que haces si tu corazón es el que te guía. Y en tu caso... es el corazón, la cabeza, las tripas y todo tu cuerpo. —Nos empezamos a reír.

—Hola, chicas.

Al darnos la vuelta vimos a Susan detrás de la cama. Las dos nos quedamos en silencio y mi hermana me entregó la botella de champán.

—Ya claro, para que yo parezca la borracha. —Lo susurré en castellano.

—No quiero molestar.

—No molestas. Siéntate con nosotras. —Mi hermana se hizo a un lado.

—Muchas gracias. —Dio la vuelta y se sentó a mi derecha—. Siento la confusión que ha generado mi hijo.

—Yo también lo siento. Es que cada vez que os veía siempre pasaba algo, entonces mi cabeza, que tan adicta es a la fantasía, comenzaba a volar y me hacía mis propias historias de Alex y la señora Vuitton.

—¿Señora Vuitton? —Susan me miró divertida.

—Si, bueno. Tiendo a poner apodos a la gente cuando no me cae demasiado bien. —Vi cómo

sonreía.

—Solo quiero daros las gracias a las dos. —Nos miró a María y a mí.

—¿Por qué? —María preguntó curiosa.

—He visto a mis hijos felices y hacía mucho tiempo que ninguno de los dos sonreía así. Es por las hermanas Santamaría. Han pasado muchas cosas en nuestra vida y que sonrían así... me encanta. Y ver a mi nieto abrazarte como te ha abrazado, me da a entender que le tratas muy bien. Y si él te quiere, ellos os quieren, yo también quiero que forméis parte de esta familia.

En diez minutos adorábamos a Susan y comprobamos de dónde habían sacado sus encantos Brian y Alex. Yo le quería preguntar tantas cosas, que se me comenzaron a apelotonar en la cabeza las preguntas, atropellándose entre ellas.

*¿Dónde demonios estaban Mariola, María y mi madre? Brian y yo echamos un vistazo entre los invitados, en la pista de baile y no las veíamos. Era un peligro que las tres estuvieran juntas. De repente oímos unas carcajadas que venían de la parte de atrás y cuando nos acercamos vimos que estaban sentadas en el sofá riéndose, con un camarero con bebida a un lado y otro con comida al otro. Nos miramos los dos y negamos con la cabeza.*

—¿De verdad? —Mariola no podía casi aguantar la risa.

—Se paseaba desnudo corriendo por aquí y se tiraba a la piscina a media noche cuando no quería dormir, en pelotas. —Se rieron las tres a unísono.

—No me imagino yo al señor trajeado de pequeño desnudo correteando por aquí. —Mariola no podía aguantar la risa.

—Pues sí, hija. Siempre fue muy desinhibido en el tema de la desnudez. Nunca tuvo pudor y supongo que ahora tampoco lo tendrá. —Mi madre hablando de mí desnudo con Mariola era algo demasiado raro.

—La verdad es que no tiene ningún problema.

*Teníamos que parar aquella conversación de forma inmediata.*

—¿Se están divirtiendo, señoritas? —Nos acercamos a ellas.

—La verdad es que mucho. —María me miró con un con brillo en su mirada.

—Hablando de nuestras cosas. —Mariola se hizo la interesante.

—Chicas, luego seguimos hablando. —Se levantó y nos dio un beso a cada uno y antes de irse nos dijo en bajo—. Son increíbles las dos. No la caguéis con ellas. No lo hagáis.

—Mamá. —Brian musitó a modo de enfado.

—No sé qué le habéis hecho a nuestra madre, pero os la habéis metido en el bolsillo. —Brian se sentó al lado de María y la besó.

—Se nos dan muy bien las madres. —Sonrió.

—Yo, con vuestro permiso, voy a volver a la fiesta. —Mariola se puso sus zapatos y se levantó—. ¿Vienes conmigo, señor exhibicionista nocturno? —Se empezó a reír y me acabé uniéndome a su risa.

—Por supuesto. —Agarré su cintura.

*Caminamos sin hablar hasta la fiesta y vi cómo ella sonreía. Justo antes de despegarme de ella, recorrí su espalda desnuda desde abajo hasta la nuca con mis dedos, la pegué a mí y le susurré al oído.*

—Tal vez estos exhibicionistas natos tengan un rato para desnudarse mutuamente.

Me soltó dándome un pequeño empujón con su cadera. Alex se puso a hablar con unos amigos y aproveché para entrar en la casa e ir al baño. Sabía que uno de los baños estaba arriba, así que subí las escaleras casi corriendo porque me estaba meando viva. Aquel vestido era tan pegado, que me iba a costar un triunfo subirlo y bajarlo.

Abrí un par de puertas hasta descubrir el fabuloso baño de la primera planta. Sí, me costó un triunfo subirme el vestido y salí del baño sin terminar de bajármelo. Observé aquella planta llena de lo que supuse que eran recuerdos de una época mejor de la familia de Alex, ya que en una mesa había una foto de sus abuelos, su madre y ellos dos, pero no había rastro de su padre.

*Entré en casa sabiendo que Mariola estaba allí sola. La observé mientras bajaba por las escaleras y no pude evitar sonreír cada vez que la miraba.*

*—No sé cómo puedes estar más preciosa cada día. —Bajó el resto de escaleras mientras acariciaba la barandilla.*

*—Tú que me ves con buenos ojos. —Me besó.*

*—¿Dejarás que el cumpleaños baile contigo una lenta?*

*—Una lenta y mil rápidas. —Afirmó sonriendo.*

*—Tengo que hacer una llamada, pero te espero en la pista de baile.*

*Al salir de la casa volvió a hacer aquel gesto que tanto me gustaba. Se giró, pasó su mano por el pelo, me miró y sonrió. Aquella mujer me volvía loco de todas las maneras posibles.*

*Cuando terminé con mi llamada la encontré en la pista bailando con Jason, mientras sonaba la versión “Wherever you Will go” de Charlene Soraia que tanto me gustaba.*

**Si pudiera lo haría, iría dondequiera que fueras. Hacia arriba o hacia abajo...**

*En un momento, Mariola se deshizo de sus zapatos y pasaron a ser el centro de atención de la fiesta. Les miré y no podía dejar de sonreír. Cuando acabó la canción Jason le pidió que se acercase, le dio un beso susurrándole algo al oído.*

*—Toda tuya, papi.*

*—¿Perdón?*

*—Sí. Ahora van a poner una canción para que bailéis vosotros. Venga, papi. —Empezó a empujarme por detrás hasta llevarme donde ella.*

*—Ya voy, cariño.*

*—Por si acaso sales corriendo. —Me dejó delante de Mariola—. A bailar.*

*—¿Presionado por tu hijo? —Me sonrió.*

*—¿Para bailar con la chica más preciosa de la fiesta? Nunca. Para bailar con mi chica... nunca. —Le guiñé un ojo y ella se pegó a mí.*

*Bailamos unas tres o cuatro canciones. Estábamos en un mundo paralelo en el que nadie estaba a nuestro alrededor, en el que nadie nos miraba y en el que podíamos hacer lo que nos diese la gana sin miedo a las críticas o a los cuchicheos.*

*—Creo que es hora de que abras tus regalos. Tu madre te está llamando. —Los dos miramos hacia la gran mesa donde ella había colocado todo.*

*—Quiero seguir bailando contigo el resto de la noche.*

*—Queda mucho por delante. Hazlo por ella. —Le di un beso y sentí que todos nos estaban mirando—. Ha organizado todo esto para ti.*

*—Gracias a ti. No sé cómo has podido con todo.*

*—Nene, por ti hasta haría el pino con la cabeza rozando un tanque de pirañas.*

*Alex soltó una gran carcajada que atrajo más atención sobre nosotros. Negó varias veces con la cabeza, se pasó los dedos por los labios y me besó en la frente, para alejarse sin dejar de mirarme y sonreír.*

*Comenzó a abrir los regalos que su madre le entregaba y avisaba de quién eran. Me situé al lado de mi hermana para ir comentando la jugada. Era la mejor manera de esperar a que llegase al mío y que no se me notasen los nervios.*

—La madre que me parió. ¿Quién coño regala una figura tan horrible de cristal? —Miramos a Alex y su cara era un poema, pero como era muy diplomático, dio las gracias con una gran sonrisa.

—Madre mía qué regalos. Sigo prefiriendo ser pobre y que me sorprendas cada año con un regalo maravilloso de los tuyos. —María apoyó su barbilla en mi hombro—. Recuerdo con mucho cariño aquel cuadro enorme que montaste con diferentes marcos y fotos de cuando éramos pequeñas, con fotos que pensaba que habíamos perdido.

De vez en cuando Alex me miraba y me sonreía torciendo un poco el gesto y yo le devolvía la sonrisa. Jason se acercó a mí y se situó justo delante.

—Cariño, ya solo queda este. —Susan le entregó una caja enorme y sonreí sabiendo que era el mío.

—Esto debe ser una fuente de cristal enorme.

Varios de nosotros nos reímos y algunos no comprendieron la ironía de Alex.

Comenzó a abrir la caja y se sorprendía a cada cosa que encontraba, una cesta de pesca, carretes, líneas, los cachivaches que Robert me dijo que eran muy útiles para pescar, las cañas y al fondo de la caja había un sobre grande. Al sacarlo lo miró con curiosidad y le dio un par de vueltas buscando un nombre que no encontró. Miró tímidamente a los invitados, buscando entre todos alguna señal de quién era el dueño de aquel regalo. Cuando abrió el sobre no comprendía muy bien por qué sostenía una foto de la cabaña de sus abuelos. La giró y leyó la nota que estaba escrita a mano por detrás.

Los recuerdos son momentos que atesoramos en nuestro corazón con cariño. Los buenos, siempre permanecerán con nosotros, pase el tiempo que pase. Déjame ser parte de estos recuerdos de tu pasado para poder recordarlos en nuestro futuro.

Hasta que la vida se nos escape entre los dedos.

Te quiero.

—Mariola.

*Me quedé sin palabras, solo pude decir su nombre con un hilo de voz al terminar de leer aquella nota. Giré la foto y no me podía creer que fuese nuestra cabaña, aquella cabaña que llevábamos veinte años sin pisar. Mis ojos comenzaron a humedecerse. Miré entre los invitados y necesitaba agradecerse. La busqué entre todas aquellas caras que me miraban sin comprender mi emoción con aquella foto, pero todos se habían arremolinado cerca de la mesa y no podía verla. Mi madre se dio cuenta y me señaló disimuladamente a Mariola. Estaba intentando observar por encima de la gente, seguramente de puntillas y con una tímida sonrisa, esperando saber cuál era mi reacción. Caminé hasta ella y cuando la tuve enfrente la abracé, la levanté del suelo y comencé a girar con ella en brazos.*

—Eres increíble, princesa.

—¿Te... te ha gustado? —Titubeó al preguntármelo.

—¿Gustado? —negué con la cabeza—. *Me ha encantado. Es más... es mucho más especial que cualquier cosa que me hayan regalado en mi vida. No sé cómo lo has hecho, ya que pensaba que no existía la cabaña, que se la habrían comido las termitas.*

—Termitas, mapaches, cucarachas... —Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Casi no recordaba cómo era. —Me acerqué a sus labios.

—¿Ha merecido la pena no verme esta semana?

—¿Eso es lo que has estado haciendo esta semana?

—Estas ojeras y el cansancio acumulado en este cuerpo serrano, han merecido la pena solo por verte sonreír así esta noche. —Me acarició la cara.

—Papi... —Jason tiró de mi americana.

—Dime, cariño.

—Falta mi regalo. —Me entregó una caja y un sobre.

—¿Más sorpresas? —Mi hijo se agarró a la mano de Mariola y la miró sonriendo.

—Pánico me dais los dos juntos. —Abrí la caja y dentro había unas llaves. Les miré a los dos.

—Las necesitarás para entrar a la cabaña, para entrar los tres. —Miré a Jason y después a Mariola sorprendido.

—Nos vamos los tres, Alex. Sé que guardas muy buenos recuerdos de la cabaña y quiero que Jason también lo disfrute como hiciste tú con tus abuelos.

—No podría quererte más, princesa. —Besé a Mariola y le revolví el pelo a Jason—. Verás lo bien que lo pasamos, cariño.

—Pero abre el sobre que es lo que más mola.

—Vale, vale.

Dentro de aquel sobre me encontré un libretto de vales: vale por un desayuno familiar, vale por una acampada a la luz de las estrellas, vale por un masaje, vale por una sesión de cine y palomitas...

—¿Te gusta, papi? —Me estaba mirando fijamente.

—Me encanta, cariño. Es el mejor regalo de la noche y... ¿sabes por qué? Porque lo voy a disfrutar contigo. Te quiero mucho, enano.

—Y yo a ti, papi. —Le cogí en brazos y le di la mano a Mariola.

—¿Tú has tenido algo que ver con todo esto?

—Un poquito. —Se sonrió.

—Muchas gracias. Has hecho de este, el mejor cumpleaños de toda mi vida.

Todos los invitados nos miraban curiosos queriendo saber cuál había sido el regalo de Jason y Mariola, pero les dejé a todos con la duda. Era algo entre nosotros y mis abuelos. No quería compartirlo con nadie más, nadie iba a ser partícipe de aquellos recuerdos que íbamos a formar.

A Alex le había gustado el regalo y le había hecho mucha ilusión que pensase en Jason para que nos acompañase. No soltó las llaves de la cabaña en ningún momento. Mientras hablaba con algunos amigos, jugueteaba con el llavero entre sus dedos.

La noche se había echado sobre nosotros y muchos de los invitados habían comenzado a marcharse. Es lo que tenía haber cumplido ya los ochenta años. Rud me sacó arrastras a bailar a la pista y tuve que aguantarle con sus bromitas sobre la edad media de la fiesta.

—Yo no hice la lista de invitados, yo me encargué de enviarlas.

—Si un día os casáis, tendrás que poner purés y papillas, con un desfibrilador cerca. —Al reírse hizo un ruido raro con la garganta.

—Mira que eres imbécil cuando quieres. ¿Alguna vez quieres ser normal?

—Ser normal está sobrevalorado, ya lo sabes tú muy bien, rarita Santamaría.

—Préstamela, príncipe. —Justin le dio en el hombro a Rud—. No te pongas celoso que luego bailo contigo.

—Te estaré esperando sentada a que me saques a bailar. —Rud lo susurró de una forma muy femenina.

Se fue dando pequeños saltitos hasta sentarse en unas sillas, cruzó las piernas, colocó sus manos entrelazadas en las rodillas y suspiró.

—Está fatal. —Justin le miró encantado.

—Lo sé. Es como ese hermano que nunca tuve y que está a mi lado para protegerme, pero de diferente manera que vosotros. —Le abracé y empezamos a bailar.

—Te echo de menos.

—¿Va todo bien, Jus?

—Todo va bien, pero mi relación con Scott hace aguas. No sé qué demonios le pasa últimamente,

pero está inaguantable. No sé si es el trabajo o qué, pero hace unos días me dijo algo que me hizo pensar.

—¿Qué dijo?

—Que si tú no habías aceptado el trabajo de Los Ángeles, él lo quería. Que está trabajando muy duro para que tú consigas todo y él siga siendo un ayudante. Que él hace todo el trabajo sucio.

—Yo había pensado recomendarle a él para el puesto de Los Ángeles, pero antes quería hablarlo contigo. Yo no quería interponerme en vuestra relación.

—Tal vez poner tierra de por medio es lo mejor. No tengo una mierda de suerte en el amor.

—La tienes, pero estás tan cegado que no lo ves, Jus. —Le acaricié la cara—. Tal vez tu amor está más cerca de lo que crees.

Justin me miró tratando de que pensase que no sabía de qué le estaba hablando, pero me había entendido a la perfección.

Cuando nos dimos cuenta, solo quedábamos nosotros en la fiesta y los camareros.

—Ahora llegó mi regalo, hermanito, pero tenemos que bajar a la playa.

—Miedo me das. ¿Qué has preparado?

—Te gustará, solo que quería que lo disfrutases con los más cercanos. Es algo que hacíamos aquí todos los veranos. —Brian y Alex sonrieron como si hubiesen recordado algo de su pasado.

Cuando todos estuvimos en la playa, comenzaron a salir los fuegos artificiales desde una plataforma que habían montado a unos metros en el agua. Observé a mi alrededor y tenía que reconocer que me encantaba formar parte de algo así. Alex pasó su brazo por encima de los hombros de Brian. Aún no sabía cuál había sido el motivo de aquella discusión que presencié entre ellos, pero me alegraba mucho que recordasen cuando disfrutaban de pequeños de momentos como aquel.

Me alejé de ellos para dar un par de órdenes a los camareros que estaban recogiendo las copas y las bebidas sobrantes.

—No os preocupéis por recoger ahora. —Miré el reloj de mi muñeca—. ¿Mañana por la mañana podría pasar alguien a recoger todo?

—Por supuesto. —El encargado se acercó a nosotros—. Ya hemos recogido la comida y toda la vajilla. Mañana estoy aquí sobre las ocho para recoger todo lo demás.

—Muchísimas gracias.

—Ahora disfrutad de la tranquilidad. —Puso su mano en mi hombro y le hizo un gesto a todo su equipo para que se fuesen con él.

Me senté en una de las camas balinesas que daban directamente a la playa y a los cinco minutos vi a *mi familia*, tal y como nos había llamado el encargado, subiendo por el camino de piedra.

—Un día quedamos para comer. —Susan se acercó a mí sonriendo—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas sobre mi hijo. —Me guiñó un ojo y me pareció la mujer más dulce del planeta.

—Nosotros también nos vamos. Os dejamos para que disfrutéis de lo que queda de noche... o madrugada. —Brian se arrodilló en el sofá en el que estaba sentada y se abalanzó sobre mí—. Muchísimas gracias por hacer esto posible. Gracias por hacer que mi madre y mi hermano sonrían de nuevo. —Me dio un beso en la mejilla—. Gracias por hacernos recordar que la familia puede aparecer años después para salvarte de la mierda.

—De nada... creo.

—Gracias por hacer que mi hermano sea cada vez menos capullo y más como el niño que jugaba conmigo en la playa.

Nos despedimos de todos y Alex les acompañó hasta la entrada, mientras yo buscaba en la cocina algo frío para beber. Cogí una cerveza de la nevera y salí por la puerta que daba a la piscina y sonreí recordando lo que nos había contado su madre sobre los ataques exhibicionistas de mini Alex y al ver aquella piscina, con la temperatura que hacía, sabiendo que ya no quedaba nadie más en la casa... Le pegué un trago largo a la cerveza y la dejé en el suelo para desnudarme.

Cuando cerré la puerta y volví al salón no había ni rastro de Mariola. La puerta que daba a la cocina la encontré abierta, pero tampoco estaba allí. Escuché un sonido en la piscina y salí para comprobar lo que era, pero me quedé quieto a escasos metros de la puerta. Mariola estaba probando el agua de la piscina con el pie... completamente desnuda. Su precioso vestido estaba en el suelo, justo debajo de su ropa interior.

Estaba recreándome con su cuerpo, pero se zambulló en la piscina, privándome de aquellas maravillosas vistas.

El agua estaba perfecta, el ruido de las olas rompiendo en la orilla se podía oír desde allí y... joder, quería tener aquella piscina en mi azotea... y el mar... y aquella paz que había después de la fiesta. Aquello era algo que en Nueva York no podía tener.

Metí la cabeza bajo el agua y cuando nadé de nuevo hacia la puerta de la cocina, me encontré con Alex observándome desde el borde. No dijo nada, comenzó a deshacerse de la corbata, lentamente se desabrochó los botones de la camisa sacándosela del pantalón y dejándola caer al suelo. Joder, parecía que todo estaba sucediendo a cámara lenta. O es que me estaba dando algún tipo de ataque y estaba ralentizando mis últimos segundos de vida.

—¿Te gusta lo que ves?

—Como para no gustarme. Pero... ¿tú te has visto, hijo de mi vida? —Puse los ojos en blanco e hice un ruido con la boca—. Me estás provocando y luego me dirás que te lo quieres tomar con calma.

—Has empezado tú desnudándote y siendo una auténtica exhibicionista metiéndote desnuda en mi piscina. —Hizo hincapié en el *mi*.

—Si quieres me visto y me voy de tu piscina. —Hice el mismo hincapié en el *tu*.

—Ni hablar. —Se deshizo del resto de su ropa y se tiró de cabeza a la piscina y buceó hasta mí—. Ni se te ocurra sacar ese precioso culo de esta piscina, porque como lo hagamos... —me pegó a su cuerpo— vamos a tener problemas.

—Problemas es mi segundo apellido. —Puse voz de gánster.

—Tu... segundo... —No pudo contener la risa—. Gracias por esta noche, por organizarlo y por estar aquí conmigo hoy.

Enrosqué mis piernas en su cintura. Mis manos jugaron en su nuca y mis labios se acercaron a los suyos para besarle.

—Alex, cariño... —La voz de Susan se escuchó en el salón.

—¿Tu madre no se supone que se iba? —Me aparté de Alex.

—Te toca esconderte, nena. —Tenía una sonrisa burlona en la cara.

—Si pretendes que me meta debajo del agua, lo llevas jodido.

Puse las manos en sus hombros y le di la vuelta, para ponerme detrás de él. Su cuerpo me ocultó por completo justo a tiempo de que su madre llegase a la piscina. Estábamos en la parte alejada de la casa, donde no había demasiada luz.

—Alex, ¿qué haces en la piscina a estas horas?

—Recordando viejos tiempos, mamá.

—¿Y tu preciosa novia?

—Me encanta esta posición. —Metí las manos en del agua y apreté con fuerza su culo.

—Quieta, nena. —Lo susurró y me hizo reír—. Está recogiendo arena para algo del trabajo.

—Joder qué malo eres buscando excusas. —Le pegué un mordisco en la espalda.

—¿Trabajo a estas horas?

—No para, no sabe estarse quieta nunca. —Alex trataba de apartarme de él con sus manos debajo del agua.

—Solo quería decirte que Jason se queda con Brian y María, se ha quedado dormido en brazos de tu hermano, así que mañana pasas por su piso.

—¿Su piso?

—Bueno, por el de María, que es el de Mariola.

Vamos, que me iban a robar la habitación aquella noche. Si es que nuestro piso cada día se parecía más a *Una noche en la ópera*<sup>[20]</sup>.

—Disfrutad del resto de la noche.

Escuché los tacones de Susan alejándose y respiré.

—Buenas noches. Buenas noches, Mariola. —Vale, me había pillado.

—Buenas noches —me asomé por un lateral de Alex—, Susan.

Pude ver cómo Susan se alejaba con una gran sonrisa en la cara, mientras yo me sumergía en el agua negando con la cabeza.

—Disfrutad de la noche.

Aquello lo escuché perfectamente debajo del agua y esperé varios segundos, casi hasta quedarme sin aire, a que Susan saliese definitivamente de la casa.

Cuando mis pulmones ya estaba a punto de colapsar, las manos de Alex me sacaron del agua.

—Necesito un boca a boca. —Puso sus labios formando una o perfecta—. Me he sentido como una quinceañera a la que pillan en sujetador.

—Pero sin sujetador. —Subí las manos por su estómago y las dejé justo debajo de su pecho.

—Ya estamos solos. Espero que no aparezca, no sé, el presidente de los conservadores de los Hamptons y nos expulse del paraíso. —No hacía pie y terminó enganchándose de nuevo a mi cadera.

—No se le ocurriría. Pone un pie en esta casa y le pego una patada en el culo.

—Señor McArddle, se está volviendo un malhablado.

—Me estás pegando muchas cosas, entre ellas tu boca deslenguada.

Alex estaba hablando, pero yo sentí que alguien nos estaba observando. No quise decirle nada y me abracé a él, aprovechando para mirar por encima de su hombro todo el jardín. Supuse que Dwayne o Rud habían revisado todo antes de marcharse, sabía que aquello era lo que Alex les había pedido en la playa. Toda la casa estaba cerrada a cal y canto y la única puerta que seguía abierta era la que teníamos justo enfrente, la que daba a la cocina.

—Tengo un antojo. —Se separó de mí y se llevó un dedo a la boca.

—¿Antojo?

—He estado tan pendiente de que todo saliese bien, de que los invitados lo pasasen bien y de que tú, el hombre de la noche, disfrutases... —Sus ojos brillaban de una forma muy especial—. En la nevera hay unos Red Velvet y fresas de Godiva.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Caminé con ella encaramada en mi cintura por el agua y salí por las escaleras. Entré en la cocina con mucho cuidado para no caernos ninguno de los dos, cerré la puerta con el cierre de seguridad y eché las cortinas, para después dejar a Mariola con cuidado encima de la isla. Vi cómo levantaba el culo cuando notó el mármol frío bajo él, pegándose de nuevo a mí.

—Creo que hay sillas para sentarme. —Se removía en la encimera.

—Pero he oído fresas y Godiva y se me ha antojado mi postre, el que llevo varias horas con ganas de comerme.

Carraspeó y agachó la cabeza, mientras se pasaba la mano por el pelo.

—¿Fresas entonces?

Afirmó con la cabeza y escuché cómo susurraba algo en castellano, pero lo hizo tan bajito, que no fui capaz de entenderlo. De reojo vi cómo sonreía mientras seguía hablando sola. Saqué de la nevera las fresas y los Red Velvet que estaban metidos en una caja.

Los dejé encima de la isla y Mariola se llevó una fresa a la boca, introduciendo justo la parte cubierta por chocolate, chupando hasta que sus labios tomaron un color marrón.

—¿Tú crees que esas son formas de comerte una fresa, nena? —Observé cómo su lengua salía de su boca, pasaba por sus labios quitándose los restos de chocolate y afirmaba con la cabeza.

—Esta es la mejor forma de comer esto.

—Sí, te recuerdo haciendo lo mismo aquel día cuando saliste de Godiva de la Quinta Avenida. —Me situé entre sus piernas—. Llevaba demasiados días sin verte y fue como una aparición.

—Mariana<sup>[21]</sup>.

—No te rías de mí. —Actué de una forma demasiado trágica, a lo drama griego como lo llamaba Justin—. Había sido un imbécil y verte allí, con el vaivén de tus caderas enfundadas en una falda azul y aquel escote que estaba volviendo loco a varias personas que paseaban a tu lado...

Mariola me miró fijamente y supe exactamente que estaba pensando en aquel día y en la ropa que llevaba.

—Sí, sé lo que llevabas, la hora que era y la forma que tuviste de ignorarme cuando paraste aquel taxi. —Se removió en la encimera, pero le impedí con mi cuerpo que se bajase.

—Alex, me pillaste en...

—No, no te reprocho nada, nena. Pero desde que te vi aquel día con aquella fresa en tu boca —tomé su cara suavemente entre mis manos—, me muero de ganas de hacer una cosa.

Pasé mi lengua por su labio inferior, eliminando los restos de chocolate que tenía sobre él. Al apartarme de ella, seguía con los labios entreabiertos y los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—Joder, Alex. Es tan fácil acostumbrarse a ese tú, al pasional, dulce y algo greco dramático. —Abrió los ojos y negó con la cabeza—. Prométeme que no volverás a tener miedo de lo que pueda pasar. Nadie puede asegurarte lo que sucederá mañana, pero no dejes nunca que el miedo te paralice y no te permita vivir. —Puso sus manos sobre mi pecho—. Hablo por nosotros y por el resto de tu vida.

—No quiero que el miedo me niegue lo bueno de esta vida... en la que estás y estarás tú, Mariola. De eso que no te quepa ningún tipo de duda.

Ladeó la cabeza mirándome con una dulzura increíble. Mariola era capaz de hacerme vibrar el cuerpo, pero lo más difícil, hacía que mi corazón vibrase con cada gesto, con cada caricia y con cada beso.

Me pegó un pequeño empujón y, ayudada de sus manos, se deslizó por mi cuerpo hasta el suelo. Me miró fijamente a los ojos y se dio la vuelta, poniendo su culo sobre mi erección y se tumbó en la isla para coger otra fresa. Volvió de nuevo a su ataque particular al chocolate, pero aquella vez lo hizo sobre la isla, con la espalda arqueada y pegada a mí. Giró unos centímetros su cabeza y me miró mientras lamía el chocolate.

—¿Pretendes que me esté quieto mientras tu culo juguetea con... conmigo?

—Yo no pretendo nada, Alex. Solamente me estoy comiendo una fresa.

—Pues deja de moverte.

—Oblígame.

Me separé de ella un poco, acto que aprovechó para escaparse de mis manos. Se situó al otro lado de la isla y sacó la lengua.

—¿Quieres que te obligue? —Vi mi sonrisa en uno de los espejos de la pared. Me gustaba cuando jugaba conmigo de aquella manera. Me retaba mental y verbalmente.

—Primero... —a cada palabra, pegaba un nuevo lametazo a la fresa— tendrás que pillarme a mí —se estiró sobre la isla y vi cómo sus pezones rozaban el mármol— y a la fresas.

Salí corriendo de la cocina, rezando por no resbalarme y matarme por las escaleras. Subí por ellas y escuché la voz de Alex avisándome que no me dejaría viva si me alcanzaba, cosa que sucedió justo en medio del pasillo de la planta superior. Me agarró por la cintura y me pegó contra la pared, aprisionándome con sus brazos y su cadera, notando en mi tripa su erección, algo que me hizo soltar un gemido de satisfacción, miré hacia abajo, para poder ver nuestros cuerpos. Abrí mucho los ojos y sonreí.

—Me gusta mucho lo que veo. —Respondí su pregunta de la piscina y volví a mirar para abajo—. Bueno, no me gusta, me encanta.

Sus grandes manos se deslizaron por mi cuerpo, recorriendo todo con ellas, dejando un reguero de calor a su paso. Atrapó mi barbilla con su mano y la elevó para que pudiera ver mis ojos. Era algo que le gustaba hacer, le gustaba acariciarme y que le mirase a los ojos. Era como si quisiese ver más allá de ellos.

—Voy a por el mejor regalo de la noche.

Me dio la mano y me llevó hasta una de las habitaciones que tenía la puerta cerrada. En cuanto entramos, cerró la puerta con llave y corrió las cortinas con mucho cuidado para que nadie nos viera o nos molestara. No sé si pensaba que Jonathan podría estar por allí o lo único que quería era crear un ambiente íntimo para los dos.

—No te muevas.

Me quedé en la puerta esperando a que encendiese alguna luz, porque antes de cerrar las cortinas podía ver algo gracias a las luces de la piscina, pero estaba todo oscuro. Comenzó a encender algunas velas y un aroma a sándalo inundó la habitación.

—No hay luz sin oscuridad. —Alex estaba a unos metros de mí encendiendo lo que parecía la última vela.

—¿En ti hay más oscuridad que luz?

—No, ahora no gracias a ti.

Me acerqué a él y no me dio tiempo a llegar. Dio una gran zancada alcanzándome y aprisionándome con sus brazos. Sus labios entraron en contacto con los míos y todo mi cuerpo comenzó a arder ante su cercanía. Me mataban sus caricias, sus besos y lo que me susurraba al oído. Me cogió en brazos y me dejó en el suelo, con varias velas alrededor.

—No te muevas, nena.

Esperé unos segundos para saber qué iba a hacer y noté cómo algo recorría mi cuerpo... era algo cálido.

*Hice un reguero de chocolate comestible que iba desde su ombligo hasta el interior de sus piernas. Cuando le dije que iba a comerme mi postre, no le había engañado. Comencé a pasar mi lengua por el chocolate y su cuerpo se estremeció con el primer lametazo que fue en el interior de sus piernas. Salió un dulce gemido de su boca que hizo que mi erección creciese de nuevo.*

*—Hoy puedes gritar lo que quieras, Mariola. No habrá nadie que mañana nos pueda mirar mal por hacerlo.*

Su lengua dibujó círculos en mi ombligo, limpiando todos los restos de lo que supuse que era chocolate o algo por el estilo. Tenía las palmas de las manos pegadas al suelo y tenía que controlarme para no gemir cada vez que sentía su aliento cerca de mi cuerpo.

—Joder, joder, joder.

No pude mantener la espalda pegada al suelo en el tiempo que estuvo devorando el chocolate sobre mi cuerpo. No dejó un rincón sin lamer o acariciar mientras lamía. Iba a estallar en mil pedacitos si no paraba o no seguía o...

—No, nena. —Paró en el momento justo en que mi cuerpo estaba empezando a sentir más—. Esta noche, cuando ya no puedas más... —su boca se pegó a la mía— pararé. —Me lamió los labios y sabía a chocolate—. Cuando ya no aguantes más... —su mano bajó por mi estomago y acabó en mi sexo, acariciándolo con delicadeza— pararé. —Me costaba mucho respirar—. Cuando estés a punto de explotar... —su cuerpo se pegó al mío y noté cómo su erección rozaba mi sexo— cuando me mires a los ojos y vea que estás apunto de perder el control... —comenzó a introducirse lentamente dentro de mí— volveré a empezar el juego y no dejaré de amarte hasta que los rayos de sol entren en la habitación y nos avisen de que ya es de día.

Sus amenazas no fueron en vano y las siguió al pie de la letra durante toda la noche y parte de la madrugada, hasta que nuestros cuerpos no pudieron más y nos quedamos dormidos.

## 18.

# COMO SI LLEVARAS ESCALERA REAL DE COLOR

Me despertaron unos rayos de sol que entraban desde la ventana y la voz grave de Dwayne que estaba hablando con alguien que supuse que era del equipo que había ido a recoger lo que quedaba de la fiesta. No me quise mover, quise seguir en aquel estado de relajación al lado de Alex el mayor tiempo posible. Sabía que salir de aquella habitación era enfrentarnos a un nuevo día y... y tenía una sensación rara en mi cuerpo, como si algo estuviera a punto de suceder.

Comencé a notar las caricias de Alex recorriendo mi espalda desnuda y no me moví. Quería seguir sintiéndolas el resto del día. Bajó por las piernas, recorriéndolas por la parte interior y subiendo de nuevo a la espalda, llegando hasta la nuca. Me hacía estremecerme con un solo dedo, que no haría si lo hiciera con... Paró, dejó de acariciarme y levanté la cabeza de la almohada.

—¿Por qué paras? —Miré a Alex con los labios fruncidos.

—Nena, si sigo... no te dejo salir de la habitación en todo el día.

—Yo no tengo prisa. —Rodé por la cama para ponerme sobre él.

—Me encantaría pasar el resto del día encerrados en esta casa, pero me ha llamado mi madre. Quiere que comamos juntos hoy. —Se puso encima.

—De acuerdo. Aceptamos comida con madre como planazo para un sábado. —Sonreí.

—Te quiero, preciosa. —Me besó la frente y se levantó de la cama.

—Mucho *te quiero preciosa*, pero me das un beso en la frente como si fuera tu tía la de Pensilvania.

—Me levanté de la cama para vestirme.

No tardó ni dos segundos en agarrarme de la cintura y pegarme contra la pared dándome un beso que me hizo querer más, siempre quería más de Alex. No sabía cómo se lo montaba, pero un beso suyo era capaz de provocarme un sinfín de emociones.

—Te espero abajo para desayunar. No me hagas volver a buscarte.

Salió de la habitación guiñándome un ojo y con esa media sonrisa tan característica suya de *sé que te gusto, nena*.

Tras ducharme, bajé al jardín y me encontré con todo un festín para nuestros estómagos. Dwayne y Rud también estaban sentados con él en la mesa desayunando.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días, Mariola. —Dwayne no dejaba de sonreír.

—Das bastante miedo sonriendo. —Meneé la cabeza y me puse un café—. Menudo festín tenemos.

—Cuando hemos llegado unos tíos lo estaban dejando aquí. —Rud levantó los hombros—. Aunque festín el de anoche.

Se me atragantó el café y le miré levantando una ceja. Como soltase alguna de las suyas Alex le iba a matar con sus propias manos.

—Menudas fiestas organizas, pequeña.

—Ya te dije que no era solo una cara bonita. —Le guiñé un ojo y vi a Alex mirándonos fijamente.

—Gracias a los dos por conseguir que todo saliera bien. Aunque yo no supiera nada. —Alex me miró.

—Era una fiesta sorpresa, ¿no pensarías que te íbamos a avisar? —Me metí un trozo de croissant en la boca y sonó mi teléfono—. Mierda... —Vi un número internacional que no reconocí—. ¿Sí?

—Hola, preciosa.

—¡Ryan!

Al oír su nombre, Alex puso mala cara, al igual que Dwayne y Rud. Sus caras me estaban incomodando, así que me levanté y me alejé de ellos.

—Te fuiste de la ciudad sin despedirte. ¿Te parece bonito?

—Lo siento, pero hubo algunos problemas y tuvimos que adelantar todo. Prometo compensarte cuando vuelva.

—Más te vale volver de una pieza.

—Cuando vuelva te llevaré a tomar el café que nunca tomamos y veremos el atardecer desde el muelle.

—Sabes que estoy con... Alex, ¿verdad?

—Lo sé y no pretendo meterme donde no me llaman, pero será un café entre dos buenos amigos. Me portaré como un caballero, prometido.

Me lo imaginé haciendo una cruz sobre su corazón a modo de promesa y sonreí.

—Vale. Solo avísame cuando vengas.

—Tengo que dejarte. Vamos a una vigilancia y parece que va a ser un día muy largo. Cuídate, preciosa.

—Tú también, Ryan, por favor.

Tras despedirme me quedé mirando la pantalla del móvil. Me preocupaba por Ryan y tan solo hacía unos meses que le conocía. Después de todo lo que había pasado con él, de nuestra corta relación o lo que fuese, sentía una conexión muy especial con él.

La voz de Alex me sacó de mis pensamientos.

—Rud haz tu trabajo. Es una orden. —Alex estaba siendo muy tajante.

—Sí, jefe. —Los tres se volvieron a quedarse en silencio cuando me acerqué.

—No me apetece empezar la mañana con vuestras caras largas. Quedaré con Ryan cuando vuelva a la ciudad. Podrías venir conmigo a...

—No pinto nada allí. Así que si quieres ir, Rud te acompañará. Aunque siempre haces lo que quieres y desoyes los consejos de los demás... —Negó con la cabeza y sus fosas nasales se abrieron—. Te preocupas demasiado por personas que no se lo merecen. —Se calló. —No voy contigo porque nunca le perdonaré que dejase escapar a Jonathan.

—Alex... —No me podía creer que aún tuviese aquel sentimiento por Ryan.

—Mariola.

Uno de los chicos se acercó a nosotros para que firmase la orden de recogida. Me serví otro café y me alejé con ellos para comprobar que todo estaba en orden. Di una vuelta por el jardín mientras metían las mesas en un camión y, a lo lejos, vi algo que brillaba en el suelo. Me acerqué para recogerlo y en el momento en que lo vi... mi corazón comenzó a latir a mil por hora. Era un reloj, un reloj que conocía muy bien. Lo recogí del suelo y cerré los ojos. Le di la vuelta y esperaba estar equivocada, pero al mirar el reverso... Me quedé inmóvil y arrodillada en el suelo con el reloj en la mano.

—Mariola, ¿qué te pasa? —Tenía a Dwayne detrás.

—Nos hemos confiado y no debimos hacerlo. Jonathan estuvo aquí anoche y nadie le vio. —Mis ojos comenzaron a humedecerse.

—Es imposible, Mariola. —Dwayne me levantó del suelo—. Tanto la casa, como los alrededores,

estuvieron vigilados. Seguro que es de algún invitado.

—No. Es una edición limitada. —Le entregué el reloj—. Tendrá unos siete años, lo compramos en una joyería de Miami e hizo grabar una inscripción detrás. —Di la vuelta al reloj y la repetí de memoria—. «Lo que no te hace más fuerte, te mata».

Dwayne apretó su puño con el reloj dentro y los músculos de sus brazos se hicieron mucho más evidentes.

—No le digas nada a Alex, por favor.

—¿Decirme el qué?

—Nada, Alex. —Me asusté al escuchar su voz detrás de nosotros. Miré a Dwayne pidiéndole por favor que no le contase lo que había encontrado.

—Lo siento, Mariola, pero debe saberlo. —Le mostró a Alex el reloj—. Esto es de Jonathan. Mariola lo acaba de encontrar.

—No entiendo. ¿Cómo sabes que... —me miró y apretó la mandíbula al comprender que lo compró cuando estábamos juntos—. ¿Cómo...—agarró el reloj y lo lanzó con todas sus fuerzas a la playa—. Joder.

—Voy a mirar las cámaras de seguridad y moveré lo que haga falta para buscar al responsable.

—Vamos a revisarlas ahora mismo.

Me alejé de ellos sin seguir escuchando para poder recuperar la respiración que Jonathan, como siempre, me acababa de arrebatarse. Sin estar cerca, seguía siendo capaz de hacer que se me cortase solo pensando en él.

Bajé por el camino de piedras hasta la playa y caminé hasta el agua para meter los pies dentro. Necesitaba que aquellas pequeñas olas que rompían en la orilla, se llevasen toda la mierda que Jonathan esparcía cada vez que se acercaba a nosotros.

Había estado un tiempo sin dar señales de vida, pero comprendí que estuvo calculando con precisión cuál iba a ser su siguiente paso. Cerré los ojos y obligué a mi mente a borrar todos los recuerdos que tenía de él, pero nuestro último encuentro de hacía unas semanas apareció para atormentarme. Sentía sus manos sobre mis caderas y el peso de su cuerpo sobre el mío, el sabor a tabaco de su boca... Me recorrió un escalofrío y me pasé las manos por los brazos, frotando fuertemente, tratando de hacer que aquella sensación se alejase de mí.

Cuando me di cuenta estaba con el agua por las rodillas y lejos de la casa, demasiado lejos. Respiré profundamente y escuché a lo lejos mi nombre. Levanté la vista y vi a alguien observándome desde un montículo. Estaba demasiado lejos como para saber quién era, pero cuando el escalofrío me recorrió la espalda y me erizó los pelos de la nuca... supe que era él. Mi cuerpo le reconocía, el temor que me provocaba puso en alerta todo mi cuerpo. Quise salir del agua, pero parecía que alguien ejercía una fuerza sobre mí que me impedía moverme. Las olas rompían en mis piernas y comenzó a dolerme el pecho. Me llevé una mano a él y otra a la garganta. Volví a escuchar un grito con mi nombre y levanté la vista de nuevo. La imagen de Jonathan estaba más cerca y comenzó a volverse borrosa.

—¡Mariola!

Giré la cabeza en dirección a aquel grito, pero mis piernas flaquearon y caí de rodillas al agua. Cerré los ojos y comencé a hiperventilar, me costaba mucho respirar y mi garganta emitía gemidos desesperados.

—Mariola. —Las manos de Alex tiraron de mis brazos sacándome del agua.

—Jo... Jo... —abría la boca para intentar respirar.

—¿Qué te pasa, Mariola? —Alex salió conmigo a la arena.

—Jo... —señalé la zona donde le acababa de ver—. Jonathan.

Alex no dijo nada más y me ayudó a llegar hasta la casa. Me senté en una butaca del salón con una toalla por encima mientras Alex caminaba por el salón como si fuese un tigre enjaulado sin saber qué

hacer. Escuché un par de pitidos de mi móvil. Estaba a mi lado y al abrirlo negué con la cabeza. Era un vídeo enviado desde un móvil desconocido para mí. Sin duda era de Jonathan.

Veo que con el paso de los años tus dotes de seducción con los millonarios son las mismas. No has perdido ni un ápice de tus encantos. ¿Ya sabe él esa parte de tu pasado? Estará encantado cuando conozca eso de ti.

Volvieron las taquicardias, los sudores fríos y los temblores. La noche anterior sentí que alguien nos observaba, pero no hice caso a mi instinto. Había estado tan cerca de nosotros como para grabarnos un jodido vídeo. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Necesitas agua. —Salió del salón preocupado.

Un nuevo aviso salió del móvil. Aquella vez era un archivo de audio. Presione el play con miedo de que su voz se escuchase desde la cocina.

—Uno a uno caerán como fichas de dominó. —Su respiración se metía por cada poro de mi piel—. Justin, Mike, María, Brian, los niños, Sonia, Frank, Scott y tu preciosa suegra. —Sonrió, sabía que al enumerar a todos, estaba sonriendo—. Todo será por tu culpa. Te lo advertí y mandaste a un paleta de pueblo a detenerme. No sabes lo que voy a disfrutar acabando con tu adorado señor trajeado. Acabaré con él y luego contigo. Para que veas lo que duele perder a alguien a quien quieres. Disfrutaré mucho de ese momento. Y después —hizo una pausa larga en la que solo se oía su respiración—, acabaré contigo, nena.

—He pensado que un poco de whisky te vendrá mejor.

Escondí el móvil en el sillón y agarré directamente la botella para pegarle un largo, un largo trago.

—Dime que estás bien. —Alex se sentó en el reposa brazos.

—Sí, seguramente solo ha sido un efecto de mi imaginación. Lo del reloj...

No quise preocuparle más de la cuenta, aunque tampoco quería mentirle. Joder, aquello era una gran mierda.

—No hemos visto nada. —Dwayne entró apresurado en la casa—. Todo parece normal en una zona tan tranquila.

—¿Estás bien, pequeña? —Rud se agachó a mi lado en el sillón—. ¿Tan pronto dándole al alpiste?

—Nunca es demasiado pronto.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Me dio la mano y se la llevó a los labios, gesto que a Alex no le gustó un pelo.

—Rud, seré yo el que la lleve a su casa. —Puso su mano en mi hombro pegándome a él—. Tú límitate a protegerla cuando yo no esté cerca.

—Alex, por favor. —Me pegué a él para poder susurrarle sin que nos oyesen—. No hagas eso, por favor.

—Nos vamos a casa. Revisad las grabaciones.

No me dejó decir nada más. Me levanté enfadada del sillón, subí a recoger mis cosas, hice un ovillo con ellas y las metí en la bolsa que había llevado. Bajé enfadada hasta la entrada, esperando que Alex abriese el coche. Cuando lo hizo me senté enfadada mirando por la ventanilla y con los pies apoyados en el salpicadero. Me miró durante unos segundos, se puso las gafas de sol y salió derrapando.

Quería que se sintiese incómodo así que fijé mis ojos en su cara, pero o no le importaba o ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Alguna vez dejarás de ser un capullo con Rud? Si no te gusta porque es joven, guapo y super sexy... te fastidias. —Me crucé de brazos y miré a la carretera.

—¿Que es qué? —Pegó tal frenazo que el cinto se me clavo en el pecho. —Super sexy. —Se metió en un área descanso.

—Al menos ya me miras. Con esa cara que llevas.

—¿Qué cara?

—Como si llevaras escalera real de color.

—No cambies de tema. —Negó con la cabeza—. ¿Realmente piensas eso de Rud? —No recibió ninguna contestación—. Mariola, te estoy hablando. Mariola... —Su tono de voz aumentó—. No me hagas como hace Jason cuando se enfada. No lo soporto.

—Yo tampoco soporto esos aires de lo que es mío que no lo toque nadie. Yo entiendo que no te fíes de otras personas, pero... ¿de Rud? Por dios, Alex, deja de ser tan capullo.

—No empieces a insultarme, porque sabes cómo solemos terminar. —Me miró de reojo con una medio sonrisa en la cara.

—No tengo ahora mismo el chichi para farolillos, Alex.

—¿No tienes el... —Negó con la cabeza abriendo mucho los ojos y soltó una carcajada—. Mariola, siento comportarme así con él, pero no me dirás que es raro.

—Alex, me negué en rotundo a que me persiguiera por todo Nueva York, pero me tuve que tragar mis propias palabras y aceptarle por ti, tú me lo pediste. He aprendido a llevarme bien con él y tú debes hacer lo mismo. —Me acerqué a él y me quedé a escasos centímetros de su boca—. Prométemelo.

—¿El qué? —Su respiración se aceleró.

—Que lo vas a intentar. Hazlo por mí. —Le di un beso en la comisura de los labios.

—Veré lo que puedo hacer. —Se acercó para besarme y me aparté.

—Cuando vea que lo intentas de verdad...

—¿Me vas a negar besos hasta que trate de ser civilizado con Rud?

—Eso es. —Volví a ponerme cómoda en mi asiento.

Hora y media después estábamos en el piso. No había nadie allí. Mike estaba trabajando, Justin había dejado una nota avisándome de que se iba el fin de semana a casa de un amigo, porque necesitaba tomar muchas decisiones trascendentales... miedo me daba. Sonia, Frank, María y Brian habían salido a pasar el día con los niños.

—Alex, tenemos que hablar con todos. Contarles lo que está pasando. —Me removí nerviosa—. He recibido otro mensaje y todos necesitamos estar alerta

—¿Otro mensaje? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Te lo estoy contando ahora. Pone a todos en jaque. Creo que es el momento de contarlo. —Levanté los hombros—. Había pensado en cenar hoy todos juntos en casa. Unas buenas botellas de vino y algo de comida.

—Esta noche cenamos en casa —se estaba refiriendo a la suya—. Allí estaremos seguros y tranquilos.

—De acuerdo. Después de comer con tu madre encargamos la cena en algun restaurante.

Iba a ser difícil contar todo lo que estaba sucediendo en nuestras vidas, pero era lo mejor. Cuanto más al día estuvieran de los acontecimientos, mejor nos podríamos proteger.

A las dos de la tarde fuimos a Per Se, a uno de los mejores restaurantes de la ciudad o eso se decía de aquel restaurante, aunque a mí no me terminaba de encajar. Era más de perritos con chili en un *food truck*<sup>[22]</sup> y una cerveza bien fría.

—Bueno... —entorné los ojos.

—¿Por qué no te gustan estos sitios? —Me agarró de la mano.

—Porque esta gente nos está mirando, bueno, al hombre del año y a la organizadora de eventos española que trata de cazarle. —Arañé disimuladamente su espalda.

—Que les den a todos. —Le dio igual que varias personas nos estuviesen mirando fijamente y susurrando entre ellos.

—Me encanta que saques tu macarra de paseo.

Susan estaba esperándonos en una de las mesas y noté un signo de preocupación en su cara mientras miraba el teléfono. Cuando nos vio acercarnos, cambio el gesto para que no nos preocupásemos.

—Mamá. —Alex la besó.

—Hola, cariño. —Se acercó a mí y me abrazó—. Qué alegría que estés aquí.

—Gracias por la invitación. —Susan nos invitó a sentarnos.

—¿Y esa cara, mamá? —Sí que se había dado cuenta.

—Nada, cariño.

—Prometimos no mentirnos nunca más, Vivian.

—He tenido una llamada de... —se quedó en silencio con la mirada perdida en el centro de mesa.

—Disculpadme. —Levanté el teléfono en el aire—. Una llamada sobre la fiesta de la semana que viene y debo coger.

Me senté en una esquina de la barra y pedí una copa. Comencé con la ronda de llamadas para la cena. A María y a Brian fue fácil convencerles, mientras no les separásemos, no ponían ningún tipo de pega. Mike, ante mi insistencia, se cogió noche libre, Frank y Sonia aceptaron también sin dudarlos, otros que parecían siameses. Solo me quedaba Justin que había decidido desaparecer de la ciudad, sin saber el motivo exacto ni dónde se había refugiado. Al escuchar su voz, escuché un gran alboroto y me imaginé un jacuzzi lleno de maromazos a remojo y Justin en medio, como si fuera Hugh Hefner.

—Al habla Justin.

—Dime que lo que me he imaginado al escuchar tal alboroto es verdad. Dime que para ti, lo que sea que te está pasando, estás rodeada de unos tíos impresionantes con buen champán.

—Y embadurnados de aceite. —Pude escuchar una de sus risas forzadas. Solo con aquello, ya sabía que no estaba bien.

—Siento pedirte que abandones tu oasis particular, pero necesito una intervención familiar urgente.

—De acuerdo.

Pude escuchar cómo salía del agua y dejé de oír tantas voces.

—Donde me digas y cuando me digas.

No hacía falta decirle nada más. Él también me conocía y sabía que jamás le pediría algo así si no fuese de extrema importancia.

—Rud te pasará a buscar, mándale tu ubicación.

—Mmmmm... —Emitió un pequeño gruñido—. Tu guardaespaldas cachondo va a ser el centro de todas las miradas.

Me despedí de él con una sonrisa. Terminé la copa mientras observaba a Susan y Alex, parecía que hablaban más distendidos y supe que era el momento de volver.

—Mamá, tenemos que pedirte un favor.

—Dime, cariño.

—¿Podrías quedarte esta noche con Jason y Andrea?

—Claro. —Nos miró a los dos preocupada.

—Esta noche tenemos una cena en casa con los chicos y necesitamos hablar de todo lo que está pasando. No queremos que los niños se enteren así.

—Hijo —nos miró a los dos—, me estáis asustando. ¿Qué ocurre?

—Ya te conté lo que estaba sucediendo...—Parecía que para Alex nombrar a Jonathan una sola vez, era como invocar al diablo.

—Con el hijo de puta de mi ex. —Continué con mi ensalada.

—Parece que los ex siempre vuelven para dar por saco. —Susan me agarró de la mano.

—Sí. —Alex nos miró a las dos.

—No hay ningún problema. —Susan notó mi mirada tratando de saber si sabía a que me refería en concreto—. Cariño —apretó fuertemente mi mano—, Alex me ha contado por lo que estáis pasando y ese

malnacido debería estar entre rejas. Estoy preocupada por lo que os está intentando hacer, pero sé que lo vais a solucionar. Y si eso conlleva buscar a ese hombre entre las piedras del río más profundo, mi hijo lo hará por ti. —Agarró también la mano de Alex—. Por muchas cosas que sucedan, por mucho que salga en la prensa, él te adora y no quiero que por culpa de nadie todo lo que tenéis se pueda ir a la mierda.

—Susan... —Negué con la cabeza asegurándole que no tenía que decir nada más.

—Cariño, pueden venir mil ejércitos para tratar de destrozarnos, pero los únicos que podéis ganar esta batalla sois vosotros dos. Confíad el uno en el otro y no dejéis que nadie, ni siquiera yo, pueda romper lo que tenéis. —Sus ojos empezaron a brillar y no comprendía a lo que se refería.

—Mamá, tú no podrías estropear nada. Siempre has estado a mi lado, aun cuando pensabas que no lo hacías, siempre me has dicho las palabras correctas. Aquel día en el despacho, cuando esta pequeña loca entró arrasando todo y apareciste tú, me abriste los ojos. Me dijiste que si la quería de verdad... tendría que luchar por ella. Y es lo que llevo haciendo desde aquel día. —Alex miraba con devoción a su madre—. Sé que no te lo digo demasiado a menudo, mamá, pero te quiero y todo se va a solucionar. Todo.

Ese todo llevaba implícito más cosas de las que yo podía imaginar, que más adelante supongo que entendería de alguna manera o al menos esperaba hacerlo.

Nos despedimos de Susan antes de que cogiese un coche y Dwayne nos llevó a un supermercado cerca de casa de Alex para comprar vino. Ya me había encargado de pedir la cena a un restaurante.

—¿No has pedido ya la cena?

—Sí, pero necesitamos cantidades ingentes de alcohol, pero de esas que cuando bajas los cascos al día siguiente, los vecinos te miran mal. —Le agarré de la mano para entrar.

—¿Tal cantidad? —Se pegó a mi espalda y me besó en el lateral del cuello.

—Sin duda.

Paseé por la vinoteca rebuscando entre todos aquellos vinos. Alex me seguía de cerca y esperaba pacientemente mi elección.

—Perdone... —me acerqué a un chico que estaba colocando botellas—. ¿Podríamos llevarnos dos cajas de Viña Tondonia?

—Por supuesto, se las dejo en caja.

—¿No es mejor este? —Me enseñó otra botella.

—No por costar más es mejor. El vino es como una mujer. No por llevar ropa de firma, es mejor que la que recicla la moda. —Levanté una ceja y me reí.

—Lo de callarte no va contigo, ¿verdad? —Negó con la cabeza y pasó su brazo por mi hombro—. No sé cómo sabes tanto de vinos, pero me encanta.

—Algún día te lo contaré.

Dos horas y media después estábamos todos en casa de Alex y yo... yo no tenía ni puñetera idea de cómo empezar a contarles todo.

—Todo listo. —Alex terminó de colocar la comida con la ayuda de Mike.

Allí estábamos los diez sentados a la mesa sin decir nada. Mi hermana me miraba de vez en cuando y sabía que estaba muy nerviosa porque no paraba de tocarme el pelo.

—Mariola, ¿nos vas a contar qué pasa? —Todos me miraron.

—Necesito un poco más de vino, así como dos botellas.

—¿Por qué están cenando con nosotros los guardaespaldas? No es que no me alegren la vista con esos músculos, sus sonrisas y demás, pero...—María levantó las manos sin comprenderlo.

Me levanté de la mesa para descorchar las dos botellas de vino que pretendía meterme entre pecho y espalda, y escuché cómo Alex sacaba un tema de conversación trivial, esperando a que yo tuviese el valor de hablar o de caer inconsciente por el alcohol.

—Y cuando bateó en la última entrada...

—Jonathan. —No lo pensé y lo solté sin pensar demasiado. Acto seguido tenía los dieciocho ojos sobre mí.

—¿Cómo que Jonathan? —Sonia se levantó aterrada de la silla.

—E... n... a... —Respiré profundamente, pegué un largo trago a morro de la botella con una mano levantada pidiendo unos segundos más.

—Mariola, ten...

Mandé callar a Mike con un dedo en el aire hasta que no pude tragar más.

—Vale. —Se me escapó un pequeño eructo—. Perdón. —Me aclaré la garganta y me hice un pequeño esquema en la cabeza—. Vale.

—Esta mañana Mariola se ha encontrado el reloj de Jonathan. —Alex tomó la palabra—. Ayer estuvo en la fiesta sin que ninguno nos diésemos cuenta. Ha recibido un par de mensajes en los que nos amenaza a todos. Hay cosas que deberíais saber que no os hemos contado para no ponerlos en peligro, pero es hora de que lo sepáis todo.

—No os lo hemos querido contar antes. Primero, pensé que se quedaría en una nota de mal gusto, pero tras sus amenazas...

*Mariola sacó fuerzas y comenzó desde el inicio: los mensajes, el acoso en el portal, mi despacho, las notas amenazantes, el encuentro en su piso... No se dejó ni uno solo de los detalles. Me ponía enfermo pensando en todas las veces que había estado en peligro y el tiempo que tardé yo en darme cuenta de lo que estaba pasando.*

*Miré a todos y ninguno decía nada. Mike y Justin apuraban sus copas de vino, las chicas estaban con la cara desencajada y Frank nos miraba buscando respuesta a todas las preguntas que se estaban acumulando en aquella mesa.*

*—Te lo avisé cuando nos conocimos, pero eres terca como una mula y no me hiciste caso.*

*—Justin, no creo que sea el momento de echarle más mierda encima. —Mike le agarró de la mano.*

*—Yo tengo la culpa de esto, Mariola. —Sonia lo susurró casi llorando—. Yo... —se levantó alejándose de la mesa.*

*—No, Sonia. —Frank fue detrás de ella—. Lo que te hizo ese malnacido no es culpa tuya. Te ha tenido amenazada y tenías miedo de perder a tu hija. —Frank agarró fuertemente la cara de Sonia, que trataba de contener las lágrimas—. Te prometo que jamás te volverá a suceder, no tendrás más el temor de que él te pueda herir. Yo mismo te protegeré, cariño. —Abrazó a Sonia fuertemente—. Alex, cuenta conmigo para lo que sea necesario.*

*—Lo sé—. Me levanté y le enseñé a mi hermano la fotografía de Jonathan. Es el único que no le conocía—. Si le veis o veis algo extraño, avisadnos. La policía está al margen de esto. No nos han ayudado y es cosa nuestra. —Escuché el resoplido de Mariola.*

*—No están al margen. Ellos...*

*—Ellos... ¿qué, Mariola? —Dwayne se acercó a ella—. No han avanzado nada en estos meses. No nos podemos fiar de nadie, Mariola. Nunca sabemos por qué siempre va dos pasos por delante de nosotros. —Mariola le miraba con una mezcla de temor y enfado—. Es imposible que entrase solo a la fiesta. Necesito que hagas memoria, por favor. De todos los invitados, alguien tiene que haberle ayudado. —Dwayne le dejó el iPad sobre la isla en la que estaba apoyada.*

*Ella negó varias veces con la cabeza y Dwayne le mostró la lista.*

*—No lo sé, Dwayne. No conozco a ninguno de los invitados, nada más que a nosotros. Brian me ayudó a hacer la lista.*

*Me di la vuelta y le acerqué el iPad a mi hermano. Tal vez él descubriría alguien que se me había pasado a mí de aquella lista.*

—Alex, les conoces a todos. —Brian trató de tranquilizarme.

—Ya no sé qué pensar. —Mariola negó con la cabeza.

—Puede ser cualquiera. —Rud se acercó a nosotros para volver a echar un vistazo a la lista.

—Ryan.

Sí, debí haberme callado y no haberlo dicho, pero para mí, era la persona a la que todo señalaba. Supuestamente no estaba en la ciudad, apareció en la vida de Mariola justo cuando comenzaron los ataques de Jonathan, había intimado con ella y podía conocer sus movimientos.

—Alex, no está en el país. He hablado con él esta mañana y... —Apretó sus puños al lado de sus caderas y me miró negando continuamente con la cabeza—. Se llevó un tiro por mí, se quedó en aquel puñetero piso por mí... —Apartó el iPad enfadada—. Sé que él no ha sido. A mí me basta.

—Necesito que me escuchéis todos. —Dwayne se acercó de nuevo a la mesa—. Sé que todos pensáis que sabéis protegeros, pero necesito que tengáis en cuenta unas cuantas cosas que os vamos a decir. Lo primero, cualquier cosa rara que notéis en vuestra vida normal, por pequeña que os parezca, avisadnos a Rud o a mí. Os vamos a poner guardaespaldas de mi equipo cuando los reclute a todos. —Un montón de ojos se clavaron en él—. No me miréis así, solo cumplo órdenes. Explicaciones a él. —Me señaló incriminándome—. No vayáis solos ni solas a ningún sitio diferente, extraño o solitario ni nada por el estilo. Eso va por ti, Mariola. Que no se te pase por esa cabeza de loca que tienes escaparte de nuevo de Rud. Sé que parecen tonterías, pero hasta que no hayamos atrapado a ese tipo, cualquier detalle es importante.

—Ni de coña. Yo no necesito guardaespaldas. —María me miraba indignada.

—Vi lo que le hizo a Sonia y no quiero que a ti te pase lo mismo. —Mariola le suplicó a su hermana.

—¿Y tú? —María se acercó a ella.

—Quiere hacerme daño y la mejor manera de hacerlo, es haciéndoslo a alguno de los que estáis hoy aquí. —Ladeó la cabeza para observarnos a todos—. Si quiere que sufra, aquí tiene sus medios.

—¿Por qué no nos habías contado lo de su piso? —Mike se acercó a Mariola muy enfadado.

—Cuanto menos supieseis mejor, más seguros estabais.

—Pero también es nuestra vida. —Mike estaba muy enfadado con ella.

—Lo sé, pero en aquel momento solo pensaba en protegeros.

—¿Metiéndote más en esta mierda? —Sonia también se enfrentó a Mariola.

—Chicos... —Traté de poner algo de paz.

Comenzaron a discutir entre ellos por echarme en cara las cosas y yo solo podía observarles sin que saliese ninguna palabra coherente de mi boca.

Quería disculparme con todos, pero a cada palabra que decía menos caso me hacían y más subía el volumen de sus gritos. Mi respiración comenzó a acelerarse y noté que la vena de mi cuello empezaba a inflamarse por momentos y estaba a punto de estallar. Me alejé de todos, pasando por medio de una de las peleas paralelas que se había formado y me acerqué a la terraza, me apoyé en el gran ventanal y observé los edificios cercanos. A los minutos, Alex se acercó a mí, puso su mano en mi espalda y me besó en la cabeza.

—Joder, chicos. —Mike pegó un grito para que todos pudiesen escucharle—. Mariola lo ha hecho para protegernos y nos estamos echando sobre ella como una manada de hienas. —Se acercó a mí, me agarró del brazo para darme la vuelta y me abrazó. —Lo siento, pequeña. Lo siento mucho.

—Yo solo quería protegeros. Sé que no lo he hecho bien, que no lo hemos hecho bien... —Se me saltaron un par de lágrimas de rabia que Mike se apresuró a limpiar.

—Somos una cuadrilla de zorras. —Justin se acercó a nosotros—. Sabemos que lo has hecho con buenas intenciones, pero no puedes salvarnos a todos. ¿Quién te salva a ti?

—Yo. —Alex sonó rotundo.

—No está a salvo, ninguno lo estamos hasta que no acabe en la cárcel o acabe... muerto. —Sonia estaba llorando desesperada en brazos de Frank.

Pasamos de los gritos a los lloros. Demasiados secretos descubiertos y demasiada información para procesar en una sola noche. Me senté en el sofá y María y Sonia se sentaron una a cada lado. No hablamos, no dijimos ni una sola palabra más, a nosotras estar en silencio ya nos decía lo que estábamos pensando. Dwayne les dio a todos unas pautas que deberían seguir todos los días.

—¿Vienes a casa? —Justin me besó al despedirse.

—Esta noche me quedo aquí, Jus, pero Rud os acompaña a casa. Me da igual que nos os guste o que no queráis, va a acompañaros. —Abracé a Justin y Mike.

—No os preocupes por ella. Aquí está segura.

—Eso no lo dudo, Alex. —Mike estrechó su mano—. Es nuestra pequeña, así que confiamos en ti para todo.

—Te quiero, Mike. —Me abrazó fuertemente y me besó.

Nos despedimos en la entrada y todos se fueron acompañados de Dwayne y Rud.

—Ha sido un jodido desastre. —Me llevé la mano a la cara y resoplé desesperada.

—Pues ha ido mejor de lo que yo esperaba. Teniendo en cuenta lo impetuosos que sois, pensaba que iban a salir volando los platos y los vasos como en una película francesa. —Estaba tratando de hacerme reír—. Es normal que al principio se hayan enfadado, pero lo han comprendido. Has intentado protegernos a todos desde el principio, incluso a mí y apenas me conocías. —Me abrazó levantándome unos centímetros del suelo.

—Tú también nos estás protegiendo. —Me aparté de él—. Tú también lo haces.

—Te quiero, Mariola.

—Te quiero.

—Ve a darte una ducha y encima de la cama tienes algo de ropa. Relájate mientras yo recojo todo esto.

—Yo te ayudo.

—No. —Me llevó al baño—. Necesitas despejarte.

Al salir de la ducha oí cómo Alex seguía recogiendo las cosas en el salón y de fondo sonaba su voz tarareando una canción. Encontré encima de la cama un conjunto de seda negra que acaricié antes de ponerme. Encendí un par de velas en la habitación y me tumbé en la cama para esperar a que Alex volviese. Escuché una parte de su conversación con Jason y cerré los ojos unos instantes. Lo siguiente que noté fue que me quitó el móvil. Abrí los ojos y Alex estaba apagando las velas.

—Mmm...

—Tranquila, preciosa. Ha sido una noche dura. —Se metió en la cama y me abrazó.

—Te quiero.

Sus dedos recorriendo mi espalda desnuda me relajaban, él lo sabía a la perfección. Mi respiración comenzó a ralentizarse, al igual que la suya y me invadió una sensación de paz y tranquilidad que me hizo dormirme en pocos minutos.

A media noche me desperté empapada en sudor y con un dolor en la boca del estómago terrible. Me separé de Alex, levantándole el brazo lentamente, sin moverme mucho para no despertarle. Salí de puntillas de la habitación y cuando cerré la puerta salí corriendo al baño que estaba en la otra punta del apartamento. Parecía que llevaba un alien dentro y estaba luchando por salir. Vale, me había pasado con el vino. Vomité lo poco que había cenado y más de media botella de vino, pero cada vez que trataba de alejarme de la taza del váter, una nueva arcada sacudía mi garganta.

Conseguí alejarme y tras varios intentos fallidos, lo conseguí. Busqué en la cómoda del lavabo y

encontré un cepillo de dientes nuevo. Tras salir del baño, me preparé un té en la cocina y me tumbé en el sofá. Dos horas después parecía que me había relajado.

Cuando me desperté, estaba tapada con una manta. No recordaba haberlo hecho y supuse que Alex se habría despertado a media noche y me habría arropado. Fui a la habitación y no le encontré. Miré en el baño y tampoco estaba. Al volver a la cocina me encontré una nota.

He salido pronto esta mañana y no te he querido despertar. Tenía que hacer unas gestiones importantes y parecías muy tranquila. Llámame y comemos juntos.  
Te quiero.

Sonreí con ella en la mano mientras me preparaba otro té. Salí a la terraza para disfrutar de un momento de tranquilidad, pero Rud apareció por allí como si fuera su casa. Se puso un café y se sentó en la cocina a leer el periódico.

Mi hermana me mandó un mensaje para decirme que se llevaban a los niños para que yo pudiese descansar. Supuse que Alex ya le había dicho que no me encontraba demasiado bien. Así que me pasé el resto del día en casa de Alex entre el baño y el sofá.

—¿Estás bien, pequeña? —Rud me preguntó después de mi tercera visita aquel día al baño.

—Se me acumulan los nervios en el estómago. —Me tumbé a su lado en el sofá, apoyé mi cabeza en sus piernas y me tapó con la manta.

—Descansa todo lo que puedas que yo no me voy a mover de aquí. Prometido. —Me acarició el pelo y me quedé de nuevo dormida.

Me desperté varias horas después cuando el sol ya se estaba ocultando en el edificio de enfrente. Escuché las voces de Alex, Mike y Rud hablando en la cocina. Me levanté mareada y un poco desubicada.

—Buenas noches, dormilona. —Mike se acercó a mí.

—Joder. —Me dio un vuelco el estómago y sentí amargor en la garganta.

Salí corriendo al baño y volvió el mareo, los sudores fríos y los vómitos.

—¿Mariola? —Alex entró en la habitación.

—No entres, por favor. —Me estaba lavando la cara.

—Sí, claro, Mariola. —Entró al baño desoyendo mi petición—. ¿Qué te pasa?

—Llevo desde ayer a la noche con el estómago fatal. El trabajo y los nervios me están pasando factura.

—No estarás...—dio un paso para atrás pegándose al lavabo—. ¿Estás embarazada? —Su cara se desencajó.

—No. No estoy embarazada. —Ni siquiera se me había pasado por la cabeza pensarlo.

—Los vómitos son síntoma de embarazo. —Se apoyó con las manos en el lavabo.

—Alex, no te agobies que no estoy embarazada.

—Ahora mismo nos vamos al médico. —Tiró de mí sacándome del baño.

—Alex, por favor. Solamente necesito descansar y se me pasará. —Traté de frenarme con los pies, pero fue imposible.

—Ayer a la noche ya estabas así. ¿Crees que no te oí? Me desperté y no estabas en la cama. Cuando salí al salón te encontré en el sofá dormida. Ahora mismo nos vamos al médico.

No tuve ni un segundo para rechistar. Me sacó con la parte de arriba del conjunto de seda y un pantalón de chándal que le había cogido del armario y me metió en el coche refunfuñando.

Nada más llegar a urgencias me metieron en una sala de observación a hacerme pruebas y su primera pregunta, parecía ser la más común, que yo había tratado de obviar durante todo el trayecto en

coche desde que Alex me lo preguntó.

—¿Posibilidad de embarazo?

—No. Me vino la regla hace... —empecé a contar con los dedos— poco. Dos semanas.

—Para cerciorarnos. —Me dio un bote de plástico.

—Genial. —Se lo arranqué de la mano—. Ahora mismo vuelvo.

Volví a la consulta con aquel bote lleno y el médico se dispuso a hacer la prueba. Extrajo un tubo y lo depositó en un pequeño plástico. Me situé detrás de él. Después de los interminables minutos de rigor miré la prueba, negativo ¿o no? Una raya sí, dos no. ¿O era al revés?

—No estás embarazada. Volveré en un rato con los resultados de los análisis. Mientras tanto una enfermera te pondrá paracetamol para la fiebre que tienes, primperan para los vómitos y suero para la deshidratación.

Me tumbé en la camilla y esperé pacientemente a que la enfermera me cogiese la vía y me pusiese primero una jeringuilla y después el goteo de suero.

—Descansa.

Al marcharse pensé en qué hubiese pasado si aquella prueba hubiese dado positiva. No hubiese sido el mejor momento. Me llevé las manos a mi tripa e imaginé cómo sería sentir dentro... ¿Pero en qué coño estaba pensando? No estaba preparada para tener un hijo.

Después de más de una hora, en la que Alex no había dejado de mirar el gotero ni dicho una sola palabra, volvió el médico.

—Parece un virus estomacal. Durará par de días y ya sabe, nada de comida fuerte, ni café, ni bebidas alcohólicas. En una semana estarán el resto de resultados y ahí sabremos más a ciencia cierta si es un virus o tal vez una intolerancia o un problema gastrointestinal. —Me entregó un papel en el que me había recetado varias cosas—. Entonces podremos poner el tratamiento más adecuado en caso de que sea necesario.

El resto del fin de semana lo pasé en casa con la sopa mágica de pollo de Mike y en la cama.

El lunes al levantarme y verme en el espejo me asusté. No iba a tener maquillaje suficiente para tapar aquellas ojeras. En cuanto Rud llegó al piso me acompañó hasta el despacho y se quedó por allí haciendo algunas gestiones, vamos, tratando de ligar con Sasha.

Encontré a Scott en la sala de presentaciones preparando unas carpetas para los clientes.

—Buenos días, Scott.

—Buenos días, jefa.

—¿Desde cuándo me llamas jefa? —Me extrañó que lo hiciese.

—Desde que lo siento así. —Soltó la carpeta que tenía en las manos—. Me estoy dejando la piel trabajando y no consigo nada. Tú tienes el ascenso de tu vida aquí, la gran oferta para trabajar en la costa oeste. —Negó con la cabeza y comprobé que no me miraba a la cara—. ¿Qué más le puedes pedir a esta vida? ¿Un novio millonario que te adora? —Hizo una mueca de negación—. No, eso también lo tienes.

—Ni se te ocurra levantarme la voz, Scott, odio que me griten. —Negué con la cabeza y cerré la puerta. Nadie tenía que escuchar aquello—. Lo segundo, sé que te estás dejando el culo en este trabajo y pensé que había dejado claro el otro día lo agradecida que estoy por tenerte a mi lado. Eres parte del equipo y tengo en cuenta todas tus ideas. Pensaba que había sido justa contigo, que te había felicitado por tu maravilloso trabajo y habíamos llevado a cabo tus ideas, pero si no es así como lo has sentido, lo siento. —Puse mi mano sobre su pecho—. No ha sido mi intención. —Miré al pasillo y no vi a nadie pendiente de nosotros—. No te lo debería decir aún, pero propuse tu nombre para el trabajo de Los Ángeles cuando lo rechacé.

—¿Lo has rechazado? —Me miró sin poder creérselo—. ¿Por qué?

—No es lo que necesito. Me siento halagada, pero no es para mí. —Abrí mucho los ojos y sonreí

—. Pensé en todo el gran trabajo que estás realizando aquí y supuse que podría interesarte. —Suspiré.

—Joder, no quería gritarte, pero es que estoy pasando por un mal momento. La familia, mi vida sentimental y bueno... —se acercó a mí—. Lo siento mucho, Mariola. —Me abrazó y sentí que era el Scott que conocía.

—Scott, vas a llegar muy alto. Tienes mucho talento, solo necesitas un pequeño empujón y yo te lo puedo dar si quieres. Hablaré con Will, pero quiero recuperar al Scott tierno, cariñoso y encantador que conocí hace años.

—Lo siento, Mariola. Siento haberte hablado así, pero con todo lo que me está pasando, he explotado con quien menos se lo merece. —Me miró a los ojos y vi la tristeza en ellos.

—Sé que no es cosa mía, pero... ¿va todo bien con Justin?

—No tenemos tiempo para estar juntos y eso me da mucha pena. Él me gusta muchísimo, pero no estamos bien. Ahora mismo solo puedo alejarme de él y esperar a que si el destino lo quiere, volvamos a estar juntos en un futuro.

—¿Estás bien? —Le agarré del brazo.

—Una mala época y algunos problemas que pensaba que se habían terminado hace mucho tiempo, han vuelto. Pero espero que se solucione pronto. —Trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—No me gusta verte así. Me gustaba el Scott que conocí y que una vez me sedujo. —Traté de hacerle sonreír.

—¿Qué yo te seduje? —Abrió mucho los ojos indignado—. Fuiste tú con aquel modelito que ibas al gimnasio marcando tus curvas. —Me sonrió—. Qué fácil era todo entonces. No te preocupes, Mariola, antes o después volveré a ser el mismo. —Prosiguió con la preparación de las carpetas.

—Me voy al despacho que tengo que hacer unas llamadas. Si quieres comemos hoy juntos.

—Hoy tengo una cita, pero mañana acepto esa invitación.

—De acuerdo. —Le sonreí y salí de la sala.

Me fui al despacho y me encontré un gran ramo de rosas azules, pero grande de cojones, casi tapaba media mesa. Era lunes y al lado estaba la rosa que todos los días recibía, pero ese gran ramo de la eclipsaba. Alex estaba tratando de pedir perdón por su comportamiento. Al darme la vuelta le encontré apoyado en el marco de la puerta vestido con un traje gris y una camiseta blanca. En ella había estampada una imagen de un hombre con unas gafas enormes y una nariz roja de payaso.

—Bonita camiseta. —Me crucé de brazos delante de él.

—Sí, acabo de hacerla con un selfie que me saqué ayer. Me comporté como un idiota. Lo siento, cariño, pero me asusté. —Sé estaba poniendo nervioso porque yo no decía nada—. Cuando pensé en embarazo... tal y como estamos ahora mismo, con todo lo que está pasando...

—Shhh. —Me llevé un dedo a los labios—. Cállese, señor trajeado con camiseta extrañamente graciosa.

—¿Me estás mandando callar? —Se acercó a mí.

—Sé que poca gente puede mandarte callar, pero yo soy ese 0,01% que puede hacerlo. Si te tengo que mandar callar lo haré ahora y siempre. —Tiré del bajo de su camiseta.

—Lo siento, Mariola. Se me pasó la idea por la cabeza, pero con Jonathan en la calle... Me da miedo que te pueda hacer algo y ahora mismo, no creo que ninguno de los dos estemos preparados para disfrutar de verdad de un embarazo, de la manera que nos gustaría hacerlo algún día. —Se pasó una mano por la nuca—. El día que estemos embarazados quiero disfrutar cada segundo.

Agradecía aquella explicación a su comportamiento y, realmente, yo pensaba lo mismo. Sabía que con Jason no había podido disfrutar por completo de la experiencia.

—¿De jueves a domingo tienes que hacer algo? —Le agarré de la cintura.

—No. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Resérvame los días. El miércoles cuando salga Jason del colegio, nos vamos a la cabaña y

pasamos allí unos días. Nos vendrá bien para desconectar y respirar aire puro. Jason no tiene clase el jueves y el viernes.

—Me parece perfecto. Disfrutar de mi hijo y de ti cuatro días va a ser como estar en el paraíso. — Me besó.

Nos estábamos besando y se abrió la puerta de mi despacho. Me separé un poco de Alex y vi que era Linda con... ¿Will?

—Perdón, Mariola. —Linda sonrió—. Tendría que haber llamado. Scott me ha dicho que no estabas reunida —nos miró a los dos.

—Will, ¿cómo tú por aquí? —Le miré a Linda sorprendida.

—Tras tu negativa a mi oferta, me he visto en la obligación de cruzarme el país para saber por qué no has aceptado. Quería oírlo en persona. —Miró a Alex—. Hola, yo soy Will.

—Yo soy Alex. —Se estrecharon la mano y me miró haciéndome saber que no le gustaba nada que Will estuviese allí.

—Encantado.

Linda estaba gesticulando por detrás de Will, tratando de decirme algo, pero no era capaz de comprenderla.

—Si nos disculpáis un momento, creo que Linda tiene que decirme algo y no me estoy enterando. Salí con Linda del despacho.

*—Así que tú eres Will. —Aproveché para mirarle de arriba abajo.*

*—Tú debes de ser la razón por la que no ha aceptado mi oferta. Debes sentirte halagado. —Se sentó en la mesa de Mariola—. Hice todo lo posible para que ella viniera a trabajar conmigo y se negó. Tiene demasiado talento como para quedarse estancada. —Me estaba recriminando la negativa de Mariola.*

*—No creo que yo sea el único motivo de su negativa. A lo mejor la oferta no era tan interesante como piensas. —No iba a dejar que me echase la culpa de aquello.*

*—Si lo quieres ver así... —Se cruzó de brazos y no sabía si era ya que estaba más cómodo o porque quería mostrarme sus enormes músculos—. Pero algún día esto se le quedará pequeño, y si solamente lo ha hecho por ti, lo lamentará. No quiero sonar vanidoso ni nada por el estilo, pero ella debe volar alto, muy alto. Espero que no seas el ancla que la frene.*

*Las palabras de aquel imbécil me estaban sacando de mis casillas, pero no me quería poner a su altura. Miré por la cristalera y vi a Mariola hablando con Linda. Su cara reflejaba un poco de tristeza mientras anotaba algunas cosas en una pizarra y entonces me di cuenta. ¿Y si realmente era yo el ancla que no la dejaba avanzar? ¿Y si por querer estar conmigo... no podría ser plenamente feliz?*

*Linda y Mariola volvieron a entrar y decidí que era el momento oportuno para marcharme y dejarles a solas. Cuando me despedí de ella en el ascensor la observé.*

*—Pase lo que pase, cariño, quiero que sepas que te quiero. Que siempre te querré hagas lo que hagas.*

*—¿Por qué dices eso, Alex? —Me miró sin comprender una sola de mis palabras.*

*—Esta noche cenamos juntos si estás recuperada y hablamos tranquilamente.*

Alex se marchó y me quedé unos segundos pensando en sus palabras. ¿Qué demonios había pasado en mi despacho? Al volver, Will seguía en sus trece con la oferta de trabajo, pero después de mi millón y medio de negativas, aceptó escuchar mi oferta. Hablé del trabajo de Scott, de todo lo que habíamos hecho y del talento que tenía, que se merecía esta oportunidad. No le convencía lo que le decía, pero después de dos horas de explicaciones empezó a verle con otros ojos. No quería aceptar nada sin antes conocerle, así que organicé una reunión al día siguiente los cinco. Los jefes, Scott, Will y yo.

En cuanto se marchó, salí corriendo del despacho para buscar a Scott. Le encontré en una de las salas multimedia. Entré y le abracé. Se quedó sin saber muy bien que pasaba.

—Mañana tienes la oportunidad de ganarte el trabajo en Los Ángeles. Tenemos una reunión con Will. Así que deja todo lo que estás haciendo que vamos a hacer una presentación para que no le entre una aguja en el culo al terminar. —Di unas palmadas.

—¿Me estás hablando en serio?

—Super en serio, así que mueve ese culo que tenemos mucho trabajo.

—¿Cómo es posible que después de...

—Después de... nada.

Preparamos una gran presentación. Aunque me jodiese perderle como trabajador, Scott se merecía aquella oportunidad.

—Ojalá todo salga bien. —Scott recogió todo—. Muchas gracias, Mariola. —Se abalanzó sobre mí y me besó.

—No hay de qué. —Yo estaba de espaldas a la cristalera.

—Han venido a por ti. —Puso sus manos en mis hombros y al girarme vi a Alex—. Hasta mañana.

—Veo que ha sido un día duro. —Me quitó un boli que llevaba en el pelo.

—Sí. Estábamos preparando una presentación para que mañana Will le dé el puesto que yo rechacé.

—Recogí mi bolso.

—Necesito saber algo.

—Dime. —Estaba recogiendo las cosas y me las quitó de las manos.

—Para un segundo por favor, Mariola. —Levanté las manos de la mesa—. Respóndeme con sinceridad, como siempre has hecho. ¿Soy un ancla para ti?

—¿Cómo? —Me senté en la mesa con las manos apoyadas en ella mirándole sin comprenderle.

—Te estoy atando a esta ciudad y has rechazado un maravilloso puesto de trabajo en la otra punta del país por mí. ¿Estás segura de que no te arrepentirás? Tal vez llegue el día en que pienses que aquello hubiera sido lo mejor de tu vida y que te quedaste aquí solo por mí.

—No, Alex. No eres un ancla para mí. —Me levanté de la mesa—. Fue mi decisión y nunca te lo echaría en cara. Siempre me fio de mi corazón y le escuché. Fueron varias cosas las que al final me hicieron rechazarle. —Levanté los hombros y me humedecí los labios—. Siendo sincera... nunca antes había hecho algo así. Llegué a Nueva York con unos sueños y unas ideas muy claras en mi cabeza. Los inicios fueron duros, muy duros. Cuando me echaron de aquel trabajo, las semanas siguientes pensé en tirar la toalla y abandonar. Pero no soy así. Levanté la cabeza y seguí adelante. Quería conseguir mi sueño y después de mucho esfuerzo y mucho trabajo, lo he conseguido. Mi familia está aquí, tú estás aquí. Apareciste cuando menos te esperaba, cuando no te buscaba. —Acaricié su cara—. Rechacé la oferta con todas las consecuencias. Así que no pienses que tú eres mi ancla.

—Es que... —su mirada era una mezcla de tristeza y enfado consigo mismo.

—No hay ningún es que ni ningún pero. Te quiero con todas las consecuencias, Alex McArddle. Espero que te entre en esa cabeza dura que tienes. —Esperé un par de segundos su reacción.

—Nunca me había dado tantos quebraderos de cabeza una mujer, que lo sepas. —Me besó.

Aquella noche cenamos con Jason en casa y mi estómago ya parecía que se estaba recuperando.

Al día siguiente me encontré con Scott en la entrada del edificio de nuestra oficina. Estaba dando paseos sin entrar y estaba dejando ya un gran surco en el suelo.

—Tranquilo.

En el ascensor se estaba sacando las tabas de las manos, de los dedos y seguramente de los de los pies también. Se abrieron las puertas en nuestro piso y salí mirando el móvil y hablando sola, porque Scott se había quedado pegado a la pared del ascensor.

—No me jodas, Scott, no me dejes hablando sola que en la oficina ya piensan que estoy loca, no les des más motivos.

—No puedo.

—No me hagas entrar y sacarte arrastras. —Tiré de su brazo fuertemente.

—¿Y si no le gusta? ¿Y si mi trabajo no le gusta? ¿Y si me acaban despidiendo? ¿Y si...

—Y si y si y si. —Me burle de él—. ¿Y si nos cae un meteorito? ¿Y si viene Godzilla a arrasarlo la ciudad? ¿Y si le encantas y se enamora de tu trabajo? ¿A que no has pensado en esa posibilidad? Ese puesto es tuyo y si no te lo da, que le den al gran Will. —Vi la cara de susto de Scott y noté unos ojos clavados en mi nuca—. Está detrás de mí. —Scott afirmó y salió casi corriendo a la sala de reuniones.

—¿Que me den? —Me giré y vi su semblante serio.

—Sí, es muy bueno. Y si no te gusta...—Levanté los hombros y se le dibujó una espectacular sonrisa en la cara.

—Que me den. —Afirmó con la cabeza y se mordió el labio—. Por eso quería tenerte también a mi lado, pero me rechazaste. Solamente espero que no te arrepientas de haberlo hecho. —Me puso una mano en el hombro—. Aunque te confieso que si me llamas en un mes para decirme sí, dejaré todo lo que tenga entre manos para recibirte.

—Contratando a Scott te olvidarás de mí.

—Él no tiene tu preciosa sonrisa.

Will cambió su gesto cuando entramos en la sala y comenzó la presentación. Estudió a Scott, cada uno de sus gestos, cada uno de sus movimientos y cada una de sus palabras. Scott estaba demasiado nervioso y cada vez que me miraba trataba de darle ánimos.

Cuando Scott finalizó, me levanté y comencé a aplaudir, con silbidos incluidos. Linda me sonreía y Will me miraba como si fuese una vieja loca rodeada de gatos.

Scott y yo salimos de la sala para darles un poco de privacidad y observamos a Will y Linda mientras hablaban en el interior. Will negaba constantemente con todo su cuerpo.

—No te preocupes, no es tan duro como parece. Vamos a volver al trabajo y así nos olvidamos de todo un poco. —Fuimos a mi despacho y tenía un aviso pegado al ordenador—. Mira, están listas las impresiones de prueba de la presentación de la novela. ¿Quieres ir tú a por ellas y así sales de aquí?

—Claro.

Nada más que Scott se fue de la oficina, vi cómo Will salía del despacho y Linda se quedó negando con la cabeza mientras me miraba. Fui a hablar con ella y me explicó todo lo que Will le había dicho.

—¿Dónde está?

—Se ha ido al hotel. Está en el Four Seasons y creo que iba a comer ahora.

Llamé a Rud para decirle que iba a salir de la oficina y a los cinco minutos estaba en la entrada y me acompañó hasta el hotel. Pregunté por Will en recepción y me avisaron que estaba en el bar. Le encontré trabajando con su portátil y cuando llegué a su lado bajé la tapa cerrándolo.

—¿En qué demonios estás pensando para rechazar a Scott?

—Hola. —Me miró muy sorprendido.

—¿Por qué has rechazado a Scott? No tienes ni idea de la cagada que estás cometiendo. Lleva años trabajando en este mundo y solamente necesita la oportunidad de que alguien crea en él. Adora este trabajo y lo hace con pasión y se esfuerza muchísimo, pero tú no sé si sabrás lo que es eso. Pero si no le quieres... otra gran agencia se lo llevará y te hará la competencia.

—¿Quieres deshacerte de él? —Se recostó en la silla.

—No, te estoy haciendo un favor, Will.

Se quedó observándome unos segundos. No decía nada, solamente me mantenía la mirada. Quería decirle un montón de cosas más, pero mi boca le hizo caso a mi cerebro por una vez en mi vida. Will se levantó apartándose de mí para hablar por teléfono. Al colgar se acercó a mí sonriendo.

—Más vale que todo lo que me has gritado sea cierto. Si tú crees firmemente en él, confío en ti. Pero no me hagas volver aquí a regañarte por engañarme. —Se quedó en frente de mí.

—¿Es... suyo? —Vi cómo afirmaba con la cabeza—. ¿Sí?

Comencé a dar saltos por el bar y a emitir pequeños gritos, como si me hubiesen dado a mí el puesto de mi vida. Will me miró sonriendo y le abracé. Pero justo en el momento en que me abracé a él saltando y sonriendo, apareció Alex en el bar.

—Muchas gracias, Will. Te prometo que no te vas a arrepentir. —Crucé los dedos y le di un beso en señal de promesa.

—Mi oferta para ti sigue en pie. Un día, una semana, un mes, un año... Si te quedas anclada aquí y todo esto se te queda pequeño, búscame.

—Me siento muy feliz aquí con todo lo que tengo en mi vida.

—Yo me voy que en tres horas vuelo a Los Ángeles de nuevo. Ha sido todo un placer conocerte Mariola. —Me agarró de la cintura y me dio dos besos que hicieron que Alex girase la cabeza—. Estamos en contacto.

—Adiós. —Saludó a Alex y se marchó.

—Qué bien, cariño. —Fui a darle un beso y se apartó—. ¿Qué pasa?

—¿Se va ya de la ciudad el trajeado? —Entrecerró los ojos y se humedeció los labios.

—Que te quedé una cosa clarita. —Me estiré para tratar de estar a una altura más cercana a él—. Para mí solo hay y habrá un señor trajeado. —Le agarré del culo y le acerqué a mí para besarle—. Tú. —Le di un beso de los que dejan sin respiración—. Y si no te ha quedado lo suficientemente claro, esta noche en casa te lo explico más gráficamente.

—Estamos en medio del bar del hotel y más de un cliente se ha sonrojado por la forma de agarrarme del culo, señorita Santamaría. —Me acarició el lóbulo de la oreja con sus labios.

—Es que teniéndote cerca no me resisto. —Le volví a besar—. Pero ya me voy que tengo que hacer muchas cosas. ¿Luego tendré el honor de cenar contigo?

—¿Solo cenar?

—Me sorprendes, Alex. —Tiré de su americana y se acercó a mi oído.

—Te imagino desnuda encima de la isla de la cocina con una buena botella de vino. Me imaginó acariciándote el pecho desnudo, saboreando tus pezones y bajar hasta...

Estaba tan pegado a mí que nadie podía ver cómo su mano bajo por mi vientre hasta pasar por encima de mi sexo sin tocarlo.

—Tendré que controlarme hasta esta noche, pero esa imagen me acompañará en la reunión de esta tarde.

—Eres un perverso —Le di un empujón con la cadera—, pero me encanta tu perversión.

Al salir del hotel, Rud se limitó a negar con la cabeza. No me dijo nada y eso me extrañó. Era un momento perfecto para haberse metido conmigo o haber dicho alguna de las tuyas, pero se limitó a callarse. ¿Qué demonios le pasaba?

Recibí una llamada de Alex.

—Comprendo que mi imagen desnuda no se te vaya de la cabeza, pero acabo de marcharme. —Sabía que Rud me estaba mirando de reojo.

—Mariola, no sé si esta reunión que acaba de comenzar se alargará demasiado. —Estaba muy serio, seguramente porque los tenía al lado.

—¿Así que no puedes decir ni una sola guarrada por teléfono? —Esperé unos segundos y me lo imaginé carraspeando y acariciándose la barbilla.

—No en este momento.

—Pero sí puedes escucharlas. —Ronroneé sabiendo que aquello le iba a incomodar—. Si esta noche habías pensado en sentir mis pezones sobre tu pecho, imagínate si te espero con un conjunto de

ropa interior que puedas rasgar, un bote de nata y chocolate derretido. —Emití un pequeño gemido sin importarme si me escuchaba alguien más.

—Mariola. —Estaba regañándome.

—Sí, Alex, esta noche terminarás gimiendo mi nombre. —Tuve que llevarme la mano a la boca para que Alex no escuchase mi risa—. No voy a dejar que dejes ni uno solo de mis curvas por recorrer ni... —escuché los pitidos que indicaba que Alex me había colgado.

Tuve que quedarme quieta en medio de la calle para reírme. Me dolía la cara de aguantarme las carcajadas que comenzaron a brotar de mi interior.

—Eres un jodido mal bicho, Paris.

—Bueno... —Sonó un mensaje en mi móvil y al leerlo vi que era Alex—. Hoy vamos a recoger a Jason del colegio.

Cuando lo hicimos, nos marchamos hasta Central Park a disfrutar un poco de la tarde. Ya estábamos en pleno verano y el parque estaba repleto de gente jugando, leyendo y disfrutando de aquel oasis en medio de la gran ciudad.

Jason y Rud comenzaron a echar un partido de béisbol con unos chicos que estaba a nuestro lado. Yo me senté en el jardín para disfrutar de sus locuras. Observé a nuestro alrededor, tratando de buscar algún indicio de que Jonathan pudiera estar cerca de nosotros, pero no encontré nada fuera de lugar.

—Corre, Jason, corre como si un brócoli gigante te persiguiera por Manhattan.

Jason salió corriendo y Rud hizo lo mismo detrás de él gritando. Con él se estaba comportando como un amigo, pero conmigo algo había cambiado. No sabía si Alex le había dado otro toque de atención, pero desde hacía un par de días Rud no era el mismo. Recibía llamadas en las que se alejaba de nosotros para que no le escuchásemos, no me hacía sus típicas bromas, ni me regalaba sus comentarios ácidos. Al principio de conocernos me molestaba que su comportamiento fuera así y después me molestó que no lo hiciera más.

—Voy a por agua, Rud. No te despistes ni un segundo.

—Sí, Mariola. —Era como si me estuviese mandado a la mierda.

—La última vez que estuvo en un parque desapareció. —Le miré rogándole.

Mientras estaba en el puesto, tras hacer una larga cola, sentí la vibración de mi móvil justo cuando recogí las botellas de agua del puesto. Dwayne me había entregado aquella misma mañana un teléfono con número nuevo. Solo los más cercanos lo conocían.

Piensas que todo tu mundo está protegido, que nadie puede entrar en él sin que lo sepas. Pero... ¿y si ya hay alguien dentro? Piensa, bomboncito, en esas personas que han entrado en tu vida de las que no sabes absolutamente nada. Ese policía, ese gran guardaespaldas que juega con Jason ahora mismo. ¿Qué te hace pensar que ellos no tienen alguna otra intención?

El móvil volvió a sonar.

Me encanta cuando tu cara expresa exactamente lo que está pasando por tu cabeza. Esa cara de fuera de juego que tienes ahora mismo. Estás pensando en que no puedes confiar en nadie. ¿Crees que yo soy el más peligroso? Fíjate a tu alrededor, cualquiera podría hacerte algo en este mismo momento.

Me agaché en el suelo y recogí las botellas de agua que se me habían caído, mientras miraba a mi alrededor buscando alguna persona que me estuviese mirando. En un segundo a todos los que paseaban por allí se les dibujó una sonrisa endemoniada en la cara. Todos me miraban, me estaban observando y lo único que quería hacer era salir de allí corriendo.

—Jason —grité para que me oyese—. Cariño, nos vamos. —Recogí su mochila del suelo y mi bolso.

—Vale. —Se acercó a mí corriendo y Rud se acercó caminando tranquilamente.

—¿Qué se está quemando?

—Nada. —Cogí el teléfono y llamé a Dwayne—. ¿Puedes venir a buscarnos a la entrada oeste?

—Está Rud contigo, ¿no?

—Lo sé, pero quiero que vengas tú. Por favor, Dwayne.

—¿Ha pasado algo con él?

—Ven a buscarnos. —Colgué sin dejarle hablar.

—¿Qué pasa, Mariola? Estoy yo aquí y... ¿le pides a Dwayne que venga a buscaros? —Estaba desconcertado y enfadado por mi reacción.

—Mira, Rud —le empecé a hablar en castellano para que Jason no se enterase—. Desde hace varios días actúas de una manera muy extraña. Con todo lo que está pasando, vosotros mismos nos dijisteis que cualquier cosa rara que viésemos, teníamos que sospechar... Y es lo que estoy haciendo ahora mismo. —Dejé de mirarle.

—¿Sospechas de mí? —Noté su enfado.

No dije nada, no me disculpé por sospechar de él, pero Jonathan seguía siendo capaz de nublar me el maldito juicio de la peor manera. Nos acompañó hasta la entrada. Nada más llegar Dwayne apareció con el coche. Monté a Jason en la silla de seguridad en la parte de atrás y di la vuelta al coche para montarme en el asiento de copiloto. No miré a Rud, no quería tener que enfrentarme a sus ojos llenos de enfado y tristeza. Vi cómo Dwayne y él hablaban fuera. Sentía que tal vez estaba actuando de una manera impulsiva y seguramente estaba pagando con Rud mis frustraciones, pero Jonathan había conseguido terminar de hacerme desconfiar de él. Quería que actuase como una loca paranoica e hiciese que todo el mundo se alejase de mi lado. Lo estaba consiguiendo.

Al llegar al piso de Alex, Jason se fue a su cuarto a jugar y yo preparé un par de cafés.

—¿Qué ha pasado con Rud, Mariola? —Dwayne se sentó delante de mí.

—He recibido en el móvil mensajes de Jonathan. Me tapé la cara y me senté en un taburete—. No sé cómo demonios ha conseguido el nuevo número. Me dijisteis que cualquier cosa rara... Él ha dicho que no conozco nada de Rud, que apareció en mi vida... Me estoy volviendo loca. —Apoyé la cabeza en el mármol.

—¿Qué cosas? —Puso su mano en mi hombro—. Mariola, si quieres que te ayude, necesito que me cuentes todo, que no guardes más secretos.

—Desde hace días se comporta de manera extraña. Ya sabes que nuestra relación no es una relación al uso. Él es ácido e irónico conmigo y yo lo soy más, pero últimamente no es así. Está distante, recibe llamadas y se aleja para que lo le escuche. Su comportamiento conmigo ha cambiado y me ha hecho desconfiar. —Resoplé tratando de no parecer desesperada—. Me asusta que sea él quien... ¿Me estoy volviendo loca, Dwayne?

—El cambio de comportamiento puede ser por el toque de atención que le ha dado Alex. Ya sabes que no le gusta la relación que tenéis. Pensaba que era demasiado cercana. Las llamadas pueden ser las más dándole las instrucciones día a día. Pero si realmente desconfías de él, Mariola, te puedo poner a otra persona de mi equipo de máxima confianza.

—¿Y si vuelve a suceder lo mismo? Desconfío de todos. Mi nivel de alerta está tan hasta arriba, que ha terminado por desbordarse. —Suspiré profundamente y volví a enterrar mi cabeza entre mis brazos—. ¿Me he equivocado con Rud?

—Creo que sí, pero si te quedas más tranquila revisaré su móvil. Así que si hay algo raro en él, lo descubriré.

—¿Y si tiene otro móvil o lo que sea? —Se giró mientras iba a abrir la puerta a la que acababan de

llamar.

—Lo descubriré, Mariola. No te preocupes.

Abrió la puerta y observé curiosa quién era, pero no le reconocí. Le entregó unas carpetas, susurraron un par de frases y Dwayne cerró de nuevo la puerta. Dejó las carpetas encima de la mesa y las miré de reojo. Vi varios nombres escritos en ellos, entre los que se encontraba el de Ryan, Jonathan, Scott y el mío propio.

—No te preocupes, Mariola. Estamos tratando de investigar en profundidad. —Se dio cuenta de que mis ojos se habían clavado en mi carpeta—. No hay nada de lo que te debas preocupar. La persona que los ha traído es de plena confianza.

—¿Pu... puedo? —Puse la mano encima de lo que parecían expedientes muy bien detallados.

—Yo voy al hotel a recoger a Alex. Se queda uno de mis hombres en la puerta. Nadie va a entrar ni salir de aquí hasta que no volvamos. Así que échale un vistazo. ¿Me puedes dejar tu móvil? —Le señalé la mesa y lo recogió para observarlo—. Tengo que comprobar algo. Mas tarde te lo devuelvo.

Se marchó y fui a echar un vistazo a Jason. Se había quedado dormido en la cama leyendo. Le arrojé y me marché al salón. Me puse otro café y me senté en la terraza a leer los expedientes. Comencé con el de Ryan. Respiré varias veces deseando no encontrar nada que me hiciese querer arrancarme la piel a tiras por haberme acostado con él.

—No le conocías y lo hiciste. Si encuentras algo que no te gusta, no será el primer psicópata con el que se te va la olla, Mariola. —Estaba hablando sola—. Por favor, que no sea él.

Abrí temerosa la carpeta y encontré una foto de Ryan. La acaricié y sonreí. Aunque lo nuestro estuviese destinado al fracaso, porque el estúpido de mi corazón no quiso darle puerta a Alex, tenía un recuerdo precioso de aquellos días que compartimos en los que me hizo sentir bien. Había aparecido en mi vida para protegerme y me negaba a pensar que podía ser quien estuviese compinchado con Jonathan. Tanto mi cerebro, como mi corazón, sabían que aquello era imposible.

Cerré los ojos, respiré profundamente durante varios segundos y di la vuelta a la foto para comenzar a leer todos aquellos papeles. Toda aquella información se acumulaba en mi cabeza y me dieron ganas de cerrar la carpeta varias veces, pero mi parte cotilla decidió avanzar.

—Kabul, operación clasificada. Atentado con cincuenta víctimas en hospital militar... Atentado suicida, pérdida de la mitad de su equipo... —pasaba los dedos por encima de las líneas del informe y se me encogía el corazón—. Ataque en la embajada americana, herido con metralla tras ataque a su unidad... Muerte del resto de su unidad. Tratamiento psicológico durante dos años. Actualmente trabajando en Colombia.

Cerré la carpeta y la apoyé en mi pecho. Me costaba respirar al haber descubierto toda aquella información de Ryan de aquella manera. No tenía que haberlo hecho y debería haber dejado las puñeteras carpetas en la cocina. Pero no me pude resistir a leer el resto.

El informe de Scott no me sorprendió. Conocía todo lo que estaba allí escrito: su familia, sus amigos en Nueva York, los trabajos anteriores a CIA... No había nada que no conociese y no dudaba de él. ¿Qué podía tener en mi contra? ¿Qué conexión podía tener con Jonathan que nadie hubiese podido descubrir? Ninguna.

Dejé aquella carpeta encima de la de Ryan y solo quedaban dos, la de Jonathan y la mía. La de él era grande, tenía muchos papeles y me daba pánico abrirla. Decidí apartarla y no leer nada de lo que se decía en ella, solo iba a ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

Solo quedaba la mía y también era bastante extensa, muy extensa. No tenía ni idea de qué me iba a encontrar en ella, por eso tomé una gran bocanada de aire para hacer frente a lo que hubiesen descubierto.

Toda mi vida, en aquella carpeta estaba toda mi vida. Desde mis estudios en Laguardia hasta un par de días antes del cumpleaños de Alex. ¿Me habían estado siguiendo? ¿O es que el traidor de Rud había

sido tan cercano a mí para aquel maldito informe?

Pude leer todo lo que había estudiado, dónde, dónde trabajé en Salamanca, mi primer trabajo de Nueva York (el fallido y del que me echaron). Cómo, dónde y cuándo conocí a los chicos. Mi relación con Jonathan, varios de mi ex también aparecían allí reflejados. Aparecía hasta el local en el que Justin y yo solíamos desayunar cuando nuestras noches de fiesta se convertían en madrugadas, la tienda en la que solía parar antes de llegar a casa para comprar revistas. Faltaba la marca de cereales que tomaba o la talla de sujetador que usaba.

—Joder, es que no falta ni un solo detalle. —Cada palabra que leía me enfadaba más. No sabía si aquello era cosa de Dwayne o es que Alex le había pedido que investigase mi vida.

Todos y cada uno de mis movimientos desde que conocí a Alex estaban allí reflejados. Pasé hojas y hojas de información y al final del todo, cuando justo iba a cerrar la carpeta, encontré un sobre cerrado.

—¿Tú que tienes dentro?

Lo puse mirando al sol, tratando de ver lo que contenía aquel sobre, pero como no era tan fácil como en las películas, lo abrí con mucho cuidado. Mi corazón comenzó a acelerarse al sacar la hoja y la foto que había en el sobre. Lo que escondían aquellas líneas me dejó sin aliento.

—Mariola, ¿vienes a jugar conmigo? —Jason me agarró de la mano y le miré sin poder reaccionar—. ¿Mariola?

—Claro que sí, cariño. —Utilicé mi sonrisa más forzada para que no se preocupase—. Elige lo que quieras.

Jason salió corriendo de la terraza e instintivamente metí todo en el sobre y me lo guardé en el bolsillo trasero de mis vaqueros, en un ataque de pánico.

Alex apareció sobre las ocho de la tarde y Jason corrió para saludarle, mientras yo recogía lo que habíamos desperdigado por el suelo mientras jugábamos.

—Para ti. Es nuevo, limpio y solamente tiene tu número el jefe. Nadie más.

Dwayne me aseguró que no iba a recibir en él llamadas, mensajes o emails de Jonathan. Me devolvió mi antiguo teléfono avisándome de que habían instalado un programa para saber exactamente desde dónde Jonathan hacía las llamadas o enviaba los mensajes.

—¿Qué ha pasado con Rud? —Alex se acercó a mí.

—Nada. —Continué recogiendo las cosas.

—Ha venido al hotel a decirme que no le quieres a tu lado. —Me agarró del brazo para que estuviera quieta—. Me ha pedido que le investiguemos, que no encontraremos nada que le implique en todo esto. Pero que precisamente tú dudes de él... —Respiró profundamente como si le costase soltar lo que estaba a punto de decirme—. Sinceramente, Mariola, él no me gusta, ya lo sabes. Puede que le haya dado un toque de atención por su forma de actuar cuando estáis juntos, pero no dudo de él.

—Me estoy volviendo más loca de lo que ya estoy.

—Creo que con él te has equivocado, pero si no quieres que esté cerca de ti, eso será lo que haga. —Alex se acercó para besarme y me aparté. Me di cuenta al segundo de hacerlo, pero ya era tarde porque él también lo notó.

—¿Y las llamadas tan extrañas? —Traté de que mi estúpido movimiento no pareciese tan extraño.

—Hablaba con Dwayne y se apartaba para que tú no escuchases lo que decían. —Alex me agarró de la mano y, por su cara, supe que iba a soltarme alguna bomba—. El equipo cree haber localizado un piso desde donde Jonathan puede estar, pero no podemos actuar.

—Joder, pues avisad a la policía. —Me aparté—. Ryan.

—Nada de Ryan, Mariola. Él es ese cabo suelto que nos falta. Estoy seguro de que es quien habla con Jonathan. Apareció en tu vida...

—Ni se te ocurra decir lo que estás pensando. —Me pasé la mano por la boca enfadada—. Tú

apareciste en mi vida de golpe y porrazo, al igual que Ryan. ¿Tengo que desconfiar de ti?

—Mariola... —se quitó la americana y se aflojó la corbata—. No hagas eso.

—¿Hacer qué, Alex? ¿Dudar de ti lo mismo que tú dudas de Ryan?

Me enfrenté a él, me daba igual que Dwayne nos estuviese mirando o que su móvil comenzase a sonar de manera insistente, me daba igual.

—¿Podemos ver una peli?

Jason nos sacó de una posible pelea que podría haber acabado mal, muy mal. Había acumulado la frustración de aquellos malditos informes y de las continuas dudas de Alex sobre Ryan. Estaba cansada de que lo hiciese.

—Claro que sí, cariño. —Alex se agachó a su lado—. ¿Te apetece que pidamos unas pizzas y nos tumbemos en el sofá?

Yo me alejé de ellos y ya estaba en la encimera recogiendo mi bolso cuando noté la mirada de Dwayne sobre mí, a la que respondí negando con la cabeza.

—¿Te apuntas, Mariola?

—No puedo, tengo que ir a la oficina. Ha quedado algo sin cerrar de una de las fiestas. —Le revolví el pelo antes de besarle en la frente—. Pero el fin de semana en la cabaña haremos lo que tú quieras.

—Guay.

Abrió el armario en el que tenía sus películas de dibujos y yo me fui hacia la puerta sin despedirme de Alex.

—Mariola. —Dijo mi nombre a modo de recriminación por irme sin decirle adiós.

—Alex —decidí hablar en castellano para que Jason no me entendiese—, ahora no me caes bien, es más, me caes mal. Así que es mejor que me vaya a mi piso, me tranquilice y ya nos vemos para ir a la cabaña.

—Pero... —se acercó a mí sin levantar la voz.

—No tienes derecho a réplica. —Levanté un dedo en el aire—. Eres muy arrogante y un completo capullo cuando quieres. Buenas noches.

Al salir me encontré a un hombre mayor en la puerta con el que me choqué. Se dio la vuelta y no dijo ni una sola palabra.

—Perdón. —Le sonreí, pero no se movió.

—Mariola, él será tu sombra a partir de ahora sustituyendo a Rud. —Dwayne puso sus enormes manos en mis hombros.

—De cojones.

No dije nada más y aquel hombre de mediana edad me siguió. Sabía perfectamente que Dwayne le había dicho que no se separase de mí y que, sobre todas las cosas, no me hablase, ya que no lo hizo en todo el trayecto hasta la puerta de mi piso.

Al meterme en la cama recibí un mensaje de voz de Alex.

—Lo reconozco, soy un gilipollas integral a veces, pero tienes que saber que me preocupo por ti. —Se escuchaba su respiración—. Sospecharé de todas las personas que se acerquen a ti hasta el mismo momento en que vea a Jonathan y a su cómplice entre rejas. Te quiero, Mariola Santamaría, y haré todo lo que esté en mi mano para compensarte por ser un capullo arrogante. —Noté que su tono de voz cambiaba y sabía que estaba sonriendo—. Hasta cuando me lo llamas y te vas de mi casa enfadada, me haces sonreír. Nadie había conseguido antes cabrearme tanto y, a la vez, hacerme perder la puta cabeza. Eres mi primera y última... para siempre. Te quiero.

Escuché el mensaje de voz dos veces más, sonriendo cada vez al escucharle decir *puta cabeza*. Al final me quedé dormida con el teléfono en la mano.

Al día siguiente en la oficina tuve al señor paranormal pegado a mí todo el santísimo día. Es que no había momento en que me dejase de observar. Rud se había hecho cargo de la seguridad de mi hermana y, claro, ella estaba encantada con él, pero Brian tenía los mismos sentimientos que Alex: odiaba que Rud tuviese tanto feeling con su chica.

El señor paranormal, apodado así porque siempre estaba leyendo revistas de fenómenos paranormales. Pero para fenómeno él, ni siquiera sabía cómo sonaba su voz. Me acompañaba hasta al baño.

—Aquí creo que puedo yo solita. —Eché un vistazo dentro y salió dejando la puerta abierta—. Gracias. —Cerré la puerta del baño enfadada—. Que coñazo de guardaespaldas. Esto es lo que quería Alex desde el principio. ¿Por qué sospecharía de Rud?

Al salir seguía estando allí. Se llevó la mano al oído y pensé que iba a hablar con un pinganillo que tenía incrustado en el cerebro para mandarme a la nave nodriza y llevarme al planeta Sirius. Me fui al office para comer algo y tratar de terminar todo antes de que Alex pasase a recogerme para irnos a la cabaña.

—Hola, nena.

Alex estaba en la puerta de mi despacho, con la mano en el marco y la otra en la cadera. Estaba tratando de poner una mirada de las de película, tipo *acero azul*.

—¿Colirio? —Saqué un pequeño bote del cajón.

No dijo nada y me puso morritos como una quinceañera en un selfie.

—Vale, colirio y vaselina. ¿O te está dando un ataque?

—Joder, Mariola, estoy tratando de ser sexy.

Apoyé las manos en la mesa y le observé de arriba abajo. Sus piernas cruzadas, aquel pantalón negro que se ajustaba a su cuerpo, la impoluta camisa blanca acompañada de su americana de firma. Negué con la cabeza y terminé de recoger la mesa.

—¿No vas a soltar nada ingenioso?

—No. —Pasé por su lado sin mirarle ni decir nada más.

—¿Nada? ¿Ni levantar una ceja y soltar un carraspeo?

Me monté en el ascensor y Alex tuvo que correr para que no se le cerrasen las puertas delante de sus narices. Continuó mirándome durante todo el trayecto de bajada hasta el garaje donde estaba mi coche aparcado.

*No dijo ni una sola palabra, tan solo me habló para avisarme de que tenía que pasar por su piso después de recoger a Jason del colegio. Abrí la boca varias veces durante el trayecto, pero decidí no decir nada, seguro que la cagaba más si lo hacía.*

*Cualquiera que nos observase durante un par de segundos en la puerta del colegio podría pensar que éramos un viejo matrimonio que acababa de discutir. Mariola estaba cruzada de brazos con las gafas de sol puestas y sabía que me miraba de reojo alguna vez. Se estaba divirtiendo con aquel comportamiento.*

*—Tengo planificado el fin de semana al completo. —Quise compartir todo con ella y, tal vez así, me volviese a hablar—. Pescaremos, iremos a correr por el bosque, veremos amanecer desde el muelle, nadaremos hasta la otra orilla.*

*—Me parece súper intere... —comenzó a emitir un sonido nasal, como si fuese un ronquido y dejó caer su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.*

*—¿Te estás burlando de mis planes? —Me apoyé en el coche para mirarla.*

*—¿Ese es tu plan para recuperar el tiempo que no has pasado con tu hijo? —Puso sus manos en las caderas y me miró por encima de las gafas de sol bajadas—. Sacarle a las cinco de la mañana a correr, matarle obligándole a nadar en el lago seis kilómetros. Me parece súper interesa... —volvió a*

*hacerse la dormida.*

*—¿Y cuáles son tus planes tan divertidos que no harán que nos durmamos? —La miré atentamente—. Ilumíname.*

*—Jugar. —Lo dijo como una sentencia muy firme—. Jugar con tu hijo a lo que él quiera. Leer con él, enseñarle a pescar y que podáis disfrutar de todo tal y como lo hiciste tú con tus abuelos hace años. —Puso su mano sobre mi brazo y se acercó a mí—. Enséñale lo que te gustaba hacer de pequeño, no lo que te gusta ahora. Vuelve a ser niño por una vez. Quítate el traje, déjalo en Nueva York y disfruta de estos días. En definitiva, tenéis que hacer cosas divertidas para un niño. —Hizo una mueca con la boca—. Solamente eso.*

*—Si te hubiese conocido antes me habrías obligado a bajarme un momento del mundo y podría haber disfrutado más de mi hijo.*

*—Yo te enseño a divertirte y a vivir la vida como si hoy fuese tu último día. —Me acarició la cara y posó sus labios en los míos unos segundos.*

*Jason salió del colegio y se quedó a unos metros de nosotros hablando con una compañera de clase. Escuchamos perfectamente su conversación.*

*—Pásalo bien, Jason.*

*—Gracias, Terry.*

*—¿La que está con tu padre es tu mami? —Los dos nos miraron.*

*—No. Es Mariola, la novia de papi. —Miró al suelo.*

*—Jason, me tengo que marchar que han venido a buscarme. —Salió corriendo.*

*Pude ver cómo Jason miraba a Terry mientras se abrazaba a su madre. Caminó hasta nosotros arrastrando los pies y cabizbajo.*

*—Hola, campeón. —Me agaché.*

*—Hola.*

*—¿Qué te pasa, cariño? —Mariola también se agachó y le acarició la cara.*

*—Nada. —Se puso a mover un pie dando pequeño golpes en el suelo.*

*—No me lo creo. —Le agarró de de la mano—. ¿Quieres ir solo con papá a la cabaña a pasar estos días?*

*—No es eso.*

*—¿Entonces qué pasa, cariño?*

*—Me da pena. —Jason levantó los hombros.*

*—¿Ir a la cabaña? —No comprendía nada de lo que estaba diciendo.*

*—No, papi. Es que no quiero que te enfades. —Nos miró a los dos—. No quiero que os enfadéis si os lo digo.*

*—No nos vamos a enfadar, cariño. —Mariola le sentó en su pierna que tenía apoyada en el suelo.*

*—Es que todos mis amigos tienen un papá —me miró— y una mamá. —Fue a mirar a Mariola, pero bajó la mirada—. Yo solo tengo un papá.*

*Me mataba ver que mi hijo estaba triste por un motivo así. Nunca antes me había dado cuenta de que podría pasarle factura no tener la imagen materna cerca, pero comprendía que sus compañeros sí la tenían y eso le hacía necesitar esa figura.*

*—Jason, tienes un padre que te quiere con locura, que te adora y que haría cualquier cosa por ti. —Mariola le acarició la cara—. Habrá compañeros que tenga un papá y una mamá, pero... —meneó la cabeza tratando de buscar las palabras adecuadas, sin decir nada malo de la madre de Jason—. No siempre es necesario tener una madre. —Mariola me miró sin saber si se había explicado bien.*

*—Lo sé, pero es que me gustaría tener una mamá como tú. —Se abrazó a ella como si no fuese a verla de nuevo.*

*Me partía el corazón que Jason sufriese de aquella manera y yo no me hubiese dado cuenta hasta que lo había escuchado de su boca.*

*—Siempre que me abrazas me siento mucho mejor, Mariola. —Se separó un poco de ella y la miró acariciándole la cara—.Te quiero mucho.*

*—Yo también te quiero, cariño. —Le besó.*

*—Prométeme que no me dejarás nunca.*

*—Nunca te dejaré, Jason.*

*—Gracias Mariola. Eres la mejor del mundo mundial.*

*Se quedaron unos segundos más abrazados y comprobé que estaban siendo observados por la mitad de los padres que recogían a sus hijos en el colegio. Seguro que estaban cuchicheando sobre nosotros, pero por primera vez en mi vida, me daba igual que susurrasen que ella era la chica. Porque lo era, Mariola era mi chica.*

Preparé la maleta corriendo y recibí un mensaje de Alex avisándome de que en diez minutos me recogería. Me quedé en medio del salón haciendo un repaso mental de todo lo que llevaba y me di cuenta de que se me había olvidado coger uno de los juegos favoritos de Andrea, que supuse que a Jason le encantaría. Me subí en una silla en mi habitación para sacarlo de la parte alta de mi armario, cuando sonó un ruido en la puerta. Miré mi reloj comprobando la hora y Alex todavía no podía ser. Me bajé sin hacer ruido de la silla y me quedé unos segundos en silencio. Volví a escuchar el ruido, era como si algo estuviese raspando en la puerta. Noté la vibración de mi móvil y comprobé que tenía un mensaje.

Todo lo que estas consiguiendo en tu vida se desmoronará como un castillo de naipes. En el momento que una de las cartas caiga, todo se irá a la mierda, Mariola. Aprovecha este fin de semana en esa maravillosa cabaña, pero vigila tus espaldas allí porque en cualquier momento... APARECERÉ.

Me prometieron que no iba a recibir ningún mensaje que no fuera de Alex, nadie tenía mi nuevo número y Jonathan lo había conseguido.

De nuevo escuché aquellos sonidos y me acerqué a la puerta. Sabía que no tenía que abrir, pero al igual que en las películas de terror en las que le gritas a la pechugona de turno que no abra, que no se acerque al ruido porque la van a matar —y termina descuartizada a manos del psicópata de turno—, mi cuerpo comenzó a caminar hacia la puerta y cogí lo primero que tuve a mano, un candelabro rosa de Justin. Volví a cometer la misma estupidez que el día en que casi atacé a Scott en la oficina con la espada.

Mis manos y piernas temblaban sin control. Mi corazón estaba a punto de salirse por la boca, pero allí estaba yo, acercándome a la puerta con el candelabro en la mano.

De repente el pomo de la puerta comenzó a girarse, lentamente y la visión de la puerta se volvió borrosa. Aferré el candelabro fuertemente entre mis manos y lo levanté en el aire. Pero no pude moverme. No pude hacer nada. Al abrirse la puerta mi corazón dejó de latir.

# 19.

## COMO EN EL AJEDREZ

La puerta se abría a cámara lenta y yo seguía con las manos en alto, esperando el momento adecuado de meterle un candelabrazo al que estuviese tratando de entrar en casa.

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Solté un grito espartano y cerré los ojos antes de golpear a quien acababa de entrar en casa, pero una mano fuerte me agarró del brazo.

—¿Qué cojones haces, Mariola?

Al abrir los ojos vi que Alex estaba asustado agarrándome del brazo.

—Casi me abres la cabeza con eso. ¿En qué estás pensando? —Me quitó el candelabro.

—Joder, Alex. Me has dicho diez minutos y... —Por fin pude respirar y eché la cabeza hacia atrás —. He escuchado un ruido y un mensaje de Jonathan.

—¿Jonathan?

—Sí... ¿Estos días habrá seguridad?

—Sí, vienen seis personas.

Sabía que Alex estaba preocupado por el mensaje, pero no hizo alusión a él en los minutos siguientes. Me abrazó tratando de calmarme.

—Te prometo que estos días, solo estaremos tú, Jason y yo, nada nos molestará. Jonathan no se atreverá a acercarse a nosotros.

—Vale. —Me separé de él y le sonreí—. Voy a por las cosas.

—Ya voy yo. —Escuché un quejido al bajar la maleta de la cama—. ¿Pero qué demonios te llevas en la maleta?

—De todo. Para pasear, para pescar, para las noches frente a la chimenea... —Le sonreí mientras salía de la habitación.

—Entonces no me quejo. Además, entre tu maleta y la de Jason... el coche no derrapará en ninguna curva.

Pasó por mi lado y me dio la mano para marcharnos. Sabía que estaba igual de preocupado que yo y que pondría a su equipo de seguridad a investigar aquel mensaje, pero quería que yo estuviese tranquila y aquella sensación que Alex me transmitía, me confortaba.

Cuando bajamos al coche, Jason y Dwayne estaban jugando a piedra papel o tijera. Comprobé que uno de los dos estaba jugando sucio, muy sucio.

—Dwayne, me parece fatal que le estés haciendo trampas a un crío. —Le miré levantando una ceja.

—No hago trampas. —Me miró fijamente.

—Ya.

Mientras metían las maletas en el coche y Alex daba instrucciones a Thomas, yo me puse detrás de Dwayne. Comencé a hacerle señas a Jason con todo lo que iba a sacar Dwayne. Le ganó cuatro veces seguidas.

—¿Nos vamos? Ya me he cansado de ganarle a Dwayny, es muy malo.

La hora y media de viaje lo pasé dándole vueltas a todo lo que estaba sucediendo. Quería hacer una lista mental de lo que había ocurrido con Jonathan, tratando de eliminar sospechosos de aquella ecuación. La voz de Jason abriéndome la puerta del coche me sacó de mi propia investigación.

—Ya hemos llegado, Mariola. Vamos. —Extendió su mano para que me bajase del coche.

—Claro.

Alex ya estaba observando todo lo que tenía delante. Comprobé en su cara que no daba crédito a lo que veía. Supuse que por su cerebro estaban pasando todos los momentos mágicos que había vivido en aquella cabaña con sus abuelos. Jason se acercó a su padre y les observé a una distancia prudencial. Quería que tuviesen un momento especial que los dos pudiesen recordar años después.

—¿Pasamos dentro, chicos? —Me acerqué sin querer molestarles

—Es el mejor regalo que nadie me ha hecho en la vida. —Jason salió corriendo hasta la puerta de la cabaña.

—Vamos. —Jason nos llamaba desde la puerta y no pudo esperarnos. —Qué chulo. —Ya estaba dentro.

—Disfrútalo, Alex, disfruta cada segundo de estos días. —Nos acercamos a la puerta y le hice un gesto para que entrase dentro.

—Madre mía. —Eché un vistazo a todo a su alrededor y su mirada se tornó nostálgica—. Parece que no han pasado los años. —Cerró los ojos y sonrió—. Ahora mi abuela saldría de la cocina con su maravillosa tarta de manzana y el helado de nata.

Comprobé que lo que acababa de describir se había hecho realidad, al menos lo de la tarta de manzana. Sarah salió de la cocina tímidamente sin saber muy bien cómo iba a reaccionar Alex. Cuando él abrió los ojos y la vio sonrió.

—Perdón por la intrusión, pero... —se pasó la mano por el pelo coqueta—. No sé si me recordarás.

—Sarah. ¿Cómo iba a olvidarme de ti?

Dio dos zancadas para atraparla entre sus brazos y besarla. Al separarse comprobé que la estaba mirando con una ternura que me hizo suspirar.

—Sarah, estás tal y como te recordaba. —Le acarició la cara.

—Más mayor, más canas y muchas más arrugas. —Le acarició la mano que tenía en su mejilla.

—Estás preciosa. —Se notaba el cariño que ambos se tenían.

—Estás guapísimo, Alex. Y con muy buena compañía. —Miró a Jason que la observaba cerca de mí.

—Es mi hijo.

Jason se acercó para saludar a Sarah y le dio la mano.

—Encantado.

—Es igual que tú cuando eras pequeño. Esa carita angelical y esa sonrisa ladeada. Es como si te viera a ti hace veinticinco años. —Alex le revolvió el pelo a Jason.

—Y a ella creo que ya la conoces.

—Tengo el gran placer. Hola, Mariola. —Se acercó a mí y me abrazó.

—Sarah, muchas gracias por todo.

—No tienes que dárme las. —Me agarró de las manos—. No se puede negar que esta preciosa chica te adora, Alex. Ni te imaginas lo que ha hecho aquí.

—Lo sé. —Alex me miró y me guiñó un ojo.

—Porque esas modelos con las que salías antes no me gustaba para ti. —Miré a Sarah con los ojos abiertos y medio sonriendo.

—Sí, mi madre tiene la misma opinión que tú Sarah, exactamente la misma.

—Mariola es la mejor. —Jason intervino en la conversación—. Siempre habla conmigo, me cuenta

cuentos súper chulos que se inventa y se acuesta conmigo hasta que me quedo dormido mientras me acaricia el pelo.

—Si es que te como. —Agarré a Jason y empecé a dar vueltas con él en el aire, para después dejarle en el sofá.

*Estuve hablando con Sarah y cuando apareció Robert... fue como si mis abuelos estuviesen allí con nosotros. Fueron grandes amigos y la verdad es que mi corazón saltaba de alegría cada vez que me contaban algo de lo que solíamos hacer cuando íbamos a la cabaña.*

—¿Queréis otro café?

—Nosotros nos vamos y os dejamos disfrutar. —Sarah se levantó para abrazar a Mariola—. Me alegro mucho de que le hayas vuelto a traer aquí.

—Muchísimas gracias por todo, Sarah. —Se separó de Sarah y esta me abrazó fuertemente.

—No la dejes escapar. Tiene aura, tiene carácter y, sobre todo, tiene un gran corazón. —Me acarició la cara—. Veo en sus ojos los mismos sentimientos que tenía tu abuela por tu abuelo.

—Vamos, cariño —Robert agarró a su mujer de la mano—, dejemos a estos chicos disfrutar de sus días de relax. Que se lo merecen.

*Los dos se marcharon y nosotros fuimos a dejar las maletas a las habitaciones. Jason se quedó en mi habitación, bueno, mi antigua habitación. Le dejamos deshaciendo su maleta. Nos dirigimos al cuarto en el que nos íbamos a quedar nosotros y cuando entré... no me lo podía creer. Aquella estancia era nueva, todo lo que había allí estaba cuidado al mínimo detalle. Mariola se quedó esperando mi reacción apoyada en la puerta con aquella sonrisa tan espectacular.*

—No sabes lo que esto significa para mí.

—Te mereces esto, Alex. Te quiero y me encanta verte disfrutando de lo que realmente merece la pena en la vida.

—Tú eres de lo que quiero disfrutar, preciosa.

*Dwayne se encargó de estropear aquel momento. Dejé a Mariola en la habitación mientras se relajaba y salí fuera donde el resto de seguridad estaban esperando para darme un informe detallado.*

—Todo está bajo control. Nosotros estaremos en la cabaña que está a unos metros. El bosque es seguro. Tenemos a una persona en la entrada y varios hombres harán guardia toda la noche.

—No quiero que pase nada este fin de semana. Ni mensajes ni emails ni visitas sorpresas. —Dwayne se acercó a mí apartándome del grupo.

—Señor los informes que me pidió. —me entregó las carpetas—. Mariola las ha visto.

—¿Perdón? —Le miré enfadado.

—Sí. Estaba muy nerviosa y supuse que no le vendría mal echar un vistazo. No había nada de lo que pudiera asustarse.

—Hablaré con ella luego. Vosotros haced vuestro trabajo para que nada nos moleste estos días.

—De acuerdo, señor.

*Al entrar en la cabaña me encontré a Jason ataviado con el equipo de pesca que Mariola le había regalado.*

—¿Cuándo vamos a por peces?

—Mañana por la mañana, prometido. —Vi en su cara su gesto de desaprobación por no poder hacerlo en aquel momento—. ¿Hacemos fuego para tostar unas nubes?

*Salió corriendo a la habitación para quitarse la ropa y Mariola apareció en el salón con un precioso vestido azul pegado a su cuerpo. Estaba atándose una coleta y dejó al descubierto su precioso cuello. Al pasar por delante de mí sonrió de manera descarada y me guiñó un ojo.*

—Vamos a hacer fuego. —Jason apareció corriendo con la camiseta a medio poner dando pequeños aplausos.

—Sí. —*Miré de nuevo a Mariola y se dirigía a la cocina con el móvil en la mano poniendo algo de música.*

Aproveché que Alex estaba entretenido con Jason tratando de encender el fuego de la chimenea y fui a la cocina a preparar la cena. Coloqué el teléfono en unos altavoces que había dejado allí y comenzó a sonar Muse con su versión de “Can’t take my eyes off you”.

**Eres demasiado buena para ser verdad. No puedo dejar de mirarte. Tocarte sería como tocar el cielo. Tengo tantos deseos de abrazarte... Por fin el amor ha llegado.**

Sarah se había encargado de dejarnos la nevera con víveres para la tercera guerra mundial, estaba llena de productos de la zona, frescos y con una pinta estupenda. Comencé a preparar la cena mientras observaba a Alex y a Jason volviendo a ser el *homo habilis descubridor del fuego*. ¿Qué tendría el fuego que atraía tanto a los hombres? Media hora después, mientras se estaba preparando una salsa de tomate, consiguieron hacer fuego.

—Papi, ¿puedo meterme en la bañera?

—Vamos. —*Le cogí como un saco de patatas y pasamos los dos por delante de Mariola.*

—Papi. —*Llegamos al baño y empezó a quitarse la ropa—. ¿Sabes una cosa?*

—Dime. —*Le ayude a quitarse la camiseta.*

—*Estoy muy contento. —Me miró con sus ojos vivaces—. Me gusta mucho cuando estamos los tres juntos. Parece que somos una familia y me gusta mucho eso.*

—*A mí también, enano. Me encanta estar contigo aquí y que Mariola nos acompañe. —Se metió en la bañera que previamente había llenado.*

—*¿A ti te gusta mucho Mariola?*

*Afirmé con la cabeza y me arrodillé al lado de la bañera.*

—*¿La quieres?*

—*Mucho. —Me esperaba cualquier contestación a aquello.*

—*Entonces —metió la mano en el agua y empezó a hacer pequeñas olas— te gusta mucho, la quieres y quieres estar con ella siempre.*

—Sí.

—*¿Por qué no le pides que se case contigo? Así estaremos siempre juntos los tres. —Mi hijo me dejó sin habla—. ¿No te parece una idea genial?*

—*Yo... Cuando... quieras salir me llamas, ¿vale? —No sabía que contestarle.*

—*Vale, papi, pero piensa en lo que te he dicho.*

*Dejé a mi pequeño consejero matrimonial jugando en la bañera con la espuma y le observé atentamente unos segundos antes de salir de allí.*

*En la cocina encontré a Mariola con la mano apoyada en la encimera tratando de coger algo de la parte alta del armario. El vestido resaltaba cada una de sus curvas y estaba a punto de dejar a la vista su ropa interior. Y yo no era el único que estaba admirando las vistas.*

*Thomas, —o el señor de lo paranormal como le llamaba Mariola—, estaba en el salón sentado con una de sus revistas, observándola por encima de ella. Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando, carraspeó y se volvió a sumergir en su lectura extra dimensional.*

*Me acerqué por detrás en silencio, tratando de que no notase que estaba allí, aprovechando para deleitarme con su voz mientras tarareaba la canción que sonaba en su móvil. Traté de resistirme, de verdad, pero cuando estuve lo suficientemente cerca como para que su exquisito olor se metiese dentro de mí... no pude aguantar más. Pasé mis dedos por el interior de sus piernas, lenta y suavemente.*

—*¡Joder!*

*Estaba claro que no me esperaba. La agarré por la cintura y por la pierna pegándola a mi*

*cuerpo. La tenía en el aire en una posición muy indecente. Maldito cuerpo de seguridad y bendito el cuerpo que tenía entre mis brazos.*

*—¿Te pongo nerviosa? —Le besé en la mejilla muy cerca de los labios.*

*—No. —Trató de ocultar su sonrisa.*

*—¿Seguro?*

*—No es precisamente nerviosa como me pones, pero si vamos a jugar a esto... será mejor que pongas toda la carne en el asador, porque yo también sé lo que te pone nervioso —se acercó a mi cuello y lo recorrió levemente con sus labios— y lo que te excita. —Lo susurró muy cerca de mi oído e hizo que se me erizaran todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo.*

*Comenzó con su ritual de pequeños mordiscos en mis labios, pasando su lengua después por ellos, para acabar introduciéndola en mi boca. Tenía una forma de besarme, que si tuviese los ojos abiertos, los tendría seguramente en blanco. Cuando terminaba, siempre succionaba mi labio inferior y tiraba de él suavemente con sus dientes.*

*—Voy a seguir con la cena que si no hoy no cenamos. —Me empujó con las manos sobre mi pecho para salir.*

*—¿Necesitas ayuda? —Observé como se movía con soltura por la cocina.*

*—Cuatro manos en una cocina son muchas manos, al menos para hacer la cena. —Ladeó la cabeza y me miró por encima de su hombro—. Coge una cerveza y disfruta de la maravillosa vista que hay desde la terraza. Yo vigilo a Jason.*

*Saqué una cerveza de la nevera, la besé y salí a la terraza. Me senté en una de las sillas de madera y comencé a observar todo a mi alrededor. El sol estaba empezando a ocultarse y se reflejaba en el agua antes de desaparecer detrás de aquellas montañas que tenía delante.*

*Recordé las historias que me contaba mi abuelo sobre las antiguas tribus que poblaron aquella zona. Leyendas que me describía a la perfección cuando los dos nos quedábamos hasta tarde en la terraza. Quería contarle a Jason aquellas historias, quedarnos hasta ver las estrellas fugaces y pedir deseos al cielo. Tenía que recuperar el tiempo perdido y hacerlo por él, pero sobre todo, por mí.*

*Le pegué un largo trago a la cerveza y pensé en las palabras que había dicho en el baño minutos antes. Sí, quería a Mariola y quería disfrutar cada día con ella. Y sí...*

*—Papi, se ha quedado el agua fría. —Jason gritó desde el baño.*

*Aparté la cazuela de tomate casero del fuego y al llegar al baño me encontré a Jason con un montón de espuma en la cabeza.*

*—Tu padre está en la terraza. ¿Te sirvo yo?*

*—Siempre.*

*Terminó de quitarse toda la espuma y le pasé el albornoz que estaba en la balda. Salió dejando espuma por el suelo y le cogí en brazos para que no se resbalase. Su olor me hizo cerrar los ojos, me recordó a la primera vez que cogí a Andrea cuando nació. Ese olor único de los niños.*

*—Hace frío.*

*Fuimos al salón y me senté con él encima en el sofá justo delante de la chimenea. Se acurrucó en mi pecho y le sequé un poco el pelo con la capucha que llevaba el albornoz.*

*—Me gusta mucho estar así. —Me miró con sus grandes ojos.*

*—A mí también, cariño. —Le abracé más fuerte.*

*—Me gustaría que todos los días estuvieses con nosotros en casa. Me gusta mucho cuando te veo que le das un beso a papá y él sonrío. —Me acarició la cara.*

*Media hora después de disfrutar de aquellas maravillosas vistas, entré en la cabaña y me encontré la imagen más tierna que me podía haber imaginado. Mariola tenía a Jason entre sus brazos*

y él estaba acurrucado en su pecho sonriendo. Me quedé detrás de ellos escuchando en silencio su conversación.

—Se está muy bien así, Mariola. —Jason jugueteaba con su pelo.

—Me gusta que me abracés. —Mariola apretó al niño contra ella.

—Siempre lo voy a hacer. —Jason le dio un beso.

—Al final me voy a poner celoso. —Me senté en el respaldó del sofá.

—No, papi. —Me sonrió.

Me quedé unos segundos observándoles y me encantaba que pudiesen estar así de relajados, como si no tuviésemos ningún problema fuera de aquellas cuatro paredes. Necesitaba hablar con Jason y saber cuál era su opinión sobre mi relación con Mariola, aunque no necesitaba saber la respuesta.

Mientras Mariola terminaba de cocinar la pasta, Jason me ayudó a poner la mesa y se sentó delante del fuego.

—Llévale esto a los vecinos.

—¿Les has hecho la cena? —La miré sorprendido mientras sujetaba aquella bandeja enorme de pasta.

—Seguro que Dwayne habrá traído de esos paquetes de comida deshidratada del ejército. —Entornó los ojos y los puso en blanco.

—Vale.

—Voy abriendo la botella de vino y te esperamos.

El equipo se alegró mucho de no tener que cenar exactamente lo que Mariola había dicho.

Después de cenar, y comer aquel postre que Mariola había traído de Nueva York, Jason quiso saber exactamente qué íbamos a hacer al día siguiente.

—Hay que madrugar un poco. Vamos a ir a pescar y después te enseño a montar en kayak. ¿Te apetece?

—¿Eso lo hacías con los abuelos?

—Sí. —Mariola empezó a recoger la mesas y la obligué a sentarse en el sofá con la copa de vino—. Yo me encargo de esto.

—Cuéntame más cosas que hacías aquí.

—Seguro que tu padre corría por el muelle desnudo y saltaba al agua. —Se sentó frente al fuego en el suelo riéndose—. Me apuesto el culo.

—Hacíamos muchas cosas. —Dejé los platos en el fregadero.

—¿Saltabas al agua desnudo?

Miré unos segundos a mi hijo y estaba observándome detenidamente, como si quisiese detectar cualquier gesto de mentira de mi cara.

—Sí.

—Eso hay que hacerlo.

Miré a Mariola negando con la cabeza y ella se estaba riendo, tratando de ocultarse detrás de su copa de vino.

Jason me hizo mil preguntas sobre cómo pasábamos los días allí cuando éramos pequeños. A cada cosa que le contaba, más excitado se le veía y yo más me emocionaba al verle.

—Mariola... —Jason se acercó al sofá.

—Dime, cariño.

—¿Me lees un cuento antes de dormir? —Estaba con un libro en sus manos.

—Claro que sí, cariño. —Mariola se acomodó en el sofá y Jason se tumbó sobre ella—. A ver qué tenemos aquí. —Miró el cuento—. Este me lo sé, no me hace falta leerlo, pero ya sabes que cambió las historias.

—Lo sé, eso es lo que me gusta.

—Era se una vez que se era...

Aproveché para pegarme una ducha mientras Mariola le contaba un cuento. Al salir, escuché aquel cuento que Mariola había cambiado por completo. No recordaba aquellas palabras en voz de caperucita y menos las del lobo. Me puse el pantalón del pijama y me acerqué a ellos secándome el pelo con la toalla. Me senté en uno de los sillones y les observé atentamente hasta que Jason se quedó dormido entre los brazos de Mariola.

—Voy a llevarle a la cama.

—Yo le llevo.

Le dejó en la cama, se cercioró de que la contraventana estaba bien asegurada desde dentro y cerró la ventana.

—Me voy a dar una ducha que tengo restos de salsa de tomate por todo el cuerpo.

Fue hasta nuestra habitación y la seguí de cerca. Se quitó el vestido y quise agarrarla de la cintura para tirarla sobre la cama, pero me contuve.

Escuché cómo cantaba una canción mientras estaba en el baño y cuando salió, un albornoz no me permitía disfrutar de su precioso cuerpo.

—Ahora que estamos solos, vas a recibir otro de tus regalos.

No dijo nada más mientras atenuaba la luz de la habitación, puso música en el reproductor y se situó delante de mí tirando del cinturón del albornoz. “Black Velvet” de Alannah Miles fue el punto de partida de lo que iba a ser mi regalo.

**Terciopelo negro y esa sonrisa de niño pequeño... La música es como una ola de calor... El límite para volverte salvaje.**

Me acomodé en medio de la cama para poder observar con detenimiento lo que estaba pasando.

Mariola pasó sus manos por el borde del cuello del albornoz lentamente, moviéndose al son de la música y deslizándose con mucho cuidado aquella tela por sus hombros y dejándola caer muy despacio en el suelo. Me humedecí los labios, como si estuviera saboreándola a ella, quería recorrer con mis ojos todo su cuerpo, para hacerlo después con mi boca.

Su cuerpo estaba enfundado en un precioso conjunto negro de lencería que me dejó sin respiración. Giraba sin dejar de mirarme por encima del hombro mientras la canción continuaba sonando con el volumen casi al mínimo para no despertar a nadie. Sus caderas se balanceaban con cada nota, sus dedos paseaban libremente por sus caderas, su pecho, su estómago, bajando lentamente hasta su entrepierna y todo ello lo estaba haciendo sin dejar de mirarme a los ojos.

Se acercó a mí, puso una pierna a cada lado de mi cuerpo y, mientras la música seguía sonando, pegó su pecho al mío, arqueando la espalda, para lamerme los labios. Me estaba volviendo jodidamente loco. Sus caderas presionaban mi entrepierna y estaba a punto de traspasar aquel pantalón. Ella lo sabía, podía ver su preciosa sonrisa mientras se balanceaba sobre mí. Pero, dos segundos después, estaba de nuevo de pie delante de la cama.

—Desnúdame. —Ladeó la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

No fue una petición, no, fue una orden y yo accedí encantado a ella. Respiré profundamente y me situé delante de ella. Quería observar sus ojos, su cara y los gestos que hacía cuando mis dedos recorrían su cuello o su estómago.

Cada uno de mis movimientos provocaban que su boca se abriese, haciendo que comenzase a respirar con cierta dificultad. Si mis dedos subían por su cuello, Mariola giraba la cabeza para darme pleno acceso a él. Si mis manos bajaban por su estómago y recorría el encaje de su ropa interior, su cuerpo se encogía con mi tacto. Me estaba costando mucho deshacerme de su ropa de un solo plumazo, pero quería disfrutar de mi regalo de cumpleaños.

Pegué mi cuerpo al suyo, me acerqué a su boca y, a escasos centímetros, me aparté. Me situé en

*su espalda y mientras mi boca recorría su cuello, mis dedos soltaron el cierre de su sujetador, dejándolo caer al suelo. Recorrí su cintura con mis manos para después subir por sus costillas hasta tener sus pechos entre mis manos, acariciándolos y tirando levemente con los dedos de sus pezones. El gemido que se escapó de su boca me hizo sonreír.*

*—No he hecho nada más que empezar —atrapé su lóbulo con mis dientes—, nena.*

Me estaba matando con sus manos, sus dedos y su boca. Tenía que ahogar mis gemidos para no despertar a Jason ni alertar a nadie de seguridad. Y qué complicado era teniendo a Alex detrás de mí bajando sus manos por mi estómago e introduciéndose en mis bragas.

*—¡Joder, Alex!*

*—¿Qué ocurre, Mariola? —Su sonrisa se reflejaba en su tono voz.*

*—Pues que como tu mano siga bajando, los de seguridad van a pensar que la mujer lobo se ha escapado del bosque.*

*—Pues vamos a contener esos aullidos —me dio la vuelta y su mano continuó introduciéndose entre mis piernas—, porque como ya te he dicho, esto acaba de empezar. Voy a disfrutar de cada rincón de mi regalo de cumpleaños.*

Me levantó del suelo y me lanzó sobre la cama, para tumbarse después sobre mí, presionando mi sexo con el suyo.

*—Hagamos de este fin de semana un recuerdo para el resto de nuestras vidas.*

Su ataque cesó y me miró como si tuviese tan poco que decir y tanto que recordar, que me olvidé del deseo por unos segundos. Le acaricié la cara y se apoyó en una de mis manos sonriendo.

*—Me gusta verte sonreír, Alex. Pareces más humano cuando lo haces.*

*—¿Humano? —Su sonrisa se hizo perversamente sexy—. Pues será mejor que estés preparada para la bestia esta noche.*

Me hizo soltar una carcajada que acalló con un beso, con un beso suave y dulce, que pasó rápidamente a ser salvaje y pasional. Sus manos se hicieron con mi cuerpo, se deshicieron de mis bragas y de su ropa al mismo tiempo. Parecía que tenía diez manos en aquel momento, porque mientras me acariciaba con una el pecho, las otras nueve se encargaban de recorrer mis piernas, estómago y sexo.

*—Dios... Santo... Alex.*

*—Sigue rezando por que no voy a parar. —Sus labios subían por el interior de mis piernas—. Mañana tendrás que dar explicaciones a Jason por bostezar —se acercó peligrosamente a mi sexo y notaba su respiración sobre él mientras hablaba— en el desayuno. —Acercó su lengua más y más.*

*—A... a... a...*

*—Vamos con las siguientes vocales. Ahora toca la e.*

Su lengua se perdió entre mis piernas y mi cabeza se perdió por completo. Tuve que morderme el brazo para no empezar a gemir como la protagonista de una película porno. Más tarde Alex acalló los gemidos con su boca.

*Perdimos la noción del tiempo y del espacio. Terminamos siendo una maraña de manos, brazos y deseo. Mariola se sentó de rodillas en la cama.*

*—Desde el momento en que te vi supe que iba a tener problemas contigo. Sabía que me iba a enamorar como una idiota, que iba a jugar con fuego y que me iba a quemar. —Se humedeció los labios que estaban hinchados por nuestros besos—. Si esto es ese fuego al que tanto temía, Dios bendiga las llamas, joder.*

*—Esa boca, señorita.*

*—¿Disculpa? Le he oído varias veces decir joder, señor trajeado. Se está volviendo un auténtico malhablado.*

—Has cambiado la forma en que vivía mi vida y si eso trae consigo algún que otro taco, bienvenidos sean.

Se tumbó de nuevo a mi lado y entrelazó sus dedos con los míos sobre mi pecho.

—¿Recuerdas la fiesta del Silk? —Noté nerviosismo en su voz.

—Recuerdo cuándo fue.

—Pues tuve un sueño el día anterior. Fue una especie de premonición de lo que iba a pasar ese día. —Jugueteara con mis manos—. Tuve uno de los mejores sueños eróticos de toda mi vida. Un completo desconocido disfrazado de Casanova me hizo disfrutar de un polvo histórico.

—¿Polvo histórico?

—Sí.

—Bueno, fue un sueño.

—Sí —se giró y me miró sonriente—, pero qué sueño, nene. El mejor polvo de mi vida. —Notó que le levantaba la ceja y que aquel comentario me molestaba—. A ver, el mejor polvo... en sueños.

—¿Y qué tiene que ver ese sueño con la fiesta?

—Allí tuve el encuentro con mi Casanova. No fue tan histórico como en mi sueño, pero el beso que me dio... —Se mordió el labio y emitió un divertido ruidito.

—¿Te besaste con un desconocido?

—No. —Negó abriendo mucho los ojos y se apoyó con los codos sobre el colchón—. Me besó él.

—¿Te gustó?

—Sí. En cierta manera, fue como si algo mágico hubiese sucedido en aquella escalera, aunque... siento que ese momento no fuese contigo.

—Yo no lo siento. —Mariola me miró muy extrañada—. No siento haberte besado aquella noche. —Sus ojos se entrecerraron y lo comprendió mientras hablaba—. Lo único que siento fue no haber tenido el polvo histórico.

—¿Fuiste tú?

—Eso parece. —Afirmé sonriendo.

—Eres un mamón, un mamonazo en toda regla. —Me golpeó en un costado.

—¿El aprendiz está ganando a la maestra?

—Demasiado rápido y eso es muy peligroso.

Me encantó haberla sorprendido porque aquello quería decir que no se lo esperaba viniendo de mí. Era divertido pillarla fuera de combate en alguna ocasión, porque ella también llevaba una vida un tanto milimetrada en algunos aspectos. Pocos minutos después caímos rendidos.

Me desperté un par de horas después, pero aún no había amanecido. Pude ver que había luz en el pasillo, pero me había asegurado de apagar todo así que fui a comprobarlo. Aquella luz era de la habitación de Jason y al entrar le encontré abrazado a uno de los peluches, pero con los ojos cerrados. Le arrojé y comprobé de nuevo que la ventana seguía cerrada y que no había nadie en la cabaña.

A los dos minutos de meterme de nuevo en la cama, vi la pequeña figura de Jason acercándose por el pasillo. Menos mal que había dejado la puerta abierta y una de las luces de la cocina encendidas, si no hubiese pegado un grito si le llego a encontrar de aquella manera con la luz apagada.

—¿Estás bien, cariño? —Me senté en la cama.

—Tengo miedo.

—Ven aquí. —Levanté las sábanas y de un salto se metió dentro—. Ponte en medio, verás qué bien se está aquí.

Se metió entre los dos y le abracé pegándole a mi pecho. No tardó en dormirse de nuevo y yo me quedé despierta para que no tuviese miedo.

Sobre las ocho Alex se despertó y se sorprendió al ver a Jason en la cama.

—Shhh... —Mariola estaba acariciando la cabeza de Jason mientras le observaba—. Tenía miedo y le dije que se metiera en la cama.

—Siento haber tenido miedo, pero es que oí ruidos fuera y me asusté. —Jason me miró.

—No te preocupes, cariño. Nunca dejaré que nadie te haga daño.

Mientras estábamos desayunando comprobé que Dwayne estaba dando vueltas por la cabaña. Le había mandado un mensaje por si los ruidos que había escuchado Jason fueron reales o tal vez de algún animal.

—¿Tortitas?

—No. —Mariola se preparó un té—. Tengo el estómago como si me hubiese comido un habanero<sup>[23]</sup>. —Se tumbó en el sofá.

—¿Seguro que estás bien? —Jason se apoyó en el respaldo del sofá.

—Cuando volváis de pescar estaré bien.

—Para que te pongas buena rápido. —Jason le dio un beso y le sonrió—. ¿Sabes una cosa? La mamá de Ronnie también se sentía mal como tú y lleva un bebé dentro.

—No tengo un bebé dentro. Solo es que no me sentó demasiado bien comer pasta por la noche. —Mariola sonrió mirándome.

—Pues molaría mucho.

Ninguno dijimos nada más y después de desayunar, Jason y yo nos fuimos a pescar. Nos montamos en la barca y, cuando estuvimos en medio del lago, paré el motor. Le expliqué a Jason la técnica de pesca, cómo lo debía hacer y que la paciencia en aquel deporte era fundamental.

—¿Y cuánto hay que esperar a que vengan los peces?

—Un rato, cariño. —Pensé muy bien cómo realizar las preguntas que le quería hacer—. Jason, ¿necesito preguntarte algo?

—¿Qué he hecho mal, papi? ¿Es porque he dormido con vosotros? Tenía miedo y cuando Mariola me abraza no lo tengo.

—¿Qué te parecería si Mariola estuviese más tiempo con nosotros?

—¿Cómo? —Me miró sin comprenderme.

—Estaba pensando en pedirle que venga a vivir con nosotros. Yo quiero estar con ella todos los días y veo que tú estás muy a gusto a su lado. Sería un gran paso para todos, pero quiero saber lo que piensas y sientes, hijo.

—Sí. —No dijo ninguna palabra más y se abalanzó sobre mí—. Me encantaría verla todos los días y que se acostase conmigo a contarme cuentos... y que me diese besos, abrazos...

—Ahora solo se lo tenemos que pedir a ella y ver qué nos dice.

A media mañana mi estómago me dio una tregua. Me levanté del sofá cuando escuché mi móvil. Tuve que salir fuera de la cabaña a buscar cobertura y la encontré detrás de uno de los arbustos más alejados. Justin estaba al otro lado de aquella llamada.

—La naturaleza no es para mí.

—Tú eres chica de ciudad, nena. —Escuché su gran carcajada.

—¿Dónde es el fuego? —Empecé a oír unos ruidos entre los matorrales.

—Ha llamado Aitana a casa. He notado que estaba algo preocupada.

—¿Preocupada? —Seguí el ruido para comprobar de dónde venía.

—Sí. Te ha estado llamando y no le cogías. Algo de unas fotos.

—Shhhh.

—¿Me estás mandando callar?

—Lo siento. Es que hay ruido...

—Y tú estás yendo hacia él.

—Joder. —Empecé a gritar corriendo hacia la cabaña—. Casi me cago del susto. Era una zarigüeya.

—Llama a Aitana.

—Lo haré cuando vuelva a la ciudad.

—De acuerdo. ¿Qué tal...

La llamada se cortó y comprobé que de nuevo me había quedado sin cobertura.

—Mariola —Dwayne se acercó a mí—, voy a dar una vuelta por la zona. Me ha parecido ver algo y quiero comprobarlo.

—Son animales, Dwayne.

—El resto del equipo se queda aquí. —Se acercó a mí y posó su mano en mi hombro—. Estáis a salvo.

Le vi alejarse en el bosque y entré en la cabaña. Traté de buscar algo de cobertura allí dentro, pero no hubo manera de hacerlo, así que me puse otro té y algo de música mientras rebuscaba en la nevera algo que comer.

Comencé a bailar como si nadie me estuviese mirando, cosa que suponía que era así. “Get down” de Backstreet Boys sonaba y volví a tener quince años y estaba en aquel concierto en Madrid.

—“*You're the one for me. You're my ecstasy. You're the one I need...*”.

Empecé a hacer una ridícula coreografía que mi hermana y yo nos habíamos inventados hacía dos o tres siglos. Pero lo peor llegó en el momento *rap* de la canción.

—“*Come on girl and get down... it up. Flip it and move it all around... get with this, put you on the top of my list, uh*”.

Hice un gesto muy obsceno tocándome la entrepierna con una mano y la otra la estaba agitando en el aire mientras bailaba. Parecía la más macarra de la película mala del fin de semana, muy parecida al tipo de tío que siempre andaba como si le costase Dios y ayuda levantar los pies del suelo.

*Mariola nos recibió en la cabaña bailando y Jason se unió a ella en cuanto pudo. Los dos me invitaban con la mano a seguirles. Traté de resistirme, pero terminé uniéndome a ellos.*

—Estáis como una cabra.

—*Es divertido saltarse las reglas de comportamiento del Upper East Side de vez en cuando. — Los tres dejamos de bailar.*

—*Yo voy a darme una ducha que huelo a lago. —Jason salió corriendo.*

—*El niño te ha salido finolis en algunos aspectos. Si le dejásemos dos días en las fiestas de mi pueblo... o en la Batalla del vino... Bueno, eso cuando sea mayor de edad. —Sonrió nostálgica.*

—¿Estás mejor?

—*Sí, pero destripar esos peces no creo que me ayude mucho. —Señaló la cesta de pesca—. ¿Por qué no los habéis vuelto a tirar al lago?*

—*Es nuestra comida.*

—*Haré de tripas corazón para meterlos al horno. —Mariola y su humor tan negro y ácido—. Es lo que hacía de pequeña. Tú descansa, que la pesca es muy dura, aburrida y... —echó su cabeza para atrás haciéndose la dormida.*

—*Eres mala conmigo.*

—*Que va. —Me besó.*

—*¿Te importa si salgo a correr un poco? No tardo en volver y después de comer nos vamos los tres a dar una vuelta al pueblo.*

—*Perfecto..*

*Me preparé y salí a correr. Necesitaba terminar de pensar cómo le iba a hacer la gran pregunta a Mariola. Pero... ¿Si me decía que no o no respondía? En mi cabeza comenzaron a amontonarse un millón de preguntas en los diez de kilómetros que corrí. A la vuelta, cuando no me quedaba más de un kilómetro para llegar a la cabaña, comencé a escuchar unos ruidos que provenían del bosque. Aquello era demasiado frondoso como para poder ver bien entre tanto árbol y rama caída.*

*A mi espalda escuché el crujido de unas ramas y al darme la vuelta me encontré con Dwayne que llevaba a Henry apoyado en él, con el brazo cogido con la otra mano y sangre por toda su cara.*

*—Dios mío... —Me acerqué corriendo a ellos—. ¿Qué ha ocurrido?*

*—Estábamos vigilando los alrededores y de repente algo o alguien se nos ha echado encima tirándonos al suelo. Yo he caído bien, pero Henry ha caído contra unas rocas. Tengo que llevarle al hospital.*

*—¿Cómo que os han atacado?*

*—No lo sé, señor. —Henry se llevó la mano a la cabeza tratando de recordar—. Iba por delante de Dwayne y lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo golpeándome contra las rocas.*

*—¿No habéis visto a nadie?*

*—No, señor. Oí un ruido y al girarme estábamos ya los dos en el suelo. Ha sido rápido y... Lo siento mucho, señor. —Dwayne se disculpó.*

*—Vamos a la cabaña y que lleven a Henry al hospital. Pero antes de irnos, que venga más seguridad.*

*Fuimos hasta la cabaña donde se alojaban ellos y Dwayne se marchó rápidamente con Henry a la ciudad para llevarle al hospital. Recuperé un poco la respiración y tras dar un par de instrucciones al resto del equipo, volví a nuestra cabaña. Me encontré a Mariola enfadada hablando con alguien por teléfono. Al oírle hablar en castellano supuse que sería María.*

*—No me toques las pelotas, María. Me da igual que no te guste. Estabas encantada con él. Que no, María. Que me da igual lo que me digas. Que no. —Se dio la vuelta cuando me vio—. No, María, Alex no te va a quitar a Rud. ¿Quieres hablar con él? Eres desesperante. Ya... que yo te he enseñado. Porque no te tengo cerca ahora mismo sino... —me dio el teléfono—. Mi hermana la toca pelotas.*

*—Hola, María.*

*—Alex, quítame a Rud de encima, por favor. Tenemos el guardaespaldas de Brian y no creo que necesitemos más. Estamos todo el santo día juntos. Que vuelva con mi hermana. Él no está bien aquí. Es borde, es seco y me saca de mis casillas.*

*—Vamos a ver, María. Tu hermana se preocupa por ti y yo también.*

*—Lo sé, Alex, y os lo agradezco, pero con un guardaespaldas vigilando mi culo, me vale. —Sonreí ya que aquellas fueron las palabras que dijo Mariola.*

*—María —me aparté de Mariola—, si te quito a Rud tienes que prometerme que no te separarás del otro guardaespaldas.*

*—Prometo no separarme de Brian, así que tranquilo. Que Rud vuelva con mi hermana, ambos lo necesitan*

*—El nuevo guardaespaldas no le gusta mucho..*

*—Es que vamos, ¿no podías haberle puesto a alguien peor? Es demasiado raro hasta para mi hermana.*

*Al colgar a María comprendí que Rud, Mariola y yo debíamos tener una conversación de adultos cara a cara.*

*Después de comer oímos el coche de Dwayne que volvía de la ciudad. Mariola y Jason estaban jugando en el salón y vi que Dwayne venía acompañado, siguiendo mis instrucciones.*

*—Jason, ¿te echas una siesta y después vamos al pueblo?*

*—Claro, papi. —Se acercó a mí y me tiró del brazo—. ¿Se lo vas a pedir?*

—Todavía no. Cuando se lo pida quiero que tú estés con nosotros.

—Vale. Entonces es que vais a hablar de cosas de mayores de las que no debo saber nada. —

Salió corriendo a su cuarto.

—Mariola, tenemos que hablar.

Se abrió la puerta y Mariola se quedó observando varios segundos antes de decir nada.

—¿Qué hace él aquí?

—Hola, Mariola. —Rud estaba demasiado serio.

—Mariola, necesitamos hablar y es el momento.

—No quiero hablar con él. —Se apartó de nosotros.

—Mariola, no seas cabezota por favor. Esto me cuesta más a mí que a ti. ¿Crees que me gusta la relación que tienes con Rud? Ese buen rollito que tenéis me mataba de celos, pero es de fiar. No tiene nada que ocultar, ningún secreto ni ninguna cosa rara. —Me acerqué a ella y la agarré de la cintura —. Vamos a hablar los tres y dejaremos las cosas claras.

—¿Tú estás seguro de esto? —Me miró.

—Tienes dos opciones. Una, hablamos y dejamos todo claro. Dos, cuando volvamos a Nueva York seguirás teniendo a tu señor de lo paranormal.

Puso los ojos en blanco, se mordió la lengua, negó varias veces con la cabeza, nos miró a los dos y se sentó en la mesa alta de la cocina.

Yo estaba al lado de Mariola y Rud enfrente de nosotros, sentado en otro taburete. Él comenzó a explicarle a Mariola todo lo que había pasado: las llamadas, su cambio con ella, todas las cosas que ella había notado los últimos días. Mariola hacía sus típicos gestos de enfado, comprensión, enfado de nuevo, mirada inquisitiva, tamborileo de uñas en la mesa. Cuando Rud terminó de hablar, Mariola nos miró a los dos observándonos, tratando de leernos la mente.

—Que quede una cosa muy clara, yo necesito a alguien en quien pueda confiar. —Balanceó la cabeza varias veces—. Cualquiera cosa que vea que no me guste, que me mosqueé o que me haga pensar que tienes cualquier otra intención, te arranco lo que tienes entre las piernas.

—Mariola, no quiero que desconfíes de mí. Nunca te he dado ningún motivo. Todo el cambio fue por el toque de atención del señor McArddle y del jefe. —Rud estiró sus manos sobre la mesa, tratando de alcanzar las de Mariola.

—Sé que ahora desconfías de todo el mundo, nena, pero Rud no te ha dado ningún motivo para hacerlo. Pero... es él o Thomas. —Nos miró a los dos y miró por la ventana.

—Sí que me das buenas opciones, el señor de lo paranormal o el señorito hago lo que me da la gana. —Se quedó unos segundos callada—. Estás a prueba, Rud. —Se fue a la habitación.

—Muchas gracias, señor.

—Como le hagas daño te mataré. —No me hizo falta decirle nada más. El mensaje lo había recibido alto y claro.

Escuché la ducha y música en nuestra habitación, así que me senté en el salón para echar un vistazo a los informes de Dwayne, los que ya había visto Mariola. Empecé por el de Ryan, tenía mucha curiosidad por saber más cosas de él. Cuando empecé a leer las primeras líneas...

—¡Increíble!

Cuanto más leía de él, más me molestaba que estuviera cerca de Mariola, era un puñetero super héroe. Cerré el informe y pasé al de ella. Sopesé unos segundos leerlo, pero mi curiosidad fue más grande y le eché un vistazo. Conocía sus amistades, su familia, su pasado y al ver el nombre de la empresa...

—¿De qué demonios me suena?

Fue la empresa de la que echaron a Mariola sin ningún motivo aparente y aquel informe tampoco decía nada más allá de lo que ella me había contado. Continué unas páginas más y cerré la carpeta,

no quería leer ningún detalle más de su vida antes de conocernos.

—¿Vamos a dar un paseo? —Mariola salió preparada.

—Claro. —Dejé los informes encima de la mesa y Mariola los miró—. Les he estado echando una ojeada y hay algo que bueno... —me pasé la mano por la nuca.

—Dime. —Respiró profundamente como si temiese que le preguntase por algo de aquellos papeles.

—No quiero saber cosas de tu vida así. Quiero saberlo, pero que seas tú la que me lo cuentes. Quiero que un fin de semana en invierno, cuando la nieve nos tenga a los dos aquí incomunicados con un buen vino y la chimenea encendida, me cuentes cada detalle de tu vida. —Me situé a su lado—. Siento haberlo empezado a leer.

—No pasa nada.

—¿Nos vamos? —Jason nos agarró de la mano.

—Sí.

Tuvimos que dejar aquella conversación para otro momento.

Nuestros días rozaron a su fin antes de lo que a todos nos hubiese gustado. Nos acostumbramos rápidamente a despertarnos y acostarnos juntos, a desayunar mientras hablábamos, a ver las estrellas en el muelle bajo una gran manta de mis abuelos. Mariola sonreía, Jason estaba feliz y yo... yo me sentía muy bien sin preocuparme de lo que nos esperaba en la ciudad.

El domingo por la mañana empezó a sonar el móvil de Mariola en la habitación. Ella y Jason estaban jugando fuera. No reconocí el número.

—Buenos días, titi. —Una voz femenina no me dejó hablar. Hablaba en castellano.

—¿Perdón?

—Mmm... Tú no eres mi titi. —Escuché una carcajada—. ¿Podría hablar con Mariola?

—Sí. ¿De parte de...

—Anda, señor trajeado, pásame con ella.

Me quedé mirando el teléfono y por el tono de voz de aquella chica que llamaba titi a Mariola, tenía que ser una de sus amigas.

—Mariola. —Me acerqué a ellos—. Alguien pregunta por su titi.

—Aitana. —Me quitó el teléfono de la mano con una gran sonrisa en su cara—. Hola... ¿Hola? Vaya cobertura de mis coj... —Miró a Jason y negó con la cabeza alejándose de nosotros.

Me acerqué hasta el muelle y allí encontré la cobertura perfecta para que Aitana comenzase a echarme la bronca del siglo por no haberle cogido el teléfono después de sus mil millones de llamadas según ella, tres según vi en el registro de mi móvil.

—¿Te parece normal pasar de mí cuando en tu vida han ocurrido tantas cosas? —Estaba enfadada, la conocía muy bien.

—No quería preocuparos.

—¿En qué cojones estabas poniéndote tantas veces en peligro? —Estaba gritando.

—Aitana, es difícil de explicar. —Me pasé la mano por la cara.

—Me vas a obligar a presentarme en Nueva York y secuestrarte. El F.B.I. va a poner carteles por toda la ciudad para buscarte. —Escuché que respiraba profundamente varias veces—. Si pillase a Jonathan le iba a dejar más calvo que el de la lotería de Navidad. —Había cogido carrerilla y no iba a poder pararla—. Esa forma tan rastrera que tenía de tratarte... Parecía querer ser tu dueño. Qué hijo de la gran puta. —Escuché una puerta cerrándose al otro lado del teléfono—. Te hemos visto en las revistas...

—¿Revistas?

—Sí, hija, sí. Eres el foco de atención de la prensa amarilla o rosa o como se llame en ese país.

No tuve otra opción que explicarle un poco todo lo que había sucedido. Era mejor que supiese la verdad y no lo que se había imaginado tras hablar con mi hermana. Había leído en las revistas que Alex había concedido una gran entrevista que estaba levantando mucha expectación.

Consiguió sacarme muchas sonrisas y alguna lágrima. Echaba de menos poder tomarme una copa con mis amigas en España en un chiringuito en la playa y terminar bañándonos vestidas a altas horas de la madrugada.

Tras colgar me quedé tumbada un rato tratando de recuperar un poco la respiración. Cerré los ojos y respiré, pero un sentimiento de falta de aire me hizo levantarme de la hamaca. Mi cuerpo tembló y aquella era la misma sensación que tenía cuando Jonathan estaba cerca.

A los segundos, Rud comenzó a correr hacia mí, sabía que me pasaba algo.

—¿Qué ocurre, Mariola? —Me agarró del brazo.

—Nada, no me hagas caso, me estoy volviendo loca. No te preocupes. —No quise mirarle. Sabía que si lo hacía, iba a saber que le estaba mintiendo.

—No me digas que no me preocupe porque lo voy a seguir haciendo. Soy tu amigo, aunque no quieras reconocerlo ahora mismo.

—Yo... no... —No era capaz de decir dos palabras seguidas.

—Mariola, no soy yo quien te quiere hacer daño.

—Limitate a hacer tu trabajo y ya está, Rud.

Ninguno de los dos dijimos nada más. Nos estábamos mirando mientras a nuestro alrededor la vida continuaba como si nada estuviese sucediendo. Rud negó con la cabeza y Dwayne apareció a nuestro lado.

—¿Todo bien por aquí? —Miró a Rud.

—Sí, jefe, todo bien.

—¿Quieres que demos un paseo por el bosque, Mariola? —Dwayne agachó la cabeza para mirarme y me sonrió.

—Sí. —Puso su mano en mi espalda para que comenzase a andar.

—Recuérdalo, estrictamente profesional, Rud. No la vuelvas a cagar, es la última oportunidad que tienes.

El cielo estaba empezando a llenarse con nubes muy oscuras. Durante el paseo no hablábamos, no dijimos ni una sola palabra, solamente nos limitamos a caminar en silencio. No le hice caso a Dwayne cuando me dijo que continuásemos por la orilla del lago, yo quise adentrarme en el bosque.

Caminé rápido, queriendo alejarme un poco de Dwayne y sentía una respiración fuerte detrás de mí. Tenía unos ojos que no me dejaban de mirar y, por el ritmo que comenzaba a coger mi corazón... no era Dwayne quien me estaba observando.

Paré en medio del bosque y Dwayne se quedó a mi lado. Comprobé en su cara que él también estaba escuchando aquellos pasos acechándonos. Puso un dedo en sus labios mandándome mantenerme callada y nos apartamos a unos matorrales cercanos, escondiéndonos justo detrás.

—Quédate aquí, no te muevas. —Lo dijo entre susurros.

Sacó su arma y yo me quedé agazapada detrás de los arbustos. Traté de controlar mi respiración, pero era incapaz, así que tuve que taparme la boca con las manos. Los segundos se hicieron eternos y entre aquellas ramas pude ver cómo Dwayne caminaba con mucho cuidado de no hacer ruido con el arma apuntando a la nada. Quería salir corriendo sin mirar atrás, pero podría ser peor que quedarme allí quieta. Me levanté unos centímetros y vi cómo una sombra se metía detrás de los árboles que estaban justo delante de mí, corrió de nuevo hacia el otro lado y traté de reconocer aquella veloz sombra. No me di cuenta, pero estaba de pie tratando de ver hacia dónde se había ido y buscando a Dwayne desesperadamente para volver a la cabaña.

El cielo comenzó a soltar agua como si no hubiese mañana y el día se hizo noche. El agua golpeaba

las hojas de los árboles haciendo mucho ruido y los relámpagos iluminaron el cielo. No podía controlar mi respiración y decidí salir de allí corriendo sin mirar atrás y sin parar hasta llegar a la cabaña.

Miré a ambos lados del bosque sin saber muy bien hacia dónde debía correr... estaba perdida y sin Dwayne cerca.

—Hemos venido por...—me pegué a un árbol tratando de recordar el camino que habíamos recorrido minutos antes, pero no era capaz de hacerlo.

Cerré los ojos y me froté la frente en un intento vano de recordarlo. Cuando traté de moverme una mano me tapó la boca, pegándose a su cuerpo y comencé a patallar casi en el aire. Puse mi pie en un árbol que tenía cerca y caímos al suelo golpeándonos en la cabeza. El agua nos estaba empapando, tenía la cabeza aturdida y no podía distinguir nada. Una de sus manos me agarró del tobillo. No podía ni siquiera gritar del ataque de pánico en el que había entrado. Aquella persona estaba tirando fuertemente de mi tobillo, obligándome a agarrarme a la tierra que se había convertido en barro y resbalaba. Busqué algo en el suelo con lo que poder defenderme y encontré una piedra. La agarré fuertemente y golpeé a quien me estaba tratando de hacer daño.

Escuché un grito que se ocultó tras un gran trueno. Me levanté resbalándome con el barro y las ramas del suelo y eché a correr en la dirección que pensaba que se encontraba la cabaña.

No tenía claro que aquella era la dirección correcta, pero no podía parar de correr aunque las ramas que me había en el suelo me hicieron caer un par de veces. Pero no pretendía parar y dejar que Jonathan me atrapase en aquel bosque.

La tormenta estaba justo encima de nosotros y el agua no me dejaba ver más allá de dos o tres metros, pero cuando pasé unos árboles con un tronco enorme, allí al fondo vi la luz de las cabañas. Quise llorar de alegría y comencé a correr aún más rápido. Vi a Rud y Alex charlando en la terraza de la cabaña, cobijados de la tormenta. Quise gritar, pero no salía ni una sola palabra de mi garganta.

Cuando llegué al claro del bosque donde se encontraban las cabañas, mi pie derecho se enganchó en una rama que salía del suelo y me caí. Traté de levantarme, pero mi cuerpo ya no respondía, ya no era capaz de seguir corriendo. Me arrodillé en el suelo para recuperar un poco el aliento y miré al frente. Rud me vio en el suelo llena de barro y, tras darle un golpe a Alex en el brazo, comenzó a correr.

—Mariola. —Gritaron los dos a la vez.

*Rud llegó segundos antes que yo y la cogió en brazos. Parte del equipo de seguridad se adentró en el bosque.*

*—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Dwayne?*

*—No lo sé. Hemos escuchado ruido en el bosque, alguien me ha tirado al suelo y le he dado con una piedra antes de salir corriendo. —Nos enseñó sus manos ensangrentadas.*

*—Vamos a la cabaña, estás empapada.*

*—Tranquila, Mariola. —Me acerqué a Rud y se la arrebaté de entre sus brazos—. Asegúrate de que Jason no sale de su habitación.*

*—De acuerdo. —Rud salió corriendo a la cabaña.*

*—¿Estás bien, preciosa? —Se pegó a mi cuello sin decir nada.*

*—¿Y si le he matado?*

*—No te preocupes por nada. —La abracé fuertemente y fuimos hasta la cabaña.*

*Entré con ella en brazos en el baño de nuestra habitación y la dejé sentada en la amplia encimera del lavabo. Su pelo estaba alborotado, con restos de hojas, ramas y barro. Tenía una herida en la boca y las manos ensangrentadas, los nudillos con heridas, una herida en el brazo y otra en la rodilla. Cogí una toalla, la mojé con un poco de agua y comencé a limpiarle la cara. La agarré de la barbilla suavemente y le levanté la cara. Me daba miedo hacerla daño.*

*¿Dónde demonios se había metido Dwayne? ¿Por qué la dejó allí sola? ¿Por qué la abandonó a*

su suerte?

—Dame tus manos, princesa. —Me las dio y se las lavé con jabón en el lavabo—. Ya estás a salvo, cariño.

—Estaba allí y de repente... —negaba con la cabeza mientras sus ojos seguían muy abiertos.

—Siempre voy a estar a tu lado, no te voy a dejar sola nunca. Nunca. Vive conmigo. Vente a vivir conmigo.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron aún más.

—Sí, cariño. Vive conmigo. —Me aparté de ella—. No era así como te lo quería pedir, pero me he dado cuenta de que todos los segundos que paso contigo son demasiado valiosos como para esperar a mañana. Te necesito a mi lado. Puedo sonar egoísta, pero te necesito cada minuto, cada segundo, y no quiero pasar ni un solo momento lejos de ti. Todo ha sido una locura, una locura que quiero disfrutar contigo. Te quiero, y si estar contigo significa pelear con un ejército, lo haremos juntos. —Le acaricié la cara—. No me puedo imaginar mi vida sin ti, Mariola. Llegaste para cambiar mi mundo y estoy preparado para todo. Nada nos podrá parar, nada ni nadie.

—Yo... —Frunció los labios—. Estoy aturdida y...

Me entristeció no escuchar un gran sí. Tal vez era demasiado pronto.

—No te preocupes, cariño. Con todo lo que ha pasado, yo pienso en mí egoístamente. Olvídalo. —Me di la vuelta para que no viera mi gesto.

—Alex, cariño... —se acercó a mí y me agarró del brazo para darme la vuelta—. No he respondido.

—Eso es lo que me preocupa, que no hayas respondido. Puede que sea demasiado para ti, pero lo último que quiero es agobiarte o presionarte.

Le curé el resto de las heridas y la dejé en la cama tumbada para que descansase. Solamente quería saber qué coño había pasado en el bosque. Me aseguré de que Rud estuviera con Jason en su habitación y salí fuera de la cabaña. La imagen que vi nada más salir hizo que me hirviera la sangre. Venía el equipo de seguridad con Dwayne, que tenía un golpe en la cabeza del que brotaba sangre. Su ropa también estaba manchada de barro, al igual que la de Mariola y... No pensé en nada y me acerqué a él apartando a los de seguridad para agarrarle del cuello.

—¿Qué demonios ha pasado? —Miré su herida—. Dime que no es lo que estoy pensando, porque necesitarás más hombres para quitarme de encima de ti.

—La he dejado en un lugar seguro y he ido tras... —parecía estar dando excusas.

—¿Cómo te has hecho lo de la cabeza? —le zarandee—. Contesta, joder.

—Ha sido Mariola.

No pudo decir nada más porque la ira y la cólera que tenía dentro de mi cuerpo salieron en forma de puñetazo directo a su cara. Cayó de espaldas al suelo y quise seguir. ¿Cómo podía haber estado tan ciego y no darme cuenta de que Dwayne...

—Señor... —me agarraron entre dos del equipo de seguridad—. Deje que se explique.

—No necesito ninguna explicación. —Me zafé de sus brazos.

—Puede seguir pegándome, pero quien está detrás de todo esto sigue en el bosque. Siento lo que ha pasado con la señorita Santamaría, pero estaba de pie indefensa y al verla, lo único que pensé fue en protegerla, en hacer que se agachase y estuviese en silencio. Pero se asustó, ni siquiera parecía escucharme mientras le pedía que se tranquilizase. Después solo recuerdo un golpe en la cabeza y... —se apoyó sobre sus codos en el suelo—. Entiendo que quiera matarme, pero nunca le haría daño a Mariola. Solo intentaba protegerla.

—¿Por qué tengo que creerte y no llamar a la policía ahora mismo? —Me di la vuelta tratando de calmarme.

—No tiene ninguna forma de saberlo, pero desde que trabajo para usted no creo que haya visto

ningún comportamiento raro en mí.

—Joder. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Sabes lo aterrorizada que está Mariola? Como para que ahora vea que has sido tú quien la ha atacado o tratado de proteger atacándola...

—Señor, yo...

El sonido de un mensaje en mi móvil le dio una oportunidad a Dwayne para seguir disculpándose más tarde.

Es duro dudar de todo lo que tienes a tu alrededor. Primero Ryan, luego Rud y ahora Dwayne. Señor millonario, sus peones son fáciles de derrotar, pero recuerda que esto es como el ajedrez: el rey trata de obstaculizar los jaques a su dama, pero... ¿hasta cuándo? Un día estará sola, y lo que hoy en el bosque ha quedado a medias, se convertirá en mi jaque mate.

*Escuchamos las ruedas de un coche derrapando cerca de la cabaña. Parte del equipo quiso salir corriendo, pero no les dejé. No necesitaba más heridos aquel día. Se llevaron a Dwayne a la cabaña para que se curase las heridas.*

*Entré en la cabaña mientras Mariola se daba una ducha. Puse a calentar agua y me aseguré de que las contraventanas y ventanas de todas las habitaciones estaban bien aseguradas y cerradas. Eché el agua en una taza y me senté frente a la chimenea.*

Me había pedido que viviese con él. No habían pasado ni cinco meses desde que nos conocimos en aquella fiesta y quería que viviese con ellos, pero yo, la estúpida más estúpida del mundo mundial, no contesté. Me limité a poner cara de terror. Bueno, la misma cara que tenía cuando salí de la ducha. Me peiné, y tras vestirme, salí al salón. Me encontré a Alex sentado frente a la chimenea. Aproveché que había agua caliente y me preparé un té antes de sentarme a su lado.

—Cariño, necesitas descansar.

—¿Sabes qué necesito? —Me miró con los ojos llenos de brillo—. Solamente a ti. No me hace falta nada más.

*Estuvimos unos minutos abrazados delante de la chimenea sin decir nada. Me encantaba todo lo que sentía cuando estaba entre mis brazos. Adoraba la forma que tenía de mover la cabeza despacio para acomodarse bien en el hueco de mi cuello y su ronroneo asegurándome de que estaba a gusto.*

—Tengo sed. —Jason apareció en el salón—. Hola. —Mariola se escondió tratando de que Jason no le viese la cara, pero tardó más de la cuenta—. ¿Qué te ha pasado en la cara? —Se puso delante de Mariola.

—Me he caído y me he golpeado contra una rama en el bosque.

—¿Pero estás bien? —Jason le pasó la mano por la cara suavemente, como si quisiera curarla así.

—Ahora mucho mejor, cariño.

—Pues entonces... —tiró de su brazo para que se levantase y la llevó hasta el sofá obligándola a sentarse—. Nosotros hacemos la cena hoy. Tienes que curarte y ponerte buena. —Se subió al sofá y le dio besos por toda la cara.

—Los besos son la mejor medicina. —Le abrazó.

—Pues ya sabes, papi, esta noche le tienes que dar muchos besos para que se cure.

Jason consiguió sacarle una gran sonrisa a Mariola, que se quedó unos segundos observándole sin dejar de sonreír.

*Jason y yo preparamos la cena y decidimos que viajaríamos de vuelta a Nueva York a la mañana siguiente. Necesitábamos descansar aquella noche.*

*Tras acostar a Jason, Mariola se acurrucó en la cama con una manta por encima. Me acosté a su lado y ella apoyó su cabeza en mi pecho.*

*—Alex. Lo de vivir juntos... ¿va en serio?*

*—Sí.*

*—¿Es por todo lo que está pasando? —Me miró preocupada.*

*—Quiero que cada día me despierte tu preciosa sonrisa, quiero llegar a casa y verte con Jason mientras le lees un cuento, quiero disfrutar de ti cada día. Pero comprendo que no quieras o no estés preparada.*

*—Alex, dímelo otra vez. —Se apoyó sobre su brazo acariciándome la cara.*

*—Vive conmigo. Vive con nosotros.*

*—Sí, claro que sí.*

*Aquella noche me mantuve despierto para velar por sus sueños, para que nada pudiese perturbarla.*

## 20.

# COMO SI EL CIELO ME CASTIGASE

—¿*H*as hablado con Jason sobre tu pregunta?

—*Sí, es más, casi fue idea suya. Bueno, su idea era otra totalmente diferente. —Sonreí. Jason ya estaba en el colegio y conduje hasta el hotel.*

—¿*Otra?* —*sus ojos se entrecerraron.*

—*Sí. Eres más de lo que ninguno de los dos nos esperábamos encontrar. Aquel día en el colegio fue la primera vez que Mariola Santamaría entraba en nuestra pequeña familia. Te has ganado el corazón de mi hijo y no te puedes llegar a imaginar lo importante que es eso. —Estábamos parados en un semáforo y aproveché para besarla.*

—¿*Sabes que ya te quería antes de conocerte?*

—¿*Sí?* —*Se me dibujó una gran sonrisa en la cara. Siempre sabía qué decir.*

—*Te quise antes de conocerte y te besé antes de realmente hacerlo. No olvides nunca que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos*[\[24\]](#).

*Tuvo que sonar tres veces el insistente claxon del coche que teníamos detrás para que dejásemos de besarnos.*

Me despedí de Alex en la puerta del hotel y fui a la oficina, pero antes cogí un café muy cargado en la cafetería de la esquina. No recordé que teníamos una reunión hasta que Scott me mandó un mensaje recordándomelo.

Durante la reunión en la que nuestros clientes potenciales repitieron quince veces la palabra exclusivo, recibí varias llamadas de Alex que desvié al buzón de voz. Me envió un mensaje pidiéndome que le llamase.

Dos horas y media después dejé de garabatear mi cuaderno. Scott estaba en su mesa cuadrando unos horarios y me quedé mirándole sin que se diese cuenta. Aquellos eran los últimos días que iba a trabajar con nosotros en Nueva York.

—*Te voy a echar de menos, Scott.*

—*Tampoco me voy al fin del mundo. Podrás venir a verme. Creo que eso le gustaría a mi nuevo jefe. —Levantó las cejas.*

—*Seguro que sí. —Mi móvil comenzó a pitar con varios mensajes, pero cuando fui a mirarlos, Linda se acercó a nosotros.*

—*Mariola, ¿podemos hablar?*

—¿*Qué pasa, Linda?* —*Me acompañó a su despacho.*

—*Dímelo tú. ¿Qué ha pasado?*

—*Tuve un pequeño accidente en el bosque, pero estoy bien.*

—*No estás bien. Llevas mucho tiempo actuando de una forma extraña, mucho más extraña de lo normal. Y ahora esa maldita entrevista tan dura, que te ha tenido que... de... jar...*

*Linda fue espaciando sus palabras sabiendo que yo no entendía de qué me estaba hablando.*

—No tienes ni idea de lo que estoy hablando, ¿verdad? —Se llevó la mano al corazón y se sentó en la silla.

—No.

—Esta mañana ha salido una revista con un titular que... —Resopló y negó con la cabeza—. *La esperada entrevista que desmantela al gran Alex McArddle*.

—¿Cómo?

—Yo...

—¿Qué revista? —Negaba continuamente con la cabeza deseando que aquel titular no fuese nada más que un gancho para vender.

—Prensa amarilla, cariño. —Trató de calmarme.

—Es la entrevista que dio Alex en Los Ángeles. Fue un trato al que llegó con ellos, pero... —Abrí la boca y cerré los ojos—. Necesito leerla.

Salí corriendo de la oficina dándole poco margen a Rud de seguirme. Crucé la acera sin mirar bien si venían coches y busqué en el quiosco la revista. Cuando vi la portada delante de mí, no me lo podía creer. En la portada aparecía una foto de Alex apoyado en una barandilla en la terraza de un edificio alto y a su lado el gran titular: *desmontando al millonario Alex McArddle, la entrevista que desmantela al gran Alex McArddle*. Tiré de la revista, dejé diez dólares al chico y me aparté de la gente buscando un hueco donde leer todo aquello a lo que tanto miedo tenía Linda. Comencé a leer por encima la cabecera de aquel artículo y aquello no esclarecía nada.

—Mariola, me prometiste no volver a salir corriendo sin decirme nada. ¿Cómo demonios puedes correr con esos tacones? —Se apoyó en la pared tratando de recuperar el aliento.

—Ahora no, Rud, ahora no. —Volví a mirar la revista.

**Revista:** Tu relación con Mariola Santamaría comenzó como un juego de niños y está atravesando malos momentos.

**Alex:** Nuestra relación siempre ha estado llena de altibajos y este es uno más. Nos conocemos desde hace muy poco tiempo y bueno, puede que este sea el final de una tormentosa relación.

¿Tormentosa? No me podía creer que estuviera diciendo aquello. Pero mis ojos no pudieron apartarse de aquellas líneas y continué leyendo. Rud se limitó a esperar a mi lado.

**Revista:** ¿Significa que ya estás en el mercado? Aquí en Los Ángeles hemos podido verte con una preciosa chica.

**Alex:** Una persona que lleva en mi vida muchísimo tiempo y me acepta tal como soy.

**Revista:** ¿Eso significa que Mariola no te acepta cómo eres?

**Alex:** Nosotros somos de mundos diferentes. Era una relación que estaba destinada al fracaso. Todo el mundo me lo decía, pero no me quise dar cuenta. Ella no es una mujer para mí. Es divertida, pero no es una mujer para siempre.

Un sentimiento de rabia se estaba apoderando de mí, pero proseguí con aquella apasionante lectura.

**Revista:** Hace algunos años cometiste varios errores. Algunos típicos de la juventud y otros más graves. Pero con dinero se solucionó todo.

**Alex:** No hay nada que el dinero no solucione.

**Revista:** Eso debí pensar tu familia, cuando tras un accidente provocado por el alcohol, la velocidad y la inconsciencia, murió una joven. Se cerró el caso como si hubiera sido un simple accidente. ¿No te remuerde la conciencia saber que acabaste con la vida de una joven?

**Alex:** Toda mi vida lo recordaré, pero los errores que se cometen en la juventud te ayudan a ser quien eres en el futuro. Las consecuencias de aquello me hicieron madurar, replantearme la vida que llevaba y ha hecho que me esfuerce en no cometer los mismos errores de nuevo. Mi vida es más responsable y me he centrado en lo que realmente importa.

**Revista:** ¿Sin remordimientos?

**Alex:** Claro que los hay, pero en esta vida todos cometemos errores. Solo hay que mirar al futuro y centrarse en lo que realmente importa.

**Revista:** ¿Cuál es tu futuro? ¿Mariola Santamaría está en él?

**Alex:** No. Ella ha tomado decisiones que nos han afectado a los dos. No lo ha hecho bien y las cosas cuando duelen de verdad, no hay perdones que valgan. Que entrase en mi vida no fue más que un caos de acontecimientos que se dieron por fortuna. Pero en esta vida el destino nos pone a prueba. Hay veces que te ciegas con una persona que en definitiva no es para ti. Por mucho que te deslumbe un brillante, no es más que una bonita piedra pulida. No hay nada más allá de su brillo impactante inicial.

—Hijo de...

Grité tan fuerte que la mitad de las personas que caminaban por la avenida se dieron la vuelta para mirarme. Rud me miraba con los ojos bien abiertos sin saber qué hacer. Cerré la revista y la estrujé entre mis manos.

Volví a la oficina para recoger mis cosas. Cuando recogí mi móvil me encontré diez llamadas perdidas de Mike, Justin, Sonia, María y seis más de Alex.

Llegué al hotel y subí en el ascensor hasta su despacho. No dejé que Rud me siguiese. Abrí la puerta y me encontré a Alex hablando por teléfono.

—Sí mamá, ya lo he visto. Pero...

—¿Algo que contarme, Alex? —Lancé la revista doblada contra su pecho.

—Luego te llamo. —Colgó el teléfono y trató de acercarse a mí.

—Como muevas un centímetro más tus pies, esta piedrecita pulida te va a dejar marcada de por vida esa preciosa cara. —Puse la mano en el aire para pararle.

—Cariño, yo no...

—¿Pero quién coño te crees que eres? Esa entrevista es muy ruin. Ayer me pides que viva contigo mientras al mundo le estabas proclamando que lo nuestro no tenía futuro. Solo he sido una mala casualidad. —Negué con la cabeza—. Veo que solo he sido una piedra que te llamó la atención.

—Te he llamado...

—¿Para qué? ¿Para convencerme que todo eso no es verdad? —Señalé la revista que estaba a su lado en el suelo—. Eres un cretino y yo soy una estúpida que sigue creyendo en finales felices.

—¿Vas a dejar que me explique? —Cruzó los brazos.

—¿Tienes la conciencia tranquila?

La rabia e impotencia se apoderaron de mí y comenzaron a caerme las lágrimas.

—No puedo comprender cómo puedes jugar a ser dos personas a la vez. Por una parte está el Alex del que estoy enamorada. Él es dulce, atento y piensa que soy una bonita casualidad que apareció en su vida. —Abrí la boca y tomé aire—. Pero por otra parte está el cabronazo que he leído en la revista, el que cree que soy una puta piedra pulida o a medio pulir.

—La revista ha escrito lo que ha querido.

Recogí la revista del suelo y busqué las fotografías que salían de él y una preciosa morena.

—Puede que me haya quedado gilipollas después de tantas botellas de vino. Mea culpa. —Levanté las manos en el aire—. Pero las fotos... ¿también mienten? ¿No tienes a una tía pegada a tu cara?

—Ella... Yo... No... —se llevó la mano a la boca como si no tuviera ya más mentiras que soltar por la boca.

—Aclárate, porque solo te voy a dar cinco minutos antes de desaparecer por esa puerta.

—¿Vas a desaparecer? Le prometiste a Jason que no nos ibas a dejar nunca.

—A él no le dejas, te abandono a ti. Hay cosas que el dinero no puede comprar..

—Hice la entrevista para que no saliera a la luz nada del ataque de Jonathan. Joder, te estaba tratando de proteger.

—¿A ella también?

—Ella es Alison, mi cuñada.

—¿Tu... tu cuñada? —Aquella bofetada de realidad no la vi venir.

—Necesitaba hablar con alguien.

—¿Perdón? A ver si yo me aclaro que ahora sí que parezco tonta. Ella es tu cuñada y yo soy... —Resoplé, emití un sonido con la boca y afirmé con la cabeza—. Yo soy gilipollas.

—Mariola yo... lo siento.

—¿Sientes la entrevista? ¿Sientes lo de tu cuñada? ¿O sientes pensar que iba a leer tu entrevista y seguir tan tranquila?

—Esto solo es un bache que podemos superar.

—¿Bache? ¿Solo un bache? Esto es un puto cráter, Alex.

—¿No confías en mí? —Me agarró fuertemente del brazo.

—Suéltame, me haces daño, Alex. —Le empujé para que se apartase de mí—. ¿A quién queremos mentirle? El caos de acontecimientos que no unió, solamente fue eso. No somos nada más que casualidades, Alex. Lo del destino queda muy bonito en los libros románticos, pero es una mierda. —Traté de contener mis lágrimas. No se merecía que desperdiciase ni una más delante de él—. Lo nuestro tenía fecha de caducidad desde el principio. —Levanté los hombros y sonreí tristemente llena de dolor—. Has conseguido lo que nadie hacía desde hace años. Me has hecho sentir como una mierda y no quiero volver a sentirme menospreciada por nadie. —Traté de salir del despacho y se interpuso en mi camino—. Apártate o no respondo.

—Pégame, insúltame, pero no salgas por esa puerta.

—Apártate. —No quería que sus palabras me terminasen convenciendo de no hacer lo que realmente debía hacer—. Apártate o lo haré yo.

—Joder, Mariola, ¿crees que voy a dejarte salir de mi vida sin luchar por ti?

—Tú no sabes lo que es luchar. Tu puto dinero puede comprar la luna, pero no a mí.

—Me das consejos como si tu vida fuera perfecta.

—No, Alex. Ni soy perfecta ni jamás lo seré. Se cuáles son mis defectos, pero una vez pensé que me querías con ellos. —Negué con la cabeza.

—Joder, Mariola, no todo en la vida es como tú lo ves.

No quería seguir en aquel despacho peleando con él. Me agotaba seguir luchando por algo que no podía ser. Mi teléfono comenzó a sonar y miré la pantalla.

—Sí, contesta a Ryan para que te consuele.

Acto seguido Alex recibió una sonora bofetada. No iba a consentir que siguiese tratándome como a otra de sus ex. No se lo iba a permitir. Le golpeé tan fuerte que acabó sentado en la mesa de su despacho, tirando al suelo una de nuestras fotos.

—Eso sí que es el destino. —Miré el cristal que ya estaba en el suelo hecho añicos—. Todo lo que tocas lo rompes.

*Rud entró en el despacho al escuchar aquel cristal rompiéndose. Yo estaba tan asombrado de que me hubiese pegado, que no me di cuenta en el momento en que Mariola salió de allí. Cuando reaccioné y traté de seguirla, Rud se interpuso en mi camino.*

—Apártate.

—No, señor. Mi trabajo es que no le pase nada malo y si ella está llorando es por tu culpa. Así que ahora mismo mi deber es protegerla de ti.

—Quítate del medio. —Le pegué un puñetazo tumbándole en el suelo—. Joder. —Sacudí mi mano dolorida.

—Esto no solucionará que Mariola haya salido de aquí destrozada. —Se levantó del suelo y salió de mi despacho.

Salí corriendo del hotel y me monté en el primer taxi que encontré por la calle. No miré atrás ni le di opción a seguirme. El taxista se limitó a tratar de entender las palabras que salieron de mi boca diciéndole la dirección. Comenzó a llover y observé cómo las gotas caían por la ventanilla. La ciudad se acababa de colapsar por la tormenta y yo parecía estar refugiándome en aquel taxi de mi vida, de todo lo que estaba sucediendo fuera de aquel coche.

Me froté la frente tratando de tranquilizarme y de pensar qué es lo que iba a hacer. Necesitaba desconectar, alejarme de todos aquellos problemas que me acosaban desde que conocí a Alex. Una idea apareció en mi mente. Cogí el móvil y llamé a Linda para pedirle un gran favor y ella, como siempre

había hecho, me dio carta libre para todo lo que necesitase.

Media hora después estaba subiendo al piso y le pedí al taxista que me esperase, que no tardaría más de diez minutos en volver. Subí a casa, metí algo de ropa en una bolsa, cogí mi pasaporte, algo de dinero que tenía en un cajón y bajé corriendo las escaleras. Alex podía llegar en cualquier momento al piso buscándome.

—Al JFK<sup>[25]</sup>.

El conductor ni dijo ni una sola palabra, pero cuando aparcó en la terminal de salidas del aeropuerto, tuvo que decir algo.

—Hemos llegado, señorita. —Se dio la vuelta para mirarme—. Todo en esta vida tiene solución. Sea lo que sea, tómese su tiempo y tranquilícese. Respire, séquese las lágrimas y mire hacia delante. La vida tiene demasiadas cosas bonitas como para perderselas por estar llorando. Después de la tormenta...

—No siempre brilla el puto sol. —Sabía que él solo trataba de ser amable, pero mi zorrón interior abrió la boca—. Después de una gran tormenta lo único que quedan son ramas rotas, hojas en el suelo y mierda, mucha mierda.

Le pagué dejándole una muy buena propina por mi último comentario. Entré caminando bastante perdida en el aeropuerto y le eché un vistazo al tablón en el que se anunciaban los vuelos que salían en unas horas. Revisé cada una de las ciudades que se iluminaban y encontré el lugar perfecto al que viajar. Me acerqué a un mostrador y media hora después estaba sentada cerca de la puerta con un par de billetes en la mano.

*Mariola rechazó las veinte llamadas que le hice cuando salí del hotel y la vi alejarse en un taxi. Rápidamente bajé a por mi coche para llegar a su piso lo antes posible, pero aquel diluvio que estaba asolando la ciudad no me lo permitió. Estaba en un atasco en Madison recordando las últimas palabras que le había dicho. Me había comportado como un cabrón al hacer aquel comentario.*

—Genial.

*Golpeé el volante cuando por la radio comenzó a sonar “Open arms” de Journey en la radio.*  
**Ahoravengo a ti con los brazos abiertos... Viviendo sin ti, viviendo solo. Cuánto desearía que estuvieras en casa.**

*Me llevé la mano al pecho. Un dolor punzante en la parte izquierda de mi cuerpo parecía mandarme señales de que algo no iba del todo bien. Respiré profundamente en un intento vano para tranquilizarme, pero aquel dolor comenzó a abarcar medio pecho. Apoyé la frente en el volante, y tras varios minutos, el dolor comenzó a disminuir.*

—Bien, tranquilo.

*Unos minutos después, todo lo que llevaba dentro explotó. Grité, golpeé el volante con mis manos y el asiento con mi espalda. Me acababa de dar cuenta de que había perdido al amor de mi vida. Mi corazón dejó de latir por unos segundos. Me llevé la mano al pecho y abrí la puerta para poder respirar. Me deshice del cinturón de seguridad y salí a la carretera en medio del atasco y de la lluvia. Los coches me esquivaban y recibí varios insultos por no moverme de allí.*

*Varios minutos después entré de nuevo en el coche con menos dolor en mi cuerpo. Me pasé la mano por el pelo tratando de quitar la lluvia que me cubría y marqué un número de teléfono.*

—Thomas.

—¿Señor?

—Necesito que consigas la entrevista que di en Los Ángeles. Me da igual a quien tengas que matar, consíguela.

—Sí, señor.

*Me quedé pensando unos segundos en los pasos que podría haber dado Mariola tras salir del hotel. Lo más lógico es que estuviese refugiada en su piso, así que llamé a Rud.*

—¿Dónde está Mariola?

—No lo sé. La he perdido al entrar en el taxi.

Colgué sin darle ninguna opción a Rud de decir nada más. Decidí buscarla en su piso. Aparqué justo delante del portal y encontré en el suelo, al lado de la entrada, su pulsera. Se la había regalado Andrea y nunca se la quitaba. Estaba tirada en el suelo mojándose con la lluvia y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Su móvil estaba apagado y Rud sabía dónde estaba. Llamé al timbre desesperado y la voz de Mike contestó.

—¿Sí?

—Sé que no seré bienvenido, pero necesito saber dónde está Mariola.

—¿Ahora te importa? Alex, no quiero hablar contigo. —Colgó y volví a llamar de forma insistente—. Vas a quemar el timbre.

—Necesito saber que está bien.

—¿Cómo has podido hacer todo eso en una revista?

—Mike, por favor. Estoy empezando a asustarme. Me acabó de encontrar en el suelo la pulsera de Mariola, la de la niña que... —escuché que se abría la puerta y subí corriendo por las escaleras.

—No sé cómo le has dejado subir Mike. —Al llegar a su piso Justin me miró y se fue a la cocina.

—Sé que no me queréis ver, pero necesito hablar con ella. He encontrado su pulsera y...

—Estará ahogando las penas en un bar. —Justin no estaba dispuesto a echarme una mano.

—No. —Mike se llevó la mano a la boca—. Cuando he llegado a casa no estaba cerrado con doble llave y...

Mike ni dijo nada más y fue a la habitación de Mariola. Salió unos segundos después negando con la cabeza.

—Se ha llevado algo de ropa y su pasaporte.

Los tres tratamos de ponernos en contacto con ella, al menos su teléfono ya daba señal.

Seguía sentada en aquel banco sin saber muy bien qué hacer o qué sentir. Era como si todo delante de mí estuviese sucediendo a cámara lenta. Las personas que estaban a mi alrededor me miraban extrañados. Suponía que era porque tenía la cara llena de lágrimas negras gracias al rímel. Comprobé la hora en mi teléfono y estaba apagado. Tras encenderlo entraron mensajes de llamadas perdidas y una llamada de Mike. Tenía que avisarles.

—Hola, Mike. Estoy bien, pero necesito salir de la ciudad.

—Mariola, ¿dónde estás?

—¿Dónde demonios estás Mariola? —Alex estaba al otro lado del teléfono y cerré los ojos.

«Aeropuerto JFK les recuerda que...»

—Está en el aeropuerto.— Mariola había colgado nada más escuchar mi voz.

—Por eso se ha llevado el pasaporte.

—Yo... —Fui hasta la puerta—. Tengo que hablar con ella antes de que se vaya.

Salí de Manhattan conduciendo a toda velocidad. Tenía más de una hora de trayecto hasta el aeropuerto y para entonces, Mariola podría estar volando hacia cualquier lugar del mundo. Necesitaba hablar con ella antes de que desapareciese. Conduje a través del puente Williamsburg y una hora y algo después estaba aparcando en salidas internacionales del JFK. No tenía ni idea de a dónde iba, pero dentro de mí quedaba una pequeña esperanza de encontrarla antes de que volase. No fue así. Recorrí la terminal buscándola entre todos los que estaban por allí, pero no tuve suerte. Vi un cartel donde se anunciaban los vuelos y me acerqué para comprobar los destinos. Londres, San Francisco, Berlín... Ninguna de aquellas ciudades me decían nada, hasta que al final del todo vi Barcelona. Se tenía que dirigir allí, a España.

—Un billete para Barcelona, por favor.

Mientras esperaba ansioso aquel billete, golpeaba el mostrador con mis manos.

—Aquí tiene, señor McArddle. Puerta B67.

La cola en el control de seguridad me desesperó. Quise gritar, pero si lo hacía, podría llamar demasiado la atención de la policía y me retendrían pensando que me había escapado de algún psiquiátrico. Una vez superado aquello, busqué en los carteles que colgaban del techo el lugar donde estaba la B67.

Me daba igual el dolor que sentía en el pecho, necesitaba llegar a aquella puerta de embarque antes de que Mariola desapareciese. Estaba al final de aquel pasillo y pude comprobar que no había embarcado aún. Sonreí y recuperé el aliento antes de acercarme y poder hablar con ella. Estaba dada la vuelta observando los aviones que despegaban. Me pasé la mano por el pelo, tomé todo el aire que mis pulmones fueron capaces de contener y caminé nervioso hacia ella. Solté el aire retenido y puse mi mano temblorosa sobre su hombro.

—Mariola.

Se dio la vuelta con una gran sonrisa... pero aquella chica no era Mariola. Se parecía mucho a ella, pero no era mi chica.

—No soy Mariola, pero podría serlo.

—Perdón, me he equivocado.

Nunca podría ser Mariola, nunca podría significar lo que Mariola significaba para mí. Cuando levanté la vista vi que en el cartel que anunciaba la ciudad de destino y el número de vuelo, no ponía Barcelona, allí aparecía Buenos Aires. Una azafata se acercó al mostrador y fui a preguntarle.

—Perdón. Esta es la B67 y el destino era Barcelona.

—Sí, señor, pero hace más de hora ha cambiado la puerta de embarque. Lo siento, pero ese vuelo está cerrado. Yo vengo de esa otra puerta. —Me sonrió con pena—. Ese avión que acaba de despegar es el que va a Barcelona. —Señaló la pista en la que un avión ya había despegado.

Ma acerqué a la gran cristalera para comprobar que en aquel avión que surcaba ya el cielo, Mariola se alejaba más de mí. Solo sabía que iba a Barcelona, pero desde allí podía dirigirse a mil lugares más.

Los pinchazos en el corazón eran más constantes y más fuertes. Sentí un hormigueo en el brazo y cada vez me resultaba más difícil respirar con normalidad. No sabía si era pánico o la forma que tenía mi cuerpo de procesar el dolor por la pérdida, pero no podía moverme.

Me agarré a una de las barandillas que daban a la pista donde aquel avión ya había despegado. Todo se volvió borroso delante de mí y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Todo a mi alrededor se volvió oscuro y dejé de escuchar y ver todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Noté un golpe en la cabeza... y una extraña paz se apoderó de todo mi cuerpo.

—Mariola...

# AGRADECIMIENTOS

Gracias, gracias y mil millones de gracias por seguir confiando en mí y adentrarte en esta historia. Sí, te lo agradezco a ti que estás leyendo estas líneas. Gracias por seguir confiando en mis personajes y en mí.

Quiero aprovechar para dar las gracias a la Asociación NORA por la presentación tan perfecta que disfrutamos en El Corte Inglés de Santander, mi primera presentación y os aseguro que no la olvidaré.

Muchísimas gracias a todas las personas que fueron a la presentación. Me hicisteis sentir muy a gusto y en familia. Gracias Marta Diego, Yolanda Revuelta, Patricia García y Rosa Ceballos.

Muchas gracias a Marta Diego, que pacientemente se leyó las dos novelas para la presentación y me pasó mensajitos con esos fallos que se nos cuelan en las últimas revisiones. Gracias por todo, preciosa. Y por ese comentario que me enviaste cuando acabaste esta novela... Al menos, ya sabes cómo continúa la historia.

Como siempre, gracias eternas a mis taradas del grupo de Facebook. Con vosotras los días son mucho más divertidos.

Gracias tata por seguir a mi lado siempre. Te quiero.

Patri, no sabes lo que me gustan nuestras conversaciones a altas horas de la madrugada, compartiendo imágenes que alteran hasta a una figura de piedra. Gracias por ser parte de esta novela que tantos

quebraderos de cabeza te ha traído. Gracias por leer a trocitos y no morir en el intento.

Dani, esta carrera de fondo la vamos a ganar, prometido. Te quiero.

# **SOBRE LA AUTORA**



Marta Lobo (1982, Vitoria-Gasteiz).

Soy una tarada titulada en Administración y Turismo, apasionada de los viajes, la fotografía, la música, la lectura y de la cocina. Todo lo que me apasiona se puede observar en muchos detalles de mis personajes en las novelas. Tengo mucho de mis personajes, tanto masculinos como femeninos.

No sé estarme quieta y tras escribir siete novelas desde 2014, los próximos años saldrán más novelas que espero que os hagan seguir soñando con historias dulces, divertidas y, tal vez, con algún pequeño cambio de género, pero siempre dentro de la romántica. Porque, señores y señoras, el amor es lo que hace que este maravilloso mundo siga girando, aunque a veces nos empeñemos en no verlo.

## **Sígueme en:**

Facebook: [@martaloboautora](#)

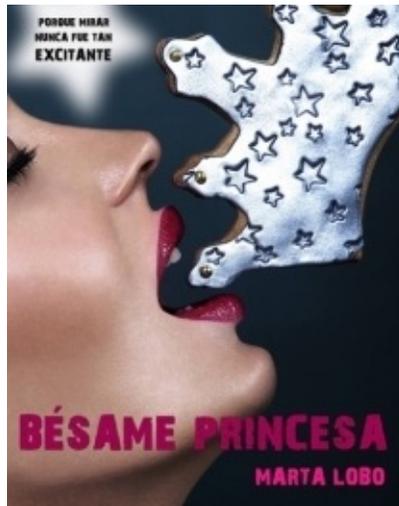
Grupo de Facebook: [novelas Marta Lobo](#)

Instagram: [@martaloboautora](#)

Twitter: [@martaloboautora](#)

Spotify: [Marta Lobo](#)

# MIS NOVELAS



*Septiembre 2014. Erótica.*

Lucía no es una chica como las demás. Bailarina de profesión y luchadora, soñadora, descarada e impulsiva por pasión. Disfruta de la vida tal como le viene. No es la típica princesa que se deja deslumbrar.

Hans no es un chico como los demás. Enamorarse no entra dentro de sus planes. Descarado, picante, sabroso y dulce en ciertas dosis. No es el típico chico que se enamora a la primera de cambio.

A veces el camino más recto no es el que te lleva al amor. Hans y Lucía tendrán que aprender a disfrutar de esas curvas y enamorarse.

**PORQUE MIRAR NUNCA FUE TAN EXCITANTE.**



*Junio 2015. Erótica*

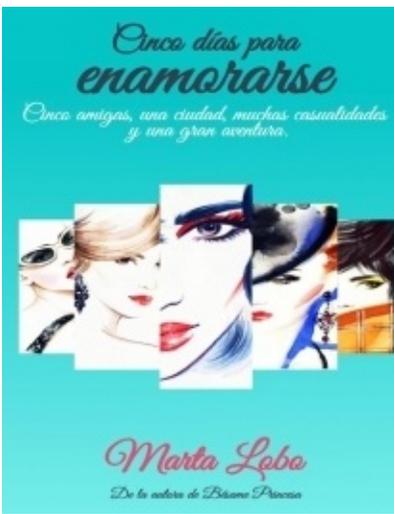
Lucía se lanzó al vacío y cayó sin esperar una mano que la salvase. Tendrá que luchar por seguir adelante o enfrentarse a la verdad, a su verdad. Pero para ello tendrá que ponerse frente a frente con el hombre que le echó de su vida.

Hans se refugiará en compañías que no le convienen, llevando su historia de amor hasta unos límites que ni el mismo sabrá si podrá salvar. Los protagonistas tendrán que luchar contra viento y marea por solucionar su relación, o por seguir adelante.

¿Lo conseguirán?

Descúbrelo en el esperado desenlace de Bésame Princesa.

**PORQUE AMAR TAMBIÉN PUEDE SER EXCITANTE.**



*Febrero 2016. Romántica contemporánea.*

Marina dejó Madrid hace años y se instaló en Londres.  
Cada día lidia con un jefe que la martiriza, pero ella sabe cómo llevárselo a su terreno.  
Tras dos años sin verse sus amigas deciden organizar unas vacaciones muy especiales.  
Primera parada, Londres,  
Segunda parada, una paradisiaca villa privada en Cerdeña, pero lo que ninguna de ellas imagina es que sus planes de trastocarán por completo.  
Recorre de la mano de estas cinco amigas las calles de la ciudad de las nuevas oportunidades y sé parte de las historias que ellas mismas te contarán.  
Porque el amor las está esperando y las encontrará en el momento más inesperado y de la forma más insospechada.

**¡ENAMÓRATE!**



*Junio 2016. Romántica contemporánea.*

¿Qué ocurre si se mezcla en una misma historia una madre odiosa, una boda, unas amigas locas, un amor de adolescencia, un secreto de familia y una protagonista un poco zorra?

Pues que tienes mi historia.

Mi nombre es Adriana Fanjul y mi vida está llena de pequeños accidentes que han ido marcando mi existencia.

¿Seré capaz de solucionar todos mis problemas y volver a ser la chica que abandonó Lastres, o acabaré huyendo de nuevo para recuperar mi vida?

Pasa y descubre cómo los accidentes de mi vida me han convertido en lo que soy.

Eso sí, pillá una copa, porque hay tragos que es mejor pasarlos con un buen vino.

**¡DISFRUTA DE MIS ACCIDENTES!**



*Abril 2017. Romántica contemporánea.*

Mi nombre es Mariola Santamaría y hace muchos años llegué a Nueva York con una gran maleta llena de sueños e ilusiones. Pero una serie de acontecimientos hicieron que mi vida se convirtiese en un caos de la noche a la mañana.

Ahora, ocho años después, mi vida sigue sin ser perfecta, pero al menos es mía.

Una fiesta ~~muy loca~~ con un arrogante trajeado y una apuesta ~~que no es cosa mía~~, darán el pistoletazo de salida a todas las aventuras que están a punto de arrasar mi vida.

Él no buscaba lo que se iba a encontrar y yo... yo no le buscaba a él.

¿Recorres conmigo las calles de la gran manzana y descubres mi historia?

## Trilogía Mi tarea pendiente. 1.

---

[1] Fotógrafo de la famosa fotografía V-J Day, en la que un marinero besa a una enfermera en Times Square durante la Segunda Guerra Mundial.

[2] El haggis es el plato típico escocés. Consiste en un embuchado que se sirve tradicionalmente con puré de colinabo y patatas.

[3] El Torneo de las Seis Naciones es un torneo internacional y anual de rugby entre las selecciones nacionales de Escocia, Francia, Gales, Inglaterra, Irlanda e Italia, que son las más poderosas de [Europa](#).

[4] Es la quinta temporada de la [serie de televisión](#) de [antología](#) y [horror](#) de [FX](#), [American Horror Story](#).

[5] Bebida alcohólica mexicana que se prepara [mezclando cerveza](#), [jugo de limón](#), sal y, a veces, una mezcla de salsas y picante.

[6] La escala Scoville es una medida de picantes.

[7]

[8] Película de terror de 1996.

[9] Es un gran festival de música que se desarrolla durante tres días y tiene lugar en California.

- [10] Agencia del Departamento de Justicia de EEUU dedicada a la lucha contra el contrabando y consumo de drogas en EEUU.
- [11] Informe que se realiza antes del comienzo de una misión.
- [12] Museo de Arte Moderno de Nueva York.
- [13] Expresión inglesa que significa 'fuera de combate' y se aplica en boxeo.
- [14] Personaje interpretado por Kevin Costner en "El guardaespaldas".
- [15] Supervillana que aparece en [DC Comics](#).
- [16] Famoso aventurero, libertino, escritor, diplomático, bibliotecario y agente secreto italiano,
- [17] Son los equivalentes italianos a los colines o picos de pan españoles, pero alargados.
- [18] Salón internacional de la Moda Flamenca.
- [19] Es un cóctel compuesto por una parte de champán y una parte de zumo de naranja.
- [20] Película de los hermanos Marx conocida por varias de las escenas. Mariola se refiere en concreto a la escena del camarote.
- [21] Aparición mariana: manifestaciones de la Bienaventurada Virgen María ante una o más personas.
- [22] Furgonetas de venta de comida en la calle.
- [23] Tipo de chile con es una de las variedades con mayor intensidad de sabor picante en todo el género.
- [24] Cita del escritor O.K. Bernhardt.
- [25] Aeropuerto internacional John F. Kennedy, localizado en Queens.